



# CLEOPATRA

STACY SCHIFF

UNA NUEVA MIRADA A LA DESLUMBRANTE VIDA DE LA REINA  
QUE SEDUJO AL MUNDO ANTIGUO

Lectulandia

Cleopatra, la última reina de Egipto, es una de las mujeres más misteriosas de la historia: pese a que todos reconocemos su nombre, apenas sabemos nada de ella. La leyenda la retrata como una sirena seductora, olvidando que, por encima de todo, Cleopatra fue una astuta estratega y una negociadora ingeniosa, una gobernanta capaz de dirigir una flota, de suprimir una revuelta popular, de controlar las oscilaciones de la moneda y de combatir la hambruna de su pueblo. Stacy Schiff ha recuperado las fuentes clásicas y ha separado los hechos de la ficción para rescatar a la carismática reina cuya muerte instauró un nuevo orden mundial una generación antes del nacimiento de Cristo. Rica en detalle, de alcance épico, la obra de Schiff es una luminosa y original reconstrucción de una vida deslumbrante.

**Lectulandia**

Stacy Schiff

# **Cleopatra**

**Una nueva mirada a la deslumbrante vida de la reina que sedujo al mundo antiguo**

ePub r1.1  
turolero 07.06.15

Título original: *Cleopatra*  
Stacy Schiff, 2010  
Traducción: David Paradela López

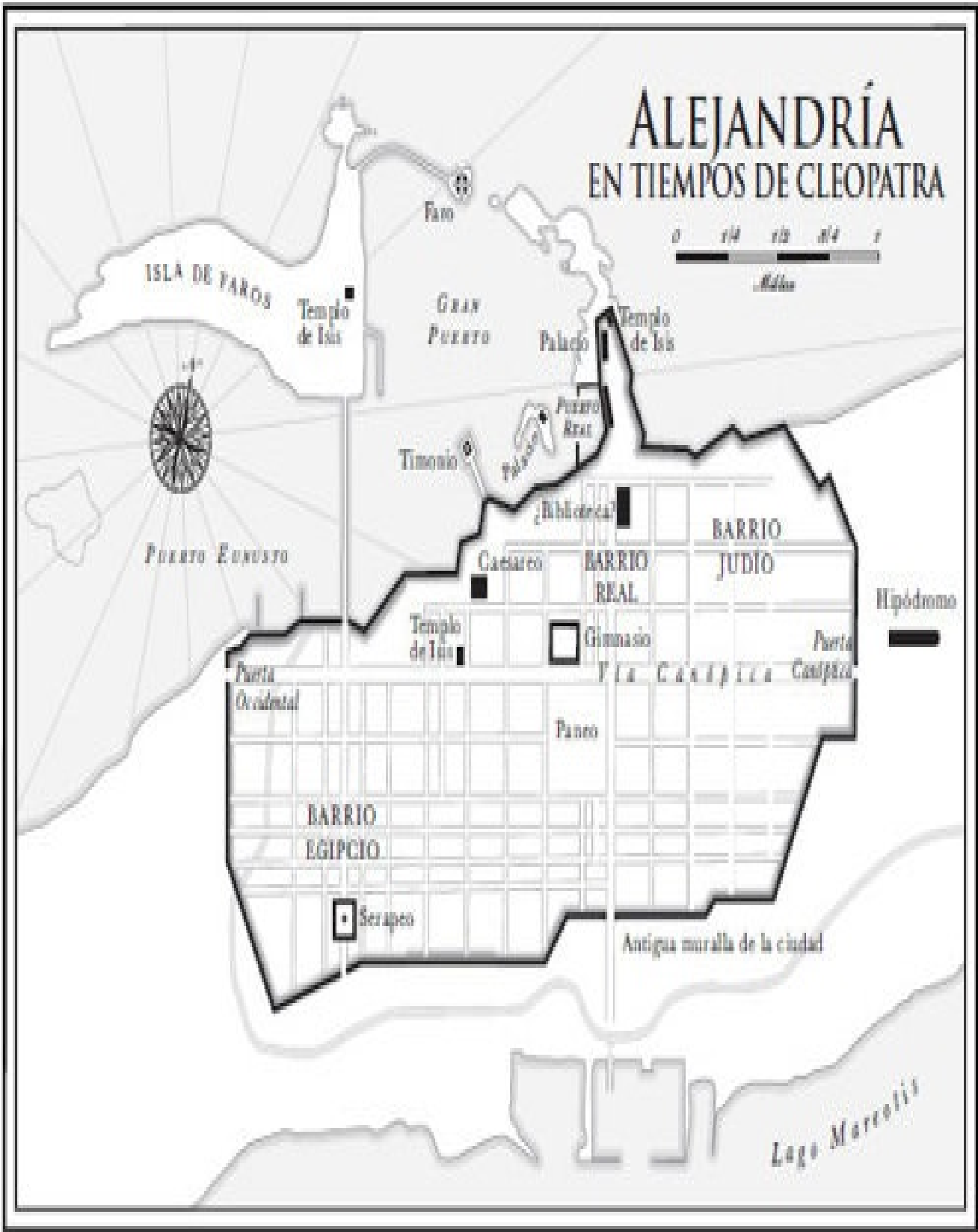
Editor digital: turolero  
V. 1.1: Corregido error en el subtítulo (gracias a Igotus)  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Al fin, para Max, Millie y Jo*





# 1

## LA EGIPCIA

«Y es que no hay nada, créeme, más útil a los hombres que una prudente desconfianza».

EURÍPIDES<sup>[1]</sup>

Cleopatra VII, una de las mujeres más famosas que jamás vivieron, gobernó Egipto durante veintidós años. Perdió un reino, lo recuperó, estuvo a punto de volver a perderlo, levantó un imperio, lo perdió todo. Diosa desde niña y reina a los dieciocho años, no tardó en convertirse en una celebridad y fue, ya en su tiempo, objeto de especulaciones e idolatrías, habladurías y leyendas. En el culmen de su poder, llegó a controlar la práctica totalidad de la costa oriental del Mediterráneo, el último gran reino de cualquier gobernante egipcio. Por un breve instante, tuvo en sus manos el destino de Occidente. Engendró un hijo con un hombre casado, y tres más con otro. Murió a los treinta y nueve años, una generación antes del nacimiento de Cristo, y como no hay fama sin tragedia, el fin de Cleopatra fue súbito y formidable. Desde entonces, vive en nuestra imaginación. Muchos han sido quienes han hablado en su nombre, entre ellos los más grandes dramaturgos y poetas; en los últimos dos mil años no hemos hecho otra cosa que poner palabras en su boca. Pocos personajes han conocido una fama póstuma superior a la suya: hoy en día su nombre evoca asteroides, videojuegos, clichés, cigarrillos, máquinas tragaperras, locales de *striptease* y hasta a Elizabeth Taylor. Ya Shakespeare habló de la variedad infinita de Cleopatra. Si él supiera.

Pero si el nombre es inmortal, su imagen es menos nítida. Pese a ser una de las figuras más reconocibles de la historia, sabemos bien poco acerca de su verdadero aspecto. Los retratos que aparecen en las monedas —acuñadas en vida suya, y muy probablemente con su beneplácito— son los únicos que pueden aceptarse como auténticos. Aparte de eso, la recordamos por los motivos equivocados: soberana lúcida y capaz, supo armar flotas, sofocar insurrecciones, controlar la moneda y aliviar hambrunas. Cierta eminente general romano dio fe de su pericia en los asuntos militares. Aunque no eran aquellos tiempos escasos en mandatarias, Cleopatra destacó como la única mujer del mundo antiguo capaz de gobernar en solitario y de desempeñar un papel en la política de Occidente. Fue con mucho la persona más rica de todo el Mediterráneo y gozó de mayor prestigio que ninguna otra mujer de su época,<sup>[2]</sup> tal como se le recordó a un rey rival que, durante su estancia en la corte egipcia, trató de incitar a su muerte. (Su fama era tal que no resultaba factible). Cleopatra descendía de una larga saga de asesinos, y, aunque mantuvo bien alto el pabellón familiar, pude decirse que, considerando los usos del lugar y el momento,



obró con relativa mesura. Con todo, su reputación ha sido siempre de mujer tentadora y licenciosa. No será la última vez que una mujer poderosa pase a la historia transmutada en descarada seductora.

Como toda vida que se preste a la poesía, la de Cleopatra abundó en trastornos y desengaños. Creció rodeada de lujos sin parangón y heredó un reino en decadencia. Sus antepasados llevaban diez generaciones reinando como faraones, aunque en verdad los Ptolomeos eran griegos de Macedonia, lo cual significa que Cleopatra tenía de egipcia casi tanto como Elizabeth Taylor. A los dieciocho años, ella y su hermano de diez asumieron el mando de un país con un pasado ilustre y un futuro incierto: mil trescientos años separaban a Cleopatra de Nefertiti, las pirámides —que Julio César visitó casi sin duda de la mano de Cleopatra— estaban ya manchadas de garabatos, la esfinge había pasado por una restauración general mil años antes y la gloria del antaño pujante Imperio ptolemaico se había atenuado. Cleopatra se hizo adulta en un mundo ensombrecido por Roma, que durante su infancia había extendido sus dominios hasta las fronteras de Egipto. Cuando Cleopatra contaba once años, César recordaba a sus oficiales que, si no iban a la guerra para obtener riquezas y subyugar a otros pueblos, no merecían el nombre de romanos. Cierta soberano oriental que libró una batalla épica contra Roma dijo algo que Cleopatra, si bien por otras razones, podría haber suscrito: los romanos tenían el temperamento de un lobo. Odiaban a los grandes reyes. Todo cuanto poseían era fruto del saqueo. Su objetivo era hacerse con todo y para ello «o destruirán todo o sucumbirán».<sup>[3]</sup> Las implicaciones para el último país rico en la órbita de Roma eran evidentes. Egipto, que siempre se había distinguido por su habilidad negociadora, había logrado conservar buena parte de su autonomía, pero también se había visto complicado en los asuntos de Roma.

El padre de Cleopatra había obtenido el título de «amigo y aliado del pueblo romano» a cambio de una suma desorbitada. Su hija descubriría que no bastaba con ser amiga de ese pueblo y su Senado; era preciso ganarse al romano más poderoso de su tiempo, tarea nada fácil en los últimos días de una república fustigada por las guerras intestinas. Éstas estallaron con regularidad durante la vida de Cleopatra, enfrentando a una sucesión de comandantes romanos entre sí por motivos sobre todo de ambición personal, y por dos veces se dirimieron en suelo egipcio. Cada una de estas convulsiones provocaba una conmoción en todos los países del Mediterráneo, obligados de continuo a corregir sus lealtades y modificar el destino de sus tributos. El padre de Cleopatra se había aliado con Pompeyo el Grande, el brillante general romano sobre el que siempre parecía brillar la buena estrella. Pompeyo se convirtió en valedor de la familia, pero Cleopatra tuvo la mala suerte de acceder al trono justo cuando éste, al otro lado del Mediterráneo, se enzarzaba en una guerra civil contra Julio César. En el verano del año 48 a. C., César aplastó a Pompeyo en la zona central de Grecia, y Pompeyo huyó a Egipto, en una de cuyas playas sería apuñalado y decapitado. Cleopatra tenía veintiún años y no tenía más alternativa que congraciarse

con el nuevo amo del mundo romano. Pero lo hizo de forma distinta a la mayoría de reyes vasallos, cuyos nombres, no por casualidad, hemos olvidado. A lo largo de los años siguientes, luchó por aprovechar en beneficio propio el implacable avance de Roma, cambió de valedores tras el asesinato de César y terminó uniéndose al protegido de éste, Marco Antonio. Desde la distancia, su reinado parece la crónica de un indulto. Su suerte estaba echada de buen principio, aunque ella, por supuesto, debía de ver las cosas de forma muy distinta. A su muerte, Egipto se convirtió en provincia romana. El país no recuperó la autonomía hasta el siglo xx.

¿Puede decirse algo positivo acerca de una mujer que compartió lecho con dos de los hombres más poderosos de su tiempo? Tal vez, mas no en una época en que era Roma la que dictaba la historia. Cleopatra se encontraba en una intersección de lo más peligrosa: la de las mujeres y el poder. Las mujeres inteligentes, como había advertido Eurípides cientos de años antes, eran peligrosas. Cierta historiador romano no tiene empacho en decir que la reina de Judea era un títere y —a las pocas páginas— vilipendiarla por su temeraria ambición y su modo indecente de abrazar la autoridad.<sup>[4]</sup> El poder tenía también otras manifestaciones menos llamativas: en un contrato matrimonial del siglo I a. C. leemos que la novia se compromete no sólo a ser fiel y afectuosa, sino también a no verter filtros de amor en la comida ni la bebida de su esposo.<sup>[5]</sup> Ignoramos si Cleopatra amó a Antonio o a César, pero sabemos que los manejó a su antojo. Desde la perspectiva de Roma, redujo a ambos a un estado de «esclavitud». Algunas cosas no podían ser compatibles: la autoridad de una mujer auguraba el engaño de un hombre. Se cuenta que, preguntada acerca de cómo había logrado influir sobre Augusto, el primer emperador romano, su esposa respondió que «siendo escrupulosamente casta, accediendo a todo cuanto satisficiera a su marido, manteniéndose al margen de sus asuntos y, por encima de todo, fingiendo no ver ni oír a las favoritas que eran objeto de su pasión».<sup>[6]</sup> No todas se contentaban con eso. Por lo demás, Cleopatra estaba hecha de otro temple, e incluso durante una apacible travesía de pesca bajo el lánguido sol alejandrino se atrevía a sugerir que el más celebrado de los generales romanos atendiera sus responsabilidades.

Para los romanos, la disolución y la anarquía eran privilegio de los griegos. Cleopatra resultaba doblemente sospechosa, en primer lugar por proceder de una cultura reputada por su «capacidad para mentir»,<sup>[7]</sup> y en segundo por residir en Alejandría. Roma no hacía distinciones entre lo exótico y lo erótico; Cleopatra encarnaba el Oriente ocultista y alquímico, sus tierras sensuales y sinuosas, perversas y originales como su formidable río. Se diría que los hombres que trabaron contacto con ella perdieron la cabeza o, cuando menos, reconsideraron sus prioridades. Hasta Plutarco le dedica más atención de la que quisiera en su biografía de Marco Antonio, y lo mismo puede decirse de un historiador del siglo XIX que la describe, en el momento de conocer a César, como una «muchacha casquivana de dieciséis años».<sup>[8]</sup> (Cuando en realidad era una mujer de veintiuno con las ideas claras). El canto de

sirena de Oriente era muy anterior a Cleopatra, pero daba igual; el caso era que provenía de aquella embriagadora tierra de excesos y sexo. Se entiende así que César se convirtiera en historia, y Cleopatra, en leyenda.

Nuestra imagen de ella es tanto más oscura debido al hecho de que los autores que contaron su vida tenían una fuerte conciencia de su propia historia. Como Mark Twain, abrumado ante la opulencia del Vaticano, hay quien prefiere las copias al original. Es lo que les ocurrió a los autores clásicos, que a fuerza de refundir testimonios y reescribir viejos relatos, cargaron a Cleopatra con los vicios de otros. La historia existía para ser reescrita, acaso con mejor estilo, pero no necesariamente con mayor precisión. Los villanos de los textos antiguos visten siempre púrpuras de lo más vulgar, ingieren cantidades portentosas de pavo asado, se ungen con ungüentos extraños y derriten perlas. Inconformistas, reinas egipcias ávidas de poder y piratas despiadados eran conocidos por su «odiosa ostentación».<sup>[9]</sup> Iniquidad y opulencia iban de la mano y, a su alrededor, todo eran dorados y púrpuras. Tampoco ayudaba la costumbre de fundir historia y mitología, lo humano y lo divino. El de Cleopatra era un mundo en que todavía era posible contemplar reliquias como la lira de Orfeo o admirar el huevo del que había nacido Helena. (Se encontraba en Esparta).

La historia no sólo la escribe la posteridad, sino que se escribe para la posteridad. Nuestras fuentes más exhaustivas nunca conocieron a Cleopatra. Plutarco nació setenta y seis años después de su muerte. (Es contemporáneo de Mateo, Marcos, Lucas y Juan). Apiano escribió a más de un siglo de distancia; Dión, a más de dos. La historia de Cleopatra difiere de la de la mayoría de mujeres en que los hombres que la narraron —llevados por unos motivos muy concretos— magnificaron más que minimizaron su papel. Su relación con Marco Antonio fue la más larga de su vida, pero la que mantuvo con el rival de éste, Augusto, sería la de mayores consecuencias. El emperador terminó venciendo a Antonio y a Cleopatra, y, a fin de ensalzar su propia gloria a ojos de Roma, describió a la reina egipcia como una mujer insaciable, traicionera, sanguinaria y obnubilada por el poder. Creó una Cleopatra de dimensiones hiperbólicas con la intención de hacer lo propio con su victoria y, de paso, borrar el nombre del que fuera su cuñado, su auténtico enemigo. El resultado final podría compararse con una vida de Napoleón contada por un británico decimonónico o con una historia de Estados Unidos narrada por Mao Zedong.

A este grupo de tendenciosos historiadores, súmese una documentación deficiente. No nos ha llegado ni un solo papiro alejandrino y casi nada de la ciudad antigua sobrevive por encima de la superficie. Poseemos, y no es segura, una única palabra escrita por Cleopatra. (En el año 33 a. C. ella o un escriba suscriben un decreto real con la palabra griega *ginesthoi*, «hágase»). Los autores clásicos se muestran indiferentes a las estadísticas y, en ocasiones, incluso a la lógica; sus relatos se contradicen unos a otros e incluso a sí mismos. Apiano descuida los detalles, Josefo, la cronología, Dión prefiere la retórica a la exactitud. Las lagunas son tan regulares que parecen deliberadas; diríase, casi, una conspiración de silencios. ¿Cómo

es posible que no poseamos un busto fiel de Cleopatra, teniendo en cuenta el realismo y la perfección de los retratos de la época? Las cartas de Cicerón correspondientes a los primeros meses del año 44 a. C. —cuando César y Cleopatra se hallaban juntos en Roma— nunca llegaron a publicarse. La más extensa de las historias griegas del período pasa por alto el tumulto del momento. Cuesta decidir qué es lo que más se echa en falta. Apiano promete volver a ocuparse de César y Cleopatra en sus cuatro libros sobre la historia de Egipto, que no han sobrevivido. La historia de Tito Livio se interrumpe un siglo antes de Cleopatra. Conocemos la labor del médico personal de la reina gracias tan sólo a las referencias de Plutarco. La crónica de Delio se ha esfumado junto con las lúbricas epístolas que supuestamente le envió Cleopatra. Hasta Lucano calla de forma abrupta e irritante a mitad de su epopeya, dejando a César atrapado en el palacio de Cleopatra nada más empezar la guerra de Alejandría. A falta de hechos, se recurre a los mitos, que cual termitas devoran la historia.

El vacío documental representa un peligro; nuestros constructos en torno a ese vacío representan otro. Los asuntos de Estado han quedado relegados y se han privilegiado los del corazón. Pese a ser una soberana versada en política, diplomacia y artes de gobierno, conocer nueve lenguas y ser una mujer elocuente y carismática, Cleopatra se nos aparece como un producto a medio camino entre la propaganda romana y el cine de Hollywood. Su nombre imprime un sello de distinción a algo que sabemos que ha existido siempre: el poder de la sexualidad femenina. Vivió en tiempos poco favorables. No sólo fueron sus enemigos quienes escribieron su historia, sino que tuvo la desgracia de acaparar la atención general justo cuando la poesía latina alcanzaba su punto álgido. Su supervivencia literaria se produjo en una lengua que le era hostil. Desde entonces, las ficciones sólo han hecho que proliferar: George Bernard Shaw cita a su propia imaginación entre las fuentes de *César y Cleopatra*, y no pocos historiadores se remiten a Shakespeare, lo cual, por más que comprensible, es como basarse en Yul Brynner para estudiar a Ramsés II.

Para restaurar a Cleopatra es preciso retener los pocos hechos probados y, a la vez, arrancar las astillas del mito y la propaganda antigua. Cleopatra fue una griega cuya historia cayó en manos de una serie de hombres ligados indisolublemente a Roma, la mayoría de ellos funcionarios del imperio. Sus métodos historiográficos nos resultan opacos.<sup>[10]</sup> Rara vez mencionan sus fuentes y confían, en buena medida, en la memoria.<sup>[11]</sup> Según los cánones actuales no serían más que apologistas, moralistas, fabuladores, recicladores, plagiarios y gacetilleros. Pese a su fama erudita, el Egipto de Cleopatra no produjo historiadores de fuste. Esto condiciona nuestra lectura. Puede que las fuentes sean imperfectas, pero son todo cuanto tenemos. No existe acuerdo sobre los detalles más básicos de la vida de la reina, no hay consenso acerca de quién fue su madre, cuánto tiempo vivió en Roma, cuántas veces quedó encinta, si contrajo o no matrimonio con Marco Antonio, qué ocurrió en la batalla que decidió su destino, cómo murió.<sup>[\*]</sup> He procurado tener en cuenta si tal autor era un antiguo bibliotecario o tal otro un charlatán de prensa rosa, si éste llegó a pisar Egipto, ése

despreciaba el país o aquél había nacido en él, cuál era misógino y cuál escribía con el celo del romano converso, cuál pretendía anotarse un tanto, complacer al emperador o pulir sus hexámetros. (Contadas veces recurro a Lucano. Es cierto que holló el terreno antes que Plutarco, Apiano o Dión, pero no lo es menos que era un poeta y un sensacionalista). Aun las veces que no se muestran tendenciosos o enrevesados, sus testimonios resultan a menudo rimbombantes. Como vemos, la Antigüedad no conoce el relato simple y desprovisto de ornato.<sup>[12]</sup> Lo importante es deslumbrar. No ha sido mi voluntad rellenar las lagunas, aunque en ocasiones lo he intentado. Lo meramente probable se queda aquí como tal, aunque algunas opiniones difieran de forma radical incluso a la hora de determinar grados de probabilidad. Tampoco he tratado de hacer verosímil lo inverosímil. En muchas partes he restaurado el contexto: es cierto que Cleopatra asesinó a sus hermanos, pero también que Herodes mató a sus hijos (y luego lamentó ser «un padre muy infeliz»)<sup>[13]</sup> Como nos recuerda Plutarco, no era un comportamiento infrecuente entre soberanos. Cleopatra no tuvo que ser bella por fuerza, pero sus riquezas —y su palacio— eran tales que podían quitarle el sentido a un romano. Todo se interpreta de forma distinta a un lado y a otro del Mediterráneo. La investigación de las últimas décadas acerca de las mujeres en la Antigüedad y el Egipto helenístico arrojan considerable luz sobre el conjunto. Me he esforzado por rebajar los tintes melodramáticos de los últimos capítulos de su vida, cuyo recuento convierte en culebrón la más sobria de las crónicas. En ciertos puntos, no obstante, se ha conservado el dramatismo. Cleopatra vivió en una era de personalidades colosales y enigmáticas. Al concluir ésta, los grandes actores de la época hacen mutis de forma abrupta. Con ellos se hunde todo un mundo.

Es mucho lo que ignoramos de Cleopatra, pero mucho también lo que ella misma ignoraba. Ignoraba que vivía en el siglo I a. C. o en el período helenístico, pues ambos son constructos posteriores. (El período helenístico empieza con la muerte de Alejandro Magno en 323 a. C. y termina en el año 30 a. C., con la muerte de Cleopatra. Tal vez su mejor definición sea la de una era griega en la que los griegos no tuvieron protagonismo.)<sup>[14]</sup> Ni siquiera supo que era Cleopatra VII, y esto por varios motivos, entre otros porque en realidad era la sexta. Tampoco conoció a ningún Octaviano, pues el hombre que la derrotó, la depuso, propició su suicidio y en buena medida la preparó para la posteridad recibió al nacer el nombre de Gayo Octaviano. Para cuando empezó a influir de forma efectiva sobre la vida de Cleopatra, se hacía llamar Gayo Julio César en homenaje a su ilustre tío abuelo, amante de ella, quien lo adoptó en su testamento. Hoy en día lo conocemos por el nombre de Augusto, título que asumió apenas tres años después de la muerte de Cleopatra. Puesto que hemos de ocuparnos aquí también de otro César —dos fueron siempre demasiados—, nos referiremos a él como Octaviano.

La mayoría de topónimos han cambiado desde la Edad Antigua. Siguiendo el sensato ejemplo de Lionel Casson, he preferido la familiaridad al rigor. Así, Berytus es aquí Beirut y Pelusium —que ya no existe, pero que en la actualidad se encontraría al este de Port Said, a la entrada del canal de Suez— se ha convertido en Pelusio. De forma análoga, he preferido las grafías tradicionales a la transliteración: el rival de César es Pompeyo y no Gnaeus Pompeius Magnus, y el segundo de César es Marco Antonio, no Marcus Antonius. En muchos aspectos, la geografía ha cambiado, hay litorales que han desaparecido, marismas que se han secado, colinas que se han rebajado. Alejandría es una ciudad más llana de lo que era en tiempos de Cleopatra. Tampoco conserva el antiguo trazado, ni desprende blancos destellos. El Nilo se encuentra a algo más de tres kilómetros hacia el este. El polvo, el aire salino del mar, los purpúreos ocasos alejandrinos, nada de eso ha cambiado. La naturaleza humana sigue siendo básicamente la misma y la física de la historia se ha mantenido inmutable. Los testimonios de primera mano siguen divergiendo de manera ostensible.<sup>[\*]</sup> Por más de dos mil años, el mito ha desplazado y sobrevivido a los hechos. A menos que se consigne lo contrario, todas las fechas son antes de Cristo.

## UN CADÁVER NO MUERDE

«Es una bendición, una verdadera suerte, tener tan pocos parientes».

MENANDRO<sup>[1]</sup>

Cleopatra reunió ese verano a una banda de mercenarios en un campamento del desierto, bajo el vidrioso sol de Siria. Tenía veintiún años, estaba huérfana y vivía exiliada. A su edad, conocía ya los excesos de la buena fortuna y a su extravagante consorte, la adversidad. Acostumbrada a los mayores lujos de su tiempo, se veía obligada a tener corte a más de trescientos kilómetros de las puertas de ébano y los suelos de ónice de su hogar. Lo más parecido a un palacio que había visto en el último año era su tienda levantada entre los matorrales del desierto. A lo largo de aquellos meses, no había hecho otra cosa que intentar salvar la vida huyendo a través del Egipto Medio, Palestina y el sur de Siria. Había dedicado todo un polvoriento verano a formar un ejército.

Las mujeres de su familia tenían buena mano para ello y, por lo visto, también ella, o así al menos lo creía su enemigo, que había decidido acudir a su encuentro. A una distancia peligrosamente corta, no muy lejos de la fortaleza marítima de Pelusio, en la frontera oriental de Egipto, aguardaban veinte mil soldados veteranos, la mitad de los que habían formado el ejército con el que Alejandro Magno había cruzado a Asia tres siglos antes. Bandidos, piratas, forajidos, exiliados y esclavos fugitivos formaban aquella extraordinaria fuerza unida bajo el teórico mando de su hermano de trece años. Cleopatra y él habían heredado el trono de Egipto, pero ella lo había apartado del poder, y, en represalia, su hermano la había desterrado del reino que habrían debido gobernar juntos, como marido y mujer. El ejército de su hermano controlaba las rojas murallas de ladrillo de Pelusio y sus mastodónticas torres semicirculares de seis metros de altura. Ella estaba acampada al este, junto al desolado litoral, rodeada por un ardiente mar de arena ambarina. La batalla se avecinaba. Su posición era, en el mejor de los casos, desesperada. Será la última vez en dos mil años que Cleopatra VII quede relegada al margen. En pocos días, saltará al primer plano de la historia; enfrentándose a lo inevitable, conseguirá lo imposible. Corre el año 48 a. C.

Un «extraño furor» cruzaba el Mediterráneo preñado de augurios, prodigios y rumores extravagantes. El clima general era de gran exasperación. En una misma tarde se pasaba de la ansiedad a la euforia, de la soberbia al miedo. Algunos de los rumores que corrían eran ciertos. A comienzos de julio, Cleopatra supo que la guerra civil de Roma —la disputa que enfrentó al invencible Julio César con el indomable

Pompeyo el Grande— amenazaba con solaparse con la suya. Hasta donde alcanzaba su memoria, los romanos siempre habían protegido a los monarcas egipcios; su propia familia debía el trono a aquella potencia disruptora que en pocas generaciones había conquistado la mayor parte de la cuenca mediterránea. Hasta donde se le alcanzaba, Pompeyo había sido un buen amigo de su padre. Brillante general, Pompeyo llevaba años acumulando victorias por tierra y mar, subyugando naciones sin descanso en África, Asia y Europa. Tanto Cleopatra como su hermano, Ptolomeo XIII, estaban en deuda con él.

Días más tarde, Cleopatra descubrió que las probabilidades de perecer a manos de un deudor son tantas como las de morir asesinado por un familiar directo. El 28 de septiembre, Pompeyo se presentó en la costa de Pelusio. Derrotado por César, buscaba refugio de forma desesperada. Es lógico que pensase en el joven rey a cuya familia había apoyado y que tanto le debía. Nada de cuanto pidiera podía serle negado. No obstante, los tres regentes que gobernaban en nombre de Ptolomeo — Teódoto, el maestro de retórica; Aquilas, el audaz comandante de la guardia real, y Potino, el taimado eunuco ascendido de preceptor a primer ministro— no eran del mismo parecer. Aquella aparición inesperada los enfrentó a un difícil dilema que suscitó acalorados debates. Había divergencia de opiniones. Rechazar a Pompeyo suponía convertirse en su enemigo; recibirlo, enemistarse con César. Asesinándolo, en cambio, se aseguraban de que no pudiera socorrer a Cleopatra, hacia la cual mostraba buena disposición, ni instalarse en el trono de Egipto. Tras demostrar con un simple silogismo que no podían permitirse ni auxiliar ni ofender a Pompeyo, Teódoto, el maestro de retórica, sonrió y formuló su irrefutable consejo: «Un cadáver no muere». Envió al romano un mensaje de bienvenida y un «barquichuelo miserable».<sup>[2]</sup> Apenas había puesto Pompeyo pie en tierra cuando, en las aguas poco profundas frente a la costa de Pelusio, a la vista del ejército de Ptolomeo y del pequeño rey con su toga púrpura, fue apuñalado hasta la muerte y su cabeza separada del cuerpo.<sup>[\*]</sup>

Más tarde César intentaría hallarle un sentido a aquella atrocidad: a menudo los amigos se tornan enemigos en los momentos de infortunio, admitió. De la misma manera, podría haber dicho que, ante la desgracia, el enemigo se disfraza de amigo, pues si los consejeros de Ptolomeo decapitaron a Pompeyo fue, ante todo, para ganarse el favor de César. ¿Qué mejor modo de hacerse un lugar junto al señor del mundo mediterráneo? La maniobra tenía consecuencias también para Cleopatra, que en relación con la guerra civil romana —disputa de tal virulencia que parecía menos un conflicto armado que una peste, un diluvio, un incendio—<sup>[3]</sup> parecía que había abrazado el bando perdedor.

Tres días después, Julio César, adelantándose al grueso de sus tropas, se aventuró a desembarcar en la capital egipcia en persecución de su rival.<sup>[4]</sup> Alejandría era una vasta metrópoli donde proliferaban la perfidia, el libertinaje y la delincuencia. Sus habitantes hablaban a gran velocidad, en muchos idiomas y todos a la vez; era una



ciudad nerviosa, de gente impaciente y mente inquieta y vibrante. En la ciudad se palpaba la excitación, que debió exacerbarse con aquella llegada de connotaciones imperiales. César puso mucho cuidado en no mostrarse alegre por la victoria y, cuando Teódoto le ofreció la cabeza de Pompeyo, degollada tres días antes, se dio la vuelta horrorizado y rompió a llorar. Quizá sus lágrimas fueran en parte sinceras; en tiempos, Pompeyo no sólo había sido su aliado, sino también su cuñado. Si los consejeros de Ptolomeo creían que con aquella macabra bienvenida iban a ganarse a César, iban muy desencaminados. Si César creía que el asesinato de Pompeyo constituía un voto a su favor, también se equivocaba, al menos en lo que respecta al pueblo alejandrino. Nada más llegar a la orilla, estallaron los disturbios; nadie podía ser menos bienvenido que un romano, máxime uno rodeado de toda la parafernalia oficial del poder. En el mejor de los casos, César querría interferir en sus asuntos; en el peor, conquistarlos. Roma ya había restituido a un rey impopular que —para colmo— había implantado un impuesto destinado a sufragar su vuelta al trono. Los alejandrinos no estaban dispuestos a pagar tal precio por un rey al que, para empezar, no deseaban, y tanto menos tolerarían convertirse en súbditos de Roma.

César se instaló en un pabellón situado en el interior del recinto del palacio de los Ptolomeos, junto a los astilleros reales, en la zona este de la ciudad. Fuera seguían las escaramuzas —gritos y golpes resonaban con fuerza por las calles porticadas—, pero en el palacio se encontraba a salvo de toda molestia. Mandó buscar refuerzos sin dilación y, acto seguido, convocó a los hermanos enfrentados. Dado que él y Pompeyo habían apoyado al padre de éstos una década atrás, César consideraba que le correspondía mediar en la disputa. A Roma le interesaba la estabilidad de Egipto, entre otras cosas porque el país tenía con ella una deuda sustancial. Tal y como él mismo le había sugerido poco antes a su rival, había llegado la hora de que las partes beligerantes debían «poner fin a su obstinación, dejar las armas y no probar más la fortuna».<sup>[5]</sup> Cleopatra y su hermano debían apiadarse el uno del otro y de su país.

La citación obligaba a Cleopatra a dar algunas explicaciones, así como a tomar ciertas precauciones. Tenía buenos motivos para querer exponer su situación antes de que los consejeros de su hermano pudieran desacreditarla. El ejército de Ptolomeo le impedía entrar en Egipto, y aunque César le había pedido que lo disolviera, el rey no se había molestado en hacerlo. Si Cleopatra desplazaba a sus hombres hacia el oeste a través de las arenas doradas, en dirección a la frontera y las altas torres de Pelusio, la batalla era segura. Se dice que al principio se puso en contacto con César a través de un intermediario y que luego, convencida de haber sido traicionada (pues no era muy popular entre los cortesanos de palacio), decidió defender su causa en persona. Para ello tendría que ingeniárselas y cruzar las líneas enemigas, sortear la vigilancia fronteriza y burlar la guardia palaciega sin llamar la atención. Cleopatra, que con el pasar del tiempo había de adquirir fama por su fastuosidad exacerbada, se enfrentaba, en su primera y mayor apuesta política, al reto del anonimato. También si se mira con ojos actuales, su situación resulta paradójica: una mujer que para distinguirse, para

hacer historia, se ve obligada a entrar a hurtadillas en casa.

Primero había que decidir cómo. Señala Plutarco que, a fin de «pasar desapercibida»,<sup>[6]</sup> Cleopatra —o alguien de su entorno; también ella tenía confidentes— ideó un plan brillante. Para llevarlo a cabo se requería preparación y un gran número de cómplices, entre ellos un leal criado siciliano llamado Apolodoro. Entre la península del Sinaí, donde Cleopatra estaba acampada, y el palacio de Alejandría, donde se había criado, se extendían una serie de traicioneros marjales infestados de ácaros y mosquitos. Las marismas protegían Egipto de las invasiones del este y debían su nombre a su capacidad para engullir entre sus arenas a ejércitos enteros con «malvada premeditación».<sup>[7]</sup> Las fuerzas de Ptolomeo controlaban la costa, donde el cuerpo de Pompeyo se pudría en un sepulcro improvisado. Por entonces, el camino más simple y seguro hacia el oeste no pasaba ni por las fangosas pozas de Pelusio ni por el Mediterráneo, donde además de quedar a la vista habría tenido que luchar contra la oposición de las corrientes. Lo más sensato era desviarse hacia el sur, remontando el Nilo hasta Menfis, para después regresar navegando a la costa, un viaje de por lo menos ocho días. La ruta por el río tampoco estaba exenta de peligros; el tráfico era intenso y los funcionarios de aduanas patrullaban de continuo. Cabe suponer que Cleopatra zarpó hacia las turbias aguas del Nilo, azotadas por los mosquitos y el fuerte viento, a mediados de octubre. Entretanto, los consejeros de Ptolomeo intentaban oponerse a la demanda de César. ¿Cómo osaba un general romano citar a un rey a parlamento? Era la parte débil la que debía responder ante la fuerte, como bien sabía César.

Y así fue como Apolodoro, a bordo de un pequeño bote de remos, arribó al puerto oriental de Alejandría y hasta los muros de palacio poco después del atardecer. Junto a la orilla, todo estaba oscuro, mientras que, desde la distancia, el bajo litoral de la ciudad quedaba iluminado por su magnífico faro de más de ciento veinte metros de altura, una de las maravillas del mundo antiguo. El pilar luminoso se alzaba a algo más de medio kilómetro de Cleopatra, en la punta de un arrecife artificial, en la isla de Faros, pero su luz no podía alcanzarla. En algún momento antes de que Apolodoro amarrase el bote, la reina se había introducido en un fardo de cáñamo o cuero lo bastante grande para que cupiera estirada. Apolodoro cerró el fardo con un cordel de cuero y se lo cargó al hombro. Ésta es la única pista que tenemos acerca de la estatura de Cleopatra. El criado se introdujo en el recinto de palacio, formado por un complejo de jardines, villas multicolor y paseos flanqueados por columnas de más de kilómetro y medio de longitud, o lo que es lo mismo, una cuarta parte de la ciudad. Apolodoro —quien a buen seguro no llegó remando él solo desde el desierto, pero que bien pudo haber planeado el retorno de la reina— conocía bien la zona. A hombros de él, Cleopatra franqueó las puertas de palacio y entró en las dependencias de César, que, en rigor, le pertenecían a ella. Fue uno de los regresos más insólitos de la historia. Son muchas las reinas que han surgido de la oscuridad, pero Cleopatra es la única que salió a la luz procedente de un fardo de los que de ordinario servían para

guardar rollos de papiro o transportar pequeñas cantidades de oro. Las argucias y los disfraces se le daban bien; tiempo después, conspiraría con otra mujer en peligro para ayudarla a escapar en un ataúd.

Ignoramos si el fingimiento terminó antes o después de personarse ante César, pero en cualquier caso es improbable que Cleopatra tuviera un aspecto muy «respetable» (como afirma una de las fuentes)<sup>[8]</sup> o que llegase cargada de gemas y oro (como asegura otra); seguramente ni siquiera fuera bien peinada. A diferencia de lo que sugieren la imaginación masculina, cinco siglos de historia del arte y dos de las mayores obras de teatro de la literatura inglesa, lo más probable es que fuera vestida con una túnica larga ceñida y sin mangas. En cuanto a accesorios, no necesitaba más que el que sólo ella entre todas las mujeres de Egipto tenía potestad para llevar: la diadema o cinta blanca que distinguía a los gobernantes helenísticos. Cuesta creer que se presentase ante Julio César sin una ceñéndole la frente y anudada en la nuca. Por otra parte, abundan las pruebas según las cuales Cleopatra «sabía tratar a cualquiera con agrado».<sup>[9]</sup> En general, parece haber acuerdo en que era imposible conversar con ella sin sentirse cautivado al instante.<sup>[10]</sup> La audacia de la maniobra —la inesperada aparición de la joven reina en los salones suntuosamente pintados de su propia casa, a los que el propio César apenas tenía acceso— debió de tener el efecto de un hechizo sobre su interlocutor. Su sorpresa, a lo que parece, debió de ser tanto política como personal. Se produjo una conmoción de las que sólo se generan cuando, en un instante único y sobrecogedor, dos civilizaciones que avanzan en direcciones distintas se rozan de forma imprevista y definitiva.

Celebrado tanto por su rapidez como por su intuición, Julio César no era un hombre al que fuera fácil coger por sorpresa. Tenía por costumbre llegar a los sitios antes de lo esperado y anticipándose a los mensajeros que debían anunciarlo. (Ese otoño pagaría el precio de haberles tomado la delantera a sus legiones en Egipto). Buena parte de su éxito puede explicarse «por su rapidez y lo inesperado de sus movimientos»,<sup>[11]</sup> pero aparte de eso era un hombre difícil de impresionar, siempre preparado para cualquier contingencia y un lúcido estratega. También su impaciencia se ha hecho proverbial: ¿qué es el *veni, vidi, vinci* —afirmación que pronunciaría un año más tarde— si no un peán a su propia eficacia? Tan grande era su conocimiento de la naturaleza humana que ese verano, durante la batalla decisiva contra Pompeyo, había ordenado a sus hombres que, en vez de arrojarlas, clavaran las jabalinas en la cara del enemigo, pues a éste, según aseguraba, le podía más la vanidad que el valor. Y efectivamente: los hombres de Pompeyo se protegieron el rostro y salieron corriendo. A lo largo de la década anterior, César había superado los escollos más imprevisibles y protagonizado las más portentosas hazañas. Temeroso de la fortuna, sabía, no obstante, aprovecharla cuando jugaba a su favor; pertenecía a esa clase de oportunistas que no cesan de asombrarse ante su propia suerte. Al menos en lo que se refiere a ingenio y atrevimiento, Cleopatra y él eran almas gemelas.

En otros respectos, la joven reina egipcia tenía más bien poco en común con ese

«hombre experimentado y ya no muy joven».<sup>[12]</sup> (César tenía cincuenta y dos años). Las conquistas amorosas del romano eran tan legendarias y variopintas como sus gestas militares. A pie de calle, el elegante patricio de facciones angulosas, relucientes ojos negros y prominentes pómulos era conocido como «marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos»,<sup>[13]</sup> con especial énfasis en el segundo elemento de la frase. Cleopatra, en cambio, llevaba tres años casada con un hermano que no era más que «un niño»<sup>[14]</sup> y que —ni que a los trece años hubiera alcanzado la pubertad, cosa improbable en la época— se había pasado la mayor parte del tiempo intentando deshacerse de ella. Los comentaristas posteriores acusarían a Cleopatra de ser la «hermana impura de Ptolomeo», la «sirena sin igual», la «ramera cargada de afeites» por cuya «incontinencia pagó Roma alto precio», cuando en verdad, si algo no podía tener la «reina meretriz» en el momento de presentarse ante César en octubre del año 48 era experiencia sexual de ninguna clase.<sup>[15]</sup>

Por lo demás, para Cleopatra lo primero era la supervivencia y no la seducción. Los consejeros de su hermano habían dejado bien claro que lo importante era tener el favor de César. Para ello era preciso que Cleopatra se pusiera de su parte y se distanciase del benefactor de su familia, cuya campaña había apoyado y cuyo cuerpo decapitado yacía medio putrefacto a orillas del Mediterráneo. Dadas las circunstancias, no había motivos para suponer que César se mostrase especialmente favorable con ella. Desde el punto de vista de Roma, lo más seguro era apostar por un rey joven con un ejército a su servicio y la confianza de los alejandrinos. Sin embargo, Ptolomeo tenía las manos manchadas con la sangre de Pompeyo, y César debió de prever que el precio a pagar en Roma por aliarse con los asesinos de un compatriota sería mayor que el de socorrer a una reina depuesta e indefensa. Tiempo atrás había aprendido que «todos los hombres son más propensos a enfrentarse con sus enemigos que a llevar auxilio a los de su bando».<sup>[16]</sup> Al menos en un principio, Cleopatra debió de atribuir su salvación al descontento de César con su hermano y su antipatía hacia los consejeros de Ptolomeo —que no parecían la clase de hombres con quienes uno pudiera tratar cuestiones financieras con confianza— antes que a ninguno de sus encantos. Además tuvo suerte. Como señaló cierto cronista, quizá otro se hubiera cobrado su vida en revancha por la de Pompeyo. Nada le impedía a César hacer que le cortaran la cabeza.<sup>[17]</sup>

Por lo común, el líder romano era de natural afable. Era capaz de matar a decenas de miles de hombres, pero era igualmente famoso por la clemencia que dispensaba incluso a los enemigos más acérrimos, a algunos de los cuales llegó a perdonar hasta en dos ocasiones. «Ciertamente —afirma uno de sus generales—, él no hacía nada más a gusto que perdonar a los que le suplicaban»,<sup>[18]</sup> y en la lista de éstos, una reina valerosa y educada no podía dejar de ocupar un lugar preferente. César tenía, además, otros motivos para ser condescendiente: de joven, también él había sido un fugitivo y había pagado caros sus errores políticos. Mas por lógica que pudiera ser en su

momento la decisión de recibir a Cleopatra, pronto había de revelarse uno de los lances más arriesgados de la carrera de César: el día de su encuentro, la vida de Cleopatra corría peligro; a finales de otoño peligraba la de ambos. En los meses siguientes, César se vio asediado y hostigado por un enemigo artero y decidido a arrastrarlo a una guerra de guerrillas en una ciudad con la que no estaba familiarizado y en la que sus fuerzas eran superadas en número. Puede decirse, pues, que Ptolomeo y el pueblo de Alejandría tuvieron en parte la culpa de que —encerrados durante seis difíciles meses tras unas barricadas mal levantadas— el veterano general y la grácil y joven monarca se hicieran aliados íntimos, tan íntimos que a principios de noviembre Cleopatra cayó en la cuenta de que estaba encinta.

Se dice que detrás de toda gran fortuna se esconde un crimen, y los Ptolomeos eran fabulosamente ricos. No descendían de los faraones egipcios, cuyo puesto habían asumido, sino de los rijosos y montaraces macedonios (una tierra dura produce hombres duros, advertía ya Heródoto), la nación que había engendrado a Alejandro Magno. A los pocos meses de la muerte de Alejandro, Ptolomeo —el más intrépido de sus generales, catador oficial, amigo de infancia y, según algunos, pariente distante— reivindicó Egipto para sí y, en un precoz alarde de las dotes teatrales de la familia, secuestró el cuerpo de Alejandro Magno, que iba destino de Macedonia. ¿No sería mejor, razonó el joven Ptolomeo, bloquear el cortejo fúnebre en Egipto? ¿Qué mejor lugar de descanso que Alejandría, la ciudad que el gran paladín había fundado apenas una década antes? El cortejo fue desviado y el cuerpo dispuesto en un sarcófago de oro en el centro de la ciudad a modo de reliquia, de talismán, de cebo para reclutas, de seguro de vida. (En la infancia de Cleopatra, el sarcófago era de alabastro o de cristal, ya que su tío abuelo, acuciado por las deudas, había canjeado el original por un ejército. El trueque terminó costándole la vida.)<sup>[19]</sup>

La legitimidad de la dinastía ptolemaica residía en esa vaga conexión con la figura más historiada del mundo antiguo, aquel con quien se comparaba todo aspirante, el hombre en cuyo manto se había envuelto Pompeyo, cuyas gestas se dice que arrancaban a César lágrimas de impotencia. Era el suyo un culto universal. Alejandro desempeñaba un papel tan activo en el imaginario ptolemaico como en el romano. En muchos hogares egipcios había estatuas suyas.<sup>[20]</sup> Tan grande era su fama —y tan maleable la historia en el siglo primero— que incluso corría una leyenda según la cual Alejandro habría sido descendiente de un mago egipcio. No tardó en decirse que mantenía lazos de parentesco con la familia real; como buenos arribistas, los Ptolomeos sabían amoldar la historia a sus intereses.<sup>[\*]</sup> Sin renunciar a su pasado macedonio, los fundadores de la dinastía compraron un pasado que los legitimase, de forma parecida a quienes hoy en día se hacen blasones por encargo. Ptolomeo descendía en realidad de la aristocracia macedonia, muy dada a los golpes de efecto. Por consiguiente, nadie en Egipto consideraba egipcia a Cleopatra. Y es que la reina

procedía de una saga de rencorosas, entrometidas, inteligentes y, en ocasiones, lunáticas reinas macedonias, entre ellas Olimpia, cuya aportación al mundo, de no ser por su hijo Alejandro, no habría sido más que una retahíla de atrocidades.

Si de puertas afuera los Ptolomeos esgrimían la figura de Alejandro, de puertas para dentro su legitimidad derivaba de un fingido vínculo con los faraones. Gracias a él justificaban la costumbre de las uniones entre hermanos, supuesta tradición egipcia, ya que entre la aristocracia macedonia los hermanos por lo común se mataban, no se casaban. De hecho, en griego ni siquiera existía una palabra para «incesto». Los Ptolomeos llevaron esta práctica hasta extremos nunca vistos: de la quincena de matrimonios que hubo en la familia, al menos diez fueron entre hermanos de sangre; otros dos Ptolomeos tomaron por esposas a sobrinas o primas. Tal vez lo hicieran porque no querían complicaciones: los matrimonios endogámicos minimizaban el riesgo de que surgieran pretendientes al trono y evitaban conflictos con las familias políticas. Al mismo tiempo, se ahorraban el problema de buscar una esposa adecuada en un país extranjero y fortalecían, por un lado, el culto familiar y, por otro, la posición de reverencia y privilegio de la dinastía. Si las circunstancias hacían de la endogamia una solución atractiva, la apelación a lo divino —otra falsa prueba de pedigrí— la convertía en aceptable. Tanto los dioses egipcios como los griegos se habían desposado con sus hermanas. Claro que, bien pensado, Zeus y Hera no fueron precisamente una pareja modélica.

La costumbre no dio paso a deformidades físicas pero sí a un árbol genealógico de escaso ramaje. Si los padres de Cleopatra eran hermanos, y todo apunta a que sí, ella tendría tan sólo una pareja de abuelos. Y si, como en este caso, la abuela estaba casada con su tío, su padre era a la vez su cuñado. Puede que la endogamia estabilizase la familia, pero también tuvo consecuencias paradójicas: las crisis de sucesión de los Ptolomeos eran permanentes y solían zanjarse con veneno y puñaladas. Los matrimonios entre hermanos consolidaron las riquezas y el poder, pero exacerbaron las rivalidades en el seno de la familia, tanto más llamativas cuanto que sus miembros tenían por costumbre aderezar sus nombres con epítetos biensonantes. (En la jerga oficial, Cleopatra y el hermano que amenazaba con acabar con su vida eran los *Theoi Neoi Philadelphoi* o «nuevos dioses amantes de los hermanos»). Es difícil dar con un miembro de la familia que no liquidase a uno o dos de sus parientes, incluida Cleopatra VII. Ptolomeo I se casó con su hermanastra, quien conspiró contra él ayudada por sus hijos, dos de los cuales murieron a manos de su propio padre. Esta reina fue la primera en ser reverenciada como diosa en vida y presidió la edad de oro de la historia ptolemaica. Y he aquí otra de las consecuencias inesperadas de los matrimonios entre hermanos: para bien o para mal, privilegiaban a las princesas ptolemaicas. Las predecesoras de Cleopatra eran iguales a sus hermanos en todos los aspectos y, conscientes de ello, no dudaron en hacerse valer. Los Ptolomeos tampoco les hicieron ningún favor a los futuros historiadores por lo que se refiere a la nomenclatura; todas las mujeres de la realeza se llamaban

Arsínoe, Berenice o Cleopatra. Resulta más fácil distinguirlas por sus truculentos crímenes que por sus nombres, aunque en ambos aspectos se mantuvieron tradiciones inmutables: fueron varias las Cleopatras, Berenices y Arsínoes que envenenaron a sus maridos, asesinaron a sus hermanos y proscibieron los nombres de sus madres para después dedicar espléndidos monumentos a la memoria de esos mismos familiares. [21]

A lo largo de las generaciones, la familia se entregó a lo que algunos han llamado una «orgía de pillaje y muerte» [22] digna de espanto aun para los estafalarios patrones macedonios. No era un clan en el que fuera fácil destacar, pero Ptolomeo IV lo logró en el cénit del imperio: a finales del siglo III asesinó a su tío, su hermano y su madre; en cuanto a su esposa, los cortesanos evitaron que la matara envenenándola ellos mismos en cuanto hubo dado a luz a un heredero. Cada dos por tres, las madres enviaban a las tropas contra sus hijos y las hermanas incitaban a guerra contra sus hermanos. La bisabuela de Cleopatra llegó a librar una guerra civil contra sus padres y otra contra sus hijos. La peor parte se la llevaban los grabadores de monumentos, condenados a lidiar con inauguraciones y magnicidios que acaecían de forma simultánea y con el controvertido asunto de las fechas, pues el calendario volvía a empezar con cada cambio de régimen, momento en que generalmente el gobernante cambiaba también de título. Así, cada vez que estallaban contiendas dinásticas, los grabadores de jeroglíficos no tenían más remedio que abandonar las herramientas hasta que el conflicto se resolvía. Berenice II, una de las primeras reinas de la saga, tuvo que ver cómo su madre le robaba el marido, aventura que éste pagó con la vida. (Berenice correría la misma suerte). Notable fue también la tía bisabuela de Cleopatra, Cleopatra III, que reinó en el siglo II. Esposa y sobrina de Ptolomeo VIII, fue violada por éste siendo una adolescente. Ptolomeo, a la sazón, estaba casado con la madre de ella, pero tras una riña el monarca mató a su propio hijo de catorce años, lo cortó en pedazos y mandó un cofre con sus extremidades mutiladas a las puertas de palacio en la víspera del cumpleaños de la madre, quien se vengó exhibiendo en público el cuerpo desmembrado. El pueblo de Alejandría se volvió loco de furia. Pero lo más asombroso fue lo que ocurrió después: algo más de una década más tarde, la pareja se reconcilió, y durante ocho años Ptolomeo VIII gobernó junto a dos reinas enfrentadas, la madre y la hija. [\*]

Con el tiempo, las carnicerías empezaron a parecer inevitables. El tío de Cleopatra asesinó a su esposa, que era a la vez su madrastra (y hermanastra). Por desgracia, al hacerlo no pensó en que ella era la popular de la pareja y fue linchado por una multitud furibunda tras dieciocho días en el trono, hecho que puso punto final, en el año 80 a. C., a la legitimidad de los Ptolomeos después de revueltos dos siglos. La prosperidad cada vez mayor de Roma obligaba a encontrar un sucesor a la mayor brevedad posible. Se fue a buscar al padre de Cleopatra, Ptolomeo XII, a Siria, adonde había sido enviado por razones de seguridad veintitrés años antes. No está claro que hubiese sido educado para reinar, pero era la única opción viable. A fin de

reforzar su condición divina y sus vínculos con Alejandro Magno, tomó el título de «Nuevo Dioniso». Entre los alejandrinos —para quienes, a pesar de los confusos entramados de genealogías espurias, la cuestión de la legitimidad era importante— era conocido por otros dos nombres: «el Bastardo» y «Auletes», el flautista, debido a su afición a tocar cierto instrumento semejante a un oboe.<sup>[23]</sup> Su afición por tocar era tan grande como por la política, aunque lamentablemente sus gustos musicales eran los de una corista de segunda. El gusto por los certámenes musicales no le impidió continuar la sanguinaria tradición familiar, si bien cabe decir en su favor que las circunstancias no le dejaron muchas alternativas. (Al menos no tenía necesidad de asesinar a su madre, por no ser ésta de cuna real. Lo más probable es que fuera una cortesana macedonia). En cualquier caso, Auletes habría de enfrentarse a problemas más serios que las intromisiones familiares.

Como vemos, la joven que se refugiaba con Julio César en el palacio sitiado de Alejandría no era egipcia ni, en términos históricos, faraona; su parentesco con Alejandro Magno tampoco era evidente; por no ser, ni siquiera era de pura sangre ptolemaica, aunque, hasta donde sabemos, no cabe duda de su pertenencia a la aristocracia macedonia. Su nombre, como su patrimonio, era entera y orgullosamente macedonio: «Cleopatra» significa en griego «gloria de su patria».<sup>[\*]</sup> En realidad, ni siquiera era Cleopatra VII. Teniendo en cuenta la embrollada historia de la familia, era lógico que en algún momento se perdieran las cuentas.

Hay dos puntos que la extraña y terrible historia ptolemaica no debería eclipsar. Si Berenices y Arsínoes fueron tan crueles como sus maridos y hermanos, fue en buena medida porque poseían un poder inmenso. (Por lo general también ocupaban un segundo plano con respecto a sus maridos y hermanos, tradición que Cleopatra rompió). Aunque su madre no había sido reina, Cleopatra contaba con numerosos ejemplos de mujeres que antes que ella habían edificado templos, reunido flotas, iniciado campañas militares y, con la ayuda de sus consortes, gobernado Egipto. Podemos decir que dispuso de unos modelos de conducta femenina mucho más poderosos que ninguna otra reina en la historia. No está claro que, como afirman algunos, esto se debiera a una pérdida de vigor generalizada por parte de los varones de la familia; de haber sido así, nada explica por qué esa falta de vigor no afectó también a las mujeres. Sea como fuere, en las generaciones inmediatamente anteriores a la de Cleopatra, quienes descollaron —por su visión, su ambición, su intelecto— fueron siempre las mujeres.

Cleopatra se crio, además, en un país que entendía el papel de la mujer de una forma singular. Ya tiempo atrás, siglos antes del advenimiento de los Ptolomeos, las mujeres egipcias tenían derecho a concertar sus propios matrimonios. Con el tiempo, sus libertades aumentaron hasta niveles sin precedentes en el mundo antiguo. Heredaban a partes iguales y poseían patrimonio. Las mujeres casadas no vivían sometidas al control del cónyuge, tenían derecho a divorciarse y, en tal caso, a una manutención. Cuando esto ocurría, la exmujer tenía derecho a alojarse donde quisiera



hasta haberse satisfecho la devolución de la dote.<sup>[24]</sup> Su patrimonio seguía siendo suyo y no podía ser dilapidado por un marido despilfarrador. La justicia también estaba del lado de la mujer y los hijos cuando un marido obraba en contra de sus intereses. Los romanos se maravillaban de que los egipcios no dejaran morir a las niñas recién nacidas; en Roma, los padres sólo estaban obligados a cuidar de la primera hija. Las mujeres egipcias se casaban más tarde que sus vecinas, sólo la mitad de ellas contraían matrimonio a la edad de Cleopatra. Prestaban dinero y operaban barcos, servían como sacerdotisas en los templos, ponían pleitos y contrataban a flautistas. Casadas, viudas o divorciadas, poseían viñedos, bodegas, marismas de papiro, naves, negocios de perfumería, equipos de molienda, esclavos, casas y camellos. Se estima que hasta un tercio del Egipto ptolemaico pudo haber estado en manos de mujeres.<sup>[25]</sup>

Hasta tal punto estas prácticas invertían el orden natural de las cosas que los extranjeros se quedaban atónitos. Al mismo tiempo, sus costumbres parecían adecuadas para un país cuya subsistencia dependía de un río vivificante que fluía al revés, de sur a norte, razón por la cual el sur era conocido como Alto Egipto y el norte como Bajo Egipto. El Nilo parecía contravenir las leyes de la naturaleza por el hecho de crecer en verano y reducir su caudal en invierno; los egipcios cosechaban los campos en abril y los sembraban en noviembre. Hasta la siembra se hacía al revés: primero se echaban las semillas y luego se araba para cubrirlas con tierra suelta. Todo ello no dejaba de tener sentido en un reino aberrante en el que la gente amasaba la harina con los pies y escribía de derecha a izquierda. No debe sorprendernos que Heródoto consignase, en un pasaje que Cleopatra debía de conocer bien, que las mujeres egipcias acudían al mercado mientras que los hombres se quedaban en casa tejiendo. Tenemos testimonios sobrados acerca del sentido del humor de Cleopatra y sabemos que era ingeniosa y bromista, de modo que podemos imaginarnos su cara al leer en Heródoto que Egipto era un país en que «las mujeres orinan de pie, los hombres en cuclillas».

En otros aspectos, Heródoto tiene toda la razón: «Comparado con cualquier otro país, tiene muchísimas maravillas y ofrece obras que superan toda ponderación».<sup>[26]</sup> Mucho antes de los Ptolomeos, Egipto ya había hechizado al mundo y podía presumir de poseer una civilización ancestral, un sinfín de curiosidades naturales, monumentos de pasmosa grandeza y dos de las siete maravillas del mundo. (Puede que en tiempos de Cleopatra la gente tuviera más capacidad de asombro, pero recuérdese también que las pirámides tenían nueve metros y medio más de altura). En el tiempo libre que les dejaban los derramamientos de sangre, principalmente en el siglo III y antes de que la dinastía empezara a tambalearse bajo su propia depravación a finales del II, los Ptolomeos cumplieron los designios de Alejandro y convirtieron aquel enclave junto al delta del Nilo en una ciudad milagrosa, una ciudad tan sofisticada como toscos habían sido sus fundadores. Desde la distancia, Alejandría era una capital deslumbrante, como una corona de mármol luminoso presidida por un faro

imponente. Su perfil se reproducía en lámparas, mosaicos y azulejos. La arquitectura de la ciudad anunciaba su espíritu heterogéneo, forjado gracias a una frenética suma de culturas. En el puerto, el mayor del Mediterráneo, las frondas de papiros superaban en altura a las columnas jónicas. Colosales esfinges y halcones jalonaban los caminos que conducían a los templos griegos. Deidades con apariencia de cocodrilo y ataviadas con ropajes romanos ornaban las tumbas de estilo dórico. «Siendo la ciudad más grande y mejor situada»,<sup>[27]</sup> Alejandría evocaba un territorio lleno de tesoros legendarios y criaturas fantásticas, rodeado, a ojos de los romanos, de un halo enigmático. A un hombre como Julio César, quien pese a sus múltiples viajes nunca había recalado en Egipto, pocos de los prodigios del país podían admirarlo más que aquella joven sagaz surgida ante sus ojos de una saca de viaje.

Cleopatra nació en el año 69 a. C., la segunda de tres hermanas. Siguió a dos hermanos con los que, de manera sucesiva, contrajo matrimonio por un breve período de tiempo. Para un Ptolomeo, ninguna época estaba exenta de riesgo, pero el siglo I debió de ser de los peores períodos. Los cinco hermanos de Cleopatra fallecieron de forma violenta. Ella es la única que pudo decidir las circunstancias de su muerte, diferencia importante y, desde la perspectiva romana, loable. El mero hecho de sobrevivir hasta el momento en que César arriba al país dice mucho de su carácter. Para entonces llevaba un año o más conspirando, con mayor ahínco en los últimos meses y sin descanso en las últimas semanas de verano. Igualmente significativo resulta el hecho de que sobreviviera en un par de décadas a sus hermanos, ninguno de los cuales pasó de la adolescencia.

De la madre de Cleopatra no se conocen ni indicios ni noticias; desaparece de escena siendo Cleopatra una niña y, para cuando ésta cuenta doce años, ya está muerta. Ignoramos si su hija la conoció mucho mejor que nosotros. Todo indica que fue una de las pocas mujeres de la saga ptolemaica que prefirió no tomar parte en el melodrama familiar.<sup>[\*]</sup> Cleopatra V Trifena era, en cualquier caso, varias décadas más joven que Auletes, su hermano o hermanastro; ambos se habían casado poco después de la subida de Auletes al trono.<sup>[28]</sup> Conociendo las dinámicas familiares, no debemos conceder demasiada importancia al hecho de que la tía del monarca se opusiera a su reinado —llegó a ir a Roma para presionar en su contra—, aunque puede servirnos para formarnos una idea de su instinto político.<sup>[29]</sup> Para muchos, Auletes parecía más interesado por las artes que por el gobierno, y aunque su reinado se prolongó veintidós años, con una interrupción, sería recordado como el faraón que, mientras Egipto se desmoronaba, se dedicaba a tocar la flauta.

Prácticamente nada se conoce de los primeros años de César, pero en el caso de Cleopatra el misterio es mayor: no tenemos la menor pista. Aun cuando el palacio en que pasó la infancia no se encontrara hoy a seis metros por debajo del nivel del mar o el clima alejandrino hubiera sido más clemente con los papiros antiguos, es

improbable que pudiéramos arrojar más luz. La infancia no despertaba gran interés en el mundo antiguo, donde a efectos formativos lo importante eran el destino y los antepasados. Los antiguos tendían a nacer plenamente formados. Podemos suponer sin muchas reservas que Cleopatra nació en el palacio de Alejandría, que se crió con una nodriza, que un criado masticaba su comida antes de introducirla en su boca sin dientes, que nada tocó sus labios infantiles sin haber sido antes catado en busca de veneno y que entre sus compañeros de juegos figuraban varios niños de la aristocracia, a los que se conocía como «hermanos adoptivos» y cuyo destino era convertirse en su séquito real. Hasta cuando correteaba por los pasillos de columnas del palacio, junto a las fuentes y los estanques o por los jardines y el zoológico —en el pasado los Ptolomeos habían tenido jirafas, rinocerontes, osos y hasta una pitón de trece metros y medio—<sup>[30]</sup> lo hacía rodeada de una comitiva. Desde bien temprana edad, aprendió a tratar con políticos, embajadores, eruditos y funcionarios de la corte vestidos con la toga púrpura. Sabemos que jugaba con muñecas y casitas de terracota, juegos de té y muebles en miniatura, dados, caballitos de madera, huesecillos y ratones domésticos, pero nunca sabremos qué hacía con esas muñecas ni si, como Indira Gandhi, organizaba con ellas insurrecciones y batallas.

Al igual que su hermana mayor, Cleopatra fue educada para el trono; un Ptolomeo debía estar preparado para cualquier eventualidad. Viajaba de forma regular por el Nilo hacia el palacio de la familia en Menfis, junto al puerto, para tomar parte en las espectaculares fiestas tradicionales del culto egipcio y en formidables procesiones en que participaban parientes, consejeros y subalternos. Situada a trescientos veinte kilómetros río arriba, Menfis era una ciudad sagrada dirigida por una cúpula sacerdotal, y según se dice la muerte era el gran negocio del lugar.<sup>[31]</sup> Vastas catacumbas de animales se extendían bajo el centro, atrayendo a peregrinos que acudían a la ciudad para adorar y adquirir pequeños halcones y cocodrilos momificados en los tenderetes de recuerdos. Una vez en casa, estos animales servían como objetos de veneración. En ocasiones como éstas, Cleopatra debía de vestir las ropas ceremoniales, mas no todavía la tradicional corona de plumas con el disco solar y los cuernos de vaca. De bien pequeña disfrutó de la mejor educación que podía brindar el mundo helenístico de la mano de los sabios más solventes en el que, sin duda, era el mayor centro cultural del momento: la biblioteca de Alejandría y el museo anejo se encontraban, literalmente, en el patio trasero de su casa. Tuvo por mentores a los eruditos de mayor prestigio y por médicos a grandes hombres de ciencia. Si necesitaba prescripciones médicas, panegíricos, juguetes mecánicos o mapas, los tenía ahí mismo, al alcance de la mano.<sup>[32]</sup>

Es posible que su formación aventajara a la de su padre —criado en el extranjero, en el noreste de Asia Menor—, pero debió de ser una formación griega tradicional en todos los sentidos, idéntica casi a la de César, cuyo mentor había estudiado en Alejandría. La base era sobre todo literaria. Las letras eran importantes en el mundo griego, donde también se utilizaban como números y notas musicales. Cleopatra

aprendió a leer recitando primero el alfabeto griego y después imitando los caracteres inscritos por su maestro en una pequeña tablilla de madera. Los estudiantes practicaban escribiéndolas en líneas horizontales, luego en columnas, en orden inverso y, por último, por parejas de cada extremo del alfabeto, tanto en mayúsculas como en cursiva. Aprender a leer sílabas significaba enfrentarse a una maraña de palabras abstrusas e impronunciables, cuanto más extravagantes mejor. Las líneas, que constituían el escalafón siguiente, resultaban igual de esotéricas. Por lo visto, la idea era que si un estudiante era capaz de habérselas con aquellos signos, podría con cualquier cosa. A continuación venían los versos y las máximas procedentes de fábulas y mitos. A los estudiantes podía pedírseles que refirieran con sus propias palabras una fábula de Esopo, en estilo simple la primera vez, con grandilocuencia la segunda. Se pasaba después a imitaciones más complejas: escribir como Aquiles al borde de la muerte o reformular alguna de las tramas de Eurípides. Las lecciones no eran fáciles ni se pretendía que lo fueran. La educación se tomaba muy en serio e implicaba infinidad de ejercicios, miríadas de reglas y largas horas de estudio. Los fines de semana no existían; se estudiaba todos los días excepto en las festividades, que en Alejandría acontecían con piadosa regularidad. Dos veces al mes, toda actividad cesaba en honor a Apolo. La disciplina era severa: «El joven tiene los oídos en la espalda; sólo escucha cuando lo zurrán», se lee en un papiro antiguo, adagio que Menandro reformula como: «Quien no recibe golpes es imposible que aprenda».<sup>[33]</sup> Generaciones de escolares copiaron diligentemente esa máxima en sus tablillas de cera roja con sus punzones de marfil.

El idilio con Homero comenzó antes de que Cleopatra supiera leer y escribir frases. Que «Homero no fue hombre, sino dios», era una de las primeras cosas que se aprendían en clase de caligrafía, junto con los primeros cantos de la *Ilíada*. Ninguna otra obra dejó mayor impronta en el mundo de Cleopatra. Para una época encaprichada con la historia y regida por la gloria, la obra de Homero era palabra divina. Era el «príncipe de la literatura»;<sup>[34]</sup> sus 15 693 versos proporcionaban patrones morales, políticos, históricos y religiosos; grandes hazañas y principios de gobierno; un atlas intelectual y una brújula moral. Toda persona educada sabía citarlo, parafrasearlo, aludir a él. Podemos decir sin miedo a exagerar que niños como Cleopatra eran —como refiere un contemporáneo suyo— «alimentados con las enseñanzas de Homero, y amamantados con sus palabras, como si absorbiéramos la leche de sus versos».<sup>[35]</sup> Se creía que Alejandro Magno no se acostaba si no era con un ejemplar de Homero bajo la almohada; todo griego cultivado, incluida Cleopatra, sabía recitar de memoria fragmentos de la *Ilíada* y la *Odisea*. La primera era la más popular en el Egipto de la época —acaso una obra más pertinente en tiempos turbulentos—, pero ya de bien joven Cleopatra debió de aprender por la literatura lo que a los veintiún años sabría por experiencia: que hay días en que todo incita a la guerra y días en que lo único que se desea es regresar a casa.

En el nivel más básico, el adoctrinamiento comenzaba con listas de vocabulario

con nombres de dioses, héroes y ríos. Poco a poco se adquirirían conocimientos más sofisticados: ¿Qué canto entonaban las sirenas? ¿Fue casta Penélope? ¿Quién fue la madre de Héctor? Las laberínticas genealogías divinas eran pan comido para una princesa ptolemaica; las familias de los dioses palidecían al lado de la suya propia, con la que a la vez estaban unidas; para Cleopatra, la frontera entre lo humano y lo divino era de lo más lábil. (Los estudios y la historia personal se entremezclaban de nuevo al estudiar a Alejandro, el otro gran héroe de las aulas. Cleopatra debía de saberse su vida del derecho y del revés, lo mismo que el resto de proezas protagonizadas por los antepasados de la dinastía). Las preguntas de los antiguos más bien formularias y el aprendizaje se basaban en la retentiva. La memoria era crucial. ¿Qué dioses ayudaban a quién? ¿Qué ruta había seguido Ulises? Cleopatra debió de oír mil veces preguntas como éstas; era lo que en su día se tenía por erudición. No era fácil sustraerse a esa atmósfera: el séquito real estaba formado por filósofos, retóricos y matemáticos que ejercían de mentores y sirvientes, así como por compañeros intelectuales y consejeros de confianza.

Homero era el patrón oro, pero tras él seguía un catálogo ingente de literatos. Obviamente, las hilarantes comedias domésticas de Menandro eran un clásico entre los estudiantes, si bien es cierto que con el tiempo sería cada vez menos leído. Cleopatra conocía las fábulas de Esopo y debió de frecuentar también la obra de Heródoto y Tucídides. Leía más poesía que prosa y es posible que conociera los textos a los que hoy llamamos *Eclesiastés* y *Primer Libro de los Macabeos*. Entre los dramaturgos, el preferido era Eurípides, quien por sus mujeres transgresivas, siempre prontas a afrontar cualquier situación, parecía especialmente apto para la época. Es probable que la joven princesa se supiera varias escenas de memoria. Los nombres de Esquilo y Sófocles, Hesíodo, Píndaro y Safo debían de resultarles familiares a Cleopatra y la camarilla de jóvenes de buena cuna que la acompañaban. Tanto ella como César se mostraban más bien desinteresados por todo lo que no fuera griego. Incluso es posible que aprendiera la historia de Egipto a partir de textos griegos. La aritmética, la geometría, la música, la astrología y la astronomía complementaban su formación literaria —conocía la diferencia entre una estrella y una constelación y, sin duda, era capaz de tañer la lira—, pero se subordinaban a ésta. Ni siquiera Euclides supo dar respuesta al estudiante que le preguntó cuál era la verdadera utilidad de la geometría.

Cleopatra no abordó ninguno de estos textos a solas. Los leía en voz alta o se los leían sus maestros y sirvientes. La lectura silenciosa, en público o en privado, era poco común. (Un rollo de papiro de la longitud de veinte hojas era frágil y engorroso. Para leer se requerían las dos manos, la derecha para equilibrar el rollo y la izquierda para enrollar la parte ya leída). Para descifrar sus primeras letras necesitaría de la ayuda de uno o varios gramáticos, ya que los textos se escribían sin separar las palabras, sin puntuación ni párrafos, y su lectura era una tarea laboriosa. No por nada, la lectura a vista era tenida por una habilidad singular, tanto más considerando que

debía hacerse con efusión y brío, articulando con cuidado y acompañándose de gestos eficaces. A los trece o catorce años, Cleopatra se iniciaría en el estudio de la retórica o el arte de hablar en público, junto con la filosofía, la más alta y poderosa de las artes, como el mentor de su hermano se había encargado de demostrar a la llegada de Pompeyo. Es posible que Teódoto fuera también maestro de Cleopatra en algún momento, pero lo más seguro es que dispusiera de uno para ella sola, probablemente un eunuco.

El maestro de retórica era como un mago. Aunque menos en el caso de las féminas, la de Cleopatra era una cultura basada en el discurso, en la que se valoraban los argumentos bien contruidos y el sutil arte de la persuasión y la refutación. Los oradores declamaban valiéndose de un vocabulario codificado y un arsenal de gestos, a caballo de las leyes del verso y las del procedimiento parlamentario. Cleopatra aprendió a ordenar sus pensamientos con precisión, a exponerlos con arte y a pronunciarlos con gracia. Los contenidos importaban menos que la forma, «pues al igual que la razón es la gloria del hombre —señalaba Cicerón—, así, la luz de la razón es la elocuencia».<sup>[36]</sup> Cabeza erguida, ojos brillantes, voz cuidadosamente modulada, Cleopatra llegaría a dominar el panegírico, el denuesto y la comparación. Sirviéndose de un lenguaje terso y vigoroso, abundante en ejemplos y alusiones, debió de aprender a disertar acerca de multitud de temas espinosos: ¿Por qué se representa Cupido como un niño alado con flechas? ¿Es preferible el campo a la ciudad? ¿Está el mundo gobernado por la Providencia? ¿Qué diría si fuera Medea y estuviese a punto de asesinar a sus propios hijos? Las preguntas eran siempre las mismas, pero las respuestas podían cambiar de un lugar a otro. Algunas —«¿Es lícito asesinar a la propia madre si ésta ha asesinado antes al padre?»—, por poner un ejemplo — podían tener para Cleopatra resonancias distintas que para otros. A pesar de su naturaleza formularia, la historia se convertía enseguida en asunto para ejercicios. No pasó mucho tiempo antes de que los estudiantes debatieran sobre si César debió castigar a Teódoto, el que aseguraba que un cadáver no muerde. ¿Era en verdad el asesinato de Pompeyo un regalo para César? ¿Y la cuestión del honor? ¿Debió César asesinar al consejero de Ptolomeo para vengar a Pompeyo, o habría dado a entender con ello que Pompeyo no merecía morir?<sup>[\*]</sup> ¿Convenía entrar en guerra con Egipto en esos momentos?<sup>[37]</sup>

Cada razón debía acompañarse de una coreografía concreta y exacta. Cleopatra sabía cuándo respirar, detenerse, gesticular, ganar velocidad, alzar o moderar la voz. Debía mantenerse erguida y no jugar con los pulgares. Suponiendo que el material de base no fuera defectuoso, dependía de la educación que el orador se convirtiese en un comunicador vivaz y convincente, así como que tuviera ocasión de demostrar su sutileza e ingenio ante la sociedad y el foro. «El arte de hablar —diría un autor posterior— se basa en el trabajo intenso, en el continuo estudio, en el variado entrenamiento, en numerosísimas experiencias, en profundísimo conocimiento, en reflexión atentísima». (En otro lugar se observa que esta penosa

disciplina, igual que es útil para el foro predispone asimismo a la exhibición escénica o al vocerío enloquecido.)<sup>[38]</sup>

Cleopatra finalizó sus estudios hacia la época en que su padre sucumbió a una enfermedad fatal, en el año 51. En una ceremonia solemne ante el sumo sacerdote de Egipto, ella y su hermano ascendieron al trono, probablemente en la primavera de ese mismo año. Si la ceremonia siguió las pautas de la tradición, debió de celebrarse en Menfis, la capital espiritual de Egipto, donde una avenida flanqueada de esfinges conducía a través de las dunas hasta el gran templo, con sus panteras y leones de caliza y sus capillas griegas y egipcias pintadas de colores brillantes y tapizadas con luminosos estandartes. Entre nubes de incienso, un sacerdote ataviado con una larga toga de lino y una piel de pantera colgada al hombro le ciñó a Cleopatra las coronas de serpientes del Alto y el Bajo Egipto. Tras prestar juramento en egipcio en el interior del santuario, se colocó la diadema. La nueva reina contaba sólo dieciocho años; Ptolomeo XIII era ocho años menor. Su precocidad no era tan inusual: Alejandro había sido general a los dieciséis y amo del mundo a los veinte. Más tarde alguien diría, con relación a Cleopatra, que «algunas mujeres son más jóvenes a los setenta que la mayoría de mujeres a los diecisiete».<sup>[39]</sup>

Todo indica que fue bien aceptada. La oralidad era la base de la cultura, y Cleopatra poseía el don de la elocuencia. Incluso sus detractores no podían por menos de reconocer su habilidad con las palabras, y en ningún lugar se alude al «brillo de sus ojos»<sup>[40]</sup> sin rendir tributo también a su locuacidad y carisma. Era una oradora nata, dotada de una voz rica y aterciopelada, una presencia mayestática y capacidad para evaluar a su auditorio sin por ello provocarle incomodidad. En este sentido, aventajaba a César. Alejandría, pese a formar parte del mundo griego, se hallaba en África. Al mismo tiempo, se encontraba dentro y al margen de Egipto. La relación entre una y otro equivaldría a la que existe hoy en día entre Manhattan y Estados Unidos, con la diferencia de que los alejandrinos no compartían idioma con el resto del territorio. Cleopatra tuvo que acostumbrarse de bien joven a tratar con un auditorio mixto. Su familia gobernaba un país que, ya para los antiguos, poseía una historia abrumadora. Su lengua era la más antigua de la que se tenía constancia, una lengua, por otro lado, formal y rígida, con una escritura de lo más dificultosa. (Se escribía en demótico. El uso de los jeroglíficos era puramente ceremonial, e incluso la población letrada tenía problemas para descifrarlos. Es poco probable que Cleopatra pudiera leerlos con soltura.)<sup>[41]</sup> Aprenderla requería un esfuerzo mucho mayor que el griego, por entonces la lengua de los negocios y la burocracia y que muchos egipcios dominaban, por lo que, mientras que muchos hablantes de egipcio aprendían griego, rara vez ocurría lo contrario. Cleopatra, no obstante, se aplicó al estudio del egipcio, convirtiéndose al hacerlo en la primera y única de los Ptolomeos que se molestó en aprender la lengua de los siete millones de personas a las que gobernaba.<sup>[42]</sup>

Sus esfuerzos se vieron recompensados. Mientras que los Ptolomeos anteriores guiaban a sus ejércitos por medio de intérpretes, Cleopatra se comunicaba con sus

tropas de forma directa, lo cual constituía una gran ventaja para alguien que reclutaba mercenarios en Siria, Media y Tracia, lo mismo que para cualquiera con ambiciones imperiales. Dentro de casa también facilitaba las cosas, por ser Alejandría una ciudad viva, cosmopolita y étnicamente diversa a la que acudían inmigrantes de todos los rincones del Mediterráneo. En un contrato alejandrino podían constar hasta siete nacionalidades,<sup>[43]</sup> y no era infrecuente encontrar monjes budistas por las calles de la ciudad, que a la vez albergaba a la mayor comunidad judía fuera de Judea, minoría que representaba casi un cuarto de la población de Alejandría. Egipto mantenía suculentas relaciones comerciales con la India; sedas de lujo, especias, marfil y elefantes recorrían el mar Rojo y las rutas de las caravanas. Cleopatra tenía motivos sobrados para conocer las lenguas de la región costera. Plutarco dice que hablaba nueve idiomas, entre ellos el hebreo y el troglodita, lengua etiópica que —si hemos de creer a Heródoto— «no se parece a ninguna otra, ya que emiten unos chillidos como los de los murciélagos».<sup>[44]</sup> En boca de Cleopatra, por supuesto, debía de sonar más meliflua: «Provocaba placer el simple sonido de su voz —nos informa Plutarco—, y su lengua, como si fuera un instrumento de múltiples cuerdas, estaba afinada para expresarse en cualquier idioma en el que ella deseara hablar. En efecto, con pocos pueblos bárbaros tuvo que servirse de un intérprete, pues ella misma era la que por sus propios medios daba audiencia».<sup>[45]</sup>

Plutarco calla en lo relativo a Cleopatra y el latín, la lengua de Roma, poco hablada en Alejandría. Notables oradores ambos, ella y César se comunicaban casi seguro en un griego bastante parecido.<sup>[46]</sup> Pero la diferencia de lenguas explica en buena medida el aprieto en que Cleopatra se encontraba en ese momento, así como su legado y su futuro. Una generación atrás, cualquier romano de pro habría hecho lo posible por evitar recurrir al griego, llegando al extremo de fingirse ignorante. «A medida que dominan el griego —se decía—, se vuelven peores.»<sup>[47]</sup> Era la lengua del arte excelso y la moral dudosa, el dialecto de los manuales sexuales,<sup>[48]</sup> una lengua que es «como si te palpara».<sup>[49]</sup> Los griegos tocaban todos los asuntos, incluidos algunos «que no desearía explicar en ciertos lugares»,<sup>[50]</sup> como decía un erudito antiguo.<sup>[\*]</sup> La generación de César, que perfeccionó su educación en Grecia o bajo la tutela de maestros grecoparlantes, se manejaba en ambos idiomas con igual soltura, si bien siempre era el griego —con mucho el más rico, preciso, dulce y refinado— el que, en un momento dado, proporcionaba *le mot juste*. A partir del nacimiento de Cleopatra, todo romano educado dominaba ambas lenguas. Por un breve instante, parecía posible unir Oriente y Occidente bajo la enseña de la lengua helena. Dos décadas más tarde, los romanos con los que habría de negociar Cleopatra apenas podrían defenderse en el idioma de la reina. Su última comparecencia pública sería en latín, que sin duda pronunciaba con acento extranjero.

Esteta y patrón de las artes bajo cuyo reinado Alejandría atisbó un renacer intelectual, Auletes puso mucho cuidado en procurar a su hija una educación de



primer orden. Cleopatra continuaría la tradición al confiar su hija a un preceptor acreditado. No fue la única. Pese a que la educación entre las mujeres distaba de ser universal, acudían a la escuela, participaban en certámenes poéticos y llegaban a convertirse en mujeres de ciencia. Fueron muchas las muchachas de buena familia — incluidas aquéllas sin aspiraciones regias— que, en el siglo I, llegaron lejos en sus estudios, aunque no tanto en su formación retórica. La hija de Pompeyo tuvo un buen preceptor y recitaba a Homero para su padre. Según su experta opinión, la hija de Cicerón era «doctísima».<sup>[51]</sup> La madre de Bruto estaba tan versada en los poetas latinos como en los griegos. Alejandría conoció un buen número de mujeres dedicadas a las matemáticas, la medicina, la pintura y la poesía, lo cual no equivale a decir que estuvieran libres de sospecha; como siempre, las mujeres educadas eran peligrosas, sólo que en Egipto molestaban menos que en otros lugares.<sup>[\*]</sup> La bella Cornelia, mujer de Pompeyo —quien gritó de horror al presenciar, a escasos metros de distancia, cómo decapitaban a su marido en Pelusio—, tuvo una formación similar a la de Cleopatra. Estaba «muy versada en literatura, en tocar la lira y en geometría, y acostumbrada a escuchar con provecho los discursos de los filósofos. A estas cualidades añadía un carácter libre de la antipatía y afectación que tales conocimientos confieren a las mujeres jóvenes».<sup>[53]</sup> Se las admiraba a regañadientes, pero se las admiraba. De la esposa de un cónsul romano, poco después de que Cleopatra se presentase ante César aquel mismo otoño, se admitía que, a pesar de sus peligrosos dones, «poseía cualidades extraordinarias; sabía escribir versos, hacer chanzas, llevar una conversación ya seria, ya distendida o procaz; tenía, en fin, mucha sal y mucho encanto».<sup>[54]</sup>

A ojos de César, pues, Cleopatra resultaba profundamente familiar en determinados aspectos. Además, era el vínculo viviente con Alejandro Magno, producto exquisito de una civilización de lo más refinada, heredera de una tradición intelectual deslumbrante. Los alejandrinos ya estudiaban astronomía cuando Roma era poco más que un villorrio. Lo que el Renacimiento devolvió a la vida fue en muchos sentidos la Alejandría levantada por los antepasados de Cleopatra. A pesar de las carnicerías y el insignificante trasfondo cultural macedonio, los Ptolomeos habían conseguido establecer en Alejandría el mayor centro cultural de su tiempo, digno continuador del legado ateniense. Al fundar la biblioteca, Ptolomeo I se proponía recopilar todos los textos existentes y a punto estuvo de conseguirlo. Se cuenta que era tal su voracidad libresca que confiscaba todos los textos que entraban en la ciudad y sólo de vez en cuando devolvía una copia, mas nunca el original. (También premiaba las donaciones, de resultas de lo cual las colecciones alejandrinas empezaron a acumular textos espurios). Las fuentes antiguas consignan que la gran biblioteca contenía 500.000 rollos, cifra a todas luces exagerada; 100 000 parece una cantidad más creíble. En cualquier caso, la colección eclipsaba a todas las bibliotecas anteriores e incluía

todos los libros escritos en griego hasta la fecha. En ningún lugar eran tan accesibles los textos ni estaban mejor ordenados —colocados en casillas individuales por orden alfabético y de materia— que en la gran biblioteca de Alejandría.

Ni siquiera había peligro de que acumulasen polvo. Aneja a la biblioteca, en las proximidades o dentro del complejo palaciego, se encontraba el museo, un centro de investigación sufragado por el Estado.<sup>[55]</sup> A diferencia del resto del mundo helenístico, donde los profesores gozaban de poca estima —«O se ha muerto o es maestro en alguna parte», decía un dicho popular;<sup>[56]</sup> los maestros ganaban poco más que la mano de obra no cualificada—, en Alejandría la erudición vivía momentos dulces bajo las auspicios del Estado, lo mismo que la comunidad de estudiosos, quienes vivían exentos de impuestos en los barrios más lujosos y se alimentaban en grandes comedores comunitarios. (O por lo menos así fue hasta cien años antes de Cleopatra, momento en que su bisabuelo decidió que estaba harto de esa clase refractaria al control político y disminuyó su número, dispersando a los mejores y más brillantes de sus representantes por distintos puntos del mundo antiguo). Durante siglos, antes y después de Cleopatra, lo más impresionante que podía decir un médico era que había estudiado en Alejandría, y los preceptores más buscados eran los que se habían formado en la ciudad.

La biblioteca era el orgullo del mundo civilizado, una leyenda ya en tiempos de su existencia, si bien en época de Cleopatra ya no se encontraba en su apogeo y su labor había dejado de girar en torno al verdadero estudio para centrarse en esa manía clasificatoria y catalogadora que nos legó las siete maravillas de mundo. (Cierta obra maestra bibliográfica listaba a las «personalidades eminentes en todas y cada una de las ramas del saber», con listados alfabéticos de sus obras, divididas por materias. La obra alcanzó los 120 volúmenes). La institución, no obstante, seguía atrayendo a las grandes mentes del Mediterráneo. Su santo patrón era Aristóteles, cuya escuela y biblioteca le servían como modelo y quien —no por un casual— fue maestro tanto de Alejandro Magno como de su amigo de infancia, Ptolomeo I. Fue en Alejandría donde se midió por primera vez la circunferencia de la Tierra, donde se determinó que el Sol ocupaba el centro del sistema solar, donde se esclarecieron las funciones del cerebro y el corazón, donde se establecieron los fundamentos de la anatomía y la fisiología, donde se produjeron las ediciones definitivas de Homero. En Alejandría fue también donde Euclides codificó la geometría. Si fuera posible decir que todo el conocimiento del mundo antiguo fue recopilado en un lugar, ese lugar sería Alejandría. Cleopatra se benefició de ello de forma directa: sabía que la Luna influía en las mareas, que la Tierra era esférica y giraba alrededor del Sol. Conocía la existencia del ecuador, el valor de pi, la latitud de Massalia, el comportamiento de la perspectiva lineal y la utilidad de los materiales conductores con respecto a los relámpagos. Sabía que era posible viajar en barco desde Hispania a la India, travesía que nadie había de intentar hasta mil quinientos años más tarde, pese a que ella misma consideró la posibilidad de realizarla en sentido inverso.

Para un hombre altamente cultivado como César, subyugado por la figura de Alejandro y presunto descendiente de Venus, todos los caminos —míticos, históricos, intelectuales— conducían a Cleopatra. Su formación, como la de ella, era ejemplar, y su curiosidad, insaciable. Conocía a los poetas, era un lector omnívoro y, aunque se dice que los romanos no gustaban del lujo, César, como en tantas otras cosas, constituía la excepción. Incluso cuando estaba en campaña, coleccionaba incansablemente mosaicos, mármoles y gemas. La invasión de Britania se atribuía a su afición a las perlas de agua dulce.<sup>[57]</sup> Seducido por la opulencia y los linajes de Oriente, ya antes había frecuentado sus cortes, lo cual pagó con el oprobio constante hasta el fin de su vida: pocos cargos le ocasionaron tantas tribulaciones como la acusación de haber prolongado su estancia en lo que hoy es el norte de Turquía a causa de sus relaciones con el rey de Bitinia. César procedía de ilustre cuna, era un orador con talento y un gallardo oficial, pero esas distinciones palidecían al lado de una mujer que a su vinculación —por más que ficticia— con Alejandro añadía su condición ya no real sino divina. A César casi lo deificaron en los últimos años de su vida, pero Cleopatra era diosa de nacimiento.

¿Qué sabemos del aspecto de Cleopatra? Los romanos que refieren su historia destacan sus costumbres licenciosas, sus artimañas de mujer, su ambición ilimitada y su depravación sexual, pero son pocos los que exaltan su hermosura. No por carencia de adjetivos, ni porque las mujeres sublimes escaparan a los anales: la esposa de Herodes figura en ellos, lo mismo que la madre de Alejandro Magno. La reina de la sexta dinastía a quien se atribuye la construcción de la tercera pirámide fue, como a buen seguro sabía Cleopatra, «más valiente que todos los hombres y más bella que todas las mujeres de su tiempo, dotada de una hermosa piel y de rojas mejillas».<sup>[58]</sup> Arsínoe II —la confabuladora del siglo III, tres veces casada— poseía una belleza arrebatadora. El mundo había sufrido ya antes las sacudidas de la belleza; el símil con Helena venía como anillo al dedo, aunque un solo poeta latino echó mano de él, y aun entonces para recalcar el mal comportamiento de Cleopatra.<sup>[59]</sup> Plutarco deja bien claro que «la belleza de Cleopatra no era, en sí misma, excesivamente exuberante como para subyugar a primera vista». Era más bien «su trato [el que] tenía un punto irresistible».<sup>[60]</sup> Su personalidad y sus maneras, insiste, eran poco menos que hechizadoras. En el caso de Cleopatra, el tiempo no ha marchitado su atractivo, antes bien lo ha multiplicado. Sólo con el tiempo empezaría a hablarse de su hermosura. Hacia el siglo III d. C. su aspecto ya era tan exquisito como el de «la más bella de las mujeres»<sup>[61]</sup> y, en la Edad Media, era «célebre nada más que por su beldad».<sup>[62]</sup>

Dado que no ha podido probarse la autenticidad de ninguno de sus retratos, la máxima de André Malraux sigue siendo parcialmente cierta: «Nefertiti es una cara sin reina; Cleopatra, una reina sin cara». Con todo, podemos hacer algunas conjeturas. Es muy probable que fuera menuda y ágil, a diferencia de los miembros varones de su familia, que tendían al sobrepeso, cuando no a la pura obesidad. Aun

admitiendo su finalidad autoritaria y la baja calidad del grabado, la efigie de las monedas respalda la afirmación de Plutarco de que la suya no era ni por asomo una belleza convencional. Su nariz aguileña era una réplica a pequeña escala de la de su padre (el rasgo era tan común que también en griego existe una palabra para designarlo), tenía los labios carnosos, el mentón afilado y prominente y la frente alta. Los ojos, grandes y hundidos. Es cierto que algunos Ptolomeos eran de piel clara y cabellos rubios, pero es poco probable que Cleopatra VII se contara entre ellos. Cuesta creer que «la egipcia esa» hubiera dado que hablar al mundo de haber sido rubia. En las descripciones de sus familiares hallamos de forma recurrente la expresión «piel de color miel», que probablemente podría aplicársele también a ella, a pesar de las sombras que rodean a su madre y a su abuela paterna. Parece seguro que por la familia corría sangre persa, pero no egipcia, pues los Ptolomeos no solían tomar por amantes a las mujeres del país. En todo caso, Cleopatra no era de piel oscura.

Su rostro debía de ir a juego con su irresistible encanto, su sentido del humor y sus sedosas dotes de persuasión; César tenía sus preferencias en cuanto al físico, pero también se fijaba en otros aspectos. Desde hacía tiempo era sabido que para llegar al corazón de Pompeyo había que adularlo, y para alcanzar el de César, sobornarlo. César gastaba a espuestas y por encima de sus posibilidades. Una sola perla de una amante suya costaba el equivalente a la paga anual de mil doscientos soldados profesionales. Después de más de una década de guerra, tenía que pagar a su ejército, y puesto que el padre de Cleopatra había dejado una deuda considerable, César contaba con cobrársela a su llegada. Condonó la mitad, lo que resultó en un astronómico balance de unos tres mil talentos. César tenía gastos y gustos extravagantes, pero sabía que con el tesoro egipcio podría satisfacerlos. La joven cautivadora que tenía delante —elocuente, risueña, hija de una cultura antigua y refinada, criada en un lujo inasequible a sus compatriotas romanos y, según acababa de demostrar, capaz de burlar a un ejército entero— era una de las dos personas más ricas del mundo.

A su regreso a palacio, Ptolomeo se horrorizó al descubrir a su hermana junto a César. Al salir, no pudo sino maldecir su suerte.

## CLEOPATRA CONQUISTA AL VIEJO CON SUS HECHIZOS

«Es digna de alabanza la mujer generosa con su hacienda; no así la que es generosa con su cuerpo».

QUINTILIANO<sup>[1]</sup>

El siglo I a. C. no se recordará precisamente por su originalidad; si por algo se caracterizó, fue más bien por su compulsiva tendencia a reciclar asuntos ya conocidos. Tanto es así, que cuando aquella joven menuda e impetuosa se presentó ante aquel curtido hombre de mundo varios años mayor que ella, nadie dudó en adjudicar a la muchacha el mérito de haberlo seducido. Encuentros como ése habían sido siempre, y serían por varios siglos, terreno abonado para comentarios desdeñosos. En realidad no sabemos quién sedujo a quién, igual que ignoramos cuánto tardaron César y Cleopatra en caer uno en brazos del otro. Por ambas partes había mucho en juego. Si hemos de creer a Plutarco, el indomable general cayó indefenso a los pies de la veinteañera, en un visto y no visto cayó «prendado» por esa primera artimaña y «cautivado»<sup>[2]</sup> por su gracia: Apolodoro llegó, César vio y Cleopatra venció, pero esta sucesión de los hechos no deja necesariamente bien parada a la egipcia. El testimonio de Dión —que bien podría derivar de Plutarco, quien lo precedió en más de un siglo— coincide en atribuir a Cleopatra el poder necesario para seducir a un hombre que le doblaba la edad. Según su versión, César cae instantánea e incondicionalmente rendido. Con todo, Dión no deja de reconocer cierta complicidad por parte del romano, famoso por su afición al sexo opuesto, «pues era enamorado en extremo y mantenía relaciones con muchas otras mujeres, con todas cuantas en alguna ocasión se cruzaban en su camino», atribuyendo, pues, cierto albedrío a César en lugar de arrojarlo inerte en manos de esa astuta e irresistible sirena. Aparte de eso, Dión pone mayor énfasis en la puesta en escena: en el palacio, a Cleopatra le da tiempo a acicalarse y aparecer ante César con «el aspecto más respetable y digno de compasión», cosa difícil de creer. César queda subyugado «en cuanto la vio y la oyó hablar». Cleopatra debió de abordar al general romano con suma cautela, pues nunca antes se habían visto e ignoraba qué podía esperar de él. Lo que sí sabía, era que —en el peor de los casos— más valía ser prisionera de Julio César que serlo de su propio hermano.<sup>[\*]</sup>

Según todos los cronistas, Cleopatra no tardó en llegar a alguna suerte de acuerdo con César, quien se convirtió al punto «en defensor de la mujer de quien previamente había considerado ser un digno juez».<sup>[4]</sup> La seducción requirió su tiempo, en cualquier caso algo más que una única noche de leyenda; no tenemos pruebas de que

la relación pasara enseguida al terreno sexual. Ya a plena luz del día —aunque no necesariamente a la mañana siguiente de tan heterodoxa y sensacional aparición—, César propuso que los hermanos hicieran las paces, poniendo como condición «que [Cleopatra] compartiera el reino con él [Ptolomeo]»,<sup>[5]</sup> dictamen que poco o nada tenía que ver con lo que los consejeros del joven rey habían previsto. Éstos creían haber llegado a un pacto con César en las playas de Pelusio.<sup>[6]</sup> Tampoco habían contado con la inexplicable presencia de Cleopatra en el palacio.

El joven Ptolomeo quedó más sorprendido, si cabe, que César de encontrar ahí a su hermana. Su reacción al ver que había sido burlado demostraba a las claras que necesitaba una consorte: rompió a llorar y, en un ataque de rabia, salió por las puertas de palacio y se mezcló con la multitud del exterior. Rodeado de sus súbditos, se arrancó la diadema blanca de la cabeza y la arrojó al suelo mientras gritaba que su hermana lo había traicionado. Los hombres de César fueron por él y lo devolvieron al palacio, donde quedó bajo arresto. Más difícil fue apaciguar los disturbios que estallaron en las calles, alimentados en las semanas siguientes por Potino, el eunuco, cerebro de la operación que había depuesto a Cleopatra. La gloriosa carrera de la monarca habría tocado bien pronto a su fin de no haberse asegurado el favor de César. Hostigado por tierra y por mar, también César pudo haber visto entonces el fin de sus días. Convencido de haber terciado en una venganza entre hermanos, no acertaba a comprender cómo, con sólo dos legiones desorganizadas y diezmadas,<sup>[7]</sup> podía haber provocado una rebelión a gran escala. Tampoco parece que Cleopatra le dijera la verdad en lo referente a su falta de popularidad entre la población alejandrina.

Preocupado por lo que pudiera acaecer, César decidió dirigirse al pueblo. Desde un lugar seguro —acaso el balcón de un piso alto o una de las ventanas de palacio— prometió a los alejandrinos «hacer todo lo que quisieran».<sup>[8]</sup> En momentos como ése sus habilidades retóricas eran más necesarias que nunca. Puede que César recibiera algún consejo de Cleopatra sobre cómo aplacar los ánimos de los alejandrinos, pero no necesitaba la ayuda de nadie para hilvanar frases claras y convincentes, oportunamente subrayadas mediante una gesticulación vigorosa. En ese terreno César era un genio indiscutido, un orador con un tono de voz perfecto, amén de un estilista lapidario, inigualable en su «habilidad para inflamar las mentes de sus oyentes y encaminarlos en la dirección más conveniente».<sup>[9]</sup> Más tarde evitaría toda referencia a sus temores, prefiriendo, en vez de ello, centrarse en sus negociaciones con Ptolomeo y aseverar que, por su parte, «ponía su mejor voluntad en arreglar las disputas de los reyes como árbitro y amigo común».<sup>[10]</sup> Aparentemente lo logró: Ptolomeo aceptó la reconciliación, lo cual no debe considerarse como un gran gesto por su parte, pues sabía que sus consejeros irían a la guerra de todos modos. De hecho, en ese preciso instante, el ejército ptolemaico marchaba en secreto en dirección a Alejandría.

Aceptado el acuerdo, César convocó una asamblea formal a la que acudieron

ambos hermanos. Con su tono alto y nasal, leyó el testamento de Auletes, señalando que lo único que éste había dispuesto era que Cleopatra y su hermano vivieran juntos y gobernaran codo con codo bajo la tutela de Roma. Dicho esto, les entregó el reino. Resulta difícil no ver la huella de Cleopatra en lo que ocurrió a continuación. Para probar su buena voluntad (o, como prefiere Dión, para calmar a la multitud tumultuosa), César fue aún más lejos: entregó la isla de Chipre a los otros dos hermanos de Cleopatra, Arsínoe, de diecisiete años, y Ptolomeo XIV, de doce. Era un gesto significativo. De Chipre, joya de las posesiones ptolemaicas, dependía la costa de Egipto. De ahí salía la madera que necesitaban los reyes egipcios y gracias a la isla dirigían el comercio de cobre en régimen casi de monopolio. Chipre era asimismo una espina clavada en el honor ptolemaico: el tío de Cleopatra había reinado en la isla hasta una década antes, cuando Roma le había exigido una suma exorbitante. El tío prefirió envenenarse a pagar. Sus propiedades fueron requisadas y enviadas a Roma, donde fueron exhibidas en procesión por las calles. Entretanto, su hermano, el padre de Cleopatra, se había limitado a contemplar lo sucedido desde Alejandría y, a causa de su apocada actitud, sus súbditos, furiosos, terminaron expulsándolo de Egipto. Cleopatra contaba once años por entonces. Es poco probable que hubiera olvidado ni la humillación ni el motín.

César consiguió calmar al pueblo, pero fracasó a la hora de evitar que Potino perseverase en la vía de la violencia. El antiguo tutor no perdió tiempo en incitar a los hombres de Aquilas. La proposición de Roma, aseguraba, era una farsa. ¿Acaso no acertaban a ver en ella el largo brazo de Cleopatra? Hay algo perverso en la constatación de que Potino —quien había de conocerla bien, e incluso íntimamente en caso de que en efecto hubiera sido maestro suyo— temiera a la joven tanto como al bregado general romano. Potino juraba que César «había entregado ostensiblemente el poder real a ambos» para acallar al pueblo,<sup>[11]</sup> pero que apenas pudiera se lo transferiría íntegro a Cleopatra. Se cernía un segundo peligro, prueba tanto de la determinación de Cleopatra como de la falta de ésta por parte de Ptolomeo: ¿y si, aprovechando su común confinamiento en el palacio, aquella mujer astuta conseguía seducir a su hermano? El pueblo jamás se opondría a una pareja real, aunque estuviera auspiciada por un impopular dirigente romano. Si eso ocurría, todo estaría perdido, insistía Potino. Así las cosas, urdió un plan, pero por lo visto lo compartió con demasiados conspiradores. Durante el banquete organizado para celebrar la reconciliación, el barbero de César —por algo las barberías hacían las veces de oficinas de correos en el Egipto ptolemaico— hizo un inesperado descubrimiento: aquel hombre que «andaba siempre escrutándolo todo, inquietándose por todo y con el oído bien alerta» averiguó que Potino y Aquilas tramaban envenenar a César y acabar, después, con Cleopatra. César no se sorprendió, de hecho llevaba tiempo durmiendo de forma esporádica y a horas desacostumbradas para evitar posibles intentos de asesinato. Es probable que, aun a pesar de la vigilancia, también a Cleopatra le costara pegar ojo por las noches.

César ordenó a un hombre que se deshiciera del eunuco. Aquilas por su parte puso todo su empeño en la que, según la expresión con frecuencia desatendida de Plutarco, había de ser una «guerra penosa y de difícil control».<sup>[12]</sup> César contaba con cuatro mil hombres agotados y faltos de moral. Las fuerzas de Aquilas eran cinco veces mayores y ya se encontraban camino de Alejandría. A pesar del ejemplo de Cleopatra, César no era consciente de hasta qué extremos podía llegar la astucia ptolemaica. En nombre del rey, César envió a dos emisarios con una proposición de paz, hombres distinguidos y con experiencia, antiguos servidores ambos del padre de Cleopatra. Es posible que César los hubiera conocido en Roma. Aquilas —a quien César consideraba un «hombre de gran audacia»—<sup>[13]</sup> interpretó el gesto como un signo de debilidad y asesinó a los embajadores antes de que pudieran comunicarle su mensaje.

Con la llegada de las tropas egipcias a la ciudad, Aquilas trató de irrumpir en las dependencias de César. Al amparo de la oscuridad, los romanos se apresuraron a fortificar el palacio con atrincheramientos y un muro de tres metros. César podía quedarse aislado, pero no estaba dispuesto a luchar contra su voluntad. Sabía que Aquilas estaba reclutando tropas auxiliares en todos los rincones del país. Mientras, los alejandrinos establecían grandes factorías de armas en la ciudad; los más ricos equipaban y pagaban a sus esclavos para que entrasen en liza con los romanos. Pronto empezaron las escaramuzas. La preocupación principal de César era el agua, cada vez más escasa, y la comida, que se había terminado. El propio Potino se lo había hecho notar enviándole una remesa de trigo podrido. Como en anteriores ocasiones, el glorioso general demostró ser un depurado logista; lo esencial era evitar posibles incursiones a través del lago Mareotis, al sur de la ciudad y segundo puerto de ésta, y, a la vez, asegurarse el acceso a él. Aquel reluciente lago de dulces aguas azules comunicaba Alejandría con el interior de Egipto por medio de una red de canales; era tan rico e importante como los dos puertos mediterráneos. Aparte, no había que perder de vista consideraciones de tipo más psicológico. César hizo lo imposible por ganarse al joven monarca, pues entendía «que la autoridad real era muy respetada entre los suyos»,<sup>[14]</sup> y con frecuencia recordaba a todo aquel que quisiera escucharle que el instigador de aquella guerra no era Ptolomeo, sino sus pérfidos consejeros. Sus palabras fueron desoídas.

Mientras César se ocupaba de las líneas de suministro y las fortificaciones, un segundo complot estalló en palacio, donde el ambiente debía de estar ya bastante caldeado, al menos por lo que se refiere a los hermanos enfrentados. También Arsínoe tenía un preceptor astuto, un eunuco que empezó a planear su evasión. Sus maniobras sugieren que o bien Cleopatra, preocupada como estaba por su hermano y su propia supervivencia, había actuado con negligencia (cosa improbable dadas las circunstancias), o bien había sido víctima de una doble traición. Arsínoe ardía de ambición;<sup>[15]</sup> no era la clase de persona que inspirara confianza. Era evidente que no tenía mucha fe en Cleopatra, pero es posible que las primeras semanas no lo dejara



ver.<sup>[\*]</sup> Fuera de palacio se mostraba más explícita: era una Ptolomeo y como tal no aceptaría depender de ningún extranjero. Precisamente eso era lo que los alejandrinos necesitaban oír. La proclamaron reina —ambas hermanas, pues, pasaron por el trono— y salieron a la calle aclamándola con entusiasmo. Arsínoe se unió a Aquilas al frente del ejército. Desde sus dependencias de palacio, Cleopatra creyó que ello era razón de más para depositar su confianza en el romano antes que en su familia. Tampoco esto era ninguna novedad en el año 48 a. C.: «Cuando un hombre se identifica con nuestro carácter, aunque sea un extraño, resulta ser mejor como amigo que diez mil parientes».<sup>[17]</sup>

En el año del nacimiento de Cleopatra, Mitrídates el Grande, rey del Ponto, propuso una alianza a su vecino, el rey de Partia.<sup>[\*\*]</sup> Tras décadas de insultos y ultimátums contra Roma, que a su juicio llevaba años anexionándose territorios de forma sistemática, Mitrídates advirtió de que estaban a punto de volverse las tornas<sup>[18]</sup> y denunció que a los romanos «ni lo humano ni lo divino les impide devastar o destruir a aliados, amigos, vecinos o lejanos, débiles o poderosos, y que todo lo que no es esclavo suyo, y en especial los reinos, lo consideran enemigo». ¿Lo más lógico no era, pues, coaligarse? Mitrídates no estaba dispuesto a agachar la cerviz como el padre de Cleopatra. Auletes, decía con desprecio, demoraba «día a día la guerra a costa de dinero»;<sup>[19]</sup> el rey egipcio tal vez creyera estar obrando con astucia, pero en realidad lo único que conseguía era postergar lo inevitable. Los romanos se embolsaban su dinero sin ofrecerle garantías. No mostraban respeto alguno hacia los reyes. Traicionaban incluso a sus amigos. Destruirían a la humanidad o perecerían en el intento. Es cierto que a lo largo de los decenios siguientes procedieron a dismantelar amplias fracciones del Imperio ptolemaico, proceso que Cleopatra debió de seguir con atención. Cirene, Creta, Siria y Chipre llevaban tiempo perdidas. El reino que estaba destinada a heredar era apenas mayor de lo que había sido al instalarse Ptolomeo I en el trono dos siglos antes. Egipto había perdido su cinturón de Estados vasallos y los territorios de Roma lo rodeaban por los cuatro costados.<sup>[20]</sup>

Mitrídates no se equivocaba al suponer que Egipto debía su ininterrumpida autonomía más a las disputas internas de Roma que al oro de Auletes. Paradójicamente, la riqueza del país era lo que evitaba su anexión, discutida por primera vez en Roma, a propuesta de Julio César, cuando Cleopatra tenía siete años. Los intereses encontrados de las diversas partes impidieron que se alcanzara un acuerdo. Ninguna facción deseaba que la otra se hiciera con el control de tan fabuloso reino, un punto de partida ideal para derrocar una república. Para Roma, el país de Cleopatra era una molestia constante; en palabras de un historiador moderno: «Destruirlo era una lástima; anexionárselo, un riesgo; gobernarlo, un problema».<sup>[21]</sup>

Desde un primer momento, Auletes se vio obligado a bailar al son de Roma, posición indigna que condicionó los primeros años de su hija. Todos los gobernantes

del Mediterráneo veían en Roma la solución a sus aspiraciones dinásticas y la ciudad se había convertido en puerto de acogida para reyes en apuros. Un siglo antes, Ptolomeo VI había llegado a ella en condiciones miserables y se había instalado en una buhardilla. Poco después, su hermano pequeño y bisabuelo de Cleopatra, realizó el mismo viaje. Mostró las cicatrices supuestamente infligidas por Ptolomeo VI y apeló a la compasión del Senado. Roma soportaba con hastío el interminable goteo de solicitantes, agraviados o no. Escuchaban sus demandas y de vez en cuando tomaban algunas decisiones. En un momento dado, el Senado estuvo a punto de prohibir esas apelaciones. No había motivos para adoptar una política exterior coherente.<sup>[22]</sup> En cuanto a la espinosa cuestión egipcia, había quien opinaba que lo mejor sería convertir el país en territorio de protección oficial para los pobres de Roma.

En tiempos más recientes, otro de los tíos abuelos de Cleopatra había ideado un ingenioso y problemático plan para protegerse de las maquinaciones de su hermano: en caso de fallecer, Ptolomeo X legaba su reino a Roma. El testamento pendía cual espada de Damocles sobre la cabeza de Auletes, monarca ilegítimo e impopular entre los griegos alejandrinos. Viendo que la inestabilidad de su reinado iba en aumento, no tuvo más remedio que pedir ayuda al otro lado del Mediterráneo. La súplica le restó crédito a ojos de los romanos, que la interpretaron como signo de sometimiento, y a los de sus súbditos, quienes veían con desagrado que su soberano se inclinase a los pies de los extranjeros. Auletes, no obstante, hizo bueno el dicho del padre de Alejandro Magno: no hay fortaleza inexpugnable si hasta ella puede llegar un burro cargado de oro, pero enseguida se vio atrapado en un círculo vicioso: para cargar las alforjas del burro, el padre de Cleopatra tendría que aumentar los impuestos a sus súbditos, lo cual despertaba la indignación del mismo pueblo cuya lealtad intentaba comprar en Roma.

Auletes sabía muy bien lo que César empezaba apenas a vislumbrar en el año 48: que el pueblo de Alejandría constituía una fuerza en sí mismo. La agudeza de su ingenio era su característica más sobresaliente. Los alejandrinos tenían un sentido del humor rápido y corrosivo, les encantaba reír y adoraban el teatro, como atestiguaban los cuatrocientos escenarios existentes en la ciudad. No menor era su afición a la insidia. Sus dotes para el entretenimiento desembocaban en ocasiones en intrigas y disturbios. Según cierto visitante, la vida alejandrina corría el riesgo «de haberse convertido en una juerga, pero no agradable y tranquila, sino salvaje y molesta, de gente que baila, chilla y asesina».<sup>[23]</sup> Los súbditos de Cleopatra no tenían empacho alguno en amontonarse a las puertas de palacio para exponer sus reivindicaciones a voz en grito. Las revueltas estallaban por menos de nada. A lo largo de dos siglos, el pueblo había depuesto, desterrado y asesinado a varios Ptolomeos; había obligado a la bisabuela de Cleopatra a reinar con un hijo pese a que ella prefería gobernar con el otro; había enviado al exilio al tío abuelo de Cleopatra, y, al saber que Ptolomeo XI había asesinado a su esposa, había sacado al monarca a rastras de palacio y le había arrancado los miembros uno a uno. Para Roma, el ejército egipcio no era mejor.

Desde el palacio, observaba César: «Por cierta inclinación arraigada en el ejército alejandrino, acostumbraban a pedir la muerte de los amigos del rey, a saquear los bienes de los ricos para aumentar su estipendio, a sitiar el palacio real y a deponer unos reyes y nombrar otros».<sup>[24]</sup> César y Cleopatra podían oír a la multitud colérica agolpada bajo los muros de palacio. La reina sabía que no era muy popular, y los sentimientos del pueblo hacia Roma también eran bien conocidos. Cuando Cleopatra contaba nueve o diez años, por error, un visitante oficial había matado un gato, animal sagrado en Egipto.<sup>[\*]</sup> Al instante se formó una turba furiosa con la que un representante de Auletes trató de parlamentar: tratándose de un egipcio, lo ocurrido habría sido un crimen, pero quizá con un extranjero podía hacerse una excepción. La multitud estaba tan sedienta de sangre que fue imposible salvar al legado.

La transmisión del poder de Auletes a su hija fue un proceso delicado. Complacer a unos suponía afrentar a otros. Si Roma no se sentía satisfecha, intervendría. Y si Egipto no plantaba cara a Roma, se formarían motines. (Parece que Auletes no despertaba simpatías en nadie a excepción de Cleopatra, quien siempre se mostró leal a su memoria, a pesar del coste político que esa lealtad le supuso en su propio país). Los peligros eran muchos. Podía ser que Roma decidiera deponerla, como había hecho con su tío, el rey de Chipre, o que su propia familia quisiera eliminarla —apuñalándola, con veneno, desterrándola, desmembrándola—, o que el pueblo desafecto la defenestrara con una revuelta. (Estos temas también conocían variaciones: un Ptolomeo podía ser odiado por el pueblo y adorado en la corte; amado por el pueblo y traicionado por la familia; o detestado por los griegos alejandrinos y amado por los egipcios nativos, como ocurre con Cleopatra). Tras veinte años intentando ganarse a Roma, Auletes descubrió que debía haber invertido ese tiempo en buscar el favor de los suyos. La decisión de no intervenir en Chipre le costó el acoso de sus súbditos, quienes le exigían que se enfrentara a Roma o pagase un rescate por su hermano. Cundió el pánico. ¿Cuántas veces había ocurrido lo mismo antes? Auletes huyó a Roma, donde pasó buena parte de los tres años siguientes negociando su regreso al trono. La presente visita de César obedecía en última instancia a lo ocurrido en aquellos años. Aunque Auletes no era especialmente bienvenido en Roma, pocos —entre ellos César y Pompeyo— sabían resistirse a los sobornos de un griego. Fueron muchos los que de buen grado prestaron a Auletes el dinero necesario para sus sobornos, dinero que éste aceptaba encantado. Cuantos más fueran sus acreedores, más serían los partidarios de restaurarlo.

A lo largo del año 57 se discutió la delicada cuestión de cómo satisfacer las solicitudes del rey depuesto. El gran orador Cicerón trabajó con denuedo para que sus amigos se vieran lo menos perjudicados posible por culpa de ese espinoso asunto, «corrompido desde hace ya tiempo por ciertos individuos con el consentimiento del propio rey y de sus consejeros».<sup>[26]</sup> Durante un tiempo la cuestión quedó en punto muerto. Puede que Auletes haya pasado a la historia como un títere manirroto, pero en Roma, para desesperación de sus anfitriones, se distinguió por su tenacidad y

capacidad de negociación. Empapeló el foro y el Senado con panfletos y regaló literas —asientos con dosel para pasearse de forma ostentosa por la ciudad— a sus partidarios. La situación se complicó a causa de las rivalidades entre los políticos que, viendo en su restauración una oportunidad de lo más jugosa, contendían por lucrarse prestándole ayuda. En enero del año 56, Cicerón se quejó de que el asunto estaba alcanzando dimensiones peligrosas. En el Senado hubo gritos, empujones y hasta escupitajos. La situación se agravaba por momentos, así que para evitar que Pompeyo o cualquier otro se erigiera en valedor de Auletes, se recurrió al oráculo. El dictamen fue que, por prohibición expresa de los dioses, el rey no debía ser restaurado por tropas romanas. Según Cicerón, el Senado aceptó el subterfugio «no por motivos religiosos, sino por animadversión y por el rechazo que suscitan las dádivas del rey».

[27]

De la aventura de Auletes en ultramar aprendió la joven Cleopatra otra lección ejemplar: no bien el rey hubo abandonado el país que la mayor de sus hermanas, Berenice IV, usurpó el trono; tal era su falta de popularidad, que los alejandrinos estuvieron encantados de sustituirlo por una adolescente. Berenice gozaba del favor de la población nativa, pero carecía de consorte, problema al que también hubo de enfrentarse Cleopatra, aunque lo resolvió de forma distinta. Berenice necesitaba un corregente con el que poder casarse. La operación no era fácil, pues los griegos macedonios de buena cuna eran un bien escaso. (Por alguna razón se decidió que Berenice tuviera preeminencia sobre sus hermanos menores, sobre quienes debía haber recaído la regencia). El pueblo eligió por ella, decantándose por un príncipe selúcida al que Berenice detestó desde el primer momento. A los pocos días del enlace, Berenice mandó estrangularlo. El siguiente en la lista era un ambicioso sacerdote póntico poseedor de las únicas credenciales necesarias para el puesto: hostilidad declarada hacia Roma y supuesta nobleza. Nombrado corregente en la primavera del año 56, le fue mejor que a su antecesor. Entretanto, los alejandrinos habían enviado a Roma una delegación de cien embajadores para denunciar los brutales métodos de Auletes y evitar su retorno. El rey envenenó al líder de la comitiva y asesinó, sobornó o expulsó al resto antes de que pudieran exponer su causa. Curiosamente, la masacre —en la que al parecer estuvo implicado Pompeyo— no fue investigada, sin duda en deferencia a la generosidad de Auletes.

Las legiones romanas devolvieron a Auletes a Egipto en el año 55. La incierta misión no despertaba muchos entusiasmos, entre otras cosas porque implicaba marchar a través del fuego del desierto para a continuación vadear las arenas movedizas y las fétidas lagunas de Pelusio. Aulo Gabinio, gobernador de Siria y protegido de Pompeyo, aceptó de mala gana ponerse al frente de la misión, ya fuera por razones legítimas (pues temía un gobierno en manos del nuevo marido de Berenice), por una prima equivalente a la renta anual de todo Egipto o movido por los requerimientos de su joven jefe de caballería, parte interesada en la causa de Auletes. El joven oficial no era otro que el greñudo Marco Antonio, quien más tarde había de

inaugurar un capítulo propio en la historia. Luchó con valentía y solicitó a Auletes que perdonase la deslealtad de su ejército en la frontera egipcia. Conduciéndose una vez más como un aficionado incompetente, el rey, «movido por la cólera y el odio»,<sup>[28]</sup> prefirió pasar a cuchillo a los soldados. Gabinio, por su parte, respetó escrupulosamente el oráculo y arregló las cosas de tal modo que, ganada la batalla, Auletes pudiera seguir su camino sano y salvo sin que por ello pudiera afirmarse de forma literal que el ejército le había devuelto el trono. Pese a todo, el rey egipcio llegó a palacio escoltado por las primeras legiones romanas que jamás hubieran puesto pie en Alejandría.

Del reencuentro con su familia sólo tenemos testimonios parciales. Auletes ejecutó a Berenice y tomó represalias contra los cortesanos, reduciendo su número y desposeyéndolos de parte de sus fortunas. Renovó la cúpula del funcionariado y reorganizó el ejército, que le era contrario.<sup>[29]</sup> Al mismo tiempo entregó tierras y estipendios a los hombres de Gabinio, que transfirieron su lealtad a Egipto. Una vez más se repetía la historia del burro cargado de oro: salía más a cuenta servir a un rey ptolemaico que a un general romano. Tal y como César observó más tarde, los soldados «se habían acostumbrado ya al libertinaje de la vida alejandrina, habían olvidado el nombre y la disciplina del pueblo romano».<sup>[30]</sup> No les costó adaptarse al nuevo país. Justo antes de morir, Pompeyo pudo reconocer a un veterano romano entre sus asesinos.

El reencuentro de Auletes con su segunda hija fue probablemente de otro tenor. Gracias a la extralimitación de su hermana, Cleopatra, de trece años, se había convertido en la primera en la línea de sucesión. Ya entonces poseía grandes conocimientos, a parte de su formación en declamación, retórica y filosofía. Podemos decir que su educación política estaba ya completa en el año 56, momento del que se acordaría una década más tarde. Ser faraón era bueno, pero era mejor ser amigo y aliado de Roma. La cuestión no era cómo oponerse a su poder, como Mitrídates, experto en injuriar, desafiar y masacrar a los romanos, sino cómo manipularlo. Por suerte, en Roma la política era una cuestión muy personal debido al choque entre las ambiciones de los distintos senadores. Con un poco de astucia, era relativamente fácil azuzar a unos contra otros. Cleopatra no sólo estaba acostumbrada a los fastos, también a las intrigas. Se hallaba en palacio cuando las fuerzas egipcias habían tomado las armas contra su padre. En el año 48, no hacía más que seguir los pasos de Auletes, encerrada por segunda vez en un palacio asediado. Su alianza con César derivaba por vía directa de la de su padre con Pompeyo, con la única salvedad de que ella había logrado en pocos días lo que a su padre le había costado más de dos décadas.

Cinco años después de su retorno, Auletes falleció de muerte natural. Tenía más de sesenta años y había tenido tiempo suficiente para preparar la sucesión. Es posible que, siendo la mayor de las hermanas vivas, Cleopatra ejerciera como corregente durante los últimos meses, pero lo que es seguro es que —a diferencia de muchos de

sus antepasados, incluido el propio Auletes— fue educada para el trono. Auletes se apartó de la tradición al dejar el trono a dos hermanos, lo cual parece sugerir que Cleopatra manifestaba aptitudes excepcionales desde la más tierna edad, que Auletes creía estar evitando una guerra por el poder al nombrar a los dos hijos de forma conjunta o, acaso, que creía que Cleopatra y Ptolomeo XIII eran inseparables, cosa dudosa. Lo más probable es que padre e hija tuvieran una buena relación. Esa explicaría que ella añadiera el epíteto Filopátor (la que ama a su padre) a su nombre y que lo conservara a pesar del cambio de consorte. Uno de sus primeros actos públicos debió de ser la organización de los funerales de su padre, una ceremonia larga, perfumada de incienso y ungüentos y abundante en ofrendas y lamentos rituales. A los dieciocho años, dio sin dudarle un firme paso adelante y asumió el papel de reina.

[31]

Poco después tuvo la ocasión de seguir imitando el ejemplo de su padre, quien al llegar a Egipto entendió la importancia de rendir homenaje a los dioses nativos en las pequeñas poblaciones y los lugares de culto. Era la forma de ganarse la devoción de la población egipcia, que adoraba al faraón en la misma medida que los alejandrinos lo ponían a prueba. Un Ptolomeo sagaz dedicaría templos a los dioses egipcios y suscribiría su culto, y Cleopatra necesitaba el apoyo y la mano de obra de la población indígena. Poco antes de ser coronada, había muerto el toro Bujis, uno de los varios toros sagrados, estrechamente asociado con los dioses del sol y de la guerra, cuyo culto era muy popular en los alrededores de Tebas, en el Alto Egipto. El toro solía viajar en compañía de cuidadores, aparecía en actos públicos adornado de oro y lapislázuli y, cuando se encontraba al aire libre, solía lucir una redecilla en la cara para que no le molestasen las moscas. Vivía unos veinte años, al término de los cuales era sustituido por otro animal cuidadosamente elegido entre los que presentaban las marcas —cuerpo blanco y cabeza negra— del animal sagrado. A las pocas semanas del fallecimiento de Auletes, Cleopatra aprovechó la ocasión para asegurarse la fidelidad de aquel importante distrito. Todo indica que, vestida con sus mejores galas ceremoniales, navegó más de novecientos kilómetros río arriba con la flota real hasta alcanzar Tebas, donde encabezó una majestuosa procesión fluvial. Ni uno solo de los sacerdotes de Egipto faltó a la cita, celebrada durante la luna llena. En medio de aquella congregación de peregrinos, «la Reina, Señora de las dos tierras, diosa que ama a su padre» transportó al toro elegido a su nueva morada en la orilla occidental del Nilo, un gesto de buena voluntad inequívoco a la par que desacostumbrado hacia los egipcios nativos. Tres días más tarde, dentro del santuario del templo, rodeada de funcionarios y sacerdotes con blancas túnicas, Cleopatra presidió la consagración del toro. Tan bueno fue el recibimiento que le dispensaron, que en el año 49, ya como fugitiva, habría de volver ahí en busca de refugio.

Durante los primeros años de reinado, participó del culto nativo en varias ocasiones. Una de ellas fue el entierro del más importante de los toros sagrados, el toro de Menfis.<sup>[32]</sup> Sufragó los elevados los gastos del ceremonial y suministró a sus

funcionarios generosas partidas de vino, judías, pan y aceite. No cabe duda de que su fastuosidad —sumada al aspecto poco común de los Ptolomeos— obró los frutos deseados: durante el regio trayecto por la avenida flanqueada de esfinges en dirección al templo ricamente pintado, fue el centro de todas las miradas. La descripción de la escena nos ha llegado gracias a una línea de jeroglíficos, un lenguaje ceremonial con clara intención política que, no sin acierto, ha sido calificado como «vanagloria hecha eternidad».<sup>[33]</sup> El primer año de reinado de Cleopatra también da fe de su ambición. El nombre de su hermano se halla ausente de los documentos oficiales, donde debía haber figurado en tanto que superior de Cleopatra. Tampoco aparece en las monedas, que representaban tan sólo la soberana efigie de Cleopatra. La numismática también es en cierta manera un lenguaje, y es el único que ha llegado hasta nosotros conservando la voz propia, sin la mediación de Roma. Las monedas eran la carta de presentación de Cleopatra ante su pueblo.

Menos atención prestó al ejemplo de Berenice. Potino, Aquilas y Teódoto no veían con buenos ojos tanta independencia y voluntad de mando. Los tres hallaron en el Nilo un aliado formidable que se negaba a colaborar con la nueva reina. El bienestar del país dependía por completo de la altura de las crecidas, y la sequía amenazaba el suministro de alimentos y el orden social. La crecida del año 51 fue insuficiente, y la del verano siguiente, apenas algo mejor. Los sacerdotes se quejaban de que la escasez les impedía realizar los rituales. Los habitantes de las zonas rurales empezaron a abandonarlas para trasladarse a Alejandría. Los salteadores campaban por sus respetos. Los precios se incrementaron de forma vertiginosa; la angustia se palpaba en el ambiente. En octubre del año 50, cuando ya estaba claro que se requerían medidas drásticas, el hermano de Cleopatra volvió a aparecer en escena. A finales de ese mes, la pareja real emitió un decreto de emergencia por el que se mandaba desviar trigo y verduras secas hacia el norte. Era más peligroso matar de hambre a los alejandrinos que a las gentes de las aldeas; a nadie le interesaba tenerlos en su contra. El edicto se aplicó de la forma habitual: so pena de muerte para los infractores. Se fomentó la delación y se recompensó a los denunciantes. (Los ciudadanos libres recibían una tercera parte del patrimonio del reo. Los esclavos, una sexta parte más la libertad). Al mismo tiempo, Ptolomeo XIII y Cleopatra ofrecieron incentivos a quienes siguieran cultivando la tierra. Cabe sospechar que las presiones y coacciones fueron continuas durante aquellos meses. Puede que los hermanos decidieran ir a una por el bien país, pero puede también que Ptolomeo buscara perjudicar a su hermana quitándoles el pan de la boca a los partidarios de Cleopatra para entregárselo a los suyos. Sea como fuere, el edicto llevaba la firma de ambos. El nombre de Cleopatra aparecía en segundo lugar.

Su camino empezaba a llenarse de escollos y, a lo largo del año siguiente, cayó dos veces en la trampa que había llevado a su padre a la ruina. A finales de junio del año 50, dos de los hijos del gobernador romano de Siria llegaron a Alejandría con la misión de recuperar las tropas que habían devuelto el poder a Auletes. Se las

necesitaba en otro lugar, pero los soldados no tenían ningún interés en salir de Egipto, donde Auletes los había recompensado con creces por sus servicios y donde habían formado familias. Rechazaron de plano el requerimiento asesinando a los hijos del gobernador. Cleopatra pudo haber impartido justicia, pero prefirió asegurarse la benevolencia de Roma con un golpe de efecto: encadenando a los asesinos y mandándolos a Siria, maniobra que debió prever le costaría la desafección del ejército. No fue la única de sus decisiones que hirió sensibilidades. Las solicitudes de asistencia militar por parte de Roma eran en Alejandría tan habituales como las solicitudes de intervención dinástica en Roma. La respuesta no siempre era positiva, si bien Auletes había conseguido ganarse el favor de Pompeyo facilitándole tropas las primeras veces. En el año 49, el hijo de Pompeyo remitió a Cleopatra una petición por la cual solicitaba ayuda para la campaña de su padre contra César. Cleopatra, pese a la carestía, le prometió grano, soldados y una flota. Seguramente ése fue su Chipre particular. A los pocos meses su nombre desapareció de todos los documentos y, para salvar la vida, tuvo que huir y acampar en el desierto sirio con su banda de mercenarios.

Poco después del retorno de Cleopatra en octubre del año 48, César se trasladó de su villa en el recinto real al palacio propiamente dicho. Generación tras generación, los Ptolomeos habían ido ampliando el complejo, magnífico tanto en diseño como en materiales. *Faraón* significa «la casa más grande» en egipcio antiguo, y la familia real no había escatimado esfuerzos en hacer honor al título. El palacio contaba con más de un centenar de cuartos para invitados. En él, César pudo admirar los frondosos jardines decorados con fuentes, estatuas y casas para huéspedes; un pasaje abovedado comunicaba el complejo palaciego con el teatro, edificado sobre terreno más elevado. Ningún monarca helenístico encarna la opulencia como los Ptolomeos, importadores preeminentes de alfombras persas, marfil, oro, concha de tortuga y pieles de pantera. Por regla general, toda superficie susceptible de ser adornada lo estaba: granates y topacios, encaustes, mosaicos brillantes y oro lucían por doquier. Los techos artesonados estaban tachonados de ágata y lapislázuli; las puertas de cedro, ribeteadas con madreperla; las verjas, cubiertas de oro y plata. Los capiteles corintios centelleaban con marfil y oro. El palacio de Cleopatra podía presumir de poseer la mayor colección de materiales preciosos conocidos en su tiempo.

Cleopatra y César vivían holgadamente —en la medida de lo posible en un palacio sitiado—, pero ni las extravagantes vajillas ni el aparatoso mobiliario de su escondite servían para negar lo evidente: Cleopatra —sola en la ciudad, como quien dice— no veía el momento de que Roma tomara cartas en la cuestión egipcia. El rumor y los abucheos del pueblo, el tumulto en la calle, el silbido de las piedras, todo indicaba que ésa era la mejor solución. Los combates más intensos se registraron en el puerto, sometido a un bloqueo por los alejandrinos, que consiguieron incendiar



varios cargueros romanos. Además, la flota prometida por Cleopatra a Pompeyo había regresado y ambos bandos contendían por hacerse con el control de sus cincuenta cuatrirremes y quinquerremes, grandes naves movidas por remos dispuestos en cuatro o cinco niveles. César, que había solicitado provisiones y refuerzos a varios puertos, no podía permitir que los barcos cayesen en manos del enemigo, pero no sólo se hallaba en clara inferioridad numérica, sino que el factor geográfico jugaba en su contra. En un acto de desesperación, prendió fuego a las naves de guerra fondeadas en la ciudad. Resulta difícil imaginar la reacción de Cleopatra al ver las llamas propagándose por las maromas y cubiertas de los buques. Espesas nubes de humo debían de cubrir los jardines con olor a resina y, por la noche, el fuego debía de iluminar el palacio entero. Es posible que fuera ese mismo incendio el que arrasara parte de la biblioteca de Alejandría.<sup>[34]</sup> Aquella batalla campal fue el prelude de una conflagración en la que se vio envuelta la ciudad entera: «Y ciertamente no hubo nadie en Alejandría, ni entre los nuestros ni entre los nativos, que, ocupado en trabajar o en combatir, no subiera a las azoteas más altas y que no cogiera sitio para ver el espectáculo en todo su conjunto, y que no pidiera con súplicas y votos a los dioses la victoria para los suyos».<sup>[35]</sup> Aprovechando los gritos y la confusión, los hombres de César penetraron en la rocosa Faros y se apoderaron de la torre luminosa. Tras permitir un breve saqueo, César estableció una guarnición en la isla.

Poco después de la llegada de Cleopatra, César compuso las últimas páginas del libro que hoy conocemos como *Guerra civil*. La redacción de los hechos debió de acontecer casi en tiempo real. Se ha sugerido que interrumpió el relato en ese punto —con la desertión de Arsínoe y el asesinato de Potino— por razones literarias o políticas,<sup>[36]</sup> argumentando que mal podría haber disertado acerca de una república occidental confinado en un palacio oriental, o que puso el punto final en un momento en que gozaba de superioridad. Igual de plausible es que se sintiese sobrepasado y no encontrara tiempo para escribir. César era famoso por dictar cartas desde su asiento del estadio, por haber compuesto un escrito sobre la lengua latina durante el viaje desde las Galias y un largo poema de camino a Hispania. Pero el asesinato del eunuco Potino había galvanizado a la oposición, a la que se habían sumado incluso las mujeres y los niños de la ciudad. No necesitaban escudos ni arietes; se bastaban con hondas y piedras. Nubes de armas arrojadas improvisadas sobrevolaban los muros de palacio. Las batallas se sucedían de día y de noche. Poco a poco, empezaron a llegar refuerzos, torres de asedio y catapultas de varios tamaños. Alejandría, cruzada de barricadas de piedra de diez metros, se había convertido en un campo de batalla.

Desde el palacio, César veía al fin qué hacía a Alejandría tan famosa y difícil de gobernar: sus habitantes eran gente de una ocurrencia formidable. Las tropas romanas observaban alucinadas —y resentidas; a menudo Roma pecaba de ingenua— cómo los alejandrinos construían torres de asalto rodadas de diez pisos de altura, artilugios gigantescos que avanzaban por las rectas avenidas pavimentadas de la ciudad tirados

por animales. Dos cosas sorprendieron especialmente a los romanos: por un lado, que todo en Alejandría se hiciera más rápido; por otro, que sus habitantes fueran plagiarios de primer orden. César parecía irles siempre a la zaga. Según admitiría más tarde un general romano, los alejandrinos «imitaban con tanta habilidad lo que nos veían hacer que daba la impresión de que eran los nuestros quienes imitaban su actividad».<sup>[37]</sup> Por ambas partes estaba en juego el orgullo nacional. Cuando César batió a los alejandrinos en batalla naval, todo parecía decidido, pero los alejandrinos se volcaron en la construcción de una nueva flota. En los astilleros reales se guardaban varios barcos viejos no aptos ya para la navegación. Se dismantelaron columnatas y techos de gimnasios, cuyas vigas se trocaron en remos como por ensalmo. En cuestión de días, se construyeron veintidós cuatrirremes y cinco quinquereemes, así como varias otras naves de menor tamaño, todas ellas con tripulación y listas para entrar en combate. Casi de la noche a la mañana, los egipcios habían reunido una flota dos veces mayor que la de los romanos.<sup>[\*]</sup>

César sólo podía aspirar a defenderse, y quizá por ese motivo la relación de la guerra de Alejandría que lleva su nombre la escribiera uno de sus oficiales a partir de una serie de conversaciones posteriores a la contienda. César poseía el control efectivo del palacio y el faro, pero Aquilas, el comandante de Ptolomeo, dominaba el resto de la ciudad y gozaba por lo tanto de ventaja sobre él. Una y otra vez, sus hombres rompían la línea de suministro de los romanos. Por suerte para César, el ingenio de los alejandrinos no era menor que su afición a las luchas internas. El preceptor de Arsínoe discutió con Aquilas, al que acusó de traición. Las conspiraciones eran continuas, para satisfacción del ejército, al que ambas facciones sobornaban, a cual con mayor largueza. Al final, Arsínoe convenció a su preceptor para asesinar al temible Aquilas. Cleopatra sabía muy bien de qué había sido capaz su hermana Berenice durante la ausencia de su padre; dejar escapar a Arsínoe había sido un gran error.

Arsínoe y Ganímedes, no obstante, tampoco gozaban de aceptación general entre el pueblo. Los alejandrinos lo dejaron bien claro a medida que se aproximaban los refuerzos y César —a pesar de un remojón en el puerto y estragos considerables entre sus hombres— empezaba a ver que la guerra se volvía a su favor. A mediados de enero, poco después del vigésimo segundo cumpleaños de Cleopatra, se presentó en palacio una delegación que solicitaba la liberación del joven Ptolomeo. Ya antes el pueblo había intentado sin éxito liberar a su rey, pero ahora aseguraba haber roto con su hermana. Querían la paz, pero necesitaban a Ptolomeo «para pactar con él los términos en los que se pactaría la tregua».<sup>[39]</sup> Durante su cautiverio había mostrado buen comportamiento. En general, no había dado muestras ni de fortaleza ni de liderazgo, sólo de su natural petulante. César creyó que su liberación podía reportarle algunas ventajas. Si los alejandrinos iban a rendirse, retener al rey era superfluo y podía prescindir de él; una cosa estaba clara: Ptolomeo y su hermana nunca volverían a reinar juntos. Deshaciéndose del rey, César tendría una buena justificación para

dejar Alejandría en manos de Cleopatra. En el caso de que Ptolomeo optara por seguir luchando —no está claro si este razonamiento pasó por la mente de César o si le ha sido atribuido más tarde—, los romanos afrontarían una guerra tanto más honorable «luchando contra un rey que contra un hatajo de aventureros y fugitivos».

[40]

Cumpliendo con el protocolo, César se reunió con el hermano de trece años de Cleopatra y lo exhortó «a que cuidara del reino de su padre, a que respetara su esclarecidísima patria, vergonzosamente desfigurada por incendios y destrucciones, y a que a sus súbditos los hiciera entrar primero en razón y después perseverar en ella, y a que mantuviera su fidelidad al pueblo romano y a sí mismo, puesto que el propio César confiaba tanto en él que lo enviaba a sus enemigos puestos en armas». Dicho esto, César despidió al joven. Ptolomeo no hizo ademán alguno de marcharse y rompió a llorar. Rogó a César que no lo apartase de su lado, diciendo que su amistad era para él más preciosa aun que el trono. La efusión del muchacho conmovió a César, quien —con los ojos humedecidos— le aseguró que volverían a verse en breve. El joven Ptolomeo reaccionó abrazando la causa bélica con bríos renovados, cosa que confirmaba que «las lágrimas que había dejado correr en la entrevista con César eran lágrimas de alegría».<sup>[41]</sup> A lo que parece, los únicos que se felicitaron ante este nuevo giro de los acontecimientos fueron los hombres de César, quienes consideraban absurda tanta magnanimidad por parte de su comandante. La comedia no habría sorprendido a Cleopatra, mujer versada en las artes teatrales y acaso cerebro de toda aquella trama. Cabe pensar que César liberase a Ptolomeo para aumentar el disenso entre las filas de los rebeldes. De haber sido así (interpretación generosa), Cleopatra podría haber ayudado en la puesta en escena.

Por suerte para César y Cleopatra, un importante ejército de refuerzos avanzaba hacia Alejandría a gran velocidad. La ayuda más valiosa llegó de manos de un funcionario de alto rango de Judea, que acudió con un contingente de tres mil judíos armados hasta los dientes. Ptolomeo mandó aplastar aquella milicia casi al mismo tiempo que César partía para unirse a ella, lo que provocó el choque con la caballería egipcia. El resultado fue una feroz batalla al oeste del Nilo, en algún lugar a medio camino entre Alejandría y el actual El Cairo. Las bajas fueron numerosas en ambos bandos, pero César, cayendo por sorpresa sobre el campamento egipcio a primera hora de la mañana, logró hacerse rápidamente con la victoria. Dominados por el pánico, muchos de los egipcios se arrojaron desde las murallas del fuerte a las zanjas del perímetro. Hubo algunos supervivientes, pero al parecer Ptolomeo no se hallaba entre ellos. Seguramente no fue muy llorado, ni siquiera entre sus consejeros. Como el cuerpo no llegó a aparecer, César puso especial empeño en mostrar a todo el mundo su armadura de oro, que sí había sido recuperada. Los mágicos poderes rejuvenecedores del Nilo eran bien conocidos; de él salían reinas en petates y bebés en canastos. Lo último que deseaba César era encontrarse con un caso de resurrección, pero a pesar de sus esfuerzos no pudo evitar la aparición, años más

tarde, de un supuesto Ptolomeo con aspiraciones al trono.

César regresó con la caballería a Alejandría para recibir la bienvenida que sin duda había esperado encontrar meses antes: «Toda la ciudadanía, arrojadas las armas y abandonadas las fortificaciones, con el vestido que tenían la costumbre de usar en las súplicas ante sus señores, y presentando los objetos sagrados que les servían de amparo a la hora de implorar ante los espíritus ofendidos y airados de sus reyes, corrieron al encuentro de César y se le entregaron».<sup>[42]</sup> César se mostró clemente, aceptó la rendición y confortó al pueblo. Cleopatra debía de estar exultante, ya que la derrota del romano había supuesto también la suya. Puede que conociera ya la noticia, pero en cualquier caso no pudo dejar de oír los ensordecedores vítores que acompañaban a César mientras volvía a lomos de su caballo. Las legiones lo recibieron en palacio con grandes aplausos. Era el 27 de marzo, y debió de ser una jornada de alivio. Los hombres de César llevaban más de una década a su servicio y creían que la llegada a Alejandría marcaría el fin de la guerra. Nadie había contado con aquella última e incomprensible hazaña. No eran los únicos a quienes la guerra había causado tribulaciones. En Roma no se tenían noticias de César desde diciembre. ¿Qué era lo que lo retenía en Egipto, cuando su país estaba al borde del abismo? Fuera cual fuera la causa de la demora, aquel silencio era una mala señal. Empezaba a dar la impresión de que Egipto solicitaba a César como antaño había solicitado a Pompeyo, sólo que —según algunos— en un sentido muy distinto.

¿Por qué se quedó? No tenemos una explicación política convincente para ese paréntesis, aventura incomprensible en un hombre conocido por su sensatez. Sigue resultando desconcertante que el mayor soldado desde Alejandro, «prodigio de actividad y previsión»<sup>[43]</sup> en múltiples ocasiones, se dejase embaucar en África. Lo mejor que puede decirse de la guerra de Alejandría es que César resolvió de manera brillante una situación en la que se vio implicado de la forma más absurda.<sup>[44]</sup> Por su parte, él intentó culpar a los vientos del norte, «que impiden navegar desde Alejandría».<sup>[45]</sup> Es cierto que ahí el viento sopla con gran fuerza, pero unas frases antes, César admite haber mandado a Asia por refuerzos, los refuerzos que al final le darían la victoria, y para ello era necesario hacer zarpar un barco. A las pocas semanas, además, tenía los vientos a su favor. César no era de los que se amilanan; aun con un ejército exhausto y desmoralizado, no iba a darle la espalda al peligro. En ningún momento menciona la cuantiosa deuda de Auletes, razón suficiente para viajar a Egipto e incluso para quedarse. Como ocurre a menudo, debió de tratarse en última instancia de una cuestión de amor o de dinero. Nada impide descartar lo primero.

En primer lugar tenemos el atronador silencio de César. Todo el mundo omite información a la hora de escribir sus memorias, y César (y sus colaboradores) ocultaron mucha, sobre todo en lo referente a su personalidad. César escribía sobre sí mismo en tercera persona y con una frialdad clínica y severa; su estilo es tan cristalino y desapasionado que sus palabras parecen verdades incontestables. Y acaso

lo sean, por más que, según sus escritos, ni cruzó el Rubicón ni prendió fuego a la biblioteca de Alejandría. Es muy posible que esto segundo fuera una exageración. Puede que no se quemasen más que los depósitos del astillero, lo que habría supuesto tan sólo la destrucción de las reservas de grano y de un reducido número de textos.<sup>[\*]</sup> De forma parecida, uno de los pocos lugares en que Cleopatra no hace una espectacular entrada en escena es en la *Guerra civil* de César, donde sus encantos son sustituidos por los vientos estacionales. Tratándose de un hombre casado que ya había sido objeto de escarnio por su estancia en una corte oriental, amén de un genio militar que había cometido un error garrafal al lado de una reina, cuando no en nombre de ésta, no le interesaba explayarse sobre el asunto. En la continuación de la obra de César, Cleopatra aparece una sola vez, concluida la guerra, para recibir el trono de Egipto en atención a que «se había mantenido fiel y se había quedado en el sector dominado por César».<sup>[47]</sup> Si Cleopatra figura en la historia de César, es, pues, por haber sido buena y obediente.

Naturalmente, la sospecha de que en todo aquello había algo más que vientos desfavorables y mujeres obedientes estaba en boca de todos. En Roma, Cicerón no perdió el tiempo a la hora de lanzar vergonzosas diatribas. Nada más muerto Julio César, Marco Antonio —curioso mensajero para tal mensaje— protestaría asegurando que César no se había demorado en Alejandría «por molicie».<sup>[48]</sup> Un siglo después, Plutarco se permite diferir: «En cuanto a la guerra allí [en Egipto] acometida, unos dicen que no era necesaria y que por amor a Cleopatra se metió en una campaña sin gloria y llena de peligros».<sup>[49]</sup> (Por lo visto, el inoportuno oráculo de los tiempos de Auletes, por el cual se prohibía la restauración de un monarca egipcio por medio del ejército de Roma, cayó rápidamente en el olvido). Puede argüirse que César no sentía ningún afecto especial por Cleopatra, sino que ambos se habían encontrado en el mismo bando en una guerra imprevista, pero sería más fácil aducir que era ella la que no sentía ningún afecto especial hacia él. Cleopatra no puso nada de su parte en la empresa. César habría salido ganando entregándola al enemigo, ni que fuera una tregua temporal, y una vez terminada la guerra, habría estado en su derecho de anexionarse Egipto. Cleopatra debió de ser muy pero que muy persuasiva. Potino había intentado impedir la devolución de la deuda egipcia; Cleopatra no. Cuesta negar que, hasta cierto punto, obrara bajo su influjo. Para Dión no cabe duda: César entregó Egipto a Cleopatra, «por quien había promovido esa guerra». Reconoce que la situación lo hacía sentirse incómodo, por eso, terminado el conflicto, César pone en el trono a Cleopatra junto con su otro hermano, para aplacar la rabia de los romanos al saber que se acostaba con ella. Según Dión, todo era pura fachada: Cleopatra «había obtenido el poder que compartía con su hermano por haberse casado con él, pero la verdad era que reinaba sola y convivía con César».<sup>[50]</sup> Ambos eran inseparables. Plutarco mantiene una opinión similar, pero se expresa con mayor sutileza. Si leemos entre líneas, vemos que para él la preocupación por los asuntos militares no tenía por qué estar reñida con las visitas nocturnas a la cama de

Cleopatra.<sup>[51]</sup> Además, está el detalle menor de la fecha de partida: la guerra de Alejandría terminó el 27 de marzo; César permaneció junto a Cleopatra hasta mediados de junio.

Había motivos de sobra para celebraciones, tanto más tras haber pasado la mayor parte de los últimos seis meses encerrados tras barricadas, y si algo se les daba bien a los Ptolomeos, era ejercer de anfitriones, como bien sabían los visitantes del Egipto helenístico, que siempre salían del país admirados, saciados y con la saca llena.<sup>[52]</sup> Salvo el testimonio de cierto poeta, que se complace en demonizar a César y en cargar aún más las tintas contra Cleopatra, no disponemos de ninguna descripción de los festines con que se celebró el fin de la guerra. No sabemos cómo era un banquete ptolemaico. La contención no era precisamente el fuerte de los alejandrinos, y en la primavera del año 47 Cleopatra no tenía motivos para mostrarse moderada, pues había conseguido lo máximo a que podía aspirar: «Como disfrutaba del favor de César, no había nada que no pudiera hacer».<sup>[53]</sup> César había ido más lejos que ningún otro romano por un soberano egipcio. Ptolomeo XIII, Potino y Aquilas estaban muertos; Teódoto, en el exilio; Arsínoe, bajo custodia romana. César había barrido a todos los enemigos al trono de Cleopatra. Por fin reinaría sin oposición, con mucha mayor seguridad que cuatro años antes y con muchas más garantías que cualquier Ptolomeo en varias generaciones. Cleopatra se jactaba de ser una gran anfitriona y sabía que su invitado, también; en cierta ocasión, César había llegado a encarcelar a su panadero por servir un pan de calidad inferior a la habitual. En cierto modo, César era el culpable de las excesivas atenciones de la reina de Egipto, quien, en términos políticos, tenía motivos sobrados para querer impresionarlo y satisfacerlo: relaciones personales aparte, concurrían en ella orgullo, alivio y gratitud. Y Cleopatra sabía cómo impresionar. Con la guerra de Alejandría, Cleopatra obtuvo todo cuanto quería. Todo a cambio de casi nada.

Hasta en el exilio, Cleopatra vivió rodeada por un enjambre de sirvientes que velaban por su comodidad. En la primavera del año 47, el enjambre se convirtió en horda con el retorno o el nombramiento de catadores, escribas, faroleros, arpistas, masajistas, pajes, porteros, notarios, camareros, aceiteros, engastadores de perlas. Junto a ella había un nuevo consorte. A fin de satisfacer la preferencia popular por una pareja de soberanos, y acaso para borrar las huellas de César, Ptolomeo XIV, de doce años, ascendió al trono. La unión tuvo lugar poco después de la rendición de Alejandría. No sabemos cómo se celebró. Desde el punto de vista de Cleopatra, el nuevo consorte era igual de insignificante que el primero. Ptolomeo XIV asumió el mismo título que había empleado su difunto hermano; su efigie no apareció nunca en las monedas junto a la de la reina. Si albergaba ambiciones o ideas propias, se cuidó mucho de expresarlas. En cualquier caso, no tuvo ni voz ni voto en la reorganización administrativa que su hermana-esposa se proponía llevar a cabo. Considerara o no

anexionarse Egipto, César descubrió que Cleopatra se asemejaba a Egipto en muchos sentidos: perderla era una lástima; conquistarla, un riesgo; gobernarla, un quebradero de cabeza. Algunos cortesanos se mantuvieron fieles; en el cortejo de Cleopatra figuraban muchos de los consejeros de su padre. Los menos leales se apresuraron a enmendarse. Es de suponer que éste fuera el caso de la aristocracia griega, que hasta entonces se había mostrado abiertamente contraria a Cleopatra.

César habría hecho bien en tomar nota de la clase de conflictos que la reina tuvo que afrontar en el seno de la corte. Y es que, como observaría más tarde un líder romano: «En lo que concierne a sus amigos, el gobernante se halla en desventaja, pues puede guardarse del enemigo disponiendo a sus amigos en contra de ése, mas no hay aliado en quien pueda confiar para guardarse de esos mismos amigos».<sup>[54]</sup> En términos generales, Cleopatra tenía muy claro quiénes podían confabular contra ella, pero la cuestión se complicaba tratándose de sus cortesanos. Después de todo, llevaba meses encerrada con un romano luchando contra un pueblo que los detestaba y que había depuesto a su padre por confraternizar con ellos. Pero las reglas habían cambiado. Toda corte tiene sus manzanas podridas, y la guerra es la ocasión propicia para deshacerse de ellas. Quienes se habían opuesto a Cleopatra lo pagaron caro, lo mismo que aquellos de quienes se rumoreaba que le eran desfavorables. Reemplazó a los altos cargos de la administración y eliminó a otros, embolsándose de paso sus fortunas. Envenenamientos, puñaladas..., el panorama no difería mucho del de los tiempos de la restauración de Auletes. Sólo el ejército exigió ya una sangrienta ronda de depuraciones. La transición, en efecto, fue de todo menos pacífica.

En los alrededores del palacio y el puerto, las necesidades eran más prosaicas: zanjas que rellenar, empalizadas que retirar, escombros por barrer, daños estructurales que reparar. De la restauración surgió «la primera ciudad del mundo civilizado, muy por delante de las demás en elegancia, extensión, riqueza y lujo», según las palabras de un viajero de la época.<sup>[55]</sup> A los visitantes les costaba saber si Alejandría imponía más por su tamaño o por su belleza. Por no hablar de sus bulliciosos habitantes. «Si ponía mis ojos en la urbe, no creía que una población humana lograra llenarla; mas si contemplaba el gentío, me preguntaba pasmado si alguna ciudad tendría cabida para él. A tal extremo llegaba el equilibrio», declara un natural del lugar.<sup>[56]</sup> Alejandría poseía una soberbia colección escultórica de abigarrados colores, labrada en gran parte sobre granito rosa o rojo y púrpura violeta. A cualquiera que conociera Atenas, la ciudad egipcia le resultaba familiar, llena como estaba de excelentes réplicas ptolemaicas de piezas griegas. No era el primer ni el último lugar del mundo donde la decadencia del poder se compensaba con la grandiosidad de los símbolos; a medida que menguaba la influencia ptolemaica, la estatuaria se henchía hasta dimensiones hiperbólicas: en el puerto, dos esculturas de Cleopatra II y Cleopatra III de doce metros hechas en granito rosa saludaban a los recién llegados; de la muralla del palacio, sobresalía por lo menos una colosal esfinge con cabeza de halcón, y relucientes esfinges de nueve metros de longitud custodiaban los templos de la

ciudad.

La principal avenida de Alejandría, una vía de veintisiete metros de ancho sin parangón en todo el mundo antiguo, dejaba sin habla a los viajeros. Para explorarla de punta a punta se necesitaba el día entero. Flanqueada por columnas de fina factura, toldos de seda y fachadas ricamente pintadas, la vía Canópica tenía cabida para una columna de carros de hasta ocho en fondo. Las calles más importantes de la ciudad medían seis metros de ancho, estaban adoquinadas, disponían de un buen sistema de alcantarillado y de iluminación parcial por la noche. De las principales confluencias —a diez minutos a pie de palacio—, partían bosques de columnatas de piedra caliza que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. En la parte oeste de la ciudad vivía la mayoría de la población egipcia, formada en gran parte por tejedores de lino, apiñada en torno a los cien escalones que conducían al Serapeo, el templo del siglo III que dominaba la ciudad y albergaba su segunda biblioteca. El templo, de planta rectangular —decorado en buena parte con pan de oro, plata y bronce—, se alzaba sobre una rocosa loma artificial rodeada de parques y pórticos, y es uno de los tres únicos monumentos de tiempos de Cleopatra que a día de hoy es posible situar con precisión. La judería ocupaba la zona noreste, junto al palacio. Los griegos ocupaban los elegantes edificios de tres plantas del centro de la ciudad. Los oficios también se dividían por distritos: un barrio se dedicaba a la producción de perfumes y la manufactura de vasijas de alabastro; otro, al trabajo del vidrio.

La ciudad, que de este a oeste medía casi seis kilómetros y medio, era un paraíso de baños, teatros, gimnasios, tribunales, templos, altares y sinagogas. Una muralla de piedra caliza reforzada con torres rodeaba el perímetro y por ella patrullaban las prostitutas a ambos extremos de la vía Canópica. Durante el día, en Alejandría resonaban los cascos de los caballos, los gritos de los vendedores de gachas y garbanzos, acróbatas, adivinos y prestamistas. De los puestos de especias emanaban aromas exóticos que se difundían por las calles con la brisa salina llegada del mar. Los ibis blancos y negros de largas zancas se acumulaban en los cruces en busca de migajas. Hasta bien entrada la tarde, cuando el sol de color bermellón se hundía por el puerto, Alejandría era un remolino de tonalidades rojigualdas, un gran caleidoscopio de música, caos y color. Se trataba, en conjunto, de una ciudad turbadora, donde convivían la sensualidad extremada y la más elevada intelectualidad, el París del mundo antiguo: soberbia por sus maneras, espléndida por su lujo, el lugar ideal para dilapidar fortunas, escribir poesía, hallar (u olvidar) el amor, recuperar la salud, reinventarse a uno mismo o reagruparse tras haber conquistado amplias porciones de tierra en Italia, Hispania y Grecia en el transcurso de una década hercúlea.

Dada su belleza deslumbrante y sus irresistibles atracciones, Alejandría no dejaba indiferente. Como señala un visitante: «No es fácil soportar el alboroto de tanta gente, ni mirar de frente a infinitos millares de hombres sin el apoyo de una canción y una lira».<sup>[57]</sup> Los alejandrinos hacían honor a su fama de frívolos. El final de la guerra



trajo consigo un desfile interminable de hordas de felicitadores y aliados romanos que cruzaban las enormes puertas del palacio y se acumulaban en el vestíbulo de paneles de marfil. El complejo, dotado de varias salas de banquetes, tenía capacidad para acomodar a grupos numerosos; el mayor de estos salones disponía de una deslumbrante colección de triclinios labrados en bronce con incrustaciones de marfil y vidrio, cada uno de los cuales era de por sí una obra de arte. Egipto importaba plata, pero desde hacía tiempo poseía la mayor reserva de oro del mundo antiguo; es muy posible que las vigas de dicho salón estuvieran revestidas del metal precioso. Si es fácil sobreestimar el número de habitantes de la ciudad, menos lo es exagerar su magnificencia. Incluso a las gentes de la época les costaba describirla con palabras. Muchas de las casas más poderosas de Alejandría exhibían muebles de cedro libanés con incrustaciones de marfil y madreperla, sofisticados trampantojos e intrincados mosaicos de gran realismo. Los exteriores estaban recubiertos con losas de alabastro de color caramelo, mientras que en las paredes del interior relucían esmaltes y esmeraldas. Allá donde la decoración daba paso a los murales, predominaban las escenas de carácter mitológico. La calidad de las obras era en todos los casos asombrosa.

Los mosaicos del suelo estaban trabajados con una precisión igual de extraordinaria; primaban los motivos geométricos —a menudo con efecto tridimensional— y naturalísticos, de un realismo inverosímil. En los banquetes, estas sutilezas quedaban difuminadas bajo gruesas alfombras de lirios y rosas, abundantes en Egipto: «En efecto —pondera cierto cronista—, Egipto [...] produce copiosamente y sin interrupción las plantas que en otros lugares crecen con dificultad y en épocas determinadas, y no es fácil por lo general que falten jamás ni la rosa, ni el alhelí blanco, ni otras flores».<sup>[58]</sup> Repartidas en montones por el suelo, daban la impresión de encontrarse en un prado, o mejor, un prado sembrado, al final de la cena, de conchas de ostra, pinzas de langosta y huesos de melocotón. No era raro que con motivo de un banquete se encargasen trescientas coronas de rosas u otras tantas guirnaldas trenzadas. (Las rosas eran imprescindibles, debido a la creencia de que su fragancia contrarrestaba la embriaguez). Los perfumes y los ungüentos eran especialidades alejandrinas; los sirvientes espolvoreaban canela, cardamomo y bálsamos perfumados sobre las coronas de los asistentes mientras los músicos tocaban o los cuentacuentos narraban sus historias. Las fragancias no provenían tan sólo de la mesa, sino de las joyas, las lámparas perfumadas y las suelas del calzado; el pesado aroma de los aceites tenía que impregnar por fuerza el gusto de la comida. Los banquetes también eran la ocasión para desplegar las creaciones de los otros grandes artesanos de la ciudad: sobre las mesas brillaban cuencos y jarras de plata y cientos de candelabros. El vidrio soplado era un invento helenístico sobre el que Alejandría imprimía su magia y doble pompa habituales; los sopladores de vidrio de la ciudad eran conocidos por rematar sus piezas con oro. En las mesas, las vasijas policromadas se disponían junto a fuentes de plata, paneras de marfil trenzado y

vasos con incrustaciones de joyas. La comida propiamente dicha se servía en platos de oro; se cuenta que en cierto festín ptolemaico, sólo las vasijas pesaban trescientas toneladas.<sup>[59]</sup> La vajilla es un buen ejemplo de la competitividad y la capacidad de adaptación de Cleopatra: cuando el lujo alejandrino empezó a hacerse popular en el mundo romano, Cleopatra cambió el nombre de su ostentoso servicio de mesa, y sus elaboradas vajillas de oro y plata pasaron a ser «menaje corriente».<sup>[60]</sup>

A ojos de un invitado, la cena de palacio tenía más de ostentación que de comida. Había «una fuente de plata cubierta con una gruesa lámina de oro, lo bastante grande para contener un gran lechón asado tendido sobre el lomo y con el vientre hacia arriba, lleno de muchos y muy deliciosos manjares: tordo asado, pato, así como una cantidad ingente de currucas, yemas de huevo, ostras y vieiras».<sup>[61]</sup> La oca era plato habitual en aquellos opulentos menús, lo mismo que el pavo, las ostras, los erizos de mar y los salmonetes, las mayores exquisiteces del mundo mediterráneo. (Las cucharas eran de uso poco habitual y los tenedores ni se conocían, por lo que todo el mundo comía con los dedos). Los vinos dulces —los mejores procedían de Siria y Jonia— se condimentaban con miel y granada. No tenemos ningún indicio acerca del vestuario usado por Cleopatra para presidir tales ocasiones, aunque sí sabemos que le gustaba lucir perlas, que eran a su época lo que los diamantes a la nuestra. Se enrollaba largas sargas de perlas alrededor del cuello, se las prendía en el pelo o se las cosía a las túnicas, que eran largas hasta el tobillo y de espléndidos colores, tejidas en vaporosa seda china o en finísimo lino, y, por lo común, ceñidas con un cinturón, un broche o una cinta. Sobre la túnica solía vestirse un manto transparente a través del cual podían verse claramente los relucientes pliegues de la tela. En cuanto al calzado, Cleopatra usaba sandalias enjoradas con suelas con dibujo.<sup>[62]</sup> Los Ptolomeos, que pasarían a la historia por ser de los anfitriones más espléndidos jamás habidos, tenían por costumbre colmar de regalos a sus huéspedes: servicios de mesa de plata maciza, esclavos, gacelas, sofás de oro, caballos con armadura de plata. Los Ptolomeos se habían hecho un lugar en el mundo gracias a sus excesos, y Cleopatra no estaba dispuesta a permitir que la fama de la dinastía cediese lo más mínimo. Suyos eran los «banquetes hasta el amanecer» de que más tarde hablaría Suetonio.<sup>[63]</sup>

Las victorias bélicas debían de celebrarse sin duda con desfiles triunfales, presumiblemente por la vía Canópica. Cleopatra necesitaba unir a su pueblo, reivindicar su supremacía política y hacer valer su causa ante sus detractores. Alejandría era una ciudad con una larga tradición de desfiles y fastos, celebraciones en que la riqueza de los Ptolomeos excedía incluso el fervor festivo de sus súbditos. Siglos antes, durante una marcha dionisiaca, habían desfilado por las calles de la ciudad carrozas de oro de seis metros de largo, cada una de las cuales, para moverse, requería del esfuerzo de ciento ochenta hombres. A éstas, seguía una comitiva de sátiros pintados de púrpura y ninfas con guirnaldas de oro, acompañada de representaciones alegóricas de reyes, dioses, ciudades y estaciones.<sup>[64]</sup> Alejandría podía presumir también de ser la capital de los ingenios mecánicos; en ella podían

verse puertas automáticas y plataformas hidráulicas, cintas andadoras y máquinas accionadas por monedas. Mediante el uso de cables invisibles, sifones, poleas e imanes, los Ptolomeos eran capaces de obrar milagros: hogueras que ardían y se apagaban, luces que parpadeaban en los ojos de las estatuas, trompetas que sonaban solas. Para el desfile citado, los hábiles metalúrgicos de la ciudad se superaron a sí mismos: una estatua de cuatro metros y medio, vestida con una túnica de lentejuelas amarilla recorrió las calles, se puso en pie, ofreció leche y, como por arte de magia, volvió a sentarse, haciendo las delicias del público. Alrededor, todo eran susurros curiosos, murmullos de admiración y música de flautas. Nubes de incienso —el humo de los ricos— flotaban sobre los espectadores, ante cuyos ojos proseguía el desfile de maravillas: antorchas de oro, cofres de incienso y mirra, palmeras, parras, petos, escudos, estatuas y cuencos dorados, bueyes ornados de oro. En lo alto de una de las carrozas, sesenta sátiros pisaban uvas cantando al son de las flautas. Enormes odres vertían vino por las calles; el aire se perfumaba primero de incienso y luego de aquellos torrentes de fragancias, hasta formar una combinación embriagadora. Al paso de la procesión, los asistentes liberaban pichones y palomas con cintas atadas a los pies. Los súbditos de fuera de Alejandría acampaban en los alrededores y tenían la obligación de aportar animales al desfile. Durante aquel triunfo pasado se habían exhibido escuadras de asnos adornados, elefantes calzados con zapatillas bordadas en oro, manadas de órix, leopardos, pavos, gigantescos leones, un rinoceronte etíope, avestruces, un oso albino y dos mil cuatrocientos perros. Los camellos iban cargados de azafrán y canela. Tras éstos, desfilaban doscientos toros de cuernos dorados, seguidos de arpistas, 57 000 soldados de infantería y 23 000 jinetes con armadura completa. Cleopatra no disponía de tantos efectivos, pero de todos modos debió de reunir un cortejo extravagante. El objetivo era ganarse entre los demás monarcas la fama de ser «la más hábil de las reinas en procurarse dinero, la más espléndida en gastarlo y la más ambiciosa en la ejecución de grandes obras».<sup>[65]</sup> Abundancia, poder y legitimidad iban unidos de forma inextricable. A la vista de las convulsiones de las últimas décadas, era crucial confirmar su autoridad.

Es muy posible que César se quedara con ese objetivo. La estabilidad de Egipto era esencial para sus planes tanto como para los de Cleopatra. Egipto era prácticamente la única región del Mediterráneo que producía más cereales de los que consumía. Las exportaciones de Cleopatra bastaban para alimentar a toda Roma. Y a la inversa: si lo deseaba, la reina podía matar de hambre a la ciudad. Por eso César no se mostraba partidario de imponer un gobernante romano en Alejandría. Mejor una extranjera, pero de confianza. Es evidente que Cleopatra inspiraba en César una confianza que no le inspiraba Potino, y asimismo está claro que el romano confiaba en sus dotes de gobierno. En rigor, el Egipto de Cleopatra se convirtió en el año 47 en un protectorado con un giro íntimo, estatuto en absoluto fuera de lo común en un siglo en que la política tenía una marcada impronta personal. Las alianzas helenísticas solían ratificarse mediante votos nupciales. En Roma, los matrimonios de interés

estaban a la orden del día, para consternación de los más puristas, que denostaban esa forma de diplomacia expeditiva y barata. Cuanto mayor era la ambición de un político, mayor la vistosidad de sus matrimonios. Pompeyo se había casado cinco veces, siempre por razones políticas. La tumultuosa carrera de César dependió estrechamente de todas y cada una de sus cuatro esposas. A pesar de una diferencia de edad comparable a la de César con Cleopatra, Pompeyo había contraído matrimonio con la hermana de César, que le fue entregada a guisa de obsequio.<sup>[\*]</sup> Las relaciones entre ambos mandatarios se deterioraron sólo tras la muerte de la mujer que los unía, situación que se repetiría en breve con consecuencias mucho más severas.

La de César y Cleopatra fue una relación insólita no sólo por la diferencia de origen, sino porque Cleopatra entró en ella por voluntad propia. Ningún varón de su familia la obligó a nada. Para un romano, aquello resultaba de lo más desconcertante. Si hubiera sido su padre quien, en vida, la hubiera casado con César (cosa a todas luces imposible), otra habría sido la reputación de la reina.<sup>[66]</sup> Lo que confundía a quienes escribieron su historia fue la independencia de su pensamiento, la osadía de su espíritu. El poeta Lucano lo deja bien claro: «Cleopatra ha sido capaz de conquistar a un viejo con sus hechizos», exclama por boca de Potino, interpretando de forma harto peculiar un acto de libre voluntad. Dueña ya de Egipto, «hace méritos para serlo de Roma».<sup>[67]</sup> También para esta acusación disponemos de paralelismos instructivos: tiempo después se diría lo mismo de una antigua monarca india, la reina Cleofis, quien, «después de rendirse a Alejandro, recobró su reino al precio de compartir su lecho con él, y con sus encantos consiguió lo que no había podido conseguir con sus armas».<sup>[68]</sup> Según cierto historiador romano, aquel degradante comportamiento le valió a Cleofis el epíteto de «ramera real». La historia podría ser apócrifa, una más de las morbosas fantasías romanas inspiradas en el hechizo de Oriente, incluso es posible que esté contaminada por la historia de Cleopatra. En cualquier caso, nos dice algo acerca de la reina egipcia: como Cleofis, resulta sospechosa, pero lo que más intrigaba a los romanos —lo que inspiraba sus peculiares homenajes— era su extraño e invisible poder.

No debe sorprender que entre César y Cleopatra naciera una relación armoniosa, cuando no una gran pasión. El aplomo de una y la temeridad del otro debieron de ser determinantes en este sentido, aunque hay que partir de la base de que sus personalidades encajaban tan bien como sus planes políticos. Ambos eran personajes afables, carismáticos y agudos, si bien sólo uno de ellos pasaría a la historia en calidad de temible seductora. Cleopatra tenía un don para ganarse a la gente. Plutarco, siempre alerta contra la zalamería perniciosa, decía que Cleopatra dominaba no sólo las cuatro clases de adulación conocidas, «sino muchas».<sup>[69]</sup> Nos han llegado más elogios del ingenio de Cleopatra que del de César, cuya lucidez se echa de ver menos en sus palabras que en sus innumerables amoríos. César fue un seductor consumado, especializado en las mujeres de la aristocracia. Tanto él como Cleopatra

manifestaban esa curiosidad intelectual propia de su tiempo, un desenfado y un humor que los distinguían de sus pares, admitiendo que los tuvieran. El poder es oficio insociable y solitario, señala Plutarco;<sup>[70]</sup> en efecto, las gentes del entorno de César y Cleopatra eran en su mayoría aduladores o conspiradores. Ambos sabían, como decía César, que el éxito tiene un precio, y que «todo lo que encumbra a alguien es objeto de envidia y de celo».<sup>[71]</sup> A su privilegiada manera, también ellos conocieron la exclusión social.

Ambos habían corrido riesgos en sus intentos de hacerse con el poder y habían tentado a la suerte en más de una ocasión. Ambos tenían grandes capacidades para el trabajo y para el ocio, y rara vez distinguían el uno del otro. César daba respuesta a cartas y peticiones mientras asistía a los juegos; Cleopatra tomaba parte en ellos por razones de Estado. Ninguno de los dos rehuía la simulación; ambos eran actores natos, y estaban tan seguros de sus habilidades como convencidos de su superioridad. Cleopatra, amante de las sorpresas, generaba siempre grandes expectativas, confiaba en el *grand geste* y tenía un alto concepto de sí misma. César, que ponía el acento más bien en el estilo y admiraba el talento en todas sus formas, pudo gozar en Alejandría de la compañía constante de una hábil conversadora, lingüista y negociadora con la que compartía, además, un raro don para tratar a los recién conocidos como si fueran amistades añejas. Tenía buenas razones para sentirse interesado por ella. En Cleopatra halló un oportuno modelo de conducta; César, que el año anterior había sido declarado dictador, cató por vez primera el gusto del poder absoluto. Cleopatra, además, manejaba asuntos que escapaban a las atribuciones de cualquier otra mujer que hubiera conocido hasta entonces. Difícilmente hubiera encontrado en Roma a una mujer capaz de formar un ejército, ceder una flota y controlar la acuñación de moneda. Pese a su volátil personalidad, Cleopatra era tan capaz como César de actuar con desapasionado pragmatismo, sólo que lo que en el romano se consideraba estrategia, en ella se tenía por manipulación. Ambos acababan de salir de guerras con escasa motivación política y alto contenido personal, y encaraban dificultades similares en ámbitos parecidos. César no era el favorito de la aristocracia romana, y Cleopatra distaba de ser la reina ansiada por los griegos de Alejandría. Su poder emanaba de la gente de a pie. Y como nada estimula la ambición propia como la ambición ajena, César y Cleopatra se unieron como pudieran haberse unido los herederos de una gran fortuna, dos personalidades exultantes, concedoras de su hacienda, acostumbradas a pensarse en plural y a escribir sobre sí mismas en tercera persona.

Lucano imagina a César consultando al sumo sacerdote de Egipto en el transcurso de uno de los banquetes de Cleopatra. César es hombre de una curiosidad ilimitada y se interesa por un sinnúmero de materias. Su afán exploratorio es equiparable a su ambición. Siente una gran fascinación por las tradiciones y la cultura egipcias, y en Alejandría

departe con científicos y filósofos. Mas una cosa anhela por encima de todas: «Nada hay que yo desee conocer más —afirma— que los orígenes de este río, ocultos a lo largo de tantos siglos, y su ignorada cabecera».<sup>[72]</sup> César está dispuesto a renunciar a la guerra si el sacerdote le revela cuáles son las fuentes del Nilo. Su curiosidad era comprensible. El mundo antiguo conoció pocos misterios más acuciantes; preguntarse por las fuentes del Nilo era como especular sobre la vida en Marte. Lucano, a ciento diez años de distancia, es el primero que menciona el cruce de César y Cleopatra por el río. Sabemos que, aparte de escribir en verso, no simpatizaba ni con uno ni con la otra, y que no sin razón se lo ha calificado de «padre del periodismo amarillo»,<sup>[73]</sup> pero aun así nos consta que manejó fuentes históricas hoy perdidas. Es improbable que Lucano fabulara sin más el episodio de la travesía. Tampoco hay motivos para creer que aquel cruce posbélico tuviera nada que envidiar en cuanto a lujo y distracciones al immortalizado por Shakespeare, para el que faltaban cinco años todavía. Sí existen motivos, en cambio, para suponer que los historiadores romanos prefirieran recordar el segundo viaje y olvidar el primero. De hecho, éstos ni siquiera mencionan la estancia de César en Egipto al término de la guerra.<sup>[\*]</sup> Si no hubieran cerrado filas con tanto hermetismo, Shakespeare podría haber escrito para Cleopatra una tragedia bien distinta.

El viaje por el Nilo tenía numerosos precedentes. Era costumbre dar la bienvenida a los dignatarios extranjeros con un cruce, para que tuvieran un primer contacto con las maravillas de Egipto. Dos generaciones atrás, un alto funcionario se había tomado toda clase de molestias para garantizar que cierto senador romano de viaje por el país fuera «recibido con la mayor magnificencia»,<sup>[75]</sup> colmado de obsequios, encomendado a los mejores guías y provisto de los dulces y carnes asadas de que se alimentaban los cocodrilos sagrados. Los inabarcables campos de grano de Egipto por fuerza tenían que causar impresión, y al contemplarlos, los romanos no podían evitar frotarse las manos. Curiosidad aparte, había legítimas razones de Estado para aquella excursión. Tradicionalmente, todos los nuevos gobernantes inauguraban su reinado con un viaje ceremonial al sur. En el caso de Cleopatra, aquel periplo equivalía a hacer una ronda por sus dominios personales. Todos los habitantes de Egipto trabajaban para ella; casi todos los recursos del país —campos, caza, árboles, el Nilo y hasta los cocodrilos— eran suyos. Desde su punto de vista, el cruce era menos un viaje de placer o una expedición científica cuanto un deber de Estado; de ese modo exhibía ante sus vasallos el poderío militar romano y, ante Roma, la opulencia egipcia. El pueblo de Egipto se había puesto del lado de Cleopatra cuando ésta era vulnerable. Ahora, con César de su lado, la reina regresaba ante su pueblo cual heroína invencible.<sup>[76]</sup>

Viajar de Alejandría al sur significaba abandonar el mundo de habla griega por el mundo de habla egipcia, trasladarse de una tierra de vino a una tierra de cerveza. El sur, donde se adoraba a los faraones y se reverenciaba a los sacerdotes, representaba una cultura considerada inferior por los alejandrinos. Ahí, la divinidad de Cleopatra

no suscitaba controversia. Pese a no tener la fastuosidad alejandrina, el ágata, el granito rojo y la monumental disposición del glorioso pasado convertían el paisaje en un territorio de ensueño. Tiempo después, otro viajero de paso por la región diría: «Me pegué un atracón de colores, como un asno que se atiborra de avena».<sup>[77]</sup> Cleopatra dio a conocer a César el mayor y más espectacular oasis del mundo, el verde aterciopelado de las riberas, el duro y negro suelo del canal, la tierra de los ocasos de púrpura y los amaneceres de amatista. No pudieron faltar unas cuantas paradas obligatorias: las pirámides, erguidas por encima de las palmeras hasta fundirse con la calina; el santuario y los templos de Menfis, donde el sumo sacerdote de Egipto debió de recibirlos con parabienes; las tres mil cámaras, algunas de ellas subterráneas, del laberinto de granito y caliza; el altar junto al lago de los dioses cocodrilo, donde se adiestraba a los animales para que abrieran las fauces al oír determinada orden, y donde César debió de quedarse estupefacto al ver el sistema de diques y esclusas de la tierra ganada al agua; los colosos de Memnón, milagrosamente blancos en medio de la arena salmón pálido, que con sus veintiún metros de altura resultaban visibles desde varios kilómetros a la redonda. Tras éstos, remontando la colina, aguardaban las tumbas del Valle de los Reyes, excavadas en las profundidades de la roca. Más al sur, en la isla de File, situada entre los rápidos, se hallaba el formidable templo de Isis, decorado y en parte edificado por el padre de Cleopatra.<sup>[\*]</sup>

Más admirables, si cabe, eran los alojamientos, en los que se notaba también el gusto por lo colosal. La idea era tanto impresionar como entretener. Cleopatra y César debieron de partir desde el lago Mareotis, al sur de la ciudad, lugar de amarre de la flota recreativa de la reina. El puerto tenía cabida para varias gabarras de noventa metros de eslora; los remos de éstas eran de marfil y el puente estaba delimitado por una serie de trabajadas columnas de ciprés labradas con esmero. Las partes metálicas eran de bronce bruñido, y las de madera lucían incrustaciones de marfil y oro. A bordo, todo estaba pintado de forma vistosa, incluida la colección de estatuaria regia que decoraba los niveles destinados a salón y dormitorio. Una de las salas de banquetes estaba cubierta con un techo artesonado; otra, decorada con columnas de estilo egipcio, labradas con hojas de acanto y pétalos de loto dispuestos en un patrón que alternaba blancos y negros; la tercera lucía toldos de color púrpura, sostenidos en alto mediante vigas arqueadas. No era infrecuente que las gabarras regias contasen con gimnasio, biblioteca, altares a Dioniso y Afrodita, jardín, gruta, sala de conferencias, escalera de caracol, bañera de cobre, establos y acuario.<sup>[78]</sup>

No fue precisamente una procesión modesta. Los burócratas de nivel medio viajaban con un séquito de diez personas, pues no sabían pasarse sin secretarios, contables, panaderos, asistentes de baño, médicos, camareros y maestros de armas. Cleopatra y César se dirigieron al sur llevando consigo a un número considerable de soldados romanos y cortesanos egipcios. La hospitalidad durante su estancia era responsabilidad del pueblo, tarea abrumadora si es cierto, como refiere Apiano, que

tras la pareja iba una flota de cuatrocientas naves. Sin duda, al buque de la reina lo seguían multitud de navíos de menor tamaño, esto en un río ya de por sí transitado por cargueros de piedra y vino, galeras de mercaderes y esquifes con función policial. El pueblo era el encargado de alimentar y agasajar a su monarca, colmarla de regalos, entretener a su comitiva y organizar la cuestión logística, lo cual generaba no pocos problemas en materia de alojamiento, seguridad y avituallamiento. Algunos funcionarios llegaban a aconsejar a sus subordinados que escondieran las existencias para evitar que la reina las requisara,<sup>[79]</sup> medida de lo más razonable si se tiene en cuenta que un funcionario del tres al cuarto podía ordenar la confiscación de 372 lechones y 200 ovejas. Los labriegos trabajaban día y noche para reunir las existencias necesarias, fermentar cerveza, apilar heno, abastecer las casas de huéspedes y preparar los burros, pero además, en esa época del año, se hallaban en el punto de álgido de la época de cosecha. Dos años después, con mejores recursos y en una coyuntura menos penosa, Cicerón no vería la hora de despedir a César tras la estancia del general y su séquito en su casa del campo. Debió de ser un alivio para él no tener que pedirle que no dejara de pasar por su casa cuando volviera a hallarse de paso por la zona. «Con una vez es bastante», suspiraba Cicerón, con la sensación de quien ha sido tratado menos como anfitrión que como jefe de intendencia.<sup>[80]</sup>

Cleopatra y César remontaron el Nilo en su «palacio flotante»<sup>[81]</sup> con viento de popa. En las orillas, los racimos de dátiles arqueaban las ramas de las palmas, con las hojas algo desvaídas. Más allá del río se extendía un océano de grano dorado; en las copas de los árboles, relucía el amarillo de los plátanos; los albaricoques, la uva, los higos y las moras ya casi estaban maduros. Era tiempo de melocotones, y en las alturas se veía aparearse a las palomas. Cada detalle del paisaje que se presentaba ante César y Cleopatra no hacía sino confirmar los mitos sobre la abundancia de Egipto y las facultades mágicas del río. Famoso hasta el último rincón del mundo antiguo, del Nilo se decía que por su cauce fluía oro y se le atribuían poderes extraordinarios. Estaba extendida la creencia de que su agua hervía a la mitad de temperatura que el resto de aguas y de que las criaturas del río alcanzaban dimensiones portentosas. Ptolomeo II envió cofres con agua del Nilo a su hija con la intención de garantizar su fertilidad al unirse ésta en matrimonio a la familia real siria. (Y aunque contaba ya treinta años, resultó). Las mujeres egipcias eran conocidas por la mayor eficiencia de sus embarazos, pues les requería menos tiempo engendrar a sus vástagos, y se decía asimismo que un elevado porcentaje de ellas daba a luz mellizos y, a menudo, incluso cuatrillizos. De las cabras, que en el resto del mundo paren dos crías, se decía que en Egipto parían cinco, y de las palomas, que tenían nidadas de doce y no de diez polluelos. Circulaba la teoría de que el cráneo masculino era más fuerte en Egipto, donde la calvicie (o los hombres que, como César, se peinaban intentando disimularla) era poco común. Se creía que en el Nilo nacía vida por generación espontánea, aunque ni Cleopatra ni César llegaron a cruzarse con esas criaturas mitad ratón, mitad tierra, de que hablaban las leyendas, y



cabe presumir que tampoco con serpientes de cuyo lomo brotara la hierba, ni con gentes que vivieran bajo caparazones de tortuga grandes como barcas. Lo que sí pudieron ver entre las espigas de papiro y las hojas de loto fueron garzas y cigüeñas, hipopótamos, cocodrilos de cinco metros y medio e inacabables bancos de peces, que en Roma constituían una rareza. Los historiadores antiguos erraron en los detalles, pero acertaron de pleno por lo que se refiere a la fecundidad de Egipto. El país de Cleopatra era la tierra más productiva del Mediterráneo y el único en que los cultivos parecían sembrarse y regarse por sí solos.<sup>[82]</sup>

Así venía siendo desde época inmemorial, expresión que en Egipto adquiriría pleno significado, pues ya en tiempos de Cleopatra se cultivaba una disciplina llamada historia antigua; en cierto modo, el mundo era entonces más antiguo, lleno como estaba de leyendas y supersticiones. César, a su lado, debió de quedarse impresionado contemplando veintiocho siglos de arquitectura. Los viajeros ya habían saqueado —y pintarrajeado con grafitos— las tumbas del Valle de los Reyes.<sup>[\*]</sup> Una de las siete maravillas del mundo se hallaba en ruinas ya en la primavera del año 47. El país de Cleopatra había sido tierra de acogida para viajeros desde mucho antes de que el resto del mundo sospechara siquiera que la vida podía ser algo apacible. Al mismo tiempo, el pasado era percibido como algo mucho más cercano de lo que lo es para nosotros hoy día. Alejandro Magno distaba de Cleopatra más de lo que la Declaración de Independencia con respecto a nuestro siglo, y, sin embargo, Alejandro fue siempre una figura vívida y omnipresente. A pesar de los 1120 años que separaban a Cleopatra de la historia más importante de su tiempo, la caída de Troya seguía siendo un punto de referencia inequívoco. El pasado se hallaba en todo momento al alcance de la mano e inspiraba un respeto casi religioso. Esto era particularmente cierto en el caso de Egipto, nación apasionada de la historia y en la que se conservaban los registros escritos de dos milenios. Durante todos esos años, aquel país aislado e inaccesible había cambiado bien poco, casi nada a juzgar por su arte. Los súbditos de Cleopatra tenían motivos sobrados para concebir el tiempo como una espiral infinita de repeticiones. Los acontecimientos recientes no hacían más que confirmar esa idea: en varias ocasiones los consejeros ptolemaicos habían persuadido a jóvenes reyes de que asesinaran a su familia directa. Más de una reina había huido de Egipto para reunir un ejército. Mucho de lo que podía decirse de los conquistadores romanos en el año 47 podría haberse dicho también, tres siglos antes, de los antepasados macedonios de Cleopatra, paralelismo que ni mucho menos le pasaba inadvertido a la reina.<sup>[84]</sup>

Vestida de lino blanco y con la diadema ceñida en la frente, Cleopatra participó a lo largo del viaje en rituales religiosos con varios milenios de antigüedad. Hasta el último detalle estaba pensado para hacerla pasar por diosa en vida, y aunque ignoramos cómo se le rendía homenaje, es probable que el pueblo, en su presencia, hiciera reverencias o levantara la mano a modo de saludo. Quienes a su paso se alineaban en orillas y caminos no veían en César y Cleopatra la encarnación de

ningún ideal romántico, sino una suerte de aparición ultraterrena, como si dos dioses vivientes hubieran bajado a visitar el mundo. El espectáculo tuvo que ser apoteósico: un romano de cabello rubio y anchas espaldas, fuerte y enjuto, envuelto en su toga púrpura al lado de la oscura y delicada reina de Egipto. Juntos visitaron los lugares sagrados, los monumentos de los antiguos reyes y los palacios regios a orillas del río; juntos fueron recibidos por sacerdotes de blancas túnicas y por multitudes clamorosas; juntos navegaron entre cultivos y paisajes trufados de torres de adobe y tejados rojos, entre jardines exuberantes, viñedos y campos dorados, esfinges medio enterradas en la arena y altas tumbas excavadas en la roca. Juntos también combatieron a los mosquitos, que tanto abundan cuando las aguas están bajas. El traqueteo de los remos y el tañido de las arpas anunciaban su llegada. A su paso, el aroma del incienso impregnaba el aire bochornoso.

El viaje, por supuesto, fue como unas vacaciones comparado con lo vivido las semanas anteriores, pero si con el tiempo se trastocó en crucero de placeres ilícitos, en aventura o en luna de miel, fue debido probablemente al boato de la comitiva. A la mentalidad romana le bastaba con eso para sospechar de actitudes disolutas. Por definición, la lengua latina sentía aprensión hacia la palabra *lujo*, derivada del verbo *descolocar* y durante miles de años connotada con el adjetivo *lascivo*. Si hemos de creer a Apiano, César navegó Nilo arriba en compañía de Cleopatra «y disfrutando, por lo demás, de los encantos de la reina».<sup>[85]</sup> Partiendo de aquí, hay breve trecho hasta acusar a Cleopatra de incitar al general romano a embarcarse en tan insensato viaje por el exótico corazón de aquel país extravagante del que habría de arrancarlo por la fuerza. Cleopatra —o Egipto— tendían a provocar ese efecto sobre los pobres y vulnerables romanos. El país en sí era fuente de todo tipo de apetencias e insinuaciones. Cabe suponer que el itinerario se planeó y consensuó por anticipado, pero los anales dicen otra cosa. Autores posteriores afirman que César se resistía a marcharse y Cleopatra a dejarlo marchar: «Ella le habría retenido más tiempo en Egipto, o habría partido al momento a Roma con él»,<sup>[86]</sup> afirma Dión. Si sus hombres lo convencieron de que volviera, fue contra su voluntad. En la versión de Suetonio, César pierde la cabeza de tal forma por la reina egipcia que, de no ser porque sus soldados amenazan con amotinarse, estaría dispuesto a seguirla hasta la frontera etíope. Para alivio de las tropas, la procesión volvió por fin las velas al alcanzar los escarpados peñascos al sur de la moderna Asuán.

Cuenta Dión que César fue cayendo paulatinamente en la cuenta de que su estancia en Egipto «no era ni conveniente ni ventajosa para él»,<sup>[87]</sup> pero omite el contexto en que tiene lugar ese paréntesis de solaz por el río. César había perdido a su única hija y en ninguno de sus tres matrimonios había logrado engendrar un hijo varón. Egipto, sin embargo, estaba ahí para confirmar su legendaria reputación. Haciendo honor a su fecunda tierra, ésa en que la vegetación florecía de continuo y el trigo se cosechaba solo, Cleopatra entró esa primavera en los últimos meses de embarazo, lo que venía a refrendar el mito del poder procreador de su magnífico país.

Ella y César pasaron entre tres y nueve semanas por el río y dieron la vuelta al llegar a la primera catarata del Nilo. La corriente los devolvió al palacio. Desde Alejandría, César puso rumbo a Armenia, donde se había desatado una revuelta. A finales de junio, Cleopatra dio a luz a un hijo medio romano y dos veces divino, en tanto que Ptolomeo y César. Al fin había algo nuevo bajo el sol.

## NUNCA LA EDAD DE ORO FUE LA EDAD PRESENTE

Esclava: «¿Y qué diré para estar largo tiempo fuera de casa?». Andrómaca: «Podrías encontrar muchas artimañas, pues eres mujer».

EURÍPIDES<sup>[1]</sup>

César partió de Egipto el 10 de junio, mucho más tarde de lo debido. En Roma no se sabía de él desde diciembre y en la ciudad reinaba la confusión, como sin duda sabía, pues los correos funcionaban perfectamente. En un gesto tan personal como político, César se llevó consigo, en calidad de prisionera de guerra, a la hermana de Cleopatra, todavía «diosa que ama a sus hermanos», al menos en la teoría ya que no en la práctica.

Los doce mil legionarios que habían llegado con César permanecieron en Egipto para proteger a Cleopatra, otro gesto con lectura personal y política. A ninguno de los dos les interesaba que se produjeran disturbios. De hecho, se diría que a César no le apetecía lo más mínimo separarse de Cleopatra, aunque es poco plausible que, como quiere Dión, le propusiera acompañarlo a Roma ese verano. Esto no significa que no hablaran de volver a reunirse antes de la partida, pospuesta todo lo posible por César.<sup>[2]</sup>

A las dos semanas, Cleopatra se ponía de parto. Sabemos tan poco acerca del alumbramiento de su hijo como del momento de su concepción.<sup>[\*]</sup> Dispusiera o no de un banco de parto, debió de asistirle un equipo entero de comadronas. Una de ellas se encargaría de envolver al bebé en un paño de tela para protegerlo, mientras otra cortaba el cordón umbilical con un cuchillo de obsidiana.<sup>[3]</sup> Al recién nacido no podía faltarle leche, y para ello se recurriría a los servicios de una nodriza. Los requisitos para el puesto no diferían de los de cualquier canguro actual: ser agradable y limpia, «sin predisposición al malhumor, ni charlatana ni indiferente para la comida, sino organizada y prudente».<sup>[4]</sup> Puestos a elegir, lo ideal era que fuera griega, lo que equivalía a decir educada. Por lo común se elegía a la esposa de algún afortunado funcionario de la corte; era un puesto prestigioso, bien remunerado y duradero. La nodriza era además portadora de saberes ancestrales: ¿que al bebé le dolían las encías? El remedio tradicional era alimentarlos con ratón frito. ¿Que lloraba demasiado? Una masa a base de excremento de mosca y amapolas podía aplacar la llantera más inconsolable.

De haberlo deseado, Cleopatra pudo haber tenido acceso a multitud de volúmenes sobre contracepción y aborto, algunos de ellos de pasmosa eficacia.<sup>[5]</sup> Nada como la literatura sobre el control de la natalidad para poner de manifiesto los conflictos y

vaivenes entre ciencia y mito, ilustración e ignorancia, característicos de la época. Por cada teoría acertada sobre el tema, hallamos otra que roza lo descabellado. Al lado de la receta de Hipócrates para provocar el aborto —elaborada trescientos años antes y consistente en saltar arriba y abajo de tal manera que talones y nalgas se toquen siete veces—, algunas de las medidas del siglo I parecían de lo más razonable. Un huevo de araña apretado contra el cuerpo con piel de venado impedía concebir por espacio de doce meses, método no más estrambótico (ni efectivo) que atarse el hígado de un gato al pie izquierdo. Claro que por entonces todo el mundo estaba convencido de que estornudar durante el acto sexual obraba milagros. En tiempos de Cleopatra, los excrementos de cocodrilo eran conocidos por sus propiedades contraceptivas, lo mismo que las pócimas hechas con riñón de mulo y orines de eunuco. Por regla general, la literatura sobre abortivos era más extensa que la dedicada a contraceptivos. El equivalente a la píldora del día después, por ejemplo, consistía en una mezcla de sal, heces de ratón, miel y resina, y en épocas muy posteriores a Cleopatra se creía aún que el olor de una lámpara recién apagada inducía el aborto. Al lado de esto, ciertos remedios herbáceos de tiempos de Cleopatra sí se han demostrado efectivos: el álamo blanco, las bayas de enebro y la férula tienen propiedades contraceptivas demostradas. Otros —vinagre, alumbre y aceite de oliva— siguieron utilizándose hasta fecha reciente. Incluso existían primitivos diafragmas hechos de lana humedecida con miel y aceite. Cualquiera de ellos daba resultados mejores que el método del ritmo, de dudoso beneficio para un pueblo convencido de que las mujeres eran más fértiles en período de menstruación.

Considerando la tesitura política, nada podía convenirle más a Cleopatra que convertirse en madre a los veintidós años. Y nada mejor para asegurarse el futuro que llevar en su vientre al hijo de Julio César.<sup>[6]</sup> Existían algunos inconvenientes, como por ejemplo el hecho de que ambos estaban casados con otros cónyuges. (Técnicamente hablando, Cleopatra había enviudado y se había vuelto a casar durante el curso de su embarazo). Desde la óptica egipcia, César era un padre imperfecto por dos motivos: ni era Ptolomeo, ni tenía sangre real. Desde la óptica romana, difundir la noticia de su paternidad, lejos de reportar algún provecho, sólo podía suponer un oprobio. Desde el punto de vista de Cleopatra, sin embargo, ninguna iniciativa diplomática podría haber sido más efectiva. Hasta entonces había tenido bastante con intentar sobrevivir como para pensar en la sucesión, pero al menos ahora podía estar segura de que no seguiría los pasos de Alejandro Magno, muerto sin herederos. La espléndida dinastía ptolemaica la sobreviviría. Por si no bastase con eso, el bebé era un varón. Los egipcios no tenían empacho en aceptar a una mujer faraón, pero la revuelta historia marital de Berenice IV había dejado bien claro que toda mujer necesitaba un consorte, aunque su función, como en los *pas de deux* de Balanchine, fuera puramente ornamental. Con Cesarión —o pequeño César, que fue el sobrenombre dado por los alejandrinos a Ptolomeo XV César— en su regazo, Cleopatra no hallaría impedimentos para reinar siendo mujer. Ya antes de aprender a

hablar, Cesarión había protagonizado un golpe magistral: había relegado a su tío a una posición irrelevante. Antes de que Ptolomeo XIV pudiera percatarse de lo que estaba ocurriendo, su hermana mayor se hizo con el control de la imagería y el gobierno.

Cleopatra estuvo acertada sobre todo en la elección del momento; o alguien la ayudó o tuvo la gran suerte de tener al niño precisamente cuando mayor provecho podía sacar de ello. El nacimiento de Cesarión coincidió casi de pleno con la primera crecida estival del Nilo, lo cual desde el punto de vista psicológico, iconográfico y financiero auguraba una época de plenitud. Los augurios dieron paso a las celebraciones en cuanto el Nilo se enturbió, adquirió un color verde musgo y, poco a poco, de sur a norte, empezó a incrementar de caudal de forma paulatina. Las canastas se llenaron de uva, higos y melones. La miel fluía en torrentes.<sup>[7]</sup> Por esas fechas, Cleopatra celebró la fiesta anual de Isis, una de las fechas clave del calendario egipcio. Se decía que el río aumentaba de nivel gracias a las lágrimas de aquella diosa omnipotente. Durante la fiesta, los súbditos de Cleopatra ofrecían (a la fuerza) obsequios, lo cual provocaba feroces competiciones entre sus cortesanos.<sup>[8]</sup> Desde todos los rincones de Egipto llegaban a palacio barcos cargados de fruta y flores. El nacimiento de Cesarión reafirmó la asociación entre Cleopatra e Isis, aun cuando para eso a la reina le bastara con el ejemplo de sus más ilustres antecesoras, quienes por espacio de doscientos cincuenta años se habían identificado con la ancestral diosa. En aquellos tiempos de nostalgia generalizada, Isis gozaba de preeminencia entre las deidades y poseía poderes casi ilimitados: era la inventora del alfabeto (tanto del egipcio como del griego), artífice de la separación del cielo y la tierra y responsable del curso del sol y la luna. Sus acciones, temibles y a la vez compasivas, ordenaban el caos. Dulce y consoladora, era también señora de la guerra, el rayo y el mar. Sanaba a los enfermos y resucitaba a los muertos. Presidía los asuntos amorosos, era inventora del matrimonio, regulaba los embarazos, inspiraba el amor que une a los hijos a sus padres y favorecía la vida doméstica. Impartía gracia, salvación y redención. Era la sabia madre tierra y —como la mayoría de las madres— una suerte de hechicera astuta, omnicompetente y discreta.<sup>[9]</sup>

Isis conjugaba de forma versátil las dos culturas de Egipto y atraía por igual a los dos sectores de la población. En un país como ése, donde muchos habitantes tenían nombres distintos en griego y egipcio, la diosa hacía las veces de constructora de la nación e icono religioso. En ella se combinaban Deméter, Atenea, Hera y Afrodita. Sus templos se repartían por toda Alejandría, y su efigie en terracota presidía la mayoría de hogares. Su porte autoritario y ligeramente sensual la convertía en una presencia algo incómoda en el extranjero. Aquella poderosa hechicera había causado ya algún dolor de cabeza en la marcial Roma, adonde los comerciantes alejandrinos habían exportado su culto. El propio César había impedido entrar en Roma a los sacerdotes de la diosa, y ya en el año 80 a. C. se erguía en la colina Capitolina un templo de Isis que fue derribado y reconstruido en varias ocasiones a intervalos

regulares durante la vida de Cleopatra. Tal era la popularidad de Isis que, cuando en el año 50 se dio la orden de dismantelar sus templos, los obreros se negaron a empuñar las hachas para hacerlo. Tuvo que ser un cónsul quien se quitara la toga y asestara los primeros hachazos.<sup>[10]</sup>

No es fácil determinar si fue Isis quien garantizó la supremacía de las mujeres en Egipto o si fueron las reinas ptolemaicas las que consolidaron su eminencia.<sup>[\*]</sup> Sí sabemos que fue la diosa la que introdujo la igualdad entre sexos; según ciertas versiones, incluso otorga a las mujeres tanta fuerza como a los hombres. Sea como fuere, Isis le vino a Cleopatra como anillo al dedo. Para conmemorar el nacimiento de Cesarión, su madre ordenó acuñar monedas en las que el niño aparecía representado como Horus, el hijo de Isis. (Se puso mucha atención en que la imagen fuera bilingüe y pudiera interpretársela asimismo como Afrodita con Eros). Los acontecimientos futuros no harían sino reforzar la identificación de Isis con Cleopatra, quien adoptaría el papel de la diosa de manera mucho más completa y literal que cualquiera de sus antecesoras. En las ceremonias, por ejemplo, asumía su apariencia vistiéndose con un delicado manto largo de lino plisado con rayas iridiscentes y una orla en la parte inferior, fuertemente ceñido desde la cadera derecha al hombro izquierdo y anudado entre los senos. Debajo, vestía una túnica griega o quitón. El pelo le caía sobre el cuello en tirabuzones y, en la cabeza, lucía una diadema o, en ceremonias de tipo religioso, la tradicional corona egipcia formada por las plumas, el disco solar y los cuernos de vaca.<sup>[12]</sup> Cuarenta y siete años más tarde, la proteica Isis le cedería el puesto a otra madre soltera que, pese a tener bien poco en común con ella, sería modelada a su imagen y semejanza.

La maternidad no sólo reforzó la autoridad de Cleopatra —en su día, la reina egipcia tuvo más de madre tierra que de *femme fatale*—, sino que solidificó sus vínculos con los sacerdotes nativos, a quienes concedió importantes privilegios. En este sentido continuó la labor iniciada por su padre, quien hasta en el exilio se significó como prolífico constructor de templos y cultivó las relaciones con la clase sacerdotal egipcia, la cual no sólo ayudaba a mantener a raya al pueblo, sino que participaba de forma directa en cuestiones de Estado.<sup>[13]</sup> Como quiera que los templos ocupaban una posición central tanto en la vida religiosa como en la comercial, la burocracia griega y la jerarquía egipcia estaban mutuamente interpenetradas. Así, el ministro de finanzas podía ser el encargado de supervisar la alimentación de los animales sagrados, y el sacerdote a cargo de la recaudación del culto podía hacer las veces de vendedor de juncos. Los altos cargos del templo de Menfis ostentaban cargos igualmente altos en el mundo del comercio y ocupaban posiciones de privilegio en la corte de Cleopatra. Se trataba de una relación simbiótica: desde un punto de vista teológico, los sacerdotes necesitaban tanto al faraón, en tanto que dios sobre la tierra, como Cleopatra a los sacerdotes en el plano económico y político. El papel de los sacerdotes era similar al de los abogados y los notarios, y los templos funcionaban como núcleos de manufactura, instituciones

culturales y centros económicos. Podía acudirse a ellos para redactar un contrato, consultar con un médico o pedir prestado un costal de grano. El recinto del templo era asimismo lugar de asilo, derecho que Cleopatra extendió en el año 46 a un altar de Isis y, hacia el final de su reinado, a una sinagoga del sur del delta. (Pudo tratarse de una contraprestación, dado que los judíos de la región eran soldados consumados y por entonces Cleopatra necesitaba un ejército.)<sup>[14]</sup> En principio, nadie que hubiera recibido derecho de asilo podía ser llevado a ninguna parte contra su voluntad, por lo que el templo era el lugar adonde uno se retiraba tras cometer temeridades tales como convocar una huelga. En ocasiones, los templos también dejaban dinero en préstamo a los Ptolomeos.

Otra de las responsabilidades de los sacerdotes era controlar el humor del Nilo, del que dependía el incremento o la mengua de la fortuna de Egipto. El río podía generar pingües ingresos o desastres considerables. Una crecida de siete metros podía provocar el delirio, una de seis y medio valía la aclamación general, pero una de cinco y medio —cuando el lodo grisáceo se aferraba a las riberas pero se negaba a extenderse por la tierra— auguraba una estación difícil. Así había ocurrido el año anterior, en que el Nilo se había mostrado tan díscolo como la situación política. Tal como Cleopatra había podido observar durante su viaje clandestino a Alejandría, la inundación del año 48 había sido desastrosa. En su punto máximo, no había pasado de los dos metros y veinte centímetros, el nivel más bajo jamás registrado. (Con la sequía la economía egipcia se había quedado estancada, motivo por el cual la oposición antirromana ganó tanta fuerza en otoño.)<sup>[15]</sup> El río ejercía su dictadura sobre las relaciones familiares tanto como sobre la política nacional. Conocemos el caso de un hijo que firmó con su madre un acuerdo por el cual se comprometía a proporcionarle determinadas cantidades de trigo, aceite y sal, siempre y cuando el caudal del río no cayera por debajo de cierto nivel, en cuyo caso la madre se comprometía a limpiarle la casa. Muchos templos disponían de columnas para medir el nivel del Nilo, controlado de forma secreta y obsesiva por los sacerdotes, quienes a diario comparaban las mediciones con las del año anterior. Gracias a esas mediciones, los funcionarios de Cleopatra evaluaban las cosechas y calculaban los impuestos. A la vista de esta manía por las medidas y la comparación de datos, no es de extrañar que la geometría alcanzase la mayoría de edad en Egipto.

La fijación por el pasado abarcaba también el campo de la historia, si bien el rigor fue menor en el cultivo de esta disciplina. Tener al pueblo alimentado era primordial y Cleopatra se lo tomaba en serio: como buena Señora de la Abundancia, no podía permitir que las hambrunas hicieran mella entre sus súbditos, que por culpa de los rigores del sistema no alcanzaban a acumular reservas. Así, en caso de crisis, Cleopatra no tenía más alternativa que autorizar la apertura de los silos de la corona. «Mi reinado no conoció hambrunas», era un aserto popular y complaciente que los monarcas gustaban de inscribir en sus templos.<sup>[16]</sup> No obstante, la propaganda servía entonces para los mismos fines que hoy, y todo indica que esas alegres proclamas no



sólo no reflejaban la realidad alimentaria, sino que con frecuencia eran rotundamente falsas.

Mediado el año 47, Cleopatra había depurado la corte de posibles conspiradores, se había deshecho de todos los miembros de la familia contrarios a ella y había reducido los disturbios al mínimo. Aun así, trabajaba sin descanso: «Si la gente supiera cuán trabajoso era solamente escribir tantas cartas y leerlas, no querrían recoger su diadema si cayera al suelo», rezongaba cierto monarca helenístico anterior,<sup>[17]</sup> y eso que no había tenido que sufrir la aparatosa burocracia ptolemaica, fruto natural de una cultura orgullosamente administrativa y rica en papiro, dotada de una economía planificada y centralizada y de una irrefrenable pasión por los registros y los censos. El historiador griego Diodoro describe el día a día de otra soberana del siglo I, equiparable a Cleopatra en más de un aspecto. Nada más levantarse, despachaba los informes llegados de los cuatro rincones del reino. Los consejeros la informaban acerca de los asuntos de Estado. Intercambiaba correspondencia con sumos sacerdotes y otros soberanos. Si todo les iba bien, si tanto sus asuntos públicos como privados marchaban de forma satisfactoria, entonces —tal era el saludo según el protocolo— ella estaba también satisfecha. Transmitía decisiones, dictaba memorándums a varios escribas y firmaba —a veces con una única y poderosa palabra que significaba «hágase»— al pie de otros.<sup>[18]</sup> Sólo después se bañaba, vestía, perfumaba y maquillaba, hecho lo cual ofrecía sacrificios a los dioses. Por la tarde, a horas concertadas, recibía visitas relacionadas con los asuntos del Estado, el templo o la judicatura. Las audiencias podían llegar a ser soporíferas, y nos consta que cierto Ptolomeo llegó a quedarse dormido durante una.<sup>[19]</sup> Las responsabilidades de Cleopatra rivalizaban casi con las de Isis: no sólo dispensaba justicia, capitaneaba el ejército y la marina, regulaba la economía, negociaba con las potencias extranjeras y presidía los templos, sino que determinaba los precios de las materias primas y supervisaba el calendario de la siembra, la distribución de semillas, el estado de los canales del país y el suministro de alimentos. Hacía a un tiempo de magistrada, suma sacerdotisa, reina y diosa, pero también —a diario y con mayor frecuencia que las anteriores— de directora general. Ella dirigía la burocracia secular y religiosa, era la principal comerciante de Egipto y como tal dedicaba buena parte del día a sacar a flote los negocios del Estado. Como bien había dicho aquel antiguo rey helenístico, el poder absoluto consume absolutamente.<sup>[20]</sup>

Ante Cleopatra respondía un amplio y sólido aparato burocrático. A escala local, obedecían sus órdenes funcionarios y subfuncionarios regionales, jefes de poblado, escribas, recaudadores de impuestos y policías. A escala nacional, el jefe de finanzas y ministro de interior, el *dioiketes*, supervisaba el funcionamiento del Estado con la ayuda de un equipo de subordinados. Cleopatra tenía siempre a mano secretarios personales, escribanos para los memorándums y un pequeño círculo de consejeros,

ministros de exteriores y filósofos. Tanto griegos como egipcios de habla griega ocupaban esos cargos privilegiados, designados con títulos de lo más rimbombante: si alguien era especialmente poderoso podía llegar a formar parte de la Orden de los Primeros Amigos o de la Orden de los Sucesores. Cleopatra conocía y confiaba desde que era una niña en algunos de esos consejeros, que ya lo habían sido en tiempos de su padre. Con algunos de ellos —los *dioiketes*, por ejemplo— mantenía contacto constante, y ella en persona leía todos los días el diario oficial que redactaba su secretario.

La administración semejava un enorme y pesado mecanismo con infinidad de palancas. Se fundaba sobre dos principios: uno, que Cleopatra tenía derecho a gravar a su pueblo con impuestos; dos, que su pueblo tenía la obligación de llenar las arcas de su reina. Para ese fin, sus antepasados habían establecido controles en todos los niveles de toda industria; ninguna otra nación del mundo exigía tal número de trámites para cualquier cosa. (César no podía por menos de quedarse estupefacto, pues Roma a la sazón no empleaba ningún tipo de burocracia). Las cosechas de Cleopatra eran las más ricas del Mediterráneo. Con ellas alimentaba a su pueblo y de ellas derivaba su poder. De aquí que sus funcionarios las controlasen hasta el más mínimo detalle. Ellos distribuían las semillas, que debían serles restituidas en igual número en el momento de la cosecha; los labriegos, por su parte, se comprometían solemnemente a destinar las tierras a los cultivos acordados, y para poder cargar sus remesas a bordo de los barcos debían jurar que entregaban su mercancía «sin adulteraciones ni demoras».<sup>[21]</sup> Durante el gobierno de Cleopatra, y de resultas de varias décadas de conflictos, los transportistas viajaban con muestras precintadas y con escolta armada. Los barcos ptolemaicos de mayor tamaño podían cargar hasta trescientas toneladas de trigo río abajo, y al menos dos de ellos recorrían el trayecto cada día —cargados con trigo, cebada y lentejas— sólo para dar de comer a la ciudad de Alejandría.

Los demás ámbitos de la economía estaban sometidos a una supervisión igual de escrupulosa. El sistema ptolemaico destaca por ser una de las economías más estrechamente vigiladas de la historia, e incluso ha sido comparado con la Rusia soviética. La mayor parte de la tierra, con independencia de quién la cultivase —campesinos egipcios, colonos griegos, sacerdotes del templo—, era de propiedad regia, y, como tal, su uso estaba determinado y controlado por los funcionarios de Cleopatra. Sólo con permiso real se podían talar árboles, criar cerdos o convertir en olivar un campo de cebada. Todo estaba diseñado para favorecer la tarea del burócrata más que la comodidad del agricultor o el rendimiento de los cultivos. Quien osara (como cierta mujer emprendedora) plantar palmeras sin permiso se exponía a una acción judicial, y los apicultores no podían trasladar sus colmenas de un distrito administrativo a otro, porque ello confundía a las autoridades. Durante la temporada agrícola nadie salía de los pueblos, ni siquiera los animales de granja, y se realizaban inspecciones de tierras e inventarios de ganado, esto último cuando las crecidas

alcanzaban su máximo nivel y resultaba imposible esconderlo. Se comprobaban los telares para asegurarse de que nadie permaneciera ocioso y de que el recuento de hilos fuera el correcto. Nadie podía poseer prensas de aceite ni nada semejante, y los funcionarios dedicaban buena parte de su tiempo a clausurar explotaciones clandestinas. (Sólo los templos escapaban a esta norma durante dos meses al año, al término de los cuales también se veían obligados a cerrar). Las cerveceras operaban previa obtención de una licencia y recibían la cebada —de la cual se obligaban a elaborar cerveza— de manos del Estado. Una vez vendida la producción, el cervecero entregaba los beneficios a la corona, que descontaba de su sueldo los costos de alquiler y materia prima. Con ello, Cleopatra se aseguraba un mercado para la cebada y, a la vez, ganancias sobre las ventas de las cerveceras. Los funcionarios auditaban con rigor todos los ingresos a fin de verificar que las moreras, los sauces y las acacias hubieran sido plantados en el momento adecuado y garantizar el mantenimiento de todos los canales. Durante el proceso, se los exhortaba a menudo a que difundieran por Egipto el mensaje de que «nadie puede obrar según su deseo, pero todo está dispuesto con vistas al mejor fin».<sup>[22]</sup>

El sistema, de una sofisticación sin parangón, resultaba sumamente eficaz y, para Cleopatra, enormemente lucrativo. Las grandes industrias de Egipto —trigo, vidrio, papiro, lino, aceites y ungüentos— constituían en esencia monopolios reales, y Cleopatra sacaba de ellos doble beneficio. Los impuestos sobre la venta de aceite a la corona alcanzaban casi el 50 por ciento, tras lo cual Cleopatra revendía el aceite con márgenes de beneficio superiores en ocasiones al 300 por ciento. Los súbditos de Cleopatra pagaban impuestos por la sal, las acequias, los pastos y, en general, cualquier cosa susceptible de ser designada. Los propietarios de los baños, que eran un negocio privado, hacían entrega al Estado de un tercio de sus ingresos; el colectivo de pescadores cedía el 25 por ciento de la pesca, y los vendimiadores, el 16 por ciento de la cosecha. Cleopatra, además, dirigía de forma directa varias plantas de lana y tejidos en las que se empleaba mano de obra esclava. Muchos debían de creer que su omnisciencia era casi divina, y es que los Ptolomeos «sabían en todo momento cuál era el valor de sus súbditos y en qué se ocupaban la mayoría de ellos».<sup>[23]</sup>

Un sistema como ése no podía dejar de propiciar abusos. La política fiscal de los Ptolomeos exigía una vasta jerarquización, empezando por los *dioiketes* hasta llegar a los gerentes, asistentes de gerencia, tesoreros, secretarios y contables. Todos ellos se mostraban tan diligentes a la hora de arbitrar conflictos como a la de llenarse los bolsillos. Las ocasiones para dejarse corromper eran constantes y su rastro ha sobrevivido a las glorias de la propia Alejandría, glorias que fueron posibles gracias a la maquinaria ptolemaica. Las corruptelas de los funcionarios de Cleopatra terminaron por generar un fuerte resentimiento. Como a menudo éstos eran también labriegos o industriales, lo público y lo privado se solapaban con facilidad. Los intereses de los gerentes y la corona rara vez coincidían; los del gobierno y los agentes de aduanas —siempre prontos a exigir una tasa por una almohada, un tarro de

miel o un traje de baño de piel de cabra—, tampoco, y las discrepancias entre funcionarios de distintos niveles eran habituales. Raro era quien dejaba escapar la ocasión de sacar provecho personal de las contradicciones del sistema burocrático. Una gran estudiosa de los Ptolomeos, Dorothy Thompson, ha señalado que la familia de Cleopatra puso gran empeño en definir las características del funcionario ideal: debía ser una persona vigilante, severa y de buena voluntad. Debía evitar las malas compañías, investigar todas las quejas, abstenerse de extorsiones y —durante las rondas de inspección— «animar a todo el mundo para fomentar un buen estado de ánimo».<sup>[24]</sup> Cualquier parecido con la realidad era pura coincidencia: «Podemos concluir que al mejor de los funcionarios le resultaba imposible mantenerse al margen de la corrupción»,<sup>[25]</sup> asevera Thompson tras estudiar diversos testimonios. La tentación era demasiado grande; el sueldo, poco o ninguno, y el sistema, excesivamente rígido.<sup>[\*]</sup>

La variedad de los abusos era impresionante. Los funcionarios reales se apropiaban de tierras, confiscaban casas, desviaban dinero, requisaban barcos, ordenaban arrestos arbitrarios y exigían impuestos ilícitos. Para ello, contaban con grupos de extorsión bien estructurados que lo mismo chantajeaban a griegos que a egipcios, a los trabajadores de los templos que a los campesinos.<sup>[27]</sup> A menudo, Cleopatra se veía obligada a mediar entre el pueblo y el exceso de celo de algunos funcionarios, contra los cuales se tomaban medidas fuera cual fuera su jerarquía. En cierto momento, hasta el embalsamador jefe de toros denunció acosos. En la primavera del año 41, una delegación de agricultores se personó ante Cleopatra para protestar contra un doble tributo del cual quedaron eximidos a partir de entonces. Entre las montañas de papiros que llegaban todos los días —informes, súplicas, instrucciones, órdenes—, figuraban numerosas protestas y admoniciones. Los escritos de queja fueron frecuentes sobre todo durante los primeros años del reinado de Cleopatra.<sup>[28]</sup> Insubordinación, incompetencia y deshonestidad debieron de ser lacras frecuentes incluso dentro el propio palacio, entre porteros, cazadores, secretarios, coperos, tejedoras y camareras.

Hasta las quejas que no conseguían llegar hasta Cleopatra en persona apelaban a su benevolencia, sabiduría y sentido de la justicia. A semejanza de Isis, la reina era considerada la benefactora de sus súbditos, tanto en el sentido terrenal como en el divino, no en vano los egipcios invocaban su nombre cuando padecían humillaciones o buscaban reparación. Aunque disponía de multitud de representantes —un funcionario se dedicaba en exclusiva a clasificar las súplicas—, nada impedía a la parte agraviada acudir ante Cleopatra en persona. De hecho, acudían en manadas. La reina era lo bastante prudente como para declarar una amnistía general cada vez que emprendía un viaje por el país con fines religiosos o de inspección; de lo contrario podía estar segura de encontrarse con largas filas de suplicantes a su llegada. La consigna general parecía ser: «En caso de duda, redacta una súplica (o manda redactarla al escriba del pueblo)». Cleopatra tuvo que lidiar con delitos y dramas de la

más diversa índole: cocineros que se daban a la fuga, trabajadores en huelga, omisiones en el pago de aranceles, venta de mercancías fraudulentas, guardias impagados, prostitutas que escupían a un posible cliente, mujeres embarazadas agredidas por las exesposas de sus maridos, empleados públicos que robaban cerdos y requisaban palomares, bandas que se dedicaban a asaltar a recaudadores de impuestos, profanadores de tumbas, problemas de irrigación, pastores negligentes, facturas falsificadas, detenciones sin fundamento, clientes acostumbrados a insultar a los propietarios de los baños y a marcharse con sus ropas, padres enfermos que acusaban a sus hijas de no cuidarlos,<sup>[29]</sup> vendedores de lentejas al día de sus impuestos molestos porque los asadores de calabazas les arruinaban el negocio —«llegan a primera hora de la mañana, se sientan cerca de mi puesto de lentejas y venden sus calabazas, privándome de toda ocasión de vender mi mercancía»—,<sup>[30]</sup> motivo por el cual solicitaban una moratoria en el pago del alquiler. Las disputas relativas a impuestos eran tan frecuentes que, siglos atrás, Ptolomeo II había prohibido a los abogados representar casos de ese tipo.<sup>[31]</sup> Todo el mundo suplicaba: hasta los cuidadores de los gatos sagrados de los templos querían saber si, exentos como estaban de los trabajos manuales, tenían obligación de ayudar en la cosecha.

Cleopatra chocaba a menudo con otro problema. Cuando una mujer vaciaba por accidente su orinal sobre un paseante y, durante la riña subsiguiente, le dejaba la capa hecha jirones y le escupía en plena cara, era justo suponer que había una motivación étnica. Lo mismo valía para los casos en que un trabajador de los baños vaciaba un jarro de agua caliente sobre un cliente, provocándole, según éste, «quemaduras en el abdomen y el muslo izquierdo hasta la altura de la rodilla, con el consiguiente riesgo para mi vida».<sup>[32]</sup> Era inevitable que en un país administrado sobre todo por griegos y con mano de obra mayoritariamente egipcia surgieran fricciones ocultas. (La agresora y el trabajador de los baños eran egipcios; las víctimas, griegas. Es probable que el número de griegos fuera inferior a 500 000 en todo el país, la mayoría radicados en Alejandría). Pese a los frenéticos sincretismos y el cosmopolitismo alejandrino —decir alejandrino era como decir etíope o escita, libio o cilicio—, seguían existiendo dos culturas paralelas. Esto se reflejaba sobre todo en el sistema jurídico. Los contratos escritos en griego estaban sujetos a la ley griega; los contratos en egipcio, a la ley egipcia. De forma parecida, las mujeres egipcias disfrutaban de derechos inaccesibles a las griegas, siempre dependientes de sus guardianes. Las regulaciones no se aplicaban siempre de la misma manera. Si un egipcio intentaba salir de Alejandría sin el debido pase, perdía un tercio de sus propiedades; si el infractor era griego, abonaba una multa. Del mismo modo que ciertas costumbres —como Cleopatra y César pronto descubrirían— se resisten a ser trasplantadas, en determinados aspectos ambas culturas llevaban existencias independientes. Por alguna razón inexplicable, las coles griegas cultivadas en suelo egipcio perdían todo el sabor.

Por si fuera poco, Auletes había legado a su hija una economía hecha pedazos.

«Nuestra generación recibió una república comparable a una pintura extraordinaria pero ya desvaída por el paso del tiempo»,<sup>[33]</sup> se había lamentado Cicerón unos años antes. Lo mismo, y con mayor razón, podía decirse del Egipto de Cleopatra, cuyos días de gloria eran cosa del pasado. La impopularidad de Auletes se había debido en su mayor parte a los onerosos tributos que aplicó para costearse los favores de Roma. Cleopatra saldó la deuda, pero al hacerlo dejó el tesoro bajo mínimos. (Cuando la noticia de la muerte de su padre se conoció en Roma, la primera duda que se planteó fue quién iba a mandar a partir de entonces y cómo iba a recuperarse el dinero). Cierta autor llega a acusar a Auletes de haber dilapidado la fortuna familiar.<sup>[34]</sup> ¿Cuál fue la política de Cleopatra? En lo económico adoptó medidas firmes, empezando por devaluar la moneda en un tercio de su valor. Detuvo la acuñación de monedas de oro y rebajó el valor de las de plata, como su padre había hecho poco antes de morir. En buena medida, la suya fue una edad de bronce. Instituyó la producción a gran escala de dicho metal, que llevaba años parada, e impulsó una innovación importante: la introducción en Egipto de monedas de distinta denominación. Por primera vez, el valor de una moneda venía determinado por los signos inscritos en ella, con independencia de su peso, lo cual le generó a Cleopatra grandes ganancias.<sup>[35]</sup>

A partir de ese momento, las opiniones sobre el bienestar financiero de Cleopatra difieren. Cuando tiempo después Roma le pide ayuda, la reina no pone a su disposición las arcas del país, prueba para algunos de sus limitaciones financieras. Sin embargo, pudo tener otros motivos para no mostrarse generosa: por ejemplo no querer convertirse en títere de Roma. Se había dicho que Auletes no tenía dinero para reunir un ejército de mercenarios en el año 58, cuando la caída de Chipre le costó el trono. Cleopatra sí lo tenía una década más tarde, cuando, tras sólo dos años en el poder, su hermano llevó a cabo el golpe de palacio. Fue ella quien logró estabilizar la economía y encauzar el país. Del elevado número de sus pretendientes políticos podemos inferir que su fortuna privada era significativa. Las poblaciones del Alto Nilo prosperaban, las artes florecían. Con Cleopatra, los alejandrinos —cuyo apetito cultural recibió renovado estímulo— crearon tal cantidad de obras maestras y de tal calidad como no se habían visto en el último siglo. Las espléndidas tallas de alabastro y los vidrios con hebras de oro que la han sobrevivido no sugieren en ningún caso que el régimen estuviera en la bancarrota.

¿Es posible cuantificar su riqueza? Sabemos que aproximadamente la mitad de lo que Egipto producía iba a parar a sus arcas. Sus ingresos anuales debían de estar entre los 12 000 y los 15 000 talentos de plata, suma astronómica para cualquier soberano y, en palabras de un historiador moderno, «el equivalente de todos los fondos de inversión libre del pasado año reunidos».<sup>[36]</sup> (La inflación fue un problema constante a lo largo de todo el siglo, pero afectó menos a la moneda de plata que a la de bronce). El funeral más ostentoso podía llegar a costar un talento, el precio de un certamen de bebida en palacio. Una multa de medio talento suponía poco menos que la ruina para cualquier aldeano egipcio. Los sacerdotes de tiempos de Cleopatra —

uno de los cargos más codiciados— cobraban quince talentos al año, cifra espléndida si pensamos que ésa fue la fianza que Ptolomeo III depositó para «tomar en préstamo» de Atenas las versiones oficiales de Esquilo, Sófocles y Eurípides, fianza que acabó perdiendo al no devolver esos manuscritos de valor incalculable. Los piratas que secuestraron a César en sus años jóvenes exigieron la friolera de veinte talentos por su rescate, a lo que el joven Julio protestó alegando que, siendo él César, valía por lo menos cincuenta. Puesto a elegir entre una multa de cincuenta talentos y la cárcel, cualquiera habría optado por la cárcel. Por doscientos talentos un hombre podía erigir un par de magníficos monumentos en honor de su amante. Los primeros años de Cleopatra tuvieron que ser duros teniendo en cuenta sus elevados gastos y la falta de colaboración por parte del Nilo.<sup>[37]</sup> Con todo, a decir de uno de los ciudadanos más acaudalados de Roma, era fabulosamente rica. Según Craso, la verdadera riqueza se cifraba en la capacidad para mantener un ejército.<sup>[\*]</sup>

Por lo que se refiere a los asuntos internos, Cleopatra se desenvolvió con una soltura poco frecuente. Resulta evidente que supo gestionar de forma adecuada las avalanchas de súplicas y que gozaba del favor del pueblo. Su reinado se distingue por la ausencia de revueltas en el Alto Egipto, donde se registró un período de calma desconocido durante el siglo y medio anterior. Hacia el verano del año 46, todo indicaba que el reino se hallaba en situación estable y que la productividad estaba garantizada. El Nilo creció de forma regular y Cleopatra dio instrucciones a sus chambelanes de confianza, a sus generales de marina y a las nodrizas de su hijo. Enseguida se reunieron toallas, vajillas, utensilios de cocina, lámparas, sábanas, alfombras y cojines. Cleopatra se disponía a zarpar rumbo a Roma en compañía de su hijo Cesarión, de apenas un año, y un numeroso séquito: secretarios, copistas, mensajeros, guardaespaldas y hasta su hermano y marido; ningún Ptolomeo en su sano juicio se habría atrevido a perder de vista a un pariente de sangre. Desconocemos si emprendió el viaje por razones de Estado, del corazón o si para presentarle a César al niño que todavía no conocía. Es posible que aguardara noticias de César, que llevaba casi tres años fuera de Roma. Su retorno del norte de África tras la rotunda victoria sobre los últimos pompeyanos coincide, de hecho, con la llegada de Cleopatra. Dos cosas están meridianamente claras: que la reina no habría podido partir de Egipto de no haber tenido el país bajo control firme, y que no se habría atrevido a poner los pies en Roma en contra de la voluntad de Julio César.<sup>[39]</sup>

Es improbable que Cleopatra acometiera su primera travesía del Mediterráneo a la ligera. Se trataba, en el mejor de los casos, de un viaje arriesgado; el propio Herodes naufragó durante un trayecto similar, y Josefo, el historiador judeorromano que con tanta inquina escribió sobre Cleopatra, pasaría años más tarde una noche entera nadando por el Mediterráneo.<sup>[40]</sup> Tenemos indicios de que Cleopatra era una navegante asustadiza. Viajaba a título a la vez institucional y personal, rodeada de

médicos y filósofos, eunucos, consejeros, costureras, cocineros y un entero regimiento destinado al cuidado de Cesarión. A bordo con ella, iban regalos de lo más suntuoso: jarros con agua del Nilo, telas relucientes, canela, tapices, perfumes en jarros de alabastro, vasos de oro, mosaicos y leopardos. Tenía una reputación que mantener y buenas razones para querer promocionar la riqueza de Egipto. En otoño, se vio por primera vez una jirafa desfilando por Roma, para regocijo de sus habitantes.<sup>[41]</sup> Es muy posible que Cleopatra la llevara consigo desde África. (La inefable criatura fue descrita «como un camello en todo» excepto en las manchas, la altura, las piernas y el cuello.)<sup>[42]</sup> Cabe suponer que realizara el viaje a bordo de una galera, probablemente una trirreme estrecha de vela cuadrada de treinta y seis metros de eslora, de las que su flota estaba bien provista. Las galeras eran navíos rápidos, con una dotación de unos ciento setenta remeros y un habitáculo a popa con cabida para un pequeño grupo de pasajeros. El séquito y los regalos la seguían en otros barcos.

Al margen de cómo lo presentase de cara a su pueblo, no se trataba en absoluto de un viaje de placer. Los monarcas helenísticos viajaban al extranjero más por necesidad que por capricho.<sup>[\*]</sup> Cleopatra tampoco abandonó la ciudad de incógnito como había hecho su padre; al contrario, la imagen de la flotilla aparejada fue lo más extraordinario que se había visto en Alejandría en al menos una generación. La comitiva no se distinguía ni por su discreción ni por su comedimiento. La multitud se aglomeraba en las orillas para admirar el espectáculo y despedir a su reina con música, vítores y el dulce y picante aroma del incienso. Desde su nave, Cleopatra no pudo dejar de oír la conmoción hasta que las caras, las espigadas palmeras, la costa rocosa, los colosos, el tejado de oro del Serapeo y, por último, el faro se perdieron de vista. Es improbable que Cleopatra hubiera visto nunca antes aquella torre de caliza con sus cristales reflectantes desde el lado de barlovento. Tras cuatro horas en el mar, la formidable estatua de Poseidón que la coronaba se disolvió por fin en la neblina plateada.

Tenía por delante un viaje de más de tres mil kilómetros. En el mejor de los casos, la travesía podía durar un mes; en el peor, hasta diez semanas. Roma quedaba en línea recta hacia el noroeste desde Alejandría, por lo que habría que luchar de continuo contra el viento preponderante. En vez de aventurarse por en medio del Mediterráneo, las galeras se dirigían al este y al norte antes de poner proa hacia el oeste. Cada noche se recalaba en un puerto. El espacio para las provisiones era limitado y la tripulación no podía dormir ni comer a bordo. La llegada de la flota se anunciaba por anticipado en cada población, y las gentes del lugar acudían al puerto en tropel con agua y comida. Siguiendo este pesado sistema, Cleopatra remontó la costa oriental del Mediterráneo, avanzó por la ribera meridional de Asia Menor y, dejando al sur Rodas y Creta, cruzó el mar Jónico. Pasada Sicilia, el horizonte se extendió hasta convertirse en la península Itálica. A partir de ahí, debió de reseguir la costa occidental a través del sereno mar Tirreno, frente a un litoral trufado de nuevas



y flamantes villas de piedra. A lo largo de la década siguiente, construcciones como éstas se multiplicarían a tal velocidad que alguien diría que hasta los peces tenían que apretarse. Pasada Pompeya, se abrió ante ella el bullicioso puerto de Puteoli (la actual Pozzuoli), lugar de atraque de los enormes cargueros egipcios que transportaban grano. Una vez en el puerto, hizo ofrendas de humo a los dioses en agradecimiento por haber llegado sana y salva; si la imagen de Isis no estaba labrada en la proa del barco de Cleopatra, sin duda la diosa de la navegación ocupaba alguna parte de la cubierta. Ya sólo la pasarela se interponía entre la reina y Europa. Desde Puteoli, a bordo de un carro o una litera, viajó por tierra durante tres días hasta Roma, un trayecto difícil por polvorientas carreteras de arena o gravilla y bajo un intenso calor. La comitiva debía de ser digna de verse. Durante una ruta por Asia Menor, cierto funcionario romano viajó con «dos calesas y un carro con caballos uncidos, una litera y un gran número de siervos [...]. También había un babuino en una calesa y no faltaban onagros».<sup>[44]</sup> Y conste que era un desconocido. En Oriente, no era insólito ver caravanas compuestas por doscientos vehículos y varios miles de cortesanos.

En las afueras de Roma, el aire estaba impregnado de una fragancia de grosellas, mirra y canela. Tumbas modestas y colosales mausoleos flanqueaban ambos lados de la carretera, lo mismo que los altares a Mercurio, patrón de los viajeros. Si no se habían reunido con ella todavía, los representantes de César debieron de recibir a Cleopatra frente a las murallas de la ciudad para acompañarla, pasado un puente de madera, hasta la gran casa de campo que éste tenía en la orilla oeste del Tíber. Cleopatra se instaló en la ladera sureste del Janículo, un emplazamiento cómodo, aunque no tan prestigioso como las villas de la ciudad, en la colina opuesta. En casa de César se encontró rodeada por una rica colección de pintura y escultura, un patio porticado y un frondoso jardín de un kilómetro y medio de largo, espléndido para los patrones romanos, pero insignificante para una reina egipcia. A cambio, disponía de unas buenas vistas de la ciudad. Cleopatra miraba entre los pinos y los cipreses por encima del amarillento Tíber en dirección a las lomas más alejadas y los rojos tejados de Roma, una metrópoli formada en su mayor parte por cúmulos de callejuelas tortuosas y edificios donde la gente vivía hacinada. Desde hacía un tiempo, Roma superaba a Alejandría en número de habitantes, y en el año 46 albergaba a casi un millón de personas. Aparte de eso, no era mejor que un villorrio de provincias. Seguía siendo la clase de lugar donde un perro abandonado podía depositar una mano humana sobre la mesa del desayuno y un buey podía irrumpir en el comedor en cualquier momento. Para Cleopatra, aquello debió de ser como zarpar de la corte de Versalles a la Filadelfia del siglo XVIII. En Alejandría, el pasado glorioso estaba a la vista de cualquiera, mientras que desde su nueva residencia la reina no podía ver nada que presagiase el futuro esplendor de Roma. Todavía no estaba muy claro cuál era el Viejo Mundo y cuál el Nuevo.<sup>[45]</sup>

Todo indica que Cleopatra intentó pasar desapercibida, o lo más desapercibida posible dadas sus inusuales circunstancias: «Ella había llegado, en efecto, con su

marido y se había alojado en la propia casa de César, de modo que también él era tenido en mal concepto por causa de ambos», lamenta Dión. Como todo el mundo sabía, César vivía en el centro de la ciudad, cerca del foro, con su esposa Calpurnia, pero a pesar de ello la influencia de Cleopatra y la de su país se dejaron sentir tanto directa como indirectamente. A su retorno, César había empezado a adoptar diversas reformas inspiradas en su estancia en Egipto, durante la cual había estudiado con atención tanto las innovaciones como las tradiciones del país. Su principal proyecto fue la mejora del calendario romano, que en el año <sup>[46]</sup> llevaba tres meses de adelanto con respecto a la estación. Durante un tiempo, el año romano se había compuesto de 355 días, a los que las autoridades añadían un mes extra cuando más les convenía. En palabras de Plutarco, «los sacerdotes, los únicos que conocían el asunto, de repente y sin que nadie se lo esperase, añadían el mes intercalar». El resultado era un auténtico desbarajuste, y en cierta ocasión, ni aun el mismo Cicerón sabía en qué año vivía. César adoptó el calendario egipcio de doce meses de treinta días, con un período adicional de cinco días al término del año, considerado por ello «el único calendario inteligente que ha existido en la historia humana». <sup>[47]</sup> Asimismo, adoptó la división de doce horas entre día y noche de los alejandrinos. En términos generales, el tiempo era un concepto más vago y elástico en Roma, donde se hallaba sujeto a debates constantes. <sup>[\*]</sup> Los astrónomos y matemáticos de Cleopatra ayudaron a César con el proyecto. El resultado fue la introducción de notables correcciones al año 46, «el último año de enrevesados cálculos», que con la inserción de varias semanas adicionales entre los meses de noviembre y diciembre acabó constando de 445 días.

El episodio egipcio de César había ejercido una honda influencia sobre su persona; los dieciocho meses siguientes nos obligan a plantearnos cuán profunda llegó a ser esta influencia. Su admiración por el reino de Cleopatra queda patente en sus reformas. Así, sentó las bases para una biblioteca pública desde la cual difundir las obras literarias de Grecia y Roma, y con vistas a reunir la colección, contrató los servicios de un eminente erudito al que había perdonado la vida en el campo de batalla no una sino dos veces. La obsesión alejandrina por la contabilidad se reveló contagiosa y César encargó la elaboración de un censo oficial. (El censo pondría en evidencia que su rivalidad con Pompeyo había hecho estragos en la ciudad, cuyo número de habitantes había descendido de forma sustancial a consecuencia de la guerra civil). La sofisticación de las esclusas y los diques de Egipto también causó impresión, y César propuso drenar las insalubres marismas de Italia central con el objeto de ganar tierras de labranza de primera calidad. Y ya puestos, ¿por qué no planificar un canal desde el Adriático hasta el Tíber para favorecer el comercio? Otro proyecto fue la remodelación del puerto de Ostia, que por entonces era todavía un atracadero menor obstruido por rocas y bancos de arena. Una gran avenida al estilo alejandrino atraería grandes flotas a la ciudad. En otros ámbitos, César concedió la ciudadanía romana a todo aquel que se dedicase a la enseñanza de las artes liberales o al ejercicio de la medicina, «para que no sólo ellos habitaran la ciudad de mejor

grado, sino que también a otros les fuera apetecible».<sup>[49]</sup> Propuso asimismo retirar de la ciudad algunas de las esculturas de menor valor, que en comparación con Alejandría le concedían un aspecto decididamente decadente; como se ve, no era fácil para quien hubiera entrado en contacto con el Egipto ptolemaico mantenerse ajeno a ciertas extravagancias. Como en el caso de Cleopatra, no todas las importaciones de César fueron bien recibidas ni obedecieron a los dictados de la lógica. Recién arribada la reina, César reconoció el culto de Dioniso, un griego de ascendencia más dudosa y hábitos más cuestionables que los de la opulenta monarca egipcia. En casi todos los frentes, César hizo gala de una laboriosidad prodigiosa, una monomaniaca capacidad de trabajo que durante años lo había distinguido de sus rivales.

En nada se dejó sentir tanto la influencia oriental como en los triunfos celebrados por César en las postrimerías de septiembre.<sup>[50]</sup> Para los generales romanos no existía mayor gloria que la de esas elaboradas ceremonias concebidas para su lucimiento personal. César tenía motivos para querer que las celebraciones fueran especialmente espléndidas. Roma vivía desde hacía tiempo un período agitado y convulso debido a la larga guerra y a su dilatada ausencia. ¿Qué mejor modo de zanjarlo que con once días de extraordinarios festejos? En ocasiones como éstas, los generales se convertían en directores de escena, y hay que decir que cuando llegó el momento de celebrar sus conquistas en las Galias, Alejandría, el Ponto, África e Hispania, César se superó a sí mismo, compitiendo, consciente o inconscientemente, con los desfiles vistos en Alejandría. Después de intensos preparativos y algunos frustrantes retrasos, las celebraciones dieron comienzo el 21 de septiembre del año 46 y se prolongaron hasta los primeros días de octubre. Roma se llenó de ruido y espectadores, de los cuales sólo fue posible acomodar a una pequeña parte. Muchos levantaron tiendas en las calles y carreteras de la ciudad. La multitud se amontonaba para asistir a los banquetes, desfiles y espectáculos, y hubo gente que murió aplastada en medio de la confusión. Se decoraron templos y calles, se construyeron estadios provisionales y se ampliaron las pistas de carreras. Roma había vivido momentos de gloria, pero nunca antes se había visto en la ciudad que un general regresara a casa tras un día de festejos escoltado por cuarenta elefantes con antorchas en la trompa, seguidos de una recua de músicos y gente celebrando. Tampoco nunca antes se habían servido en Roma banquetes con manjares y buen vino para 66 000 personas.

Es posible que Cleopatra se hubiera instalado ya en la villa de César hacia finales de verano, cuando éste celebró su triunfo egipcio. Aquella mañana las trompetas anunciaron su llegada; envuelto en su túnica púrpura y con una corona de laurel sobre su calva coronilla, César franqueó las puertas de la ciudad montado en un carro tirado por cuatro caballos blancos. El público lo recibió con aplausos y pétalos de rosa. Exultantes, sus hombres marchaban a su lado ataviados con cotas de malla y entonando odas triunfales y obscenidades sobre sus conquistas amorosas en tierras extranjeras. Entre sus gritos, se oyó varias veces el nombre de Cleopatra, cuya relación con él César no negó en ningún momento. De acuerdo con la tradición, el

desfile incluía el botín de la campaña y representaciones de los vencidos; desde el Campo de Marte, en el norte, hasta la vía Sacra, pasando por el Circo Máximo y la colina Capitolina, desfilaron las efigies de Aquilas y Potino junto a gigantescas pinturas del Nilo y una maqueta del faro de Alejandría. La multitud manifestaba a gritos su aprobación. La flota egipcia se representó con brillantes caparazones de tortuga, un material desconocido en Roma y que explicaba la jactancia de César sobre las riquezas adquiridas durante la campaña. Todos los triunfos incluían banquetes y espectáculos públicos; por todas partes había competiciones atléticas, obras teatrales, carreras de caballos, certámenes musicales, exhibiciones de animales salvajes, números circenses y luchas de gladiadores. Durante tres semanas Roma fue el paraíso de los ladrones, ya que las casas se quedaban vacías para ir a ver los espectáculos. Tras el triunfo egipcio se organizó una batalla naval para la que se creó un lago artificial. En ella participaron cuatro mil remeros y algunas de las naves egipcias sometidas, que según Suetonio cruzaron el Mediterráneo con César para la ocasión.

César no tuvo ninguna necesidad de exhibir a Cleopatra para convencer al pueblo de la ganancia que Roma podía recibir del exterior, una explicación tan buena como cualquier otra para su interludio egipcio. El pueblo se regocijaba en la munificencia de César, que en rigor era la de Cleopatra. Los soldados de César fueron premiados, y también los ciudadanos, a cada uno de los cuales se hizo entrega de 400 sestercios — el equivalente a más de tres meses de sueldo—, además de cierta cantidad de trigo y aceite de oliva. Por lo demás, es poco probable que Cleopatra deseara tomar parte en el triunfo egipcio, en el que ya figuraba una Ptolomeo. Todas las procesiones concluían con una marcha de prisioneros. (Su presencia era tan crucial que en un triunfo anterior Pompeyo se había hecho con prisioneros que no le pertenecían, pues en el número de éstos se cifraba el éxito de un general). Cuanto más exóticos, mejor. Así, en su procesión africana —la última del año 46—, César exhibió a un príncipe africano de cinco años que, por azares de la vida, terminaría casándose con la hermana de Cleopatra.<sup>[\*]</sup> César incluyó otra novedad en la procesión egipcia, si bien los romanos no se refocilaron con ella como con el pequeño príncipe africano o el exótico «cammelopard»: se trataba de Arsínoe, la joven hermana de Cleopatra, que desfiló por la ciudad presa con grilletes de oro, seguida por los despojos y prisioneros de la campaña de Egipto. Lejos de causar impresión, el inusitado botín desasosegó al público. La de Arsínoe fue una imagen excesiva para aquella multitud, poco acostumbrada, según nos informa Dión, a ver a una mujer, «considerada reina una vez, encadenada, cosa que nunca antes había sucedido, al menos en Roma».<sup>[52]</sup> La angustia de los presentes se trocó en compasión. Los ojos se llenaron de lágrimas. Arsínoe encarnaba el coste humano de la guerra, del que muy pocas familias se habían librado. Aun cuando Cleopatra no mostrase atisbo alguno de piedad hacia su hermana y prefiriese interpretar el triunfo de César como una victoria sobre un gobierno anterior, difícilmente pudo disfrutar con aquella brutal prueba del sometimiento de Egipto. Por no hablar de lo poco que le había faltado para correr la

misma suerte.

Curiosamente, los invitados ilustres resultaron tan problemáticos como los prisioneros insignes. Se hace difícil decir qué Ptolomeo incomodó más a los romanos, si la prisionera real a la que César había humillado en la calle o la reina extranjera con la que se holgaba en su villa. Arsínoe fue enviada poco después hacia el Egeo, al templo de Ártemis en Éfeso, considerado por su reluciente estructura de mármol blanco como una de las maravillas del mundo, mientras que su hermana mayor pasó el invierno en la orilla menos exclusiva del Tíber. Con el fin de la estación navegable, que no volvería a empezar hasta marzo, dejaron de llegar noticias de Alejandría. Durante un tiempo, Cleopatra tuvo que pasarse sin César, que a principios de noviembre partió de forma repentina hacia Hispania para dirigir una última campaña contra los pompeyanos. Cleopatra había morado en lugares inhóspitos —el desierto del Sinaí occidental, por nombrar uno—, pero el Janículo, pese a las comodidades de la villa y las vistas panorámicas, resultó ser uno de los menos acogedores: su llegada no era vista con buenos ojos por todo el mundo, Roma era fría y húmeda, y le costaba manejarse en latín, lo que suponía una desventaja en el plano lingüístico. Esto sumado a que la vida era muy distinta en una ciudad donde las mujeres gozaban de los mismos derechos que un niño o una gallina.<sup>[53]</sup> Así las cosas, hay motivos para creer que el año 46 fue para Cleopatra el más largo de su vida, como por lo demás lo fue para el resto del mundo debido a la rectificación del calendario.

Cleopatra tuvo en Roma los mismos problemas que cualquier famoso en tierra extraña: conocía a poca gente pero todo el mundo la conocía a ella. Su presencia resultaba incómoda, y no sólo a causa de Calpurnia, que ya estaba acostumbrada a esa clase de afrentas. César se había casado con su tercera mujer en el año 59 y desde entonces no había dejado de serle infiel, tanto en Roma como en el extranjero. Se había acostado con las mujeres de la mayor parte de sus colegas y, en una ocasión, incluso con una atractiva madre y la joven hija de ésta, aunque por lo menos tuvo el decoro de seducir primero a una y después a la otra. Entre la partida de Alejandría y el retorno a Roma hasta había tenido tiempo para un escarceo con la esposa del rey de Mauritania, aventura a la que algunos —llevados por una lógica más bien romántica— atribuyen la visita de Cleopatra. Competir con una esposa era una cosa; competir con otra soberana oriental, ni que fuera de inferior rango, otra muy distinta. (Aparte, esto daría un giro emocional al asunto que mal encaja ni con la época ni con las pruebas). Más problemático resulta el marcado afecto de César hacia una mujer tan alejada, y en muchos aspectos contraria, a las costumbres de Roma.

A pesar de que Cleopatra despertaba pocos entusiasmos en el extranjero, todo en ella provocaba curiosidad, lo cual debió de imponer serias restricciones a sus movimientos. Cuesta creer que se dejara ver a menudo por la rústica Roma. Es más probable que fuera César quien se reuniera con ella en su villa, visitas que

difícilmente podían pasar desapercibidas. No era la primera vez que Roma hospedaba a un Ptolomeo —Auletes había tenido como anfitrión a Pompeyo—, pero esta vez la situación era distinta. Era poco menos que imposible que César o Cleopatra pudieran dar un paso sin llamar la atención: pasearse en una litera con cortinas acarreada por un pelotón de fornidos esclavos sirios podía ser todo menos discreto. (Auletes solía pasearse a hombros de ocho hombres y con una escolta de cien hombres armados con espadas).<sup>[54]</sup> Nada hace pensar que su hija empleara menor pompa, y de hecho sabemos que en sus desplazamientos por Roma nunca faltaban guardaespaldas, consejeros y ayudantes). Los grandes hombres no viajaban nunca sin su capa escarlata y su séquito, pero además, hacia finales del año 45, César había adquirido la costumbre de desfilar con unas botas rojas que le cubrían la pantorrilla. Aparte, de todos era sabido que Roma era una ciudad en la que hasta las paredes tenían oídos. Juvenal nos recuerda que ningún potentado romano podía ser tan ingenuo como para creer que sus secretos podían mantenerse a salvo: «Si los esclavos se lo callan, lo dirán los jumentos, y los perros, y las puertas, y los mármoles». Por más molestias que se tome, y «mal que te pese, lo que el rico haga al segundo canto del gallo, antes de que amanezca lo sabrá el tabernero de al lado, y escuchará lo que imaginaron a un tiempo el pastelero, los cocineros y los que trinchan las carnes».<sup>[55]</sup> Por suerte para ella, Cleopatra tenía pocos motivos para esconderse. Las fugas a medianoche en sacos de cáñamo habían dejado de ser necesarias.

César intentó al menos en una ocasión introducir a la reina de Egipto en la vida pública de Roma. En septiembre dedicó uno de los templos ornamentados del foro a Venus Genetrix, diosa de la que se decía descendiente y a la que atribuía sus victorias, divina madre asimismo del pueblo romano. Se dice que César «se consagraba en todo por completo» a Venus para persuadir a sus colegas «de que había recibido de ella una flor de juventud»,<sup>[56]</sup> devoción que no hacía sino incrementar a medida que se le hundían las mejillas, le crecían las bolsas de los ojos y se le acentuaban las entradas. En ése su templo favorito, que terminaría convirtiéndose casi en su lugar de trabajo, mandó instalar junto a la de Venus una estatua de Cleopatra en oro a escala real. El tributo era tanto mayor cuanto que César no había erigido todavía ninguna estatua de sí mismo. El gesto tenía cierta lógica: para la mentalidad romana, Isis y Venus estaban en estrecha relación en virtud de su rol maternal, pero resultaba algo excesivo y chocante, amén de insólito e innecesario, si, como afirma Dión, el objeto del viaje de Cleopatra a Roma era hallar reconocimiento oficial «entre los amigos y aliados de los romanos».<sup>[57]</sup> No es que dicho reconocimiento no fuera importante —a Auletes le había costado su peso en oro—, pero nunca antes había conllevado la erección de estatuas a monarcas extranjeros en los recintos sagrados del corazón de Roma. En una ciudad tradicionalmente poco dada a mezclar a los humanos con las imágenes del culto, decisiones como ésa no podían sino despertar recelo.

Cleopatra no tenía por qué ser consciente de lo insólito del tributo de César, pues no era la primera vez que se veía representada en oro, aunque sin duda se daba cuenta

de que la situación era algo extraña. Roma era distinta incluso en los colores. Cleopatra estaba acostumbrada a contemplar el océano, a la vivificante brisa marina, a las paredes de color blanco reluciente y al cielo despejado de Alejandría, pero desde su ventana no podía ver ni los destellos turquesas del Mediterráneo ni la luz purpúrea del ocaso. La ciudad tampoco sobresalía en el plano arquitectónico. La monocromía de Roma era el reverso de los estallidos de color de Alejandría. Allí todo era madera y yeso. En Alejandría, la música impregnaba todos los aspectos de la vida de la ciudad, donde flautas y liras, matracas y tambores, sonaban a cada paso. La cultura romana, en cambio, admitía con reticencia tales frivolidades, y la gente se disculpaba por saber bailar o tocar la flauta. «Nadie baila, por lo general, si no ha bebido — sentencia Cicerón, el mayor aguafiestas de Roma—, a no ser que esté loco.»<sup>[\*][58]</sup>

A poco que Cleopatra hubiera puesto los pies en la ciudad, se habría visto perdida en un sombrío enjambre de vías retorcidas y congestionadas, sin avenida principal ni plan rector, rodeada de cerdos sucios de lodo, vendedores de sopa y artesanos trabajando en plena calle. Ciudad a todos los efectos menos saludable que Alejandría, Roma estaba formada por una miserable e informe maraña de callejuelas de estilo oriental, estrechas y mal ventiladas, sumidas a todas horas en un alboroto ensordecedor, umbrías y, en verano, sofocantemente calientes. Pese al aislamiento de la colina, el domicilio de César también tenía ventajas. Allí Cleopatra estaba a salvo del incesante vocerío de la ciudad, el repique de la fragua y el martillo del picapedrero, el arrastre de las cadenas y el chirrido de los cabrestantes. Dado que las casas se venían abajo o eran derruidas de forma regular, Roma era una ciudad en construcción permanente. A fin de reducir el ruido, César había restringido el tráfico diurno en las calles, con resultados previsibles: «En Roma dormir cuesta un ojo de la cara», aseguraba Juvenal, quien se quejaba del ruido de los carros y las bestias y sentía peligrar su vida cada vez que ponía el pie en la calle. Encontrarse con el paso cortado por las literas o volver a casa salpicado de barro constituían peligros menores. La gente de a pie tropezaba cada dos por tres en socavones escondidos y no había ventana que no constituyera un peligro en potencia. Dada la frecuencia con que las macetas caían de las repisas, ninguna persona sensata, advierte Juvenal, debía salir de casa sin hacer testamento.<sup>[61]</sup> Cleopatra tenía motivos sobrados para añorar su país, ese que un poeta latino calificaría más tarde de «bárbaro».<sup>[62]</sup>

En el momento de su visita, Roma acababa de descubrir la planificación urbanística, importada de Oriente como tantas otras cosas. En vano hemos de buscar en ella los grandes monumentos que hoy conocemos: el Coliseo, «el último grito en anfiteatros»,<sup>[63]</sup> todavía no estaba construido, como tampoco el Panteón o las termas de Caracalla. El teatro de Pompeyo era la única estructura distinguida de Roma, y en ella se había inspirado César para el foro, que ahora lo eclipsaba. Roma seguía siendo provinciana, aunque cada vez era más consciente de sus carencias. Grecia era todavía sinónimo de cultura, elegancia y arte. Para encontrar a un buen secretario, médico, adiestrador de animales o artesano había que recurrir a los griegos, lo mismo que para

encontrar un buen libro había que ir a Alejandría. Resultaba difícil encontrar un ejemplar decente de cualquier texto en Roma, que como consecuencia de ello arrastraba un saludable complejo de inferioridad. Éste se manifestaba de la forma habitual: ensalzando la propia superioridad. La romana no fue la primera cultura empeñada en impugnar la civilización en que aspiraba a convertirse. Para ella, las pirámides —prodigios de ingeniería y exactitud, edificadas con herramientas y cálculos aritméticos rudimentarios— no eran más que «necias y vanas exhibiciones de la fortuna real».<sup>[64]</sup> Ofendido más que admirado, el romano que viajaba por Egipto se tragaba su propia envidia entre aspavientos despectivos y censuraba toda extravagancia por dañina para el cuerpo y el espíritu, en un gesto que recuerda a la renuencia de Mark Twain respecto al canto de sirena de Europa. Al mirar a una gran civilización directamente a la cara, el romano la tachaba de bárbara o decadente y se refugiaba en la rigidez y rectitud de su propia lengua, aun cuando —rebufando con menosprecio— reconocía su inferioridad en comparación con la sinuosa, maleable y receptiva lengua griega. El latín mantenía a sus hablantes en el dominio del laconismo y la precisión,<sup>[65]</sup> y si bien era de lamentar que no existiera en esa lengua palabra alguna para designar la «carencia de bienes»,<sup>[66]</sup> tampoco la había, a Dios gracias, para referirse a «utensilios con incrustaciones de oro» o «cristal grabado del templado Nilo».<sup>[67]</sup>

Gracias a las campañas de César en ultramar y al creciente poder y fortuna de Roma, los esplendores del mundo heleno empezaron a abrirse paso en la península Itálica.<sup>[68]</sup> No sería exagerado atribuir algunas de esas importaciones a Cleopatra. Pompeyo tan sólo había introducido en Roma el ébano. Mirra, canela, jengibre y pimienta eran productos de aparición reciente. Sólo una casa en toda Roma podía presumir de tener las paredes decoradas con paneles de mármol, aunque en pocos años cientos de otras rivalizarían con ella. La gastronomía floreció con la introducción en las mesas romanas del rodaballo, la cigüeña y el pavo. Durante la estancia de Cleopatra, se debatía con acaloramiento acerca de las propiedades de la mantis marina frente al caracol africano. La reina asistió a una Roma en transición, en la que los espectáculos lujosos convivían con los ladrones de pañuelos de lino.<sup>[69]</sup> La literatura latina iba todavía en pañales, mientras que la literatura griega pronto sería desacreditada y tachada —metáfora no podía venir más al caso— de ser una hermosa vasija llena de serpientes venenosas.<sup>[70]</sup> La belleza de la toga —aquella prenda de lana tan incómoda como poco práctica—, como la de la propia lengua latina, residía en las restricciones que imponía. César corría cortinas de seda para no ver a quienes se paraban a observarlo en la vía Sacra de camino a la colina Capitolina. Como quiera que fueran de importación alejandrina, enseguida hubo quien calificó esas cortinas de «lujo bárbaro».

Al mismo tiempo que el lujo oriental desembarcaba en Roma, surgieron quienes veían en cada importación el fin del mundo civilizado y el camino hacia la



degeneración. La situación llevó a César a reinstaurar las largamente olvidadas leyes suntuarias, diseñadas para poner freno al gasto privado. Se aplicó a ello con el celo propio de un aficionado al mayor boato; no por nada se dice de él que fue el primer anfitrión en la historia que ofreció a sus invitados una selección de cuatro vinos. Encargó a sus agentes que confiscasen los productos de lujo de los mercados y las vajillas ornamentadas de las casas particulares, aunque tuvieran que llevárselas a media comida. Con contadas excepciones, vetó las literas, las prendas de color escarlata y las perlas. Para cualquiera que hubiera visitado Alejandría, la capital mundial de la moda, la idea de que la Roma de César necesitara leyes suntuarias movía a risa. No obstante, era de suponer que una mujer obligada a comer con una vajilla sencilla se mostrara más recatada también a la hora de vestirse, y hasta la misma Cleopatra debió de mostrarse más contenida en lo que se refiere a su vestuario. Las matronas romanas se vestían de blanco, en tanto que las mujeres alejandrinas preferían los colores, pero una mujer que supiera adaptar su humor en función de sus interlocutores sabía que no valía la pena ser la nota discordante en una cena que en nada podía competir con los ágapes de su país. Como sabemos desde hace milenios, es más fácil denunciar el lujo que renunciar a él, de aquí que el edicto de César cayera mejor entre unos que entre otros. A Cicerón, por ejemplo, no le sentó muy bien tener que pasarse ese invierno sin pavo, ostras gigantes ni anguilas. (La carne de pavo era especialmente correosa, pero la cuestión no era ésa). Las ostras y las anguilas, se quejaba Cicerón, nunca le habían hecho daño al sistema digestivo; los nabos, sí.

No sabemos qué opinión le merecían a Cleopatra los puritanos —reales o fingidos— que la rodeaban, pero sabemos muy bien cuál era la de éstos acerca de ella. El matrimonio, y las mujeres, se regían según patrones distintos en Roma, donde el concepto de autoridad femenina era inexistente. (Del mismo modo, para un hombre no había insulto peor que el que lo llamasen afeminado). Para los romanos, una mujer virtuosa era una mujer discreta, cosa para la que Cleopatra no había sido educada. En Alejandría lo necesario era destacar. En Roma, todo lo contrario. Las mujeres romanas no sólo carecían de derechos políticos y jurídicos, sino que ni siquiera poseían nombre propio, de aquí que llevaran uno derivado del padre. César tenía dos hermanas, ambas llamadas Julia. En público, las mujeres romanas bajaban la vista, guardaban silencio y procuraban no llamar la atención. No invitaban a la gente a cenar, no participaban en la vida intelectual y aparecían representadas en obras artísticas con menor frecuencia que en Egipto, en cuyas pinturas, esculturas, escenas funerarias y capillas encontramos a trabajadoras y a faraonas cazando pájaros, vendiendo mercancías o haciendo ofrendas a los dioses.<sup>[71]</sup>

Si bien es cierto que leyes como las suntuarias no siempre se aplicaban a los soberanos de otros países, es de creer que Cleopatra no se sintiera del todo cómoda.<sup>[\*]</sup> Como siempre, la pureza de una mujer dependía de que llevara una vida de esclava. (En Juvenal encontramos sus atributos ideales: «El trabajo, la brevedad del sueño, las

manos duras y encallecidas».)<sup>[73]</sup> En tanto que rompedora de matrimonios que de alguna manera se las había ingeniado para compartir altar con la mismísima Venus, la presencia de Cleopatra en Roma incomodaba por más de un concepto: era mujer, extranjera, reina oriental de paso por una república teóricamente hostil a toda monarquía y representante de Isis, cuyo culto resultaba sospechoso y subversivo, y cuyos templos eran por todos conocidos como lugar de citas. Cleopatra subvertía las categorías y desafiaba las convenciones. Incluso con los patrones actuales, plantearía problemas de protocolo. ¿Ser la amante del dictador de Roma la convertía también en la amante del mundo romano? Daba igual lo que hiciera —por lo visto puso gran cuidado en mantener las apariencias—; las reglas no estaban hechas a su medida. Aunque en su país fuera una reina, en Roma era una vulgar cortesana. O lo que es peor: una cortesana con medios. Cleopatra no sólo era independiente desde el punto de vista económico, sino más rica que cualquier hombre de Roma.

Su propia riqueza —la misma riqueza que había dado de comer a Roma durante los triunfos— la desacreditaba moralmente. Ponderar en exceso la plata repujada, las suntuosas alfombras y la estatuaria de mármol de alguien equivalía a censurarlo, sobre todo si pertenecía al sexo débil: «Todo se lo permite la mujer y nada reputa vergonzoso si ha rodeado su cuello de esmeraldas y cuelgan de sus tensas orejas unos grandes pendientes»;<sup>[74]</sup> ése era el sentir general. En ese sentido, el tamaño de las orejas de Cleopatra habría sido más importante que su nariz a la hora de sellar su destino.<sup>[\*]</sup> Aun suponiendo que hubiera dejado sus mejores joyas en Alejandría, su nombre era en Roma sinónimo de la «alocada extravagancia» de aquel mundo. Era algo consustancial a ella. (Una romana de verdad, en cambio, consideraba que sus joyas eran sus hijos). Claro que para los patrones romanos hasta los eunucos de Cleopatra eran ricos.<sup>[75]</sup> Ella era la portadora de todos los males imperdonables de su libertina familia. Ya antes de convertirse en una hechicera de leyenda —una insensata y negligente devoradora de hombres—, resultaba sospechosa por sus extravagancias orientales, por su insensata y negligente manera de devorar riquezas. Si la baja moral empezaba con la afición al marisco y eclosionaba en forma de togas de color púrpura y escarlata, su culmen se hallaba en las perlas, que en Roma representaban el no va más de la extravagancia. Suetonio las cita cuando quiere probar la debilidad de César frente al lujo. La anécdota del libertino que sacrifica una perla para salirse con la suya era conocida ya antes del año 46, y por muchos años seguiría figurando en los libros como ejemplo de conducta censurable. No obstante, se diría hecha a la medida de una audaz reina egipcia. (Se trata de una historia que presenta indicios de refundición, pero también de manipulación. Pocos años después, se diría que Cleopatra había lucido «las dos perlas más grandes de todos los tiempos». Plinio valoraba cada una en 420 talentos, lo que equivale a decir que la reina llevaba en cada oreja el equivalente a una finca con vistas al Mediterráneo. Cleopatra había aportado una suma equivalente para el entierro del toro de Menfis). ¿Quién, si no ella, podía mostrarse tan frívola, tan desvergonzada, tan dispuesta a cautivar a un hombre como

para quitarse una perla de la oreja, disolverla en vinagre y tragársela? ¿Quién capaz de seducir a un hombre mediante brujería y excesos?[\*] Ése sería el tenor de las historias que más tarde circularían sobre Cleopatra.<sup>[77]</sup>

Nada hace pensar que magia ni excesos fueran habituales durante aquel invierno del año 46. Sabemos que Cleopatra frecuentó algunos lugares de moda, aunque lo más probable es que pasara buena parte del tiempo en la villa de César, rodeada tan sólo por sus consejeros y criados. Algunos de esos cortesanos conocían Roma por haberla visitado intentando ganar adeptos para la famosa restauración de Auletes. Durante todos aquellos meses tuvo que manejarse en latín; fuera cual fuera su nivel de conocimiento de la lengua, descubrió que resultaba imposible traducir determinados conceptos. Hasta el sentido del humor era distinto, burdo y salaz en Roma; irónico y alusivo en Alejandría. Los romanos, de mentalidad más cuadrículada, se tomaban a sí mismos muy en serio, sin rastro apenas de la irreverencia y la exuberancia de los alejandrinos.

Es posible que, con la llegada de la primavera y la estación navegable, Cleopatra volviera a casa y que regresase a Roma más tarde ese mismo año. Dos visitas consecutivas parecen más plausibles que una sola visita de larga duración; por confiada que estuviera de su autoridad en Egipto, difícilmente habría podido justificar una ausencia de dieciocho meses. Esto implica una serie de viajes agotadores, si bien la ruta hacia el sur resultaba menos complicada. Suponiendo que regresara a Alejandría en el año 45, debió de zarpar a finales de marzo o principios de abril, las borrascas del noreste ya habían remitido y, con ellas, los rayos y truenos de la costa de Egipto. En invierno nadie osaba desafiar los vendavales; sólo en primavera —y no sin miedo—, «cuando el hombre vea las hojas en la punta de la higuera como la huella que deja la corneja al posarse».<sup>[78]</sup> Si es cierto que Cleopatra zarpó a comienzos del año 45, debió de volver a Roma hacia el otoño. Sólo un regreso temporal a Alejandría explica que Suetonio describa a César viendo a Cleopatra partir de Roma. No tendría una segunda oportunidad de hacerlo.

Según Suetonio, que trabajó a partir de un nutrido conjunto de fuentes más de siglo y medio más tarde, aquélla fue una separación tan poco deseada como la finalización del crucero por el Nilo. El comandante romano «no la dejó partir hasta que la hubo colmado con los mayores honores y presentes», reconoció a Cesarión como hijo propio y permitió «que le pusiera su nombre al hijo que había tenido».<sup>[79]</sup> No tenía motivos para no hacerlo. Por lo menos en el año 45, los designios de César no podían cumplirse más que a través de un heredero y un vínculo viviente con Alejandro Magno. Por lo demás, no hacía más que reconocer lo que era obvio. Cesarión, de dos años, pronto empezaría a manifestar el aspecto y carácter de su padre, si es que éstos no eran patentes todavía. Es posible que el motivo del viaje fuera el reconocimiento del niño, causa que sin duda valía cuantas travesías fueran precisas. En palabras de un historiador —y tal como muchos han señalado en circunstancias similares antes y después—, el niño «era su mejor baza en caso de

querer obligar a César a atenerse a promesas o pactos previos».<sup>[80]</sup> La naturaleza de dichas promesas se nos escapa, como no sea el reconocimiento oficial de la amistad con Roma, por el que el padre de Cleopatra había pagado la astronómica cifra de 6000 talentos.

¿Cómo explicar, si no, esa dilatada estancia (o estancias) en Roma? Había demasiadas cosas en juego como para anteponer los sentimientos a la política. César ya había convocado a Cleopatra anteriormente, pero sus motivos para retenerla a su lado durante aquellos dieciocho meses constituyen uno de los puntos más investigados, y menos comprendidos, de la historia. Es plausible que ambos tuvieran proyectos de futuro juntos, como muchos han concluido para descrédito de César. Al final de su vida, Cleopatra tenía en su posesión un puñado de apasionadas y elogiosas cartas escritas por César, algunas de las cuales debieron de serle enviadas entre los años 48 y 46.<sup>[81]</sup> He aquí la versión histórica de la vasija llena de serpientes venenosas. Es posible que Cleopatra sintiera la necesidad de defender en persona su causa ante los colegas de César y confirmar que, bajo su reinado, Egipto seguiría siendo amigo y aliado de Roma.<sup>[82]</sup> El Senado distaba de ser un órgano cohesionado, estaba contaminado por los intereses privados y no era ni mucho menos partidario unánime de César. Cleopatra conocía muy bien las distintas facciones y sabía que ampliando el número de sus partidarios en el extranjero conseguiría estabilidad para su trono. (La imagen de la Roma oficial según Cicerón era menos complaciente: «Gente de lo más irresponsable y depravada», decía criticando a un jurado de iguales suyos.)<sup>[83]</sup> La segunda visita de Cleopatra habría coincidido con el regreso de César desde Hispania en otoño del año 45, cuando éste se disponía a reorganizar los territorios de Oriente.<sup>[84]</sup> Cleopatra no podía permitirse quedar al margen de ese proyecto, ni que fuera por Chipre, que formalmente pertenecía a su hermano y tendía a no acatar su autoridad como reina. A día de hoy resulta imposible saber si Cleopatra tenía planes más ambiciosos, aunque desde luego resulta fácil atribuirle intrigas y grandes aspiraciones; Roma estaba acostumbrada a las maquinaciones de los Ptolomeos. Lo que sí sabemos es cuál fue el precio que Cleopatra pagó por aquella reunión con César. Le costó la ruina. La que pudo haber pasado sus días de forma tan apacible como la Penélope de Homero terminó convirtiéndose, cual Helena de Troya, en causante de toda suerte de calamidades. Su aventura terminaría revelándose un despropósito.

## EL HOMBRE ES POR NATURALEZA UN ANIMAL POLÍTICO

«¡Nunca debería haber nacido en lugar alguno la raza de las mujeres, si no son para mí, claro!».

EURÍPIDES<sup>[1]</sup>

«¿Quién hay que tenga algún entendimiento que pueda ser feliz ahora mismo?», se lamentaba Cicerón poco antes del desembarco de Cleopatra en Roma.<sup>[2]</sup> Después de una aflictiva década de guerras, Roma atravesaba días amargos, que lo eran tanto más para Cicerón, su ciudadano más prominente y el más elocuente entre sus detractores. Durante unos meses la ciudad había pasado por un estado de «conmoción y postración»,<sup>[3]</sup> y Cleopatra, mujer sagaz, no pudo dejar de notarlo. Ella y sus cortesanos tenían contactos en las altas esferas sociales y no podían permitirse pasar por alto ningún detalle del panorama político. La ciudad entera miraba expectante hacia el futuro. Las reformas civiles de César eran prometedoras, pero ¿cómo y cuándo iba a devolverle la estabilidad a la República? Durante los años de guerra, el país había vivido momentos de gran agitación, la constitución había sido pisoteada y los cargos otorgados a dedo, vulnerando toda ley. César dio algunos pasos hacia la restauración de los derechos y regulaciones tradicionales. Entretanto, su poder iba en aumento: decidía la mayoría de las elecciones, dirimía los más de los pleitos y dedicaba buena parte de su tiempo a ajustar cuentas pendientes, recompensar a sus partidarios y subastar las propiedades de sus oponentes. El papel del Senado era cada día más irrelevante. Algunas voces denunciaban por lo bajo que se había instaurado una monarquía disfrazada de república. De cara al futuro se presentaban tres posibilidades, según las predicciones de un exasperado Cicerón: «Que interminables combates acosen a la República, que, depuestas las armas, renazca algún día o que desaparezca de raíz».<sup>[4]</sup>

César regresó de Hispania en otoño tras aplastar a los últimos pompeyanos y anunció que la guerra civil al fin había terminado. Se estableció en Roma durante la que sería su más larga estancia en catorce años y, con mayor o menor cautela, él y Cleopatra retomaron su relación. Las razones de ésta para permanecer en Roma resultaban para muchos tan opacas como para nosotros. Sabía lo que era ser impopular, experiencia útil en aquellas circunstancias. Tampoco vivía en el distrito más exclusivo, y, aunque su comportamiento debía de ser entre altivo y desdeñoso, cuesta creer que su presencia no despertara curiosidad, cuando no auténtica admiración. Cabe suponer que hiciera honor a la generosa fama de su padre, quien sobornó con largueza e incurrió en grandes deudas, buenas razones ambas para

buscar la compañía de la hija. Ella, además, poseía una mente despierta, cosa que siempre impresionaba a los romanos.

Su presencia se dejó sentir también en el terreno de la moda; Cleopatra inspiró por un tiempo la afición a los peinados elaborados, con trenzas cosidas recogidas en un moño en la parte posterior de la cabeza.<sup>[5]</sup> Roma era una sociedad estratificada y obsesionada con la posición social. Categoría, formación y hacienda eran atributos decisivos. Como miembro de una élite, Cleopatra conocía las convenciones sociales. En cuanto a los temas de conversación, las cenas sofisticadas de Roma no diferían mucho de las de Alejandría. Una invitada inteligente y aguda como Cleopatra debía de ser una buena contertulia tanto a la hora de comentar chismorreos políticos como durante las charlas pausadas de sesgo más intelectual, tan apreciadas en Roma, la clase de conversaciones que solían acompañarse con vino. Según la opinión de un intelectual de la época, el compañero ideal para una cena no debía ser «ni mudo ni charlatán»,<sup>[6]</sup> sino capaz de departir fluidamente, durante las largas horas de la tarde, sobre multitud de asuntos de tipo político, científico y artístico, algunos de ellos devenidos clásicos: ¿qué fue antes, el huevo o la gallina? ¿Por qué la vista de lejos mejora con la edad? ¿Por qué los judíos no comen cerdo?<sup>[7]</sup> Cleopatra gozaba del favor de César; cuesta creer que no hiciera amistades. (César, por su parte, hacía caso omiso de las lenguas que le reprochaban la presencia de la egipcia: «No le importaba en absoluto», nos asegura Dión.)<sup>[8]</sup> En la villa de César, Cleopatra disfrutaba de la compañía de intelectuales distinguidos y curtidos diplomáticos. Era refinada, generosa y carismática, y en más de uno debió de dejar una impresión favorable. Sin embargo, el único testimonio que tenemos es el del más locuaz y a la vez vitriólico de los romanos, un hombre siempre pronto a «dar sonoros ladridos».<sup>[9]</sup> «Detesto a la reina», clamaba Cicerón. Y ya se sabe que la historia pertenece a los elocuentes.

En el momento de la visita de Cleopatra, el gran orador era un venerable hombre de sesenta años de carácter quejicoso, pelo entrecano y cierta apostura, a pesar de que sus armónicas facciones empezaban a formarle pliegues bajo la mandíbula. Cicerón atravesaba por entonces una etapa de productividad desafortunada durante la cual compuso un buen número de obras filosóficas en las que se ocupaba de una amplia variedad de temas. El año anterior se había divorciado de la que por treinta años había sido su esposa para casarse con una rica joven de la que él mismo era tutor, intercambio que justificó con argumentos equiparables a los que habían llevado a Cleopatra a Roma: «Yo veía que no había seguridad dentro de las paredes de mi casa, ni estaba libre de amenazas debido a la actitud criminal de aquellos que habrían debido considerar muy valiosas mi seguridad personal y mi fortuna». Según él, la solución era obvia: «He pensado que he de protegerme con la fidelidad de los nuevos vínculos frente a la deslealtad de los antiguos».<sup>[10]</sup> En otras palabras, Cicerón — hombre hecho a sí mismo que, pese a provenir de una familia de provincias, había sabido adquirir prestigio gracias a sus portentosas facultades intelectuales y su incesante quehacer político— volvió a casarse por dinero.

El hecho de que fuese Cicerón quien buscara en un primer momento la compañía de Cleopatra no resulta menos sorprendente que el que su veloz y cruel pluma trasladase a la posteridad una imagen tan negativa de ella. El gran Cicerón solía moverse entre dos registros: el encomiástico y el recriminatorio. Sabía aplicar ambos con igual destreza a una misma persona, a la que podía vilipendiar un día y jurarle devoción eterna al siguiente. Fue un gran escritor, es decir, un escritor ensimismado, con un ego sin medida y susceptible en extremo hacia los desdenes, ya fueran reales o imaginados. Hombre fuerte de la República, vivió siempre con un ojo puesto en la posteridad, confiado plenamente en que sus libros seguirían leyéndose dos mil años más tarde. Entrometido a la par que elocuente, Cicerón hizo suya la misión de conocer al detalle qué tierras poseía cada romano eminente, así como su lugar de residencia y qué compañías frecuentaba. Después de treinta años en el centro de la política romana, se negaba a dejar que lo relegasen al margen. Sentía un apetito irresistible por el poder y la fama. Ningún famoso estaba libre de sus pullas, y mucho menos una mujer cultivada, distinguida, famosa en el mundo entero, rica hasta el extremo de poder mantener un ejército y dotada de una elocuencia que ponía al límite los recursos de la lengua latina. Dada su conocida afición al lujo, no era de extrañar que el mero olor de los nabos lo pusiera enfermo.

La fama de Cleopatra en Roma parece deberse en gran parte a un malentendido. Por lo visto, la reina había prometido a Cicerón un libro o un manuscrito, acaso procedente de la biblioteca de Alejandría. Por la razón que fuese, nunca llegó a entregárselo, cosa que puso en evidencia la poca consideración de que gozaba por parte de Cleopatra. Cicerón se sintió doblemente ofendido el día que un emisario de la reina se presentó en su casa preguntando no por él, sino por su mejor amigo. En este punto el relato no resulta del todo claro —dos mil años después todavía no sabemos cómo interpretar los silencios del gran orador—, pero a juzgar por las elipsis de Cicerón y alguna que otra oscura indirecta, podemos deducir que el hecho produjo en él menos rabia que vergüenza. A partir de entonces pasa a la defensiva y se muestra disgustado, aunque no sabemos si por haberle pedido un favor a Cleopatra o por haber intentado socializar con ella de buen comienzo. Por su tono se diría que también él se había dejado llevar por su encanto. Ante el amigo antes aludido, se esfuerza por poner en claro que su relación con la reina fue «erudita y adecuada a mi dignidad, de forma que incluso podía atreverme a mencionarla en asamblea popular».

[11] Pese a que nunca trascendió nada que pudiera perjudicar su honor —y en este punto podía contar con la ayuda de los representantes de Cleopatra—, Cicerón sintió que su dignidad estaba en entredicho. De ello resultó un virulento rencor. Nunca más quiso tener trato con la egipcia. ¿Qué se habían creído ella y sus representantes? Pocas personas han pagado un precio tan alto por olvidar un libro; el descuido de Cleopatra le valió la eterna enemistad de Cicerón, quien, eso sí, sólo dio rienda suelta a su indignación cuando la reina hubo partido de Roma, a buen seguro para no volver. Es decir, que a pesar de su disgusto, Cicerón frecuentó a la reina egipcia en sociedad,

cuando no en la misma villa de César. Sobran las palabras.

Desdenes bibliográficos aparte, Cicerón tenía motivos sobrados para no ver con buenos ojos a Cleopatra. Pompeyano acérrimo, no sentía la menor simpatía por César, quien lo trataba con condescendencia y minusvaloraba su saber. Cicerón había dedicado palabras duras al padre de Cleopatra. El filósofo, en efecto, conoció a Auletes y, considerándolo indigno de ser rey, llegó a decir que su majestad alejandrina «ni es de linaje real ni tiene carácter de rey».<sup>[12]</sup> Republicano hasta la médula, Cicerón dedicó a los asuntos de Egipto más tiempo del que hubiera querido. Todo lo relacionado con el país parecía rodeado de un halo de deshonor.<sup>[13]</sup> Cuando Cleopatra era joven, Cicerón había deseado que lo designasen enviado ante la corte de su padre, aunque le preocupaba la opinión que dicho nombramiento pudiera merecer a ojos de la historia y de la respetable Roma. Cicerón tenía también un controvertido historial mujeriego. Tiempo atrás se había quejado de que su primera esposa demostraba demasiada inclinación por la política y demasiado poca por las labores domésticas. En cuanto se libró de aquella mujer resuelta y tenaz, se le quitaron las ganas de tomar otra. Sentía, en cambio, un profundo amor hacia su hija, a la que facilitó una educación privilegiada. La muchacha murió de sobrepeso en febrero del año 45. No tenía ni treinta años. Cicerón pasó los meses siguientes transido de un dolor casi físico. A menudo le entraban ataques de llanto que sus amigos intentaban mitigar.<sup>[\*]</sup> Aquella muerte hacía difícil que pudiera ver con buenos ojos a esa otra joven culta e inteligente que, aparte de ser de la misma generación de su hija, tenía toda la vida por delante. A los pocos meses de tomar a su segunda y joven esposa, Cicerón la repudió con el pretexto de que no se mostraba lo bastante afligida por su pérdida.

«En cuanto a la soberbia de la propia reina cuando estaba en sus jardines del otro lado del Tíber, no puedo recordarla sin sufrimiento», mascullaba Cicerón a mediados del año 44.<sup>[14]</sup> En ese sentido había dado con la horma de su zapato: él mismo admitía tener un punto de «vanidoso».<sup>[15]</sup> Años más tarde, Plutarco sería más explícito al respecto.<sup>[16]</sup> Pese a ser un hombre brillante y haber dejado no pocas frases para el recuerdo, la propensión de Cicerón a la autoalabanza podía llegar a ser estomagante. Sus obras están trufadas de impúdicos elogios dirigidos a sí mismo. Dión no se muerde la lengua al hablar de él y de sus «pretensiones de ser el más grande de los hombres».<sup>[17]</sup> Su vanidad se extendía sobre todo a su biblioteca, acaso el gran amor de su vida. No es fácil encontrar algo que le reportara mayor placer, aparte quizá de contravenir las leyes suntuarias. Cicerón disfrutaba sabiéndose rico y se enorgullecía de sus libros. En ese sentido, el que Cleopatra fuera una mujer inteligente y que su biblioteca excediera la suya era de por sí motivo de ofensa.

Cicerón denunció a Cleopatra por su insolencia, aunque por lo visto ésa era su palabra favorita: César era insolente; Pompeyo lo había sido; el hombre de confianza de César, Marco Antonio —a quien Cicerón dedicó adjetivos mucho menos amables



—, lo era también; y los alejandrinos; hasta ganar una guerra civil era insolencia. Cicerón estaba acostumbrado a ser el ingenioso de las reuniones y le molestaba que Cleopatra compartiera su sorna. Por lo demás, ¿tenía que comportarse siempre como una reina? Cicerón deploraba sus maneras de soberana, que sentía como un insulto a su sensibilidad republicana, por no decir a sus mediocres raíces. En eso hay que darle la razón. No fue el único que notó la prepotencia de Cleopatra, más dotada para la estrategia que para la diplomacia. Puede ser que actuara con poco tacto; la megalomanía le venía de familia. A cada ocasión, aprovechaba para recordar a quien tuviera delante que —como reafirmaría más adelante— durante años había gobernado a solas un gran reino.<sup>[18]</sup> El desdén es inherente a quien ha sufrido el exilio, y Cleopatra tenía buenos motivos para creer que provenía de un mundo superior. Nadie en Roma poseía un linaje comparable al suyo. Y a Cicerón le molestaba que la egipcia fuera consciente de ello.<sup>[19]</sup>

A todo eso, la situación política que rodeaba a la orgullosa reina y al desconsolado filósofo adquiría tintes cada vez más sombríos. César estaba obsesionado con los asuntos militares y apenas si prestaba atención a otras cuestiones largamente descuidadas, tal como le pedían algunos. La lista de asuntos pendientes no dejaba de crecer. Era preciso rehabilitar las cortes, recortar el gasto, restaurar el crédito, resucitar la ética del trabajo, dar la bienvenida a nuevos ciudadanos, fomentar la moralidad pública, valorizar la libertad por encima de la gloria, en definitiva: rescatar «Esta ciudad de nombre tan grande y de imperio tan inmenso del ocaso del que anda ya cerca».<sup>[20]</sup> Como tantos otros, Cicerón trató de averiguar las razones que movían a César, tarea tan desagradecida en el año 45 como habría de serlo en el futuro. A finales de ese año, César recibió una serie de honores destinados a deificarlo a la manera de los monarcas helenísticos. Durante los meses siguientes, se erigieron estatuas suyas en los templos. Una imagen suya en marfil desfilaba en las procesiones, como si fuera la de un dios. Sus poderes empezaron a adquirir proporciones molestas. (Cicerón se recrearía más tarde catalogando los agravios de César. Por el momento, le bastaba con presumir de sus reuniones con el gran general). Sus maneras suscitaban no pocas quejas. Durante la estancia de Cleopatra, César se había comportado como correspondía a un hombre que había obtenido la victoria en 302 batallas y combatido a los galos en no menos de treinta ocasiones, un hombre que «no se dejaba intimidar y, al final, quedó victorioso en cada una de las guerras».<sup>[21]</sup> Pero eso también tenía inconvenientes, entre ellos un talante poco dialogante y falta de apego a la tradición. El comportamiento de César se acercaba demasiado al de un comandante militar y demasiado poco al de un político. La llama de la discordia prendía a intervalos regulares, hábilmente alimentada por Cicerón y otros antiguos miembros de la facción pompeyana.

En febrero del año 44, César fue nombrado dictador vitalicio y recibió, con ello, un nuevo aluvión de privilegios. Se le reconocía el derecho a vestir la indumentaria triunfal, a ocupar una silla elevada de marfil y oro sospechosamente similar a un

trono y a que su imagen apareciera en las monedas, honor nunca antes conquistado por un romano vivo. El resentimiento hacia él crecía en la misma medida que su poder, pero no hay que olvidar que fueron los mismos senadores «que le habían animado en sus nuevos y excesivos honores y le habían hecho envanecerse los que después le censuraron por aquellos mismos actos y difundieron rumores acerca del placer con que los había recibido y de lo altivamente que se comportaba desde que se le habían otorgado».<sup>[22]</sup> César se equivocó quizá al aceptar todos aquellos honores, aunque hay que reconocer que se hallaba en una posición comprometida: su rechazo podría haberse interpretado como una ofensa. No es fácil saber qué vino antes, si su ego insaciable o aquellos honores sobrehumanos, bajo cuyo peso terminaría aplastado. Para complicar aún más las cosas, César se enfrascó ese invierno en una nueva campaña sumamente ambiciosa que podía poner en peligro el futuro de Roma. Dedicó todos sus esfuerzos a la conquista de Partia, nación situada en la frontera oriental de Roma y que por mucho tiempo se había resistido a su hegemonía. Las intenciones de César debieron de hacer temblar a Cleopatra. Pese a su salud precaria y su frágil estado de ánimo, César planeaba abrirse paso hasta la India. Tenía cincuenta y tres años y estaba a punto de embarcarse en una empresa en la que consumiría por los menos otros tres. Alejandro Magno había estado a punto de triunfar en el intento. Cicerón dudaba de que César pudiera salir vivo de ésa.

En la primavera del año 44, el dictador envió dieciséis legiones y un nutrido grupo de jinetes a Partia en calidad de avanzadilla, y anunció su partida para el día 18 de marzo. Dejó todo dispuesto para ausentarse —puede que también Cleopatra estuviese preparando el equipaje—, pero en la ciudad todo eran temores y dudas. ¿Cuándo se resolverían los problemas internos? ¿Cómo sobreviviría Roma sin César? La preocupación era legítima teniendo en cuenta la discreta actuación de Marco Antonio durante la estancia de César en Egipto. El lugarteniente de César se había revelado ineficaz y poco fiable, por no hablar de su fama de libertino. En invierno se conoció un oráculo que resultó especialmente nefasto para aquellos cuyo mayor afán era saber cuándo restauraría César la república: empezó a rumorearse que Partia sólo podría ser conquistada por un rey. Por todas partes se decía que la coronación de César era inminente. Quizá no fueran más que habladurías —los oráculos siempre eran interesados—, pero a la luz de ellas cobraba sentido la controvertida estancia de Cleopatra en la villa de César. Puede que César albergara o no ambiciones monárquicas. En cualquier caso, quedaba claro su desinterés por los problemas internos de Roma y su propensión a actuar de forma autocrática cuando lo mejor habría sido mostrar solicitud. Si uno no quiere que lo vean como un rey, lo último que debe hacer es dedicar su tiempo a confraternizar con una reina.

Hasta el año 44 a. C., los idus de marzo habían sido una fiesta primaveral durante la cual se aprovechaba, como en tantas otras del calendario romano, para beber de

forma inmoderada. Celebración de la antigua diosa de los principios y los fines, los idus representaban una suerte de fiesta de fin de año marcada por la fiesta y el desenfreno. La gente pasaba la noche comiendo a orillas del Tíber, donde acampaban en chozas provisionales a la luz de la luna llena. A menudo, las celebraciones seguían recordándose nueve meses más tarde. En el año 44, el día amaneció cubierto; hacia última hora de aquella mañana nubosa, César salió en litera hacia el Senado para dejarlo todo listo de cara a su viaje. El joven y distinguido Publio Cornelio Dolabela aspiraba a ser nombrado cónsul en su lugar, lo mismo que Marco Antonio, rival de Dolabela en los afectos de César. El Senado se reunía ese día en una de las espaciosas cámaras anejas al teatro de Pompeyo. Los senadores se pusieron en pie al ver entrar a César con su corona de laurel; hacia las once en punto, éste tomó asiento en su nueva silla de oro. Al momento fue rodeado por algunos de los presentes, entre ellos muchos amigos fieles. Uno de ellos le entregó una petición, lo que ocasionó un inoportuno besamanos. César hizo un gesto para desestimar la solicitud, a lo que el peticionario —interrumpiéndolo a media frase— alargó la mano para arrancarle la toga del hombro. Era la señal acordada. Acto seguido, el grupo se cerró sobre él con las dagas desenfundadas. César consiguió evitar la primera puñalada, que sólo le provocó un rasguño, pero se encontró impotente frente a la avalancha de golpes que siguió. Los conspiradores habían acordado participar todos en el ataque y así lo hicieron: acuchillaron a César sin piedad en rostro, caderas y pecho, lastimándose incluso entre sí en algunos casos. César intentó resistirse y, retorciendo su vigoroso cuello, «con ira y con gritos, como un animal salvaje, daba vueltas para enfrentarse a cada uno de ellos».<sup>[23]</sup> Finalmente, logró emitir un grito y ocultar su rostro bajo la toga —igual que había hecho Pompeyo en la costa de Egipto— antes de caer al suelo.

Para cuando sus atacantes salieron corriendo hacia las puertas de la cámara, César yacía en el suelo hecho un ovillo de color púrpura, con veintitrés puñaladas en el cuerpo y la ropa «ensangrentada y desgarrada por los golpes».<sup>[24]</sup> Con las togas y los zapatos senatoriales manchados de sangre, los magnicidas huyeron en distintas direcciones proclamando a gritos que acababan de asesinar a un rey y a un tirano. Eso originó pánico y confusión. En medio de aquel revuelo, hubo quien entendió que el Senado al completo estaba involucrado. El pueblo, que aquel día asistía a las luchas de gladiadores, ocupó las calles; corrió el rumor de que los gladiadores estaban matando a los senadores. Otros creyeron que el ejército se disponía a saquear la ciudad. «¡Corre! ¡Cierra! ¡Cierra!», gritaba la gente cerrando a cal y canto las puertas y ventanas de casas y talleres.<sup>[25]</sup> De pronto, el caos dio paso a la quietud: en un momento dado «la ciudad entera estaba llena de gente que gritaba y corría», y al siguiente, «parecía como si hubiese sido ocupada por el enemigo».<sup>[26]</sup> Empapado en sangre, el cuerpo de César quedó abandonado a solas durante varias horas en la sala de asambleas. Nadie se atrevía a tocarlo. No fue hasta última hora de la tarde que tres jóvenes esclavos lo retiraron entre llantos y gritos histéricos procedentes de puertas y tejados.

Con la posible excepción de Calpurnia, a quien se hizo entrega del cuerpo mutilado, es poco probable que la noticia afectase a nadie tan profundamente como a Cleopatra. Consideraciones personales aparte, la muerte de César representaba un golpe político de proporciones catastróficas. Había perdido a su valedor. Su situación era, en el mejor de los casos, insegura. Todo era motivo de temor. ¿Serían asesinados también sus amigos y familiares? Marco Antonio —por rango, el segundo al mando— así lo creía. Disfrazado de sirviente, optó por esconderse y sólo salió de su escondrijo con una coraza bajo la túnica. Los participantes en el atentado se cambiaron de ropa y desaparecieron de escena, lo mismo que sus partidarios. (Cicerón, que había dado su visto bueno al asesinato, no tomó parte en él, pero huyó de todos modos). Dada la inminente partida de César, es posible que a mediados de marzo Cleopatra también estuviera lista para abandonar Roma, pero en ningún caso pudo prever semejante desenlace. Durante años, mucho antes de la llegada de Cleopatra a Roma, habían circulado rumores acerca de conspiraciones contra César. En cuanto a los augurios, sólo resultan evidentes al echar la vista atrás. En su momento, podían haber vaticinado cualquier cosa; la historia antigua no anda escasa de auspicios erróneos. Sólo más tarde los signos fueron interpretados de forma inconfundible por la pluma de hombres convencidos de que el asesinato de César no sólo estaba justificado, sino que era voluntad del destino.

Con el tiempo, fueron apareciendo explicaciones de lo ocurrido, como si la historia fuera una suerte de profecía a la inversa. Entretanto, Cleopatra empezó a asumir un papel en el asesinato. Quizá aquello explicaba al fin su presencia en Roma. Acusándola a ella se resolvían ciertos misterios y se ataban algunos cabos sueltos de la vida de César. Para empezar estaba la insoluble incógnita de la estancia en Alejandría. ¿Se había debido a la influencia de Cleopatra o a sus ambiciones? ¿Y qué significado tenía su imagen de oro en el foro, al lado de Venus? No faltaron malas lenguas ni plumas ociosas después del 15 de marzo, cuando ya estaba claro que los magnicidas de César no tenían ningún plan de futuro y que Roma había sufrido una terrible pérdida. Es significativo que la persona que más motivos tenía para incriminar a Cleopatra no lo hiciera: Cicerón no la nombra en la larga lista de los errores y agravios cometidos por César. Al dirigirse al afligido pueblo de Roma, Cicerón evocó la destrucción causada por Helena de Troya, pero en alusión a Antonio, no a Cleopatra.<sup>[27]</sup>

En los últimos meses, César había manifestado un gusto exacerbado por los honores extravagantes e inauditos. Había llegado a ceñirse la cabeza con una diadema, adorno que cualquier romano de pro habría rechazado. No sabemos a ciencia cierta si dichos honores fueron exigidos por César o si no tuvo más remedio que sufrírselos. Todo indica que los primeros en ofrecérselos fueron también los primeros en condenarlo, y que cada homenaje de los colegas de César escondía en el fondo una emboscada, pues la mayoría «hacían esto con la pretensión de que se hiciera acreedor del odio y la envidia a toda prisa, para poder matarlo cuanto antes».

César se mostraba soberbio; al menos en retrospectiva, parecía lógico que quisiera ser una divinidad en su país del mismo modo que Cleopatra lo era en el suyo. Circulaba la voz de que se estaba preparando una ley por la que se le permitiese «estar con cuantas mujeres quisiera».<sup>[28]</sup> (Suetonio puso en claro este extremo al puntualizar que César podría desposarse con varias mujeres «a fin de procurarse descendencia».)<sup>[29]</sup> No sólo se le permitiría tomar varias esposas, sino también casarse con su amante extranjera, cosa imposible según las leyes del momento, que únicamente reconocían los matrimonios entre romanos. Se dijo asimismo que César pretendía transferir la capitalidad del imperio a Alejandría y que estaba resuelto a llevarse «consigo las riquezas del Estado, agostando a Italia a base de levas y confiando la administración de Roma a sus amigos».<sup>[30]</sup> Rumores como éstos no sólo explicaban sus vínculos con Cleopatra, sino el insulto implícito que algunos veían en las ambiciones arquitectónicas de César, esa manía por remodelar Roma. Los dos Césares —el que había ido a Egipto y el que había vuelto de Hispania— eran incompatibles y nadie sabía explicarse los motivos del cambio. Cleopatra era el único nexo claro entre ambos. Ella podía explicar su obsesión con el poder y los títulos durante los últimos cinco meses de su vida, la parafernalia regia y las ansias divinas, los caprichos en forma de corona y las conductas extrañamente autocráticas. Ya en nuestro siglo, Cleopatra se había convertido en la causante de que César se hubiera ceñido la diadema. Ella había excitado el afán absolutista en la mente de César con la intención de convertirse en emperatriz de Roma. Su corrupta influencia sobre el líder romano había sido decisiva. Además, había dado a luz a un nuevo César en Egipto y reunía méritos suficientes para considerarla fundadora del Imperio romano.<sup>[31]</sup>

Es innegable que Cleopatra contribuyó a la ruina de César, pero no existen pruebas de que ninguno de los dos albergara designios imperiales, ni de traición, ni tan siquiera de ninguna pasión cegadora y fatal. Su papel en todo este asunto es discutible. A pesar de su capacidad de persuasión, no es probable que interviniera de forma sustancial en cuestiones de política interna. ¿Planeaban ella y César inaugurar una monarquía conjunta? Quizá, pero no tenemos pruebas de ello. A veces, un viaje de trabajo no es más que eso. Suetonio reconoce que la culpa, en parte, la tienen los lacónicos escritos históricos de César, material condenado a caer en manos de «los ineptos, que querrán adornarlo con falsos ornamentos literarios».<sup>[32]</sup> El polígrafo Nicolás de Damasco, preceptor de los hijos de Cleopatra, fue el primero en implicar a la reina. Un siglo después, Lucano recogió el testigo y resumió la mala influencia de Cleopatra sobre César en un solo verso: «Ella encendió su avaricia». Afirmaciones como ésa tenían más peso narrativo que el mero hecho de que César tuviera multitud de enemigos por mil razones que poco o nada tenían que ver ni con reinas egipcias ni con la constitución de Roma. César se había ganado enemigos hasta con la reforma del calendario, ya que con ella reducía el número de personas en el poder. A quienes tenían motivos para estarle agradecido les molestaba estar en deuda con él. Otros se quejaban de lo que habían perdido en la guerra. Otros aspiraban tan sólo a

desequilibrar el sistema. «Por eso —asevera un contemporáneo— se unieron contra él hombres de todo tipo: grandes y pequeños, amigos y enemigos, militares y políticos, cada cual con un pretexto particular; y como todos tenían sus propias quejas, prestaban oídos con atención a las acusaciones de los otros.»<sup>[33]</sup>

El 17 de marzo, el testamento de César fue abierto y leído en voz alta en casa de Marco Antonio, una espaciosa finca que en otros tiempos había pertenecido a Pompeyo. Aunque Cleopatra se hallaba en Roma a mediados de septiembre, fecha en que César redactó el documento, su nombre no aparecía en él. Si se molestó por ello, no fue la única: lejos de confirmar los repugnantes ultrajes supuestamente cometidos por César, el testamento era más bien un gran mentís a sus asesinos. César dejaba la villa y el terreno en que Cleopatra había vivido al pueblo de Roma y legaba 75 dracmas a cada varón romano adulto de la ciudad. La ley le prohibía legar dinero a una forastera, de aquí que su nombre no aparezca; al final resultó que César no había vivido tan ajeno a la realidad como parecía en los últimos meses. El documento tampoco reconocía a Cesarión ni estipulaba nada con respecto a él. Mayor fue la sorpresa al saberse que tampoco le había dejado nada a Marco Antonio, cosa que cogió a éste totalmente desprevenido. En su lugar, César nombraba heredero a Gayo Octavio, su sobrino-nieto de dieciocho años, al que adoptaba de forma oficial, legaba tres cuartas partes de su fortuna y —lo que es más importante— su nombre. Antonio quedaba designado protector de Octaviano, junto con varios colaboradores íntimos de César, los mismos que lo habían asesinado.

Hubo quien creyó que las cosas en Roma seguirían como si nada después de los idus. No contaban con las dotes escénicas de Antonio. Tres días después, los funerales de César acabaron derivando en una salvaje cacería contra los magnicidas y estallaron disturbios por toda la ciudad. Antonio pronunció un conmovedor discurso sobre el cuerpo de César, dispuesto con las heridas abiertas sobre un lecho de marfil. Iba sin afeitarse, en señal de luto, y, cuando subió a la tarima de los oradores del Senado, se arremangó la toga para tener ambas manos libres. «Con rostro grave y sombrío», Antonio elogió a César, enumeró sus victorias y lo defendió de quienes lo acusaban de haberse demorado en Egipto llevado por la voluptuosidad. A continuación, cambiando «la sonoridad de su voz por un tono más lastimero»,<sup>[34]</sup> Antonio dirigió al público unas palabras llenas de piedad e indignación y, dejándose llevar por el entusiasmo, exhibió la cabeza ensangrentada de César. Luego, en un gesto más bien gratuito, arrancó del cuerpo los jirones de ropa manchada de sangre seca y los colocó en la punta de una lanza. La multitud enloqueció y, en un arrebato repentino, destrozó la sala donde César había sido asesinado. Siguió una terrible espiral de muerte e incendios durante la cual, como dijo Cicerón, «faltó poco para que ardiera toda la ciudad y de nuevo fueron asesinados gran cantidad de hombres».<sup>[35]</sup> Roma se había convertido en un lugar inseguro para Cleopatra, y en general para cualquiera. Los romanos hicieron gala de todas aquellas cualidades que atribuían a los alejandrinos, aquellos bárbaros fanáticos, desenfrenados y sanguinarios.<sup>[36]</sup> En el

mercado, sin ir más lejos, un hombre falsamente acusado de ser uno de los magnicidas fue descuartizado miembro por miembro.

En algo sí tuvo suerte Cleopatra. Los agresores de César habían pospuesto su acción en repetidas ocasiones, «como si le tuvieran un temor reverencial», y, pese al odio que le profesaban, «dejaban pasar el tiempo».<sup>[37]</sup> De haber actuado según el plan original, tal vez no habría tenido más remedio que quedarse en la convulsa Roma. La reina se encontraba en la ciudad durante la borrasca que siguió al funeral y pudo ver el cometa que cada noche surcó el cielo aquella semana. Desde su ventana contemplaba aquella ciudad hasta entonces oscura por las noches y salpicada ahora de hogueras alimentadas hasta el alba en nombre del orden público. Poco después, partió: cargó su equipaje en carromatos y descendió la colina del Janículo por una tortuosa carretera que la llevó primero hasta el río y luego hasta la costa. Principiaba la estación navegable, y podemos suponer que, con la ayuda de los partidarios de César, procedió a una partida apresurada. Al mes de los idus, ya había zarpado. El viaje fue seguido con interés por Cicerón y generó muchos comentarios en Roma. Los rumores cesaron hacia mediados de mayo. Cicerón esperó todavía unas semanas —hasta asegurarse de que Cleopatra había llegado por fin a Alejandría y que el peligro había pasado— para desahogarse: «Odio a la reina», exclamó entonces con la sangre hirviendo, sin dignarse ni siquiera a mentarla por el nombre, distinción reservada a sus enemigos y exmujeres. El hecho de haber solicitado o insinuado un favor de Cleopatra y haber quedado expuesto al ridículo aún lo corroía. Viendo el giro que tomaban los acontecimientos, ahora, a diferencia de antes, difamarla convenía a sus propósitos. No se salvaron de sus iras ni los representantes de Cleopatra, a quienes tilda de «abominables» e «insolentes». ¿Quién le mandaba tener trato con gentes de esa ralea? «Piensan que yo apenas tengo tanto coraje como irritación», comentaba furioso.<sup>[38]</sup>

Para Cleopatra la partida debió de resultar especialmente angustiosa. Había logrado con éxito que la identificasen con Venus e Isis, y en marzo volvía a estar encinta, tal vez de varios meses, ya que la noticia era de dominio público. Cicerón tenía motivos sobrados para no querer perderle la pista. Estando embarazada, Cleopatra se convertía en la pieza clave que, en un momento dado, podía complicar el futuro de Roma. A diferencia de Cesarión, aquel segundo vástago había sido concebido en suelo romano. Roma entera sabía que era de César. ¿Qué ocurriría si Cleopatra daba a luz a un varón y decidía hacer valer sus derechos? Cicerón temía que aquello pudiera hacer descarrilar la sucesión. A simple vista, parecía tenerlo todo a su favor, pero enseguida empezaron las desgracias y la reina sufrió un aborto durante el viaje o perdió al bebé poco después. Cicerón, en Roma, exhalaba un profundo suspiro.

Cleopatra tuvo más suerte en otros aspectos. Todas las partes se mostraron de acuerdo en «no revocar las leyes ni los favores otorgados por César».<sup>[39]</sup> Chipre estaba asegurado. Cleopatra seguiría siendo amiga y aliada de Roma. La ciudad, por

su parte, se preparaba para una orgía de «saqueos, incendios y asesinatos»,<sup>[40]</sup> así como para una nueva guerra civil. Después de los idus, la ciudad se llenó de difamadores y apologistas. Algunos se felicitaban por lo que habían hecho. Los conspiradores creían haber hecho honor a la reputación de Roma como derrocadora de reyes aquella gris mañana de primavera. Las facciones neutrales también contribuyeron a las hostilidades. Como dice Dión: «En efecto, existe un enorme deseo de que todos los que tienen algún poder tengan diferencias entre sí, y de ahí el regocijo que produce la enemistad entre ellos y el hecho de que conspiren unos contra otros».<sup>[41]</sup>

Cleopatra, a quien desde la más tierna infancia le habían inculcado el miedo a que Roma pudiera dismantelar su país, veía cómo ésta se entregaba a su propia aniquilación. La ciudad vivió un año frío, oscuro y tenebroso durante el cual apenas pudo verse el sol, que «se mostró pálido y carente de brillo, y de él emanaba un calor débil y escaso».<sup>[42]</sup> (La razón más probable fue la erupción del Etna en Sicilia, aunque en Roma —para adecuarlo a las circunstancias— prefirieron atribuirlo a las discordias políticas). Para Cleopatra debió de ser un alivio poner tierra de por medio. Es posible que zarpara desde Puteoli, en la costa itálica, y que cruzase el agreste e inhóspito estrecho de Messina antes de salir a mar abierto en abril. Soplabla viento de popa, por lo que la travesía hacia el sur no debió de entrañar grandes dificultades; un capitán intrépido podía realizar un viaje como ése en menos de dos semanas. En apenas unos días, Cleopatra cambió la penumbra y el frío aire de Europa por el opulento calor egipcio. Ya en la soleada Alejandría, volvió a la rutina de los negocios públicos y las audiencias privadas, amén de la obligatoria ronda de rituales y ceremonias. Nunca volvería a pisar Roma, pero tampoco la perdería de vista. Había jugado sus cartas de forma astuta, sensata y mucho más efectiva que cualquiera de sus antepasados; ahora tocaba volver a empezar. Los actores eran otros, y las reglas habían cambiado. Como diría poco después cierto autor, «¿quién podría sorprenderse de los cambios de la fortuna y de las incertidumbres de la condición humana?».<sup>[43]</sup> Cleopatra, a la sazón, contaba veintiséis años.

El regreso a Alejandría del año 44 marca un hito en esa vida pródiga en experiencias difíciles y emocionantes, un acontecimiento digno casi de una ópera. Si ningún libretista lo ha aprovechado, quizá es porque no se relata en ningún texto. Resulta curioso que fueran sobre todo los historiadores romanos quienes se ocuparan de la vida de una mujer que había de hacerse célebre por manipular Roma a su antojo. De hecho, si su memoria pervive, es gracias a ellos. Sin embargo, ninguno estaba a su lado aquella primavera, mientras navegaba rumbo a los rojos tejados de Alejandría, viraba frente al faro y las colosales estatuas de sus predecesoras y penetraba entre las rocas del rompeolas en la calma de su espléndido puerto. Era costumbre que la flota egipcia acudiera a saludar a los soberanos de visita en el país,<sup>[44]</sup> por lo que hemos de



pensar que el despliegue era aún mayor a la llegada de la reina. Con independencia de cómo justificara aquel viaje entre los suyos o del verdadero propósito de la visita a Roma, Cleopatra no debió prever en ningún momento tan sombrío desenlace. Había tenido unas pocas semanas para asimilar los acontecimientos y pensar en el futuro; fueran cuales fueran sus sentimientos personales, tenía motivos para estar preocupada. No sólo no se había quedado sin valedores en Roma, sino que se había involucrado de forma peligrosa en el sanguinario juego de la política romana. Cesarión, en tanto que único hijo varón de César, era su gran baza, pero también un lastre en potencia. La reina corría mayor peligro incluso que en el año 48, la primera vez que se vio atrapada entre dos ambiciosos forasteros entregados a una lucha a muerte.

Si Cleopatra llegó a conocer la irritante punzada de la duda, no tenemos constancia de ello. Sí sabemos, por Plutarco, que poseía una gran confianza en sí misma y unas dotes de persuasión superlativas. Años después, lograría convencer a todo el mundo que lo que había sido un gran fiasco era en realidad un éxito rotundo. Cuesta creer que, tras hacer sus aromáticas ofrendas en cubierta, no desembarcase en Alejandría —nuevamente soberana, sana y salva al fin entre sus serviciales súbditos— sin cierto triunfalismo.<sup>[\*]</sup> Se había librado de la rústica Roma, del embate de las olas y del tumulto de tierras extrañas, y había vuelto a un país que la reconocía como diosa viviente, igual a Venus, a una ciudad donde la monarquía era debidamente respetada, donde una reina podía andar con la cabeza bien alta sin ser tildada de arrogante, donde la gente no ponía el grito en el cielo por un trono de oro ni temblaba ante una diadema. En pocas palabras, había vuelto a la civilización. Por suerte pronto sería verano, época de celebraciones en Egipto. El reino de Cleopatra invertía el orden romano incluso en las fiestas. Con los campos anegados, Egipto se entregaba al canto, la danza y los banquetes. «En ningún sitio como en casa», decía un dicho griego, y eso mismo debió de pensar Cleopatra al volver de aquella tierra donde se la tenía en tan bajo concepto: «Alejandría —había clamado Cicerón años antes— es cuna de toda suerte de engaño y falsedad».<sup>[46]</sup>

No se sabe a ciencia cierta quién quedó a cargo de los asuntos egipcios en ausencia de Cleopatra —lo normal era encomendar las riendas del país al ministro de finanzas—, pero quienquiera que fuera lo hizo de forma magistral. A su regreso, el reino vivía una época de paz y prosperidad, cosa nada despreciable dadas las circunstancias. No constan protestas contra la recaudación de impuestos, ni pruebas de ninguna revuelta semejante a la que había estallado a la vuelta de su padre. Los templos seguían floreciendo. Poco a poco, Cleopatra volvió a sus ocupaciones. Las únicas noticias preocupantes llegaban del extranjero: Arsínoe, la hermana pequeña de Cleopatra, perseveraba desde el exilio en sus aspiraciones al trono. Emulando su propio golpe de cuatro años antes, Arsínoe logró reunir en Éfeso a suficientes partidarios como para proclamarse reina de Egipto. Su hazaña dice tanto de su tesón como de la frágil posición de Cleopatra fuera de su país. El templo de Ártemis

contenía incalculables tesoros, pero además parece que Arsínoe contaba con la complicidad de algunos romanos, así como de un familiar, o de alguien que decía ser tal. En efecto, aparece entonces alguien que afirma ser Ptolomeo XIII, resucitado de forma milagrosa tras morir ahogado en el Nilo tres años antes. Ambas hermanas se profesaban un odio evidente. Es posible que Arsínoe llegara incluso a sobornar al comandante de Cleopatra en Chipre, cuya lealtad empezó a flaquear. El viaje de Chipre a Éfeso no entrañaba grandes complicaciones, y el comandante de Chipre era por lo común un oficial de alto rango. Para complicar todavía más las cosas, con Cleopatra vivía otro hermano, el prescindible, y posiblemente desleal, Ptolomeo XIV. «El defecto de “dos veces en la misma piedra” es castigado con el proverbio popular», observa Cicerón,<sup>[47]</sup> pero Cleopatra —vulnerable otra vez en dos frentes— se acordaba muy bien de su primer tropiezo y, en algún momento de ese verano, mandó asesinar a Ptolomeo XIV, se supone que con veneno.<sup>[\*]</sup>

Tanto si el muchacho estaba coaligado con su hermana exiliada como si no, su presencia era innecesaria y un insulto a la autonomía de Cleopatra. Su asesinato permitió a la reina proclamar corregente a Cesarión, cosa que hizo ese mismo verano. En algún momento pasado julio —nuevo mes epónimo introducido ese mismo año 44, para tormento de Cicerón—, Cesarión fue nombrado faraón. Con su proclamación daba comienzo la tercera corregencia de Cleopatra. La solución era original e inteligente: Cesarión se convertía en «Rey Ptolomeo Dios y César que Ama a su Padre y a su Madre», y Cleopatra obtenía su preceptivo consorte varón. Un romano dos veces divino pasaba a ocupar el trono de Egipto. Por lo demás, era poco probable que un niño de tres años pudiera interferir en los planes de su madre.

Aquella no fue tan sólo una brillante medida estratégica —Cleopatra envolvía simbólicamente a Egipto en el manto de César, por el cual se gestaba ahora una violenta pugna—, sino también una hábil maniobra iconográfica. Si César había vuelto de Alejandría envuelto en una aureola regia, Cleopatra volvió de Roma reforzada como diosa. Se entregó a conciencia a su papel como Isis, subrayando en especial su autoridad materna, en un intento de sacar provecho de su condición de madre. En las festividades aparecía ataviada con las vistosas ropas de Isis.<sup>[49]</sup> Los acontecimientos recientes le fueron de gran ayuda; el asesinato de César arruinó tal vez los planes que Cleopatra llevaba tantos años perfilando, pero resultó rentable en el plano simbólico. Según la leyenda, Osiris, compañero terrenal de Isis y suprema deidad masculina, termina desmembrado a manos de sus enemigos, dejando tras de sí a un joven heredero varón y a una astuta y devota consorte. Isis, transida de dolor, recoge sus miembros descuartizados para así resucitarlo. Los idus de marzo reforzaban el mito, y Cleopatra, en tanto que ilustre esposa del dios martirizado, salía fortalecida con su pérdida. Por si todo eso fuera poco, el primer día del año 42 —tras una solemne ceremonia religiosa— César era declarado dios en Roma.

En público, Cleopatra desempeñaba el rol de Isis como señora de la sabiduría y del sustento material y espiritual, representando a la vez a la figura de Cesarión, la

trinidad familiar y el renacimiento espiritual.<sup>[\*]</sup> Empezó un ambicioso programa edificatorio, para el cual no dudó en explotar el mito. Cesarión pervive en un relieve de los muros del templo de Dendera, un proyecto titánico heredado ya por el padre de Cleopatra.<sup>[51]</sup> La reina, con la probable intención de celebrar la ascensión de su hijo, mandó representarlo de pie frente a ella, tocado con las coronas del Alto y el Bajo Egipto y en actitud de ofrendar incienso a Isis, Horus y Osiris. El relieve muestra una eficaz mezcla de motivos: Cleopatra sigue a su hijo como faraona y madre, portando, en una de las escenas, el sistro de Isis y, en la cabeza, la doble corona. En la leyenda al pie, su nombre aparece el primero, lo que hace suponer que ella misma inauguró el relieve. Terminó las obras que su padre había emprendido en Edfú, en el Alto Egipto, adonde seguramente trasladó las brigadas de obreros de Dendera. En Coptos, algo más al norte, estableció un altar flotante; y en Hermontis, cerca de Luxor, edificó tras el templo principal un pequeño santuario en conmemoración del nacimiento de los hijos divinos. En él, Cesarión aparece en estrecha relación con Horus, quien —acaso no por casualidad— debe vengar la muerte de su padre. Es posible que fuera también Cleopatra quien diera comienzo a la mastodóntica estructura dedicada a César junto al puerto de Alejandría, más tarde conocida como Cesareo. El recinto, dotado de pórticos, bibliotecas, cámaras, jardines, portaladas, paseos, patios y decorado con exquisitas obras de arte, terminaría adquiriendo entidad por sí mismo.<sup>[52]</sup> Su proyecto más monumental sería un templo dedicado a Isis en Alejandría, hoy perdido.

Cleopatra aplicó sus dotes resucitadoras también en otros terrenos. Bajo su gobierno, Alejandría experimentó un robusto renacimiento intelectual.<sup>[53]</sup> Tras rodearse de un círculo de pensadores, Cleopatra restableció una clase intelectual griega en la ciudad, que no tardó en atraer a los estudiosos. Entre sus colaboradores más próximos hay que citar a Filóstrato, orador célebre por sus cautivadores y espontáneos discursos, quien quizá ejerciera también como su tutor privado. Con Cleopatra floreció la única escuela filosófica autóctona de la ciudad; el escéptico Enesidemo de Cnosos defendió la relatividad de la percepción humana y la imposibilidad del conocimiento. El estudio de la gramática y la historia vivió una época de prosperidad, si bien este renacer no siempre se tradujo en grandes saltos teóricos como en siglos anteriores. La medicina y la farmacología fueron las únicas excepciones. Los médicos formaban parte desde antiguo de la corte ptolemaica, donde ejercían una fuerte influencia política y civil, y donde, durante el reinado de Cleopatra, sus más eminentes representantes escribieron con profusión sobre medicina, enfermedades y dolencias oculares y pulmonares, tanto desde el punto de vista teórico como práctico. Sus aportaciones fueron especialmente valiosas en el campo de la cirugía, dentro del cual elaboraron un conjunto de nuevas técnicas. Exceptuando la medicina, la labor de los eruditos fue más bien derivativa, algo estéril y tendente a la clasificación por encima de la creatividad. Aparecieron por entonces los primeros sabios nacidos en Alejandría. Cuatro años menor que Cleopatra e hijo de un vendedor de salazones de la ciudad, Dídimo destacó en la corte por su afilado

ingenio y su portentosa productividad. Era capaz de disertar con agudeza sobre léxico, Homero, Demóstenes, historia, teatro y poesía. En varios de sus volúmenes se permite incluso alguna que otra pulla contra Cicerón. Lo sorprendente es que encontrara tiempo para su reina: fecundo hasta la obsesión, Dídimo escribió más de tres mil quinientos tratados y comentarios, lo cual explica acaso que no fuera capaz de recordar sus propios textos y que a menudo lo acusaran de contradecirse a sí mismo.<sup>[54]</sup> Con hombres como él Cleopatra cenaba, vivía y discutía los asuntos de Estado. Los filósofos privados servían «de estímulo intelectual o como confesor y conciencia».<sup>[55]</sup> Eran a un tiempo mentores y sirvientes.

En su conjunto, los primeros años de la década de los cuarenta demuestran que Cleopatra fue algo más que la suma de sus supuestas seducciones. Dio los primeros pasos hacia la restauración de la gloria ptolemaica, tras las huellas una vez más de su padre, aunque con resultados más cuantificables. Apoyó y participó en empresas intelectuales, como correspondía a su origen. Los soberanos helenísticos eran por definición patrones de las artes y el estudio; entre los antepasados de Cleopatra se contaban multitud de asesinos, pero también un historiador, un zoólogo y un autor teatral. Ptolomeo I escribió una celebrada biografía de Alejandro Magno. Al volver la vista atrás, vemos que la reputación de Cleopatra se debe a una serie de hechos que le han sido atribuidos sin razón. Sin embargo, en su día también gozó de fama notable por otros motivos. Mientras en el extranjero la tachaban de decadente, entre los suyos se la consideraba una intelectual competente. En varios lugares se la cita como autoridad en temas de magia y medicina —que por entonces todavía iban unidos—, peluquería y cosmética, pesos y medidas. Cleopatra se ocupó de todos estos temas ni que fuera en charlas de sobremesa. Por lo que respecta a la medicina, fue una gran mecenas del templo de Hathor, dedicado a la salud de las mujeres. Con todo, hay que admitir que antes habría escrito un tratado sobre la leche de burra que sobre la aspirina.

A Cleopatra se atribuye un curioso remedio contra la calvicie, consistente en un unguento hecho a base de ratón quemado, tejido quemado, diente quemado de caballo, grasa de oso, médula de ciervo y corteza de junco. Tras mezclarlo todo a partes iguales y añadirle miel, la crema se aplicaba al cuero cabelludo y «se frota hasta que brota».<sup>[56]</sup> Plutarco asegura que la reina preparaba «todo tipo de poderosos bebedizos mortales» que hacía probar a sus prisioneros. Al comprobar «que unos ocasionaban una muerte rápida, pero a través de un intenso dolor», se lanzó a investigar con animales venenosos, a los que estudiaba a diario «para ver personalmente cómo afectaban a distintas personas los diversos tipos de veneno».<sup>[57]</sup> El Talmud aplaude su «gran curiosidad intelectual» y su «vivo interés por los experimentos de médicos y cirujanos». Teniendo en cuenta la presencia de profesionales de la medicina en la corte, los avances de la disciplina y el notable interés que las ciencias naturales despertaron en otros reyes orientales —muchos de los cuales también realizaron experimentos y escribieron sobre biología y botánica—,

es muy posible que la afirmación sea cierta. El resto del pasaje talmúdico es más discutible. En él se le atribuyen varios experimentos con prisioneras «destinados a averiguar en qué momento el feto se convierte en un auténtico embrión».<sup>[58]</sup> De forma parecida, no cabe duda sobre el carácter apócrifo de una *Gynaecia Cleopatrae* medieval, donde se hallan las instrucciones de uso de un supositorio vaginal «que yo siempre he utilizado y que mi hermana Arsínoe también probó».<sup>[59]</sup> Dejando a un lado la cuestión de si Cleopatra y su insidiosa hermana menor llegaron a intercambiar consejos contraceptivos en lugar de amenazas, el texto presenta el problema de base de estar escrito en latín. De la misma manera, corría el rumor de que Cleopatra era una iniciada en las ciencias ocultas, aunque la única alquimia que se le conoce es el haber convertido en oro los cultivos de Egipto.

Las fuentes acerca de la supuesta sabiduría de Cleopatra proceden del mundo árabe, donde la propaganda romana no logró penetrar. Allí se labró una reputación como filósofa, médica, científica y estudiosa. Su nombre llegó a ser bien conocido, sobre todo por su asociación con la milagrosa Isis, relacionada con las artes farmacológicas. Por creíbles que parezcan algunas de las acusaciones que contra ella se dirigen, no es fácil determinar cuántas de ellas son ciertas, cuántas derivan de comentarios de Plutarco sobre la mujer con apetitos intelectuales, amiga de filósofos y médicos en un ambiente ilustrado, o en qué medida son sólo el típico ataque a una mujer ecuánime y capaz, sospechosa por cumplir demasiado bien con sus obligaciones y por poseer unas aptitudes sólo atribuibles a la «mágica fascinación»<sup>[60]</sup> que despertaba. El genio de Cleopatra era grande, pero la fértil imaginación de los hombres sin duda era mayor.

Su valía fue puesta a prueba en los años que siguieron a su regreso, durante los cuales los desastres no hicieron más que sucederse. En la primavera del año 43, el Nilo no anegó las tierras, y en verano ni siquiera aumentó de nivel. La situación se repitió al año siguiente. Los cultivos sufrieron pérdidas nunca vistas. La desgracia se dejó sentir con fuerza en todo Egipto, pero Cleopatra, impasible, sostuvo las riendas del reino durante la larga crisis, poniendo especial cuidado en no tropezar con las mismas piedras que en la pasada hambruna, que por poco la había llevado al desastre. Puede que declarara el estado de emergencia. Su pueblo se moría de hambre. No tenía más alternativa que abrir los graneros reales y distribuir el trigo de forma gratuita.<sup>[\*]</sup> La inflación experimentó un ascenso vertiginoso y Cleopatra devaluó aún más la moneda. De los dos distritos del país empezaron a llegar suplicantes que solicitaban amparo frente a recaudadores corruptos. A la vista del «malestar general» e «inspirada por el desprecio de la maldad»,<sup>[61]</sup> los exoneró y mandó anunciar la medida por todo el territorio. A todo esto, empezaban a llegar noticias de extrañas hinchazones glandulares y nauseabundas pústulas purulentas; una epidemia había estallado en Egipto o muy cerca de sus fronteras. Gracias a ella, el prolífico Dioscórides, experto en plantas medicinales, recavó material abundante para un innovador tratado sobre la peste bubónica.

El momento era particularmente desfavorable, ya que en el año 43 la guerra civil romana volvía a estrellarse contra las costas de Egipto. La península Itálica era incapaz de contener el conflicto, prueba brutal de que, en palabras de Plutarco, «no existe animal más salvaje que el hombre cuando une el poder a la pasión».<sup>[62]</sup> Para Cleopatra aquella guerra intestina era como un perverso cuento de hadas: sabía que todas las partes terminarían llamando a su puerta (lo que confirmaría que su fortuna no había sufrido merma). Cleopatra sabía también que respaldar a la facción equivocada era una invitación al desastre. La reina rendía cuentas ante Roma, pero en esos momentos resultaba difícil saber quién era el verdadero representante de la ciudad. Secundase a quien secundase, aquella guerra tendría para ella un coste desorbitado. Y si no, ahí estaba el precedente de su padre, a quien, durante sus negociaciones en Roma, alguien intentó hacer ver «cuánta felicidad dejaba atrás y a cuántas servidumbres y fatigas se iba a someter por la venalidad y la codicia de los poderosos de Roma, a quienes a duras penas podría saciar Egipto ni aunque todo el país se convirtiera en dinero».<sup>[63]</sup>

Para Cleopatra, lo más sensato habría sido mantenerse al margen, opción que pronto se reveló imposible. Finalmente, decidió obrar siguiendo su inclinación natural y aceptar lo que viniera. Dolabela había gozado del favor de César, había capitaneado su flota y había sido su primer candidato al consulado en el año 44. Era un hombre disoluto y temperamental, algo robusto, buen orador y querido entre la plebe. No había cumplido aún la treintena, pero se postulaba ya como el heredero político de César, de modo que, cuando Dolabela le pidió ayuda, Cleopatra le envió las cuatro legiones cedidas por César, más una flota. A cambio, le hizo prometer que Cesarión sería reconocido como rey de Egipto, punto fundamental para Cleopatra. La flota, por desgracia, fue interceptada en alta mar y desertó sin oponer resistencia al bando de Casio, rival de Dolabela y uno de los líderes de los magnicidas. Casio también solicitó ayuda a Cleopatra, pero ésta se disculpó alegando que su país se hallaba asolado por la hambruna y la peste y que no disponía de recursos. Al mismo tiempo, preparó una segunda expedición para Dolabela, pero los vientos poco propicios confinaron a la flota en el puerto. Por si no bastase con eso, algunos de sus subordinados se declararon en rebeldía y, gracias a una contraorden de su comandante militar en Chipre, Casio recibió una escuadra de naves egipcias. Más tarde Cleopatra sería llamada a responder ante él por desacato.

La reina se había involucrado en un peligroso juego cuyos riesgos no hacían más que ir en aumento. En julio del año 43, el ejército de Casio rodeó y aplastó al de Dolabela, quien murió por su propia mano. Tras esa derrota, tal vez incluso antes, Cleopatra recibió una solicitud de ayuda de Octaviano y Antonio, enemigos de Casio. A finales del año 43, ambos estaban coaligados con el fin de tomar venganza de los magnicidas, liderados por Bruto y Casio. Cleopatra aparejó con todo tipo de material bélico una poderosa flota destinada a Octaviano, hijo adoptivo de César y antiguo consejero de éste. La reina en persona estaba dispuesta a conducirla hasta Grecia.

Entretanto, llegaron las primeras amenazas de Casio, pero ella no se dejó amedrentar. Casio reiteró sus amenazas. Había acudido a la reina solicitando su colaboración y ella, a cambio, se había puesto del lado del enemigo. En nada recordaba aquella mujer a la obediente reina de la que había hablado César. Enfurecido, Casio dispuso todo para proceder a invadir Egipto. El momento no podía ser más adecuado; la población estaba diezmada por la hambruna y, en ausencia de las legiones romanas, Cleopatra era vulnerable. Más tarde insistiría en «que no le había temido a Casio»,<sup>[64]</sup> pero sólo un loco habría sido capaz de no sentir miedo. Casio era un personaje siniestro, cruel y avaricioso a partes iguales. Gozaba de fama de «hombre sumamente belicoso»<sup>[65]</sup> y había sido uno de los principales instigadores de la muerte de César. Tenía a su mando doce legiones de primera orden, así como una experimentada tropa de arqueros a caballo, y no había mostrado piedad alguna en las ciudades sobre las que había marchado. Avezado general y antiguo almirante pompeyano, ya antes había combatido en Oriente. Ahora, tras hacerse con el control de Siria, se encontraba ya al otro lado de la frontera egipcia.

Una vez más, Cleopatra se salvó en el último momento gracias a los choques de intereses de los romanos. Nada más iniciar su marcha hacia Egipto, Casio recibió noticias urgentes. Antonio y Octaviano acababan de cruzar el Adriático y se dirigían hacia el este a su encuentro. Casio vaciló. Egipto era una presa atractiva y se hallaba al alcance de la mano. Bruto le recordó con severidad que su cometido no consistía en aumentar su poder personal, sino en ganar la libertad de su patria.<sup>[66]</sup> Decepcionado, Casio cambió de rumbo y se reunió con Bruto en Grecia. Para Cleopatra, aquella retirada coincidió con una serie de hechos infaustos. Había zarpado con su flota para reunirse con Antonio y Octaviano. Ella misma iba a bordo del buque insignia. Una vez más, sin embargo, intervino el mal tiempo, contra el cual nada podían sus imponentes buques de guerra de velamen cuadrado, que en un abrir y cerrar de ojos fueron engullidos por el temporal. Cleopatra regresó a Alejandría con los restos de su maltrecha flota. Según explicaría más tarde, la tormenta «quebrantó las naves y ella misma cayó enferma, razón por la que no pudo después hacerse a la mar de nuevo».<sup>[67]</sup> Algunos han puesto en duda su sinceridad y han interpretado que la reina prefirió guardarse las espaldas. (Resulta admirable comprobar que, cuando no se la acusa de ser demasiado audaz y masculina, se le reprochan comportamientos en exceso frágiles y femeniles). No obstante, todo indica que hizo honor a la palabra dada. Sabía que no podía negar su ayuda a los vengadores de la muerte de su amante. Uno de los aliados de Casio aguardaba a la flota egipcia para tenderle una emboscada —con una flota de sesenta naves, una legión de los hombres de Casio y una gran reserva de flechas incendiarias—, y, al saber del desastre, avanzó hasta la costa meridional de Grecia. Enferma, Cleopatra se retiró como pudo y volvió a casa. Pese al dinero y los esfuerzos invertidos, no consiguió ganarse la lealtad de ningún bando.

Al no haber podido ofrecerles ayuda efectiva, Cleopatra sabía que los vencedores no tardarían en exigirle explicaciones. Poco después, probablemente a comienzos del

año 41, un emisario se personó en Alejandría. Se trataba de un negociador cordial aunque de lengua afilada. Quinto Delio era asimismo un malabarista de la lealtad; había cambiado de bando tres veces durante la guerra civil, pasando del entorno de Dolabela al de Casio para aterrizar, al menos de forma temporal, en el de Marco Antonio.<sup>[68]</sup> Su visita a Alejandría tenía por objeto interrogar a la reina de Egipto acerca de su extraña falta de colaboración: ¿por qué había respaldado a Casio? ¿Cómo explicaba su tibio apoyo a los cesarianos? ¿A quién era leal? Se supone que Delio hubiera sido advertido acerca de las maravillas de Alejandría y de su palacio incrustado de joyas. En cualquier caso, el encuentro con Cleopatra lo cogió desprevenido: «En cuanto vio el aspecto de Cleopatra e intuyó su astucia y la fuerza de convicción de sus palabras», supo que tendría que cambiar de estrategia. Las fuentes coinciden de forma unánime a la hora de describir los desarmantes efectos de Cleopatra. El propio Plutarco queda hasta tal punto fascinado por su encanto póstumo que —a partir de la llegada de Delio— traslada a ella el protagonismo de su relato sobre Marco Antonio.

Delio comprendió al instante que la reina no iba a mostrarse contrita y sometida. La que tenía enfrente no era una mujer que aceptara rendir cuentas ante nadie así como así. Oportunista consumado, debió de entrever el extraordinario potencial de la situación. Era un hombre altamente susceptible a la belleza, y, gracias a sus correrías juntos, conocía bien los gustos de su comandante. Delio se derritió en los brazos de Cleopatra o intuyó que eso sería lo que le ocurriría a Marco Antonio; acaso ambas cosas. Por suerte, la inconsistencia de Delio terminó jugando a favor de la reina y las posiciones se invirtieron de forma radical. Tales fueron las alabanzas y lisonjas del emisario que se hace difícil decir en nombre de quién había ido a negociar. Su consejo —y aquí Delio se revela un competente director de escena— era hacer un poco de comedia, y para ello Cleopatra debía lucir sus mejores galas, como Hera en la *Ilíada*, quien lava su piel hasta dejarla reluciente, se unge con exquisitos aceites, se compone la cabellera lustrosa y, tras envolverse en una toga perfumada de ambrosía, la sujeta a la cintura mediante un ceñidor con borlas y —adornándose con fíbulas de oro el pecho y con gemas las orejas— acude al encuentro de Zeus.<sup>[69]</sup> Cleopatra debía partir con él sin tardanza. Según Delio, nada tenía que temer: Marco Antonio era «el más benévolo y el más generoso de los generales».<sup>[70]</sup>

Tres años antes, durante su apresurada huida de Roma bajo el pálido cielo de abril, Cleopatra se había cruzado con otro viajero precavido. Aunque viajaba a Roma en calidad de privado, Octaviano se vio rodeado por el camino de «una multitud notable, que, como un torrente, crecía más y más a cada día»<sup>[71]</sup> y le expresaba sus buenos deseos. Su llegada —al menos así se nos ha referido—, estuvo acompañada de un efecto de lo más cinematográfico: al aproximarse a la vía Apia, la niebla escampó y «un enorme y coloreado arco iris rodeó por completo el sol»,<sup>[72]</sup> que llevaba semanas



sin brillar. El heredero de César resultaba tan desconocido para sus seguidores como éstos para él; sus partidarios —a destacar entre ellos los veteranos de las campañas cesarianas— acudían a él con la esperanza de que aquel muchacho de dieciocho años «se ocuparía del Senado en la forma conveniente». Por el momento, él prefería no pronunciarse y, siguiendo las recomendaciones maternas, obrar con «maña y resignación»,<sup>[73]</sup> por lo menos hasta hallarse en presencia de Antonio. Nada se sabía de aquel muchacho cetrino, provinciano, cejijunto y de rubia cabellera rizada. Apenas había residido en Roma, no tenía experiencia militar ni autoridad política y era de constitución endeble y de aspecto poco agraciado. No obstante, llegaba a Roma decidido a reclamar la más codiciada herencia de su tiempo: el nombre de su tío abuelo.

A primera hora de la mañana siguiente, Octaviano se presentó en el foro para aceptar su adopción por parte de César. Lo siguiente fue visitar a Marco Antonio en el jardín de su lujosa finca, donde fue recibido tras una larga y humillante espera. Al margen del nombre que usase para anunciarse —sus seguidores ya le llamaban César—, su visita no auguraba nada bueno. Si para Cleopatra la aparición de Octaviano en Roma era incómoda, para Marco Antonio resultaba insultante. Siguió una conversación tirante entre ambos hombres —o, según la opinión de Marco Antonio, que por entonces contaba cuarenta años, entre un hombre y un crío—, ambos, según sus propios puntos de vista, herederos legítimos de César. Octaviano habló de forma concreta y deliberativa, con cierta obsesión por hacerse con las riendas de la negociación; sin duda había ensayado previamente. (Hasta para tratar con su esposa, prefería escribir sus pensamientos y leerlos luego en voz alta). Su tono debió de ser franco y confiado: ¿por qué no había perseguido Marco Antonio a los asesinos? (En aras del orden, todas las voces habían aconsejado declarar una amnistía, aprobada por el Senado bajo la presidencia de Antonio). Los instigadores del magnicidio no sólo seguían vivos, sino que habían sido recompensados con gobiernos de provincia y cargos militares. Octaviano emplazó a Antonio a que «me asistas y cooperes conmigo en tomar venganza sobre los asesinos». Si prefería no hacerlo, le rogaba que, al menos, no se interpusiera en su camino. Después de todo, el propio Antonio podría haber sido el heredero político de César si hubiera obrado con mayor prudencia. En cuanto a la herencia, solicitaba de Antonio que entregase el oro de César para proceder así a distribuirlo según la voluntad del dictador. Octaviano agregó que Antonio podía quedarse con todas aquellas cosas «que constituyan un recuerdo y con cualquier otro objeto de adorno»,<sup>[74]</sup> palabras en las se leía menos una oferta que una acusación.

Marco Antonio le doblaba la edad a Octaviano. «Gozaba de absoluto prestigio por haber sido compañero de armas de César»<sup>[75]</sup> y a lo largo de los dos años anteriores había ejercido una autoridad férrea, aunque no siempre decorosa. En cuanto a la herencia de Octaviano, se la había gastado entera reformando la antigua casa de Pompeyo y regalando magníficos tapices y muebles a sus amigos. Por lo demás, no

necesitaba que nadie le recordase que podía haber sido adoptado por el hombre al que más había admirado por encima de cualquier otro, y tanto menos que un gusano arribista y con ínfulas viniera a darle lecciones. Con voz potente y áspera, le recordó al joven que tenía delante que el liderazgo político de Roma no estaba sujeto a herencia. Pretender que sí era lo que había conducido al asesinato de César. Antonio había corrido grandes riesgos para garantizar que César fuera sepultado de forma honrosa, y muchos más para asegurar que su memoria fuera respetada. Con gran irritación, Antonio informó a Octaviano que si éste gozaba de «todos tus actuales honores como heredero de César, su linaje, su nombre, su dignidad y su hacienda», era enteramente gracias a él. Antonio no tenía por qué dar explicaciones. Si algo se merecía, era gratitud y no reproches. Incapaz de contenerse, como le ocurría a menudo, Antonio pasó al ataque, recriminándole al muchacho su falta de respeto y recordándole que era «un hombre joven» en presencia de «uno de mayor edad». Octaviano, aparte, se engañaba si creía que Antonio ansiaba poder político o albergaba resentimiento hacia el recién llegado. «Me basta el linaje de los heraclidas», espetó Antonio,<sup>[76]</sup> quien por su aspecto —anchos hombros, cuello de toro, pasmosa apostura, densa cabellera rizada y rasgos aguileños— hacía honor a su estirpe. En cuanto al dinero, no lo tenía. El ilustre padre de Octaviano había dejado las arcas del tesoro sin un solo talento.

Pese a lo acalorado de la entrevista, la noticia de la reunión fue recibida con alivio en el Senado, para el cual sólo existía un peligro mayor que la enemistad pública entre los dos cesarianos. Antonio ostentaba el poder político. Octaviano era un joven respetado y sorprendentemente popular. Sus desplazamientos siempre iban acompañados de entusiásticos recibimientos. Para los senadores, era preferible que ambos rivalizaran y contendieran a que uniesen sus fuerzas. Antonio era consciente de ello aquella mañana de primavera en el jardín, y Octaviano, que recién había terminado sus estudios, sabía que la plebe siempre se había creído en el deber de prolongar las discordias, ensalzar a los demagogos por el mero placer de derribarlos e incitarlos a la destrucción mutua.<sup>[77]</sup> Por supuesto, estaba en lo cierto. Y tratándose de sembrar cizaña, nadie como Cicerón, dispuesto siempre, según un contemporáneo suyo, a vilipendiar al distinguido, chantajear al poderoso y calumniar al prócer.<sup>[78]</sup>

Para Cicerón, aquella pugna era una perniciosa lucha entre la debilidad y la villanía. En realidad, había muchas otras opciones. Entre los asesinos de César, Bruto y Casio ocupaban un lugar destacado. El hijo de Pompeyo, un joven impetuoso capaz de reunir ejércitos, se encontraba en Hispania con la mayor parte de la flota romana. Sexto Pompeyo tenía a su favor la todavía intachable reputación de su padre; aparte, también él aguardaba la ocasión de tomar venganza y recuperar su herencia. (Seguramente nadie tenía más derecho a vengarse que él, que había visto decapitar a su padre frente a la costa de Egipto). El cónsul Marco Emilio Lépido, sucesor de Antonio como segundo al mando de César e invitado de éste en su última cena, soñaba también con suceder al dictador. Lépido controlaba una facción del ejército

cesariano. Cada cónsul disponía asimismo de sus legiones. Bruto había logrado reunir un ejército en un tiempo récord.<sup>[\*]</sup> Octaviano, por lo visto, era el único que no poseía uno.

Cicerón, que después de los idus se había convertido en el hombre más influyente de Roma, se encontraba en una tesitura similar a la de Cleopatra. ¿Con quién debía aliarse? Saltaba a la vista que en esa ocasión —la quinta guerra civil en vida suya— no podría declararse neutral. Al mismo tiempo, conocía a todas las partes en disputa, pero ninguna lo seducía. A sus ojos, en el año 44 Octaviano todavía era un mocoso que planteaba más problemas que ventajas. «No confío en su edad, ignoro sus intenciones», declaraba Cicerón.<sup>[79]</sup> Cuesta imaginar a Octaviano —un adolescente macilento en una ciudad que prefería a las gentes de rostro rubicundo— como comandante en jefe. ¡Pretendía erigirse en líder y era tan ingenuo que creía que Roma podía guardar un secreto! (Vale la pena señalar aquí cuán pocos se dignaron a tomar en serio a Octaviano a los dieciocho años, edad a la que Cleopatra era ya reina de Egipto).

Hacia mayo del año 44, viendo que Roma había dejado de ser segura para él, Cicerón se alineó, no sin recelo, con Dolabela, que durante cuatro años había sido yerno suyo. El gallardo general y la hija de Cicerón se habían divorciado estando ésta embarazada, tras lo cual Dolabela había pospuesto más de la cuenta la restitución de la dote, a la que por ley estaba obligado. Otrora ferviente cesariano, Dolabela se volvió tras los idus en contra de su antiguo benefactor, afirmando incluso haber sido uno de los conspiradores, a los que aplaudió públicamente. Cicerón lo aclamó desde la barrera y el 1 de mayo ya se refería a su exyerno como «mi maravilloso Dolabela».<sup>[80]</sup> El discurso de Dolabela, hombre fornido y de larga cabellera, fue toda una lección de oratoria y el propio Cicerón se quedó boquiabierto de admiración. Dolabela defendió a los magnicidas con tanta elocuencia que cualquiera habría dicho que Bruto merecía portar corona. Cicerón le manifestó en cuán alta estima lo tenía, cosa que no pudo por menos de sorprender a Dolabela, que más bien habría creído lo contrario. Poco después, Dolabela destruyó una columna erigida en recuerdo de César y suprimió las manifestaciones de los procesarianos, cosa que lo hizo aún más caro a los ojos de Cicerón. «Nunca ha habido un afecto más ardiente», aseguraba éste.<sup>[81]</sup> La República descansaba sobre los hombros de Dolabela.

Una semana más tarde, Cicerón rompía con su exyerno. «¡Qué sinvergüenza!»,<sup>[82]</sup> exclamaba, declarándose en abierta enemistad con él. ¿Qué había ocurrido? Resultó que, a pesar de los elogios recibidos, Dolabela seguía sin saldar su deuda. Posteriormente hubo algún acercamiento; Cicerón no pudo por menos de felicitar a Dolabela por sus invectivas contra Antonio, a quien Cicerón no podía sufrir. Las animosidades personales solían tener un gran peso sobre las relaciones políticas. Dolabela y Marco Antonio, hombres de confianza ambos de César, habían estado enfrentados durante años de resultas de cierta indiscreción por parte de la por entonces esposa de Marco Antonio. (La misma razón, de hecho, por la que de repente

se convirtió en su exesposa). Desde luego, a veces parecía que en Roma no hubiera más de media docena de mujeres, y Cicerón estaba convencido de que Marco Antonio se había acostado con todas.

Tiempo atrás, alguien definió la política como «la organización sistemática de los odios»,<sup>[83]</sup> y, en efecto, no hay mejor manera de describir el estado de Roma en los años posteriores a los idus, años en que la animadversión personal, más que el disenso político, dividió tanto a los asesinos de César como a sus herederos y hasta a los pompeyanos, todos y cada uno de los cuales parecían poseer ejércitos, programas y ambiciones propias. De toda aquella nutrida nómina de venganzas personales, ninguna fue tan cruel como la de Cicerón y Marco Antonio. La mala sangre entre ambos se remontaba a décadas atrás. El padre de Antonio había fallecido cuando éste contaba diez años, dejando tal cantidad de deudas que Antonio prefirió renunciar a la herencia. Más tarde, su padre adoptivo, célebre orador, fue sentenciado a muerte por orden de Cicerón. De su padre heredó Marco Antonio el carácter alegre y caprichoso, propenso a los cambios bruscos; de su madre —según todas las opiniones, una fuerza de la naturaleza— parece proceder el gusto por las mujeres competentes y resueltas, sin las cuales Marco Antonio se habría autodestruido mucho antes de marzo del año 44. Para entonces su vida lindaba la catástrofe. Ya de adolescente, había hecho buena la reputación de insolvente de la familia, y su incuestionable valía como militar cedía tan sólo ante la fama de sus juergas, sufridas incluso por sus tutores.<sup>[84]</sup> Disfrutaba con la buena vida, las grandes fiestas y las malas mujeres. Era generoso hasta extremos innecesarios, cosa fácil cuando lo que se regala pertenece a otros. A Antonio podía aplicársele, y aun con mayor razón, lo que se decía de cierto tribuno anterior: que era «pródigo de la fortuna y también de la vergüenza propia y ajena».<sup>[85]</sup> Distinguido oficial de caballería, Antonio poseía toda la gracia de César, pero ni el más leve asomo de su templanza. De hecho, si los conspiradores habían concluido que no representaba ningún peligro para ellos, había sido precisamente por razón de su inconstante carácter.

Tras los idus, Marco Antonio vivió su momento de gloria: era el gran hombre del momento, al menos hasta la llegada de Octaviano. Cleopatra todavía no había llegado aún a Alejandría cuando afloraron los primeros signos de tensión, por lo demás bien poco discretos: «Y por todas partes de la ciudad —declara Apiano—, subiéndose a un lugar elevado, [Octaviano] gritaba contra Antonio». Antonio podía humillarlo todo lo que quisiera, podía condenarlo a la pobreza, clamaba Octaviano, pero debía detener «el saqueo de su hacienda hasta que los ciudadanos se lleven su parte de la herencia».<sup>[86]</sup> Una vez distribuida ésta, podría quedarse con todo lo demás. Aquello sulfuraba a Antonio, que aprovechaba la menor ocasión para estorbarlo y cubrirlo de insultos. El Senado no movió un dedo por refrenarlos, antes bien, como dice Dión y predijo el propio Antonio, «trató de enfrentarlos».<sup>[87]</sup> Viendo que los magnicidas se hacían cada vez más fuertes, los hombres de Antonio intentaron reconciliarlos. Finalmente, Antonio se disculpó y prometió contener su temperamento, siempre y cuando

Octaviano se comprometiera a hacer lo mismo.<sup>[88]</sup> Se sucedieron una serie de treguas precarias. Antonio rompió la segunda con imputaciones gravísimas: en octubre, acusó a Octaviano de haber sobornado a sus guardaespaldas para que lo asesinaran. (En realidad, Octaviano sólo había intentado sobornarlos para que defecionaran, práctica que con él se convertiría en habitual. En cuanto a la seguridad de Marco Antonio, Octaviano en persona se ofreció para montar guardia junto a su cama). Para la mayoría, la acusación era ridícula, pero algunos le dieron crédito. Eso hizo que Octaviano perdiera los papeles y que, para limpiar su nombre, se rebajara en cierta ocasión hasta el punto de aporrear la puerta de Marco Antonio lanzando imprecaciones contra sus sirvientes y la puerta de la casa.<sup>[89]</sup>

Mientras, Cicerón, a quien Octaviano trataba de cortejar escribiéndole a diario, procuraba ganar tiempo. La coyuntura era delicada: si Octaviano se hacía con el poder, los magnicidas estarían perdidos; Octaviano, además, pese a ser muy influenciable, se mostraba impermeable al consejo de los mayores. Pero lo que por encima de todo incomodaba a Cicerón eran los floridos encomios que el muchacho dedicaba a César. «Por otra parte —razonaba Cicerón—, si Octaviano resulta vencido, Antonio será insoportable, de aquí que uno no sepa a quién desear.»<sup>[90]</sup> Antonio estaba obsesionado con saquearlo todo; Octaviano, con tomar venganza. Tras muchos titubeos y vacilaciones, Cicerón alcanzó una conclusión, que a partir de entonces repitió como un mantra: «Quien logre vencer a Antonio, éste acabará con la guerra más cruel y la más peligrosa de todas».<sup>[91]</sup> En otoño del año 44, la defensa de la república, o lo que de ella quedaba, se convirtió para Cicerón en sinónimo de mortificar a Antonio, al cual no dejó de denigrar a lo largo de los seis meses siguientes. Fue en el curso de aquellas angustiosas semanas que Cleopatra se vio involucrada con los verdaderos enemigos de Antonio y Octaviano, al colaborar con Dolabela y Casio.

Con las virulentas invectivas conocidas como *Filípicas*, Cicerón se proponía acabar con el antiguo lugarteniente de César. Antonio era en el mejor de los casos un «granuja desvergonzado»; en el peor, un loco imprevisible, borracho, indecente, insolente, depravado, licencioso y cleptómano. «No debemos pensar en él como en un hombre cualquiera —declara Cicerón—, sino como en una bestia de lo más cruel.»<sup>[92]</sup> Antonio proporcionaba a Cicerón todo tipo de motivos de censura: malversaba fondos, provocaba escándalos, se apropiaba de lo ajeno y llamaba la atención, llegando en cierta ocasión, según se dice, a pasearse por Roma en un carro tirado por leones. En él se personificaban la fiesta y el desenfreno. Su popularidad se debía en buena medida a sus espectaculares proezas, sus hombres lo adoraban y, aunque le gustaba divertirse, Cicerón exagera cuando lo conmina a «dormir la borrachera». Claro que Cicerón disfrutaba exagerando y pregonando las ignominias de Antonio. El orador no olvidaría nunca la mañana en que Antonio, momentos antes de intervenir ante el Senado, vomitó los asquerosos restos de un banquete de boda sobre su propio regazo. A partir de entonces se convirtió en «ese bruto que eructa» y

que «no habla, sino que vomita».<sup>[93]</sup> Todas sus ambiciones se cifraban en mantener a los actores, jugadores y proxenetas de Roma, punto sobre el cual Cicerón era capaz de disertar hasta la saciedad. En este sentido, había dicho tiempo atrás: «Es fácil lanzar acusaciones contra las malas costumbres. A mí hasta el día se me haría corto si intentara expresar lo que, en este sentido, puede decirse. Hablar de las seducciones, de los adulterios, de la desvergüenza, del despilfarro, sería un discurso interminable».<sup>[\*][94]</sup> Tal resultó en el caso de Marco Antonio.

Mientras se producían estos ataques, entraron en juego otros dos factores. Octaviano, por un lado, pasó de ser el «muchacho» a convertirse en «mi joven amigo», «este joven extraordinario» y, más tarde, «ese joven enviado del cielo», en cuyos hombros descansaban las esperanzas de Roma. Por otro, se descubrió a una cómplice de los crímenes de Antonio. Haciéndose eco de toda clase de pruebas, rumores e infundios, Cicerón incluyó en sus diatribas a Fulvia, esposa de Antonio desde hacía tres años. Según Cicerón, Fulvia también había participado en las elecciones de cargos, las subastas de provincias y las malversaciones de fondos públicos, y denunciaba su codicia, ambición, crueldad y malicia. Antonio era culpable del peor crimen de que pudiera acusarse al antiguo lugarteniente de César: Marco Antonio, aseguraba, había «obedecido con más rapidez a una mujer en extremo avara que al Senado y al pueblo romano».<sup>[97]</sup> Los embates de Cicerón en pro de la decencia le fueron como anillo al dedo a Octaviano, que habría de hacerlos suyos sin reconocer nunca su deuda con el gran orador.

En noviembre del año 43, a Octaviano y Antonio no les quedaba más opción que unir sus fuerzas. Ese mismo invierno, Bruto y Casio se reunieron en el Egeo oriental, después de que Casio renunciase a marchar contra Cleopatra. Los magnicidas disponían de armas y dinero, de modo que, obligados por la necesidad, Antonio y Octaviano se tragaron su mutuo desprecio y pactaron una alianza formal. La alianza incluía a Lépido, que capitaneaba un ejército especialmente valeroso. Más tarde ese mismo mes, los tres tuvieron concilio en una pequeña isla en las cercanías de la actual Bolonia con el fin de crear «una nueva magistratura por la ley para dar salida a los conflictos civiles».<sup>[98]</sup> Se registraron mutuamente en busca de armas ocultas y se sentaron a parlamentar a la vista de sus ejércitos. Así pasaron dos días, discutiendo del alba al ocaso, cosa lógica teniendo en cuenta lo conflictivo de sus intereses. Más tarde, el historiador romano Floro resumiría la reunión en estos términos: «A Lépido lo espoleaba la ambición de riquezas por las transformaciones políticas del Estado, a Antonio el deseo de venganza sobre aquellos que lo habían declarado enemigo público, a César [Octaviano], que su padre todavía no estaba vengado y que Casio y Bruto fueran una ofensa para los manes de aquél».<sup>[99]</sup> Transcurridos dos días, los tres sellaron un acuerdo en virtud del cual básicamente se declaraban dictadores por un período de cinco años y se dividían los territorios del imperio. Los tres juraron

respetar el pacto y se estrecharon las manos. En tierra firme, sus ejércitos se saludaron exultantes unos a otros. El acuerdo —que sería conocido como Segundo Triunvirato— entraría en vigencia en enero del año 42. Cleopatra suspiraba aliviada. Juntos, Octaviano y Antonio tenían posibilidades. Ella no habría podido resistir a las fuerzas combinadas de Bruto y Casio, quienes no mostrarían clemencia alguna hacia una aliada de César, y mucho menos hacia la corregente de su hijo.

Los nuevos triunviros estudiaron también la acuciante cuestión de las finanzas. El dinero estaba en Asia, de donde fluía sin obstáculos hacia las arcas de los asesinos. En Roma, el tesoro seguía vacío. La tesitura obligaba a considerar la cuestión de las enemistades personales. En privado, los tres líderes redactaron una lista conjunta. Para ello, como quien intercambia caballos, canjearon «a sus amigos más fieles a cambio de sus más odiados enemigos».<sup>[100]</sup> Antonio sacrificó a un tío muy querido por Cicerón. Lépido renunció a un hermano. Las posibilidades de sobrevivir eran escasas sobre todo para quienes poseían riquezas. «Añadieron a la lista unos nombres tras otros, unos por enemistad, otros simplemente por rencor o porque eran amigos de sus enemigos o de sus amigos o porque destacaban por su riqueza», nos informa Apiano.<sup>[101]</sup> Luego, cada cual por su parte, los triunviros regresaron con sus hombres a Roma, donde provocaron un baño de sangre. «La ciudad entera —señala Dión— se llenó de cadáveres»,<sup>[102]</sup> que en muchos casos eran abandonados en plena calle, donde los devoraban los perros y los pájaros, o arrojados al río. Algunos de los condenados buscaban refugio en pozos y cloacas. Otros intentaban esconderse en las chimeneas.<sup>[\*]</sup>

El 7 de diciembre del año 43, tras desechar varios planes de evasión, Cicerón se hallaba en su casa de campo al sur de Roma. Se había echado para descansar cuando un cuervo entró por la ventana y empezó a picotear la colcha. Sus criados vieron en ello presagios de un peligro inminente y rogaron a Cicerón que les permitiera llevarse a la costa. El camino pasaba por un tupido bosque que les daría protección. Reticente, subió a su litera con un ejemplar de Eurípides en la mano. A los pocos minutos, se presentó un centurión en la puerta de la casa. Tras conseguir la información necesaria, partió a toda prisa para interceptar la litera. Cicerón ordenó a sus asustados criados que lo depositaran entre los árboles; quería mirar a su asesino a los ojos. El gran hombre estaba sucio y demacrado, «agotado por la congoja».<sup>[103]</sup> Descorrió la cortina y estiró el cuello todo lo que pudo para facilitar el corte. Sospechaba que estaba en manos de un aficionado y no se equivocaba. Con un golpe sin mucha traza, la cabeza de Cicerón quedó separada del cuerpo. Siguiendo las órdenes de Antonio, las manos del autor de las *Filípicas* fueron también cercenadas para exponerlas en el Senado. Se dice que Fulvia —antigua enemiga de Cicerón por motivos personales— escupió sobre su cabeza y que, tras hacer que le abrieran la boca, le atravesó la lengua con una horquilla.<sup>[104]</sup> En total, dos mil romanos prominentes perdieron la vida, entre ellos una tercera parte del Senado. Los triunviros habían barrido a la oposición en Roma y se encontraban al mando de cuarenta y tres

legiones, pero las proscripciones habían resultado menos provechosas de lo esperado: seguían sin un talento en las arcas.

Diez meses después, los ejércitos de Casio y Bruto chocaron con los de Antonio y Octaviano en las proximidades de Filipos, en una vasta llanura del este de Macedonia. Se libraron dos batallas sin precedentes en cuanto a escala o devastación. Uno de los bandos pretendía conducir a Roma hacia la autocracia. El otro luchaba aún por la república. Ambos se componían de guerreros veteranos y con un adiestramiento similar; sería difícil prevalecer sobre un enemigo que hablaba el mismo idioma, formado en las mismas tácticas y sometido a un entrenamiento idéntico. Ambos ejércitos, de más de cien mil hombres, se enzarzaron en un feroz combate cuerpo a cuerpo y, rodeados de sofocantes nubes de tierra, intercambiaron estocadas y golpes a mano desnuda, entrechocaron los escudos, gritaron de agotamiento, lanzaron penosos gemidos y sufrieron numerosas bajas. Fue necesaria una segunda batalla para que Octaviano y Antonio —con sus hombres al borde de la inanición— vencieran a los republicanos. Casio se suicidó con la misma daga que le había clavado a César. Bruto se atravesó con su propia espada. Los vencedores reaccionaron de forma distinta al hallar su cuerpo. Antonio se despojó de su delicada capa púrpura y cubrió el cadáver para que su antiguo compañero fuera enterrado con ella. Poco después, llegó Octaviano, que mandó separar la cabeza del cuerpo de Bruto para exhibirla en Roma. [\*][105]

Filipos fue todavía una batalla de ideales; a su conclusión, fue posible decir que la libertad y la democracia habían fracasado y que la muerte de César había sido vengada. Antonio se afeitó la barba que se había dejado crecer en señal de luto. Marco Antonio y Octaviano se habían quedado sin motivos de discordia, así que tendrían que inventárselos; todo pretexto sería bueno. Al otro lado del Mediterráneo, Cleopatra —ocupada con su propia crisis nacional— habría tenido derecho a preguntarse por qué los romanos no adoptaban de una vez el modelo monárquico, con el que se habrían ahorrado la orgía de sangre que sus ambiciones personales les habían costado en los últimos años. Tiempo después, Dión observaría que la palabra democracia tiene un sonido agradable, «pero en sus hechos se pone de manifiesto que no coincide en absoluto con su nombre. La palabra monarquía, por el contrario, resulta muy molesta al oído, pero es la forma de gobierno que tiene más ventajas. Porque es más fácil encontrar un hombre bueno que muchos». [106]

En el año 42, Antonio y Octaviano volvieron a repartirse el Mediterráneo, en esta ocasión relegando a Lépido al margen. Tras firmar el acuerdo, se partieron cada cual por su lado. Antonio alcanzó gran gloria y podría decirse que fue la parte más favorecida. Su nombre quedó ligado a la victoria de Filipos, cosa que le reportaría fama de invencible e inspiraría terror a sus enemigos en lo venidero. [107] Partió hacia Oriente, con el fin de restablecer el orden y recaudar fondos. Octaviano había pasado buena parte del último mes enfermo y abandonó el lugar de la batalla en litera. Se dirigió hacia Occidente, donde esperaba restablecerse. Su intención era desmovilizar



el ejército y distribuir tierras entre sus veteranos, a quienes se pagaba sólo una vez concluida la campaña. El mundo se hallaba en manos de dos hombres con intereses diametralmente opuestos y caracteres radicalmente distintos: el uno, implacable, calculador y paciente; el otro, sentimental, simple e impulsivo. Eso significaba que la guerra civil continuaría durante el resto de la vida de Cleopatra. De no haber sido así, es probable que ni siquiera hubiéramos oído hablar de la última reina de Egipto, quien encarnó un papel que —gracias en parte a Cicerón— parecía escrito a su medida.

## A MENUDO HAY QUE GIRAR LAS VELAS PARA LLEGAR A PUERTO

«Por lo demás, ¿en qué difiere que gobiernen las mujeres o que los gobernantes sean gobernados por las mujeres? El resultado es el mismo».

ARISTÓTELES<sup>[1]</sup>

Después de la visita de Delio, después de escuchar lo específico de sus instrucciones, Cleopatra se quedó paralizada. Motivos no le faltaban: la situación era volátil, y los riesgos, inmensos. Tras tantos años sorteando las luchas internas y las traiciones que acaecían en Roma, lo último que quería era dar un paso en falso. Delio no le había exigido explicaciones, pero se las debía de todos modos. Cuando los cesarianos la habían necesitado, se había mantenido al margen. Ni siquiera había emitido una declaración de neutralidad. Intencionadamente o no, había respaldado a los asesinos de su amante. No tenía otra opción que rendir cuentas. En tanto que reina vasalla, y en tanto que amiga y aliada de Roma, lo único que podía hacer era reunirse con Marco Antonio y tratar de calmarlo. Seguramente habría preferido no tener tratos con él —pues sabía muy bien lo que se proponía el romano—, pero Antonio tenía el mando de Oriente, y Egipto caía dentro de su jurisdicción. Además, era el celebrado héroe de Filipos, donde se decía que había estado en todas partes y lo había hecho todo a la vez.<sup>[2]</sup> Durante el avance de sus legiones por Asia, las multitudes extasiadas lo habían saludado en Atenas y lo habían recibido como a un dios en Éfeso. A sus cuarenta y dos años, su pelo ensortijado, su rotunda mandíbula, su fino perfil y sus anchos hombros todavía destilaban salud y vigor. Se instaló en Tarso, la floreciente capital administrativa de Cilicia, cerca de la costa sureste de la actual Turquía. Desde aquella vasta llanura circundada de montañas escarpadas, convocó a Cleopatra. Las solicitudes llegaban una tras otra, y ella dejaba que fueran acumulándose.

¿Trataba así de ganar tiempo o quizá estaba ocupada en algún gran preparativo? No puede acusársela de titubear, pero en más de una ocasión prefirió dejar que las aguas volvieran a la calma antes de actuar. Ésta, al parecer, fue una de ellas. Plutarco asegura que no actuó así por miedo —aunque habría estado justificado: otros fueron castigados por su falta de colaboración—, sino que atribuye su tardanza a motivos estratégicos. Cleopatra confiaba en las tranquilizadoras palabras de Delio, pero aún más en sus propios poderes, que por entonces se hallaban en plenitud. César «la había conocido en su juventud, cuando aún era una chiquilla sin experiencia del mundo —afirma Plutarco—, pero ahora ella iba a encontrarse con él [Antonio] en ese momento en el que las mujeres resplandecen en su belleza y su inteligencia está en su apogeo».

[3] (De acuerdo con un astuto comentarista, «reconforta ver que Plutarco sitúa el culmen de la belleza en edad tan tardía, a la vez que desazona verlo situar el apogeo intelectual en edad tan temprana».[4] Recordemos que Cleopatra no contaba aún treinta años). «Depositando sus esperanzas en la mágica fascinación que le proporcionaban sus bien aderezados encantos personales», partió al fin, mas no porque estuviera lista o porque no pudiera dilatar más la partida, sino por desdén hacia el triunviro. Antonio y sus colaboradores le habían remitido numerosas misivas, pero ella «se lo tomaba todo a la ligera». Si al fin zarpó, concluye Plutarco, fue en señal de desprecio a los requerimientos del romano.[5] Corría el final del verano.

Por mucha confianza y desdén que hubiera en su ánimo, Cleopatra no dejó nada al azar. Era como si supiera que el destinatario de su actuación no iba a ser sólo Marco Antonio, sino también la posteridad. Cleopatra había oído hablar sin duda de los ostentosos recibimientos que en otros lugares se le habían dedicado a Antonio. Por todo el continente quedaba a su paso una estela de incienso y festejos. En Éfeso, las mujeres de la ciudad le habían dado la bienvenida vestidas de bacantes, y los hombres, de faunos y sátiros. Entonando cantos dionisiacos, lo habían escoltado hasta el interior de la ciudad, decorada toda con hiedra y resonante de caramillos, flautas, harpas y gritos de aclamación. Empezaron a llegarle invitaciones; Asia entera le rendía homenaje y buscaba su favor. Por Delio y por otros, Cleopatra sabía que estaba entrando en una reñida competición por ganarse la atención de Antonio, pero parecía decidida a protagonizar un despliegue digno de elevar a Plutarco a la altura de Shakespeare y de inspirar a éste sus mejores versos. Y lo consiguió. De todas las entradas memorables registradas en los anales —la del caballo de madera en Troya; la de Cristo en Jerusalén; la de Benjamin Franklin en Filadelfia; la de Enrique IV, Charles Lindbergh y Charles de Gaulle en París; la de Howard Carter en la tumba de Tutankamón; la de los Beatles en el programa de Ed Sullivan—, la de Cleopatra es la única que exhala un aura iridiscente y, entre densas nubes de incienso, toma por asalto los cinco sentidos de forma simultánea. Lo más probable es que recorriera los mil doscientos kilómetros que la separaban de Éfeso por mar, a bordo de una galera, atracando por las noches en las costas de Oriente Próximo, como en viajes anteriores.

[6] En la desembocadura del Cidno se abría una laguna, donde es posible que Cleopatra hiciera pasar a su séquito a una gabarra ricamente guarnecida para continuar el viaje río arriba, trayecto que en la Antigüedad no debía de superar los quince kilómetros. Una galera con dotación completa se componía de ciento setenta remeros, pero puede que Cleopatra se viera obligada a prescindir hasta de una tercera parte de ellos. Tras ella, iría una escolta de naves de suministro. El barco de la reina debía de dar la impresión de un vistoso escenario. Vida y leyenda rara vez coinciden en la historia de Cleopatra, pero la llegada a Tarso debió de ser una de esas raras ocasiones en que ambas concuerdan.

La presencia de la reina de Egipto siempre era un acontecimiento, pero Cleopatra se encargó de que aquél fuera un evento de veras único. En un mundo

semianalfabeto, la imagen lo era todo. Cleopatra remontó las relucientes y cristalinas aguas del río cruzando la llanura entre explosiones de color, sonido y olores. Su gabarra de popa dorada y velas de color púrpura hacía innecesario recurrir a magias o ensalmos; no era así como viajaban los romanos. Los remos de plata entraban y salían del agua despidiendo destellos bajo la luz del sol. Su regular chapoteo hacía las veces de sección rítmica para la orquesta de flautas, caramillos y liras que sonaban en la cubierta. Por si a alguien le cabía duda, Cleopatra confirmó ese día que era una gran directora de escena: «Ella misma reposaba a la sombra de un baldaquín bordado en oro, adornada de la misma forma que Afrodita en las pinturas, mientras dispuestos a ambos lados unos niños, vestidos también como esos Amores de los cuadros, le daban aire; asimismo, las doncellas de más destacado porte de su séquito iban vestidas de Nereidas y Gracias, algunas manejando el timón y otras los cabos; y sugerentes aromas, que exhalaban de ricos perfumes, se fueron vertiendo por las orillas». Ni Homero habría podido ingeniar semejante estampa.

La noticia corrió rauda, más aún que aquella extravagante visión exhaladora de mil fragancias, pero ésa debía de ser la intención. Desde el comienzo del viaje, la multitud se había congregado a lo largo de la orilla del río turquesa para no perderse el desfile de Cleopatra. Al aproximarse a Tarso, los habitantes de la ciudad salieron a esperar su gloriosa aparición. La ciudad acabó por vaciarse, y Antonio, que en ese momento atendía sus negocios bajo el agobiante calor de la plaza del mercado, terminó quedándose solo en la tribuna. Cleopatra mandó anunciarle —en una maniobra tan hábil desde un punto de vista diplomático como teatral— que «Afrodita acudía ante Dioniso por el bien de Asia».<sup>[7]</sup>

Nada que ver con aquella muchacha salida de un saco de cáñamo, aunque los resultados fueran parecidos. No hay mejor prueba de que Cleopatra tenía facilidad para las lenguas y que las manejaba con fluidez. Como señala Plutarco, se movía con especial soltura en el registro de la adulación, cuyas reglas dominaba a las mil maravillas: «Fingiéndose semejanza de gustos, ocupaciones y costumbres, el adulador se aproxima de forma gradual a su víctima y acomoda su color al de ésta, hasta que se apodera de ella y la torna dócil a sus caricias».<sup>[8]</sup> Su estrategia no habría sido mejor si hubiera tenido un profundo conocimiento de su interlocutor. Es posible que ella y Antonio se hubieran conocido años atrás, hallándose él en Alejandría con la misión de restaurar a Auletes. (Cleopatra tenía trece años por entonces). Durante la estancia de César en Egipto, Marco Antonio había enviado a Alejandría a un agente para tratar un negocio personal. Tenía intención de comprarle a César una finca agrícola, transacción que quizá llegara también a oídos de Cleopatra. Puede que también coincidieran en Roma, donde tenían negocios en común. Comoquiera que fuese, la reina estaba al corriente de la reputación del triunviro. Sabía que era aficionado al teatro, cuando no al melodrama, y que en política tan pronto podía mostrarse astuto como totalmente inepto, lo mismo sagaz que imprudente, audaz y al mismo tiempo temerario. El espectáculo de aquella llegada confirma sin lugar a dudas que Cleopatra

conocía sus gustos. Ella era una de las pocas personas en el mundo capaz de satisfacerlos. Y es que a pesar de las dificultades de los años anteriores, seguía siendo la persona más rica del Mediterráneo.

Antonio correspondió al saludo de Cleopatra invitándola a cenar. Lo que ocurrió a continuación es revelador del carácter de ambos, así como de la clase de comportamientos que Cicerón deploraba. Antonio pecó de dócil, y Cleopatra, sin duda, de petulante. Como ofrecer la primera cena era un signo de prestigio, la reina insistió en que fuera él quien aceptara su invitación y acudiera con cuantos amigos desease. Prerrogativas de su rango. Todo apunta a que se proponía marcar las reglas del juego de buen principio: la reina no aceptaba convocatorias; las emitía. «Queriendo pues tener un gesto de cortesía y caballerosidad con la soberana, [Antonio] cedió y fue a verla», escribe Plutarco,<sup>[9]</sup> antes de enfrentarse a una estampa asombrosa para la cual —ni aun en griego— no halló palabras. Los preparativos de Cleopatra desafiaban toda descripción. Lo que más sorprendió a Antonio fue el elaborado entramado de luces suspendidas entre las ramas de los árboles, desde las que se derramaba una reluciente filigrana de rectángulos y círculos que iluminaba la calurosa noche de verano, creando «un espectáculo digno de ver por su belleza».<sup>[10]</sup> La escena es tan impresionante que el propio Shakespeare delega en Plutarco, que ya había desbrozado el camino. Sin duda, algo curioso ocurre cuando el mayor de los poetas isabelinos se conforma con plagiar a un sobrio historiador.

Aquella noche, o alguna de las siguientes, Cleopatra preparó doce salones de banquetes, en los que colocó treinta y seis triclinios forrados con ricas telas. Detrás de éstos, colgaban varios tapices de color púrpura bordados con hilo brillante. Ordenó que se sirviera la mesa con vasijas de oro ricamente trabajadas y con incrustaciones de piedras preciosas. Dadas las circunstancias, hemos de creer que también ella quisiera estar a la altura de la ocasión y se adornase con joyas. Además de por las perlas, los egipcios tenían debilidad por las piedras semipreciosas —águas, lapislázulis, amatistas, cornalinas, granates, malaquitas, topacios— incrustadas en colgantes de oro, brazaletes de fina factura y largos pendientes.<sup>[11]</sup> Antonio, al llegar, no pudo por menos de quedar estupefacto al ver tan magnífico despliegue. Cleopatra esbozó una sonrisa modesta. Se había hecho todo con prisa. La próxima vez saldría mejor. Luego «le dijo que le ofrecía todo aquello como regalo, y lo invitó a que fuera a cenar con ella de nuevo al día siguiente, junto con sus amigos y oficiales».<sup>[12]</sup> Al final de la comida, despidió a sus invitados regalándoles todo lo que habían admirado: las telas, la vajilla con incrustaciones de gemas e incluso los triclinios.

La suntuosidad del siguiente banquete dejó el primero a la altura de un refrigerio espartano. Al volver cuatro noches más tarde, Antonio se encontró con un lecho de rosas que le cubría hasta las rodillas. Sólo las flores habían costado un talento, el equivalente al estipendio de seis médicos en un año. El aroma de los perfumes debía de ser embriagador bajo el tórrido calor de Cilicia. Al final de la velada, no quedaban más que las rosas pisoteadas. Como la vez anterior, Cleopatra repartió los muebles

entre sus invitados; al final de la semana, los hombres de Antonio tenían la casa llena de triclinios, muebles aparadores, tapices y otros obsequios muy apropiados para combatir el agobio de aquellas noches estivas: para los de mayor rango, «literas junto con los porteadores, aunque a la mayoría los proveyó de caballos adornados con jaeces de plata».<sup>[13]</sup> Para facilitarles el camino de vuelta, Cleopatra envió con cada uno de sus invitados a un esclavo etíope provisto de una antorcha. Aunque admiten que las palabras no hacen justicia al esplendor del campamento,<sup>[14]</sup> los autores antiguos no dudan en describirlo, aunque pocos sin duda logran plasmar de forma fiel las maravillas que ahí se vieron. No es que Antonio no fuera espléndido: los reyes llamaban de continuo a su puerta, «y sus esposas, rivalizando unas con otras por recibir sus regalos y mostrarse bellas, aceptaron incluso prostituirse con él»;<sup>[15]</sup> pero Cleopatra superaba a cualquiera en pompa y fantasía. Cesarión, que por entonces tenía seis años, no acompañó a su madre en ese viaje.

Plutarco admite que Cleopatra tenía «un punto irresistible» y poseía «el don de la palabra»;<sup>[16]</sup> pero Apiano es el único que intenta recrear las conversaciones que tuvieron lugar durante aquellas primeras reuniones en Tarso. ¿Cómo justificó Cleopatra su comportamiento? No sólo no había hecho nada por vengar la muerte de César, sino que había auxiliado a Dolabela, aspirante a magnicida y hombre por cuya causa Antonio se había divorciado de su esposa. Su falta de colaboración resultaba desconcertante. Cleopatra, en lugar de mostrarse contrita o extenderse en disculpas, se limitó a enumerar todo lo que había hecho por Antonio y Octaviano.<sup>[17]</sup> Ciertamente, había ayudado a Dolabela, y habría sido aún más generosa con él de haberlo permitido el tiempo, pues ella en persona había intentado hacerle llegar una flota y abastecimiento. Pero, pese a sus continuas amenazas, también había rechazado las demandas de Casio, ante el cual no había cedido ni siquiera al enterarse de que le tendía una emboscada. Después de que la tempestad hundiera su flota, lo único que le había impedido volver a zarpar había sido su precario estado de salud. Para cuando se hubo repuesto, Marco Antonio era ya el héroe de Filipos. Hablaba con seguridad, con gracia y —como Antonio debía de deducir al verla caracterizada como Afrodita— convencida de su inocencia.

En un momento dado, salió a colación la cuestión dineraria, que en buena medida explicaba los alardes de lujo de Cleopatra. Era una manera de demostrarle su utilidad a un hombre que buscaba fondos. Las arcas de Roma seguían vacías. Los triunviros habían prometido 500 dracmas —una vigésima parte del talento— a cada soldado y tenían a más de treinta legiones a su servicio. Aparte, el sucesor de César —e incluso el vencedor de Filipos— estaba en cierto modo obligado a emprender una campaña contra Partia. Los partos habían hecho causa común con los magnicidas y eran una nación inquieta y ávida de territorios. Antonio, además, debía vengar la humillante derrota romana del año 53. El último general que se había aventurado más allá del Tigris no había regresado: se sabía que le habían cortado la cabeza para usarla de decorado en una obra de Eurípides y que sus once legiones habían sido masacradas.

Si conseguía una espectacular victoria militar, Antonio se aseguraría de una vez por todas la supremacía en Roma. Y cuando los romanos pensaban en Partia, sus pensamientos se deslizaban inevitablemente hacia Cleopatra, la única monarca capaz de financiar una operación de tales dimensiones.

Marco Antonio pudo por fin corresponder a las invitaciones de Cleopatra ofreciéndole un banquete. No es de extrañar que se sintiera «obligado a honrarla superándola en elegancia e ingenio»; tampoco lo es que no consiguiera ni una cosa ni la otra. La posteridad acusaría a Cleopatra de turbarle el entendimiento a Antonio, y hay que admitir que quizá en este caso concreto sea cierto; la mayoría de los romanos se habrían cuidado mucho de intentar aventajar en opulencia a un Ptolomeo. Una vez más, Cleopatra dio pruebas de su capacidad de adaptación y demostró mayor habilidad que Antonio a la hora de jugar según reglas ajenas. Viendo que Antonio bromeaba sobre la inferior calidad de su comida y «la sobriedad y rusticidad de su recibimiento»,<sup>[18]</sup> Cleopatra le siguió la corriente y se burló de él, demostrando con ello ser buena compañía para un hombre capaz de reírse de sí mismo tan a gusto como si se riera de otro. La reina, en efecto, se sumó encantada a las bromas de Antonio: «Advirtió que había, en su trato, mucho de esa rudeza propia del guerrero, por lo que se sirvió también de ese mismo tono atrevido y socarrón».<sup>[19]</sup> Probada su condición de soberana y exhibida su riqueza, Cleopatra podía permitirse adoptar el papel de amiga. Es improbable que nadie en su séquito hubiera visto esa faceta suya con anterioridad.

Su capacidad para amoldarse al instante a las necesidades de la situación, sus habilidades dialécticas y su irresistible encanto estaban más allá de toda duda, pero además se vio favorecida por las circunstancias. Fuera cual fuera su grado de conocimiento mutuo, Cleopatra y Marco Antonio tenían mucho en común. Nadie tenía tantos motivos como ellos para sentirse contrariado por el testamento de César o la aparición de su heredero adoptivo. Ambos se aferraban con todas sus fuerzas a los restos de la toga cesariana. Antonio había defendido la divinidad de Cesarión ante el Senado y empezaba a reclamar dignidades celestiales para su propia persona; Cleopatra, pues, no era la única que se arrojaba con las prendas de la divinidad. A diferencia de la mayoría de romanos, Antonio tenía experiencia en el trato con mujeres de carácter y talento. Su propia madre lo había desafiado a matarla con ocasión de cierto desencuentro de carácter político. Antonio sabía cómo dirigirse a una mujer en una cumbre política o en una conferencia financiera, y no otra cosa era la reunión de Tarso, pese a los intentos de Cleopatra por convertirla en un espectáculo de culto. Fulvia era rica, estaba bien relacionada y su astucia y coraje no eran inferiores a su propia belleza. Por ella había renunciado Antonio a la actriz más popular de Roma, amante suya de muchos años. No era Fulvia de las que se quedaban hilando en casa, sino más bien de las que deseaban «gobernar a quien gobierna y

comandar a quien comanda».<sup>[20]</sup> A lo largo de aquel invierno, no sólo representó los intereses de Antonio en Roma, sino que tomó parte activa en la cosa pública «a fin de que ni el Senado ni el pueblo llevaran a cabo iniciativas contrarias a su arbitrio».<sup>[21]</sup> Había ido de puerta en puerta por las casas de los senadores para saldar las deudas de su marido y en breve reuniría para él ocho legiones. Durante la ausencia de Antonio el año anterior, Fulvia había sido su valedora en lo político y lo militar, llegando incluso a ceñirse la armadura.

Las pretensiones divinas de Cleopatra no incomodaban lo más mínimo a Marco Antonio, quien de camino a Tarso había sido aclamado —como Cleopatra bien sabía— como el nuevo Dioniso. También el dios había hecho una gira triunfal por Asia. En este sentido, las pretensiones de Antonio no sólo coincidían con las de Cleopatra, sino que encajaban con la tradición ptolemaica. Su familia se reclamaba descendiente del dios del vino y el éxtasis y estaba iniciada en su místico culto. El padre de Cleopatra había añadido el título de «Nuevo Dioniso» a su nombre, lo mismo que su hermano por un corto período, y en Alejandría, junto al palacio, se erigía un teatro dedicado a Dioniso en el cual César había establecido su puesto de mando en el año 48. Puede que para Marco Antonio la identificación con el dios fuera todavía más fuerte. Aunque su culto fuera uno de los más extendidos y él fuera la deidad griega más importante de la época, Dioniso era un recién llegado en el panteón olímpico, donde se lo consideraba un advenedizo. Era un dios bromista, travieso y alegre, pero —con sus brillantes y perfumados rizos— arrastraba consigo cierta fama de afeminado, cosa que le confería un carácter decididamente extranjero, aun siendo el más benevolente de los dioses. Uno de los antepasados de Cleopatra había llegado a invocar su ascendencia dionisiaca para disculpar su desaparición en el campo de batalla. Pero lo peor era que Dioniso embotaba los sentidos a los hombres y fortalecía a las mujeres. Si después de Filipos Oriente hubiese quedado en las manos de Octaviano en lugar de las de Antonio, no cabe duda de que Cleopatra se habría adaptado, pero se habría encontrado en franca desventaja. Ciertamente es que dominaba muchas lenguas, pero algunas mejores que otras.

El escenario no podía ser más adecuado. Tarso estaba rodeada por los cuatro costados de escarpadas montañas boscosas alfombradas de flores silvestres. Sede administrativa a la vez que centro de estudio, se trataba —como señalaría una generación más tarde el apóstol Pablo, nacido en ella— de una ciudad «no insignificante».<sup>[22]</sup> Tarso era famosa por sus escuelas de filosofía y oratoria, y podía presumir de lujosas fuentes y baños, además de una espléndida biblioteca. Recorría la ciudad un río de rápidas y frías aguas de color azul verdoso que tenían de cristalinas todo lo que el Nilo tenía de turbio. Al llegar a Tarso tres siglos antes, Alejandro Magno había arrojado las armas al suelo y se había zambullido en sus gélidas aguas para lavarse el sudor y el polvo. (De resultas, a punto estuvo de perder el conocimiento y tuvieron que sacarlo y llevárselo a la tienda. Tardó tres días en recuperarse). Rodeada de ubérrimas tierras de cultivo y célebre por sus viñedos,



Tarso adoraba a los dioses de la fertilidad. Era el lugar ideal para que dos deidades, consolidada la una, neófita la otra, pudieran sentirse como en casa y acrecentar su prestigio. Tarso apreciaba y promovía el espectáculo; era, como hemos visto, una ciudad en la que uno podía comprar flores por valor de un talento, lo que es como decir que aunque sus habitantes fueran romanos de nuevo cuño, su cultura seguía siendo inequívocamente griega. Enfrentados a los mismos dilemas que Cleopatra, también los tarsos habían vitoreado a Casio y Dolabela, sin ganar con ello más que brutales atropellos tanto de uno como de otro. Casio invadió la ciudad, exigió grandes sumas de dinero, obligó a fundir los tesoros de los templos y a vender a mujeres, niños e incluso ancianos en calidad de esclavos. Aun sin flores ni espectáculos divinos, la ciudad habría acogido a los enemigos de Casio con los brazos abiertos. Antonio había salvado la ciudad de la desgracia.<sup>[23]</sup>

Cleopatra sólo pasó en Tarso unas pocas semanas, pero no necesitaba más. Su efecto sobre Antonio fue inmediato y electrizante.<sup>[\*]</sup> El primero en relatar lo ocurrido es Plutarco, quien describe el éxito cosechado por la reina en Cilicia y le concede un ascenso: mientras que en el año 48, ante César, no pasaba de ser una «descarada»,<sup>[25]</sup> en el año 41 es ya una mujer formada en las grandes artes de la seducción, una mujer de conversación amena, deslumbrante presencia y voz deliciosa. Antonio cayó rendido en un abrir y cerrar de ojos. Incluso, Apiano, siempre mesurado, conviene en que la victoria fue instantánea: «Quedó prendado de ella con una pasión propia de un muchacho, aunque contaba, a la sazón, cuarenta [sic] años de edad», escribe extrañado.<sup>[26]</sup> Es comprensible que la literatura empañe aquí la historia; no es fácil pisar con pie firme sobre un tupido lecho de rosas, como no lo es espigar la verdad — máxime la verdad política— entre tamaña sobrecarga de calificativos. Si sabemos más de la conquista de Antonio que de la de César, es sólo porque a los cronistas les interesaba tanto denigrar a uno como callar sobre el otro. Obstinados en convencernos de la debilidad de Antonio, agrandan el poder de Cleopatra. Su actuación del año 41 no sólo tiene lugar ante otro público, sino ante otro coro.

¿Desembocó en romance esa confluencia de necesidades? Por lo menos sirvió para asegurar una buena comprensión mutua. Como dijo Plutarco de otra relación que marcó la historia, actuó «movido por amor», pero «no por ello dejó de parecer una decisión conforme con sus intenciones».<sup>[27]</sup> Entre todos los romanos de todas las ciudades del imperio, lo mejor para los intereses de Cleopatra era acudir a ése. Lo mismo cabe decir de Antonio. Es verdad que a Cleopatra le convenía enamorarse o amoldarse a aquel hombre, al que acudía ante todo por obligación, pero también que a Antonio le venía como anillo al dedo enamorarse de la única mujer capaz de sufragar sus ambiciones militares. La obsesión de Antonio con los partos fue para ella un golpe de suerte inesperado.

Sabemos que, meses después, Antonio añoraría mucho a Cleopatra, pero por lo general se le atribuye a ella sola el inicio de la relación. Como dice uno de sus más enconados enemigos, la reina no estaba enamorada de Antonio pero «lo subyugó, y

quedó transido de amor por ella».<sup>[28]</sup> Por lo visto, los antiguos también creían que ciertas cosas eran fruto de la malicia o del genio según las hiciera una mujer o un hombre; en materia de lances amorosos, mediaba entre unos y otros un abismo primordial y eterno. Y es que una cosa era la virilidad y otra la promiscuidad: cuando César dejó a Cleopatra en Alejandría, no tardó en acostarse con la esposa del rey de Mauritania, y Antonio llegó a Tarso recién salido de una aventura con la reina de Capadocia. Llamó, pues, la atención que, habiendo sido la consorte de dos hombres de voraz apetito y protagonistas de innumerables conquistas sexuales, sea Cleopatra quien haya pasado a la historia como la embustera, la falsa y la seductora. Evidentemente, era más cómodo hablar de sus habilidades eróticas que reconocer sus dotes intelectuales, de la misma manera que resultaba más fácil atribuir su poder a la magia que al amor. No hay pruebas ni de una cosa ni de otra, pero la primera permite hallar respuestas; al hablar de magia, todo encaja mejor. Por eso se dice que Cleopatra tiene a Antonio comiendo de su mano «no sólo por la intimidad que entre ellos había —como dice Flavio Josefo—, mas por hallarse él bajo la influencia de ciertas drogas».<sup>[29]</sup> Afirmaciones como ésta confirman su poder, pero minimizan su inteligencia.

Perdieran o no la cabeza el uno por el otro, cuesta creer que el factor sexual no fuera determinante desde un primer momento. Antonio y Cleopatra se hallaban en el ápice de su poder, rodeados por el humo embriagador de los perfumes, la dulce música, las luces calidoscópicas, el calor de las noches de verano y multitud de mesas colmadas con los mejores manjares y vinos de Asia. Es dudoso que Cleopatra lo redujera a esclavitud, como asegura más de un cronista;<sup>[30]</sup> sí sabemos, en cambio, que Marco Antonio despertaba el deseo allá por donde pasaba y que había tenido devaneos durante algún viaje anterior por Asia; además, poco antes había tenido un romance con otra reina vasalla. Plutarco afirma que «era bien conocida su afición a las mujeres ajenas»<sup>[31]</sup> y sitúa el inicio de la relación con Cleopatra en aquel tórrido verano de Tarso.

Los efectos inmediatos de la reunión fueron de carácter práctico; en pocas semanas, Cleopatra consiguió gran número de cosas. Para cuando regresó a Alejandría, Antonio conocía todas sus reivindicaciones. Considerando la actuación posterior de Antonio, parece que no eran descabelladas. Sí revelan que Cleopatra no se sentía tan segura como aparentaba. Sabía, por ejemplo, que otra mujer ansiaba entre bambalinas convertirse en reina de Egipto. Antonio no dudó en intervenir ordenando que Arsínoe fuera expulsada a la fuerza del templo de Ártemis.<sup>[32]</sup> La hermana de Cleopatra murió en los peldaños de mármol del recinto, frente a las puertas de marfil labrado donadas por su padre años antes. Era la última de los cuatro hermanos; por esa parte se habían terminado los problemas. Cleopatra dio muerte a toda su familia, lamenta un cronista, «hasta el punto de no dejar con vida a nadie de su propia sangre».<sup>[33]</sup> La afirmación es cierta, pero también lo es que Arsínoe no le había dejado muchas opciones a su hermana. César le había perdonado la vida tras

humillarla públicamente en Roma, y desde entonces ella no había dejado de conspirar contra Cleopatra.<sup>[34]</sup> (También Isis es misericordiosa y, a la vez, justa: se limita a poner a los malvados en manos de aquellos contra quienes conspiran). Cleopatra sabía mostrar clemencia. Antonio convocó al sumo sacerdote del templo, el mismo que había proclamado reina a Arsínoe. Consternados, los efesios hicieron un llamamiento para que Cleopatra suplicara el indulto del sacerdote, que finalmente fue puesto en libertad por Antonio. Dado que no quedaban Ptolomeos exiliados, el sacerdote no representaba ya ningún obstáculo. Antonio no se mostró igual de clemente con el pretendiente que llevaba un tiempo viajando por Asia haciéndose pasar por Ptolomeo XIII, posibilidad que algunos han aceptado como cierta. (Después de todo su cuerpo nunca fue recuperado al término de la guerra de Alejandría). Mandó ejecutarlo. Por lo que respecta al pérfido comandante de flota de Chipre que había auxiliado a Casio contraviniendo las órdenes de Cleopatra —y acaso en alianza con Arsínoe—, huyó a Siria, donde buscó refugio en un templo. Ahí fue capturado y ejecutado.

Comportamientos como ése hacen pensar que un hombre puede estar perdidamente enamorado. «La atención que Antonio había prestado a todas las tareas hasta entonces empezó a debilitarse, toda ella, de inmediato. Se hacía lo que Cleopatra ordenaba, sin el menor respeto hacia las leyes divinas y humanas», concluye Apiano.<sup>[35]</sup> Todo ello sugiere también que, entre banquete y banquete, Cleopatra debió de hacer alguna promesa de tipo material. En realidad, el comportamiento de Antonio no era tan heterodoxo. Al separarse de Cleopatra en el año 47, también César se había dedicado a solventar los asuntos de las provincias «distribuyendo recompensas personales y colectivas a quienes se las han merecido, interesándose por las viejas disputas y resolviéndolas».<sup>[36]</sup> Antonio tomó bajo su protección a los reyes que así se lo pidieron, convirtiéndolos en valiosos aliados; instituyó cadenas de mando; aumentó los impuestos. La diferencia fue lo que ocurrió a continuación. A finales de otoño, Antonio envió su ejército a los cuarteles de invierno y, a pesar de que las provincias seguían registrando disturbios, a pesar incluso de que los partos se acercaban al Éufrates y se cernían amenazantes sobre Siria, zarpó hacia el sur para reunirse con Cleopatra en Egipto.<sup>[37]</sup>

Desconocemos si la mujer de veintiocho años que lo recibió en Alejandría se hallaba o no en el culmen de su belleza —las mujeres siempre lo sitúan en algún momento del pasado—; lo que sí sabemos es que aquella Cleopatra era una mujer manifiestamente más segura de sí misma que la que se había presentado ante Julio César siete años atrás. Había viajado por el extranjero y sido madre. Reinaba en solitario y en solitario había capeado fuertes tormentas políticas y económicas. Era una diosa viviente y tenía un consorte irreprochable que la eximía de la obligación de volver a casarse. Gozaba del apoyo de su pueblo, puede que incluso de su admiración

entusiasta, y se había involucrado en la vida religiosa de los egipcios nativos mucho más profundamente que ninguno de los Ptolomeos anteriores. No es casual que su voz se deje oír por primera vez en este momento, en Alejandría, al lado de su defensor y compañero. Cleopatra es ahora una mujer segura, autoritaria y atrevida.

A la luz de los hechos posteriores, se ha supuesto que la visita de Marco Antonio fue idea de Cleopatra, quien valiéndose del ingenio, la seducción o la magia, atrajo al romano hacia sí: «Se dejó arrastrar por ella a Alejandría», como escribe Plutarco.<sup>[38]</sup> Por supuesto, también es muy posible que Antonio se autoinvitase. Al fin y al cabo, no hacía más que cumplir con su deber: reorganizar Oriente y recaudar fondos. Sin el dinero de Egipto, no podía sacar adelante sus planes contra los partos. Tal vez creyera que aquella era la mejor manera de asegurarse los fondos que aquella astuta reina le había prometido pero no le había entregado todavía. Asia había resultado ser más pobre de lo esperado. La riqueza estaba en Egipto. Tenía razones legítimas para querer vigilar de cerca un reino vasallo, máxime cuando éste podía convertirse en una base ideal para una futura campaña en Oriente; para ello, Antonio necesitaría una potente flota, y Cleopatra podía suministrarla. La alternativa era dedicar el tiempo a resolver las inacabables disputas provinciales, asuntos que no despertaban en Antonio el más mínimo interés. Los pormenores administrativos habían aburrido incluso al propio Cicerón. Las delegaciones llegaban una tras otra, por eso no es de extrañar que Antonio deseara partir hacia uno de los pocos países mediterráneos ajenos a su mando directo. En sus años, había sido un buen estudiante, y en muchos sentidos seguía siéndolo. También era un estratega valiente y capacitado. Suponiendo que Cleopatra no lo buscara a él, Antonio tenía buenas razones para buscarla a ella, o cuando menos profesarle un trato agradable y diplomático que la hiciera sentirse dueña de la situación, como en Tarso. El triunviro conocía Alejandría, ciudad que ningún visitante olvidaba con facilidad y que parecía haber absorbido a grandes tragos la cultura griega en su integridad. Nadie en su sano juicio habría deseado pasar el invierno en otro lugar que bajo su luz satinada, a pesar de las lluvias de enero, sobre todo en el siglo I a. C. y en calidad de huésped de un Ptolomeo.

Quizá como deferencia hacia Cleopatra, quizá para no incurrir en el mismo error que César, Marco Antonio viajó a Egipto sin escolta militar y «sin las insignias de su cargo, con la apariencia y el régimen de vida de un privado».<sup>[39]</sup> Sus privilegios, sin embargo, no eran de privado. Cleopatra le dedicó una acogida magnífica y, con la esperanza de que hallase la vida alejandrina a la altura de su reputación, le dio todo tipo de facilidades para que dedicase su tiempo a «ociosidades y niñerías».<sup>[40]</sup> Hay ciudades ideales para dilapidar fortunas y ciudades ideales para amasarlas, pero sólo en aquella urbe extraordinaria eran posibles ambas cosas. Tal era la Alejandría de Cleopatra, un paraíso para el erudito, con un comercio palpitante y una cultura de la vida acomodada, donde el instinto mercantil de los griegos se fundía con la hospitalidad egipcia, una ciudad de frescos amaneceres color frambuesa y ocasos de nácar, bulliciosa y heterodoxa, olorosa del aroma de las grandes oportunidades. Un

espectáculo sin parangón.

La vida de Antonio y Cleopatra consistía en una sucesión de pasatiempos eufóricos y banquetes pantagruélicos que tenían lugar en el seno de una especie de sociedad que ambos habían fundado y a la que denominaron de la Vida Inimitable. Sus miembros, explica Plutarco, «celebraban banquetes en honor de uno y otro, siendo increíble y desmesurada la cantidad que se gastaron».<sup>[41]</sup> Gracias a cierta amistad casual conocemos con detalle cuál debía de ser el ambiente en la cocina de Cleopatra durante aquel invierno: el cocinero real promete a su amigo Filotas introducirlo secretamente en palacio para que pueda contemplar los preparativos de una cena; Filotas se queda admirado. En la cocina, llena de cocineros, camareros y coperos, retumban los gritos y las blasfemias; la gente va y viene en torno a una gran montaña de alimentos. En los espetones dan vueltas ocho jabalíes. Un pequeño ejército de sirvientes va de un lado para otro.<sup>[42]</sup> Filotas, joven estudiante de medicina, se maravilla al imaginar el gran número de gente invitada a la cena. Su amigo no puede reprimir la risa ante su ingenuidad. Muy al contrario, le dice. El operativo culinario es tremendamente minucioso y decididamente precario: «Dijo que no eran muchos los que cenaban, sino que eran en torno a unos doce, pero que era necesario que cada cosa que se sirviera estuviera en ese punto en el que es poco lo que falta para que se pase. Y, en efecto, podía darse el caso de que Antonio pidiera la cena y poco después, por un casual, le diera por pedir una copa o se entretuviera en una conversación; “por lo que”, concluyó, “no se prepara una, sino muchas cenas, pues el momento de servir las es imprevisible”».<sup>[43]</sup> Superada la sorpresa, y tras terminar su formación, el asombrado Filotas llegaría a convertirse en un médico prestigioso y referiría su historia a un amigo, quien a su vez se la contaría a su nieto, que resultaría ser Plutarco.

Según todas las fuentes, Marco Antonio era un invitado caro y agotador. De más joven, había partido en campaña militar seguido por una comitiva de músicos, concubinas y actores; y por obra suya —al menos según Cicerón—, la antigua residencia de Pompeyo se había convertido en un templo de placeres lleno de acróbatas, bailarinas, bufones y borrachos. Era un hombre de gustos exquisitos, y Cleopatra no daba abasto. «Es difícil aunar voluntades cuando hay diversidad de intereses, de conveniencias y casi de naturaleza»,<sup>[44]</sup> había observado Cicerón años antes, y, ciertamente, entre la reina y Antonio existían diferencias flagrantes. Pese a trabajar a jornada completa y a la multitud de asuntos que reclamaban su atención, Cleopatra se desvivía por contentarlo. Él, por su parte, visitaba los dorados templos de Alejandría, frecuentaba el gimnasio y asistía a las discusiones eruditas, sin mostrar, no obstante, gran interés por las tradiciones egipcias ni por los logros arquitectónicos, culturales o científicos de esa civilización superior. No pudo dejar de visitar la tumba de Alejandro, una de las atracciones favoritas de los romanos. También salió de cacería por el desierto, tal vez en compañía de Cleopatra, quien seguramente sabía montar y organizaba o patrocinaba carreras de caballos.<sup>[45]</sup> Aparte

de eso, nada indica que Antonio saliera del Bajo Egipto ni que visitase otros lugares de interés. En eso se diferenciaba de Julio César. Prefería, en vez de ello, perder el tiempo embromando como un adolescente entre las resonantes columnatas y las esfinges relucientes, por las calles consagradas a los ilustres antepasados de su amante y entre las paredes de caliza de las casas, consagrándose a ello como quien se entrega a un arte excelso. Cleopatra estaba siempre dispuesta a complacerlo, «ya estuviera en plenos asuntos de Estado, ya estuviera ocupado en otros menesteres». Si los días eran intensos, las noches lo eran todavía más. Antonio era todo un experto a la hora de organizar juergas nocturnas, fastuosas comidas al aire libre y reuniones de disfraces. Hasta sabía cómo hundir matrimonios. Cleopatra no se separaba de él. En cierto modo, también era una manera de hacer política; su reino bien valía alguna que otra locura: «Jugaba con él a los dados —nos cuenta Plutarco—, bebía con él, cazaba con él, asistía como espectadora a sus entrenamientos; y, por la noche, cuando él acudía a las puertas y ventanas del populacho y se entretenía bromeando con los de dentro, ella estaba a su lado, acompañándolo en sus vagabundeos vestida de criada».

[46] Durante aquellas excursiones, Antonio se disfrazaba de sirviente y hasta que no se armaba jaleo de algún tipo —peleas las más de las veces— no regresaba a palacio satisfecho.

Sus gamberradas fueron bien recibidas en Alejandría, ciudad que se adaptaba en todos los sentidos a las inclinaciones de Antonio y ante el cual no dudó en rendirse. Sus habitantes eran gente alegre y amante del lujo, y Antonio rezumaba fuerza y alegría. Nada le gustaba más que hacer reír a una mujer. Ya de joven, durante sus años de formación militar y oratoria en el extranjero, se había convertido en admirador de todo lo griego. Solía hablar en florido estilo asianista, con menos pompa que lirismo. Años después, un romano les reprocharía a los alejandrinos su carácter bufonesco. Les bastaba un tañido de arpa para empezar una fiesta: «Pasáis el tiempo jugando siempre y descuidados, y nunca os falta, por así decirlo, entretenimiento, diversión ni motivo de risa».[47] Esto no era ningún problema para Antonio, que se hallaba en su salsa en los espectáculos populares, en compañía de músicos ambulantes, en la calle o en el estadio.

Lo avalaba su reputación. Cuando, a su retorno, el padre de Cleopatra condenó a muerte a las tropas desleales, fue Antonio, por entonces un joven oficial, quien le pidió clemencia e intercedió para obtener el indulto. Era igualmente el responsable de que el marido de Berenice hubiera sido enterrado con honores reales, también en contra de los deseos de Auletes. Su benevolencia no cayó en el olvido. Los alejandrinos acogieron a Antonio con los brazos abiertos y no dudaron en danzar para él vestidos con disfraces. Al igual que su reina, se divertían con sus «payasadas» y se sumaban de buen grado a sus bromas; al mismo tiempo, se sentían agradecidos porque, decían, «usaba la careta trágica con los romanos», y con ellos, la cómica.[48] Supo domar al mismo pueblo que sólo siete años antes había recibido a César con hondas y jabalinas, lo cual decía mucho tanto de la firme autoridad de Cleopatra

como del carisma de Antonio. Sin duda era más fácil aceptar a un romano cuando éste —a diferencia de tantos occidentales antes y después de él— no se comportaba con altanería. No sólo eso, sino que Antonio aparecía en público vestido a la manera griega en vez de con la toga romana, y calzaba las mismas zapatillas de cuero blanco que los sacerdotes egipcios. Su imagen nada tenía que ver con la de su antiguo comandante, siempre envuelto en su manto rojo, aunque la influencia de este último se dejaba sentir todavía y realzaba el atractivo de la reina. Al lado de Cleopatra, César se sentía más cerca de Alejandro Magno —y jamás romano alguno marchó hacia Oriente sin la imagen de Alejandro al frente—, y Antonio, en comunión con César.

Apiano asegura que Antonio no se separaba de Cleopatra, «a quien, ciertamente, consagró por entero su estancia allí»,<sup>[49]</sup> y ve en ella una mala influencia. La reina «con sus encantos lo convencía para que dejara de acometer con sus manos grandes empresas y abandonara las necesidades de su ejército y la siguiera para yacer juntos rozagantes en las bahías de Cánopo y Tafosiris».<sup>[50]</sup> Probablemente lo cierto sea lo contrario. Aunque Cleopatra dedicase todo su tiempo y atención a su invitado, en ningún momento renunció a su espíritu competitivo, su sentido del humor ni sus obligaciones. Imaginemos una reposada tarde alejandrina en que los dos, rodeados de sus asistentes, han salido a pescar en barca al río o al lago Mareotis. Marco Antonio parece contrariado. Ejércitos enteros acatan sus órdenes, pero por alguna razón ese día no consigue clavarle el anzuelo a uno solo de los peces que abarrotan las fértiles aguas egipcias. Lo que más lo mortifica es que Cleopatra esté a su lado. Haya o no haya amor entre ellos, mostrarse tan incompetente en su presencia resulta bochornoso. Al fin, opta por hacer lo que haría cualquier pescador con un poco de amor propio: da órdenes secretas a sus sirvientes para que se sumerjan y claven en el anzuelo peces pescados previamente. A partir de ese momento, saca, triunfante, un pez tras otro, pero tanta eficacia despierta sospechosas; Antonio es un hombre impulsivo, necesita demostrar lo que vale y jamás claudica cuando halla impedimentos. Cleopatra, a quien rara vez le pasa desapercibida una artimaña, no deja de comprender lo que ocurre, pero se finge admirada. ¡Portentosa habilidad la de su amante! Esa misma tarde, relata la hazaña a sus amigos y los invita a presenciar la proeza con sus propios ojos.

Al día siguiente zarpa una gran flota. Poco después, Cleopatra ordena algo de forma disimulada. Antonio arroja el sedal y al momento pican. Nota un gran peso y, al tirar para sacar la presa a la superficie, empiezan a oírse carcajadas: del Nilo acaba de salir un arenque del mar Negro. La jugada le sirve a Cleopatra para demostrar la superioridad de su ingenio —Antonio no es el único al que pretende impresionar—, pero también para recordarle a su amante —con habilidad, firmeza y dulzura— que tiene deberes más importantes. Cleopatra no necesita regañar, porque posee esa virtud tan anhelada por padres, maestros y ejecutivos: es ambiciosa y sabe contagiar su ambición a los demás. «¡Mi general! ¡La caña para los de Faros y los de Cánopo —lo amonesta delante de los presentes—, que tu caza —le recuerda— debe ser de

ciudades, reinos y continentes!»<sup>[51]</sup> Y es que las lisonjas, debidamente mezcladas y agitadas, obran aquel efecto del que hablaba Plutarco: «Una franqueza tal es como los mordiscos de las mujeres lascivas, que despiertan el placer y hacen cosquillas, bajo la apariencia de causar pena».<sup>[52]</sup>

Cleopatra trataba a Antonio como si fuera un escolar en vacaciones, que era precisamente la imagen que de él se tenía en Roma, a la cual volvió la espalda durante aquellos meses felices. Antonio celebró su cuadragésimo tercer cumpleaños en Alejandría, pero, pese a la edad, su carácter seguía siendo inmaduro y caprichoso, lo cual resulta irónico si pensamos que era él quien acusaba a Octaviano de no ser más que un crío. (Pocas acusaciones podían herir más a un romano. A Octaviano lo martirizaba tanto que terminó promulgando una ley por la cual prohibía que nadie se refiriera a él como tal). Si no fue Cleopatra quien convenció a Antonio de que atendiera sus responsabilidades públicas, debieron de ser los nefastos despachos llegados a finales de invierno. De Oriente llegaban noticias de que los partos estaban desestabilizando la región. Acababan de invadir Siria, donde habían asesinado al gobernador recién designado por Antonio. Las noticias de Occidente eran igual de preocupantes. Por lo visto, Fulvia había hallado un peligroso pasatiempo: con la ayuda del hermano de Antonio, había promovido una guerra contra Octaviano, en parte para alejar a su marido de Cleopatra. Tras ser derrotada, había huido a Grecia.

En abril, o pocos días antes, Antonio pasó a la acción y marchó por tierra al encuentro de los partos. No pasó del norte de Siria, donde recibió una terrible carta de Fulvia. Después de leerla no tuvo más opción que renunciar a la ofensiva y —con una flota de doscientas naves recién armadas— poner rumbo a Grecia. Antonio no ignoraba las maniobras de su esposa, sobre las cuales le habían escrito repetidamente ambas partes y cuyos detalles había conocido en invierno gracias a una delegación, pero parecían no interesarle; tenía tan pocas ganas de reprender a su mujer como de romper con Octaviano. Las intrigas de Fulvia eran para su esposo una razón tan buena como las atenciones de Cleopatra para quedarse en Alejandría. Antonio tardó en reaccionar, cosa que más tarde le valdría severas críticas. «Yo no pude encontrar, aunque la busqué, cualquier respuesta clara de Antonio a ellos»,<sup>[53]</sup> comenta con mordacidad Apiano acerca de los constantes y cada vez más apremiantes comunicados. Fulvia creía hallarse en peligro y temía incluso por sus hijos, acaso no sin razón. Un siglo después, nadie se acuerda de ella y se conviene en que lo más adecuado es acusar al Antonio de Alejandría de abandonarse «de tal modo a la merced de las pasiones y la ebriedad que ni por un momento se acordó de sus aliados ni de sus enemigos».<sup>[54]</sup>

El encuentro en Grecia fue tormentoso. Antonio fue muy duro con su esposa. Se había extralimitado y se le había ido la situación de las manos. Según Plutarco, Cleopatra estaba en deuda con Fulvia, ya que gracias a ésta Antonio «estaba



amansado y medianamente instruido en obedecer a las mujeres».<sup>[55]</sup> Puede que Fulvia enseñara a su marido a obedecer a las mujeres, pero no supo persuadirlo ni para que se enfrentase a Octaviano ni para que aspirase a algo más que a la mitad del imperio. En repetidas ocasiones lo exhortó a aliarse con Sexto, el hijo de Pompeyo. Juntos habrían podido eliminar sin problemas a Octaviano. Pero Antonio se negaba de forma rotunda. Había firmado un acuerdo y no era de los que quebrantan un compromiso. (Semanas más tarde, en alta mar, Antonio se encontró con uno de los asesinos de César. Había sido proscrito y había luchado contra Antonio en Filipos, pero ahora navegaba ligero a la cabeza de toda una flota. Temeroso, uno de los asesores de Antonio aconsejó cambiar de rumbo, pero éste se negó, asegurando que «prefería morir por una violación del tratado, a salvarse bajo la impresión de ser tomado por un cobarde».<sup>[56]</sup> Siguieron, pues adelante). Antonio se marchó sin despedirse para arreglar las cosas con Octaviano. Cuando partió, Fulvia estaba enferma. Es posible que muchas de las acusaciones que se le imputan sean falsas; los historiadores de Roma eran especialistas en descalificar a las mujeres de mentalidad independiente. Fulvia, por lo demás, había tenido multitud de cómplices y el mismo procurador de Antonio la había incitado repitiéndole con malicia que «mientras Italia estuviera en paz, Antonio permanecería con Cleopatra, pero que si estallaba la guerra, acudiría allí rápidamente».<sup>[57]</sup>

Antonio se encaminó hacia el Adriático con su nueva flota. En su ausencia, Fulvia, cayó en una profunda depresión y murió. Las causas no están claras, pero Apiano supone que pudo quitarse la vida por despecho, «a causa de la cólera de Antonio, quien la había dejado cuando estaba enferma».<sup>[58]</sup> Puede que sencillamente muriera exhausta de tantas intrigas. En Alejandría nadie debió de llorarla mucho, pero Antonio quedó afectado en lo más hondo por su muerte, de la cual se culpaba por no haber regresado siquiera a visitar a su esposa al saber que estaba convaleciente. Otros también lo culparon, achacando —como Dión— su negligencia a «su pasión por Cleopatra y su lascivia».<sup>[59]</sup> Fulvia había sido una mujer hermosa, grave y devota; había aportado al matrimonio dinero, amigos influyentes y un agudo instinto político, y le había dado dos hijos a Antonio. Si, como se ha dicho, es cierto que era una virago, «era una virago de una lealtad infinita»,<sup>[60]</sup> y a su lado, Antonio prosperó.

Podría decirse que la muerte de Fulvia fue en sí misma un acto de mediación. Con ella se abría la vía de la reconciliación entre Octaviano y Antonio, libres ahora «de una mujer tan entrometida que había suscitado una guerra tan grande por su envidia de Cleopatra».<sup>[61]</sup> De la misma manera que resultaba cómodo atribuir una guerra onerosa y absurda a las maquinaciones de una mujer, también lo era atribuir un nuevo pacto a su fallecimiento, tanto más teniendo en cuenta que nadie estaba dispuesto a luchar. Sexto Pompeyo seguía activo por mar y bloqueaba con éxito el suministro de grano destinado a Roma. Las continuas guerras habían devastado las tierras de cultivo

de la península. Roma era una ciudad hambrienta, sumida en el desgobierno, al borde del desastre. En las zonas rurales se declaraban levantamientos, los soldados reclamaban los impuestos que Antonio debía haber obtenido en el extranjero, pero que todavía no había distribuido, y los amigos ejercían de intermediarios en un intento de reconciliar a los dos triunviros, que una vez más dividieron el mundo entre ellos. Esta vez, la parte de Octaviano fue mucho más jugosa que la obtenida dos años antes.

El reparto, sellado a comienzos de octubre del año 40, se conoció como el pacto de Brundisio. Sus cláusulas establecían que Antonio debía enfrentarse a los partos, mientras que a Octaviano correspondía deshacerse de Sexto Pompeyo o llegar a un acuerdo con él. Unos ocho meses después, los tres firmarían un nuevo trato en Miseno, en el lado opuesto de la bahía respecto a Nápoles, con Pompeya visible al fondo. No bien se hubieron redactado los pactos y se hubieron abrazado los signatarios, «un fuerte y poderoso clamor se alzó a la vez en las naves y en tierra firme». La alegría resonó hasta en las montañas. En el puerto se desató el caos y muchos murieron aplastados, asfixiados o ahogados mientras la multitud «se abrazaba nadando y rodeaba con los brazos el cuello del vecino para arrojarse al agua con él».<sup>[62]</sup> El peligro de un conflicto armado quedaba conjurado una vez más. Las celebraciones de Brundisio fueron un reflejo fiel del propio tratado: junto a la costa, cada campamento festejó la paz por su cuenta durante todo el día y toda la noche. (Octaviano a la manera romana; Antonio al estilo asiático y egipcio. Nadie hizo comentarios al respecto). Algo parecido ocurrió en Miseno: «Sus barcos estaban anclados junto a la orilla y los rodeaban sus guardias personales, y los asistentes al banquete estaban ceñidos, a ocultas, con puñales».<sup>[63]</sup> En cada uno de aquellos banquetes, moría un complot y se engendraba una nueva conspiración.

A fin de reforzar el pacto de Brundisio, Octaviano ofreció su adorada hermanastra a Antonio. He aquí el único terreno en que la mujer romana ocupaba una posición protagonista: representaba una garantía personal de incalculable valor, sobre todo a la hora de cerrar un trato político. Sobria y circunspecta, Octavia reunía a sus veintinueve años las cualidades ideales de toda abnegada mujer política. Era inteligente pero no independiente, intercesora más que manipuladora. Había estudiado filosofía, pero no abrigaba ambiciones políticas. «Portentosa mujer», era conocida por su belleza, gracia, finura de rasgos y cabellera reluciente. Curiosamente, había enviudado meses antes. Ella era justo lo que la situación requería, un contrapeso ilustre contra Cleopatra, de cuya influencia debía alejar a Antonio. Éste admitía que tenía una relación con la reina, pero seguía debatiéndose «entre el amor y la sensatez», como dice Plutarco y como bien sabían los hombres de Antonio, que lo mortificaban burlándose de él. Por ley, toda mujer viuda debía esperar diez meses antes de volver a casarse, por si en el ínterin daba a luz a progenie, pero tan grandes eran las esperanzas de que Octavia fuese «garantía de una armonía y una salvación general»<sup>[64]</sup> que el Senado trabajó a marchas forzadas para exonerarla. A finales de

diciembre del año 40, los festejos por la paz de Brundisio continuaron en Roma, donde Antonio y Octavia celebraron su matrimonio.

Roma —hambrienta, saqueada, agotada— no estaba para muchos festejos, pero la noticia debió de caer especialmente mal en Alejandría. Es imposible que los pactos de los años 40 y 39 cogieran por sorpresa a Cleopatra, aunque debieron de ponerla en guardia. Que Antonio contrajera matrimonio era una cosa, pero que renovara su alianza con su cuñado era otra. Una suma de fuerzas entre Antonio y Octaviano no favorecía para nada los intereses de Cleopatra. Octaviano era enemigo declarado suyo, su mera existencia representaba una afrenta hacia su hijo. No obstante, la reina conocía a su hombre. Sabía que Antonio volvería. Ni siquiera tenía necesidad de mover ficha, los partos lo harían por ella. Puede que sintiera cierta gratitud perversa hacia los partos por mantener la atención de Roma alejada de Egipto. La guerra contra Partia, además, magnificaba la importancia de Cleopatra; sin ella, Antonio no podría cumplir con su parte del pacto de Brundisio. Tenía buenos motivos para creer que la reconciliación era frágil, si no fuera. Antonio y Octaviano podían reconciliarse todas las veces que quisieran, pero su enemistad —como Fulvia había demostrado meses antes— nunca desaparecería. Por si su intuición no fuera suficiente, tenía confidentes en el campamento de Antonio, por medio de los cuales todas las noticias —tramas y contratramas, escaramuzas y banquetes— llegaban a Alejandría.

Al menos de forma indirecta, mantuvo el contacto con Marco Antonio, a quien hizo llegar un emisario ese mismo invierno. Los partos atravesaron Fenicia, Palestina y Siria y saquearon Jerusalén a finales de año. Herodes, tetrarca —o príncipe: Roma no lo coronaría rey hasta el año siguiente— de Judea, que por entonces contaba treinta y dos años, logró escapar no sin grandes vicisitudes y, tras dejar a su familia en la fortaleza de Masada, solicitó asilo. No fue fácil obtenerlo; sus vecinos temían contrariar al invasor. Herodes terminó llegando a Alejandría, donde Cleopatra lo recibió por todo lo alto. Lo conocía ante todo por ser un hombre excitable, amigo de Antonio y vasallo de Roma, pero tenía otros motivos para mostrarse favorablemente dispuesta hacia él: el padre de Herodes había ayudado a dos Ptolomeos a recuperar el trono: a su padre y a ella misma. En el año 47, él en persona había lanzado una astuta ofensiva contra la frontera oriental y había ganado a los judíos de Egipto para la causa de César. Como sus padres, Cleopatra y Herodes eran antiguos pompeyanos y conversos recientes al cesarismo. Además, tenían en los partos a un enemigo común.

Herodes era un hombre ameno, fanático en sus lealtades, ladino a la hora de mostrar deferencia. Salta a la vista que Cleopatra pretendía que el gallardo príncipe la acompañara a una expedición a Etiopía o que secundara a Antonio contra Partia. No debe extrañarnos que le ofreciera ocupar posiciones de mando, pues los judíos habían servido en los ejércitos ptolemaicos desde antiguo y Herodes era un hombre especialmente distinguido. Experto jinete, era capaz de lanzar la jabalina con precisión milimétrica. Herodes declinó la oferta. Cleopatra terminó cediéndole una galera —ya hemos visto que sus naves eran requeridas sin cesar— para realizar la

peligrosa travesía invernal hacia Roma, dudoso favor cuyo resultado fue el naufragio del tetrarca frente a las costas de Chipre. (Semanas más tarde llegó a Roma, donde recibió una cálida bienvenida por parte de Octaviano y Antonio). Los más suspicaces vieron en la oferta de Cleopatra una maniobra de distracción. Y es que por mucha gratitud que sintiera hacia la familia de Herodes, no le interesaba fomentar la amistad de su vecino con Antonio.

Ignoramos cómo divulgó Cleopatra —si es que la divulgó— otra noticia que seguramente precedió a la travesía mediterránea de Herodes. A finales de año dio a luz a mellizos. Aunque el padre se hallase ausente —por entonces ya se había casado con Octavia o estaba a punto de hacerlo—, los retoños, por linaje, no carecían de gloria. Cleopatra no hizo concesiones al legado paterno a la hora de ponerles nombre; al contrario, omitiendo cualquier referencia a Roma, llamó a los hijos de Antonio Alejandro Helios y Cleopatra Selene, evocando a un tiempo al Sol, la Luna, a su tía abuela —la gran reina ptolemaica del siglo II— y al mayor comandante de su tiempo, aquél que había logrado domeñar incluso a los partos y con el cual sólo ella entre todos los soberanos reinantes mantenía algún tipo de vínculo. A juzgar por esa nómima de antecesores, podría decirse que Cleopatra estaba haciendo más por unir Oriente y Occidente que nadie desde Alejandro Magno. El Sol y la Luna formaban parte de los títulos del rey de Partia; quién sabe si con ello Cleopatra pretendía hacerle llegar un mensaje. Por lo demás, qué mejor manera de inaugurar una edad dorada que con una deidad solar. No sabemos cuál fue la reacción de Antonio a la noticia, pero la más interesante debió de ser la de Octaviano. Cleopatra acababa de lograr, por medio de sus hijos, que de alguna manera ambos hombres quedaran emparentados.

No fue preciso proclamar a bombo y platillo la nueva de aquel fabuloso alumbramiento. La noticia de que la intrépida reina egipcia había parido a un hijo llamado Alejandro —cuyo padre era Marco Antonio y cuyo hermanastro era hijo de César— era de por sí un gran titular en el año 39 a. C. Bastaba con eso para, en palabras de un autor posterior, convertir a Cleopatra en objeto de habladurías en el mundo entero.<sup>[65]</sup>

Entre los años 40 y 37, la vida de Cleopatra fue como un drama griego: toda la violencia ocurría fuera del escenario. De tierras lejanas no dejaban de llegar noticias que ella analizaba hasta el último detalle. Con el pacto de Brundisio, la cuenca mediterránea volvía a respirar tranquila, pero su hálito erizaba el vello de la nuca de Egipto. El enlace de Antonio había sido una solución efectista para complacer al castigado y abatido pueblo de Roma. Él y Octaviano fueron aclamados en toda Italia, donde «se produjo al punto una explosión de júbilo total ante la llegada de la paz, y la liberación de una guerra intestina, del alistamiento de los hijos, del ultraje de los guardianes, de la deserción de los esclavos, del saqueo de los campos, del abandono

de la agricultura y, por encima de todas las cosas, del hambre, que les oprimía ya hasta el extremo». En las zonas rurales «les fueron ofrecidos sacrificios» cual si fueran dioses salvadores,<sup>[66]</sup> papel que tanto uno como otro abrazaron sin hacerse de rogar. Para conmemorar aquella paz se erigieron estatuas y se acuñaron monedas. Las celebraciones dieron paso a sueños nostálgicos y extravagantes profecías. Nacía de pronto una feliz era de fraternidad y prosperidad. Virgilio compuso por entonces la tan traída y llevada égloga cuarta, tal vez para celebrar la boda de Antonio y Octavia; en cualquier caso, para invocar la llegada de una edad de oro. En ella, el poeta deposita sus esperanzas mesiánicas en un niño aún por nacer, un salvador que será el preludio de un nuevo amanecer y que reinará en un mundo de piedad, paz y plenitud.

El mundo tuvo que esperar algo más a que se cumplieran esas ansiadas profecías. En la primavera del año 38, Octavia cumplió y dio a luz, pero fue una niña, no el varón de los presagios. En cuanto a los partos, continuaban su avance hacia el oeste, sacando ventaja de la distracción de los romanos. Cleopatra no apartaba la vista de los invasores, cada vez más próximos a su frontera. Partia estaba decidida a expandirse, y Egipto había formado parte del imperio de sus predecesores persas. Antonio mandó a uno de sus generales de confianza a plantar cara a los partos, y para desesperación de Antonio obtuvo tal éxito que se hizo merecedor de la gloria tanto tiempo ambicionada por su comandante. Roma, hambrienta, volvió a ser escenario de revueltas. El malestar era tal que Octaviano llegó a verse rodeado en el foro por una muchedumbre colérica que lo acusaba de haber dilapidado los fondos públicos. Sus excusas fueron recibidas con adoquines. Viendo que la lluvia de piedras no cesaba ni siquiera tras el primer derramamiento de sangre, Antonio, en una difícil y espectacular acción de rescate, se vio obligado arrebatarse a Octaviano de entre las manos y los gritos de sus asaltantes. Luego escoltó al triunviro hasta su casa. Poco tenía que ver aquella visita con su primer encuentro en ese mismo lugar.<sup>[67]</sup>

A todo eso, el cuñado de Antonio no estaba resultando ser un aliado leal, como Fulvia había advertido tiempo atrás y Cleopatra —pese a los miles de kilómetros de separación— sostenía todavía. Prevalecía entre uno y otro un espíritu amistoso basado en la cordialidad y las buenas maneras, pero Marco Antonio —el héroe de guerra, el veterano hombre de gobierno, el favorito del pueblo— tenía la sensación de que su terco y enfermizo cuñado aprovechaba cualquier oportunidad para dejarlo en evidencia. El hecho mismo de que siguiera vivo —pues más de una vez había yacido postrado en el lecho de muerte— resultaba de por sí sorprendente. Octaviano, que pasaba el tiempo tosiendo y estornudando, guardándose del sol y evitando entrar en combate, no parecía capaz de rivalizar con el vigor y la corpulencia de Marco Antonio. Octaviano era taciturno, paranoico, maniático y, por si fuera poco, usaba alzas. Y aun así, a cada momento se las arreglaba para sorprender a Antonio. Víctima de su confiado talante y seguro de hallarse en posición aventajada, Antonio era objeto de manipulaciones constantes. Sin proponérselo siquiera, se había encontrado compitiendo contra un chiquillo impetuoso salido de la nada.<sup>[68]</sup> Antonio carecía de

astucia, pero a menudo lo olvidaba. A Octaviano le faltaba carisma, pero tampoco se daba por enterado. No hay que olvidar que sería él quien con el tiempo se jactaría de todos los triunfos que había dejado de celebrar, pese a haberle sido ofrecidos, lo cual equivalía a hacer alarde de humildad. A Antonio, en cambio, jamás se le habría pasado por la cabeza rechazar semejantes honores y él mismo era el primero en admitirlo.

De alguna manera, Octaviano se las arreglaba para vencer a Antonio incluso en juegos de habilidad y de azar. Cada vez que apostaban a las peleas de gallos o jugaban a cartas, cada vez que echaban a suertes la decisión de un asunto político, inevitablemente Antonio salía perdiendo. (No es difícil entender por qué: fuera cual fuera el resultado, Octaviano barría siempre para casa y, si perdía grandes sumas en la mesa de juego, lo achacaba a ser, «como acostumbro las más de las veces, ampliamente liberal en el juego».)<sup>[69]</sup> Cleopatra había designado un augur para que estuviera en todo momento al lado de Antonio; para muchos en Roma, los astrólogos podían prever la fortuna con la misma precisión que un eclipse de sol. Antonio hablaba de sus frustraciones con el adivino, quien le leyó el horóscopo y, quizá siguiendo instrucciones de su ama, quizá con franqueza, le dijo a Antonio que le aguardaba un porvenir espléndido, pero que Octaviano estaba destinado a eclipsarlo. El problema, decía el adivino, era que el genio de Antonio temía al de Octaviano «y aunque es orgulloso y altivo, cuando se encuentra con él, en cambio, se convierte bajo su influencia en el más humilde y rastrero». Debía, pues, mantenerse alejado de su joven compañero. La advertencia le pareció perfectamente razonable a Antonio, que renovó su estima por el astrólogo y empezó a tratar a su cuñado con mayor cautela. El adivino le aconsejaba «que se mantuviera bien lejos del joven»,<sup>[70]</sup> lo cual podía interpretarse como una velada invitación a Alejandría.

No pasó de Atenas, donde se aprestó a pasar el invierno y donde tendría su cuartel general a lo largo de los dos años siguientes. El invierno del año 39 transcurrió más o menos como el del año anterior: en una ciudad culta, repleta de edificios soberbios y exquisita estatuaria. Dejó a algunos subordinados sobre el terreno, pero apenas leía sus informes y rehuía su compañía. Acudía a lecturas y festivales con unos pocos amigos y ayudantes o con Octavia, a cuyo lado parecía enormemente feliz. Una vez más, cambió la púrpura de comandante por el atuendo oriental, se hizo pasar por Dioniso, su favorito entre los dioses, y permitió que Octavia —que enseguida le dio una segunda hija— fuera identificada con Atenea. Podemos imaginarnos cómo cayeron esos homenajes en Alejandría, desde donde Cleopatra se informaba con todo lujo de detalles. La noticia resultaba tanto más mortificante dadas sus vinculaciones sagradas e imperiales. Vale la pena hacer notar aquí lo distintas que son las cosas en función del lugar donde ocurran —o de la consorte que se tenga—: nadie en Roma afiló las garras pese a los excesos de Antonio a lo largo del invierno del año 39. En Atenas vestía y se divertía como un griego, sólo que bajo la mirada vigilante de la virtuosa Octavia. Además, se hacía difícil censurar sus pretensiones divinas cuando

Octaviano también las tenía y hasta organizaba fiestas de disfraces en las que aparecía vestido como Apolo. De todos modos, Antonio era el único que construyó un cobertizo con ramas y mandó decorarlo con tambores, panderos, plantas, pieles de animal y demás ornamentos dionisiacos, y «se emborrachaba reclinado desde la mañana en compañía de sus amigos». Incluso hizo venir músicos desde Italia para que amenizaran su choza campestre y, a veces, la trasladaba hasta la Acrópolis «al tiempo que la ciudad entera de Atenas se iluminaba con lámparas situadas sobre los tejados».<sup>[71]</sup>

Antonio seguía quedándose perplejo ante la habilidad de su cuñado para hacerse con el control de las situaciones. Pese a su reputación de persona íntegra e imperturbable, en el año 38, el mismo día que su esposa daba a luz, Octaviano pidió el divorcio para casarse con Livia, embarazada de seis meses de su anterior marido. El matrimonio catapultó a Octaviano a los puestos más altos de la sociedad romana y lo convirtió en un par de Antonio. (Pese al parentesco con César, no era de linaje noble). Una y otra vez logró marginar y confundir a su cuñado: prometía una cosa y hacía la contraria. Si Antonio se dirigía al este, Octaviano lo convocaba desde el oeste para, al final, no hacer ni siquiera acto de presencia. Permitió que Antonio reclutara soldados en suelo italiano, cosa poco menos que imposible dado que era Octaviano quien gobernaba el territorio. El equilibrio era precario, pero Antonio estaba dispuesto a mantenerlo, aun cuando se le estuviese agotando la paciencia.

La situación llegó al límite en la primavera del año 37, en el curso de una asamblea que ambos mantuvieron a orillas de un río en el sur de la península Itálica con intención de poner fin a una serie de agravios. Octavia ayudó que hubiera paz con un apasionado discurso al más puro estilo Helena de Troya. Lo último que deseaba era ver a su marido y a su hermano aniquilándose mutuamente. La reunión resultó en el pacto de Tarento, una prórroga del anterior triunvirato. Antonio fue nombrado dictador de Oriente hasta diciembre del año 33, cosa que pareció satisfacerle: «Casi todo —señala Dión— estaba saliendo según lo deseado». Al fin, empezó a preparar su campaña y se dirigió hacia Oriente, a Siria. Octavia y las dos pequeñas lo acompañaron hasta el oeste de Grecia, donde Antonio les ordenó dar media vuelta. Octavia estaba de nuevo encinta y si continuaba viajando, alegaba Antonio, su salud podía resentirse. Tenía seis hijos a su cargo —incluidos los de matrimonios anteriores— y, según Antonio, era mejor «no exponerla a los peligros que hubiera de correr él en su ofensiva contras los partos».<sup>[72]</sup> Hasta aquí no hay por qué dudar de sus intenciones.

En tanto que Octaviano era un maestro del disimulo, capaz de fingir amistad sin profesarla en absoluto, Antonio era un artista del viraje repentino, alguien propenso a dar los golpes de timón más inesperados. En Atenas, podía pasarse un día entero sin hacer nada, asistiendo a espectáculos con Octavia y ajeno a todo asunto público, y al siguiente trabajar de forma compulsiva rodeado de su séquito, vestido de forma totalmente distinta y afectando aires marciales, como si nunca hubiera dejado ser un

gran diplomático y un astuto militar. En cualquier caso, algo cambió en los últimos meses del año 37. Quizá estaba harto de aquella larga lista de insultos, desilusiones y engaños. Quizá tanta frustración reprimida acabó por estallar. A fin de cuentas, era un soldado cuya gloriosa campaña no dejaba de posponerse. Por si fuera poco, un lugarteniente suyo había cosechado en Oriente una serie de victorias que, en rigor, le pertenecían. Tal vez Antonio tuviera la impresión de que, entre una y otra, su esposa y su cuñado le estaban cortando las alas, que se estaba poniendo en ridículo, que la colaboración entre ambos era cada día menos posible. Su autoridad en Roma dependía de una arrolladora victoria en Oriente. Vencer a los partos significaba eliminar a Octaviano, silogismo de extraña asimetría, pero no muy distinto de los cálculos de Auletes en Roma dos décadas antes.

Plutarco tiene otra explicación para el giro del año 37. Reconoce la obsesión de Antonio con los partos, pero alude también a «la sombra de esa desgracia que se creía por tanto tiempo conjurada». En opinión de los amigos de Antonio, el anhelo contenido durante los últimos tres años y medio gracias a Octavia, o por lo menos «adormecido y sometido a la fuerza de la razón»,<sup>[73]</sup> había vuelto a quedar libre. Según Plutarco, los rescoldos del deseo se avivaron y se hicieron más y más ardientes a medida que Antonio se aproximaba a Oriente, donde al fin prendieron con una gran llamarada. No hay que olvidar aquí que el texto de Plutarco aspira a ser un cuento ejemplar. El Antonio que retrata es un hombre de valía al que sus propias pasiones conducen a la ruina; en este sentido, importa más la moraleja que los detalles. Sea como fuere, Antonio arribó a Siria sano y salvo y, desoyendo el consejo ajeno y su propio instinto, mandó un mensajero a Alejandría. Cleopatra debía reunirse con él en Antioquía, la tercera mayor ciudad de la cuenca mediterránea. Esta vez la reina partió sin dilación. Poco después de la llegada de la pareja a la capital siria, empezaron a circular monedas con el retrato de ambos. No queda claro quién ocupa el anverso y quién el reverso, lo cual no deja de parecer adecuado a la luz de los tumultuosos vaivenes de los siete años siguientes. Antonio nunca volvió a ver a Octavia.<sup>[74]</sup>



## OBJETO DE HABLADURÍAS EN EL MUNDO ENTERO

«Será grande la reputación de aquellas mujeres cuyas virtudes o defectos anden lo menos posible en boca de los hombres».

TUCÍDIDES<sup>[1]</sup>

Esta vez no necesitó grandes dramaturgias. Antes de zarpar, Cleopatra sabía ya que Marco Antonio iba camino de Oriente, dispuesto al fin a ajustar cuentas con los partos, una campaña que llevaba cuatro años posponiendo. Cleopatra conocía las preocupaciones de Marco Antonio porque éste se las había confesado durante el desenfundado invierno que habían pasado juntos, y por César conocía los detalles del plan original de la expedición. Durante su avance hacia Antioquía, Antonio reorganizó el territorio de Asia Menor en varios reinos que dejó en manos de sus aliados y hombres de confianza. Estableció una frontera estable; era vital asegurar la retaguardia antes de continuar hacia Oriente. Con ese mismo propósito, Antonio y Octaviano habían nombrado rey a Herodes al recalar éste en Roma el invierno anterior. Herodes, de ascendencia idumea y árabe, no era ni mucho menos el candidato más apto al trono de Judea. Si se hizo con la corona, fue más por tenacidad que por linaje. Ningún dinasta logró explicar mejor que él por qué le había sido fiel a Casio; con razón podía decirse que Herodes alcanzó el poder «con gran sigilo».<sup>[2]</sup> Antonio había conocido a su padre, también amigo de Roma, y había tenido trato con Herodes desde joven. Su relación personal era una buena garantía.

Oportunista sin paliativos, Herodes era un hombre temerario, experto en el arte de las huidas milagrosas. Las pruebas apuntan a que en Roma tanto Octaviano como Antonio estaban fascinados por él. No es casual que Herodes fuera igual de audaz a la hora de buscar fondos que a la de empuñar la jabalina; poseía el don de encontrar dinero debajo de las piedras. (Sus métodos eran bien conocidos entre sus súbditos). El Senado confirmó su nombramiento por unanimidad, tras lo cual Octaviano y Antonio lo escoltaron hasta el Capitolio en señal de deferencia. Los cónsules y los magistrados abrían el camino. Antonio comentó que el nombramiento redundaría en beneficio de la campaña de Oriente y, tras la subida al Capitolio, organizó un banquete en honor del nuevo monarca. Según algunos autores, Herodes fue rey en parte gracias a Cleopatra, ya que el Senado habría actuado movido tanto por su miedo a la egipcia como por su admiración hacia el rey. Era preferible que la región tuviera dos monarcas en lugar de sólo uno. Había motivos para temer a una reina vasalla al frente de un país rico, sobre todo cuando de ella dependía el suministro de grano de Roma.<sup>[3]</sup>

El miedo jugó también a favor de Cleopatra. Antonio no podía arriesgarse a un levantamiento en Egipto, y ella era la única capaz de hacer valer su autoridad en el reino. Pocos podían gobernar el país mejor que ella. Cleopatra zarpó de Alejandría con la seguridad de que Roma jamás podría vencer a Partia —un imperio rico, inmenso y bien defendido— sin su ayuda económica. En otras palabras, cuando aquel otoño Cleopatra remontó la rocosa costa del Mediterráneo oriental, sabía que el equilibrio de poderes había cambiado. Pese al coraje de Antonio y la potencia de su ejército, la victoria estaba en manos de Egipto. Como la vanidad es la misma en todas las épocas, parece razonable suponer que tanto la reina como sus ayudantes pusieran mucho esmero en su aspecto. Cleopatra no había visto a Marco Antonio en tres años y medio, y, como toda mujer, querría disimular los signos del paso del tiempo. Había oído hablar de Octavia, de su rostro redondo y su refulgente cabellera. Sin embargo, esta vez no habría necesidad de togas perfumadas con ambrosía, ni de obsequios con piedras preciosas, ni de suelos alfombrados con rosas. Cleopatra tenía algo mejor. Sus hijos viajaban con ella.

En Antioquía —una réplica en miniatura, y algo más recatada, de Alejandría—, Alejandro Helios y Cleopatra Selene vieron por primera vez a su padre y él los reconoció como hijos suyos. Sin duda fue un reencuentro feliz. Antonio tenía pretensiones helenísticas. Él mismo se había insinuado como continuador de la dinastía ptolemaica, y ahora sus hijos encabezaban la línea de sucesión al trono de Egipto. Además, tenía un nuevo hijo varón, cosa que Octavia, ejemplar en otros aspectos, no había podido darle. (Antonio tenía dos hijos mayores de Fulvia). Algunos incluso han llegado a sugerir que fue precisamente su incapacidad para concebir un varón —el varón que hiciera realidad la profecía de Virgilio e inaugurara aquella edad de oro tan esperada— lo que arrojó a Antonio a los brazos de Cleopatra. A Antonio le gustaban los niños y creía que nunca eran demasiados. Solía decir que «un buen linaje se propagaba con numerosos vástagos y el nacimiento de numerosos reyes».<sup>[4]</sup> No era la clase de hombre capaz de resistirse a un pequeño dios de habla griega que, a sus tres años, vestía al uso regio y usaba el apelativo de «padre» con Antonio, al cual se asemejaba —si es lícito juzgar a partir de una escultura— por sus rizos y cara carnosa. Antonio llevaba años alimentando ambiciones divinas, en concreto desde Filipos, siguiendo el ejemplo de su ilustre mentor. Gracias a sus hijos ilegítimos, Antonio —en palabras de un historiador moderno— podía calzar con toda legitimidad «las zapatillas de su predecesor».<sup>[5]</sup> Antioquía resultaba especialmente apropiada para ello por ser una ciudad fluvial, pintoresca y bien abastecida, situada al pie de una majestuosa montaña, con un centro urbano lleno de columnatas dispuestas en forma de cuadrícula y numerosos estadios y jardines, fuentes monumentales y manantiales naturales. Tocada por las brisas occidentales de mayo a octubre, Antioquía era en invierno una ciudad soleada y sin viento, con apacibles baños y un bullicioso mercado. Favorable a César, que había mandado erigir en ella una estatua en su honor tras despedirse de Cleopatra en el año 47, la capital Siria ofreció una

cálida bienvenida a su célebre protegido.

En lo personal, Cleopatra tenía motivos para estar satisfecha del resultado de aquella tardía reunión familiar, pero el rédito político fue si cabe mayor. Antonio había aprendido la lección de la pesca y hacía lo que, según Cleopatra —o al menos según lo que ésta le había hecho creer—, se le daba mejor. Se dedicó a enrollar en su sedal «ciudades, reinos y continentes». No sería exagerado decir que «reinos e islas caían de sus bolsillos como monedas de plata»,<sup>[6]</sup> según se diría más tarde; las acciones de Antonio siguieron, por lo general, un patrón lógico. Acometió por entonces la tan necesaria y tantas veces inacabada reorganización política de Oriente. En una región compuesta por múltiples etnias y culturas, y caracterizada por la inestabilidad de las alianzas —y que por treinta años había resistido los intentos de reorganización por parte de Roma—, Antonio creyó que lo mejor era reconocer el talento y premiar la competencia y la lealtad. Tal como le gustaba decir a Antonio, «la grandeza del poder de Roma no residía en los métodos que se usaban para someter a los pueblos, sino en las concesiones que hacían para agradar a sus súbditos».<sup>[7]</sup> Antonio consolidó reinos, fusionó territorios, asignó tierras y redibujó, en definitiva, el mapa de la región.

Se hallaba en su elemento y nada parecía poder detenerlo. Nadie ponía en duda su inminente victoria contra los temibles partos. Pocas veces había sido reunido «un ejército tan maravilloso como aquél ni en arrojo, ni en resistencia, ni en vigor».<sup>[8]</sup> Antonio había «asolado toda Asia».<sup>[9]</sup> Jamás había tenido bajo su mando un ejército tan grande, y sus hombres estaban encantados de acatar las órdenes de tan intrépido y magnánimo general. Hasta el último de ellos anteponía la opinión de Antonio a su propia vida, una devoción, según Plutarco, nacida de «su nobleza de casta, la fuerza de convicción de su discurso, su sencillez, la afabilidad que mostraba en sus bromas y en sus conversaciones».<sup>[10]</sup> Antonio tenía un carácter contagioso; la tropa entera rezumaba optimismo. Los regalos siempre ayudan a levantar los ánimos, y la munificencia de Antonio era bien conocida. Una especie de corolario a su afición a las familias numerosas. En la soleada Antioquía —es probable que se alojaran en el palacio de la isla, en un recodo del plácido río—, Cleopatra encontró motivos para felicitarse y creer que, tras cinco años de caos y confusión, había apostado por el caballo ganador.

A su llegada en el mes de septiembre, Antonio le hizo un regalo extraordinario. No sólo reconoció a los gemelos, sino que colmó a la madre de nuevos territorios. Confirmó su autoridad sobre la isla de Chipre, cosa que ni siquiera César le había concedido de manera oficial. Las consecuencias de aquella terrible pérdida todavía debían de estar bien vivas en su recuerdo. A los territorios de Cleopatra, añadió los bosques de Celesiria (parte de la cual se encuentra en el actual Líbano); la exuberante y remota Cirene (en la actual Libia); una generosa franja de Cilicia, abundante en cedros (en la costa este de Turquía); porciones de Creta y todo el territorio, a excepción de dos ciudades, de la próspera costa fenicia. En muchos casos, Antonio

apartó al soberano de turno —si no encontraba motivos de agravio, siempre podía inventárselos— para que Cleopatra pudiera tomar posesión de sus territorios. En el año 37, Cleopatra tenía bajo su gobierno la práctica totalidad de la costa mediterránea oriental, desde el este de la actual Libia, en África, pasando por Israel, Líbano y Siria hasta el sur de Turquía, exceptuando tan sólo una pequeña parte de Judea.

El tamaño y la composición de las tierras otorgadas obedecía tanto a las necesidades militares de Antonio como al sentido romano de la justicia y a la opinión de Antonio sobre Cleopatra, mujer competente, fiable y con recursos. Roma valoraba esos atributos en sus gobernantes vasallos, que ofrecían múltiples ventajas en comparación con los gobernantes designados por la propia Roma, por ejemplo, que no había que pagarles. Además, Antonio necesitaba una flota. Tras el pacto de Tarento había hecho entrega a Octaviano de cien galeras con espolones de bronce y diez trirremes. Si algo se le daba bien a Cleopatra, era construir barcos. No es casual que Antonio le hubiera asignado las provincias madereras a una soberana que disponía de los comerciantes y los recursos necesarios para armar con ellas una valiosa flota; en ese aspecto, no había en todo el Mediterráneo nadie que pudiera resultarle tan útil a Antonio como Cleopatra.<sup>[11]</sup> Según Plutarco, los regalos de la reina son sólo algunos de los muchos distribuidos entre los soberanos de la zona.<sup>[12]</sup> Al mismo tiempo, ella fue uno de los pocos monarcas que conservaron el cargo, ya que Antonio no siempre tuvo en cuenta a las dinastías establecidas a la hora de hacer nombramientos. Por lo demás, los territorios otorgados a Cleopatra superaban con creces a los obtenidos por cualquier otro gobernante. En septiembre del año 37, casi había restituido al Imperio ptolemaico su gloria del siglo III.

He ahí un buen motivo para que Cleopatra declarase que Egipto entraba en una nueva era. Su decimosexto año de reinado se convirtió en el año primero, inaugurando así una doble datación que se prolongó durante el resto de su reinado.<sup>[13]</sup> Tenía treinta y dos años y había llegado el momento de reinventarse y arrogarse un nuevo título. Entre los muchos y peculiares privilegios de que disfrutaba Cleopatra, cambiarse de nombre figuraba a buen seguro entre los más significativos, junto con la posibilidad de elegir consorte o regular sus propios ingresos. Se nombró «Reina Cleopatra, Joven Diosa que Ama a su Padre y a su Patria». Cleopatra manipulaba la nomenclatura con tanta astucia como el resto de cosas, y ese título ha dado mucho que hablar. Con él, Cleopatra anunciaba no sólo una nueva época, sino un cambio de rumbo general en materia política. La introducción del último término tal vez tenía como fin salir al paso de los rumores que aseguraban que estaba vendiéndose a Roma; con él, Cleopatra recordaba a sus súbditos que ella era en primer lugar y por encima de todo su faraón.<sup>[\*]</sup> Por supuesto, las imágenes de las monedas eran de una tranquilizadora coherencia con respecto a las de los Ptolomeos anteriores. Se había convertido en una de las figuras más poderosas fuera de territorio romano. Cuando Antonio hubiera vencido a los partos, sería emperadora de Oriente. Conscientes de ello, varias ciudades costeras emitieron monedas en honor de Antonio y Cleopatra.

La reina tenía motivos para estar feliz. El futuro se presentaba despejado frente a ella.

Cleopatra debía de estar impaciente por celebrar aquel nuevo amanecer en Alejandría. Después de haberlo sacrificado todo a consecuencia de los idus de marzo, no sólo había recuperado la estabilidad, sino que había salido reforzada. Claro que, dejando a un lado su orgullo por el renacimiento del imperio, ¿cómo tomaron sus súbditos que su reina volviera a estrechar lazos con un romano? Nada indica que provocase ningún escándalo. El pueblo parecía dar prioridad a las implicaciones prácticas de la política de Cleopatra. «En mi opinión —sugiere un reconocido estudioso—, vieron en los amores y los vástagos de aquella faraona una señal divina y no cuestionaron a su reina hasta que los recaudadores de impuestos empezaron a cebarse con ellos.»<sup>[14]</sup> Cleopatra había resuelto un rompecabezas político. La falta de oposición en su país puede ser indicativa de que no pecaba de generosa con Marco Antonio. Podría haber aceptado pagar a sus legiones, pero para ello habría tenido que gravar con fuertes impuestos a su pueblo. Tampoco hay motivos para creer que las disposiciones territoriales de Antonio despertaran alarmas en Roma. Formaban parte de un sólido plan de política exterior. Engrosaban las arcas y aseguraban las fronteras. En Egipto, la popularidad de Cleopatra debía de rozar máximos históricos.

A la vista de tal regalo, muchos autores han concluido que Marco Antonio y Cleopatra debieron de contraer matrimonio en Antioquía ese otoño, hipótesis poco probable teniendo en cuenta que Marco Antonio ya tenía una esposa. Tanta dadivosidad por su parte, ha dado pie a suponer que Cleopatra pudo exigir aquellos territorios con ocasión de la boda, y que Antonio se los habría concedido. De ser cierta dicha transacción, ningún cronista habría dejado de mencionarla; sin embargo, Plutarco, la única fuente que relata el encuentro, no ofrece pruebas ni en un sentido ni en el otro. Admite tan sólo que Antonio reconoció a sus hijos, lo cual no equivale a decir que se casó. Antonio, por supuesto, tenía tanto o más que ganar que Cleopatra; ni siquiera Plutarco se atreve a calificar de error el que el triunviro se aliase con la mujer más rica del mundo.<sup>[15]</sup> Las necesidades inmediatas de Antonio encajaban perfectamente con las aspiraciones imperiales a largo plazo de Cleopatra. Las pruebas apuntan menos a una boda que a la sed de territorios de la reina, manifestada entonces por primera vez. Hay quien apunta que en el año 37 o al siguiente empezó a reclamarle a Antonio la mayor parte de Judea. Él, por lo visto, se negó. (Se ha dicho que el que Antonio se mostrara inamovible en ese punto demuestra que no era un títere sin voluntad. Si no cedió, será porque no estaba totalmente cegado de amor. Igual de posible es que Cleopatra supiera hasta dónde podía llegar y nunca reclamara Judea, lo cual deja en el aire la cuestión del estado emocional de Antonio). Es poco probable que Cleopatra tuviera que andar regateando territorios, a pesar de que la situación se prestaba a ello. Antonio necesitaba financiar su campaña, pagar un ejército y armar una flota. Cleopatra, que no necesitaba nada, se encontraba en mejor posición para negociar.

Al margen de lo que hubiera entre ambos, la percepción entre los demás reyes

vasallos de la región fue que Antonio se encontraba profunda y firmemente unido a Cleopatra.<sup>[16]</sup> Resulta más difícil saber qué había en el corazón de ella, al menos en el año 37, aunque tenemos algunas pistas. Antes o después de que Egipto recuperara la extensión que había tenido en el siglo III, antes o después de la puesta a cero del calendario, Antonio y Cleopatra retomaron el aspecto sexual de su relación allí donde lo habían dejado en Tarso. Es evidente que para Cleopatra la presencia de Antonio significaba tanto como su patrocinio. En marzo o abril del año 36 recorrieron juntos el camino que separaba Antioquía de los límites del Imperio romano, un viaje por tierra que la desvió varios cientos de kilómetros de su camino. Un viaje innecesario y menos cómodo de lo que habría sido en otras circunstancias, sobre todo teniendo en cuenta que volvía a estar encinta. Antonio y Cleopatra se despidieron en las riberas del Éufrates, allá donde el río se estrecha hasta convertirse en apenas un canal, en lo que a día de hoy es el este de Turquía. Antonio cruzó el puente de madera hacia territorio parto con la intención de marchar hacia el norte con su flamante ejército, a través de las estepas y las escarpadas montañas que se extendían del otro lado del río. Cleopatra puso rumbo hacia el sur.

Volvió a casa por el camino más largo, como si pretendiera realizar una gira triunfal por los territorios recién adquiridos. En muchos lugares fue recibida con alegría; algunos de los déspotas a los que Antonio había depuesto por ella habían resultado ser gobernantes nefastos. En las proximidades de Damasco, por ejemplo, Cleopatra dominaba ahora un territorio previamente controlado por una tribu de bandidos muy aficionados al latrocinio y al tiro con arco. Acompañada de su séquito, atravesó las ondulantes colinas y los abruptos precipicios de lo que hoy son Siria y Líbano, y tras dejar atrás estrechos desfiladeros y hondas quebradas alcanzó la cima de una cadena montañosa, entre dos lomas majestuosas, en Jerusalén. Rodeada de murallas fortificadas y una serie de torres de planta cuadrangular de nueve metros de altura, Jerusalén era un importante centro comercial, conocido por sus obras de arte. Cleopatra tenía asuntos que tratar con Herodes, quien —pese a ser un negociante infatigable— no debía de arder en deseos precisamente de entrevistarse con la reina.

Cuando al fin se reunieron, Herodes ya había sido fugitivo y suplicante y ocupaba, no sin oposición, el trono de Judea como rey de un pueblo al que había tenido que conquistar antes de poder gobernar.<sup>[\*]</sup> Hemos de suponer que Cleopatra y su comitiva se alojaron con el soberano recién designado, dueño de varias residencias y aficionado a los lujos de proporciones ptolemaicas, si bien su suntuoso y legendario palacio del sur de la ciudad todavía no estaba construido. Lo más probable es que Cleopatra fuera la invitada de Herodes en su residencia de la Ciudad Alta de Jerusalén, que a ojos de la reina debía de parecer más una fortaleza que un palacio. Durante la visita, tuvo ocasión de conocer a la extensa y turbulenta familia de Herodes, con la que pronto mantendría una subversiva correspondencia. Herodes

tenía la mala suerte de compartir techo con varios enemigos implacables, el principal de los cuales era su desdeñosa suegra Alejandra, señora de buena cuna, cuya presencia entre las muchas mujeres de la casa de Herodes constituía de por sí un agravio. El rey vivía también con su astuta madre, una hermana leal para la que todo era motivo de queja y Mariamne, la agradable y bellísima esposa con la que se había casado siendo ésta una adolescente y quien, para frustración de Herodes, jamás llegó a asimilar el hecho de que su marido hubiera asesinado a la mitad de la familia de ella. A pesar de que Cleopatra lo había auxiliado tres años antes, a pesar de que respondían ante un mismo señor y de que juntos navegaban por las procelosas aguas de Roma —ambos hacían cuanto podían por mantener sus volátiles países a la sombra de aquella creciente superpotencia—, lo último que Herodes necesitaba era otra mujer dominadora. Y es que Cleopatra, a diferencia de las demás, aspiraba incluso a su fortuna.

Sabemos de la visita de Cleopatra por una sola fuente, un autor hostil a su Oriente natal, enamorado de Roma y cuyo texto bebe, al menos en parte, del testimonio del propio Herodes. El historiador judío Flavio Josefo ensombrece aunque no logra camuflar del todo la cuestión de fondo: que Herodes y Cleopatra pasaron juntos una temporada intensa durante la cual se dedicaron en buena parte a negociar los detalles de sus obligaciones. Antonio había concedido a Cleopatra derechos exclusivos sobre el betún del mar Muerto, que aflucía a la superficie del lago en forma de manchas glutinosas. El betún era esencial para obtener mortero, incienso e insecticidas, así como para embalsamar y calafatear. Tómese una cesta de juncos, embadúrnese con betún y se verá que repele el agua. Usado para recubrir el casco de un barco, lo vuelve impermeable. La concesión era de lo más lucrativa. A Cleopatra pertenecían asimismo los productos procedentes de Jericó, abundante en palmerales de palma datilera y jardines de bálsamo.<sup>[17]</sup> Es muy posible que cruzara a caballo el abrasador desierto para inspeccionar las ochenta hectáreas en el valle del Jordán donde Herodes poseía un segundo palacio. No había aroma que no palidciera al lado del dulce bálsamo, que crecía exclusivamente en Judea. El fragante aceite, las semillas y la corteza de aquel arbusto se consideraban bienes preciosos y constituían la más rentable de las exportaciones de la región. En cuanto a los dátiles de Jericó, eran los más deliciosos de todo el mundo antiguo y con ellos se elaboraba el fuerte vino de la zona. Dicho en términos actuales: era como si Cleopatra hubiera obtenido la concesión de los campos de petróleo de Kuwait, pese a no ser dueña de un solo palmo de su territorio.

Para Herodes la transacción resultaba especialmente dolorosa, ya que Judea era un país pobre, seco y pedregoso, con pocas zonas fértiles, carente de puerto y con una población en rápida expansión. Sus ingresos eran risibles al lado de los de Cleopatra. Al mismo tiempo, sus ambiciones excedían su territorio, ya que no deseaba ser «rey de un desierto».<sup>[18]</sup> Parece ser que no fue fácil llegar a un acuerdo y que Cleopatra estaba más interesada en las remesas de betún que en seducirlo. Se mostró implacable

y despiadada, y el resultado final le fue muy favorable. Herodes se comprometía a arrendarle las tierras de Jericó a cambio de 200 talentos anuales. Igualmente, aceptaba garantizar y recaudar los impuestos sobre el monopolio del betún de su vecino, el rey de los nabateos. Comprometiéndose a ello, Herodes se ahorraba la presencia de los agentes o los soldados de Cleopatra. En todo lo demás, el trato jugaba a favor de la reina y dejaba a los otros dos monarcas en una posición frágil. Herodes quedaba obligado a obtener fondos de un soberano que le había negado asilo durante la invasión parta y que no pagaba sino bajo coacción. Cleopatra se habría propuesto enfrentar a dos hombres que la despreciaban, un judío y un árabe, y lo había conseguido. (Malco, el rey nabateo, se tomaría la venganza más tarde). Contra todo pronóstico, Herodes hizo honor a la palabra dada. Sabía que «era imprudencia darle motivos para odiarlo».<sup>[19]</sup>

En cualquier otro respecto, la visita se reveló infructuosa. Pese a ser ambos seductores experimentados, no lograron granjearse la simpatía del otro. Es probable que Cleopatra tratase a Herodes con condescendencia, pues éste, a fin de cuentas, era un plebeyo, tal como su suegra le recordaba cada vez que tenía ocasión. A causa de la religión de su madre, tampoco era un judío puro; a ojos de los judíos, era un gentil, mientras que a ojos de los demás, era judío. La consecuencia de esto era su permanente inseguridad en el trono, situación que Cleopatra conocía bien y que tal vez se encargase de agravar. Es posible que ésta dominase el arameo mejor que Herodes el griego. Y es que pese a ser varios años mayor que ella, Herodes era un hombre de formación escasa, profundamente ignorante en arte y cultura, cosa de la que se avergonzaba. (Valga decir que años después, cuando decidió poner remedio a la situación, contrató al mejor maestro que conocía, alguien que —además de sus méritos literarios y musicales— tenía en su haber las mejores credenciales imaginables: haber sido el preceptor de los hijos de Cleopatra). Comparado con la sedosa presencia de Cleopatra, Herodes era un hombre de modales toscos, y eso no debió de beneficiarle.

Cuando de grandes pasiones se trata, se invierte el gran axioma de toda política exterior: los amigos de los amigos son enemigos. Quizá Herodes sintiera hacia Cleopatra lo mismo que sentiría cualquiera hacia alguien para quien la propia fortuna no es más que morralla. Puede que la reina de Egipto llegase demasiado envalentonada por sus éxitos en Antioquía como para mostrarse conciliadora; incluso es posible que insinuara codiciar las tierras de Herodes. No es fácil reconocer una deuda, y ambos eran deudores el uno del otro. Cleopatra había financiado la huida de Herodes a Roma, mientras que el padre de éste había socorrido sin dudar a César en Alejandría. Sea como fuere, el encantador Herodes reaccionó con violencia a la visita de la reina. Por un lado, le dedicó banquetes reales; por otro, recomendó a los miembros de su consejo de Estado que buscaran la manera de matarla, alegando que con ello prestarían un enorme favor a la comunidad. No sería difícil hacerlo mientras Cleopatra estuviera a su merced en Jerusalén. Su fin supondría la desaparición de un



vecino codicioso y conspirador, pero su muerte beneficiaría además a todas las partes, Antonio el primero. Su muerte, decía Herodes lleno de convicción, «evitaría no pocas desgracias a todos aquellos a los que había perjudicado y a quienes pudiera perjudicar en el futuro. Su muerte le sería también de gran ayuda a Antonio, al que no profesaría lealtad en caso de que la necesidad o la ocasión lo obligaran a recurrir a ella en busca de ayuda».<sup>[20]</sup>

Herodes reforzó sus razones de la manera habitual; como siempre, la mujer pérfida era también la mujer sexual. Por si no bastara con lo dicho, explicó a sus consejeros que aquella egipcia casquivana le había «tendido una trampa»<sup>[21]</sup> al confesársele vencida de amores e intentar gozar de él, «pues por su carácter estaba acostumbrada a disfrutar sin reservas de esta clase de placeres».<sup>[22]</sup> Herodes había visto que Cleopatra era una negociadora agresiva, y cuando un hombre se ve en desventaja frente a una mujer, lo mejor es convertirla en una depredadora sexual capaz de alcanzar cotas de depravación indescriptibles, en «una esclava de sus propios apetitos». (No era difícil de ver: en latín, *codicia* y *concupiscencia* comparten la misma raíz). Tras rehuir sus ruborizantes proposiciones, Herodes presentó su ofendida sensibilidad ante el consejo. La lascivia de aquella mujer resultaba escandalosa.

Los consejeros de Herodes le pidieron que recapacitase. Se estaba precipitando. Los riesgos eran muchos, y Cleopatra —fuertemente escoltada y seguramente mejor conocedora de las consecuencias políticas— sin duda lo sabía. El consejo le dio a Herodes una pequeña lección acerca de la perversidad de las dinámicas afectivas, lección que más tarde había de resultarle útil. En primer lugar, Marco Antonio nunca daría el visto bueno al asesinato de Cleopatra, por mucho que se le mostraran los beneficios que de él podían resultar. En segundo lugar, «su amor se inflamaría con tanta más fuerza al pensar que la violencia y la traición la habían apartado de su lado».<sup>[23]</sup> Antonio se obsesionaría y Herodes estaría perdido sin remisión. Los consejeros de Herodes insistieron en que todo era inútil con esa mujer, la más influyente de su tiempo. ¿No sería mejor aceptarlo?

Cleopatra, por supuesto, era demasiado inteligente como para seducir —o intentar seducir— a un soberano de tres al cuarto. No tenía nada que ganar con ello. Era improbable que quisiera seducir a un subordinado de su valedor y, más aún, que se arrojara en los brazos de Herodes estando —de forma evidente; ya casi era verano— embarazada de Antonio. En Jerusalén había acuartelada una legión romana para proteger el trono de Herodes. Sus hombres no habrían callado. Herodes era un hombre astuto, pero como se vería más tarde, poseía una capacidad limitada para comprender el corazón humano. Los consejeros lograron finalmente disuadirlo de sus planes homicidas. Tratándose de una trama «dirigida contra una mujer investida de una dignidad nunca vista en el mundo entero en alguien de su sexo»,<sup>[24]</sup> no habría justificación posible. Herodes no podía permitirse ofender a Cleopatra ni tampoco proporcionarle motivos para odiarlo. Sin duda, dijo por último el consejo, Herodes

encontraría la forma de soportar la deshonra infligida por el descaro de la egipcia.<sup>[\*]</sup>

Suponiendo que esas deliberaciones llegasen a oídos de Cleopatra, no es difícil imaginarla riendo satisfecha. Contaba con la lealtad de Antonio y lo sabía. Tenía mejores motivos para querer liquidar a Herodes, la única persona que se interponía entre ella y la posesión íntegra de la costa oriental. Como ella bien sabía, las tierras del de Judea habían pertenecido a los Ptolomeos en determinados períodos. Al final, los consejeros de Herodes consiguieron convencerlo, y éste, respetuoso y educado, terminó escoltando a su huésped bajo el calor abrasador del Sinaí hasta la frontera egipcia. Si es verdad que Cleopatra estaba al corriente de lo ocurrido —y cuesta creer lo contrario—, aquel viaje a través de la arena incandescente debió de ser de lo más tenso y tedioso. Para el resentido rey de Judea lo fue sin duda. En Pelusio se despidió de Cleopatra, ya en estado de gravidez avanzada y cargada de regalos. Nada que ver con el furtivo viaje de vuelta a casa emprendido en ese mismo lugar en el año 48.

A comienzos de otoño —un otoño favorecido por una copiosa crecida— dio a luz a su cuarto hijo. En el mundo antiguo, el nombre de una persona tenía seguramente una importancia mucho mayor que en cualquier otra época; Cleopatra llamó a su nuevo hijo Ptolomeo Filadelfo, en alusión directa a los gloriosos días del siglo III, cuando su familia había reinado por última vez sobre un imperio comparable en grandeza al de Cleopatra, la Joven Diosa que Ama a su Padre y a su Patria, en el año 36.

Por desgracia para Herodes, no iba a ser tan fácil sacudirse de encima a aquella mujer codiciosa y pragmática. Durante su paso por la corte de Judea, Cleopatra había hecho algunas amistades a las cuales no tardaría en resultar diabólicamente útil. Poco después de su regreso a Egipto, recibió un mensaje de Alejandra, la suegra de Herodes. La princesa asmonea había encontrado en la reina egipcia un alma comprensiva, razón suficiente para que Herodes hallara incómoda la presencia de su noble huésped. Herodes recriminaría a Cleopatra haber ejecutado a sangre fría a buena parte de su familia —valiente acusación en boca de quien había masacrado a todos sus rivales al trono y por varias décadas seguiría dejando tras de sí una estela de sangre—, pero en el fondo quizá era pura envidia. La mutua antipatía que Herodes y Alejandra se profesaban respondía en buena medida a diferencias religiosas y de clase. Herodes no sólo no era un judío puro, sino que además los idumeos eran conversos recientes al judaísmo, por lo que no gozaban de muy buena fama entre el resto de judíos. La esposa de Herodes y su familia, por el contrario, eran nobles pertenecientes a una larga estirpe de altos sacerdotes judíos, dignidad que según la tradición tenía su origen en el hermano de Moisés. En el año 37, Herodes osó designar a un nuevo alto sacerdote a espaldas de la familia, aun cuando tenía a mano a un candidato evidente y prometedor: el hermano de dieciséis años de Mariamne, el alto y arrebatador Aristóbulo. Herodes, sin embargo, prefirió conceder a un vulgar

funcionario aquel lucrativo y poderoso cargo cuyos simples arreos conferían a quien los llevaba una especie de poder ultraterreno. Con la frente ceñida por una diadema bordada en oro, el alto sacerdote velaba por su pueblo ataviado con una toga azul con borlas largas hasta el suelo y recamada con piedras preciosas y cascabeles de oro. Dos broches sujetaban sobre sus hombros un manto púrpura, escarlata y azul tachonado de gemas. Por baja que fuera la condición del sacerdote, los accesorios bastaban «para dar a entender que se estaba en presencia de un hombre perteneciente a otro mundo».<sup>[26]</sup>

Cuando se supo que Herodes había dejado de lado a su joven cuñado, se desató la tempestad. Para Alejandra —hija de un sacerdote y viuda de un príncipe—, el nombramiento representaba un insulto imperdonable. Con la ayuda de un músico ambulante, informó secretamente a Cleopatra de la deshonra sufrida, con la esperanza de que la reina se solidarizase con ella en tanto que mujer y, sobre todo, en tanto que hija de una linaje real. Sabía que Cleopatra no podía sufrir a Herodes y que gozaba de la confianza de Antonio. ¿Se dignaría a interceder ante él, imploraba Alejandra, para que el sacerdocio recayera sobre su hijo? Si Cleopatra aceptó, todo indica que Antonio tenía en la cabeza cosas más importantes que las disputas privadas de la casa de Herodes. El triunviro se mantuvo, pues, al margen, si bien más tarde, ese mismo año 36, el sagaz Delio viajó a Jerusalén para tratar otros asuntos. Delio, el hombre que había convencido a Cleopatra para que viajara a Tarso, poseía unas dotes de persuasión que lo convertían en el complemento ideal para la maquinadora suegra de Herodes. Los hijos de Alejandra poseían una belleza fuera de lo común, «como si hubieran nacido no de hombres, sino de algún dios», según Delio. Como la vez anterior, la hermosura puso en marcha la imaginación del legado. Delio convenció a Alejandra de que encargase pintar sendos retratos de Mariamne y Aristóbulo para mandárselos a Antonio lo antes posible. En cuanto el triunviro pusiera la mirada en ellos, le prometió Delio, «no se opondría a ninguna de sus demandas».<sup>[27]</sup>

Alejandra hizo lo que Delio le pedía, lo cual sugiere o bien algo de candidez por su parte o bien algo más siniestro. No deja de ser extraño en una mujer capaz de detectar una conspiración a la legua y, en su caso, de urdir una de la noche a la mañana. Si hemos de creer a Josefo a pies juntillas, lo que Delio pretendía era reclutar parejas sexuales de ambos sexos para Antonio. Al recibir los retratos, Antonio vaciló, al menos en lo que respecta a Mariamne. Sabía que Cleopatra montaría en cólera, aunque Josefo no especifica si por decoro o por celos. En cualquier caso, no le sería fácil perdonarle algo así. En cuanto al hermano de Mariamne, Antonio no se lo pensó dos veces antes de mandar por él. En ese momento, Herodes recapacitó. Le parecía imprudente enviar a un gallardo joven de dieciséis años al romano más poderoso de su tiempo «para satisfacer sus deseos eróticos».<sup>[28]</sup> En lugar de ello, Herodes convocó al consejo y a la familia para denunciar las continuas intrigas de Alejandra. La acusaba de confabular con Cleopatra para usurparle el trono de Judea y ponerlo en manos de su hijo, de modo

que haría lo correcto y nombraría sacerdote a Aristóbulo. Puede que la proposición de Delio influyera de forma indirecta en esa decisión; con el nombramiento, Aristóbulo permanecería en Judea, lejos de las garras de Antonio y a salvo de los complots de Cleopatra. Alejandra respondió derramando lágrimas y suplicando clemencia a su yerno. Lamentaba haberse «extralimitado en sus palabras, como de costumbre», y haber obrado con torpeza, sin duda una triste consecuencia de su rango. Se sentía inmensamente agradecida y, en lo venidero, le prometía obediencia absoluta.

Aristóbulo apenas había estrenado el atuendo sacerdotal cuando Alejandra quedó bajo arresto domiciliario y fue sometida a vigilancia ininterrumpida. Herodes seguía sospechando que su suegra maquinaba alguna traición. Alejandra estalló de indignación. No tenía ninguna intención de vivir el resto de su vida «en miedo y esclavitud» y recurrió a quien era de esperar. Envió a Cleopatra «un largo lamento acerca del estado en que se encontraba, y la conjuraba a que hiciera cuanto estuviera en su mano por ayudarla».<sup>[29]</sup> Recurriendo una vez más a las páginas de Eurípides —«una mujer debe compartir las fatigas de otra mujer»—,<sup>[30]</sup> Cleopatra ingenió un brillante plan de fuga. Envió una nave para llevar a Alejandra y Aristóbulo a lugar seguro. Ella misma les facilitaría asilo. Alejandra —ya fuera por consejo de Cleopatra o por propia iniciativa— mandó construir dos ataúdes. Con la ayuda de sus sirvientes, ella y Aristóbulo se introdujeron en ellos y fueron llevados desde Jerusalén hasta la costa, donde aguardaba la nave de Cleopatra. Por desgracia, uno de los sirvientes traicionó a Alejandra, y, en el momento en que los fugitivos se disponían a abandonar el palacio, fueron sorprendidos por Herodes. Aunque ardía en deseos de castigarla, el rey se abstuvo de hacerlo por miedo a incitar a Cleopatra. En lugar de ello, escenificó una gran ceremonia de perdón, mientras, para sus adentros, juraba tomar venganza.

Para octubre del año 35, Herodes ya no sabía qué hacer con su esposa y su familia. Su suegra se había coaligado con su mayor rival. Su cuñado, cuyas aspiraciones al trono eran de todo punto legítimas, gozaba de cotas de popularidad peligrosamente altas. La imagen de ese joven de porte noble y apariencia exquisita ataviado con majestuosas vestiduras y tocado de oro frente al altar en la fiesta de los tabernáculos se le hacía insoportable a Herodes, que interpretaba la devoción de sus súbditos por el alto sacerdote como un cuestionamiento de su soberanía. Por si fuera poco, la autoridad de Herodes en su propia casa era cada vez menor a causa del odio que le profesaba su esposa, «tan grande como el amor que éste sentía por ella».<sup>[31]</sup> Mariamne no manifestaba el más leve asomo de la lascivia que Herodes censuraba en Cleopatra y solía corresponder con gruñidos a los abrazos de su marido. Herodes no podía tomar represalias, ni aun por vía indirecta, contra su suegra, demasiado estrechamente vinculada a Cleopatra; sin embargo, sí podía neutralizar la prometedora carrera de su cuñado. En cierto momento de aquel otoño insólitamente caluroso, Herodes invitó a Aristóbulo a Jericó, donde podría bañarse en la piscina del palacio, ubicada en medio de un jardín geométrico.<sup>[32]</sup> Rodeados de amigos y

servientes, dejaron pasar el atardecer jugueteando en el agua fresca. Al caer la noche, alguien —aprovechando el chapoteo— sujetó la cabeza de Aristóbulo demasiado tiempo bajo el agua. El alto sacerdote había muerto a los diecisiete años.

Hubo grandes muestras de falsa emoción por parte de ambos bandos. Herodes organizó un costoso funeral durante el cual quemó grandes cantidades de incienso, derramó abundantes lágrimas y lloró con amargura. Alejandra afrontó la desgracia con coraje y serenidad, prefiriendo dejar para más tarde la venganza por el asesinato de su hijo. (Mariamne fue la única que pecó de ingenua al denunciar tanto a su marido como a la madre y la hermana de éste). Alejandra no se dejó engañar por la versión oficial de los hechos y escribió una vez más a Cleopatra, que la compadeció por lo ocurrido. Era una pérdida trágica e innecesaria. Alejandra podía dejar el asunto en sus manos; ella misma daría parte a Antonio. Nada más regresar de Partia, Cleopatra lo conminó a castigar al asesino de Aristóbulo. Era inadmisibile, arguyó, «que Herodes, a quien él había nombrado rey de un país sobre el cual no tenía derecho a gobernar, pudiera actuar con tanta iniquidad hacia quienes eran reyes auténticos».<sup>[33]</sup> La reina abogaba por el respeto a las convenciones establecidas, por dar a cada cual según su condición, por los derechos de los soberanos. Antonio le dio la razón.

Los miedos de Herodes a la influencia de Cleopatra estaban bien fundados. Al mismo tiempo, llegó una citación procedente de la costa de Siria; Antonio lo instaba a rendir cuentas. Herodes, que había llegado donde estaba mediante el soborno y la insolencia, no era de los que se arredran ante la autoridad; más bien tendía a dar muestras de osadía. Y si bien su comparecencia ante el triunviro fue, por lo visto, de lo más humilde, quedó probado que su capacidad de reacción ante la adversidad no era menor que la demostrada por Cleopatra seis años antes, en Tarso, de lo que se deduce que o bien llamar a consulta a los reyes vasallos no era el fuerte de Marco Antonio, o bien que éste se sentía desarmado en presencia de un experto sicofante. Esto evidencia asimismo que Antonio no era en ningún caso un títere en manos de Cleopatra. Herodes se presentó ante él bien pertrechado de espléndidos obsequios y prolijas excusas, gracias a las cuales logró desbaratar los argumentos de la reina. Antonio admitió que «era cosa impropia pedirle cuentas a un rey, pues en tal caso dejaría de ser rey, y que quienes le habían conferido autoridad y poder debían permitirle su ejercicio». Todo indica que se expresó de forma similar con Cleopatra, a quien advirtió que haría bien si dejaba de preocuparse por los asuntos de Herodes; al menos, eso es lo que afirmarí­a el propio Herodes al vanagloriarse de los muchos honores que Antonio le había tributado. Habían cenado juntos todos los días y Antonio lo había invitado a permanecer a su lado mientras despachaba sus asuntos. Todo ello, «a pesar de las duras acusaciones de Cleopatra».<sup>[34]</sup> Reinaba entre ambos la mejor voluntad. El rey de Judea entendió, pues, que se encontraba a salvo de aquella «mujer malvada»<sup>[35]</sup> y su codicia insaciable.

Ahí se equivocaba ligeramente, aunque en cierto modo logró acabar con las

intrigas femeninas en el seno de la corte. Pasados unos meses de su regreso, su vengativa hermana lo convenció de que su esposo y Mariamne habían mantenido un romance durante su ausencia. Era la ocasión ideal para deshacerse de una cuñada perversa y de un marido indeseado. La acusación resultaba perfecta para exaltar los ánimos de un hombre despechado y enfermo de amor, y obró los efectos deseados. (Como decía Eurípides en una de las obras que gozó de mayor popularidad durante el período helenístico: «Es un placer para las mujeres el no decir nada bueno unas de otras».)<sup>[36]</sup> Sin mediar juicio alguno, Herodes ordenó ejecutar a su cuñado y, por si acaso, apresar a Alejandra, so pretexto de que todo aquel desorden era, al menos en parte, culpa suya. Herodes era un hombre venal y daba por supuesto que los demás también. Su voluntad siempre estaba sujeta a revisión.

Aun sin la ayuda de Alejandra, Cleopatra seguiría provocándole dolores de cabeza a Herodes —o al menos intentándolo— durante algunos años más. Se dice que fue por el miedo que le tenía que fortificó Masada y la llenó de grano, aceite, dátiles y vino.<sup>[37]</sup> Mientras ella reinara en el país vecino, no podía bajar la guardia.<sup>[\*]</sup> La complicada relación de Herodes con su mujer siguió deteriorándose. Se hizo creer al rey que Mariamne había hecho llegar a escondidas un retrato suyo a Antonio. Herodes «sólo estaba dispuesto a escuchar a los malvados» y únicamente se mostraba favorable a quienes pensaban como él, ya que su mayor empeño era que todos le dieran la razón en sus funestos delirios.<sup>[38]</sup> La acusación «cayó sobre Herodes como si fuera un rayo» y renovó su obsesión por Cleopatra y sus mortíferos complots.<sup>[\*\*]</sup> Todo aquello tenía que ser obra suya: «Calculaba su peligro no en función de la pérdida de su mujer, sino de su propia vida».<sup>[39]</sup> Sentenció a muerte a su esposa. Mientras la llevaban al lugar de la ejecución, su madre la abordó gritando y mesándose los cabellos. Alejandra imprecó a su hija llamándola malvada e insolente, la acusó de haber sido ingrata con Herodes y afirmó que merecía la suerte que le había tocado. Mariamne siguió adelante impertérrita, sin prestar atención a su madre. Tenía veintiocho años. En un giro digno de una tragedia shakesperiana, Herodes se vino abajo con su muerte. Su deseo de Mariamne no hizo más que aumentar; se convenció de que seguía viva y quedó físicamente incapacitado. Había caído presa de aquel mismo mal que sus consejeros habían predicho que se abatiría sobre Antonio de verse privado de Cleopatra. Herodes acabó abandonando Jerusalén para emprender un largo viaje con el fin de recuperarse. Durante su ausencia, Alejandra promovió nuevas conspiraciones. Al regresar, mandó ejecutarla.

A lo largo del año 36, Marco Antonio informó a Roma de sus rutilantes éxitos frente a los partos, y en su honor se organizaron festejos y se ofrecieron sacrificios. Puede, sin embargo, que Cleopatra estuviera mejor informada que los romanos.<sup>[40]</sup> Más de mil quinientos kilómetros la separaban del teatro de operaciones, pero en cualquier caso la distancia era menor que desde la península Itálica. Le interesaba tanto como a

Roma que Antonio saliera victorioso y disponía de recursos para enviar emisarios con regularidad. Con todo, no pudo dejar de sorprenderse al recibir al mensajero que llegó a Alejandría a finales de año. Traía una petición urgente. Debía de haber tardado un mes en llegar. Con ella concluía un período de grandes euforias. Antonio y su ejército acababan de regresar de su aventura parta. Habían llegado casi hasta el mar Caspio, en lo que hoy en día es el norte de Irán. Era poco más que una excursión en comparación con la campaña de Alejandro Magno, pero aun así habían recorrido más de mil doscientos kilómetros. En ese momento se encontraban acampados en una pequeña población al sur de la moderna Beirut, dotada de un excelente puerto en el que Cleopatra podía recalar sin problemas. Antonio le imploraba que se reuniera con él sin dilación alguna y que trajera consigo grandes cantidades de oro, provisiones y ropa para sus hombres. Cleopatra no había esperado volver a verlo tan pronto. Era imposible que hubiera conquistado Partia en apenas unos meses. César había previsto una campaña de al menos tres años.

Plutarco afirma que Cleopatra tardó en llegar, aunque no queda claro si se retrasó o si fue tan sólo la percepción de Marco Antonio, para quien toda espera debía de ser demasiada. Era invierno y las fuertes lluvias y los vendavales azotaban el Mediterráneo. Cleopatra tenía que reunir las provisiones y aparejar la flota, recaudar o acuñar denarios de plata.<sup>[41]</sup> Además, había dado a luz pocos meses antes y sabía que le esperaban malas noticias. Antonio, por su parte, estaba inquieto y agitado, aunque tal vez Plutarco se lleva a engaño a la hora de relacionar causas y efectos y afirmar que Antonio estaba fuera de sí debido al retraso de Cleopatra. Su supuesta tardanza poco tenía que ver con el origen de aquella angustia. Antonio intentaba paliar la ansiedad con la bebida —era cosa sabida que «¡no hay otra medicina para las penas!»—,<sup>[42]</sup> pero era incapaz de aguantar sentado toda una comida. A cada momento corría hacia la orilla, desde donde oteaba el horizonte una y otra vez en busca de las velas egipcias, comportamiento de lo más inaudito en un campamento romano, donde imperaban el orden y la disciplina y donde todo el mundo comía junto. Plutarco acusa a Cleopatra de demorarse, cuando la verdad es que la reina debió de llegar con la mercancía solicitada poco después del cuadragésimo cuarto cumpleaños de Antonio, en esa época del año en que los días aún son cortos y las noches largas. Con ella traía «muchos vestidos y riquezas para los soldados».<sup>[43]</sup> Tanto Plutarco como Dión dan crédito a un insidioso rumor según el cual Cleopatra habría llevado ropa y vituallas, pero que Marco Antonio habría pagado con su propio oro a sus hombres, asegurándoles que el dinero era un donativo de Cleopatra, cansada de su obsesión con Partia. Sea como fuere, el caso es que Antonio habría comprado la buena disposición de sus hombres hacia Egipto, algo que para él era prioritario, pese a no poder permitírselo.

Tardanzas reales aparte, Antonio tenía motivos para estar desesperado. La campaña de Partia no había sido ni mucho menos un éxito rutilante, sino una expedición desmoralizadora seguida de una retirada desastrosa. Antonio cometió

errores estratégicos desde buen principio. Dado el tamaño de su ejército y lo largo de la marcha, optó por prescindir del material de asedio. No siempre supo dar con los partos, pero éstos sí sabían como dar con él: hordas de arqueros y piqueros tendían emboscadas continuas a las ordenadas unidades romanas. Antonio confiaba en que los armenios —vecinos occidentales de los partos— le suministrasen ayuda militar, pero resultaron menos fieles de lo esperado. No por primera vez, atrajeron a los romanos hacia «un vasto y abismal desierto»<sup>[44]</sup> y allí los abandonaron. La retirada fue lo que tuvo un coste más alto. Tras marchar cincuenta kilómetros en plena oscuridad, los hombres de Antonio, exhaustos, se lanzaron a beber agua salobre. Medio muertos de hambre, empezaron a alimentarse de plantas venenosas que les provocaron vómitos y un gran debilitamiento. Siguieron las convulsiones, la disentería y los delirios. Lo que no pudieron el agua estancada y las plantas venenosas lo pudieron el calor armenio y las interminables nieves de Capadocia. El hielo se solidificaba en las barbas y el frío congelaba manos y pies.

Para cuando alcanzó el litoral sirio y empezó a escrutar obsesivamente el horizonte en busca de Cleopatra, Antonio había perdido casi un tercio de su espléndido ejército y la mitad de su caballería. Tras dieciocho modestas batallas se había asegurado unas cuantas victorias sustanciales, pero aquella catastrófica retirada se había cobrado la vida de veinticuatro mil hombres. Más tarde, a Cleopatra le cabría el dudoso honor de ser señalada como la causante del fiasco de Antonio en Partia: «En efecto, Antonio, impaciente por pasar el invierno con ella, inició la guerra apresuradamente antes de hora y llevó todas las operaciones de manera desordenada, como si no estuviera bien de la cabeza, sino bajo la influencia de algún tipo de brebaje o embrujo, para que estuviera obligado a estar siempre con ella, la buscara ansiosamente y siempre estuviera más preocupado por acudir a su lado antes que ocuparse de derrotar a los enemigos», explica Plutarco.<sup>[45]</sup> Una vez más, se culpaba a Cleopatra de interferir en los planes de Antonio. O mejor dicho: una vez más, los planes de Antonio hacían aguas y Cleopatra cargaba con la culpa.

La campaña fue tan reveladora como desastrosa. Una y otra vez Antonio se vio burlado por la habilidad del enemigo y traicionado por sus amigos. Los meses transcurridos en Partia estuvieron menos marcados por el amor a una mala mujer que por la confianza en los hombres equivocados. Antonio era un general compasivo, «compartía el dolor y los sufrimientos de los afligidos»<sup>[46]</sup> hasta el punto de que casi le eran más leales los heridos que los ilesos. La incompetencia de Antonio quedó patente en el apartado de las venganzas. El rey armenio, Artavasdes, incitó a Antonio para que invadiera Media (la moderna Azerbaiyán, tierra de fieras tribus e imponentes cadenas montañosas) y luego lo traicionó. Sus hombres lo instaron a llamar a capítulo a Artavasdes, pero Antonio se negó. Ni «le reprochó su traición ni depuso su acostumbrada cortesía y respeto hacia él».<sup>[47]</sup> Sabía cómo tocar la fibra sensible de la gente; así, cuando fue necesario enviar a sus hombres hacia una fortuna incierta, «pidió el manto oscuro para que se le viera en un estado que inspirara



compasión».<sup>[48]</sup> (Sus amigos terminaron disuadiéndolo y Antonio arengó a las tropas con la túnica púrpura de los generales). Podría decirse que la mayor víctima de la expedición fue su paz de espíritu. En una ocasión al menos estuvo a punto de suicidarse. Su dolor sólo es comprensible si pensamos en un comandante que en el pasado ha dado claras pruebas de su argucia, valor y omnipresencia. Y lo que es peor, después de aquella infortunada campaña —en la que, tras perder a decenas de miles de hombres, distribuyó lo que quedaba de su fortuna y rogó que le dieran muerte—, ya en Siria, se convenció, «por un increíble desvarío de su mente»,<sup>[49]</sup> de que su huida constituía en verdad un victoria.

Tal era el grado de agotamiento y trastorno del hombre con quien Cleopatra se encontró en la ribera siria. Pese a las acusaciones de que la reina no satisfizo todas sus peticiones, su llegada fue un alivio para las hambrientas, desmoralizadas y andrajosas tropas romanas. Cleopatra encarnó el papel de la liberal y bondadosa Isis. De cómo reaccionó a los delirios de Antonio, no tenemos la menor pista. Ciertamente debió de quedarse impresionada al ver en qué se había convertido, en apenas nueve meses, aquel ejército tan bien adiestrado y abastecido. Desde el primer momento, en el campamento sirio se registraron roces y disparidad de opiniones. Fue por entonces que Cleopatra conminó a Antonio a castigar a Herodes por el maltrato dispensado a Alejandra y que Antonio ordenó a Cleopatra que no se entrometiera, respuesta que la reina debía de haber oído bien pocas veces y que, sobre todo a la vista de las circunstancias, debió de parecerle inmerecida. Se quedó con Antonio varias semanas, en el centro de las ordenadas tiendas que formaban aquella improvisada ciudad romana, mientras el triunviro meditaba cuál sería su siguiente paso. Le habían llegado rumores de que los reyes de Media y Partia habían reñido tras su retirada, y que el rey medio —cuyo territorio lindaba con Partia— se proponía ahora juntar fuerzas con Antonio. Animado por las noticias, empezó a preparar una nueva campaña.

Cleopatra no fue la única mujer que acudió al rescate de Antonio; también su leal esposa, que solicitó permiso para acudir en ayuda de su esposo, permiso que su hermano le concedió de buen grado. Octaviano podía permitirse mandar suministros, ya que sus campañas sí habían dado fruto. El viaje de Octavia era una emboscada. En el año 37, Octaviano le había prometido a Antonio veinte mil hombres para hacerles la guerra a los partos, pero nunca llegó a entregárselos. Con su hermana, envió un cuerpo de élite de dos mil guardias pretorianos cuidadosamente elegidos y equipados con primorosas armaduras. Aceptarlos suponía para Antonio renunciar a dieciocho mil hombres en un momento en que se hallaba en la desesperada necesidad de reponer tropas. Rechazarlos equivalía a ultrajar a la hermana de su rival. Para Octaviano, impaciente por hallar una excusa plausible para romper la alianza, la oportunidad era inmejorable; Antonio estaba en un callejón sin salida. Octavia partió enseguida para Atenas y mandó informar de ello a su esposo. Dión sitúa para entonces a Antonio en Alejandría, mientras que Plutarco da a entender que él y Cleopatra se hallaban todavía en la costa siria. Dos cosas son seguras: una, que

llegados a este punto, Antonio y Cleopatra mantenían una estrecha relación; dos, que Antonio rehuyó a Octavia. Mandó decirle que no prosiguiera su viaje, pues él debía regresar a Partia. Octavia, que captó perfectamente el significado del mensaje, envió a un amigo personal de Antonio para esclarecer el asunto y, de paso, recordarle a Antonio las muchas virtudes de su esposa. ¿Qué debía hacer Octavia con los efectivos que viajaban con ella?, inquirió el enviado, leal a ambos cónyuges. Aquello ponía a Cleopatra en una situación difícil, que puede que fuera la intención. Y es que Octavia no sólo llevaba consigo la guardia pretoriana equipada al completo, sino también grandes cantidades de ropa, caballos y bestias de carga, fondos procedentes de su fortuna personal, así como obsequios para Antonio y sus oficiales. ¿Adónde debía enviarlos?

Octavia le había arrojado un guante a la reina, y ésta respondió, aunque no con la misma moneda. Cleopatra veía en Octavia a una rival de peso y su proximidad era motivo de preocupación. Su representante, de hecho, se hallaba en territorio de Cleopatra. La reina había oído hablar de la belleza de Octavia. Los hombres de Roma también sabían ser crueles, y aquellos que conocían a Octavia se extrañaban de que Antonio prefiriera a la reina de Egipto, quien «no estaba a la altura de Octavia —decían— ni en belleza ni en lozanía».<sup>[50]</sup> (En realidad, ambas tenían la misma edad). Cleopatra temía que la autoridad de Octavia, el prestigio de su hermano, «el placer de su conversación y de las atenciones que le dirigía a Antonio» pudieran convertirla en una mujer irresistible. La soberana, que hasta el momento se había caracterizado por su atrevimiento y frialdad, intentó —o así se dijo— cambiar de estrategia y recurrir al llanto y el gimoteo, primera arma —o última, según la ocasión— en el arsenal de una mujer. Plutarco sospecha que Cleopatra fingía estar perdida de amores por Antonio, o lo que es lo mismo, ni siquiera se le concede una auténtica implicación sentimental. Si es verdad —el dato desentona como un peplo en una película de vaqueros—, significa que era igual de efectiva como mujer que como soberana. Fulvia podría haber aprendido mucho de ella. Cleopatra no suplicó ni negoció en ningún momento. Tampoco alzó la voz. En lugar de eso, renunció a comer y adoptó una actitud apática, como anulada por su pasión por Antonio. (Ya entonces, la huelga de hambre era un truco de manual: también la Medea de Eurípides lleva a cabo una para recuperar a un marido descarriado). Cleopatra «hacía que su mirada estuviera en éxtasis cuando él venía hacia ella, y lánguida y triste cuando se alejaba». Se arrastraba por el suelo y se deshacía en lágrimas, que se secaba visiblemente cada vez que aparecía Antonio. Por supuesto, lo último que deseaba era angustiarlo.

Cleopatra, que casi nunca actuaba en solitario, interpretó su papel de plañidera con la ayuda de varios comparsas. Sus cortesanos empezaron a trabajar horas extraordinarias reconviendo a Antonio: ¿cómo podía tener el corazón tan duro para despreciar «a una mujer que sólo vivía por él»? ¿Acaso no se daba cuenta de lo distintas que eran ambas mujeres? «Porque Octavia, claro estaba, se había casado por razones de Estado y a sugerencia de su hermano». A duras penas podía comparársela

con Cleopatra, quien, pese a ser soberana y reina de millones de almas, «tenía que rebajarse a ser pregonada como la amante de Antonio; pero ella no rehuía ese título ni lo consideraba indigno, si podía verle y vivir a su lado».<sup>[51]</sup> El suyo era el más noble de los sacrificios. Por él había desatendido su reino y sus muchas responsabilidades y «se consume, a la manera de una concubina».<sup>[52]</sup> ¿Cómo podía permanecer indiferente? Entre ambas mujeres no había color. Cleopatra estaba dispuesta a renunciar a todo mientras pudiera «verle y vivir a su lado», ya que «apartada de él, no sobreviviría»,<sup>[53]</sup> conclusión que confirmaban su inapetencia y su convulsa llantera. Embelesados por Cleopatra, y concedores sin duda de las inclinaciones del triunviro, incluso los amigos más íntimos de Marco Antonio tomaron cartas en el asunto.

Como todas las campañas, también ésta dio pie a escaramuzas, cuando no a auténticas batallas; en torno a Antonio y Cleopatra el ambiente estaba muy cargado. El factor estratégico también tuvo su parte: la actuación de Cleopatra acabó ablandando a Antonio. Las recriminaciones de sus amigos lo hacían sentirse halagado. Hombre de pasiones desordenadas, Antonio aceptaba los reproches como algo natural y se alegraba con las acusaciones. Era un subordinado feliz; es más, el papel parecía hecho a su medida.<sup>[54]</sup> Plutarco asegura que no sólo le agradaban más las recriminaciones que los elogios, sino que «no se daba cuenta de que con este aparente reproche era corrompido»<sup>[55]</sup> y de que, al motejarlo de insensible, no hacían sino arrastrarlo hacia Cleopatra. Se convenció de que si la abandonaba, ella se quitaría la vida. Conociendo su pasado, amenazas como ésa no podían causarle indiferencia, ya que sobre su conciencia pesaba ya la muerte de una mujer leal e inteligente. Antonio podía tener muchas faltas, pero era un hombre compasivo y todos sus soldados podían dar fe de ello. Al final, terminó rechazando a Octavia, que volvió a Roma vejada a ojos de todos menos a los suyos propios. Se negó a que aquella afrenta condicionara su vida, y, cuando su hermano le ordenó que abandonara la residencia conyugal, ella se opuso, negándose a quedar como una segunda Helena de Troya y pretextando que «no sería nada agradable tener que escuchar que de los dos más grandes generales, uno había provocado la guerra civil entre los romanos por el amor de una mujer y el otro por el excesivo celo en defensa de otra».<sup>[56]</sup>

Cleopatra se mostró menos indiferente. El trono de Egipto iba ligado al amor de Antonio. Si Octavia se lo arrebatara, lo perdería todo. La suya fue una interpretación magistral y sus resultados fueron duraderos. A partir de entonces, se hicieron inseparables, cosa que Dión atribuye a «la pasión y las hechicerías de Cleopatra» y Plutarco a «la influencia de algún tipo de brebaje o embrujo».<sup>[57]</sup> En cambio, los hombres de Antonio —y Octavia— reconocen que el afecto de su general era auténtico. El factor geográfico apunta en la misma dirección: Antonio permaneció con Cleopatra en Alejandría todo el invierno. Tenía razones prácticas para ello, pues planeaba marchar de nuevo hacia el este la primavera siguiente. En invierno del año 35, resulta ya imposible negar que mantenían un apasionado romance, si por romance

entendemos un pasado feliz, una familia común, un lecho compartido y una misma visión de futuro.

Cleopatra y su portentosa interpretación de la mujer enferma de amores distrajeron a Antonio de la segunda ofensiva parta, que pospuso por permanecer a su lado. La reina estaba pálida y delgada. Su estado mental era preocupante. En el año 35, Cleopatra sí interfirió de forma intencionada en los planes de Antonio. El triunfo en Oriente era para Antonio de vital importancia, quizá incluso más que en el pasado, pues mientras él se lamía las heridas sufridas en Partia, Octaviano no dejaba de acumular éxitos. Había aplastado a Sexto Pompeyo y marginado a Lépido. (Mediante sobornos, consiguió incluso apoderarse de dieciocho de las legiones de este último). Octaviano y Antonio eran los únicos que seguían en pie, y sólo una victoria en Oriente podía asegurarle al segundo el glorioso manto de César. Antonio, además, tenía cuentas pendientes con el rey armenio, a quien, con algo de retraso, señalaba como responsable de su catastrófica retirada. Se cree que Cleopatra no veía con agrado las ambiciones militares de Antonio y que habría preferido que éste dedicara su atención a otros asuntos. Partia, desde luego, la preocupaba menos que la política romana; Egipto quedaba más o menos aislado en caso de una invasión desde el este, mientras que frente a Roma su vulnerabilidad era total. La gloria militar no era ni mucho menos la divisa de su reino, y la expedición contra los partos se le antojaba fútil en más de un aspecto. Todo esto parece evidente, pero no hay que perder de vista que no son más que conjeturas. Desde el punto de vista de Antonio, lo más conveniente habría sido regresar a Roma, de la que llevaba cinco años ausente. Cleopatra debió de oponerse a esa idea con todas sus fuerzas. La expedición a Oriente era onerosa, pero, según sus cálculos, el regreso a Roma —y el reencuentro con Octavia y Octaviano— podía salirle infinitamente más caro.

Antonio necesitaba una victoria con urgencia, pero también deseaba saldar cuentas pendientes. «En su empeño por tomar venganza del rey armenio con el menor perjuicio posible para su propia persona»,<sup>[58]</sup> envió al astuto Delio hacia el este, a Armenia. Como de costumbre, Delio llevaba consigo una propuesta. En esta ocasión se trataba de un arreglo diplomático tradicional: ¿aceptaría Artavasdes, el monarca armenio, prometer a su hija con Alejandro Helios, el hijo de seis años de Cleopatra y Antonio? Es probable que Cleopatra viera con buenos ojos la propuesta, ya que con ella se abría la posibilidad de instalar a un Ptolomeo en el trono armenio. Aparte, garantizaba una alianza pacífica con aquel reino montañoso cuyo respaldo resultaba crucial con vistas a invadir Partia y que hasta entonces había tenido divididas sus lealtades. Pese a haberse aliado varias veces con Roma en el pasado, Armenia era por afinidades y costumbres más próxima a los partos. La oferta, por lo visto, no convenció a Artavasdes, que como político era un hombre hábil y resuelto y no se dejó ablandar por las lisonjas ni los sobornos de Delio. Antonio respondió en

primavera invadiendo Armenia. En poco tiempo sometió el territorio y lo declaró provincia romana. Fue un acto de venganza más que de conquista; por su situación, Armenia constituía una barrera estratégica, pero no era ni mucho menos una gran potencia. No obstante, Antonio sabía que aquella ocupación satisfacía a sus hombres, que llevaban meses denunciando que Artavasdes les había hecho perder Partia. En previsión de una campaña a mayor escala, Antonio acuarteló el grueso de su ejército en Oriente durante el invierno y regresó a Alejandría victorioso, llevando consigo no sólo el tesoro armenio, sino también al rey, su esposa, sus hijos y los gobernadores provinciales. En deferencia a su rango, mandó encadenar a la familia real con grilletes de oro.

Por fin Cleopatra recibía buenas halagüeñas de su amante. La reina, probablemente a instancias del propio Antonio, dio orden de preparar una extravagante ceremonia para celebrar su retorno. Los parientes inmediatos de Cleopatra no habían sido conquistadores, pero las procesiones eran una especialidad ptolemaica. Las avenidas flanqueadas de esfinges de Alejandría habían sido concebidas con ese propósito y en su modelo se inspiraba el propio triunfo romano. La del año 34 hizo historia. Precedido por los cautivos, Antonio entró en la ciudad a bordo de un carruaje y envuelto en su manto púrpura. Lo más probable es que el desfile dejara atrás las columnatas de mármol y los toldos de los comercios y que siguiera la vía Canópica, decorada con estandartes de vivos colores y rebosante de gente aplaudiendo. Los Ptolomeos descollaban en festejos como ése. Antonio y Cleopatra añadieron un detalle adicional al desfile: tras exhibir el botín y los prisioneros por el corazón de la ciudad, Antonio los presentó a la reina de Egipto, que, vestida en traje ceremonial, presidía la escena desde su majestuoso trono de oro, instalado en lo alto de una plataforma bañada de plata rodeada de sus fieles súbditos.

Antonio era famoso por su generosidad con sus amantes; Cleopatra recibió de él no sólo los despojos de la campaña, el tesoro real y sus funcionarios, sino también al orgulloso rey armenio y su familia, con sus plumas doradas. El protocolo, sin embargo, se rompió en cuanto Artavasdes llegó frente a ella. El rey armenio no era un necio ni un filisteo; escribía narraciones y discursos complejos. Durante años había conseguido que Partia y Roma vivieran enfrentadas. Fiel a su fama de porfiado, se acercó a la reina pero ni la reconoció como tal ni se arrodilló ante ella, antes bien, la interpeló por su nombre. Toda coerción fue inútil; pese al maltrato al que fueron sometidos, ningún miembro de la familia real armenia se prosternó ante la reina de Egipto. (Resulta notable que, pese a sus muestras de desacato, Artavasdes sobreviviera al desfile. En Roma, por ejemplar que fuera su actitud, un rey cautivo rara vez tenía la misma suerte). Hasta entonces, Cleopatra nunca se había sentido humillada ni había presenciado semejantes muestras de orgullo. Tenía razones para quedarse impresionada. A continuación se celebró un opulento banquete para todo el pueblo de Alejandría, seguido de festejos en el palacio y espectáculos públicos. Cleopatra, además, distribuyó monedas y comida a manos llenas.<sup>[59]</sup>

Las procesiones de tema militar eran una rareza en Alejandría, aunque sus raíces eran ptolemaicas. En cuanto a la espléndida ceremonia posterior, no se recordaba ningún precedente. Pocos días después, la multitud abarrotó el recinto de columnas del gimnasio de Alejandría, al oeste del principal cruce de calles de la ciudad y a pocos minutos del palacio. Con sus ciento ochenta metros, el gimnasio era la mayor estructura de la ciudad y representaba el centro geográfico, intelectual y recreativo de ésta. Podríamos considerarlo el teatro de la ópera de la época; la presencia de un gimnasio era lo que convertía a una población cualquiera en ciudad de pleno derecho. Aquel día de otoño, los alejandrinos encontraron en la pista al aire libre del complejo otra plataforma de plata sobre la cual se habían colocado dos formidables tronos de oro. Marco Antonio ocupaba el primero. Dirigiéndose a ella como «Nueva Isis», invitó a Cleopatra a sentarse en el otro. La reina apareció vestida con la indumentaria de la diosa, envuelta hasta los tobillos en una larga túnica plisada de estilo griego con rayas relucientes rematada con una orla.<sup>[60]</sup> Es posible que luciese en la cabeza la tradicional corona tripartita o una corona de cobras con la imagen de un buitre. Según un cronista, Antonio iba vestido como Dioniso, con una toga bordada en oro y calzado con coturnos.<sup>[61]</sup> En la mano sostenía el tirso del dios y ceñía su frente una corona de hiedra. Parecía el segundo acto de la exultante función iniciada en Tarso, cuando —durante el trayecto río arriba de Cleopatra— se corrió la voz de que Venus había llegado para festejar con Dioniso por la felicidad de Asia.

Los hijos de Cleopatra ocupaban cuatro tronos de tamaño menor a los pies de la pareja. Antonio se dirigió a la multitud allí reunida con su voz ronca. Por orden suya, Cleopatra sería conocida en lo venidero como «Reina de Reyes». (En las monedas era «Reina de Reyes, cuyos hijos son Reyes». Los títulos cambiaban de un territorio a otro, de modo que en una estela del Alto Egipto fechada cuatro años más tarde se refiere a ella como «Madre de Reyes, Reina de Reyes, la Más Joven Diosa»). Por lo que respecta a su consorte, Cesarión, de trece años, Antonio lo ascendió a «Rey de Reyes», reciclaje irónico de un título armenio y parto. Antonio confirmó aquellos honores en nombre de Julio César, marido de Cleopatra y padre de Cesarión, vanagloriándose, cosa bien poco usual, de la vida sexual previa de su amante. También en nombre de César, Antonio confirmó a sus hijos en común con Cleopatra el título de Reyes de Reyes. Por turnos, fue llamándolos a todos para hacerles entrega de amplios territorios que parecían elegidos a la medida de sus orientalizantes nombres. A una señal suya, el pequeño Alejandro Helios, que iba vestido con las polainas y la túnica con capa de los monarcas persas y lucía en la cabeza un turbante de forma apuntada rematado con una pluma de pavo real, dio un paso al frente. Sus territorios se extendían hasta la India: a él correspondían Armenia, Media y —en cuanto su padre la hubiera conquistado— Partia. (De nuevo fue prometido en matrimonio, esta vez con la hija del rey medo, un viejo enemigo de Artavasdes). Ptolomeo Filadelfo, de dos años, fruto de la unión de Antonio y Cleopatra en Antioquía, parecía un Alejandro Magno en miniatura: iba vestido con las botas

ceñidas, la capa corta de color púrpura y el sombrero de lana con ala —en este caso rodeado con una diadema— de los macedonios. Para él eran Fenicia, Siria y Cilicia, las tierras al oeste del Éufrates. Cleopatra Selene quedaba como señora de Cirene, enclave griego en la actual Libia, a varios cientos de kilómetros desierto adentro. Terminado el reparto, los dos varones se levantaron para besar a sus padres. Los rodeaba una vistosa falange de guardias, armenios los de Alejandro, macedonios los de Ptolomeo.

Así fue como Antonio parceló los territorios orientales, incluidos países que no se hallaban todavía en su posesión. Sensacional vuelta de tornas para aquella joven mujer que catorce años antes había penetrado a escondidas en Alejandría para suplicar por su reino menoscabado. Cleopatra había ascendido a niveles de divinidad indomable, era menos una reina que una emperatriz, y, además, tenía a su lado al comandante supremo de Roma. Su mando se extendía sobre una vasta porción de Asia, ahora pacificada y con fronteras bien delimitadas. La protegían las legiones romanas; junto a sus hijos, reinaba, al menos a efectos oficiales, sobre más tierras que ningún Ptolomeo en varios siglos. Las monedas acuñadas para la ocasión —y gracias a las cuales se convirtió en la primera reina representada en una moneda romana— la representan con porte mayestático y autoritario.<sup>[62]</sup> También algo envejecida. Tiene la boca más llena y, en general, parece más entrada en carnes, sobre todo en la zona del cuello.

Nos es imposible saber quién concibió, con sus ambiciones, tan rutilante ceremonia, que más tarde se conocería como las Donaciones de Alejandría. Especialmente difícil resulta seguir las huellas de Cleopatra; Roma empañó para siempre la verdad con sus manipulaciones. Queda claro, al menos en parte, cuál era el mensaje que querían transmitir al mundo: sobre aquellos tronos de oro se sentaban aquellos a quienes incluso un desapasionado historiador moderno ha llamado, no sin razón, «las dos personalidades más magníficas del mundo».<sup>[63]</sup> Ambos rescataban, cuando no ampliaban, el sueño de Alejandro Magno de promover un imperio universal, un imperio que trascendiese fronteras nacionales y abrazase una cultura común capaz de reconciliar a Europa con Asia. Se anunciaba un nuevo orden. Cleopatra presidió la ceremonia y los banquetes que siguieron no sólo como soberana, sino como diosa, con el divino hijo de César a un lado y al dionisiaco Antonio al otro. Las viejas profecías recuperaban su vigencia. Los judíos relacionaban el reinado de Cleopatra con una edad de oro y con la llegada del Mesías.<sup>[64]</sup> La reina de Egipto estaba dispuesta aceptar su papel de salvadora oriental. Se impondría a Roma y lograría un mundo mejor. A la hora de aunar política y religión, la imagen jugaba a favor de Cleopatra.

Marco Antonio tenía cierta tendencia a anticipar conclusiones, y en cierto modo las Donaciones no eran más que el reflejo de sus deseos. A efectos prácticos, no supusieron ninguna diferencia en el sistema administrativo de los territorios en cuestión, muchos de ellos gobernados por procónsules romanos. Por lo demás, el rey

de Armenia seguía vivo, Antonio no tenía potestad sobre Partia y un niño de dos años no estaba en condiciones de gobernar. La ceremonia fue un ejercicio formidable de asimilación y apropiación, y su desmesura, un rasgo del más puro estilo ptolemaico, lo que puede hacer pensar que su destinatario no fuera tan sólo el pueblo de Alejandría. Las exhibiciones de fastuosidad siempre eran bien recibidas en la ciudad, pero en el año 34 los súbditos de Cleopatra no necesitaban que la reina diera pruebas de la solidez de su gobierno, ni de su divinidad, ni de su supremacía, ni siquiera del papel de Antonio en la corte. Entre los alejandrinos, de hecho, ya era más conocido como Dioniso que como magistrado romano. Es posible que la intención fuera formalizar los planes con respecto a un Oriente sometido pero aún desordenado; cabe incluso la posibilidad de que Antonio sólo quisiera llamar la atención de aquellos monarcas que lo habían desafiado en Partia. O quizá lo que pretendían Antonio y Cleopatra era enviarle a Octaviano un mensaje rotundo y directo. Su poder derivaba únicamente de Julio César. Él podía ser el hijo adoptivo de César, pero éste, parecían subrayar Antonio y Cleopatra, tenía un hijo natural de edad casi adulta que, de pronto, se había convertido en soberano de una formidable extensión de territorio. El mensaje resultaba tanto más crucial en un momento en que se decía que Octaviano, bajo mano, hacía lo imposible por socavar los esfuerzos de Antonio en Armenia, donde había intentado sobornar a Artavasdes.<sup>[65]</sup>

Aunque la intención de Antonio y Cleopatra no fuera transmitirle ningún mensaje a Roma, de Roma procede la versión de los hechos que conocemos. Resulta imposible esclarecer qué pretendían, qué fue lo que se supo en Roma o en qué medida la propaganda magnificó o distorsionó la noticia. El estilo de la ceremonia era tan oriental que difícilmente podía ser apreciado en otras latitudes, máxime en el año 34. Antonio debió ser más cauto a la hora de ensalzar la paternidad de Cesarión. (Acaso lo fuera; Plutarco no menciona que se excediera en este sentido). Octaviano tenía tantos motivos para exagerar la magnitud del insulto como para censurar aquel despliegue de lujo tan impropio de un romano. Le interesaba desvirtuar el potente simbolismo de la ceremonia y convertir así un triunfo militar y un acto regio en una jarana de beodos y un ridículo y vulgar baile de disfraces. Después de todo, Alejandría no era lugar para rendirle tributo a Julio César, y nadie tenía derecho a celebrar un triunfo fuera de Roma, lejos de los dioses patrios. Además, ¿a qué tanto jolgorio por una victoria contra los armenios cuando Partia seguía invicta?

Fuera cual fuese el mensaje, Antonio pretendía que las Donaciones revistieran valor oficial y, a fin de obtener la ratificación del Senado, remitió informes del triunfo y la ceremonia a Roma. Conscientes del revuelo que aquellas cartas podían causar, los amigos de Antonio decidieron intervenir. Antonio se mostraba en ellas «pomposo y teatral»,<sup>[66]</sup> acusaciones que a César le habían costado la vida. Si lo que pretendía era deslumbrar a sus compatriotas con el relato de aquel ostentoso desfile, es que ignoraba el funcionamiento de las leyes ópticas. Roma no era amiga de los tronos de oro. Las cosas funcionaban de otra manera en esa ciudad, donde el doble papel de



Antonio como comandante en Occidente y monarca en Oriente desconcertaba a la rígida mentalidad romana. Se había embarcado en un peligroso juego de metáforas. Si Cleopatra era reina de aquellos territorios, ¿qué papel tenía el comandante romano? Después de todo, Antonio no había reclamado territorios para sí. Los títulos de Cleopatra eran de una arrogancia absurda e intolerable, y constituían un insulto no sólo para Roma, sino para el resto de soberanos. La reina venía ocupando desde hacía tiempo una posición excepcional dentro de la constelación de reyes vasallos de Roma. Ahora los superaba a todos tanto en riqueza como en influencia. La relación entre Antonio y Cleopatra también resultaba problemática. ¿Qué hacía el perfil de una extranjera en una moneda romana? Que Antonio compartiera los denarios con una mujer que no era su esposa no era un buen augurio. La percepción general era que se había permitido regalar territorios romanos a una extranjera.

Sólo una persona quiso que se hicieran públicos los mensajes de Antonio. Al final Octaviano no se salió con la suya, pero al menos consiguió silenciar los informes de la victoria contra Armenia. Por nada del mundo le habría concedido a Antonio un triunfo en Roma, cosa que habría disparado su popularidad. En su momento, las Donaciones debieron de ser poco más que un ejercicio de grandilocuencia alejandrina, una manifestación de la vanidad ptolemaica, un provocativo desfile de símbolos, el equivalente, según Antonio, a la erección de una estatua de oro de Cleopatra en el foro. En el mejor de los casos, aquella celebración era una salida de tono. En el peor, un insulto a Octaviano, una descarada demostración de fuerza. Lo importante era menos la intención que su interpretación en Roma, donde se recibió como quería Octaviano: como un gesto vacío, un exceso grotesco protagonizado por una disoluta pareja de lunáticos bebedores, «una fiesta dionisiaca presidida por una furcia oriental».<sup>[67]</sup> Durante las Donaciones, Antonio repartió regalos a espuestas, pero ninguno tan espléndido como el que le tocó en suerte a Octaviano.

## AMORES ADÚLTEROS, HIJOS BASTARDOS

«Pues la mala reputación es ligera y muy fácil de levantar, pero dura de soportar, y es casi imposible quitársela de encima. Ninguna reputación desaparece totalmente si mucha gente la corre de boca en boca. Sin duda que también ella es un dios».

HESÍODO<sup>[1]</sup>

Cleopatra cumplió treinta y cinco años sin grandes cambios en su considerable y creciente buena fortuna; el año que comenzaba se auguraba uno de los más felices y prometedores de su reinado. Su familia híbrida resolvía con ingenio el problema romano, la cuestión consorcial y la progresiva disolución del imperio. Ya no necesitaba el apoyo de tropas extranjeras. Las voces críticas de Alejandría no podían echarle ya en cara su amistad con un romano, pues la reina no sólo había domado su poder, sino que había aprovechado su generosidad para incrementar el poder de Egipto. Las Donaciones le reportaron a Cleopatra un aumento de popularidad; los astilleros funcionaban a pleno rendimiento con vistas a duplicar el tamaño de la flota de Antonio. El flujo de ingresos era constante. En todas las ciudades, desde Damasco y Beirut al este, hasta Trípoli al oeste, se acuñaban monedas en su honor. Había triunfado como aquel Ptolomeo de quien hablaba cierto poeta del siglo III, aquel que —sabiendo preservar y completar su herencia— «en riqueza puede vencer a todos los monarcas, tanta llega a su opulenta casa cada día de todas partes».<sup>[2]</sup>

Antonio satisfizo su mayor deseo: tras las celebraciones, no regresó a Roma, donde habría podido engrosar su ejército con nuevos reclutas y neutralizar la influencia de Octaviano. Ni siquiera viajó a Antioquía, base lógica para una expedición a Oriente. En vez de ello, se permitió pasar un tercer invierno de festejos en Alejandría, que cada vez más adquiría el aire de capital de un nuevo imperio. Ejemplo de ello es que Cleopatra ultimó o inauguró para entonces el Cesareo, un vasto complejo adyacente al puerto proyectado sobre el modelo del foro romano. Fusión de estilos egipcios y romanos, el recinto estaba revestido de oro y plata, repleto de pinturas y estatuas, y embellecido con «galerías, bibliotecas, pórticos, patios, vestíbulos, senderos y bosquecillos sagrados, todo con la magnificencia que puede lograrse con dinero y arte».<sup>[3]</sup> Cleopatra tenía las riendas de esa poderosa potencia en que, un siglo antes, un romano inquieto había predicho que podía convertirse Egipto, «si algún día el reino halla líderes capaces».<sup>[4]</sup>

A su alrededor se había formado un grupo compuesto de antiguos y fieles consejeros, romanos leales y una extensa familia que para finales de año incluía al adolescente Marco Antonio Antilo, el mayor de los hijos de Antonio y Fulvia.

Cleopatra se tomó muy en serio la educación de los pequeños. Tras las Donaciones, encomendó parte de su formación a Nicolás de Damasco, un joven hijo de diplomático, larguirucho, varios años menor que la reina, de tez rubicunda, carácter afable y con cierta debilidad por Aristóteles. Nicolás era un lógico con talento, la clase de persona persuasiva y elocuente capaz terminar el discurso de uno en caso de que éste se dejase vencer por las lágrimas antes de llegar a su conclusión.<sup>[5]</sup> Se trasladó a vivir a palacio y, bajo su tutela, los hijos de Cleopatra leyeron a los filósofos, a los rétores y, sobre todo, a los historiadores, que según su preceptor era «el estudio más adecuado a un rey». Por bueno que fuera su carácter, Nicolás también sabía ser mordaz y exigente cuando la ocasión lo exigía. Su idea del ocio consistía en añadir veinticinco volúmenes a su historia general del mundo antiguo, de la que llevaba ya ciento cuarenta y que, a decir de su autor, podía equipararse a los trabajos de Heracles. Muchos abrazaron con entusiasmo la vida cortesana. Lucio Munacio Planco, uno de los consejeros más próximos a Antonio y antiguo gobernador de provincia, se presentó a cierta cena desnudo y pintado de azul y entretuvo a los invitados de Cleopatra fingiendo ser una ninfa marina y arrastrándose de rodillas por el suelo vestido únicamente con una cola de pez y una corona de juncos.<sup>[6]</sup>

El gusto por el lujo era contagioso, o quizá hereditario. Cierta noche, cenando, un médico del cortejo de Antilo empezó a pontificar de forma grosera e interminable. Un segundo médico de la corte lo hizo callar —no era otro que el antiguo estudiante de medicina que años antes había visitado la cocina de Cleopatra—; Antilo soltó un grito de alegría y señaló un aparador. «Todo esto te lo regalo a ti, Filotas»,<sup>[7]</sup> exclamó ofreciendo una colección entera de vasos de oro al más ocurrente de sus invitados. Filotas no tomó demasiado en serio al muchacho, pero al momento se encontró entre manos un gran saco de vasijas antiguas primorosamente trabajadas. (Al final se llevó su equivalente en metálico). La música, los mimos y las obras de teatro seguían representándose por toda la ciudad. Para un agudo picapedrero, la feliz relación entre Antonio y Cleopatra merecía una interpretación alternativa. Hasta nosotros ha llegado una inscripción en basalto fechada a 28 de diciembre del año 34, perteneciente al parecer a una estatua de Marco Antonio.<sup>[8]</sup> Al margen de lo que hiciera Cleopatra con el ardiente afecto del romano, los alejandrinos tenían su propia teoría: así, el generoso Antonio es saludado en la piedra ya no como el «Vividor Inimitable», sino como el «Amante Inimitable».

Entre fiesta y fiesta también había tiempo para ocuparse de los asuntos oficiales. Cleopatra siguió recibiendo a suplicantes y representantes, y en ningún momento dejó de ocuparse de los ritos religiosos ni de impartir justicia. Supervisaba las discusiones sobre las cuestiones económicas, se reunía con sus consejeros y presidía los innumerables festivales que tenían lugar en la ciudad. Las relaciones entre Roma y Egipto pesaban cada vez más en los asuntos de Estado. Las legiones llevaban apostadas en Egipto media vida de Cleopatra, y, según cierto autor, sus guardaespaldas romanos llevaban el nombre de la reina inscrito en el escudo.<sup>[9]</sup> En

virtud de un acuerdo beneficioso para ambas partes, ciertos aspectos del futuro de Roma se decidían en Alejandría, pero no a la inversa. En el año 33 Cleopatra dictó una ordenanza a sus escribas por la cual concedía una exención de impuestos sustancial a los generales de mayor rango de Antonio. A Publio Canidio, que había servido en Partia y se había distinguido en Armenia, Cleopatra le concedió en pago por sus servicios una exención arancelaria sobre la exportación de diez mil sacas de trigo y la importación de cinco mil ánforas de vino, y lo exoneró a perpetuidad de los impuestos de transporte por tierra, privilegio que la reina hizo extensivo también a sus arrendatarios. Hasta los animales de granja de Canidio quedaron libres de impuestos, requisas y confiscación.<sup>[\*]</sup> Era una manera ágil de asegurarse la lealtad y el interés de Antonio, en el caso improbable de que los encantos de Alejandría se revelaran insuficientes.<sup>[11]</sup> También era una manera de cortejar a un romano ambicioso mucho más efectiva que los sobornos, que como es sabido «generan una codicia imparable».<sup>[12]</sup> El triunviro y la reina despachaban juntos muchos de sus asuntos. Cleopatra frecuentaba la plaza pública con Antonio «y en común con él organizaba las fiestas y presidía los procesos».<sup>[13]</sup> A instancias suyas, Antonio se hizo cargo del gimnasio de la ciudad, como ya había hecho en Atenas. Como líder *de facto* de la comunidad griega, Antonio ejercía el control sobre las finanzas, los profesores, las reuniones y las competiciones atléticas del colectivo. Él y Cleopatra posaban para pintores y escultores; Antonio como Osiris o Dioniso, y ella como Isis o Afrodita. A mediados del año 33, Antonio marchó de nuevo hacia Armenia, donde pactó una paz con el rey medo. En lo venidero serían aliados contra los partos y, en caso de necesidad, contra Octaviano. En Asia reinaba la calma. Antonio regresó a Alejandría con la princesa meda Iotape, prometida de Alejandro Helios.

Con las Donaciones, Antonio y Cleopatra le habían enviado a Octaviano un mensaje inconfundible. Fueran cuales fueran los designios de la pareja para Oriente, él no formaba parte de ellos. Los dos triunviros seguían manteniendo contacto de forma constante y más o menos cordial. Entre ambas ciudades había un intercambio frecuente de enviados e informantes. Mantenían la correspondencia con amigos comunes, y el triunvirato se mantuvo vigente a lo largo de todo el año 33. (Se habían liberado ya de Lépido y del intratable Sexto Pompeyo, a quien habían optado por quitar de en medio. Derrotado por Octaviano, Sexto fue ejecutado, seguramente por orden de Antonio). Éste tenía motivos para sentirse invulnerable y hacia esa época le envió otro mensaje a Octaviano: estaba dispuesto a renunciar a sus poderes y a restaurar la república en Roma, siempre y cuando Octaviano aceptara hacer lo propio. Cabe pensar que la propuesta fuera un farol por parte de Antonio. Podía permitirse apostar todo su capital político, ya que las dignidades romanas y la pertenencia al gobierno de Roma lo traían sin cuidado en Oriente, donde parecía decidido a quedarse. La respuesta fue rotunda, y puede que así lo esperase. Desde hacía tiempo

estaba claro adónde conducían aquella prolongada demora en Oriente, el trato dispensado a Octavia y el reconocimiento de Cesarión, y Antonio y Cleopatra debían de conocer sin duda, gracias a sus amigos, cuál era el clima que se respiraba en Roma. A principios de año, Octaviano se alzó en el Senado para proferir un virulento ataque directo contra su colega. A partir de entonces, resulta imposible saber qué fue más exagerado, si las extravagancias alejandrinas de la pareja real o la versión que de ellas se daba en Roma; si la ambición de Cleopatra o la idea que de ella se tenía en la ciudad itálica; si el afecto de Antonio por Cleopatra o la percepción romana de ese afecto. El palacio de Cleopatra era a buen seguro el edificio más lujoso del mundo mediterráneo en el año 33, pero nunca su aspecto fue tan magnífico como a ojos de Roma aquel invierno.

Antonio y Octaviano llevaban años haciéndose mala sangre. Cuando por fin se abrieron las compuertas, la discordia fluyó como un torrente. Ambos se acusaron de malversar territorios y Octaviano reclamó su parte del botín armenio. Antonio replicó diciendo que sus hombres no se habían beneficiado de las distribuciones de Octaviano en Italia. (Octaviano contestó que si Antonio quería tierras era muy dueño de disponer de Partia, golpe bajo para Antonio). Octaviano echó en cara a su colega el asesinato de Sexto Pompeyo, muerte que el propio Octaviano había celebrado en Roma y tras la derrota de Sexto a manos de éste,<sup>[\*]</sup> y Antonio acusó a Octaviano de haber marginado a Lépido de forma ilícita. Además, ¿qué ocurría con su derecho a reclutar tropas en Italia? Octaviano llevaba tiempo impidiéndole hacer levás, pese a haberse comprometido en virtud de un pacto, por lo que Antonio tuvo que reclutar a sus hombres en Grecia y Asia. Y ya puestos, ¿dónde estaba el excedente de la flota que Antonio había cedido a Octaviano cuatro años antes? ¿Y los dieciocho mil hombres que Octaviano le había prometido a cambio? Antonio había cumplido escrupulosamente con los acuerdos. No así Octaviano, que una y otra vez convocaba a Antonio a reuniones a las que al final no se presentaba. Como de costumbre, lo más efectivo eran las invectivas personales; cuanto más vejatorias fueran las calumnias, tanto mejor. Antonio mortificaba a Octaviano recordándole sus orígenes humildes. Por parte de padre, descendía de cordeleros y cambistas, y, por parte de madre, de panaderos y vendedores de perfumes. Por si fuera poco, agregó Antonio, uno de sus abuelos era africano. Y lo que es peor: Octaviano, el advenedizo, abrigaba aspiraciones divinas. Cuando la carestía de grano asolaba Roma, él y su esposa habían organizado un gran banquete. Sus invitados habían llegado disfrazados de dioses y diosas, habían comido en cantidades obscenas y él mismo había presidido la mesa ataviado a la manera de Apolo. Octaviano, además, era un cobarde. En Filipos había desaparecido durante varios días. Su valioso lugarteniente, Marco Agripa, libraba las batallas por él. Con la intención quizá de desviar la atención de Cleopatra, y pasando por alto sus acuerdos con los medos, Antonio ridiculizó a Octaviano por intentar casar a su hija con un bárbaro en aras de una alianza política. Las acusaciones no siempre eran falsas; muchas ni siquiera eran nuevas. Algunas estaban

calçadas de las del año 44, cuando Cicerón había achacado a Antonio tan extenso repertorio de faltas que, bien mirado, ningún hombre habría sido capaz de pagarlas todas juntas.<sup>[15]</sup>

Cada vez que Antonio mencionaba la cobardía de Octaviano, éste sacaba a colación la afición del primero a la bebida. Ahí Octaviano jugaba con ventaja: era un bebedor comedido, o por lo menos así se definía. Las fiestas alejandrinas no podían compararse con las de Roma. Además, Octaviano tenía la historia de su parte. Era relativamente fácil asegurar que Antonio vivía perdido en sus bacanales, sobre todo gracias al hecho de que Octaviano estaba en Roma mientras que Antonio, no. En su defensa, Antonio contraatacó con un panfleto satírico titulado *Sobre su ebriedad*. El año 33 fue un gran año para poetas, satíricos, apologistas, pintores de grafitos y en general para todos los aficionados al rumor y la ficción extravagante. Las intrigas se le daban mejor a Octaviano que a Antonio, pero ambos poseían un despiadado talento para la difamación. Octaviano recurrió a los versos obscenos; Antonio, a la distribución de folletos injuriantes. Cada uno reunió su propio equipo de propagandistas. Muchas prácticas que hasta entonces habían sido aceptables, se convirtieron de pronto en discutibles: se consideraba una cosa atroz que Antonio se hubiera puesto al frente del gimnasio de Alejandría, mientras que cinco años antes, con Octavia, se había hecho cargo del de Atenas sin que ello suscitase comentarios. De forma parecida, la relación de Antonio con Cleopatra había sido en el pasado fuente inacabable de procaces chistes de sobremesa. Por ejemplo en el verano del año 39, durante las celebraciones cerca de Nápoles: el nombre de Cleopatra salió a relucir cuando la conversación y la noche llegaron a su punto álgido, «en el momento de apogeo del encuentro».<sup>[16]</sup> En el año 33 la reina ya no era motivo de risa.

Hubo también mucho golpe bajo. Entre uno y otro, Antonio y Octaviano tocaron todos los tópicos denigratorios de la época: afeminamiento, sodomía, cobardía, hábitos de higiene personal poco —o demasiado— refinados. Octaviano era «un alfeñique»,<sup>[17]</sup> mientras que Antonio ya no estaba precisamente en la flor de la vida y ya no era capaz de vencer en ningún certamen, salvo en aquellos dedicados a las danzas exóticas y las artes eróticas. Antonio comentó con sorna que Octaviano había yacido con su ilustre tío abuelo. ¿Cómo explicar, si no, su inesperada adopción? Octaviano contraatacó con una afirmación más demoledora y pertinente, aunque igualmente falsa: la que *no* había yacido con su tío abuelo era Cleopatra. Cesarión no era el hijo del divino César, y así se encargó de proclamarlo Octaviano mediante la distribución de panfletos. Antonio condenó el apresurado matrimonio de Octaviano con Livia, visiblemente encinta de otro hombre el día de su boda; deploró la costumbre de Octaviano de desaparecer con las esposas de los invitados a sus banquetes y devolverlas a la mesa con el pelo revuelto; pregonó la conocida (y con toda probabilidad inventada) afición de Octaviano a desflorar vírgenes. (Según Suetonio, las conquistas de Octaviano no estaban exentas de método: seducía a las esposas de sus enemigos con el fin de averiguar lo que hacían y decían sus maridos.)

[18] En punto de depravaciones, Octaviano no necesitaba recurrir a embustes; tenía la mejor arma al alcance de la mano: Antonio había contravenido las costumbres romanas e injuriado a su virtuosa esposa al retozar en una capital extranjera con una reina avariciosa por la cual había perdido el juicio, renunciado a su ilustre patria y echado a perder las viriles cualidades de todo buen romano. ¿Qué romano digno de tal nombre sería tan loco, como dijo Cicerón, de anteponer «una autoridad inútil, un poder odioso, un impetuoso y equívoco deseo de gobernar a la verdadera, trascendente y sólida gloria?».[19] En muchos sentidos, la querrela entre ambos se limitaba a una disputa entre magnificencia y virilidad.

En algún momento de ese año, Antonio respondió a Octaviano en privado, con una carta de la que ha sobrevivido un fragmento. Sus palabras no son las de alguien que busca pendencia. Tampoco las de alguien que ha perdido el juicio por amor, arrastrado por una pasión arrolladora. Las siete líneas dedicadas a Cleopatra han sido traducidas de infinidad de maneras, a veces en estilo obsceno, otras atrevido o provocativo. La última es la más precisa. El tono de Antonio no tiene nada de extraño a oídos de un romano, para quienes las consideraciones políticas y financieras eran determinantes en los matrimonios de clase alta. A fin de cuentas, el sexo podía obtenerse en cualquier parte. ¿Qué le ocurre a Octaviano?, pregunta Antonio en el año 33. ¿A qué tanto revuelo? ¿De veras era tan importante que estuviera «follándose a la reina»? Octaviano tampoco era precisamente un marido modélico, como ambos sabían muy bien.[\*] Ni tan inocente. En tiempos se había divertido con las que Antonio denominaba sus «aventuras amorosas y travesuras de juventud».[20] Después de todo, sólo era sexo, no era nada nuevo; como Octaviano bien sabía, Antonio llevaba ya nueve años de relaciones con Cleopatra. (Situaba su inicio en Tarso). No queda del todo claro si pretendía legitimar el asunto o restarle importancia. La línea que sigue a «follándome a la reina» puede traducirse tanto como «es mi esposa» o como «¿es mi esposa?». A juzgar por la rápida sucesión de sus preguntas, Antonio parece decidido a quitarle importancia a su unión con la reina. Después de todo, la carta va dirigida a su cuñado. Parece que lo que da entender es: «No es mi esposa, ¿verdad?». En cualquier caso, se trata de una pregunta retórica: «¿Acaso importa — concluye Antonio— dónde o con quién se desfoga uno?».[21] Se vierta como se vierta esta última frase, el verbo es propio del reino animal. No está claro hasta qué punto la vulgaridad de estas siete líneas se corresponde con la realidad; lo que ha llegado hasta nosotros podría ser una paráfrasis más procaz que el original. Aun prescindiendo de Octavia, según el uso romano Antonio y Cleopatra no estaban casados, y ella lo sabía. Sea como fuere, el comentario bastó para justificar la futura fama de la reina. Octaviano no necesitaba más para poner a su rival contra las cuerdas. A juzgar por los fragmentos conservados, fue Octaviano quien convirtió un idilio alejandrino en una indecente relación amorosa.

Mientras el triunvirato —cuya renovación parecía improbable— avanzaba hacia su fin, Antonio y Cleopatra partieron para Éfeso.[22] Ésta había sido la primera ciudad

en reconocer a Antonio como la encarnación de Dioniso y en recibirlo a las puertas de la ciudad con vítores y música. Tras la victoria de Filipos, Antonio había ofrecido en ella espléndidos sacrificios y concedido generosas amnistías, ganándose así el favor de una ciudad de doscientos cincuenta mil habitantes, hasta entonces acosada por los asesinos de César. Su intención ahora era que los efesios recibieran a Cleopatra en calidad de amante real. Poderoso centro financiero, Éfeso, de calles angostas y umbrosas columnatas de mármol, ocupaba un emplazamiento privilegiado. Edificada en un pronunciado valle, la ciudad miraba por un lado a una accidentada montaña y por el otro al mar. Éfeso presumía de tener varios templos notables, el más célebre de los cuales era el de Ártemis, donde habían buscado asilo tanto el padre como la hermana de Cleopatra y ante cuyos delicados capiteles jónicos había hallado su fin la hermana de la reina.

Dada su estratégica situación en el Egeo, en la ribera opuesta a Atenas, Éfeso era también el enclave perfecto para establecer una base militar. Desde la costa de Asia Menor, Antonio empezó a reunir una flota, enviando mensajeros a tal efecto a todos los reyes vasallos de la región, quienes respondieron enviando sus navíos y prestando juramento de fidelidad. Cleopatra fue quien más efectivos aportó, con doscientas de las quinientas naves de guerra de Antonio, más las correspondientes tripulaciones, 20 000 talentos y todas las vituallas necesarias para mantener a un ejército de grandes dimensiones —en este caso, 75 000 legionarios, 25 000 soldados de infantería y 12 000 de caballería— durante el curso de una guerra. No debió de pensárselo dos veces. Contra todo pronóstico, Octaviano había ganado peso en Roma. Mientras Antonio haraganeaba en Oriente, él había ido acumulando victorias. La coexistencia pacífica entre ambos triunviros era difícil. Para el implacable y ambicioso Octaviano, coexistir con Cesarión era imposible. A diferencia de la de Partia, la campaña que ahora comenzaba sería vital tanto para Cleopatra como para Antonio. La egipcia tenía razones sobradas para embarcar a su país en esa guerra. El último día del año 33, el triunvirato expiró de forma oficial.

A principios de enero del año 32, un nuevo cónsul pronunció un enérgico discurso a favor de Antonio ante el Senado de Roma. En él, arremetía fieramente contra Octaviano. Nada más conocer la noticia, Octaviano visitó el Senado escoltado por soldados y partidarios. Ninguno de ellos se tomó la menor molestia en disimular las dagas que portaban bajo la toga. En el año 44, Cicerón se había preguntado si lo que pretendía el hijo adoptivo de César era dar un golpe de Estado; por fin había llegado la hora. Tras oírlo exponer sus brutales acusaciones contra Antonio, la oposición, temerosa, guardó silencio. Octaviano prometía demostrar «por medio de documentos»<sup>[23]</sup> que Antonio constituía una amenaza para Roma. Fijó una fecha para aportar sus pruebas. Los cónsules de la oposición, que habían visto las dagas, prefirieron no esperar a la sesión señalada y abandonaron la ciudad en secreto. Los



siguieron casi cuatrocientos senadores, que zarparon con rumbo a Éfeso, donde pusieron a Antonio al corriente del clima político de Roma. Antonio había subestimado la fuerza y la posición de Octaviano. Su alianza con Cleopatra era un gran peligro y comprometía seriamente su causa.

Muchos de los colegas de Antonio —al menos una tercera parte del Senado estaba con él— abogaron por distanciarse de ella. Siguiendo los dictados de la razón, Antonio aceptó y ordenó a Cleopatra «que volviera de nuevo a Egipto y allí esperara el fin de la guerra».<sup>[24]</sup> Ella se negó, quizá, como indica Plutarco, por miedo a que Octavia entrase otra vez en escena con el fin de evitar una guerra que para Cleopatra era vital; quizá porque desconfiaba del criterio de Antonio; o quizá porque lo contrario habría sido una irresponsabilidad. Cleopatra no era una reina guerrera; los últimos Ptolomeos no habían destacado precisamente en los asuntos bélicos. A diferencia de otros monarcas orientales, ellos no habían muerto en el campo de batalla; más bien suscribían la creencia de que es más fácil adquirir un imperio gracias al dinero que obtener dinero gracias a un imperio.<sup>[25]</sup> Aun así, Cleopatra era la comandante en jefe de sus hombres y la responsable de sus operaciones y preparativos. También era la fuente de financiación de Antonio. Se produjo un fuerte choque de voluntades. En esta ocasión, en vez de fingir desmayos y huelgas de hambre, Cleopatra adoptó la estrategia contraria ayudada por Canidio, el brillante general de Antonio, al que se supone que compró para que secundara su causa, si bien la reina tenía cualidades suficientes para impresionarlo sin recurrir al soborno. No era justo, protestó Canidio, deshacerse de un aliado cuya colaboración era vital para la campaña. Cleopatra daba de comer a las tropas. Aportaba la flota. Era tan capaz como cualquier hombre. ¿No se daba cuenta Antonio de que las tripulaciones egipcias se desmoralizarían si la dejaba marchar? Los egipcios conformaban la espina dorsal de su flota. Estaban dispuestos a luchar por su reina, pero no necesariamente por un general romano. Además, el rechazo de Antonio a Egipto podía desairar al resto de sus aliados en Oriente. Cleopatra le dijo a Antonio que ella «podía parangonarse a cualquiera de los reyes en inteligencia, pues por largo tiempo ella sola había gobernado tan vasto reino y, después —añadía a modo de cumplido— él mismo, tras un considerable período de estrecha convivencia, la había instruido en la administración de las grandes cuestiones políticas».<sup>[26]</sup> Al final, sus argumentos, o su tesoro, terminaron imponiéndose y se salió con la suya.

En abril del año 32, Antonio y Cleopatra zarparon con todo el Estado Mayor hacia la isla de Samos, frente a las costas de la actual Turquía. Samos era la llave de entrada a Grecia y, por lo tanto, escenario probable de la lucha por el control del mundo romano. La pareja se instaló en la montañosa isla, mientras que sus tropas siguieron hacia el oeste, hacia el otro lado del Egeo, en una operación que debió de durar más o menos un mes. Los veteranos de Antonio habían vuelto de Armenia y, contando a los reclutas de las regiones orientales, su ejército ascendía ya a diecinueve legiones. Si hubo preocupaciones de tipo militar o político a lo largo de aquel verano,

han quedado tapadas por las descripciones que hace Plutarco de las fiestas organizadas en Samos. La exuberante isla era el lugar ideal para una gran celebración, y Antonio, el anfitrión perfecto. El tiempo estaba de su parte. Octaviano supo sacar partido de aquella extravagancia, que nos ha sido transmitida como una orgía dionisiaca. Reyes y príncipes del este de Atenas enviaron sus tropas a la isla, adonde también acudieron en tropel actores de toda la región. Durante varios días tañedores de laúd y flautistas, comediantes y bailarines, acróbatas y mimos, arpistas y transformistas —«una gran comparsa de actores de Asia»<sup>[27]</sup> fueron los protagonistas de un formidable festival multilingüe de música y teatro. «Así cuando por casi toda la ecúmene resonaban los trenos y lamentos —señala Plutarco torciendo el gesto—, en una sola isla durante muchos días sonó la flauta y se expandieron los cánticos, llenándose los teatros de coros en competición». Las ciudades de los alrededores enviaron también animales para su sacrificio; los reyes vasallos «rivalizaron los unos con los otros en muestras de reverencia y dones».<sup>[28]</sup> La pregunta que se hacía todo el mundo era cómo pensaban celebrar Antonio y Cleopatra un triunfo capaz de superar tan apoteósica celebración prebélica.

En mayo, Antonio y Cleopatra recorrieron el resto del camino hasta la montuosa Atenas. Las fiestas continuaron en los teatros y los enormes estadios de graderías de mármol de la ciudad, que había recibido a Antonio como Dioniso nueve años antes, y donde ahora seguramente volvería a interpretar el papel.<sup>[29]</sup> Según parece, nadie que pudiera permitírsele dejaba de pasar por Atenas sin ofrecer a la ciudad una escultura, un teatro o un gimnasio de blanco mármol; cuando esto no era así, eran los atenienses quienes les dedicaban estatuas a ellos.<sup>[30]</sup> (Los antepasados de Cleopatra habían contribuido con un gimnasio, situado al este del foro). Mientras Antonio se distraía asistiendo al teatro y a competiciones deportivas, se produjeron dos hechos en rápida sucesión. Cleopatra pasó el verano en la ciudad donde Antonio había vivido la mayor parte de sus años junto a Octavia. La mujer de Antonio acudía con él a las asambleas. En Atenas habían concebido a su segundo hijo. La presencia de Octavia todavía era tangible; sus estatuas adornaban la venerable ciudad, lo mismo que las inscripciones en su honor. Los atenienses la adoraban como si fuera una diosa y el festival religioso anual le rendía tributo. Aquello era inaceptable desde el punto de vista de Cleopatra, para quien mucho habían cambiado las cosas en los catorce años transcurridos desde su discreto paso por Roma, a escasa distancia de la mujer de César. Ya había oído hablar demasiadas veces de lo que Lucano denominaría «amores adúlteros e hijos bastardos». Cleopatra era además la primera reina ptolemaica que ponía los pies en Atenas, ciudad que tenía motivos para verla con simpatía, ya que desde principios del siglo III había recurrido a su familia por razones de toda índole: en busca de grano, de apoyo militar, de asilo político. Atenas había erigido estatuas a Ptolomeos anteriores, incluida la tía abuela de Cleopatra.<sup>[31]</sup> Pero lo que preocupaba a Cleopatra era la otra mujer. Era muy consciente de los tributos que se rendían a Octavia. Celosa, pasó a la

ofensiva e intentó ganarse al pueblo «con su liberalidad»,<sup>[32]</sup> o, en otras palabras, hizo cuanto pudo por borrar el rastro de su predecesora. Para satisfacción de Antonio, los atenienses, pueblo realista y razonable, se mostraron dispuestos a complacerla y le dedicaron toda clase de honores. Erigieron estatuas de Cleopatra y Antonio en la Acrópolis, en pleno centro de la ciudad. En cierta ocasión, Antonio se presentó con una delegación para rendirle tributo a Cleopatra y pronunció un discurso en nombre de la ciudad.

En el verano del año 32 tuvo lugar otro hecho memorable: Antonio ofreció a Cleopatra la biblioteca de Pérgamo, la única colección capaz de rivalizar con la de Alejandría.<sup>[33]</sup> Las cuatro salas de aquella pintoresca biblioteca sita en lo alto de una loma albergaban unos doscientos mil rollos; durante siglos, los bustos de Homero y Heródoto les habían hecho compañía. La historia ha convertido el obsequio de Antonio en un regalo de bodas o en una compensación por los volúmenes destruidos sin querer por César durante la guerra de Alejandría. Atendiendo al contexto, no hay que buscarle mayor justificación al regalo de Antonio. Pérgamo no distaba mucho de Éfeso. Es posible que Antonio y Cleopatra visitaran la ciudad, a pocos días de marcha. Por otra parte, durante años, la mejor manera de reunir una colección había sido saquear otras. Hasta en Roma, cuyas bibliotecas todavía estaban en mantillas, empezaba a ser un recurso habitual.

En su mayor parte, los comentarios sobre la incomprensible y degradante pasión de Antonio por Cleopatra se refieren a ese verano ateniense. Si en Alejandría era él quien la distraía a ella de los asuntos de Estado, en Atenas se invirtieron los papeles. Antonio sólo tenía ojos para ella. A menudo, «en medio de las numerosas audiencias que se concedían en los tribunales a tetrarcas y reyes, leía las cartas de amor escritas en ónice y cristal que había recibido de ella», nos informa Plutarco.<sup>[34]</sup> (Antonio no era el primero que recibía mensajes amorosos en ocasiones solemnes. También César recibía «pequeñas notas»<sup>[35]</sup> durante las sesiones del Senado, aunque por lo menos su amante no usaba tablillas de ónice). Se dice que en cierta ocasión Cleopatra llegó a pasearse por delante de los tribunales a hombros de sus sirvientes mientras Antonio se hallaba presidiendo un proceso. Tenía la palabra en ese momento uno de los más distinguidos oradores de Roma, o la tuvo hasta que Antonio vio a Cleopatra, pues acto seguido «Antonio se levantó de un salto y abandonó la sesión para acercarse a la litera y acompañarla».<sup>[36]</sup> Eran conductas innobles; los romanos podían tener una vida sexual tan variada y desenfrenada como quisieran, pero en lo tocante a los sentimientos debían mostrarse desapasionados y discretos. Pompeyo se había convertido en el hazmerreír de todo el mundo por su indecente costumbre de declarar el amor que sentía hacia su propia esposa. En el siglo II, un senador llegó a ser expulsado de la asamblea por besar a su mujer en público y a la vista de su hija.<sup>[37]</sup> El propio Antonio había sido reprendido años antes por atreverse a acariciar a su esposa. Se cuenta incluso que tenía por costumbre levantarse a mitad de los banquetes, a la

vista de sus invitados, para masajear los pies de Cleopatra, «lo que constituía un código secreto entre ellos».<sup>[38]</sup> (La relación se basaba en pactos, apuestas y competiciones, seguramente debidas a Cleopatra. Antonio era poco aficionado a las formalidades). El acto era de por sí ofensivo; para esas cosas ya estaban los sirvientes. Escenas como ésta —de lo que en otra época podría haberse llamado galantería o fervor, consideradas en Oriente muestras de auténtica devoción y, en Roma, manifestaciones indecentes e indignas— eran continuas. Antonio adulaba a Cleopatra, que era lo que solían hacer los eunucos,<sup>[39]</sup> y acarreaba su litera por las calles, como uno más de sus ayudantes. Y todo ello, mascullaban en Roma, a costa de la otra mujer, ¡y eso que ni siquiera era hermosa!

Desde el punto de vista de Octaviano, las noticias procedentes de Atenas eran demasiado buenas para ser ciertas, aunque todo parecía indicar que lo eran. A pesar de los preparativos bélicos y de las irregularidades gubernamentales en Roma, a pesar de que el choque parecía inevitable, no había causas que justificasen una ruptura; Antonio y Octaviano seguían siendo dos hombres en busca de un conflicto. Lo encontraron por fin en el año 32. Es evidente que Antonio sentía cierto cariño por Cleopatra o que con ella se sentía invencible: en mayo, se divorció de Octavia.<sup>[40]</sup> Desde Atenas, le dio instrucciones para que abandonase el confortable hogar conyugal. No sabemos hasta qué punto el gesto iba dirigido a Octavia o a su hermano. Si pensamos que esto ocurría después de varios años de reconciliaciones insinceras y frágiles acuerdos, y tras una larga campaña de difamación, es posible que a fin de cuentas no hiciera más que anticiparse a las intenciones de su contrincante. Octavia habría podido poner fin al matrimonio ella misma. Divorciarse era sencillo, no era más que un proceso informal sin trámites burocráticos. Sus consecuencias eran más complejas. Como señala Plutarco a propósito de la muerte de la esposa de Pompeyo, hija de César, la alianza familiar «que antes, más que controlar, encubría la ambición de los dos hombres, se había roto».<sup>[41]</sup> Cleopatra tenía que estar encantada por fuerza; de hecho, ya tenía en nómina a uno de los amigos de Antonio para que lo ayudara a olvidarse de su esposa. Octaviano tampoco cabía en sí de contento. Octavia había sido repudiada. Entre lloros, recogió sus cosas. Con ella se llevó a los hijos que había tenido con Antonio, así como al segundo hijo de éste con Fulvia. No hubo recriminaciones. A Octavia lo único que le preocupaba era que dijeran de ella que había propiciado una guerra.

En la medida en que resulta posible establecer la sucesión de los hechos con independencia de la propaganda, puede decirse que en el campamento de Antonio la atmósfera ya era tensa antes del divorcio. Más tarde serán muchas las voces que aseguren que los romanos de elevada cuna caían a sus pies hechizados e indefensos, pero en el año 32 nadie lo ni ensalza la voz aterciopelada de Cleopatra. Cada uno de los consejeros de Antonio tenía su propia opinión acerca del inminente conflicto. Por razones diversas, en ocasiones legítimas, algunos seguían viendo a Cleopatra como una carga. Un campamento militar no era lugar para una mujer. Cleopatra distraía a

Antonio. No debía participar en los consejos de guerra; no era ningún general. Antonio no podía entrar en Italia acompañado de una extranjera, y pretender lo contrario era una insensatez. Antonio estaba echando a perder su ventaja por culpa de la reina de Egipto. A Cleopatra no le sentaron muy bien esas críticas. En un momento dado, los corregionarios de Antonio en Roma enviaron a su amigo Geminio a Atenas para exponerle cuál era su postura. Antonio debía defenderse en Roma, donde Octaviano arrastraba su nombre por el fango. ¿Valía la pena permitir que lo tachasen de enemigo público por su sumisión a una extranjera? Geminio era la persona indicada para llevar a cabo una misión tan delicada, pues sabía por experiencia lo que era caer presa de un amor insensato e irresponsable. Cleopatra daba por hecho que lo enviaba Octavia y trató a Geminio en consecuencia. Lo mantuvo tan alejado de Antonio como pudo. A la hora de cenar, lo hacía sentarse con los invitados más insignificantes y lo acribillaba a ofensas. Geminio soportaba los insultos en silencio, esperando paciente que se le concediera audiencia con Antonio. Antes de que le fuera concedida, Cleopatra precisó a Geminio, en el curso de una accidentada cena, a exponer el motivo de su misión. Él respondió que «habría otras cuestiones que sólo se podían discutir estando sobrio, pero ya estuviera sobrio o ebrio, pensaría únicamente en una cosa: que todo estaría mejor si estuviera Cleopatra lejos».<sup>[42]</sup> Antonio montó en cólera. Cleopatra fue aún más dura y felicitó a Geminio por su sinceridad; le había ahorrado tener que torturarlo. A los pocos días, Geminio partió para Roma para unirse a Octaviano.

Los cortesanos de Cleopatra ahuyentaron también a otros romanos a los que incomodaba «tanta alegre vanidad y tanto exceso» por parte de los egipcios. Por razones que no están claras, Planco, la ninfa marina de la fiesta alejandrina, desertó también y volvió a Roma hastiado. Es posible que su defección no estuviera relacionada con Cleopatra ni con sus consejeros. Cortesano nato, Planco estaba acostumbrado a tomar siempre por el camino más fácil, y su predisposición a la deslealtad sólo podía compararse con su afición a prodigar reverencias y parabienes. «Traidor por naturaleza»,<sup>[43]</sup> se diría de él más tarde. Con todo, era un hombre con un instinto político impecable. Algo debió de hacerle dudar que Antonio —pese a su enorme poder y prestigio y sus años de experiencia— pudiera vencer a Octaviano. Planco se contaba entre los consejeros más próximos a Antonio y, habiendo estado por un tiempo al cargo de su correspondencia, conocía sus secretos. Al pasarse al bando de Octaviano, no sólo se llevó consigo los exagerados informes donde se refieren los masajes en los pies, los fabulosos banquetes y la prepotencia de la reina, sino también información relativa al testamento de Antonio, al que Planco había asistido en calidad de testigo.<sup>[44]</sup> Lo primero que hizo Octaviano fue consultar el documento, custodiado por las vírgenes vestales, en cuyas manos se suponía que debía estar a salvo. En él encontró, o afirmó encontrar, algunos pasajes controvertidos y tomó nota de ellos para leerlos en voz alta ante el Senado. La mayoría de miembros de la cámara no estaban dispuestos a participar de aquella irregularidad: los

testamentos sólo debían abrirse tras la muerte del testador; romper el sello de uno de estos documentos antes de producirse el óbito iba contra la ley. Los reparos de los senadores se esfumaron cuando Octaviano, hacia el final de su ponencia, leyó una cláusula inaceptable: aun en el supuesto de que la muerte lo sorprendiera en Roma, Antonio había dispuesto que su cuerpo «fuera llevado en procesión por el foro y después fuera escoltado hasta Alejandría».<sup>[\*][45]</sup>

Genuina o no, la cláusula prendió la chispa de un fuego para el que Octaviano, incansable, llevaba tiempo apilando leña. Con ocasión del golpe de Estado del mes de enero, había prometido al Senado pruebas documentales contra Antonio. Al fin podía presentarlas. De pronto, todo cuanto se había dicho sobre los excesos cometidos en Atenas y el servilismo de Antonio hacia Cleopatra, cuyos escandalosos y obscenos detalles se habían tenido por falsos hasta el momento, adquirieron visos de verosimilitud. En un mundo dominado por la retórica —adicto a «recubrir de mieles palabras y frases, hasta que todo, dichos y hechos, queda como bajo un rocío de adormidera y sésamo»—<sup>[46]</sup> lo plausible suplantaba con frecuencia a lo real. Octaviano tenía a su disposición más de un rico filón susceptible de ser explotado. Los desmanes de Oriente —ese reino irracional, embriagante, descomedido— bastaban para extraer abundante materia prima. Como su reina, Egipto era hipócrita y voluble; al igual que hoy, sexo y Oriente eran, ya en el siglo I, dos conceptos en estrecha relación.<sup>[47]</sup> África era ya la región de la decadencia moral. De ahí a convertir al Antonio de las Donaciones en un disoluto déspota oriental borracho de poder hay breve trecho: «Cetro de oro en su mano, cimitarra en el costado, manto de púrpura ornado de grandes gemas preciosas; le faltaba la diadema para que, también como un rey, disfrutara de la reina».<sup>[48]</sup> Una vez más la vieja historia de la diadema y las estatuas de oro; la parafernalia regia enervaba a los romanos aún más que la propia autocracia, régimen que, en una vertiente algo más sutil, toleraban desde hacía una década. Según Octaviano, Antonio había quedado irremediabilmente contagiado de la languidez y los lujos de Oriente, impropios de un romano; acaso igual que César y Alejandro Magno en el pasado. El propio Octaviano descubriría muy pronto que Egipto concedía a sus conquistadores un dudoso galardón: una sobreabundancia literal de riquezas. Como si fuera un prodigioso fondo en fideicomiso, los hombres, al obtenerlo, se convencían de ser dioses.

Octaviano sacó el máximo partido posible de la relación de Antonio con Cleopatra. La reina le permitía reciclar el más atávico de los terrores: la aversión a las mujeres poderosas era si cabe mayor que a la monarquía o a las depravaciones de Oriente. Fuera o no verdad que Cleopatra manipulaba a Antonio, su presencia permitía a Octaviano manipular los hechos. Tenía a su disposición el ejemplo de las imprecaciones de Cicerón contra Fulvia, aquella arpía avariciosa y libertina. Diligente como de costumbre, Octaviano las adaptó a sus fines. En sus manos expertas, la relación con la egipcia se trocó en una historia de pasión ciega e irresponsable. Antonio vivía bajo la influencia de algún poderoso narcótico,

«hechizado por aquella abominable mujer».<sup>[49]</sup> Veleyo Patérculo, nacido pocos años más tarde y transmisor de la versión oficial de los hechos, se expresa en términos de mera causa y efecto: «Más tarde, al enardecerse su pasión por Cleopatra —explica Veleyo, quien admite que Antonio se había aficionado a los vicios orientales— decidió declarar la guerra a su patria».<sup>[50]</sup> No es tanto que Cleopatra corrompiera a Antonio como que «lo asediara y doblegara su voluntad».<sup>[51]</sup> Según Octaviano, ella manda y Antonio obedece, una versión de los hechos radicalmente distinta de la descrita por el propio Marco Antonio unos meses antes. Los cronistas, aunque conceden que los cargos son objetables, se atienen de forma unánime a la línea del partido: Antonio queda «atrapado por el amor de Cleopatra», «descuida el honor para convertirse en esclavo de la egipcia», entrega su autoridad a una mujer hasta el punto de que deja de estar «en su ser». La invención es tan antigua que hasta tenía su correlato mítico, al que Octaviano aludió desde un primer momento: Antonio se pretendía descendiente de Heracles, y Octaviano se encargó de recordarle a todo el mundo que el héroe había pasado tres años vencido y humillado como esclavo de la opulenta reina asiática Ónfale, quien tras privarlo de la maza y la piel de león —con la que se cubrió ella misma—, lo puso a hilar a sus pies.<sup>[52]</sup>

Octaviano supo dar un giro imaginativo a sus acusaciones. Después de todo, el país estaba exhausto, hambriento y agotado tras casi dos décadas de guerra civil. A los baños calientes y las redes para mosquitos, a los complementos de oro y las cimitarras con pedrería, a los amores adúlteros y los hijos bastardos, agregó una guinda final: «La egipcia, como precio para sus placeres, requirió de un general ebrio el Imperio romano, y Antonio se lo prometió, como si el romano fuese más asequible que el parto», relata Floro.<sup>[53]</sup> Dión llega a la misma conclusión guiado por un razonamiento menos evidente: «Embelesaba y cautivaba no únicamente a Antonio, sino a todos cuantos tenían alguna influencia sobre él, por lo que esperaba gobernar algún día incluso en Roma».<sup>[54]</sup> Cleopatra se había adueñado ya de la biblioteca de Pérgamo. Poseía los jardines de bálsamo de Herodes. Corrían rumores de que Antonio había saqueado las mejores obras de arte de los templos de Asia —entre ellas los famosos colosos de Heracles, Atenea y Zeus, que desde hacía siglos se hallaban en Samos— para recompensar a la reina egipcia.<sup>[55]</sup> Si Antonio estaba dispuesto a entregarle su cuerpo, ¿qué no podía concederle? ¿Y qué le impedía a ella exigirlo?

Todo apunta a que fue Octaviano quien decidió que Cleopatra tramaba convertir Roma en una provincia de Egipto, aunque es del todo improbable que a la reina llegara a pasársele por la cabeza tal cosa. Octaviano tenía de su parte el tópico de la mujer artera y derrochadora, para la que no existe diamante lo bastante grande ni casa lo bastante espaciosa. Siglos después, Eutropio diría que Antonio inició una guerra a instancias de la reina de Egipto, «pues ella deseaba, con la pasión propia de una mujer, reinar incluso en la ciudad de Roma».<sup>[\*][56]</sup> Ya entonces no era ninguna

novedad decir «que las mayores guerras han acontecido por culpa de las mujeres».<sup>[58]</sup> Familias enteras habían ido a la ruina por su culpa. Las egipcias —como siempre, la culpa era de la sensual, sinuosa y subversiva atmósfera de Oriente— ya habían acarreado problemas en el pasado. Poseían un ardor insaciable y una energía sexual fuera de lo corriente. No les bastaba con un marido. Atraían a los hombres y los conducían al desastre. Octaviano se limitaba a constatar lo evidente.

Acababa de encontrar un original disfraz para una guerra civil que cuatro años atrás él mismo había dado por terminada y hacia la cual había prometido no volver a conducir a sus hombres. Resultaba mucho más aceptable, amén de creíble, que Antonio fuera destruido por un amor ilícito en vez de por sus compatriotas. No fue difícil reunir legiones —ni gravar con impuestos a la plebe, ni enfrentar a padres e hijos— alegando que Cleopatra se disponía a conquistar Roma igual que había conquistado a Antonio. Un siglo más tarde, Lucano dejaría escrita la consigna de aquella guerra: ¿había de adueñarse del mundo «una mujer que ni siquiera era de las nuestras»?<sup>[59]</sup> La situación era de una lógica aplastante: la reina de Egipto había sometido a Antonio. Roma, advertía Octaviano, sería la siguiente. A finales de octubre se declaró en guerra contra Cleopatra.

No fue una medida inesperada. Para muchos debió de ser incluso motivo de alivio. Cleopatra, de todos modos, debió de extrañarse al conocer los términos de la declaración. Ella jamás había participado en acciones hostiles contra Roma. Se había portado como una perfecta reina vasalla, si bien una vasalla con privilegios. Había mantenido el orden en su reino, había ayudado a Roma cuando así se le había exigido, no había fallado a ninguna convocatoria y no habría agredido a ningún vecino. Había hecho cuanto había podido por enaltecer la grandeza de Roma, sin intentar socavarla en ningún momento. Tradicionalmente, las declaraciones de guerra romanas se producían tras un proceso en tres fases: el Senado presentaba una solicitud de reparación, a la que un mes después seguía un comunicado solemne por el cual se recordaba que la demanda no había sido satisfecha. Pasados tres días, un emisario viajaba a territorio enemigo para dar comienzo oficial a las hostilidades. Octaviano, sin embargo, no convocó a Cleopatra para pedirle cuentas ni para presentar cargos. Tampoco recurrió a la diplomacia. En cambio, hábil como siempre en lo teatral, sí se atuvo a la parte ceremonial del proceso y, vestido con la túnica militar, se encargó en persona de arrojar una lanza manchada en sangre de cerdo en dirección a Oriente desde una porción de terreno considerada «territorio hostil» a efectos rituales. (Se ha discutido que este rito atávico pudo ser en realidad un invento improvisado para la ocasión por Octaviano. Sin duda lo suyo era restaurar tradiciones, aun cuando nunca habían existido.)<sup>[60]</sup> No se presentaron cargos oficiales, por la sencilla razón de que no los había. Cleopatra era acusada de albergar intenciones hostiles, pero se la condenaba «por sus actos», que por comodidad era



mejor no especificar. Octaviano estaba seguro de que Antonio se mantendría fiel a Cleopatra, lo cual —dadas las circunstancias— permitiría afirmar a Octaviano que su compatriota «había emprendido por propia voluntad una guerra en defensa de una mujer egipcia y en contra de su propia patria».<sup>[61]</sup> A finales del año 32, el Senado privó a Antonio del consulado y lo despojó de toda autoridad.<sup>[\*]</sup>

Antonio y Cleopatra se emplearon a fondo por dar la vuelta a aquella provocación subrepticia. Ahora eran aliados a la fuerza. A la vista de las circunstancias, se preguntaban, ¿quién podía depositar su confianza en un canalla como Octaviano? «¿Qué pretende amenazando con mover armas contra nosotros y, a la vez, emitiendo un decreto donde declara estar en guerra con unos y no con otros?»<sup>[62]</sup> Antonio suplicó a sus hombres. Lo único que pretendía su traicionero colega era fomentar el disenso para convertirse en rey. (Ahí sin duda llevaba razón; Octaviano habría encontrado la manera de ir a la guerra contra Antonio aun cuando éste hubiera repudiado a Cleopatra). ¿Quién estaría dispuesto a secundar a alguien que había privado de sus derechos de forma sumaria a uno de los suyos, alguien capaz de apropiarse ilegalmente del testamento de un amigo, un compañero, un familiar? A Octaviano le faltaban agallas para declararse su enemigo, tronaba Antonio, por más que «me haga la guerra y se comporte en todo ya no como si me hubiera vencido, mas como si me hubiera matado».<sup>[63]</sup> La experiencia, la popularidad y las cifras estaban de la parte de Antonio; era un hábil comandante al que respaldaban los más poderosos monarcas de Asia y tenía a sus órdenes quinientas naves de guerra y un ejército de tierra formado por diecinueve legiones y más de diez mil hombres a caballo. Qué más daba si ya no tenía autoridad en Roma. Un tercio del Senado estaba de su parte.

Durante doce años, Antonio había sostenido que Octaviano planeaba acabar con él. Ya por convicción, ya por interés, Cleopatra no podía sino darle la razón. Se demostraba al fin que la pareja estaba en lo cierto. Antonio también tenía razón al afirmar que en un concurso de fingidores no podría rivalizar con su excuñado. (Cleopatra tal vez sí, pero esta vez prefería mantenerse en un segundo plano). Francamente era una desgracia que Antonio se hubiera convertido en traidor a Roma, lamentaba Octaviano, quien se mostraba abatido por el cariz que habían tomado los acontecimientos. Tanto afecto le había profesado que había compartido gobierno con él y hasta le había confiado a su querida hermana. Octaviano no le había declarado la guerra Antonio, ni siquiera cuando éste hubo humillado a su hermana, abandonado a sus hijos y hecho entrega de las posesiones del pueblo romano a la prole de otra mujer. Antonio, sin duda, acabaría viendo la luz. (Octaviano no se mostraba tan confiado con respecto a Cleopatra, a la que denigraba diciendo que era «de bien cierto enemiga nuestra, no sólo por su condición de extranjera, sino por sus actos»). Insistió en que Antonio, «si no de buen grado por lo menos de mala gana, se corregirá de resultas de los decretos contra ella aprobados».<sup>[64]</sup> Octaviano sabía muy bien que Antonio nunca haría semejante cosa. Ni él ni Cleopatra podían ya volverse atrás.

Sentimientos aparte, era un hombre de palabra. Cuesta saber a quién beneficiaba más Cleopatra en el año 32, si al hombre que convivía con ella o al que la utilizaba como pretexto. Sin ella, ni Antonio podía ganar una guerra ni Octaviano emprenderla.

Filipos le había valido a Antonio una década de indulgencia que de pronto tocaba a su fin. En otoño, él y Cleopatra viajaron al oeste, a Patras, una ciudad mediocre sita en la entrada del golfo de Corinto. Desde ahí distribuyeron hombres desde Accio, en el norte, a Modona, en el sur, para establecer una línea defensiva a lo largo de la costa oeste de Grecia. La intención parece que era salvaguardar la línea de suministro con Alejandría y el propio Egipto, país al que, a la postre, Octaviano había declarado la guerra. Cleopatra aprovechó ese compás de espera para acuñar unas monedas en las que aparece como Isis. Antonio envió cantidades considerables de oro a Roma para repartir sobornos a diestro y siniestro. Por el momento contaba con ventaja numérica, pero de todos modos intentó quebrantar la lealtad de los hombres de Octaviano. El grueso de esos fondos procedía, muy posiblemente, de Cleopatra. Entretanto, las levadas de Octaviano habían provocado revueltas en Roma. Durante el invierno se registró un constante ir y venir de espías y senadores de lealtades lábiles y efímeras. Muchos de ellos ya se habían enfrentado a un dilema semejante al menos una vez: ¿a quién abandonar y a quién seguir? La cuestión era más de personalidad que de principios. En el resto del Mediterráneo fue como si, atraídos por un imán, los distintos reinos fueran ensamblándose hasta formar una fuerza que «excedía en tamaño cuanto hubiera podido verse hasta entonces».<sup>[65]</sup> Los soberanos nombrados por Antonio en el año 36 respondieron a su llamada. Los reyes de Libia, Tracia, el Ponto y Capadocia, entre otros, se unieron a él con sus flotas.

El invierno pasó con febril inercia. Por segunda vez, el impulsivo Antonio parecía posponer el inicio de una campaña, cosa que no podía más que impacientar a Cleopatra. Los gastos aumentaban cada mes. (Cada legión costaba entre 40 y 50 talentos anuales, lo que significa que ese verano Cleopatra desembolsó unos 210 talentos sólo para las tropas de infantería). Daba la sensación de que Antonio, el más famoso soldado vivo, no deseaba librar una batalla épica. A propósito de César, alguien diría que «no ambicionaba la provincia sino la fama»,<sup>[66]</sup> afirmación que encajaba mejor aún con su protegido. Octaviano invitó a Antonio a un enfrentamiento absurdamente orquestado. Antonio retó a Octaviano a duelo singular. Ninguna de las dos cosas tuvo lugar y ambos bandos se limitaron al insulto y la amenaza, a «espiarse y molestarse».<sup>[67]</sup> Todo eran rumores, muchos generados por Octaviano. En el año 33 expulsó de Roma a astrólogos y adivinos, en teoría para poner freno a la creciente influencia oriental; en realidad, para afianzar su control sobre los acontecimientos. A falta de augures, podía interpretar los presagios como mejor le conviniera; sería el único facultado para hacer profecías. Poco después se dijo que las estatuas de Antonio y Cleopatra en la Acrópolis habían sido tocadas por un rayo que las había hecho pedazos,<sup>[68]</sup> se vieron serpientes bicéfalas de veinticinco metros de longitud; de una estatua de mármol de Antonio empezó a manar sangre; los niños de Roma se

dividieron en antonianos y octavianos, y tras dos días de batallas callejeras, el pequeño Octaviano salió vencedor. La verdad se parece más a la anécdota de los dos cuervos parlantes a los que su cuidador, por afán de equidad, había enseñado a decir, a uno: «Ave, César, vencedor, *imperator*», y al otro: «Ave, Antonio, vencedor, *imperator*».<sup>[69]</sup> Cualquier romano astuto tenía motivos para cubrir sus apuestas, pero también, a la vista de la incendiaria retórica y los proyectos de cada bando, para creer que lo mismo daba Antonio que Octaviano. Hasta quienes estaban en buenos términos con ambos concedían que «uno y otro trataban de ser el dueño absoluto no sólo de Roma sino del orbe entero».<sup>[70]</sup>

Los fondos y la experiencia estaban del lado de Antonio y Cleopatra, pero también las ambigüedades, empezando por la cuestión —no necesariamente más transparente en el año 32 que hoy— de su matrimonio. Según la ley romana, Cleopatra, en tanto que extranjera, no podía convertirse en esposa de Antonio, ni siquiera tras el divorcio de éste. Sólo se los podía considerar casados desde la perspectiva, más flexible y acomodaticia, del Oriente griego. Desde el punto de vista egipcio, la cuestión era irrelevante. Cleopatra no necesitaba casarse con Antonio, que no gozaba de dignidad oficial alguna en Egipto, donde quienes gobernaban eran ella y Cesarión. Ahí Antonio era consorte y patrón de la reina, pero no rey.<sup>[71]</sup> En Egipto eso no tenía menor importancia. En Roma resultaba inconcebible. ¿Tenía reservado Cleopatra algún papel en Occidente? No encajaba en ninguna categoría; o mejor dicho, sí: si no era la esposa de Antonio, era, por definición, su concubina. Entonces, ¿por qué Antonio había impreso su imagen sobre las monedas romanas? El propósito de la unión entre ambos tampoco estaba muy claro. ¿Pretendían cumplir el sueño de Alejandro Magno y unir a los hombres más allá de las fronteras nacionales bajo una única ley divina, como decía la profecía? ¿O lo que Antonio buscaba era convertirse en un monarca oriental y reinar con Cleopatra como emperatriz? (Eso le ponía las cosas fáciles a Octaviano: los romanos perdían la ciudadanía si creaban lazos formales con otro Estado). Es posible que ellos tuvieran bastante claro su objetivo —probablemente establecer una doble capitalidad—, pero que éste resultara incomprendible para la rígida mentalidad romana, de aquí que Octaviano utilizara la condición de ella como reina vasalla como arma arrojada: los extranjeros debían vivir supeditados a los romanos, no en pie de igualdad con ellos. Eso le permitía a Octaviano justificar sus acusaciones contra aquella mujer transgresora, insaciable y dispuesta a ampliar sus dominios. Los argumentos de Octaviano se revelaron convincentes y duraderos, tanto es así que uno de los grandes estudiosos del mundo clásico del siglo XX sostiene que Cleopatra se aprovechaba de Antonio como un parásito para perseguir metas a las que de otro modo nunca habría aspirado.<sup>[72]</sup> También sus intenciones militares resultaban opacas. ¿Por qué luchaba exactamente Antonio? Quizá fuera cierto que deseaba restaurar la república como decía, pero ¿cómo explicar entonces el papel de la madre de sus tres hijos medio romanos?

Por lo que respecta a Octaviano, en cambio, todo estaba claro como el agua, o por

lo menos lo estuvo a partir del momento en que decidió hacer pasar por guerra lo que no era sino una venganza personal. Sus motivos eran más evidentes y estaban mejor definidos. La xenofobia era un recurso fácil: por nada del mundo sus hombres —«romanos y señores de la mayor y más excelsa porción del mundo»—<sup>[73]</sup> se habrían dejado amilanar por una tropa de salvajes. El mundo —y no por última vez— quedaba dividido entre un Occidente masculino y racional y un Oriente femenino e indefinido contra el cual Octaviano declaró una especie de cruzada. Su lucha tenía un enemigo, pero también un fin: reafirmar la probidad, la piedad y el autocontrol de los romanos, cualidades de las que su excuñado había abjurado al abrazar la causa de Cleopatra. Antonio ya no era un romano, sino un egipcio, un mero tocador de platillos, un afeminado inconsecuente e impotente, pues, en efecto, «resulta imposible que quien vive en el lujo como un rey y complacido de sí mismo como una mujer piense o actúe cual corresponde a un hombre»<sup>[\*][74]</sup> Octaviano atacó hasta el estilo literario de Antonio. Y por cierto, ¿nadie se había dado cuenta de que Antonio bebía? Octaviano substituyó las constantes referencias a su condición de heredero de César por los relatos acerca de su propia divinidad. Pocos en Roma ignoraban a esas alturas que descendía de Apolo, al que consagró un gran templo de nueva planta.

Al rebajar a Antonio a la categoría de tocador de platillos, Octaviano logró algo especialmente difícil. Reconoció en público lo que desde entonces han sentido tantísimos hombres al enfrentarse a una mujer: que en ciertos lances es más el honor que puede perderse que la gloria que se puede ganar.<sup>[76]</sup> Para Roma, una mujer no era rival digno de consideración. Octaviano no tenía más remedio que reiterar y amplificar sus acusaciones hasta conseguir que su voz se convirtiera en un coro. Para lograrlo, atribuyó a Cleopatra poderes de toda índole, hasta crear de ella una imagen grotesca y duradera. La brutal y sanguinaria reina de Egipto no era una segunda Fulvia, sino un enemigo despiadado con las miras puestas en los bienes de Roma, pero el glorioso pueblo que había sometido a los germanos, pisoteado a los galos e invadido a los bretones, el mismo que había vencido a Aníbal y quemado Cartago, no se echaría a temblar ante «esta mujer, más temible que la peste».<sup>[77]</sup> ¿Qué dirían sus gloriosos antepasados si supiesen que un pueblo capaz de tan singulares gestas y vastas conquistas, al que todas las regiones del mundo se habían rendido, se dejaba pisar por una furcia egipcia y su caterva de eunucos y peluqueras? Octaviano admitía que se enfrentaban a un ejército formidable, pero cuanto mayor fuera el riesgo más alta sería la gloria. En juego estaba el honor de Roma. Quienes habían sido capaces de «vencer y dominar el mundo todo» estaban obligados a defender su ilustre historia, vengarse de cuantos los hubiesen ultrajado y «no permitir que ninguna mujer ose equipararse a un hombre».<sup>[\*][78]</sup>

A principios del año 31, Agripa, el extraordinario almirante de Octaviano, cruzó a Grecia por sorpresa. Antiguo amigo y mentor de Octaviano, poseía el talento militar

del que carecía su comandante. Agripa rompió las líneas de suministro de Antonio y capturó su base meridional. A continuación, Octaviano transfirió ochenta mil hombres desde la costa adriática al mar Jonio, cosa que obligó a Antonio a desplazarse hacia el norte. Su infantería todavía no estaba desplegada; la maniobra lo había cogido por sorpresa. Cleopatra intentó tranquilizarlo restando importancia al hecho de que el enemigo se hubiera apoderado de repente de un buen puerto natural (probablemente la actual Parga) con un promontorio en forma de cuchara. «¿Por qué es tan terrible que César se haya sentado sobre una cuchara?», preguntaba en tono de mofa.<sup>[80]</sup> Octaviano se disponía a entrar en liza de inmediato, cosa para la que Antonio no estaba preparado, pues no contaba todavía con todos sus efectivos. Una finta posterior de éste obligó a Octaviano a retirarse. Siguieron varias semanas de hostigamiento y escaramuzas. Octaviano se movía libremente por los puertos de Grecia occidental, mientras que Antonio acuarteló sus legiones en una porción de tierra arenosa en la boca sur del golfo de Arta. Accio disponía de un puerto excelente, pero era una zona húmeda y desolada; Antonio y Cleopatra no debieron de tardar en darse cuenta de que aquel terreno pantanoso, alfombrado de helechos y hierbas, resultaba infinitamente más adecuado como campo de batalla que como campamento.<sup>[81]</sup> Las semanas siguientes hubo amagos de combate y varios cambios de decisiones. Octaviano no conseguía atraer a Antonio hacia el mar, y Antonio no lograba que Octaviano se decidiera a luchar en tierra. Éste parecía más interesado en cortar las líneas de suministro de Antonio, y estuvo a punto de conseguirlo entre primavera y principios de verano. Cleopatra se había fingido indiferente a su llegada, pero tras una serie de inexplicables y lentas decisiones —seguramente absurdas aunque no hubieran sido manipuladas por los panegiristas de Octaviano—, Antonio y Cleopatra empezaron a ceder posiciones. Antonio dudaba de su estrategia a cada momento: ¿debía enfrentarse a Octaviano por tierra o mejor por mar? Ambos ejércitos pasaban la mayor parte del tiempo vigilándose a través del estrecho, desde sus respectivos promontorios.

A distancia, el campamento de Antonio debía de ofrecer una imagen espléndida, con sus vastos y abigarrados ejércitos y el centelleo dorado de las lentejuelas de las togas. Los imponentes tracios de negras túnicas y relucientes armaduras se mezclaban con los macedonios, vestidos con frescas capas de color escarlata, y los medos, con ropillas de vivos colores. Las capas militares ptolemaicas, tejidas en oro, representaban quizá imágenes de monarcas o escenas mitológicas. El brillo de los cascos y los petos dorados, las bridas incrustadas con joyas, los penachos de colores y las lanzas ornamentadas iluminaban aquella miserable porción de suelo griego.<sup>[\*]</sup> El grueso de los soldados era de origen oriental, al igual que un número cada vez mayor de remeros, muchos de ellos recién reclutados. Entre todos formaban una colección de armas de lo más variopinta: los escudos y aljabas de mimbre de los tracios al lado de las jabalinas romanas, los arcos cretenses y las largas picas macedonias.<sup>[83]</sup>

Cleopatra corrió con la mayor parte de los gastos, pero también contribuyó de

otras maneras; a diferencia de Antonio, ella podía comunicarse con los dignatarios llegados de tierras orientales. Hablaba la lengua de la caballería armenia, de la infantería etíope, de los destacamentos medos, así como la de la realeza. Entre los soberanos helenísticos existía cierto código de conducta. La mayoría había tratado ya antes con reinas poderosas. Canidio no se había equivocado. Con su presencia, Cleopatra recordaba a los demás reyes que luchaban por algo más que la república de Roma, en la que no tenían interés alguno. Sentían tan poca simpatía por Antonio como por Octaviano, y no les habría importado enfrentarse a ellos como se habían enfrentado a Roma en el año 89 al apoyar a Mitrídates. Si Cleopatra no se hubiera metido de lleno en los asuntos de Roma al apelar a César en el año 48, su postura habría sido la misma. Ella y Antonio sólo rechazaron a un soberano, naturalmente el más entusiasta del grupo. Herodes llegó con dinero, un ejército bien adiestrado, equipo, un cargamento de grano y un viejo consejo: si Antonio se decidía a asesinar a Cleopatra y anexionarse Egipto, sus problemas habrían terminado.<sup>[84]</sup> El ejército y las provisiones de Herodes fueron bien recibidas, pero su estancia en el campamento fue breve. En pago por su valioso consejo fue enviado a luchar contra Malco, el rey de los nabateos, acusado de deber varias remesas de betún. Al mismo tiempo, Cleopatra ordenó a su general en aquella pedregosa región que frustrase los esfuerzos de ambos monarcas. Era preferible que se destruyeran el uno al otro.

En el campamento las cosas no eran tan fáciles. La espera —en un gran campamento multiétnico sometido a condiciones insalubres— estaba teniendo serias consecuencias. A medida que aumentaba la temperatura, las condiciones se iban deteriorando. La presencia de Cleopatra tampoco ayudaba a subir la moral. Herodes creía, acaso con razón, que lo habían expulsado por su culpa. No cabe duda de que la reina ocupaba una posición prominente en el campamento; como comandante en jefe de Egipto, consideraba su deber ocuparse de los preparativos y las operaciones bélicas. Por lo visto, creía que Antonio era el único amigo que necesitaba. No estaba dispuesta a dejar que nadie acallase su voz, cosa irónica teniendo en cuenta cuán poco sobrevive de sus propias palabras; nada que ver con la reina discreta Isabel de Castilla, cuando decía: «Disculpadme, alteza, por hablar de asuntos que no comprendo».<sup>[85]</sup> Resulta imposible saber qué fue antes, si la humillación de los romanos por la presencia de Cleopatra o el desdén de ésta hacia ellos. Los oficiales de Antonio se avergonzaban de ella y de su relación de igualdad con el general.<sup>[86]</sup> Los más próximos a él ponían objeciones a la autoridad de la reina. Ella misma se había puesto entre la espada y la pared. Si relajaba la guardia, la mandarían de vuelta a Egipto; si perseveraba, ofendería a todo el mundo. Incluso es posible que Antonio la reprendiera; de hecho, sabemos que tuvieron algún que otro tormentoso desencuentro.

Una de las personas con quien menos congraciaba Cleopatra era Gneo Domicio Enobarbo, tal vez el más destacado entre los partidarios de Antonio. Orgulloso republicano, Enobarbo había guiado a los cónsules en su huida a Éfeso la primavera

anterior. Hombre resuelto e incorruptible, sus diferencias con la reina no se hicieron esperar: él se negaba a dirigirse a ella por su título, llamándola «Cleopatra» a secas. Ella, por su parte, intentó comprarlo, pero se encontró con que la inflexibilidad de Enobarbo era proporcional a la ductilidad de Plancio. Fiel a su reputación, Enobarbo no tuvo reparos a la hora de afirmar que, en su opinión, la reina representaba un lastre y que la guerra aún podía evitarse. Implicado en el asesinato de César, por el que fue procesado y proscrito, Enobarbo había luchado contra Antonio en Filipos. Más tarde, ambos se habían reconciliado y desde entonces Enobarbo había ocupado multitud de altos cargos y se había significado como uno de los más férreos partidarios de Antonio. Su papel había sido clave en la oposición a Octaviano; había hecho lo imposible por silenciar la delicada noticia de las Donaciones, e incluso tenía un hijo prometido con una de las hijas de Antonio. Juntos habían vencido toda clase de adversidades. Habían luchado codo con codo en Partia, donde Enobarbo había demostrado ser un líder consumado.<sup>[87]</sup> Cuando a Antonio le habían faltado los ánimos para arengar a sus tropas, Enobarbo lo había hecho en su lugar. En Accio, no obstante, viendo que la moral empezaba a decaer, el experimentado senador prefirió cambiar de rumbo y, a bordo de un pequeño bote, se pasó a las filas de Octaviano. Aquél fue un duro golpe para Antonio. Pese a todo, respetuoso a las formas, el general mandó enviar a su antiguo compañero su equipaje, amigos y sirvientes. Cleopatra lo juzgó un exceso de magnanimidad.

Se hace difícil creer que Cleopatra no cayera en la cuenta del malestar que su presencia provocaba en ese caluroso campamento infestado de mosquitos, donde tanto discordaban su séquito y sus tiendas y donde su inmenso buque insignia, el *Antonia*, con sus diez bancadas de remeros y su proa labrada, no contribuía precisamente a elevar los ánimos. Los hombres estaban hambrientos, y el humor por los suelos. A los soldados romanos los reconfortaba ver a sus generales comiendo pan duro y durmiendo en sencillos jergones.<sup>[88]</sup> Con Cleopatra ahí, eso era impensable. Por todo el campamento se oían voces a favor de expulsar a la reina, pero Antonio —cuya tienda ocupaba el centro exacto del recinto— hacía oídos sordos. Hasta el fiel Canidio, hasta entonces favorable a su permanencia, abogaba por alejarla. Se acordaba de la mala imagen que en su momento había dado Fulvia. Ni siquiera en Egipto estaba bien visto que las mujeres se arrogaran el papel de comandante, y la prueba era lo poco que había durado al mando la hermana de Cleopatra durante la guerra de Alejandría. Cleopatra no tenía experiencia en conflictos armados de esa magnitud, pero Herodes estaba convencido de que Antonio no la apartaría de su lado porque sus antojos «han tapado sus oídos».<sup>[89]</sup> ¿Por qué, entonces, no se hacía a un lado ella misma, como había hecho con César?

Octaviano le había declarado la guerra sólo a ella; tenía derecho a exigir venganza. Ya antes se había visto relegada por sus consejeros militares, y la consecuencia había sido su expulsión al desierto del Sinaí, sin casa y sin derechos. Tampoco había tenido buenas experiencias con intermediarios; tal vez por eso

recelase de dejar el destino de Egipto en manos de Antonio. Había mucho en juego: el futuro de la dinastía ptolemaica pendía de un hilo. Si Octaviano y Antonio pactaban una tregua, ella sería el precio del acuerdo. La verdadera incógnita de ese año 31 no es tanto por qué Cleopatra se quedó, sino por qué —ella, que había sabido evitar los conflictos culturales en Egipto y saciar el ego de un romano— no intentó ganarse a los oficiales de Antonio. Su presencia en el campamento crispaba los nervios a todo el mundo. Muchos de los compañeros de Antonio fueron tratados con el mismo desprecio que Geminio, y tanto amigos suyos como cónsules romanos reconocieron haber sido «el blanco de los insultos de Cleopatra».<sup>[90]</sup> Se comportaba de forma pendenciera, perentoria, exaltada. A pesar de la experiencia, seguía teniendo el mismo carácter que de joven con los consejeros de su hermano. Después de todo, estaba acostumbrada a ejercer la autoridad suprema y no aceptaba órdenes de nadie. A todo eso, la moral seguía decayendo: Octaviano estrechaba el bloqueo del golfo, los mosquitos plagaban el campamento y acababa de estallar una epidemia, probablemente de malaria. Las condiciones eran deplorables. El único momento de calma era hacia mediodía, cuando el viento susurrante empezaba a soplar del oeste. Durante unas horas, llegaba una brisa fresca y vivificante que pivotaba del oeste al norte hasta desaparecer con el ocaso.

Pasaron varios meses marcados por los preparativos y la inacción, y poco a poco la situación dio un giro. La idea inicial de Antonio y Cleopatra parecía ser atrapar a Octaviano en el golfo de Arta, pero ahora que se encontraban presos en aquella bahía azul les costaba reaccionar. Escribe Plutarco: «La principal tarea de un buen general es, sin duda, forzar a combatir a los enemigos cuando es superior a ellos, y no dejarse forzar cuando sus fuerzas son inferiores».<sup>[91]</sup> Antonio había desperdiciado su oportunidad hacía tiempo. En agosto no tuvo más remedio que conseguir que las ciudades de la región hicieran llegar provisiones por tierra al campamento. El bisabuelo de Plutarco se hallaba entre quienes, obligados a prestar ese penoso servicio, tuvieron que cruzar a pie las montañas hasta el golfo con las sacas de trigo a hombros y el látigo restallando en la espalda.

Lo que no pudieron el bloqueo, la enfermedad, la debilitadora inactividad y el calor lo pudieron las deserciones. Esclavos y reyes vasallos por igual abandonaron la causa. Antonio quiso dar ejemplo con dos desertores frustrados, un senador y un rey sirio, que fueron torturados al objeto de desalentar a quienes pretendiesen imitarlos. El propio Antonio estaba falto de moral, tanto es así que durante un paseo en solitario por el perímetro de la fortificación estuvo a punto de ser secuestrado por los hombres de Octaviano. La defección de Enobarbo lo afectó mucho y disparó su paranoia. Según cierto autor, empezó a desconfiar incluso de Cleopatra, de quien sospechaba que quisiese envenenarlo.<sup>[92]</sup> Se cuenta que ella, para demostrar su inocencia, preparó una bebida letal que interceptó justo cuando Antonio se la llevaba a los labios. Si hubiera querido matarlo, le habría bastado con dejarlo beber. Acto seguido, mandó traer un prisionero, al que entregó el bebedizo. El efecto fue el previsto. (La anécdota



es poco fiable, ya que Cleopatra no habría podido luchar sin Antonio, y éste, por nublado que tuviera el entendimiento, no podía dejar de saberlo). Cleopatra discutió también con Delio, que llevaba todo el verano reclutando mercenarios. Ambos llegaron a las manos una noche durante la cena, al protestar Delio por el vino. Estaba agrio, decía, mientras que en Roma los hombres de Octaviano escanciaban las más deliciosas cosechas. La discusión terminó con Delio convencido de que Cleopatra planeaba matarlo, cosa que, según el propio Delio, confirmó uno de los médicos de la reina. Razón más que suficiente para justificar su tercera y definitiva deserción. Su paso al bando de Octaviano privaba a Antonio de la que para César era la más poderosa de las armas: el efecto sorpresa. Delio se llevaba consigo los planes de batalla de Antonio.<sup>[93]</sup>

Hacia finales de agosto, Antonio convocó un consejo de guerra. Las dieciséis semanas de bloqueo empezaban a pasar factura. La situación era precaria. Las provisiones escaseaban y por la noche el aire era frío. Pronto se les echaría encima el invierno. Antonio debía resolver la cuestión que llevaba todo el verano posponiendo, pero, siendo mejor táctico que estratega, no acababa de decidirse. Suponiendo que no se hubiera producido antes, ése fue el momento de la ruptura entre Cleopatra y Canidio. Canidio prefería marchar hacia el norte y dejar que la guerra se decidiera en tierra. A fin de cuentas eran romanos; plantar batalla desde lo alto de las agitadas olas era, en su opinión, un desatino. Antonio nunca había capitaneado una flota. Podía negarse a luchar con Octaviano en el mar sin perjuicio para su honra. Además, en Macedonia y Tracia podrían reclutar más hombres. Naturalmente, Canidio sabía que luchar en tierra suponía prescindir de la flota de Cleopatra y, por extensión, de la reina; y Cleopatra sabía que prescindir de ella significaba poner en peligro a Egipto. Sus cofres de denarios de plata no podían acarrear a través de las montañas. Ella era una firme partidaria de la batalla naval. Sus razones eran sólidas: en tierra, Antonio estaría en desventaja numérica. Por lo demás, sin una flota le sería imposible cruzar hasta Italia, y mover a un ejército a través de las montañas tampoco iba a resultar tarea fácil. Los cinco años transcurridos no habían borrado el recuerdo de Partia. Pero había algo más, un paralelismo que ninguno de los participantes en las deliberaciones de Accio pudo dejar de notar. Y es que también Pompeyo, al enfrentarse a César en Grecia, se hallaba al frente de un inmenso y ruidoso ejército formado por una babel de reyes y príncipes asiáticos. La propia Cleopatra había aportado sesenta naves a su flota. Enobarbo había estado ahí, lo mismo que su padre, muerto en la batalla. Antonio se había distinguido al frente del bando contrario. En agosto del año 48, Pompeyo optó por prescindir de su flota, muy superior a la de César. El día no había terminado aún cuando cayó en la cuenta de que había cometido un error garrafal al decantarse por luchar en tierra.<sup>[94]</sup> La escabechina fue brutal y dejó a Pompeyo atónito y sin habla; había perdido su ejército, la cordura y el orgullo. Días después, era decapitado ante las costas de Egipto.

Antonio optó por la campaña naval. Plutarco atribuye su decisión a un arrebatado de emoción, pero lo más probable es que el general más experimentado de su tiempo, lejos de querer contentar a Cleopatra sacando a relucir su flota, se plegase sin más a la necesidad. Octaviano no sólo tenía de su lado la propaganda, sino una fuerza más cohesionada, un ejército de romanos bien adiestrados y que solamente hablaban latín. En tierra, jugaría con ventaja; en el mar, ambos bandos estarían más igualados. Ésa misma fue la explicación que Antonio dio a sus agitados hombres, pocos de los cuales sabían nadar. Al parecer no le importaba iniciar la campaña con una derrota: «He decidido empezar por mar, donde somos más fuertes y gozamos de amplia ventaja sobre nuestro adversario, para que, una vez vencidas sus naves, podamos caer tranquilamente sobre su infantería».<sup>[95]</sup> (Octaviano, dotado de algo más de psicología diría al respecto: «Pues suele ser rasgo común a toda la naturaleza humana que, tras fracasar el individuo en el primer lance, decaiga su esperanza con respecto a lo que ha de llegar».)<sup>[96]</sup> A pesar de las explicaciones, uno de los veteranos se adelantó y se dirigió elocuentemente a Antonio. Exhibió su cuerpo cubierto de cicatrices y preguntó al general que cómo se atrevía a menospreciar aquellas heridas depositando sus esperanzas «en estos viles leños. ¡Deja a los egipcios y los fenicios que luchen en el mar —suplicó el soldado a su comandante—. Sólo danos una tierra sobre la que podamos morir ante nuestros enemigos o podamos vencerlos!».<sup>[97]</sup> Antonio —«dotado de un estilo más brillante que el de cualquiera de sus contemporáneos» y capaz de guiar un ejército mediante un discurso—<sup>[98]</sup> le lanzó una mirada comprensiva, pero no acertó a articular una respuesta.

En los últimos días de agosto, Cleopatra reconoció un olor familiar. La brisa de la tarde propagaba por todo el campamento el olor acre del cedro y la resina al arder. Era el mismo olor que había emanado del puerto de Alejandría diecisiete años antes; Antonio, como cumpliendo con una suerte de tradición romana, había remolcado unas ochenta de sus naves hasta la playa y les había prendido fuego. Los hombres que habrían debido tripularlas no estaban ya con él y no podía arriesgarse a que cayeran en manos de Octaviano. No fue una acción encubierta; el fuego ardía vivo y brillante. Poco después cayó una tormenta que sofocó las últimas volutas de humo; durante cuatro días, el viento y las lluvias torrenciales azotaron la costa. Para cuando despejó, no quedaban más que unas cuantas cuadernas retorcidas y espolones chamuscados. La noche del 1 de septiembre, al amparo de la oscuridad, los oficiales de Cleopatra cargaron en secreto sus cofres del tesoro en el mastodóntico *Antonia*. El resto del dinero y la vajilla real irían en naves de carga. Los barcos de Cleopatra y Antonio subieron a bordo mástiles y velas. Al alba, Antonio había embarcado a veinte mil soldados y miles de arqueros y honderos; apenas cabía un alfiler. Cuando las naves zarparon en dirección a la boca del golfo, el cielo brillaba cristalino y el mar parecía una lámina de vidrio, enturbiada apenas por el crujido de los remos. Los tres escuadrones de Antonio se apostaron en la boca en formación cerrada de media luna.

Cleopatra y sus sesenta naves restantes ocuparon la retaguardia para evitar deserciones y como medida de protección. La reina no tenía previsto entrar en combate.

Franqueado el estrecho, los hombres de Antonio se encontraron con la flota de Octaviano dispuesta en formación similar a apenas una milla. El golfo retumbaba con el agudo clamor de las trompetas; los heraldos y los oficiales arengaban a sus hombres. Con los remos a punto, las doscientas cuarenta naves de Antonio apuntaron las proas hacia las cuatrocientas naves de Octaviano y aguardaron toda la mañana sin moverse, casco con casco, a punto para la refriega. Los ejércitos de tierra observaban desde la orilla. Por fin, hacia mediodía, Octaviano ordenó retroceder al escuadrón situado en el extremo norte, en un intento de atraer a Antonio. Las naves de éste avanzaron hacia mar abierto y, al momento, el aire se llenó de gritos, tanto en tierra como en el agua. De la flota de Antonio partió una densa lluvia de flechas y fragmentos metálicos. Los de Octaviano hicieron crujir los remos y giraron los timones. Pese a las olas, desde la posición de Cleopatra aquello parecía una batalla terrestre sobre agua en la que los hombres de Octaviano imitasen a un regimiento de caballería y los de Antonio los repelieran desde sus fortalezas flotantes, la mayor de las cuales se alzaba diez metros sobre la superficie. Las embestidas y los forcejeos continuaron sin resultados claros hasta última hora de la tarde. Hacia las tres, el ala izquierda de Octaviano viró para flanquear a los de Antonio, que a su vez se desplazaron hacia el norte. La parte central de la línea quedó disuelta, y de repente, el escuadrón de Cleopatra izó las velas y —aprovechando oportunamente el viento— traspuso con toda tranquilidad el corazón de la batalla, dejando tras de sí los proyectiles, las lanzas y las hachas de la línea enemiga y sembrando la confusión en ambos bandos. Los hombres de Octaviano observaron sin dar crédito cómo el majestuoso buque insignia de Cleopatra ponía proa al sur impulsado por las velas de color púrpura, sin que el enemigo pudiera hacer nada por alcanzarla. La sorpresa fue aún mayor cuando, momentos más tarde, Antonio pasó de su barco a una galera ligera para ir tras ella seguido de cuarenta naves de su escuadrón personal.

Los hombres de Octaviano estaban, según Plutarco, más impresionados que sorprendidos. Antonio y Cleopatra se habían puesto en fuga con un tercio de la flota y el tesoro al completo. Se trataba sin duda de una huida premeditada; de lo contrario, las naves de la reina no habrían ido cargadas de velas y objetos de valor. La reina había calculado la jugada para aprovechar al máximo los vientos rápidos y favorables. Octaviano conocía por Delio que el plan de Antonio y Cleopatra consistía en romper el bloqueo evitando enzarzarse en una larga batalla. A principios de mes ya habían intentado abrirse paso a la fuerza. Para escapar hacia Egipto, debían atraer a las naves de Octaviano; ésa había sido su intención de buen principio. Según Dión, durante la arenga anterior a la batalla Octaviano había puesto a sus hombres en alerta contra esa posibilidad: «Dado, pues, que admiten ser más débiles que nosotros y que transportan abundante botín en sus naves, no permitamos que acudan a ninguna parte,

antes bien, derrotémoslos en este mismo lugar y hagámonos con sus tesoros». [99] El 2 de septiembre, unas cuantas naves de Octaviano —galeras ligeras con una gran capacidad de maniobra y dotadas de proa aerodinámica— salieron en su persecución.

Ya en alta mar, Cleopatra hizo una señal a Antonio y éste, junto con dos de sus compañeros, saltó sobre las olas para subir a bordo del *Antonia*. No fue un reencuentro feliz; Antonio no vio ni habló con Cleopatra, parece que por vergüenza más que por rabia. Algo había salido muy mal. Quizá no estaba previsto que los hombres de Antonio quedasen atrás. Cleopatra ya había propuesto con anterioridad que el grueso del ejército regresase con ella a Egipto, pero la flota no había podido escapar o se había resistido a hacerlo. Puede que prefiriesen enfrentarse a un romano que seguir a una extranjera; de hecho, en el campamento no habían faltado los rumores acerca de un amotinamiento. Cabe la posibilidad de que Antonio y Cleopatra planeasen la maniobra para emplearla sólo en caso de necesidad, pero que al final se hubiesen precipitado. Podría ser también que Cleopatra hubiera partido antes de lo previsto. Debía de estar impaciente por zarpar para Alejandría, ciudad que —si resultaba vencida frente a las costas de Grecia— sabía que no volvería a ver nunca. Dión sugiere que Antonio huyó porque interpretó (equivocadamente) la partida de Cleopatra como la admisión de una derrota. [100] Incluso puede ser que todo saliera según lo planeado y que las consecuencias se hicieran notar tan sólo *a posteriori*. En este punto nos vemos obligados a encajar una decisión incomprensible con una serie de testimonios más bien oscuros. Sea como fuese, resulta impensable que Antonio se creyera vencido, ya que la batalla —que tuvo más de escaramuza que de carga— se mantuvo equilibrada durante horas. Al final de la jornada, ni siquiera Octaviano sabía quién había ganado. Tanto si el error fue de planificación como si fue de ejecución, el aire salino destilaba cierto olor a reproche. Si hemos de creer a Plutarco, a Antonio le pudo la impotencia y, desentendiéndose de Cleopatra, «fue a la proa, donde se sentó en silencio cubriéndose la cara con ambas manos». No se alzó hasta el anochecer, cuando dos de las galeras de Octaviano aparecieron en la distancia. Antonio dio orden al buque insignia de que volviera la proa para poder darle la cara al enemigo. Siguió una escaramuza de la que el *Antonia* logró escapar, pero en la que Cleopatra tuvo que sacrificar un barco de mando y un segundo navío con un cargamento de plata y muebles.

Cuando hubo repelido a sus atacantes, Antonio regresó a la proa y, con la cabeza gacha, se quedó observando el mar con apatía: el héroe de Filipos, el nuevo Dioniso, huía encerrado a bordo de un gran casco de madera como si la fuerza de sus poderosos brazos y hombros lo hubiera abandonado. El viaje de vuelta al sur fue una travesía amarga, marcada por pérdidas personales y suspicacias mutuas. Fue también un viaje tranquilo. Antonio pasó tres días solo «ya fuera porque estaba enfadado con Cleopatra o se sintiera avergonzado». Aunque hubiera sido dictado por la desesperación, en su momento le había parecido un plan sensato. Ahora, Antonio no podía dejar de pensar que había abandonado a sus hombres. Ellos se habían

mantenido firmes incluso después de que reyes, senadores y oficiales hubieran desertado, pero él les había dado la espalda y ahora se hallaba en una posición insostenible al lado de Cleopatra. El desenlace de la batalla de Accio seguía sin estar claro y no se conocería hasta unos cuantos días más tarde, pero Antonio sabía cómo sería interpretada su reacción y cuáles serían las consecuencias. Un comandante romano debía ser capaz de soportar la derrota y perseverar frente a la adversidad. Marco Antonio conocía la historia de primera mano: su lujosa casa de Roma estaba decorada con noventa espolones capturados a Pompeyo en el mar. Sabía que la gloria acababa de escurrírsele entre los dedos para siempre.

Tres días después Cleopatra recaló en Ténaro, en el extremo sur de la península del Peloponeso, para abastecerse de víveres y agua. (Se trataba, curiosamente, del cabo donde se decía que Hércules había buscado la entrada al inframundo). Dos de sus sirvientas —Iras, su peluquera, y Carmiana, su doncella— aprovecharon la parada para buscar una reconciliación y, con un poco de mano izquierda, lograron persuadir a Antonio y a Cleopatra para que hablaran y, finalmente, «para que cenaran y durmieran juntos».<sup>[101]</sup> Llegaron varios cargueros con noticias de lo que habían visto al partir de Accio. La batalla se había intensificado y se había prolongado durante horas. La flota de Antonio había resistido, pero al final había sido destruida. Durante un tiempo, las olas habían arrojado a tierra cuerpos y maderos adornados —y aquí puede que los cronistas añadan algo de su cosecha— con las lentejuelas púrpuras y doradas típicas de Oriente.<sup>[102]</sup> Las fuerzas de tierra de Antonio habían mantenido sus posiciones. Tras conocer las noticias, Antonio quiso distribuir obsequios entre sus hombres y acudió a una de las naves de carga para entregarles piezas de oro y plata procedentes del palacio de Cleopatra. Sus hombres, con lágrimas en los ojos, rechazaron los regalos. A cambio, el comandante les ratificó su afecto y les prometió seguridad hasta que pudiera llegar a un acuerdo con Octaviano. Poco después continuó surcando el Mediterráneo con Cleopatra hasta las llanas costas de Egipto. Tocaron tierra en un enclave desolado en el extremo noroeste del país, donde, tras desembarcar en una gran playa de arena, siguieron caminos separados.

Antonio se dirigió a Libia, donde tenía apostadas cuatro legiones, con la intención de reagrupar su ejército. Cleopatra, con la flota hundida, el tesoro menguado y su aliado vencido, zarpó rauda para Alejandría. Había sido la primera en abandonar Accio y lo había hecho a bordo de una nave poderosa y bien equipada. Si se apresuraba, todavía podía anticiparse a la noticia del fiasco. Sabía que regresaba a Egipto en circunstancias catastróficas, de modo que tomó precauciones y encargó ornar la nave con flores.<sup>[103]</sup> Cuando, al día siguiente, su majestuoso barco y el resto de naves engalanadas con coronas de flores pasaron junto al faro de Alejandría, reinaba la calma. En cubierta, un coro entonaba cánticos de victoria al son de las flautas. Quienes corrieron a su encuentro remando en barcas oyeron cómo la reina anunciaba con voz firme la noticia de su extraordinario triunfo. Casi al mismo tiempo, las diecinueve legiones y los doce mil hombres a caballo de Antonio —

perdida la fe en el regreso de su comandante y tras una semana de duras negociaciones— se rendían a Octaviano, que por fin empezaba a vislumbrar la magnitud de su victoria.<sup>[104]</sup>

## LA MUJER MÁS PERVERSA DE LA HISTORIA

«Yo era semejante en todo a los dioses, a excepción sólo del morir».

EURÍPIDES<sup>[1]</sup>

¿Qué amigos tiene un hombre desafortunado?, se preguntaba el clásico,<sup>[2]</sup> y Cleopatra conocía muy bien cuál era la respuesta. Si su artimaña no había sido descubierta todavía, pronto lo sería. La élite alejandrina ya le había demostrado su animadversión con anterioridad. Cleopatra temía su reacción en cuanto oyeran las noticias de la debacle de Accio; era el pretexto que necesitaban para acusarla de dejar Egipto en manos de Roma. Pero la reina no estaba dispuesta a ver cómo se regocijaban con su derrota ni a dejar que le arrebatasen el trono<sup>[3]</sup> y, nada más regresar, acometió una desenfrenada espiral de matanzas que resultó en la muerte o la detención de sus más acérrimos detractores. Confiscó sus propiedades y se apropió de todo el dinero que pudo encontrar, incluidos los tesoros de los templos. Fuera lo que fuese lo que se avecinaba, iba a necesitar una fortuna. El dinero podría apenas impedir lo inevitable; de una forma u otra, Octaviano terminaría yendo a por ella. Reclutó tropas frescas y mandó, en vano, buscar aliados. Artavasdes, el altivo rey armenio, que había quedado preso en Alejandría, estaba a punto de cumplir sus tres años de cautiverio. Cleopatra mandó cortarle la cabeza y enviarla dos mil kilómetros al este, a su rival el rey medo. Era de esperar que bastase con eso para lograr que enviase refuerzos. Se equivocaba.

Como en ocasiones anteriores, tanteó las regiones de Oriente, donde tenía contactos de tipo comercial y partidarios de toda la vida, donde Octaviano no tenía influencia y donde la realeza todavía despertaba simpatías. Cuando Antonio regresó a Alejandría, la encontró «resuelta a llevar a cabo un importante plan». Por entonces, el Mediterráneo y el golfo de Suez, en la frontera oriental de Egipto, estaban separados por un istmo. Cleopatra, con la ayuda de un gran grupo de hombres, se proponía sacar sus barcos del Mediterráneo, transportarlos sesenta kilómetros por tierra y botarlos en las aguas del mar Rojo. La intención era embarcarse con sus hombres y su fortuna en busca de un nuevo hogar más allá de las fronteras de Egipto, tal vez incluso en la India, donde pudiera escapar «de la guerra y la esclavitud».<sup>[4]</sup> Se diría que la naturaleza de Cleopatra le impelía a concebir amplios horizontes donde otros sólo habrían visto un callejón sin salida; su grandiosidad y su audacia resultaban asombrosas, casi tanto como para sugerir que efectivamente llegó a pensar en hacerse señora de Roma.

La empresa de Cleopatra hacia el mar Rojo no era imposible en un país que durante siglos había trajinado inmensos bloques de piedra a lo largo de vastas

distancias. Siglos antes, un descomunal navío ptolemaico de doble proa —se dice que medía casi ciento veinte metros de eslora y que sobresalía casi veinte metros por encima del agua— ya había sido transportado sobre rodillos de madera colocados a intervalos regulares a lo largo de una fosa junto al puerto.<sup>[5]</sup> A veces se empleaban cueros embadurnados con grasa para el mismo cometido. Los barcos, además, podían separarse en secciones. La empresa se complicó por culpa de la enemistad de la reina con la tribu que habitaba el extremo del istmo. Dicha tribu eran los nabateos, un pueblo de comerciantes astutos y bien organizados que se había pasado un año luchando contra Herodes, en parte a causa del sabotaje de Cleopatra.<sup>[6]</sup> De todos modos, no necesitaban a Herodes —que por fin acababa de derrotarlos— para recordar que Cleopatra era su enemigo común. Los nabateos prendieron fuego a todas y cada una de las naves egipcias a medida que eran remolcadas a la orilla. Para Cleopatra aquel fracaso fue especialmente amargo, ya que en el año 48 había partido desde ese mismo rincón del mundo decidida a cambiar su suerte.

Herodes era el aliado más obvio; si unían sus fuerzas, Octaviano no sería rival para ellos en el desierto. Nadie, sin embargo, se regocijaba más con la desgracia de Cleopatra que el rey de Judea. Al expulsarlo de Accio, Cleopatra había dejado todos los triunfos en manos de Herodes, y éste no se lo había pensado dos veces antes de formalizar una paz con Octaviano. Es probable que el rey de Judea diera pruebas de contrición en Rodas aquel mismo otoño. Desembarcó en ropas de privado, se quitó la diadema y se mostró franco y directo con el nuevo señor del mundo romano: cierto, le había sido fiel a Antonio. Por desgracia era su forma de ser; llevaba la lealtad en la sangre: por sus amigos, un hombre debía «arriesgar cuerpo, alma y hacienda»,<sup>[7]</sup> y de no haberse visto obligado a luchar contra los nabateos, le aseguró a Octaviano, en ese mismo instante habría estado junto a Antonio. Acto seguido, admitió que si había abandonado a quien había sido buen amigo suyo durante más de dos décadas, había sido por culpa de la egipcia, abrazando así la versión oficial de Octaviano para su guerra contra Cleopatra. Él mismo le había propuesto a Antonio que se deshiciera de ella. No sabemos cómo se las arregló Herodes para soltar todo ese discurso de forma que resultara creíble. Cuando al fin terminó, Octaviano se declaró agradecido hacia Cleopatra. La reina, confesó a su interlocutor, acababa de proporcionarle un gran aliado. (Herodes tenía motivos para estarle doblemente agradecido a Cleopatra; para empezar, debía la corona al miedo que la reina inspiraba en los romanos). Como muestra de benevolencia, Octaviano recolocó la diadema sobre la frente de Herodes. Al marcharse, el rey se llevó consigo tropas romanas de refuerzo. Entretanto, Cleopatra seguía intentando ganarse a las tribus vecinas y los reyes amigos, pero sólo consiguió movilizar a una tropa de gladiadores, luchadores expertos que habían estado entrenando para lo que se suponía debían ser las celebraciones por la victoria de Antonio y Cleopatra. Al recibir su llamada, se dirigieron al sur desde la actual Turquía. Herodes se encargó de que no pasaran de Siria.

A falta de aliados en Oriente, Cleopatra podía volverse en la dirección contraria.



Roma no había conquistado del todo la península Ibérica, una región inquieta, muy fértil y rica en minas de plata. Aunque se le vedara el Mediterráneo, aunque no fuera capaz de continuar la guerra contra Octaviano, podía dirigirse hacia el oeste circunnavegando África por el océano Índico. Quizá con sus riquezas, ella y Antonio encontrarían la manera de ganarse a las nativas tribus hispanas y fundar un nuevo reino en la península. No era una idea tan descabellada; Cleopatra tenía como ejemplo el caso de otro líder carismático y con don de lenguas. En el año 83, un procónsul rebelde había logrado hacerse con el control de Hispania, sembrando el terror entre sus compatriotas romanos. Saludado por sus reclutas nativos como «el nuevo Aníbal», Sertorio<sup>[8]</sup> promovió una revuelta y estuvo muy cerca de establecer un Estado romano independiente.<sup>[\*]</sup> Cleopatra consideró seriamente la posibilidad, y Octaviano temió que la reina lograra repetir el golpe de Sertorio. Después de todo era poco probable que se produjera una operación militar en terreno propio; con las defecciones de Herodes y de las tropas cirenaicas de Antonio, sólo quedaba Egipto. El país estaba con Cleopatra —en el Alto Egipto sus partidarios amenazaron con levantarse en su favor, iniciativa que ella misma rechazó—, pero era improbable que resistiera por mucho tiempo el embate de Octaviano. En el mejor de los casos, disponía de una guardia personal formada por cuatrocientos galos ferozmente leales, un modesto número de tropas y los restos de una flota.

La batalla de Accio no fue tan vistosa como el intercambio de invectivas que la había precedido; la verdadera tragedia y el grueso de bajas se verificaron pasados los hechos. La batalla fue en extremo estéril, cosa que no puede decirse de los meses siguientes en Alejandría. Una vez más, los planes de Cleopatra se habían malogrado, y una vez más removió cielo y tierra para asegurarse de que no todo estaba perdido. El palacio era un torbellino de actividad; según Plutarco, la atención de la reina no se dirigía tan sólo hacia Hispania y la India, sino también a los experimentos con venenos letales. Con un fin o con otro, reunió una buena colección de ellos y los probó con prisioneros y animales venenosos para determinar qué toxinas proporcionaban resultados más expeditivos y menos dolorosos. La reina no se sentía ni humillada ni temerosa, sino presa de un arrebatado de inventiva similar al que había demostrado al aterrizar en el desierto tras sufrir el primer revés de su vida. A Cleopatra antes o después termina aplicándosele el adjetivo «formidable», y ciertamente, mientras duró ese compás de espera, se comportó como una mujer formidable: llena de energía, disciplina e ingenio. Nada hace pensar que estuviera desesperada. Dos mil años después de los hechos, todavía podemos oír cómo bullen las ideas en el interior de su fecunda mente.

No puede decirse lo mismo de Antonio, que se dedicó a vagar sin sosiego por el norte de África, casi siempre en compañía de dos amigos, un rétor y un hábil oficial con una determinación de hierro. Antonio despidió al resto de su séquito. Aquella soledad relativa le proporcionaba solaz. Confiaba en poder agrupar refuerzos, pero en Cirene descubrió que sus cuatro legiones habían desertado. Desmoralizado, intentó

suicidarse, pero los dos amigos lo impidieron y se lo llevaron a Alejandría. Se presentó en palacio sin los refuerzos esperados y, según Dión, sin «haber logrado nada de provecho».<sup>[9]</sup> Debía de ser ya finales de otoño, hacia el fin de la época de siembra. Cleopatra se encontraba en mitad de su malhadada expedición al mar Rojo. Al final, tuvo que conformarse con fortificar los accesos a Egipto, aunque no hay que descartar que contemplase la posibilidad de asesinar a Octaviano.<sup>[10]</sup> Antonio, por su parte, se apartó de la ciudad y de la vida social. Ordenó construir un arrecife hasta el puerto de Alejandría, al final del cual levantó una modesta cabaña, casi al pie del faro.<sup>[11]</sup> Se declaró exiliado, cual un nuevo Timón de Atenas, «ya que ambos habían sufrido la ingratitud y la injuria de sus amigos y, por ello, desconfiaban y odiaban a toda la humanidad».<sup>[12]</sup> Dión deja entrever una amarga nota de compasión al sorprenderse ante el gran número de personas que —pese a haber sido colmados de honores y favores por Antonio y Cleopatra— decidieron abandonarlos a su suerte.<sup>[13]</sup> Cleopatra no se dejó afligir por esa injusticia. Quizá su concepto de la gratitud fuera más realista que el de Antonio; en cualquier caso, encajó la cruda realidad mucho mejor que él.

Antonio no tardó en cansarse de su recogimiento y volvió a palacio. Se dice que Cleopatra lo invitó a salir y contemplar los exuberantes jardines y los abigarrados pabellones de los que había renegado. De ser cierto, tampoco debió de costarle un gran esfuerzo. A todo esto, seguían llegando malas noticias: Canidio se personó en Alejandría para informar de que las fuerzas terrestres de Antonio habían terminado rindiéndose a Octaviano. Muchos de sus soldados se habían unido a su ejército y ahora Octaviano tenía más hombres de los que podía utilizar. En cuanto a los barcos capturados, había mandado quemarlos. Antonio y Cleopatra fueron avisados también de la defección de Herodes, especialmente dolorosa considerando que habían enviado al más persuasivo de sus legados a suplicar que siguiera siéndoles leal. (El mismo legado al que Cleopatra había encomendado que le quitase Octavia de la cabeza a Antonio). Éste no sólo no había conseguido convencer a Herodes, sino que, aprovechando el viaje, desertó. El gobernador romano de Siria también se pasó al bando de Octaviano, y lo mismo terminaría haciendo Nicolás de Damasco.

No hubo apenas recriminaciones. A Cleopatra le preocupaba más el futuro que el pasado y sabía que habría sido inútil reconvenir a Antonio, cuyo amor por ella parecía haberse debilitado. Prefirió seguir el consejo de Plutarco sobre los reproches: en tiempos difíciles, resulta preferible la compasión a la crítica, pues «no existe entonces la utilidad de la franqueza amistosa ni de las palabras que tienen peso y censura».<sup>[14]</sup> Antonio era un hombre distinto; Accio lo había despojado de su coraje y su «audacia irresistible».<sup>[15]</sup> Cleopatra tenía dos misiones: velar por su atribulado amante y planear su huida conjunta. De una manera u otra, consoló, o insensibilizó, a Antonio para que no le afectaran tanto las malas noticias; lo ayudó a sobrellevar la frustración y aplacó sus sospechas. Ahora ella tenía que pensar por los dos.

Antonio descubrió que cuando desaparece la esperanza, con ella parte la angustia, de modo que volvió a palacio y —con un pretexto cualquiera— «llenó la ciudad de banquetes, borracheras y juergas».<sup>[16]</sup> Juntos, Antonio y Cleopatra escenificaron una elaborada fiesta para celebrar la mayoría de edad de sus hijos de matrimonios precedentes: Antilo, que cumplía quince, y Cesarión, que cumplía dieciséis. Según el uso griego, Cesarión ya tenía edad de incorporarse al ejército.<sup>[\*]</sup> Por su parte, Antilo ya estaba preparado para dejar la toga púrpura de los niños romanos. Fundiendo tradiciones, Antonio y Cleopatra introdujeron a los muchachos en la vida adulta alistándolos a ambos en el ejército para elevar la moral de los egipcios. Durante días, la ciudad se divirtió con banquetes, fiestas y espectáculos. Dión asegura que el objetivo de Antonio y Cleopatra al organizar las celebraciones era fomentar un nuevo espíritu de resistencia; Cleopatra comunicó a sus súbditos que «debían continuar la guerra bajo el caudillaje de los chiquillos en caso de que algo les ocurriera a los padres».<sup>[17]</sup> Independientemente de en qué terminara todo aquello, la dinastía ptolemaica sobreviviría, y por si fuera poco, con un soberano varón. De hecho, ese mismo otoño Cesarión es llamado faraón en una serie de inscripciones.<sup>[18]</sup> A efectos prácticos era un gesto tan desesperado como arrojar arena a la cara de Octaviano. Antonio y Cleopatra tenían hijos, y en función de ellos calibraban el futuro. Su rival no tenía ninguno.

Durante el otoño, hubo un goteo constante de enviados que viajaban de un lugar para otro con sobornos y propuestas de un bando, y amenazas y promesas del otro. Cleopatra, al principio, solicitó lo único que podía importarle: que el reino pasara a manos de sus hijos. Perder la vida era una cosa; sacrificar a sus hijos —y con ellos a su país— era inconcebible. Sus hijos tenían por entonces entre siete y diecisiete años; la reina cifraba sus esperanzas sobre todo en Cesarión, a quien ya había promovido para que pudiera reinar en su ausencia. Más tarde, envió a Octaviano un cetro, una corona y un trono de oro. Según Dión, la reina estaba dispuesta a abdicar a cambio de clemencia, «pues esperaba que aunque odiase a Antonio, tendría piedad de ella por lo menos».<sup>[19]</sup> Antonio sólo aspiraba a que se le permitiera vivir como privado en Egipto o —si eso era pedir demasiado— en Atenas. Octaviano no tuvo tiempo para la propuesta de Antonio, pero sí para contestar a Cleopatra. Mientras que en público la amenazaba, en privado le aseguraba que sería razonable con ella con una condición: debía ejecutar a Antonio, o cuando menos, desterrarlo. (Octaviano se quedó los regalos). Antonio no se dio por vencido, defendió su relación con Cleopatra, recordó a Octaviano sus vínculos familiares, sus «aventuras amorosas» y las correrías compartidas en el pasado. Como prueba de su sinceridad le entregó a uno de los asesinos de César, que por entonces vivía con Antonio. Incluso estaba dispuesto a quitarse la vida «si de ese modo podía salvarse Cleopatra».<sup>[20]</sup> De nuevo, lo único que obtuvo fue un gélido silencio. El asesino de César fue ajusticiado.

La triste verdad es que Antonio no tenía nada que ofrecer. Cleopatra tenía más margen para negociar; su tesoro era el más grande de cuantos existían fuera del

control de Roma. Octaviano no podía triunfar sin aquella afamada colección de oro, perlas y marfil que desde hacía tiempo era la gran motivación de sus hombres. En cuanto a los de Cleopatra, el tesoro era lo único que evitaba un amotinamiento.<sup>[21]</sup> Tan solos estaban Antonio y Cleopatra —tan frecuentes se habían hecho las deserciones— que no les quedaban emisarios a quienes confiar sus mensajes. La única alternativa era enviar como legado a uno de los tutores de los niños. Antonio envió su tercera oferta por medio de Antilo, de quince años, que viajó con una enorme cantidad de oro. Octaviano se quedó el oro y mandó al muchacho de vuelta. No sabemos a ciencia cierta hasta qué punto eran sinceras esas ofertas; Dión sugiere que, en realidad, Antonio y Cleopatra intentaban ganar tiempo para tramar su venganza. Sea como sea, sus ofertas no fueron menos francas que las respuestas. Octaviano no podía ser tan ingenuo como para esperar que Cleopatra asesinase a Antonio. El hermano de la reina se había hecho un flaco favor a sí mismo al liquidar al desesperado y vencido Pompeyo diecisiete años antes. Tampoco había garantías de que Octaviano fuera a cumplir su parte del trato. ¿Cuáles eran las probabilidades de que otorgase su perdón a una mujer a la que había declarado la guerra con tanta grandilocuencia? Cleopatra podría haber accedido a distanciarse de Antonio, pero no tenía motivos para ir más allá. Podía oler una emboscada a kilómetros. Si Octaviano quería deshacerse de su excuñado, tendría que hacerlo él mismo.

Junto con el último mensajero de Cleopatra, Octaviano envió a Alejandría un emisario propio particularmente astuto. (Es sabido, aunque a menudo se olvida, que mediante este arreglo Octaviano buscaba engañar a Cleopatra). Tirso era guapo, persuasivo y poseía cualidades más que suficientes para negociar con «una mujer de altivo carácter y extraordinariamente orgullosa de su belleza», como dice Plutarco,<sup>[22]</sup> o «convencida de que todo el mundo debía amarla», como prefiere Dión.<sup>[23]</sup> Este último describe a una Cleopatra tan vanidosa que se engaña a sí misma, una mujer tan pagada de sus propios encantos que permite que un emisario la convenza de que Octaviano, un joven general que jamás ha puesto los ojos en la reina, se ha encaprichado de ella. Le creyó porque ella misma deseaba creérselo y porque en el pasado ése era el efecto que había causado en los comandantes romanos. Cleopatra pasaba mucho tiempo encerrada con el sagaz Tirso, al cual colmó con toda clase de honores. Tenía motivos para buscar su favor, y ambos pasaban largas horas departiendo a solas. Nada sabemos de las reacciones de Tirso, pero sí de las de Antonio, que loco de celos mandó aprehender a Tirso, fustigarlo y devolverlo a Octaviano con una carta. El hombre de Octaviano lo había provocado en un momento en que ya estaba especialmente irritable. Bastantes preocupaciones tenía ya. Si Octaviano desaprobaba lo que le había hecho a Tirso, podía desquitarse fácilmente con un hombre de Marco Antonio que se encontraba en Asia con Octaviano. (Había desertado poco antes). Octaviano no tenía más que «colgarlo y cubrirlo de latigazos para que estuvieran en paz».<sup>[24]</sup>

También Cleopatra tenía ya bastantes preocupaciones, pero su mayor deseo era

contentar a Antonio. No es fácil saber cómo veía éste la relación en esos momentos, lo que convierte en tanto más apreciable la abnegación de Cleopatra. Ella lo apaciguaba dedicándole todas las atenciones imaginables. A finales de ese año, la reina celebró con discreción su trigésimo octavo cumpleaños, «en consonancia a las circunstancias presentes», pero no reparó en gastos cuando llegó el de Antonio en enero. Él seguía visualizando un futuro en el que se le permitiera vivir alejado de los asuntos públicos, ya fuera en Atenas o en Alejandría, perspectiva poco realista dadas las circunstancias. Cleopatra hizo cuanto estuvo en su mano para que Antonio pasara su cuadragésimo tercer cumpleaños rodeado de esplendor y toda clase de lujos y en compañía de amigos que no tuvieran motivos para poner en duda su lealtad, ya que «muchos de los que fueron invitados a cenar llegaron pobres y se fueron ricos».<sup>[25]</sup>

En todo lo demás, se percibía un ambiente melancólico en los asuntos de Alejandría. Octaviano continuaba amenazando a Cleopatra en público, mientras que en privado seguía manteniendo que si asesinaba a Antonio, se ganaría su perdón. Mensajeros locuaces aparte, la reina no tenía ninguna intención de aceptar su oferta y siguió experimentando con sus venenos, aunque seguramente no con cobras, como asegura Plutarco. Buscaba una toxina que anulase los sentidos de forma sutil e indolora. A la víctima debía darle la impresión de ceder a un profundo sueño natural. Se trataba, en parte, de cuestiones de saber general para un soberano helenístico, familiarizado, por lo común, con toxinas y antídotos, y sabedor de que la picada de la cobra no se ajustaba a esa descripción. Olimpio, el médico personal de Cleopatra, que estuvo a su lado durante esas semanas, también debía de estar bien versado en la materia; no por nada, todo aquel que por entonces deseaba obtener un buen veneno se lo procuraba en Egipto, de manos de un médico alejandrino. Las cenas y los certámenes de bebida continuaron celebrándose con la desmesura de siempre, pero bajo un nombre distinto. Cleopatra y Antonio disolvieron la sociedad de la Vida Inimitable para fundar otra, igual a la anterior «en lo que se refiere al lujo, al dispendio y relajó».<sup>[26]</sup> Con algo de humor negro, o de amarga desesperación, pusieron al nuevo círculo el nombre de Compañeros en la Muerte. Los ocupantes de los lujosos triclinios del palacio hicieron voto de morir junto a sus anfitriones. Cleopatra en persona supervisó la construcción de un elaborado edificio de dos plantas contiguo al templo de Isis, probablemente en una parcela de arena dentro del recinto palaciego, desde el que se dominaba una buena vista del Mediterráneo, destinado a convertirse en un mausoleo «cuya belleza y grandeza era sublime».<sup>[27]</sup>

El invierno trajo consigo una suerte de indulto, al hacerse evidente que Octaviano no emprendería ninguna expedición hasta que el tiempo se templase. Le habían surgido urgentes contratiempos. Desde Samos regresó a Roma, donde se sucedían manifestaciones y disturbios de toda especie. Licenciar un ejército era siempre un asunto delicado, y Octaviano —falta de fondos— tenía entre manos a miles de

veteranos amotinados. Hasta primavera no pudo permitirse un viaje relámpago al este. La estación navegable no había empezado todavía, y la visita fue tan fugaz «que Antonio y Cleopatra conocieron a un tiempo la noticia de su partida y la de su regreso».<sup>[28]</sup> Su nuevo amigo lo recibió en Siria; nada más desembarcar Octaviano y sus hombres en la costa fenicia, Herodes acudió cargado de regalos y provisiones y alojó a los fatigados viajeros en una residencia acondicionada a tal efecto. Se aseguró de que no les faltase nada de cuanto pudieran necesitar para la marcha por el desierto que les esperaba y se despidió de Octaviano como se había despedido de Cleopatra seis años antes, sólo que en esta ocasión colmó a su visitante de bendiciones y dinero. Herodes hizo a la causa de Octaviano una aportación cuatro veces superior a los ingresos de Cleopatra en Jericó. (Su intención salta a la vista: Herodes pretendía hacer notar a los romanos que su reino «era demasiado pequeño en relación con lo que les había ofrecido».)<sup>[29]</sup> Sin tiempo para visitas turísticas, Octaviano se dirigió a Pelusio, donde él y Herodes se separaron a principios de verano. El plan era asediar Egipto por dos puntos a la vez, desde Siria y desde Libia, con la ayuda de las antiguas legiones de Antonio acuarteladas en el oeste.

En Alejandría, Cleopatra continuó su «extraña y salvaje vida»<sup>[30]</sup> junto a Antonio, sin el que no habría sido capaz de reconstruir el Imperio ptolemaico y por razón del cual se hallaba en ese momento en una tesitura nefasta. Es posible que a lo largo del invierno se produjera una nueva ronda de negociaciones bajo mano; aunque sus testimonios difieren de forma sustancial en otros puntos, tanto Plutarco como Dión afirman que Octaviano llegó a Egipto con facilidad y sin hallar resistencia en la frontera oriental porque Cleopatra, en secreto, así lo había dispuesto. Es posible que ambos se basen en una misma fuente hostil a la reina; la perfidia de Cleopatra fue un tema fecundo sobre el cual los romanos volvieron una y otra vez durante siglos sin peligro de agotarlo. Es muy posible que jugara a dos bandas, que se rindiese a lo inevitable, que negociara confiando hallar indulgencia. Con anterioridad ya había tenido ocasión de hacer gala de un despiadado pragmatismo. En ese momento, sus intereses divergían sustancialmente de los de Antonio. Él no podía aspirar a mucho más que a presentar batalla con dignidad por última vez. Ella, en cambio, luchaba por una dinastía, cuando no por un país. (Según un autor, Cleopatra pagó al general de Pelusio para que se rindiera y, a su vez, permitió que Antonio asesinara a la familia del general en represalia por su cobardía.<sup>[31]</sup> Como es natural, las acusaciones de connivencia no impidieron a Octaviano afirmar más tarde que había conquistado Pelusio por asalto).<sup>[32]</sup>

Cleopatra se daba cuenta de que no podía competir con Octaviano en el terreno militar, y por eso es posible que se mostrara aquiescente, cuando no desleal. De la misma manera que había convencido a los habitantes del Alto Egipto para que no se levantaran en su defensa (según ella, para que no los masacraran sin necesidad, pero lo más seguro es que todavía confiase en el éxito de las negociaciones), convenció a los alejandrinos de que no opusieran resistencia. Dión aduce un segundo motivo,

infinitamente menos plausible. Según él, Cleopatra habría creído a Tirso al asegurarle éste que Octaviano se había prendado de ella. ¿Por qué iba a ser Octaviano distinto a César y Antonio? Dión está tan obcecado con la vanidad de la reina que se olvida de que también ella era una política experimentada. Afirma que Cleopatra rinde Pelusio con la esperanza de «obtener no sólo el perdón y la soberanía sobre Egipto, sino también el gobierno de Roma».<sup>[33]</sup> Por lo común, Cleopatra actuaba siguiendo los dictados de la razón, pero Dión pretende hacerla pasar por necia. Cleopatra luchaba por su vida, su trono y sus hijos. Llevaba dos décadas reinando y no se hacía ilusiones. Sabía que Octaviano estaba profundamente enamorado, pero no de ella, sino de su fortuna. En el mausoleo se amontonaban gemas, joyas, obras de arte, cofres de oro, togas reales y provisiones de canela e incienso, cosas que en el resto del mundo eran un lujo, pero que para ella eran necesarias. Junto a todas esas riquezas, había también una gran reserva de leña. Si ella desaparecía, el tesoro de Egipto desaparecería con ella. Octaviano se atormentaba sólo con pensarlo.

A medida que Octaviano avanzaba hacia Alejandría, Antonio sentía crecer en sí nuevas energías. Tras reunir una modesta fuerza, salió al encuentro de la vanguardia enemiga en las afueras de la ciudad, varios kilómetros al este de la puerta Canópica. El ejército de Octaviano estaba exhausto de la marcha; la caballería de Antonio prevaleció, puso en fuga a los hombres de Octaviano y los persiguió hasta las puertas del campamento. Antonio regresó a Alejandría veloz como un rayo para compartir aquella alegre noticia: «Crecido por la victoria, se presentó en el palacio y besó, aún en armas, a Cleopatra y ensalzó al soldado que más coraje había mostrado en la lucha».<sup>[34]</sup> Cleopatra recompensó el valor de aquel joven sucio de tierra haciéndole entrega de un peto y un casco dorados. Respetuoso y agradecido, el soldado aceptó ambas cosas y por la noche se pasó al bando de Octaviano. Impertérrito, Antonio intentó una vez más sobornar a los hombres de Octaviano, algunos de los cuales, a fin de cuentas, habían estado antes a sus órdenes. Asimismo, remitió a su excuñado una invitación en la que lo desafiaba a combate singular. Esta vez sí obtuvo respuesta. Octaviano observó con frialdad que había muchas maneras distintas en que Antonio podía morir.

Antonio decidió emprender un ataque simultáneo por tierra y mar. La ofensiva estuvo precedida por una macabra cena celebrada la noche del año 31 de julio. Octaviano había acampado frente a la puerta oriental de Alejandría, cerca del hipódromo de la ciudad. Su flota estaba anclada a la entrada del puerto. La ciudad, por lo común efervescente, se hallaba hundida en una calma fantasmagórica. Rodeado por sus amigos en palacio, Antonio animó a sus sirvientes a beber copiosamente. Era su última ocasión de hacerlo, pues tal vez al día siguiente tendrían un nuevo señor y él, en el mejor de los casos, habría quedado «reducido a un esqueleto y a la nada».<sup>[35]</sup> Sus amigos lloraron al oír sus palabras. Antonio los consoló asegurándoles que no los enviaría a batallas inútiles. En cuanto a él, sólo aspiraba a una muerte honorable. El 1 de agosto al alba, salió de la ciudad junto a los

restos de su infantería y los apostó en un lugar desde donde pudieran seguir la contienda naval. A su alrededor, la ciudad callaba. Inmóvil, Antonio aguardaba en pie en el plateado aire de la mañana, pensando impaciente en la victoria. Su flota salió remando al encuentro de la de Octaviano y saludó al enemigo levantando los remos. Las naves de Octaviano les devolvieron el saludo. Desde tierra, Antonio contempló cómo ambas flotas entraban a puerto agrupadas en una sola formación. Apenas se habían alineado las proas cuando la caballería desertó también. La infantería luchó, pero sin orden ni concierto. Indignado, Antonio huyó hacia el palacio «mientras insultaba a gritos a Cleopatra, diciendo que le había traicionado y que le había puesto en manos de aquellos con los que luchaba por su culpa».<sup>[36]</sup> La acusación da fe del estado mental en que se encontraba Antonio, aunque Dión la toma por lo literal para cargar una vez más contra Cleopatra. Para él es evidente que la reina había traicionado a Antonio y motivado la deserción de las naves. Luego, estaba aliada con Octaviano. No es imposible; tal vez Cleopatra confiara más en sus métodos —al fin y al cabo ella estaba todavía en posición de negociar, él no— que en los de Antonio. Sea como fuere, las intenciones de la reina resultan menos problemáticas en este punto que la personalidad de nuestros dos cronistas. Dión se aferra a la hipótesis de la traición; Plutarco se pliega al sentimentalismo. Aterrorizada, la ciudad estaba ya en manos de Octaviano.<sup>[37]</sup>

Fuera o no verdad que lo había traicionado, Cleopatra no esperó a que Antonio regresase. Conocía sus arrebatos y no tenía intención de asistir a otro. Sabía al fin que su amante estaba total, irrevocable e inconsolablemente perdido. Decidida a evitar a Antonio, corrió hacia el mausoleo seguida de sus doncellas y otros sirvientes. Cuando estuvieron dentro, bajaron las macizas puertas, a lo que parece una especie de rastrillo. Una vez cerradas, no habría manera de volver a abrirlas. Por si acaso, Cleopatra aseguró la entrada con trancas y cerrojos. Para Dión, la huida al mausoleo fue puro teatro, ya que Octaviano no habría dejado de enviarle mensajes tranquilizadores. El autor da por cierto que Cleopatra accedió a sacrificar a su amante en pago por Egipto y que su reacción no tenía otro fin que propiciar el suicidio de Antonio. El romano se olía la traición, «mas tan encaprichado estaba de ella que no lo creyó, antes bien sintió por ella más piedad que por sí mismo».<sup>[38]</sup> Motivos para sentir piedad no le faltaban. Dión admite que Cleopatra hizo una última concesión a los afectos de Antonio —podía ser hipócrita, pero no insensible—, aunque una vez más tergiversa los motivos. Si Antonio la creía muerta, seguramente no querría seguir viviendo. Atrincherada en su mausoleo, Cleopatra envió un mensajero para que informara a Antonio de su muerte.

¿Fue un engaño deliberado? Se la acusa de tantas traiciones que se hace difícil saber qué pensar sobre ésta, quizá la más humana y la menos sorprendente de todas. A fin de cuentas, eran compañeros en la muerte, y Antonio ya había ofrecido su vida una vez a cambio de salvarla. Octaviano podía prescindir perfectamente de su excuñado, que a esas alturas suponía también un lastre para Cleopatra. Alguien debía



poner fin a su infortunio, algo que por tradición los generales romanos vencidos hacían por mano propia. Es posible que el mensaje se deformase durante su transmisión, aun antes de ser manipulado por los historiadores. Sea como fuese, Antonio no perdió tiempo; faltándole Cleopatra, no tenía razón para vivir, y en cualquier caso tampoco podía permitir que una mujer lo dejara en evidencia. Recibió la noticia en sus aposentos, junto a sus sirvientes. Al momento, cuenta Plutarco, se desabrochó la coraza y gritó: «¡Cleopatra! ¡Ah! No me duelo de tu pérdida, pues enseguida yo me reuniré contigo, sino sólo porque un general como yo se muestre inferior a una mujer en coraje».<sup>[39]</sup> Previamente había designado a su criado Eros para que lo asesinase en caso de necesidad. El momento había llegado. Eros desenvainó la espada y —dando la espalda a su amo— se dio muerte. Cayó a los pies de Antonio. Antonio no pudo por menos de aplaudir su valor y su ejemplo. Blandiendo su propia espada —la hoja debía de medir unos setenta y cinco centímetros, con una larga punta de acero—, se la hundió entre las costillas. Aunque se atravesó el abdomen, no acertó el corazón. Sangrando y casi desmayado, se desplomó en un triclinio, pero, como había errado el golpe, no tardó en recuperar el conocimiento. En cierto modo, era típico de Antonio dejar la faena a medias. Imploró a quienes se hallaban con él que le dieran el golpe de gracia, pero de nuevo, y por última vez, vio que lo habían dejado solo. Su séquito había abandonado la estancia.

En ese momento se oyó un grito que atrajo a Cleopatra al piso superior del mausoleo. Se asomó a las ventanas del segundo piso o por encima del techo inacabado (sus hombres edificaban rápido, pero no tanto). Su aparición causó una gran conmoción —¡conque en verdad no estaba muerta!—, aunque, si Dión está en lo cierto, el más sorprendido debió de ser Antonio. Una vez más, las versiones de Plutarco y Dión son incompatibles. No queda claro si Antonio averigua primero que Cleopatra está viva o si, por el contrario, es Cleopatra la que descubre en primer lugar que Antonio está agonizando. O bien Antonio ordena a sus sirvientes que lo lleven al mausoleo (Dión), o bien Cleopatra envía a sus criados para que hagan lo propio (Plutarco). Para entonces, Antonio ya había perdido mucha sangre. El secretario de Cleopatra lo encontró en el suelo, retorciéndose entre gritos.

Los sirvientes de Antonio se lo llevaron a fuerza de brazos al mausoleo, agonizando y medio desangrado. Desde las ventanas de la parte superior, Cleopatra arrojó unas cuerdas que habían servido para subir los bloques de piedra hasta lo alto de la estructura. Los sirvientes las amarraron al cuerpo inánime. La propia Cleopatra izó a su amante con la ayuda de Iras y Carmiana, familiarizadas con Antonio desde hacía tiempo. Resulta imposible mejorar la descripción que hace Plutarco de aquella patética escena; ni el mismo Shakespeare logra superarlo: «Los testigos presenciales dicen que no hubo ningún espectáculo más lamentable que éste: Antonio encharcado en sangre y en los estertores de la muerte tendiendo sus manos hacia ella ansioso, mientras iba siendo izado. No era precisamente una labor fácil tratándose de una mujer. Cleopatra, asiendo la cuerda con las dos manos, apenas podía subirlo

fatigosamente, mostrando con su cara contraída el esfuerzo, mientras que los de abajo la animaban y compartían su angustia». En cuanto hubo izado a Antonio y lo hubo tendido en un triclinio, Cleopatra empezó a desagarrarse las ropas. Sólo tenemos constancia de dos momentos en que pierde su formidable autocontrol, y éste es uno. La reina se entrega a la emotividad más descarnada; «fue poco lo que le faltó para que olvidara sus desgracias por las de aquél». Ambos habían pasado juntos la mayor parte del último decenio; Cleopatra limpió la sangre de su cuerpo y se embadurnó la cara con ella. Se golpeó y se arañó los pechos. Llamó a Antonio señor, comandante y marido; siempre supo cómo hablarle a un hombre. Antonio silenció sus gritos y pidió una copa de vino, «ya fuera porque estaba sediento, ya fuera porque pensase que así moriría más rápido».<sup>[40]</sup> Cuando se la hubieron servido, instó a Cleopatra a salvarse y colaborar con Octaviano hasta donde se lo permitiese el honor, consejo que sugiere que Antonio podía albergar dudas en cuanto a las intenciones de la egipcia. De los hombres de Octaviano, le recomendó que se encomendase en especial a Gayo Proculeyo,<sup>[41]</sup> que en el pasado también había sido amigo de Antonio. Le dijo que no debía apenarse por su destino, sino alegrarse por la felicidad y los honores de que había sido merecedor. Había sido el más ilustre y poderoso de los hombres y había hallado una muerte noble: vencido sólo a manos de un compatriota romano. Fuera, murmuraban las olas. Antonio falleció en brazos de Cleopatra.

Mientras Antonio recorría entre agonías la distancia que lo separaba del mausoleo, uno de sus guardaespaldas salió corriendo —con la espada de Antonio oculta bajo la capa— hacia el campamento de Octaviano, en las afueras de la ciudad. Ahí le mostró la pesada hoja, manchada aún de sangre, y le refirió el torpe suicidio. Octaviano se retiró de inmediato a su tienda para derramar las mismas lágrimas de cocodrilo que César había vertido por Pompeyo, «su pariente, su colega en el poder, su compañero en tantas empresas». Debió de exhalar un buen suspiro; deshacerse de Antonio no había sido tan fácil. Mientras Antonio yacía moribundo en brazos de Cleopatra, Octaviano, en una pequeña ceremonia autojustificativa, sacó las cartas que él y su excuñado se habían intercambiado a lo largo de los últimos años y las leyó en voz alta ante los amigos que con él se hallaban reunidos. ¿No era inconcebible «cuán insolente y con qué ruindad le había respondido por escrito a sus razonables y justas demandas»?<sup>[42]</sup> (Más tarde se encargó de quemar la parte de correspondencia enviada por Antonio.)<sup>[43]</sup> Terminada aquella histriónica lectura, Proculeyo se ausentó. A los pocos minutos de la muerte de Antonio, se encontraba ya frente a la puerta de Cleopatra.

Antonio se mostró confiado hasta el final. Proculeyo tenía una doble misión. Debía hacer cuanto estuviera en su mano para que Cleopatra saliera del mausoleo y asegurarse de que el tesoro que con tanta urgencia necesitaba Octaviano para saldar sus asuntos no había desaparecido engullido por las llamas. La estancia con Herodes

le había servido a Octaviano para ir abriendo boca; no podía permitirse sacrificar el fabuloso tesoro de Egipto, objeto de tantos sueños y alabanzas desde tiempos de Homero, en la pira funeraria. Las deudas eran el único escollo que se interponía en su camino. También necesitaba con vida a la reina de Egipto, pues consideraba que «engrandecería su triunfo notablemente».<sup>[44]</sup> Dión dedica casi toda su atención a los fingimientos y las artimañas de Cleopatra a lo largo de los días siguientes, pero no pierde de vista que está escribiendo acerca de dos personajes escurridizos y ampliamente experimentados en las artes de la simulación. Octaviano quería aprehenderla con vida, admite Dión, «pero no deseaba dar la impresión de haberla engañado él en persona».<sup>[45]</sup> El afable Proculeyo sería el encargado de dar esperanzas a la reina y alejar su mano del fuego.

Pese a las recomendaciones de Antonio, Cleopatra se negó a permitir que Proculeyo entrase en el mausoleo. Si quería hablar con ella, tendría que hacerlo a través de la puerta atrancada. Octaviano le había hecho promesas. Ella quería garantías. De lo contrario, amenazaba con incendiar el tesoro. Requirió una y otra vez que sus hijos —tres de los cuales se hallaban bajo respetuosa custodia con sus sirvientes— pudieran heredar el reino. Una y otra vez Proculeyo rehuyó sus demandas y le aseguró que no tenía nada que temer. Podía confiar plenamente en Octaviano. Ella no las tenía todas consigo y había tomado precauciones. Ceñida a la cadera llevaba una daga, acaso no por primera vez, y había enviado a Cesarión Nilo arriba. Sabía que no podía interceder por su hijo mayor. Con su preceptor, Rodón, y una pequeña fortuna, debía viajar por tierra hasta la costa y zarpar para la India, de donde provenían el marfil, los tintes, las especies y las conchas de tortuga de los Ptolomeos. Proculeyo no avanzó en sus gestiones pero puso bajo vigilancia el mausoleo, adonde volvió acompañado por Gayo Cornelio Galo —que había entrado en Egipto por el oeste al frente de las legiones de Antonio— para una segunda entrevista. Galo ostentaba un rango superior a Proculeyo. Intelectual y poeta, era hombre hábil con las palabras y uno de los primeros cultivadores de la elegía amorosa. (Resulta irónico que dedicara sus obras a la actriz que había sido amante de Antonio). Una vez más, se hallaba ante una de las mujeres de Antonio. Confiaba con poder negociar una rendición. Galo se reunió con Cleopatra a las puertas del mausoleo y mantuvieron una larga conversación, que no debió de diferir mucho de la que había tenido antes con Proculeyo. La reina se mantuvo enroscada.

Entretanto, Proculeyo arrimó una escalera a uno de los lados del edificio y subió hasta la ventana del piso superior, a través de la cual había sido introducido Antonio. Con él iban dos sirvientes. Una vez dentro, los tres descendieron hasta la planta baja, donde vieron a Cleopatra ante la puerta del mausoleo. Carmiana, o Iras, reparó en la presencia de los intrusos y gritó: «¡Ay, desdichada Cleopatra, que te cogen viva!». Al ver a los romanos, Cleopatra echó mano a la daga para apuñalarse, pero Proculeyo se le anticipó. Lanzándose sobre ella, sujetó a la reina con ambos brazos. Le arrebató el puñal y registró en los pliegues de su ropa en busca de veneno mientras con voz

afable intentaba tranquilizarla, tal y como se le había ordenado. Le dijo que no debía actuar de forma irreflexiva, porque se hacía un flaco favor a sí misma y perjudicaba a Octaviano. ¿Por qué se empeñaba en no darle ocasión de demostrar su generosidad y su honradez? Después de todo, él era —Cleopatra había oído ya antes esa afirmación, de labios de un mensajero que había desertado, referida a un hombre cuyo cuerpo inerte yacía en el piso de arriba en un charco de sangre— «el más benevolente de los generales».

Octaviano dejó con Cleopatra a un liberto llamado Epafrodito. Sus instrucciones eran claras: que la reina de Egipto «estuviera estrechamente vigilada y con vida; pero que, por lo demás, dispusiera de todo para que fuera más fácil y agradable».<sup>[46]</sup> Todos aquellos instrumentos con los que pudiera intentar quitarse la vida fueron confiscados. Es de suponer que el tesoro fuera incautado también entonces. A Cleopatra se le proporcionó, no obstante, todo lo que solicitó —incienso y aceites de cedro y cardamomo— para preparar los funerales de Antonio. Se pasó dos días purificando el cuerpo, cortesía que Octaviano, sin duda, le concedió de buen grado. Ciñéndose a las leyes no escritas de la guerra y permitiendo, al mismo tiempo, sepultar a Antonio de la escandalosa manera que él mismo había dispuesto, podía ganar puntos. Octaviano no privó a Cleopatra ni de su séquito ni de sus asistentas «a fin de reforzar más que nunca sus esperanzas y evitar que pudiera lastimarse por su propia mano».<sup>[47]</sup> Sus tres hijos recibieron un trato compasivo y acorde a su rango destinado a suscitar la gratitud de la reina. Los hombres de Octaviano localizaron a Antilo, a quien su preceptor, tentado por la valiosa gema que el muchacho llevaba bajo la toga, había traicionado. El hijo de Antonio buscó refugio en un santuario, probablemente dentro del perímetro de las gruesas murallas del Cesareo.<sup>[48]</sup> Rogó por su vida, pero los hombres de Octaviano lo sacaron a rastras y lo decapitaron. Su preceptor no dudó en arrebatarle la gema al cadáver, por lo cual más tarde sería crucificado.

Cleopatra solicitó y obtuvo permiso para enterrar a Antonio ella misma. Acompañada por Iras y Carmiana, lo sepultó «lujosamente y de una manera regia». Las mujeres del siglo I exteriorizaban la pena profiriendo gritos rituales y a base de golpearse y lacerarse la piel, y Cleopatra no fue una excepción: dio tan extremadas muestras de dolor que al término del funeral, celebrado seguramente el 3 de agosto, le quedó el pecho inflamado y lleno de úlceras.<sup>[49]</sup> De resultas de ello, padeció una infección y fiebre. Nada más oportuno, pensó: si se negaba a comer, podría procurarse una muerte serena y libre de intromisiones por parte de los romanos. Para ello confiaba en Olimpio, quien la aconsejó y prometió asistirle. La maniobra, sin embargo, no era muy sutil, y Octaviano, al enterarse de la delicadeza de su estado, jugó una baza tan poderosa como el tesoro de Cleopatra: «La amenazó y le inspiró temor con respecto a sus hijos»;<sup>[50]</sup> otra manera de hacer la guerra, según reconoce Plutarco, y de lo más efectiva. Cleopatra aceptó comida y tratamiento.

A esas alturas Octaviano, había dado ya pruebas de su buena voluntad, lo que

quizá en parte tranquilizase a Cleopatra. Convocó una asamblea pública; hacia última hora de la tarde del 1 de agosto, el día de la muerte de Antonio, entró en la ciudad con un rollo bajo el brazo. Siempre llevaba escritos sus discursos en latín; más tarde, ése sería traducido al griego. Octaviano subió a una tarima construida expresamente en el gimnasio donde Antonio y Cleopatra habían coronado a sus hijos. Aterrorizados, los habitantes de Alejandría se prosternaron a sus pies. Octaviano les pidió que se alzaran. No pretendía hacerles daño. Había decidido indultar a la ciudad por tres motivos: en honor a Alejandro Magno; por la gran admiración de Octaviano hacia su ciudad, «con mucho la más rica y grande de todas»,<sup>[51]</sup> y como muestra de gratitud hacia Areyo, el filósofo griego que se hallaba a su lado. Aunque el verdadero motivo, admite Dión, era que no osaba «infligir un castigo severo sobre tan numerosa masa de gente que en muchos sentidos podía resultar útil al propósito de los romanos».<sup>[52]</sup>

Cleopatra se daba cuenta de que los acontecimientos se sucedían a una velocidad vertiginosa, por lo que solicitó una entrevista urgente con Octaviano, concedida el 8 de agosto. El esquema general de la reunión es parecido en Plutarco y Dión, que, sin embargo, discrepan de manera flagrante en cuanto a la puesta en escena. Plutarco escribe para Puccini; Dión, para Wagner. Es probable que en ambas versiones haya más arte que verdad, pero en cualquier caso debió de tratarse de una actuación magnífica. (En vivo contraste, además, con la entrevista con Herodes). Plutarco levanta el telón y nos muestra a una Cleopatra desaliñada y frágil tendida sobre un sencillo colchón y vestida nada más que con una túnica, sin capa de ningún tipo. Octaviano pretende darle una sorpresa. Al ver a su interlocutor, ella da un brinco y cae frente a él. Las desgracias de la última semana se han cobrado su precio: «Se arrojó a sus pies, mostrándole su terriblemente ajado rostro y sus cabellos revueltos y hablándole con voz trémula y la mirada perdida; y aún eran muchas las laceraciones que poblaban su pecho y daba la impresión de que su cuerpo no estaba mejor que su ánimo».<sup>[53]</sup> Dión prefiere una Cleopatra histriónica con todo su esplendor regio. La reina ha preparado para su visitante una lujosa estancia y un triclinio ornamentado. Va perfectamente acicalada y luce un precioso vestido de luto «que parecía incluso favorecerla».<sup>[54]</sup> En cuanto Octaviano hace su entrada, ella se levanta da un salto cual si fuera una niña para encontrarse cara a cara con su enemigo, seguramente por vez primera. Octaviano era un hombre de gran atractivo, o así opinaban sus panegiristas; las mujeres lo encontraban cautivador y «agradable a la vista», como diría más tarde Nicolás de Damasco.<sup>[55]</sup> Cleopatra debió de sentir cierto alivio. «Estar tanto tiempo lleno de temor es peor mal que aquel mismo que uno teme», observaba Cicerón.<sup>[56]</sup> Después de todo, el que estaba frente a Cleopatra no era más que un hombre de un metro setenta y tres de alto, de cabello rubio alborotado, semblante benigno, más familiarizado con el griego que con el latín, seis años menor que ella, cetrino, tenso e incómodo.

Uno de los dos falsea las fuentes, y cuesta creer que no sea Dión. Su relato tiene tintes tan cinematográficos que resulta sospechoso; su grandilocuencia es excesiva

incluso tratándose de una reina helenística. Por otra parte, si Cleopatra no hubiera tenido ciertas aptitudes teatrales, nunca habría llegado tan lejos. A su lado, en un triclinio, tiene dispuestos varios bustos y retratos de César. Junto al pecho, guarda sus afectuosas cartas. Saluda a Octaviano como su señor, pero al mismo tiempo desea que tenga en cuenta su dignidad pasada. Octaviano sabe en cuán alta estima la tenía el divino César, padre de él, amante de ella. La reina procede a leer partes de su correspondencia, escogiendo los pasajes más ardientes; Octaviano no era el único en extractar documentos a conveniencia. Se muestra tímida, dulce, sutil. Al fin y al cabo, ¡son familia! Sin duda Octaviano ha oído hablar de los muchos honores que César le tributó en su momento. Cleopatra es amiga y aliada de Roma; ¡el mismo César la coronó! A lo largo de su actuación, la reina «se dolía y besaba las cartas, y una vez y otra se arrojaba ante las imágenes para reverenciarlas». Al hacerlo, levanta los ojos hacia Octaviano y le lanza miradas enternecedoras en un hábil intento de convertir a un César en el otro. Se muestra seductora, elocuente, audaz aunque nada de ello sirve ante la rectitud romana de Octaviano, que es seguramente el punto que le interesa destacar a Dión. Octaviano no deja traslucir el más leve atisbo de emoción. Es inmune a las miradas tiernas. Se jacta de la ardiente intensidad de sus ojos, pero en ocasiones rehúye el contacto visual y se queda mirando el suelo. Evitará comprometerse a nada. No hablará —era lacónico hasta la torpeza, y, dadas las circunstancias, es de creer que no quisiera apartarse del guión que tenía preparado— ni de amor ni del futuro de Egipto ni de los hijos de Cleopatra. Dión subraya el desapasionamiento de Octaviano, pero en la entrevista se echa en falta algo más: Cleopatra no reivindica mérito alguno por la caída de Pelusio, ni por la rendición de la flota de Antonio, ni por haber inducido a Antonio al suicidio, acaso porque no había nada que reivindicar. Si hubiera tenido que reclamar su parte de un trato previo, lo más seguro es que lo hubiera hecho en ese momento. Al final, rompe a llorar y se arroja a los pies de Octaviano. Entre gemidos, dice que no tiene deseos de vivir. No le quedan fuerzas. ¿Podría Octaviano, en atención a su padre, concederle un único favor? ¿Le concedería morir con Antonio? «Concédeme recibir sepultura con él —suplica—, pues por él muero; podremos, así, vivir también juntos en el Hades».<sup>[57]</sup> Tampoco en esa ocasión consiguió suscitar en Octaviano piedad o un leve asomo de promesa. Él se limitó a exhortarla para que levantase su ánimo y para ello no dudó en alimentar sus esperanzas. La quería viva. Sería la guinda ideal para su triunfo. Cleopatra presenta mayor desaliño desde el punto de vista físico y mayor dignidad desde el punto de vista intelectual en la versión de Plutarco, no necesariamente más fidedigna por el hecho de derivar del médico de Cleopatra; a esas alturas ya no hay testimonios, sólo propagandistas. Octaviano le pide con amabilidad que vuelva a su camastro. Él toma asiento a su lado. Cleopatra despliega una retahíla de excusas semejantes a las aducidas en Tarso, atribuyendo sus actos «a la necesidad y al miedo que le inspiraba Antonio».<sup>[58]</sup> Cuando Octaviano rechaza sus argumentos uno a uno, ella cambia de táctica y se encomienda a la piedad y la súplica. Al final, ruega por su

vida. Lo que en Dión es mera desesperación se convierte en Plutarco en una mezcla de desaliento y magnificencia. No se habla de ningún intento de seducción, que parece un añadido tardío, de cuando todos los cronistas pintaban a Cleopatra arrojándose a los pies de todo el mundo. Todo lo que no suplicó en vida lo suplica en la literatura.<sup>[59]</sup> Si descartamos las invenciones más flagrantes y las distorsiones interesadas, Dión y Plutarco coinciden en lo sustancial. Por penoso que fuera su estado, Cleopatra conservaba su encanto: «El atractivo y la fascinación que causaba su belleza al contemplarla no se habían desvanecido del todo», a pesar del trance en que se encontraba; es más: «Brillaba desde su interior y salía a relucir desde los gestos de su cara».<sup>[60]</sup> Sigue siendo una mujer hábil e inteligente, capaz de modular sus argumentos con «cadencia musical» y «tono enternecedor», según exija la situación.<sup>[61]</sup> Aun medio muerta de hambre y parcialmente incapacitada, no pierde su natural batallador. En ambas versiones consigue poner a Octaviano de mil colores.

Viendo que sus ruegos no lo conmovían, Cleopatra decidió echar mano de su comodín. Tenía compilado un inventario de sus tesoros, del cual hizo entrega a Octaviano a modo de rendición. Mientras Octaviano examinaba el listado, uno de los sirvientes de Cleopatra dio un paso al frente; la situación parecía sacar lo peor de cada uno. Seleuco señaló que Cleopatra había omitido varios artículos de gran valor y ante Octaviano acusó a su reina de esconder y robar algunas cosas. Al oír esas palabras, Cleopatra se levantó de su camastro, «cogió al otro del cabello y le propinó muchos golpes en la cara». Incapaz de reprimir una sonrisa, Octaviano se levantó para retenerla. La respuesta de ésta es una auténtica muestra astucia y sutileza a la altura de la mejor Cleopatra: «¿No te parece terrible, César, que, cuando tú te has dignado a acudir a mí para hablarme, a pesar de mi estado, mis esclavos me acusen de que me he olvidado de algunos de mis efectos personales de mujer? Esto no para mí de ninguna manera, desgraciada, sino para hacer un pequeño presente a Octavia y a tu esposa Livia, y, por intercesión suya, hacer que seas más compasivo conmigo».<sup>[62]</sup> La Cleopatra de Dión también intenta conciliarse con la hermana y la esposa de Octaviano, aunque sin recurrir a métodos de ópera bufa. Apelando a la solidaridad femenina, Cleopatra promete apartar para Livia unas cuantas joyas especialmente vistosas. La reina confía mucho en ella. En ambos casos, la entrevista entre ambos no es más que fingimiento y farsa, un inventario de reclamaciones espurias y de emociones artificiales. Discrepancias menores a un lado, ambos testimonios logran retratar un intercambio de envites y pamemas. Octaviano sólo desea pasear a Cleopatra por las calles de Roma en calidad de prisionera, pero lo disimula. Cleopatra lo sospecha, pero ante él pretende armarse de valor para seguir viviendo. En realidad no tiene la menor intención de regresar encadenada a una ciudad donde tiempo atrás había sido la invitada de honor de César. Para ella, una humillación como ésa habría sido «peor que mil muertes».<sup>[63]</sup> Sabía muy bien lo que Roma significaba para los soberanos cautivos. Los que sobrevivían no volvían a salir de las mazmorras romanas. Más de un monarca helenístico —tras perder el juicio— se había suicidado

en ellas. Complacido con la deferencia mostrada hacia Livia, Octaviano tranquilizó a Cleopatra diciéndole que «confiara en recibir un tratamiento espléndido». Dicho esto, se marchó satisfecho, «creyendo haberla engañado, cuando precisamente más engañado había sido él por ella».<sup>[64]</sup>

Cleopatra logró una última conquista, pero no con Octaviano. Entre los hombres de éste se hallaba un joven aristócrata llamado Cornelio Dolabela. Plutarco nos informa de que Dolabela «se portaba de una manera amable» con Cleopatra, por quien probablemente sentía compasión. Ella le había pedido que la mantuviera al corriente de todo cuanto sucediera y Dolabela había accedido. El 9 de agosto solicitó hablar con ella en privado. Octaviano se disponía a partir de allí a tres días. Estaba previsto que Cleopatra y sus hijos fueran con él. Al instante, Cleopatra envió un mensajero a Octaviano. ¿Le otorgaría permiso para hacer ofrendas a Antonio? La solicitud fue concedida. A la mañana siguiente, la reina, acompañada de Iras y Carmiana, se llegó en litera hasta la tumba de Antonio. Una vez allí, cuenta Plutarco que pronunció un discurso desagarrador, un ejercicio de retórica más propio de la tragedia griega que de la historia helenística, pero a estas alturas nuestro autor hace diez capítulos que ha dejado de ocuparse de Antonio, su protagonista aparente, llevado por su entusiasmo por la reina, en principio una secundaria. Tras dejarse caer y rodear el túmulo con sus brazos, la Cleopatra de Plutarco explica a su amante fallecido que se ha convertido en una prisionera. Con los ojos bañados en lágrimas, dice ser «una cautiva vigilada, sin que me pueda, ni con golpes ni con lamentos, maltratar este cuerpo esclavo, custodiado para engrandecer los triunfos que se celebrarán sobre tu cadáver». En vida nada ha podido separarlos, pero ahora la muerte amenaza con conseguirlo. Antonio ha exhalado su último suspiro en el país de la reina, y ella, «desgraciada», habrá de morir en el de él. Los dioses celestiales los han abandonado, pero le ruega a Antonio que si los dioses del inframundo poseen poder alguno, se encomiende a ellos. ¿Podrán impedir que Octaviano la obligue a marchar frente a él en una procesión victoriosa? Ruega a los dioses que la escondan y la entierren junto a Antonio «pues de cuantos males se han abatido sobre mí no hay ninguno tan terrible y grande como este breve tiempo que lejos de ti vivo».<sup>[65]</sup> Una escena parca en venganzas y pródiga en afectos; la Cleopatra de Plutarco moriría antes por amor que por animadversión. Tras coronar y besar el túmulo, envuelto en una nube de mirra, la reina informa a Antonio de que ésas son las últimas libaciones que será capaz de ofrecerle.

De vuelta al mausoleo esa misma tarde, ordenó que le preparasen el baño. Después de bañarse, se sentó a la mesa, donde se hizo servir un suntuoso banquete. Hacia el final del día, se presentó a su puerta un sirviente con una cesta de higos recién recogidos. Los guardias examinaron con atención el contenido. Los higos de Egipto eran famosos por su dulzura, y los romanos se maravillaban de su sabor succulento. Sonriendo, el recién llegado regaló unos cuantos a los guardias, tras lo cual



lo dejaron pasar al interior del monumento. Poco después, Cleopatra estampaba su sello en una carta que había preparado y mandaba llamar a Epafrodito: ¿podría tomarse un descanso en sus labores de vigilancia para llevarle un recado a Octaviano? Se trataba de un asunto de poca importancia, no había de qué preocuparse. En cuanto Epafrodito se hubo marchado, Cleopatra mandó retirarse a su séquito, a excepción de Iras y Carmiana. Las tres mujeres cerraron las puertas del mausoleo tras de sí, aunque seguramente las trancas y los cerrojos habían sido retirados en el momento de trasladar el tesoro. Si no lo habían hecho todavía, las doncellas de Cleopatra ayudaron entonces a la reina a ponerse el traje ceremonial y los adornos propios de su cargo, el cayado y el mayal de faraón, y ciñeron su frente con la diadema, cuyas cintas pendían junto a su cuello.

Octaviano abrió la misiva —no podía encontrarse muy lejos, seguramente en el palacio—, donde Cleopatra le solicitaba con fervor que la sepultase al lado de Antonio. Al instante adivinó lo que había pasado. Estaba atónito. Salió a toda prisa, pero de pronto cambió de idea —su desconcierto era demasiado grande— y envió a unos mensajeros a echar un vistazo en su lugar. Corrieron hacia el mausoleo, donde los centinelas de Octaviano montaban guardia impertérritos e ignorantes de lo ocurrido. Unos y otros franquearon las puertas, pero era demasiado tarde. «Debió de ser rápido el fin de Cleopatra», presume Plutarco.<sup>[66]</sup> La reina yacía en un lecho dorado, probablemente una cama de estilo egipcio con patas en forma de garras de león. Adornada de forma solemne y meticulosa, transmitía «toda su elegancia»<sup>[67]</sup> y sostenía entre las manos el cayado y el mayal. Estaba muerta, e Iras, a sus pies, agonizaba. Carmiana, incapaz apenas de tenerse en pie, intentaba con manos torpes retocar la diadema que ceñía la frente de Cleopatra. Furioso, uno de los hombres de Octaviano exclamó: «¿Te parece esto bonito?». A ésta le quedaban apenas fuerzas para una última réplica y, con una acritud que habría enorgullecido a su señora, acertó a decir: «¡Pues claro que me parece bien y propio de quien es la última descendiente de una dinastía de prestigiosos reyes!». <sup>[68]</sup> Acto seguido, cayó derrumbada al lado de su reina.

La sentencia de Carmiana era un epitafio indiscutible. (E inmejorable: Shakespere lo reprodujo *verbatim*). «La virtud en los que son desgraciados encierra una gran porción de respeto incluso entre los enemigos», señala Plutarco,<sup>[69]</sup> y en efecto, en el campamento de Octaviano todo era admiración y piedad. Cleopatra había demostrado una valentía fuera de lo común. Lo que no estaba claro era cómo había logrado esa última hazaña. Octaviano tenía la impresión —o quiso dar la impresión— de que se había servido de un áspid. Al llegar a la escena después que sus mensajeros, intentó reanimar a Cleopatra. Llamó a los psilos, unos libios de quienes se creía que gozaban de una mágica inmunidad a las serpientes venenosas. Se decía que por el gusto eran capaces de determinar a qué tipo de serpiente correspondía una picada, y que, succionando la herida y recitando ciertos conjuros, podían devolver a la vida un cuerpo inerte.<sup>[70]</sup> Los psilos que atendieron a Cleopatra no obraron milagro alguno y

la reina de Egipto no resucitó. No era de extrañar. Ni Dión ni Plutarco dan mucho crédito a la teoría del áspid —que sin duda no se deslizó en la historia hasta más tarde— oculto en la cesta de higos. Aun Estrabón, que llega a Egipto poco después de ocurrida la muerte, se muestra escéptico.<sup>[71]</sup>

Son varias las razones que ponen en duda que Cleopatra emplease un áspid, o cobra egipcia, para sus propósitos. Resulta dudoso que una mujer famosa por lo categórico de sus decisiones y lo minucioso de sus planes confiara su destino a un animal salvaje, sobre todo teniendo a su disposición multitud de alternativas más rápidas e indoloras. Por lo demás, sería mucha casualidad que la causa de su muerte fuera el emblema real de Egipto; más que práctico, la serpiente tenía un valor simbólico. Ni aun la más fiable de las cobras podría matar a tres mujeres de forma sucesiva, y el áspid es una serpiente conocida por su pereza. El silbido de la cobra egipcia, así como su metro ochenta de longitud, impiden que se la pueda esconder en una cesta de higos, al menos no por mucho tiempo. Demasiada serpiente para tan poca cesta. El envenenamiento es una alternativa más plausible, tal y como parece sugerir Plutarco al enumerar los experimentos de Cleopatra. Lo más probable es que tomara un bebedizo letal o que se aplicase un unguento tóxico. Aníbal había recurrido al veneno al verse acorralado ciento cincuenta años antes; Mitrídates había intentado quitarse la vida del mismo modo. El tío de Cleopatra, el rey de Chipre, se había asegurado de llevar veneno encima al saber que Roma lo reclamaba en el año 58. Dando por hecho que falleciera por la misma causa que Carmiana, y que al morir quedase en el estado en que fue encontrada, podemos colegir que Cleopatra no sufrió. No padeció los paroxismos que en última instancia provoca el veneno de la cobra. La toxina elegida tenía un efecto más narcótico que convulsivo y provocaba una muerte placentera, rápida y básicamente indolora. «La verdad nadie la sabe», declara Plutarco,<sup>[72]</sup> pero los siglos venideros no se iban a dar por enterados.

Tras casi doscientos años descartada, la serpiente reaparece en la historia e hinca los dientes en ella con ahínco. El áspid de Cleopatra es uno de los momentos estelares de la historia antigua, un instrumento, un comodín y, por encima de todo, un regalo para los pintores y escultores de todos los siglos. (Lo mismo que el pecho desnudo, que tampoco figura en el relato original). La serpiente no tardó en multiplicarse: ya Horacio habla de «ásperas serpientes» en una de sus odas.<sup>[73]</sup> Virgilio, Propercio y Marcial no tardarán en seguir su ejemplo. El reptil —o los reptiles— aparece en todos los relatos antiguos. Octaviano no haría sino dar más fuerza a la hipótesis exhibiendo en su triunfo una estatua de Cleopatra con un áspid. La serpiente no sólo era uno de los símbolos más famosos de Egipto, donde las cobras enroscadas llevaban milenios ornando las frentes de los faraones, sino que además reptaban por encima de las estatuas de Isis y se habían insinuado en el culto de Dioniso. Iconografía aparte, no es difícil entender qué es lo que se quiere comunicar cuando se equipara a una mujer con una serpiente. La madre de Alejandro Magno —la princesa macedonia más sanguinaria de cuantas hayan existido— tenía serpientes por mascotas y las utilizaba

para asustar a los hombres. Antes de ella, fueron Eva, Medusa, Electra y las Erinias; cuando una mujer se une con una serpiente, en alguna parte se desencadena una tormenta moral. Es posible que Octaviano sembrara la confusión para toda la posteridad en el momento de llamar a los psilos. Sabemos que controló la historia con la misma firmeza con que controlaba sus pulsiones sexuales de adolescente. Es más que probable que por su culpa llevemos miles años siguiendo una pista equivocada.

Incluso puede que lo hiciera de forma intencionada. Existe una versión alternativa de la muerte de Cleopatra; desde hace tiempo parece evidente que algo nos ha pasado inadvertido, que las falsedades acerca de aquel 10 de agosto esconden lo que de verdad ocurrió, que acaso la más formidable escena de muerte de la historia no es lo que parece. Según el más antiguo de los testimonios en prosa, «Cleopatra, tras burlar a sus guardias», se procura un áspid para orquestar su muerte.<sup>[74]</sup> Octaviano está fuera de sí, la reina se le ha escurrido entre los dedos y eso lo mortifica. Dispone, no obstante, de un nutrido y solícito equipo de ayudantes. En el mes de agosto, pocas personas en Alejandría se habrían resistido a colaborar con él, como prueba la reacción del sirviente de Cleopatra. Octaviano tenía tanto de descuidado como Cleopatra de ingenua; alguien que señala tanto la fecha como la hora en sus cartas<sup>[75]</sup> no es la clase de hombre que deja escapar a una prisionera. Es muy posible que, en el momento de separarse de ella aquel 8 de agosto, dejara creer a Cleopatra que lo había engañado, orquestando, en definitiva, su muerte. Por nada del mundo se habría dejado burlar por una mujer, a menos, por supuesto, que la alternativa se le hubiera antojado más dañosa. Y Cleopatra resultaba igual de problemática como prisionera que como enemiga. Octaviano había asistido a los triunfos del año 46, incluso había desfilado en uno de ellos, y era muy consciente del sentimiento de compasión que la hermana de Cleopatra había despertado en aquella ocasión. Él mismo había condenado públicamente a Antonio por obligar a desfilarse Artavasdes preso en cadenas. Comportamientos como ése, había protestado Octaviano, deshonraban a Roma. En el caso de Cleopatra había un inconveniente añadido: aquella prisionera había sido la divina amante de César y era la madre de su hijo. A ojos de algunos, era una diosa de pleno derecho. Por otra parte, no parecía más dispuesta que su hermana pequeña a pasar el resto de su vida retirada apaciblemente en algún lugar de Asia. Por dos veces había intentado quitarse la vida. Era evidente que, a menos que se la sometiera a una atenta vigilancia, tarde o temprano lo conseguiría.

Octaviano se vio obligado a sopesar qué humillación era mayor: verse burlado por una mujer o presentarse en Roma sin la villana de la obra. No era fácil calibrar la sensibilidad, en ocasiones exacerbada, de sus compatriotas. En ocasiones, recibían a los hijos de los reyes vencidos con abucheos y escarnios. En otras, la presencia de esos inocentes bastaba para provocar lágrimas y aflicción entre los asistentes y estropear así el desfile. Cleopatra había sido declarada enemiga pública, pero quizá en el triunfo podía ser sustituida por una efigie, como las que se habían utilizado para representar a los adversarios de Roma en el pasado. Aunque su muerte deslucía un

poco la gloria de la gesta, había que admitir que ahorrraba muchas complicaciones. Octaviano prefería seguramente barrer de escena a Cleopatra en Alejandría a dar un paso en falso en Roma. Le daba auténtico pánico que la reina pudiera destruir el tesoro, pero no que pudiera destruirse a sí misma, a lo cual es posible que Octaviano colaborara de forma activa. En tal caso, el joven Dolabela no habría sido más que un peón más en la estrategia de Octaviano. Después de todo, es poco verosímil que uno de sus oficiales de más alto rango se arriesgase a trabar amistad con la reina. Octaviano, por lo demás, no partió de Alejandría el 12 de agosto, como Dolabela había advertido. Tal vez el mensaje —acaso aún más ominoso— tuviera como objeto acelerar el curso de los acontecimientos. Tanto Dión como Plutarco consignan que Octaviano daba órdenes de forma constante para mantener a Cleopatra con vida, y en ningún momento aluden a que tuviera algo que ver en su muerte. Lo cual no impide que fuera así. La verdad es quizá que Cleopatra se convirtió en la cuarta víctima de Octaviano aquel 10 de agosto del año 30.

Los argumentos en sentido contrario son más o menos los siguientes: Cleopatra había intentado apuñalarse y dejarse morir de inanición. ¿Cuál habría sido la intención de Octaviano al frustrar esas tentativas? ¿Torturarla dirigiendo amenazas a sus hijos? Entre la muerte de Antonio y la de Cleopatra transcurrieron nueve días. ¿No habría sido preferible eliminarla de buen principio? A fin de cuentas, había prestado juramento de morir junto a Antonio. Seguramente Cleopatra era consciente de que Octaviano afrontaba un dilema; sabía tan bien como él las reacciones que había provocado su hermana y a buen seguro habría apostado a que Octaviano no querría correr el riesgo de exhibirlos a ella y a sus hijos medio romanos por las calles de la ciudad. Octaviano parece insólita y genuinamente turbado por la noticia de la muerte de Cleopatra. No dio gran importancia al hecho de haberse mostrado misericordioso con ella, quizá porque era lo esperable y lo que hacía de común. En sus memorias, más bien, presume de haber hecho desfilar a varios reyes —y a nueve hijos de reyes— ante su carro en el curso de tres triunfos.<sup>[76]</sup> Ningún historiador posterior, ni siquiera los más hostiles a Octaviano, osa insinuar su complicidad, aunque podría argüirse que para entonces el caso ya estaba archivado y la verdad, en manos de unos pocos. Imposible sacar nada en claro. Lo mejor que puede decirse de su última actuación es que Cleopatra interpretó el papel de la heroína en una obra que en muchos aspectos podría ser ahistórica y que, sin duda, debe algunas escenas a la invención de su oponente. Nos queda el pobre consuelo de saber que la muerte de Alejandro Magno, pese a estar bien documentada, constituye también un acertijo.

Plutarco nos presenta a un Octaviano que la noche del 10 de agosto se debate entre dos emociones. Por una parte, está «dolido por el fin de esta mujer»; por otra, le impresiona su dignidad.<sup>[77]</sup> También Dión nos pinta a un Octaviano admirado y comprensivo, aunque «apenado sobremanera»<sup>[78]</sup> por motivos egoístas: su triunfo sería menos lucido. Había nacido una heroína, sólo que no sabemos gracias a quién. Cleopatra tuvo una muerte honorable, digna, ejemplar. Una muerte que ella misma

presidió con orgullo y entereza hasta el final. Para la mentalidad romana, por fin había hecho algo decente; el hecho de comportarse de forma opuesta a la esperable por su sexo redundaba aún más en su beneficio. En las historias romanas, las mujeres venerables son las que se tragan carbones ardientes, se cuelgan de su propia cabellera, se arrojan de un tejado o tienden el puñal ensangrentado a sus maridos incitándolos con dos sencillas palabras: «No duele». (Tampoco el teatro griego se queda corto en cuestión de mujeres muertas, la diferencia estriba en que en las obras griegas las mujeres, además, tienen la última palabra). Para éstas, enseguida se componían panegíricos. En una oda escrita poco después del suicidio de Cleopatra, Horacio empieza censurándola por su temeridad y ambición, pero acaba elogiándola: «No mostró un pavor mujeril», concluye, maravillado ante su serenidad, su compostura y su valor.<sup>[79]</sup> La última acción de Cleopatra fue posiblemente la más grande. Octaviano estaba dispuesto a pagar a ese precio. La gloria de la reina era la suya propia. La exaltación de su adversaria la convertía en una oponente digna.

Octaviano dispuso que Cleopatra fuera enterrada «de manera ilustre y digna de una reina»,<sup>[80]</sup> de lo contrario habría corrido el riesgo de ofender a los alejandrinos, que sin duda lloraron a su reina de forma pública a pesar de la presencia romana. Según Plutarco, Octaviano respetó su voluntad de descansar al lado de Antonio. Iras y la elocuente Carmiana recibieron funerales parecidos junto con su reina. No sabemos a ciencia cierta si fueron momificadas. Se les erigió un monumento conjunto decorado seguramente de forma exuberante y a todo color, a semejanza de las tumbas reales de los ancestros de Cleopatra, con alguna que otra influencia romana en la iconografía. Según un historiador, las estatuas de Iras y Carmiana montaban guardia fuera.<sup>[81]</sup> Plutarco da a entender que recibieron sepultura en el centro de Alejandría, al igual que los Ptolomeos anteriores. Octaviano, además, dio orden de terminar el mausoleo, cuya obra debió de completarse en una ciudad dominada y sumida en la incertidumbre; los alejandrinos acababan de convertirse en súbditos de Roma. Que el monumento de Cleopatra se hallase junto a un templo de Isis significa básicamente que podía estar en cualquier parte. La teoría más reciente propone que el lugar de reposo de Antonio y Cleopatra se encontraba a treinta kilómetros al oeste de Alejandría, en una ladera abrasada por el sol en Taposiris Magna, con vistas al Mediterráneo. Ni la tumba ni el mausoleo (pues es casi seguro que se trataba de estructuras separadas) se han encontrado.

Cleopatra tenía treinta y nueve años y había gobernado durante casi veintidós, una década más que Alejandro Magno, de quien heredó el cetro que, sin quererlo, cedió al Imperio romano. Con su muerte, la dinastía ptolemaica tocó a su fin. Octaviano se anexionó Egipto de forma oficial el 31 de agosto. Su primer año fue el último de Cleopatra; el tiempo volvió a empezar el 1 de agosto, la fecha en que había entrado en Alejandría. Se dice que Cleopatra marcó el fin de una era, aunque desde la perspectiva egipcia lo mismo podría decirse de Antonio. Con frecuencia se olvida que, si Cleopatra fue la ruina para Antonio, éste lo fue también para ella.

Los preceptores ptolemaicos fueron volubles hasta el final. Cesarión se encontraba ya en un puerto del mar Rojo cuando Rodón lo convenció de que regresara a Alejandría, acaso para negociar con Octaviano en nombre de su madre. En ocasiones, el mundo antiguo era un lugar incómodamente pequeño; Octaviano no podía permitirse dejar vivir a su primo, pero tampoco exhibir al hijo del divino César en un triunfo. El nombre de «Cesarión» suponía de por sí un problema. La tan comentada ceremonia de mayoría de edad tampoco ayudaba. Los hombres de Octaviano hicieron volver al muchacho a Alejandría, donde lo asesinaron, quizá después de torturarlo. Dado que no planteaban un peligro real, Alejandro Helios, Cleopatra Selene y Ptolomeo Filadelfo regresaron con Octaviano a Roma, donde se criarían con su siempre dócil hermana. Crecieron en su enorme y cómoda casa, junto a las hijas de Antonio y Octavia y los hijos que quedaban con vida de anteriores matrimonios de Antonio. (Iotape, prometida con Alejandro Helios, regresó a Media con su familia). Pasado un año de la muerte de su madre, los hijos de Cleopatra desfilaron en el triunfo de Octaviano, en lo que tuvo que ser un paso difícil para los tres jóvenes, de quienes se decía que se criaban cual si fueran suyos propios. Más tarde casó a Cleopatra Selene con Juba II, quien a los cinco años había desfilado en el triunfo africano de César y posteriormente se había educado en Roma, donde desarrolló su pasión por la historia. Marido y mujer habían recibido una formación y unas humillaciones parecidas; las guerras civiles romanas los habían dejado huérfanos a ambos. Hombre de cultura con aires de poeta y favorito de Octaviano, Juba fue enviado con su mujer a Mauritania (actual Argelia) para reinar. La hija de Cleopatra debía de tener unos quince años por aquel entonces; Juba, veintidós. En deferencia hacia los jóvenes reyes, Octaviano mantuvo con vida a los hermanos de Cleopatra Selene, quienes quizá viajasen también a África occidental. Con posterioridad al triunfo, se pierde el rastro de ambos para siempre.

Cleopatra Selene retomó el legado de su madre en el trono mauritano; sus monedas traen su retrato y están inscritas en griego. (Las de Juba, en latín). La pareja transformó su capital en un centro cultural y artístico rematado con una formidable biblioteca. En la zona ha sido hallada abundante estatuaria egipcia —incluida una pieza fechada a 31 de julio del año 30, el día anterior a la entrada de Octaviano en Alejandría—, lo cual indicaría que Cleopatra Selene reunió una galería de bustos ptolemaicos. Perpetuó la asociación con Isis, llamó a su hijo Ptolomeo y crio cocodrilos sagrados.<sup>[82]</sup> El único nieto conocido de Cleopatra, Ptolomeo de Mauritania, sucedió a Juba en el año 23 d. C. En su decimoséptimo año de reinado, visitó Roma a invitación de Calígula. Ambos descendían de Marco Antonio; eran primos segundos. El emperador romano recibió con honores al rey africano, hasta que un día Ptolomeo apareció en un espectáculo de lucha de gladiadores con un manto púrpura particularmente espléndido. Todos los rostros se volvieron a mirarlo, para

indignación de Calígula, que mandó matar a Ptolomeo,<sup>[83]</sup> final adecuado para una dinastía sumida, desde el principio, en colores brillantes y supersaturados.<sup>[\*]</sup>

Octaviano borró todo rastro de Antonio en Roma y Alejandría. El 14 de enero, día de su cumpleaños, pasó a considerarse de mal agüero, por lo que no se atendían asuntos públicos. Por decreto senatorial, se prohibía que los nombres «Marco» y «Antonio» volvieran a aparecer juntos. Octaviano no mencionó los nombres de Antonio ni de Cleopatra en su crónica de Accio y sentenció a muerte a varias de las personas más próximas a Antonio, entre ellas Canidio y el senador romano encargado de supervisar los molinos textiles de Cleopatra.<sup>[85]</sup> Cabe suponer que quienes juraron morir con Antonio y Cleopatra fueron eximidos del deber de cumplir por mano propia su promesa. Otros de los partidarios de Antonio desaparecieron. El influyente sumo sacerdote de Menfis —nacido el mismo año que Cesarión y unido a Cleopatra por vínculos personales— murió de forma misteriosa unos cuantos días antes que ella. Era preciso que no sobreviviera nadie capaz de ejercer la autoridad, cohesionar al pueblo y volver a unir el reino de Cleopatra. Los hombres de Octaviano se hicieron con el tesoro de palacio e impusieron multas por toda la ciudad, inventando delitos sobre la marcha. Cuando les fallaba la imaginación, confiscaban sin contemplaciones dos tercios de las propiedades de la víctima. Fue un auténtico robo de guante blanco, y hay que decir que fue realizado a conciencia. Octaviano retiró de Alejandría las estatuas y demás obras de arte que Antonio y Cleopatra habían saqueado por toda Asia y las restituyó, en su mayor parte, a las ciudades a las que pertenecían. Algunas de las mejores terminaron en Roma, destino de las más excelsas obras artísticas desde el expolio de Corinto en el siglo II. Diecisiete años después de la muerte de Cleopatra, Octaviano terminó el Cesareo —maravilla de la arquitectura griega y faraónica— en honor de sí mismo.

A Cleopatra no le faltaron defensores tan fieles como sus doncellas, cuya devoción estaba en boca de todo el mundo en Alejandría.<sup>[86]</sup> Por regla general, los sirvientes no morían por sus amos. Quienes se habían ofrecido a levantarse por su reina permanecieron leales a ella. Alejandría debía de ser una ciudad de luto. Habría procesiones, himnos y ofrendas, los gemidos y lamentos debían de sonar por doquier y seguramente las mujeres de Alejandría se desgarraban las ropas y se golpeaban el pecho. En nombre de los sacerdotes dedicados al culto nativo, un clérigo ofreció a Octaviano dos mil talentos destinados a preservar las numerosas estatuas de Cleopatra. ¿Qué importaba que quisieran preservar su nobleza, si estaba muerta? La oferta era demasiado atractiva como para rechazarla y, al mismo tiempo, le brindaba a Octaviano la oportunidad de esquivar la espinosa cuestión del culto de Isis, a la que siguió adorándose durante un tiempo. En muchos casos, resultaba imposible distinguir a Cleopatra de la diosa, y, dado lo volátil de la situación en Alejandría, Octaviano no podía arriesgarse a ir por la ciudad derribando la estatuaria religiosa. Las estatuas de Cleopatra, y su culto, sobrevivieron, de hecho, durante cientos de años, sin duda gracias, en parte, a la férrea resistencia demostrada frente a los

romanos.

Octaviano no se demoró en Alejandría —que en lo sucesivo pasaría a ser provincia romana—, país al que ningún romano prominente viajaba sin permiso explícito. Fue uno de los pocos imperialistas de la historia a quienes trajo sin cuidado emular a Alejandro Magno —de lo contrario, la suerte de Cleopatra habría sido muy distinta— y para quienes el poder en sí contaba más que la gloria de sus abalorios. Demostró escaso interés por la historia egipcia, lo que causó la consternación de los antiguos súbditos de Cleopatra, impacientes por enseñarle los restos de sus ancestros. Pero Octaviano no ardía en deseos de ver Ptolomeos muertos, así que se contentó con presentar sus respetos a Alejandro Magno, que fue sacado de su sarcófago para la visita. Se dice que Octaviano, por accidente, se acercó demasiado al cuerpo —acaso por esparcir flores sobre él— y le rompió un pedazo de la nariz momificada.<sup>[87]</sup>

Siendo como era proclive a las insolaciones —nunca salía sin un sombrero de ala ancha—, es poco probable que Octaviano disfrutase con el pegajoso calor del agosto alejandrino. En otoño se retiró a Asia. La muerte de Cleopatra no benefició a nadie tanto como a Herodes, que volvió a ejercer de anfitrión de los romanos durante el viaje de éstos al norte. Octaviano le restituyó sus preciosos jardines de palmas y bálsamo, así como las ciudades costeras que Antonio se había apropiado en nombre de Cleopatra, a las que añadió nuevos territorios. El reino de Herodes creció hasta dimensiones acordes a su diligencia. Convertido en el nuevo favorito entre los no romanos, heredó asimismo los cuatrocientos robustos galos que habían integrado la guardia personal de Cleopatra. Nicolás de Damasco se quedó con él en calidad de preceptor y no tardó en convertirse en su confidente. Para Herodes compuso una historia cortesana de la que Flavio Josefo —una de las fuentes principales para la vida de Cleopatra y él mismo un converso tardío a la causa romana— se serviría para su obra. Octaviano dejó en Egipto, en calidad de prefecto, a Galo, quien también habría de descubrir que la provincia era difícil de gobernar —en el año 29 sometió a los habitantes de los alrededores de Tebas, «terror de todos los reyes»—<sup>[88]</sup> y que sus riquezas se subían a la cabeza con facilidad: Galo cometió abusos de poder, encargó multitud de estatuas de su persona, mandó grabar sus hazañas en las pirámides y, tras ser acusado por el Senado, acabó suicidándose.

Casi un año exacto después de la muerte de Cleopatra, la efigie de la reina desfiló por las calles de Roma, en el último y más suntuoso de los tres días que duró el triunfo de Octaviano. Junto a ella, fluyó por la vía Sacra un auténtico torrente de oro, plata y marfil que llegaba hasta el foro. Dión asegura que la procesión egipcia sobrepasó a todas las demás «en coste y magnificencia».<sup>[89]</sup> Tras los cofres de oro y plata; los carros cargados de joyas, armas y obras de arte; los carteles y banderines a todo color, y los soldados vencidos, marchaban, encadenados, los codiciados prisioneros: los mellizos, de diez años, y Ptolomeo Filadelfo, de seis. Cleopatra estaba representada en su lecho de muerte, en yeso o pintura, junto con la serpiente que pudo haber dado pie a todo. Detrás, rodeado por sus oficiales, iba Octaviano,



envuelto en un manto púrpura. Cleopatra se había equivocado en una cosa: curiosamente, no se hizo alusión alguna a Antonio. En otra había acertado: él único soberano que desfiló en el triunfo, uno de los aliados de Antonio, fue ejecutado poco después. La ciudad relucía con los despojos de Egipto; toneladas de oro y plata ptolemaica, armaduras y vajillas, muebles con incrustaciones de gemas, cuadros y estatuas, así como varios cocodrilos, habían zarpado con Octaviano. Hay quien habla incluso de un gran hipopótamo y un rinoceronte.<sup>[90]</sup> Octaviano podía permitirse ser generoso y no escatimó en regalos. La victoria egipcia fue objeto de una celebración especial, no sólo porque en sí lo mereciera, sino porque había que camuflar una guerra civil.

La estatua de Cleopatra siguió en el foro. Era lo menos que Octaviano podía hacer por la mujer cuyos triclinios de oro y jarras enjovadas financiaron su carrera. Gracias a Cleopatra pudo eximir a todo el mundo de sus obligaciones. Con ella, la prosperidad de Roma estaba garantizada. Las inyecciones de fondos de Octaviano fueron tan potentes que provocaron un aumento de los precios, y los tipos de interés se triplicaron. Según el relato de Dión, gracias a las riquezas de Cleopatra «todo el Imperio romano se enriqueció y se adornaron los templos». Sus obeliscos y obras de arte decoraban las calles.<sup>[91]</sup> Pese a haber sido derrotada con contundencia, se la exaltaba a través de la belleza de una ciudad extranjera. Las riquezas originaron la fiebre de la egiptomanía.<sup>[92]</sup> Esfinges, cobras, discos solares, hojas de acanto y jeroglíficos proliferaron por toda Roma. Las flores de loto y los grifos decoraban incluso el despacho personal de Octaviano. Cleopatra obtuvo un segundo tributo póstumo: siguiendo su estela, empezó una edad dorada para las mujeres de Roma.<sup>[93]</sup> De repente, esposas y hermanas de buena familia empezaron a tomar parte en la vida pública. Trataban con embajadores, aconsejaban a sus maridos, viajaban al extranjero y comisionaban templos y esculturas. Ganaron visibilidad en los círculos artísticos y sociales e hicieron compañía a Cleopatra en el foro. Ninguna mujer romana alcanzaría jamás la posición ni los inauditos privilegios de que gozaron Livia y Octavia, y que éstas, al cabo, debían a una extranjera de la cual fueron antagonistas. Livia poseía una nutrida lista de propiedades que incluía tierras en Egipto y huertos de palma en Judea. Octavia pasaría a la historia como la anti Cleopatra, mujer modesta, prudente y piadosa.<sup>[94]</sup>

Cleopatra también obtuvo una promoción y ascendió de pretexto a punto de inflexión. Si buscamos una fecha para señalar el principio del mundo moderno, la de su muerte aparece como la más apropiada. Con ella dieron a su fin cuatrocientos años de república romana y el período helenístico. Octaviano, por su parte, sería el artífice de una de las mayores añagazas de la historia: restauró la República en todo su esplendor, sólo que —como se vería aproximadamente una década más tarde— bajo el aspecto de una monarquía. Aleccionado por el ejemplo de César, realizó el cambio de forma imperceptible. Octaviano jamás llegó a ser «rey», sino que siguió siendo en todo momento un *princeps* o «primer ciudadano». Cuando quiso un título altisonante

y a la vez carente de connotaciones monárquicas, se asesoró con el que fuera amigo de Cleopatra, Planco, la ninfa marina pintada de azul. Él fue quien acuñó el nombre de «Augustus», con el que daba a entender que el hombre hasta entonces conocido como Gayo Julio César excedía la naturaleza humana y era un ser extraordinario y digno de reverencia.

No deja de haber cierta ironía en el hecho de que, en poco tiempo, Occidente empezara a parecerse al Oriente de Cleopatra, sobre todo considerando que Octaviano había presentado a la reina como una amenaza para la República, algo que ella nunca aspiró a ser. En torno a Octaviano se formó una especie de corte. Riñó con casi todos los miembros de su familia inmediata. Los emperadores romanos se convirtieron en dioses y pasó a representárselos bajo la forma de Sérapis, de la misma manera que Antonio había tomado la de Dioniso. Por lo demás, profesiones de austeridad aparte, el lujo lo invadió casi todo, y aunque se dijo que Octaviano había mandado fundir las fabulosas vajillas de oro de Cleopatra,<sup>[95]</sup> prevaleció la grandiosidad helenística: «Pues parece justo que nosotros, que gobernamos sobre gran número de pueblos —argumentaba uno de los consejeros de Octaviano—, los superemos en todo a todos, y porque además esta clase de muestras de munificencia inspiran respeto en nuestros aliados y temor en nuestros enemigos».<sup>[96]</sup> El consejero instaba a Octaviano a no reparar en gastos. Roma era el nuevo mercado del lujo. Detrás venían los artesanos y la industria. Livia tenía más de mil sirvientes. Tal fue la impresión que el mausoleo de Cleopatra causó en Octaviano que se hizo construir uno similar en Roma; en buena medida, si Roma cambió el ladrillo por el mármol fue gracias a Alejandría. Octaviano murió a la edad de setenta y seis años en su cama, convirtiéndose así en uno de los pocos emperadores no asesinados por su parentela más próxima, otra importación alejandrina. Su gobierno duró cuarenta y cuatro años —el doble que el de Cleopatra—, por tanto tuvo tiempo de sobra para reformular a voluntad los acontecimientos que lo habían elevado al poder.<sup>[\*]</sup> También él tuvo motivos para decir «que no hay dignidad que se vea libre de envidias o traiciones, y menos aún la de la monarquía».<sup>[98]</sup> Los enemigos eran peligrosos, pero los amigos eran aún peor. Según él, pocos cargos había más ingratos que ése.

La reescritura de la historia comenzó de forma casi inmediata. Marco Antonio no sólo fue barrido de los archivos, sino que Accio se convirtió en una gran batalla, una victoria apoteósica, un punto de inflexión histórico. Se cerraba una etapa y se abría otra. Augusto había rescatado al país de un gran peligro. Había acabado con la guerra civil y restaurado la paz mundial tras un siglo de disputas. Era hora de empezar de nuevo. Leyendo a los historiadores oficiales, se diría que su retorno a la península Itálica supuso —tras un siglo gris y atroz plagado de violencia— un estallido de color, como si de pronto las espigas de trigo dorado se hubieran hinchado y puesto enhiestas en los campos. «Se restablecieron las leyes en su antiguo vigor, los jueces

volvieron a recobrar su autoridad, y el Senado, su dignidad suprema», proclama Veleyo,<sup>[99]</sup> enumerando, como quien dice, los estamentos a los que supuestamente César se había opuesto en el año 46. Del ego de Augusto da buena cuenta el calendario, donde, hasta hoy, su nombre conmemora la caída de Alejandría y la salvación de Roma de una amenaza extranjera.<sup>[\*]</sup> Los calendarios de la época señalan la fecha como el momento en que Octaviano liberó a Roma de un «peligro gravísimo».<sup>[101]</sup>

Cleopatra salió especialmente mal parada durante el proceso, ya que fueron los renegados quienes escribieron la historia: Delio, Planco y Nicolás de Damasco entre ellos. Los años que siguieron a Accio fueron un período de continuos elogios y mitos desmesurados. La carrera de la reina coincidió con el nacimiento de la literatura latina; la maldición de Cleopatra quiso que su figura sirviese de inspiración a los grandes poetas, que disertaron a placer sobre su suerte en una lengua poco clemente para con ella y todo cuanto representaba. Horacio escribió con euforia sobre Accio; de hecho, fue el primero en celebrar la espléndida victoria de Octaviano, pues escribió mientras Cleopatra todavía intentaba fortificar Alejandría a toda prisa. El poeta celebraba su derrota antes de que ésta tuviera lugar. Virgilio y Propertio escribieron durante el triunfo egipcio, momento para el cual el áspid y la pernicioso influencia de Cleopatra estaban ya labrados en piedra. En todos y cada uno de estos textos, Antonio desierta de Accio a causa de Cleopatra. La reina ilustra uno de los motivos favoritos de Propertio: el hombre enamorado como hombre desvalido, vergonzosamente sometido a su dueña. Es como si Octaviano hubiera librado a Roma también de ese mal. Gracias a él, quedaba restaurado el orden natural de las cosas: los hombres gobernaban sobre las mujeres, y Roma sobre el mundo. Cleopatra resultaba crucial en ambos casos. Virgilio compuso la *Eneida* en la década siguiente a la muerte de Cleopatra y puso serpientes hasta detrás de la estela de su barco en Accio. Ciertamente, la egipcia tenía pocas posibilidades de salir bien parada en una obra declamada en presencia de Augusto y Octavia, como ocurrió con determinados pasajes de la epopeya. Por lo demás, su historia quedaría plasmada por un romano al que conoció en la última semana de su vida, el cual la elevó a la categoría de adversario peligroso, distinción que a menudo atrae negras brumas y oscuras leyendas. Cleopatra figura entre los perdedores célebres de la historia, si bien por razones equivocadas.<sup>[\*]</sup> Los mitógrafos se alinearon todos en el mismo bando. Durante el siglo siguiente, la influencia oriental y la emancipación femenina proporcionarían abundante materia prima a los satíricos.

La fortuna de Cleopatra ha sufrido altibajos tan abruptos en muerte como en vida. Se ha dicho que su poder derivaba de su sexualidad, por razones obvias; como decía uno de los asesinos de César, «¡cuánta mayor atención dedican las personas a sus miedos que a sus recuerdos!».<sup>[102]</sup> Siempre ha sido preferible atribuir el éxito de una mujer a su belleza antes que a su cabeza, reducirla a la historia de su vida sexual. Contra una hechicera poderosa no caben disputas. Contra una mujer que atrapa a un

hombre con los lazos de su serpenteante inteligencia —con sus collares de perlas— debería existir, por lo menos, algún tipo de antídoto. En el caso de Cleopatra, perturba más la sabia que la seductora; resulta menos amenazador creerla fatalmente atractiva que fatalmente inteligente. (Cientos de años después de su muerte, en las escuelas los niños seguían copiando el adagio escrito por Menandro en siglo IV: «El hombre que enseña a escribir a una mujer sepa que le procura veneno a la serpiente».)<sup>[103]</sup> Al mismo tiempo le da sazón a la historia. Propertio marca el tono aquí. Para él Cleopatra no pasaba de mujerzuela descocada, «la reina puta», que más tarde se convertiría en «una mujer de sexualidad y avaricia insaciables» (Dión), una pecadora carnal (Dante), «la furcia de los reyes de Oriente» (Boccaccio), el emblema del amor ilegítimo (Dryden).<sup>[\*]</sup> Propertio la presenta en fornicio con sus esclavos. Cierta romano del siglo I afirmaría (con falsedad) que «los autores antiguos hablan una y otra vez de la insaciable libido de Cleopatra».<sup>[104]</sup> En una obra antigua, se muestra insaciable hasta el punto ser calificada de «mujer prostituida».<sup>[105]</sup> (Tan bella es, y a la vez tan pernicioso, que «muchos hombres compraron noches pagando por ello con su vida».)<sup>[106]</sup> Para cierta mujer del siglo XIX no era más que un «deslumbrante ejemplo de brujería».<sup>[107]</sup> Florence Nightingale se refería a ella como «la execrable Cleopatra».<sup>[108]</sup> De Cecil B. DeMille se cuenta que le ofreció el papel a Claudette Colbert preguntándole: «¿Le gustaría ser la mujer más perversa de la historia?».<sup>[109]</sup> Cleopatra aparece incluso en un libro de 1928 titulado *Sinners Down the Centuries* (Pecadores a través de los siglos). La pugna entre la mujer y la leyenda se decanta claramente a favor de la última.

Lo personal falsea, de forma inevitable, lo político, y lo erótico lo falsea todo: recordaremos que Cleopatra se acostó con Julio César y Marco Antonio mucho después de que hayamos olvidado lo que obtuvo al hacerlo; que, en nombre de una orgullosa y cultivada dinastía, gobernó un extenso y opulento imperio densamente poblado que avanzaba hacia su ocaso. Su nombre se recuerda por haber seducido a dos de los mayores hombres de su tiempo, en tanto que su crimen consiste en haberse beneficiado de «engañosas y sospechosas prendas de una alianza basada en el interés»,<sup>[110]</sup> cosa habitual para cualquier hombre con poder. Ella invirtió los papeles y actuó en su propio interés; eso la convirtió en una blasfema, una amenaza social, una mujer contra natura. A éstas hay que añadir otras ofensas. Por su culpa, Roma era una ciudad tosca, insegura y pobre, causa suficiente de por sí para provocar ansiedades, como para además añadir la sexualidad a la mezcla. Durante un tiempo fue tema recurrente en el imaginario de los antiguos, sobre todo en tanto que ejemplo a evitar. Bajo el imperio de Augusto, la institución matrimonial recibió nuevo lustre, lo que también descalificaba a Cleopatra por su afición a romper hogares y robar maridos.

La reina suscitó burlas y envidias en igual e igualmente distorsionadora medida; la suya es una historia urdida tanto a partir de los miedos como de las fantasías

masculinas. A Plutarco debemos el mayor cuento de amor de la historia, a pesar de que la vida de Cleopatra no fue tan morbosa ni tan romántica como se nos ha hecho creer. Por dos veces se convirtió en *femme fatale*. Para que Accio se convirtiera en la madre de todas las batallas, Cleopatra debía convertirse en una «reina salvaje» dispuesta a asolar Roma. Para que Antonio no sucumbiera a manos de un compatriota romano, era preciso presentar a Cleopatra como una irresistible seductora «que le había ocasionado su ruina» y que no tardaría en darle «el golpe de gracia».<sup>[111]</sup> Se hace difícil saber dónde acaba la venganza y comienza el homenaje. De buen principio se realzó su poder, ya que, para los propósitos históricos de cierto hombre, era necesario reducir a otro a la más abyecta esclavitud. Es cierto que fue una hija constante y amante de su padre, una patriota y una protectora, una protonacionalista, un símbolo del valor, una sabia legisladora con nervios de acero y una maestra de la puesta en escena. No lo es que construyera el faro de Alejandría, que supiera fabricar oro, ni que fuera la mujer ideal (Gautier), ni una mártir de amor (Chaucer), ni una «muchachita tímida» (Shaw), ni la madre de Cristo.<sup>[112]</sup> Un obispo copto del siglo VII la llamó «la más ilustre y sabia de las mujeres»,<sup>[113]</sup> colocándola por encima de los reyes que la habían precidido. Se ha dicho también que Cleopatra murió por amor, lo cual tampoco es del todo cierto. Todo el mundo, de Miguel Ángel a Gérôme, de Corneille a Brecht, ha intentado representarla. Los renacentistas estaban obsesionados con ella, y los románticos, si cabe, más aún. Catapultó incluso a Shakespeare, que gracias a ella creó su mejor personaje femenino, su más alta poesía, un último acto sin Antonio y, a juicio de la crítica, un alegre tributo al adulterio desacomplejado entre personas de mediana edad.<sup>[114]</sup> Si nuestra imagen de Cleopatra VII está distorsionada, Shakespeare tiene tanta culpa como el calor alejandrino, la propaganda romana o los lípidos ojos lilas de Elizabeth Taylor.<sup>[115]</sup>

Alejandría no perdió su vitalidad de forma inmediata, antes bien continuó siendo un centro de disputas intelectuales y maratones filosóficas. Durante aproximadamente un siglo más, siguió siendo el cerebro del mundo mediterráneo. Luego empezó a descomponerse. Con ella se esfumó la autonomía legal de las mujeres; se acabaron los tiempos en que era posible denunciar al suegro para que devolviera la dote cuando un marido (insolvente) se fugaba y tenía hijos con otra mujer. En el siglo V, el palacio de Cleopatra se hundió en el Mediterráneo a consecuencia de un terremoto. El faro, la biblioteca y el museo desaparecieron. El actual puerto alejandrino no guarda relación alguna con sus proporciones en la época helenística. El propio Nilo ha cambiado su curso. La ciudad se ha hundido más de seis metros. Incluso la costa de Accio —que Cleopatra debía de conocer de memoria— ha cambiado. La Alejandría de entonces resulta invisible, ya sea por haber quedado sumergida o por hallarse sepultada bajo una ciudad ingente que hace ya tiempo olvidó su pasado helenístico. La cultura ptolemaica se evaporó también. Muchas de las cosas que Cleopatra sabía quedaron olvidadas durante mil quinientos años. Una mujer muy distinta, la Virgen María,

subsumiría a Isis tanto como Elizabeth Taylor ha subsumido a Cleopatra.

De resultas de ello, nuestra fascinación por Cleopatra no ha hecho más que ir en aumento; sus proporciones míticas se deben a su desaparición. Las lagunas de su historia prolongan su hechizo. Aún hoy, sigue causando incomodidad. Su figura combina todo aquello que arruina una plácida cena y se nos sube a la cabeza como el veneno de una serpiente. Dos mil años después de que amenazase a Octaviano con una hoguera de costo incalculable, nada nos fascina tanto como el exceso de buena suerte y las catástrofes devastadoras. Seguimos librando la guerra entre Oriente y Occidente; como Cicerón, seguimos debatiéndonos entre el exceso y la austeridad. El sexo y el poder siguen siendo una mezcla explosiva. La ambición, los éxitos y la autoridad de las mujeres nos inquietan como inquietaban a los romanos, para los que Cleopatra era más monstruo que portento, aunque sin duda tenía algo de ambos.

Dos mil años de mala prensa y prosa acalorada, de películas y óperas, no han conseguido ocultar el hecho de que Cleopatra fue una reina muy capaz, astuta y oportunista hasta el extremo, una estratega de primer orden. Su carrera empezó con un descarado gesto de desafío y terminó con otro. «¿Qué mujer, qué antigua sucesión de hombres, alcanzó semejante grandeza?», se pregunta el anónimo autor de un fragmentario poema latino que la sitúa como personaje principal de su tiempo.<sup>[116]</sup> Cleopatra tomó parte activa y directa en la política mundial y las consecuencias fueron demoledoras. Convenció a su pueblo de que su ocaso era un nuevo amanecer y puso todo su empeño en hacer que fuera realidad. Se enfrentó a situaciones desesperadas que salvó a base de improvisaciones, para algunos la base del genio. Su historia ya era grande y atractiva antes de que Octaviano o Shakespeare echaran mano de ella. Su presencia siempre resultó atrayente; antes de que, por su culpa, Plutarco perdiera durante varias páginas el hilo del relato, obraba el mismo efecto con sus compatriotas. Desde la primera imagen que tenemos de ella hasta la última, deslumbra por sus dotes de escenificación. Hasta el último momento fue dueña de sí misma, astuta, vehemente, rica hasta extremos inimaginables, consentida y, a la vez, ambiciosa.

Durante su vida adulta, Cleopatra conoció a pocas personas a las que considerara a su altura. Para los romanos, era una mujer terca y la suprema excepción a toda regla. Aún hoy resulta incomparable: tuvo muchos predecesores, pero pocos sucesores. La época de las emperatrices llega con ella a su fin. A lo largo de los dos mil años siguientes, sólo una o dos mujeres gozaron de autoridad ilimitada sobre reinos de tan vastas dimensiones. Cleopatra sigue siendo prácticamente la única capaz de sentarse a la mesa de los hombres, lo que le reportó tantos beneficios como perjuicios. Hizo muchas cosas bien, y una cosa crucial mal. Nos es imposible imaginar cómo debía de sentirse a finales del verano del año 30, con Octaviano a las puertas, cuando cada vez estaba más claro que la fortuna no iba a volver a girar, que se habían acabado los planes brillantes de salvación, que en esa ocasión Egipto estaba irremisiblemente perdido. «¿Qué es el estar privado de la patria? ¿Tal vez un gran

mal?», le pregunta una reina a su hijo en una obra de Eurípides. «El más grande. De hecho es mayor de lo que pueda expresarse», responde él.<sup>[117]</sup> Cleopatra debió de quedar paralizada de miedo y furia al caer en la cuenta de que iba a convertirse en la mujer «que había de destruir la monarquía egipcia», como dice un cronista del siglo III.<sup>[118]</sup> Pérdida tan monumental, no podía paliarla consuelo alguno, ni siquiera —aceptando que creyera en ella— una vida excepcional más allá de la muerte.

## AGRADECIMIENTOS

«Hasta aquí me he esforzado por resumir las pruebas disponibles sobre el caso con toda la justicia de que soy capaz y sin extenderme en demasía; el resultado de todo ello parece ser que el mundo por fuerza vibre sumido en la incertidumbre, al menos por lo que hace referencia a cuál fuese la verdad», concluye Boswell a propósito de Richard Savage, infundiendo esperanzas a generaciones de biógrafos. Varios estudiosos han logrado reducir de forma sustancial las vibraciones helenísticas dando respuesta a preguntas que iban de lo elemental a lo descabellado pasando por lo irrefutable. Por su tiempo, sabiduría, paciencia y buen humor, vaya aquí mi agradecimiento a Roger S. Bagnall, Mary Beard, Larissa Bonfante, el difunto Lionel Casson, Mostafa El-Abbadi, Bruce W. Frier, Norma Goldman, Mona Haggag, O. E. Kaper, Andrew Meadows, William M. Murray, David O'Connor, Sarah B. Pomeroy, John Swanson, Dorothy J. Thompson y Branko Van Oppen. Debo a Roger Bagnall un agradecimiento especial por su atenta lectura del manuscrito; cualquier inexactitud que en él se halle corre de mi cuenta.

Por su ayuda con y en Alejandría, estoy en deuda con: Terry Garcia, Jean-Claude Golvin, Nimet Habachy, Walla Hafez, Mona Haggag, Zahi Hawass, Kate Hughes, Hisham Hussein, William La Riche, Mohamed Abdel Maksoud, Magda Saleh y Marion Wood. Jack A. Josephson, Shelby White y Rick Witschonke, de la American Numismatic Society, quienes han tenido la gentileza de ayudarme a localizar o identificar imágenes.

Es un placer dejar constancia al fin de mi admiración por el inigualable Michael Pietsch, extraordinario editor, y sus colegas de Little, Brown, cuya labor ha sido modélica en todo momento. Debo un agradecimiento especial a Mario Pulice, Vanessa Kehren, Liz Garriga, TracyWilliams, Heather Fain, Heather Rizzo y Betsy Uhrig. Jayne Yaffe Kemp ha leído estas páginas con mimo y las ha corregido sin contemplaciones. Ha sido un privilegio trabajar con Eric Simonoff, cuyo entusiasmo por este proyecto, en ocasiones, ha excedido el mío propio. Mi agradecimiento asimismo para Jessica Almon, de William Morris, por conducir a buen puerto tanto al libro como a la autora.

Estoy en deuda con Karina Attar, Matthew J. Boylan, Raffaella Cribiore, Kate Daloz, Sebastian Heath, Inger Kuin, el infatigable Tom Puchniak y Claudia Rader por su ayuda en la investigación y la traducción. Brandi Tambasco, de la New York Society Library, obró como de costumbre su magia con los préstamos interbibliotecarios. Doy las gracias asimismo al personal de la biblioteca Rutheford de la Universidad de Alberta y a la Biblioteca Pública de Nueva York, un monumento a la civilización de la talla de la antigua biblioteca de Alejandría.

Cuando he necesitado buenos consejos, palabras amables y cafeína he podido contar



con la indulgencia de muchos amigos, pero sobre todo con Wendy Belzberg, Lis Bensley, Alex Mayes Birnbaum, Judy Casson, Byron Dobell, Anne Eisenberg, Benita y Colin Eisler, Ellen Feldman, Patti Foster, Harry Frankfurt, Azza Kararah, Mitch Katz, Souad Kriska, Carmen Marino, Mameve y Howard Medwed, Helen Rosenthal, Andrea Versenyi, Meg Wolitzer y Strauss Zelnick. Elinor Lipman sigue siendo la más perspicaz, generosa y elocuente de mis primeras lectoras. Gracias a ella, estas páginas y la vida de la autora han mejorado en todos los sentidos. Sin ella estaría perdida.

En el apartado de los milagros —categoría que comprende desde sacarse lápices de la chistera a comparar monedas de dos mil años de antigüedad, bucear por el puerto de Alejandría y tener la paciencia de compartir casa con una escritora— tengo contraída una deuda infinita con Marc de La Bruyère. Con él es más fácil terminar la última línea, ya que sin él ninguna de las precedentes habría llegado a escribirse.

## BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- ASHTON, SALLY-ANN, *Cleopatra and Egypt*, Blackwell, Malden, 2008.
- BAGNALL, ROGER S. Y RAFFAELLA CRIBIORE, *Women's Letters from Ancient Egypt: 300 BC-AD 800*, University of Michigan, Ann Arbor, 2006.
- BAGNALL, ROGER S. Y PETER DEROW (eds.), *Greek Historical Documents: The Hellenistic Period*, Scholars Press, Chico, 1981.
- , *The Hellenistic Period: Historical Sources in Translation*, Blackwell, Malden, 2004.
- BEARD, MARY Y MICHAEL CRAWFORD, *Rome in the Late Republic*, Duckworth, Londres, 1999.
- BEVAN, E. R., *The House of Ptolemy*, Argonaut, Chicago, 1968.
- BIANCHI, ROBERT S. ET AL., *Cleopatra's Egypt: Age of the Ptolemies*, The Brooklyn Museum, Nueva York, 1988.
- BINGEN, JEAN, *Hellenistic Egypt: Monarchy, Society, Economy, Culture*, University of California Press, Berkeley, 2007.
- BOUCHÉ-LECLERCQ, Auguste, *Histoire des Lagides*, 4 vols., Scientia Verlag, Aalen, 1978.
- BOWMAN, ALAN K., *Egypt After the Pharaohs*, University of California Press, Berkeley, 1986.
- BRAUND, DAVID, *Rome and the Friendly King*, Croom Helm, Londres, 1984.
- BRAUND, DAVID Y JOHN WILKINS (eds.), *Athenaeus and His World: Reading Greek Culture in the Roman Empire*, University of Exeter Press, Exeter, 2003.
- BURSTEIN, STANLEY, *The Reign of Cleopatra*, University of Oklahoma Press, Norman, 2004.
- CARTER, JOHN M., *The Battle of Actium*, Weybright and Talley, Nueva York, 1970.
- CASSON, LIONEL, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton University Press, Princeton, 1971.
- , *Travel in the Ancient World*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994.
- CHAMOUX, FRANÇOIS, *Hellenistic Civilization*, Blackwell, Oxford, 2003.
- CHAUVEAU, MICHEL, *Cleopatra: Beyond the Myth*, Cornell University Press, Ithaca, 2002 [traducción castellana de Fernando Villaverde, *Cleopatra: más*

- allá del mito*, Alianza, Madrid, 2000].
- , *Egypt in the Age of Cleopatra*, Ithaca, Cornell University Press, 2000.
- EVERITT, ANTHONY, *AUGUSTUS: The Life of Rome's First Emperor*, Random House, Nueva York, 2006 [traducción castellana de Álex López Lobo, *Augusto: el primer emperador*, Ariel, Barcelona, 2008].
- , *Cicero: The Life and Times of Rome's Greatest Politician*, Random House, Nueva York, 2003 [traducción castellana de Andrea Morales, *Cicerón*, Edhasa, Barcelona, 2007].
- FOERTMEYER, VICTORIA ANN, *Tourism in Graeco-Roman Egypt*, tesis doctoral, Princeton University, 1989.
- FRASER, P. M., *Ptolemaic Alexandria*, 3 vols., Oxford University Press, Oxford, 1972.
- GRANT, MICHAEL, *Cleopatra*, Castle Books, Edison, 2004.
- GREEN, PETER, *Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age*, University of California Press, Berkeley, 1990.
- , *The Hellenistic Age: A Short History*, Modern Library, Nueva York, 2007.
- GREEN, PETER (ed.), *Hellenistic History and Culture*, University of California Press, Berkeley, 1993.
- GRUEN, ERICH S., *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, 2 vols., University of California Press, Berkeley, 1984.
- HEINEN, HEINZ, *Kleopatra-Studien: Gesammelte Schriften zur ausgehenden Ptolemäerzeit*, Konstanzer Althistorische Vorträge und Forschungen, vol. 49, UKV, Univ.-Verlag Konstanz, Constanza, 2009.
- HÖLBL, GUNTHER, *A History of the Ptolemaic Empire*, Routledge, Nueva York, 2001.
- HUZAR, ELEANOR GOLTZ, *Mark Antony: A Biography*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1978.
- JONES, A. H. M., *The Greek City: From Alexander to Justinian*, Clarendon Press, Oxford, 1984.
- JONES, PRUDENCE J., *Cleopatra: A Sourcebook*, University of Oklahoma Press, Norman, 2006.
- KLEINER, DIANA E. E., *Cleopatra and Rome*, Belknap Press, Cambridge, Massachusetts, 2005.

- LEWIS, NAPHTALI, *Greeks in Ptolemaic Egypt*, Clarendon Press, Oxford, 1986.
- , *Life in Egypt under Roman Rule*, Clarendon Press, Oxford, 1983.
- LINDSAY, JACK, *Cleopatra*, Folio Society, Londres, 1998.
- MACURDY, GRACE HARRIET, *Hellenistic Queens*, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1932.
- NEAL, LINDA RICKETTS, *Cleopatra's Influence on the Eastern Policy of Julius Caesar and Mark Antony*, tesis de máster, Iowa State University, 1975.
- PELLING, C. B. R. (ed.), *Plutarch: Life of Antony*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.
- POMEROY, SARAH B., *Women in Hellenistic Egypt*, Wayne State University Press, Detroit, 1990.
- PRÉAUX, CLAIRE, *L'Économie royale des Lagides*, Édition de la Fondation Egyptologique Reine Elisabeth, Bruselas, 1939.
- , *Les grecs en Égypte, d'après les archives de Zénon*, J. Lebegue & Co., Bruselas, 1947.
- RAWSON, ELIZABETH, *Intellectual Life in the Late Roman Republic*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985.
- REINHOLD, MEYER, *A Historical Commentary on Cassius Dio's Roman History*, Scholars Press, Atlanta, 1988.
- RICKETTS, LINDA MAURINE, *The Administration of Ptolemaic Egypt Under Cleopatra VII*, tesis doctoral, University of Minnesota, 1980.
- ROSTOVTZEFF, M., *The Social and Economic History of the Hellenistic World*, 3 vols., Clarendon Press, Oxford, 1998 [traducción castellana de Luis López-Ballesteros, *Historia social y económica del mundo helenístico*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972].
- ROWLANDSON, JANE (ed.), *Women and Society in Greek and Roman Egypt: A Sourcebook*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.
- SACKS, KENNETH S., *Diodorus Siculus and the First Century*, Princeton University Press, Princeton, 1990.
- SHIPLEY, GRAHAM, *The Greek World After Alexander*, Routledge, Londres, 2000 [traducción castellana de Magdalena Chocano, *El mundo griego después de Alejandro, 323-30 a. C.*, Crítica, Barcelona, 2001].
- SULLIVAN, RICHARD D., *Near Eastern Royalty and Rome: 100-30 BC*, University

- of Toronto Press, Toronto, 1990.
- SYME, RONALD, *The Roman Revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 2002 [traducción castellana de Antonio Blanco, *La revolución romana*, Taurus, Madrid, 1989].
- TARN, WILLIAM W. Y M. P. CHARLESWORTH, *Octavian, Antony and Cleopatra*, Cambridge University Press, Cambridge, 1965.
- TARN, WILLIAM W. Y G. T. GRIFFITH, *Hellenistic Civilization*, Edward Arnold, Londres, 1959.
- THOMPSON, DOROTHY, *Memphis under the Ptolemies*, Princeton University Press, Princeton, 1988.
- TYLDESLEY, JOYCE, *Cleopatra: Last Queen of Egypt*, Profile Books, Londres, 2008 [traducción castellana de Jesús Blanco, Silvia Furió y Rosa Salleras, *Cleopatra: la última reina de Egipto*, Ariel, Barcelona, 2008].
- VAN'T DACK, E. (ed.), *Egypt and the Hellenistic World: Proceedings of the International Colloquium, Leuven, 24-26 May 1982*, Studia Hellenistica 27, Studia Hellenistica, Lovaina, 1983.
- VOLKMANN, HANS, *Cleopatra: A Study in Politics and Propaganda*, Sagamore Press, Nueva York, 1958.
- WALBANK, F. W., *The Hellenistic World*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1981.
- WALKER, SUSAN Y SALLY-ANN ASHTON, *Cleopatra Reassessed*, British Museum, Londres, 2003.
- WALKER, SUSAN Y PETER HIGGS (eds.), *Cleopatra of Egypt: From History to Myth*, Princeton University Press, Londres, 2001.
- WHITEHORNE, JOHN, *Cleopatras*, Routledge, Londres, 1994.
- WILL, EDOUARD, *Histoire politique du monde hellénistique*, Seuil, París, 2003.



Reconstrucción de Alejandría, vista de la vía Canopica desde el este. La columnata cruzaba la ciudad de extremo a extremo, lo que no solo protegía del sol, sino que ayudaba a amortiguar el ruido. Edificada a orillas de un mar azul perfecto, la Alejandría de Cleopatra se consideraba «la primera ciudad del mundo civilizado», la capital de la moda y un gran centro de erudición.



Vista aérea de Alejandría, con el doble puerto en primer término y, a la izquierda, el recinto real, que constituía una ciudad en si mismo. En el interior se hallan el lago Mareotis y su importante puerto, de donde César y Cleopatra debieron de zarpar en su cruceo por el Nilo. Al fondo del dique artificial que sale de la ciudad, se yergue el famoso faro, «cual montaña, casi hasta las nubes», en palabras de un alejandrino. Así debió de parecerle a Julio César, que nunca había visto una estructura de esa altura.

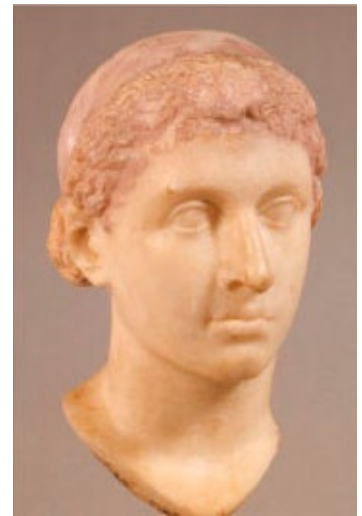


El mundo habitado, tal como lo conoció Cleopatra. Los conceptos de latitud y longitud ya eran conocidos, así como la idea de que el mundo es redondo.





Los sospechosos habituales: cuatro bustos de Cleopatra, o de una mujer con la que guarda gran parecido. El de la izquierda, tallado en costoso mármol de Paros, tiene una gran similitud con la Cleopatra de las monedas y es el más fiable. Si pensamos en el la frase de Pascal —Si Cleopatra hubiera tenido una nariz más corra, toda la faz de la tierra sería distinta—, resulta irónico que le falte precisamente esa parte.



El más halagador de los cuatro bustos. Cleopatra fue la única reina ptolemaica que se retrató con el pelo apretado en un moño y rizos en la frente; la nariz arqueada y la barbilla prominente coinciden con los retratos de las monedas. No obstante, hay quien defiende que el busto no sólo no es de Cleopatra, sino que ni siquiera es antiguo.



Una imagen menos complaciente de Cleopatra, sin diadema. El busto podría representar a una mujer del entorno de Cleopatra en Roma o a Cleopatra vestida al estilo romano. En cualquier caso, el parecido —nariz aguileña, mentón fuerte, mechones de cabello en cuello y orejas— es notable.



Una Cleopatra mas severa, con la habitual boca con las comisuras bajas, pómulos afilados y cierto aire de gravedad. Una vez más, la ausencia de la diadema sugiere que podría ser una mujer acicalada a la manera de la reina egipcia.



Las vidas de las mujeres corrientes se consideraban tema aceptable en el arte helenístico, En esta imagen, dos mujeres del siglo III a. C., originariamente policromadas, juegan a las tabas o a los dados.



Una muchacha sujeta en el regazo un cuaderno de madera compuesto por varias tablillas de cera para escribir. Muchas jóvenes alejandrinas eran letradas que podían comprar casas, prestar dinero o gestionar molinos. Cleopatra, que había gozado de una educación exquisita, es descrita por un cronista posterior «como una mujer a la cual hasta las cartas de amor reportaban placer sensual».

Ptolomeo Auletes, padre de Cleopatra, con quien mantenía una buena relación. Representado como Dioniso, luce aquí una guirnalda de hiedra sobre la diadema. Auletes sería recordado por sus desenfrenados banquetes, pero en Roma se distinguió como gran negociador llegando a empapelar el Senado con folletos y a distribuir —de forma lujosa y eficaz— regalos por toda la ciudad.



Ficha de juego alejandrina labrada en marfil en la que se representa a uno de los hermanos-maridos de Cleopatra, seguramente Ptolomeo XIV. FJ perfil es egipcio, pero la indumentaria griega. Cleopatra y su hermano se casaron en el año 48 a. C., cuando este tenía unos once años. Se cree que lo asesinó unos cuatro años más tarde.





Un probable Cesarión, en granito, encontrado en el este de Alejandría. Luce una tupida cabellera griega. Es posible que la pieza acompañase, en origen, a la Cleopatra de la ilustración de abajo. Cleopatra esperaba poder dejar Egipto en manos de Cesarión por cuya vida temía. Como dijo Séneca, las madres nunca temen por ellas, sólo por sus hijos.



Cleopatra como la diosa Isis, procedente de un templo alejandrino. En su cabeza, la corona con la cobra y el buitre, parte seguramente del uniforme de Isis que lucía cuando le tocaba presidir las ceremonias alejandrinas al lado de Antonio. La pieza es impresionante tanto por su tamaño (sólo las orejas miden 30,5 centímetros) como por la intensidad de su expresión.



Ptolomeo Filadelfo, el benjamín de Cleopatra y Antonio. Va tocado con un gorro macedonio al que se ha añadido una cobra egipcia. Probablemente fue esculpido para celebrar las Donaciones de Alejandría, entre el año 34 y el 30 a. C., cuando Ptolomeo contaba entre dos y seis años.

Cleopatra de basalto, representada, según la convención, con peluca y diadema y con vestido transparente y ceñido. Tiene la cara algo rellena y sujeta en la mano el tradicional cetro. En otras representaciones parecidas sujeta una cornucopia. Las reinas ptolemaicas participaban en demostraciones públicas de generosidad. Cleopatra se tomaba muy en serio el bienestar de sus súbditos



Estatua alejandrina de un niño en actitud regia, muy posiblemente Alejandro Helios, el hijo mayor de Cleopatra y Antonio, la indumentaria es de tipo oriental, la tiara armenia y el chiquillo tiene unos cinco o seis años, con lo que cabe suponer que se trata de Alejandro I Hlios en el momento de las Donaciones, por las que fue nombrado señor de Armenia, Media y Partía. Cleopatra pudo encargar la estatua para conmemorar el acontecimiento.

A camino entre niño y querubín, la figura luce en la cabeza los rizos de Antonio.



Cleopatra, a la derecha, en traje masculino, lleva ofrendas a la diosa Isis, que amamanta a un bebé, labrada durante sus primeros meses en el poder, esta estela de caliza es la prueba más antigua del reinado de Cleopatra. En ese momento compartía el trono con su hermano, cuyo nombre brilla por su ausencia; el de Cleopatra puede leerse en la segunda línea. Es muy posible que la estela representase al padre de ambos, pero que Cleopatra hubiera encargado modificarla. En aquellos tiempos tan resueltos, los canteros eran especialistas en rectificar sus obras sobre la marcha. Nótese las dos serpientes que cuelgan de la parte superior.



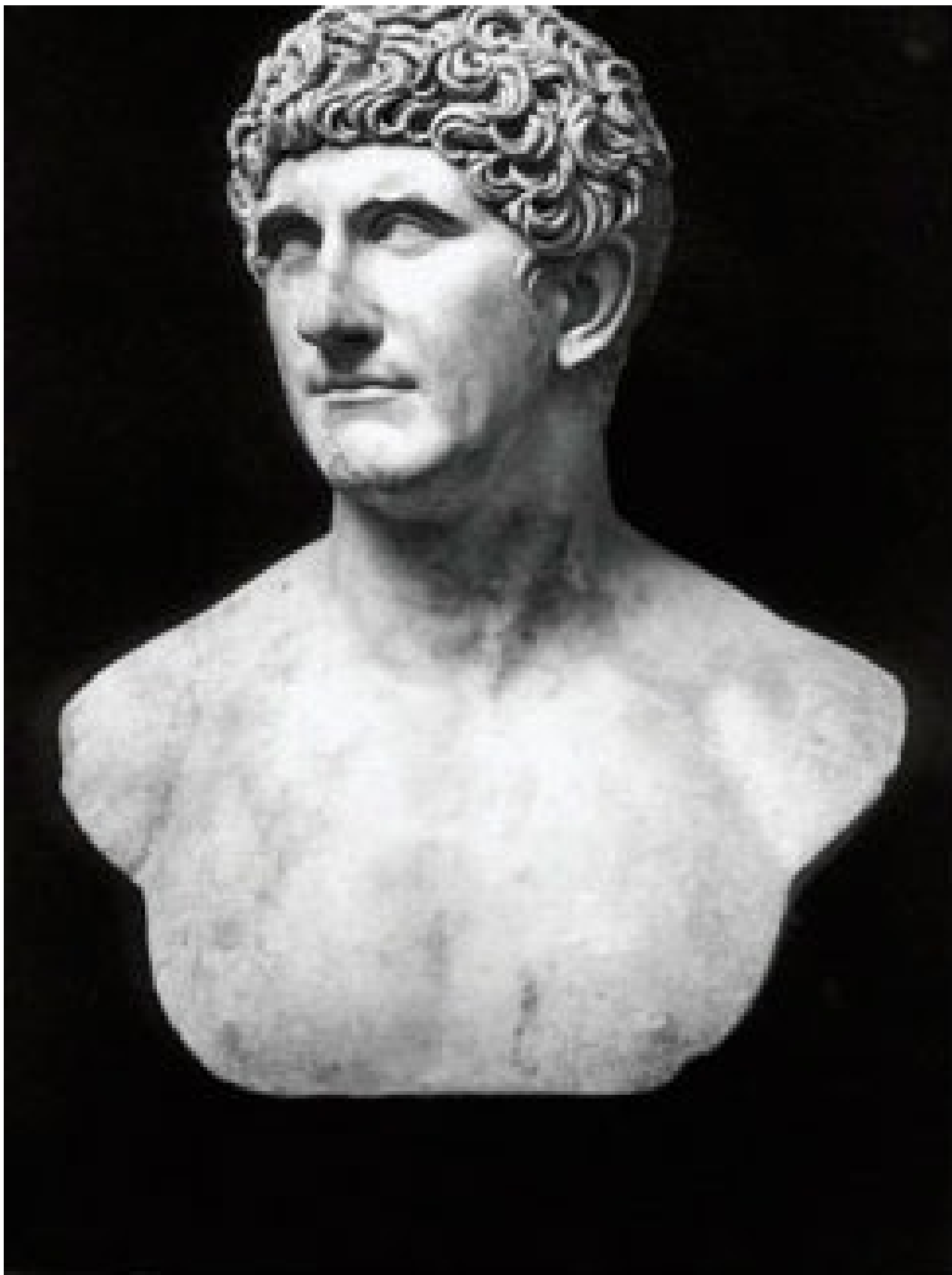
Estela que conmemora la muerte del toro Bujis —encamación terrena del dios de la guerra—, en febrero del año 180 a. C. De pie delante del toro, y a la altura de sus ojos, vemos al tatarabuelo de Cleopatra, que pina una ofrenda; la esposa del rey, Cleopatra I, aparece nombrada en los jeroglíficos, pero no está representada. El toro había vivido casi quince años, pero el escriba se equivoca y sin darse cuenta acorta la vida del sacro animal. La estela debía de estar ya en su lugar cuando Cleopatra viajó al sur para instalar al nuevo toro Bujis en el año 51.



César con una guirnalda de flores, una especialidad alejandrina, de las que se confeccionaban cientos con ocasión de los banquetes de la ciudad. Asimismo, luce una toga griega, prendida sobre el hombro, y una corona de laurel. Los detalles del retrato —por ejemplo el hundimiento de las mejillas— suscribe la hipótesis de que data de cuando las celebraciones que siguieron a la guerra de Alejandría y la primavera del cruce por el Nilo.



Busto de César, insólitamente expresivo, labrado tras su muerte y en el que se lo representa con más pelo del que tenía en el momento de conocer a Cleopatra. La amplia frente aparece ya surcada de arrugas, y las mejillas, hundidas, empiezan a formarle pliegues a los lados de la boca. Suetonio aplaude las memorias de César por ser «escuetas, directas y llenas de encanto». También son totalmente interesadas. En ellas menciona a la reina de Egipto, madre de su único hijo varón, una sola vez.



Marco Antonio, cuyos varoniles rasgos confirman su supuesta descendencia de Hércules. Audaz, e insensato, alegre y crédulo, ganó gran fama como comandante. Sus hombres lo adoraban, nos dice Plutarco, «por su nobleza de casta, la fuerza de convicción de su discurso, su sencillez, la afabilidad que mostraba en sus bromas y en sus conversaciones».



Elegante retrato de Antonio en jaspe rojo, de sus tiempos con Cleopatra. Destacan el poderoso cuello, la densa melena y la nariz de boxeador. Nos ha llegado otro retrato similar hecho en amatista.

Las representaciones más exactas de Cleopatra se hallan en las monedas. Tanto eran admiradas y examinadas que hacían las veces de folleto de propaganda.

Moneda de bronce acuñada por Cleopatra en Chipre, en el año 47 o principios del 46 a. C., para conmemorar el nacimiento de Cesarión. La imaginería remite a Afrodita lo mismo que a Isis.

Cleopatra luce una amplia diadema y sujeta en brazos a Cesarión; el cetro sobresale algo torpemente por la espalda



Moneda de bronce de 50 dracmas acuñada en Alejandría. Cleopatra reintrodujo este metal, que llevaba tiempo fuera de circulación, e incorporó por primera vez marcas de denominación. Con independencia de su peso, la moneda valía lo que ella decía que valía, medida que obraba en su beneficio



Tetradracma de plata del año 36 a. C., acuñado en Antioquía, en la que se anuncia la alianza política de Antonio y Cleopatra. Con un guiño a Isis, la reina se identifica como «Reina Cleopatra, Nueva Diosa». Luce un magnífico collar de perlas, así como perlas en el pelo, detalle con el que pone a prueba la pericia del grabador. Presenta una asombrosa similitud con Marco Antonio, o viceversa.



Tetradracma de plata de Ascalón, en Judea, ciudad que nunca estuvo bajo gobierno de Cleopatra. Acuñada probablemente como prueba de adhesión a su restauración, puede fecharse entre los años 50 y 49 a. C., los años de exilio de la joven Cleopatra. La moneda da fe de su poder; fueron muchas las ciudades de fuera de su reino que emitieron moneda en su honor. En los labios muestra una leve sonrisa.





Rema ptolemaica con la tradicional corona con las cobras, el disco solar y los cuernos de vaca. Luce varios collares y un sencillo vestido tubo. Se trata, presumiblemente, de Cleopatra con las ropas de Isis, lo que explicaría la perspectiva frontal del pecho derecho. Reproducidos en bustos y joyas, los rasgos de Cleopatra eran bien conocidos por su pueblo.



Mujer con vestido griego, amplia diadema anudada y corona con cobra egipcia. Aun cuando no revistiera estos rasgos ya familiares, sería difícil no tomarla por Cleopatra. La imagen esta labrada en vidrio azul; las cobras portan discos solares.

Cleopatra y (delante de ella) Cesarión con ofrendas para los dioses, en la pared sur del templo de Hathor en Dendera. Se cree que Cesarión tiene aquí entre ocho y once años; Cleopatra, astutamente, aparece detrás del hijo de César. Se ha señalado que no es casual que los dos acudan a Hathor: también la diosa estaba casada con un dios no residente, cuyo reino se halla en otro lugar. Eficaz instrumento de propaganda, este enorme bajorrelieve ocupa toda la sección inferior de la pared trasera del templo.



Cicerón, el gran orador, a la edad en que debió de conocerlo Cleopatra. «Detesto a la reina», dijo una vez ésta hubo abandonado Roma. Cicerón no toleraba a las mujeres capaces de hacer «que la gente se riera de sí misma» como él. En especial le molestaba su arrogancia, si bien para entonces Cicerón era conocido como «el mayor fanfarrón vivo».



Estatua de bronce del joven Octaviano, el implacable y resuelto rival de la reina, seis años menor que ella. Tras derrotar a la reina se encargó de que sus estatuas reemplazaran a las de Cleopatra en todo Egipto.

Octavia, hermanastra de Octaviano y cuarta esposa de Antonio. «Portentosa mujer», crio a los tres hijos vivos de Cleopatra tras el suicidio de esta.





Mosaico del siglo II o principios del I hallado en un yacimiento cerca del palacio de Cleopatra. Representa un perro doméstico (lleva collar) y su expresión inocente tras haber tirado la jarra de bronce y madera es más o menos la misma hoy que hace dos mil años.



Pendientes del siglo II o III a. C. en forma de corona egipcia con discos solares de los que sobresalen plumas blancas y negras. Las joyas de Cleopatra debían de ser ostentosas piezas elaboradas en oro, con añadidos de coral y cornalina, lapislázuli, amatista y perlas. Los Ptolomeos se esforzaban por superar en riqueza a todos los monarcas, empresa sencilla gracias a los caudales que llegaban «a su opulenta casa cada día de todas partes».



Moneda emitida para conmemorar la anexión de Egipto por parte de Roma. Octaviano aparece en el anverso, la leyenda señala: «Egipto capturado».

## Nota capítulo 1

Las piezas y los cabos sueltos diseminados por la historia de Cleopatra han obrado el paradójico efecto de provocarnos una avidez insaciable. A la literatura acumulada durante siglos acerca de la última reina de Egipto hay que sumar el impulso reciente de la erudición helenística; el simple compendio de las fuentes secundarias requeriría todo un volumen de dimensiones considerables. Nada más lejos de mi propósito escribirlo. Las notas de principio de capítulo señalan los textos básicos donde se sintetizan materiales dispersos. Los volúmenes que han determinado la forma final del presente libro —aquellos que con mayor frecuencia he sacado del estante— figuran en la bibliografía selecta. Dichos textos se citan por el apellido del autor y el año de publicación. Las fuentes primarias y las revistas aparecen únicamente en las notas. Las notas al pie se limitan a elaborar ciertos temas con mayor profundidad.

Salvo cuando se indica lo contrario, las traducciones del griego y el latín proceden de la Loeb Classical Library, con tres excepciones de tipo general: para Apiano y para la *Guerra civil* de César me he servido de las fluidas versiones de John Carter (Penguin, 1996, y Oxford 1998, respectivamente). Para Lucano, he recurrido a la de Susan H. Braund, aparecida en Oxford University Press en 2008. Allí donde las traducciones se alejan del texto publicado, estoy en deuda con Inger Kuin, quien ha esclarecido los pasajes enrevesados y conciliado aquellos que parecían contradictorios.<sup>[\*]</sup> Abrevio Cleopatra VII, Julio César y Marco Antonio como C, CR, y A. Las fuentes principales aparecen citadas como sigue:

- Adulador:** Plutarco, «Cómo distinguir a un adulator de un amigo», en *Obras morales y de costumbres (Moralia)*
- AJ:** Flavio Josefo, *Antigüedades judías*
- Apiano:** Apiano, *Historia de Roma*
- Ateneo:** Ateneo de Náucratis, *Banquete de los eruditos*
- Augusto:** Augusto, *Res gestae divi Augusti*
- Cicerón:** Cicerón, *Cartas*
- DA:** Suetonio, «El divino Augusto», en *Vidas de los doce césares*
- Dión:** Dión Casio, *Historia romana*
- Diodoro:** Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*
- DJ:** Suetonio, «El divino Julio», en *Vidas de los doce césares*
- Estrabón:** Estrabón, *Geografía*
- Floro:** Floro, *Epítome de la historia de Tito Livio*
- GA:** Julio César, *Guerra de Alejandría*
- GC:** Julio César, *Guerra civil*
- GJ:** Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*



<b>HN:</b>	Plinio, <i>Historia natural</i>
<b>JC:</b>	Plutarco, «César», en <i>Vidas paralelas</i>
<b>Lucano:</b>	Lucano, <i>Farsalia</i>
<b>MA:</b>	Plutarco, «Antonio», en <i>Vidas paralelas</i>
<b>ND:</b>	Nicolás de Damasco, <i>Vida de Augusto</i>
<b>Pausanias:</b>	Pausanias, <i>Descripción de Grecia</i>
<b>Pompeyo:</b>	Plutarco, «Pompeyo», en <i>Vidas paralelas</i>
<b>Quintiliano:</b>	Quintiliano, <i>Sobre la formación del orador</i>
<b>Valerio:</b>	Valerio Máximo, <i>Dichos y hechos memorables</i>
<b>VP:</b>	Veleyo Patérculo, <i>Historia romana</i>

El título procede de Floro, 2, 21, 11.

## Nota capítulo 2

### UN CADÁVER NO MUERDE

Sobre el «extraño furor» (Cicerón a Tirón, 146 [XVI, 12], 27 de enero del 49) de las guerras civiles romanas: Apiano, JC, Dión, Floro, Plutarco. El retrato de CR está tomado de Suetonio. Para un punto de vista distinto sobre la remoción de C del poder, véase Cecilia M. Peek, «The Expulsion of Cleopatra VII», en *Ancient Society*, n.º 38 (2008), pp. 103-135. Peek sostiene que C no fue depuesta hasta la primavera del año 48.

Entre las fuentes clásicas que tratan de Alejandría, me he basado fundamentalmente en Amiano Marcelino, Aquiles Tacio, Arriano, Diodoro, Estrabón, Filón (sobre todo *La vida contemplativa, Sobre los sueños, Embajada a Gayo*), Plinio, Plutarco, Polibio, y Teócrito. Josefo procede a la descripción del templo y el palacio de Herodes en GJ, 5, 173-225; el de C sólo podía superarlo en opulencia. Ateneo (5, 195-197) facilita detalles sobre la decoración. Con pinzas he tomado las descripciones palaciegas de Lucano y Aristeas. Entre las reconstrucciones modernas pueden verse: Inge Nielsen, *Hellenistic Palaces: Tradition and Renewal*, Aarhus University Press, Aarhus, 1999, y Maria Nowicka, *La maison privée dans l'Égypte ptolémaïque*, Wydawnictwo Polskiej Akademii Nauk, Breslavia, 1969.

Para testimonios modernos sobre Alejandría: el sobresaliente libro de Pascale Ballet, *La vie quotidienne à Alexandrie*, Hachette, París, 1999; Diana Delia, «The Population of Roman Alexandria», en *Transactions of the American Philological Association*, n.º 118 (1988), pp. 175-192; Jean-Yves Empereur, *Alexandria: Jewel of Egypt*, Abrams, Nueva York, 2002; E. M. Forster, *Alexandria: A History and a Guide*, André Deutsch, Londres, 2004 [traducción castellana de Ubaldo Gutiérrez Martínez y Adolfo Torres Franco: *Alejandría: Historia y guía*, Almed, Granada, 2008]; Franck Goddio, *Alexandria: The Submerged Royal Quarters*, Periplus, Londres, 1998; William LaRiche, *Alexandria: The Sunken City*, Weidenfeld, Londres, 1996; el exquisito libro de John Marlowe *The Golden Age of Alexandria*, Gollancz, Londres, 1971; las conferencias del Simposio J. Paul Getty, 22-25 de abril de 1993, aparecidas como *Alexandria and Alexandrianism*, The J. Paul Getty Museum, Malibu, 1996; Justin Pollard y Howard Reid, *The Rise and Fall of Alexandria: Birthplace of the Modern Mind*, Viking, Nueva York, 2006; J. Pollitt, *Art in the Hellenistic Age*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986 [traducción castellana de Consuelo Luca de Tena: *El arte helenístico*, Nerea, San Sebastián, 1998]; Paul Edmund Stanwick, *Portraits of the Ptolemies: Greek Kings as Egyptian Pharaohs*, University of Texas Press, Austin, 2002; Theodore Vrettos, *Alexandria: City of the Western Mind*, Free Press, Nueva York, 2001. Sobre el trazado de la ciudad, W. A. Daszweski, «Notes on Topography of Ptolemaic

Alexandria», Mieczysław Rodziewicz, «Ptolemaic Street Directions in Basilea (Alexandria)» y Richard Tomlinson, «The Town Plan of Hellenistic Alexandria», en *Alessandria e il Mondo Ellenistico-Romano*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 1995; y el iluminador ensayo de Barbara Tkaczow, *The Topography of Ancient Alexandria*, Travaux du Centre d'Archéologie Méditerranéenne, Varsovia, 1993.

Sobre la educación, «adorno en la prosperidad y refugio en la adversidad» según Aristóteles: Cicerón, en especial *Bruto* y *Sobre el orador*; Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*; Suetonio, *De grammaticis et rhetoribus*; Quintiliano, *Ejercicios*; Luciano, *Sobre los que están a sueldo*. Sobre los asuntos aptos para tratar en discurso, Quintiliano, 3, 8, 48-70 y Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, 88, 6-9. Entre las fuentes modernas: Stanley F. Bonner, *Education in Ancient Rome*, University of California Press, Berkeley, 1977 [traducción castellana de José M.<sup>a</sup> Domènech: *La educación en la Roma Antigua*, Herder, Barcelona, 1984]; Alan K. Bowman y Greg Woolf, eds., *Literacy and Power in the Ancient World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994 [traducción castellana de Alcira Nélica Bixio: *Cultura escrita y poder en el mundo antiguo*, Gedisa, Barcelona, 2000]; especialmente destacable por su tratamiento de los ejercicios retóricos resulta M. L. Clarke, *Higher Education in the Ancient World*, Routledge, Londres, 1971; las excelentes obras de Raffaella Cribiore, en concreto *Gymnastics of the Mind*, Princeton University Press, Princeton, 2001; Bernard Legras, «L'enseignement de l'histoire dans les écoles grecques d'Égypte», en *Akten des 21. Internationalen Papyrologenkongresses*, Berlín, 1995, Teubner, Stuttgart, 1997, pp. 586-600; el soberbio ensayo de H. I. Marrou, *A History of Education in Antiquity*, University of Wisconsin Press, Madison, 1956 [traducción castellana de Yago Barja de Quiroga: *Historia de la educación en la Antigüedad*, Akal, Tres Cantos, 2004]; Teresa Morgan, *Literate Education in the Hellenistic and Roman Worlds*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998; Rawson, 1985.

Sobre los matrimonios ptolemaicos y la endogamia: Chris Bennett, «Cleopatra V Tryphaena and the Genealogy of the Later Ptolemies», en *Ancient Society*, n.º 28 (1997), pp. 39-66; Elizabeth Carney, «The Reappearance of Royal Sibling Marriage in Ptolemaic Egypt», en *La Parola del Passato*, n.º XLII (1987), pp. 420-439; a destacar Keith Hopkins, «Brother-Sister Marriage in Roman Egypt», en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 22, n.º 3 (1980), pp. 303-354; Daniel Ogden, *Polygamy, Prostitutes and Death: The Hellenistic Dynasties*, Duckworth, Londres, 1999; Brent D. Shaw, «Explaining Incest: Brother-Sister Marriage in Graeco-Roman Egypt», en *Man*, vol. 27, n.º 2 (1992), pp. 267-99.

En relación con esto, sobre las mujeres en el Egipto ptolemaico: Roger S. Bagnall, «Women's Petitions in Late Antique Egypt», en *Hellenistic and Roman Egypt: Sources and Approaches*, Ashgate Publishing, Burlington, VT, 2006; Bagnall y Cribiore, 2006; J. P. V. D. Balsdon, *Roman Women: Their History and Habits*, Bodley Head, Londres, 1962; Joan B. Burton, *Theocritus's Urban Mimes: Mobility*,

*Gender, and Patronage*, University of California Press, Berkeley, 1995, pp. 147-155; Elaine Fantham *et al.*, *Women in the Classical World*, Oxford University Press, Nueva York, 1994; Mary R. Lefkowitz y Maureen B. Fant, *Women's Life in Greece and Rome*, Duckworth, Londres, 1992; Nori-Lyn Estelle Moffat, *The Institutionalization of Power for Royal Ptolemaic Women*, tesis de máster, Clemson University, 2005; Kyra L. Nourse, *Women and the Early Development of Royal Power in the Hellenistic East*, tesis doctoral, University of Pennsylvania, 2002; Pomeroy, 1990; Claire Préaux, «Le statut de la femme à l'époque hellénistique, principalement en Égypte», *Recueils de la Société Jean Bodin III* (1959), pp. 127-175 ; Rowlandson, 1998. Sobre los matrimonios tardíos, Donald Herring, «The Age of Egyptian Women at Marriage in the Ptolemaic Period», en *American Philological Association Abstracts* (1988), p. 85.

Para el título, Pompeyo, 77; Plutarco, «Bruto», 33.

## Nota capítulo 3

### CLEOPATRA CONQUISTA AL VIEJO CON SUS HECHIZOS

Para la guerra de Alejandría, véanse Apiano, Dión, CR, Lucano y Plutarco, con precaución. La primera fuente moderna sigue siendo Paul Graindor, *La guerre d'Alexandrie*, Société Anonyme Egyptienne, Cairo, 1931. Nótese que el único relato contemporáneo de la guerra es el de CR y sus colaboradores.

Nadie se ha ocupado de Auletes y sus tribulaciones mejor que Mary Siani-Davies, sobre todo en «Ptolemy XII Auletes and the Romans», en *Historia*, n.º 46 (1997), pp. 306-340; reimpresso, con modificaciones, en *Cicero's Speech: Pro Rabirio Postumo*, Clarendon Press, Oxford, 2001, pp. 1-38. Véase asimismo Dión, 39, 13-15 y 54-59; Herwig Maehler, «Egypt under the Last Ptolemies», en *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, n.º 30 (1983), pp. 1-19. Sobre la restauración: Dión, Plutarco y, más señaladamente, Cicerón; el ejemplar «The Egyptian Question in Roman Politics» de Israel Shatzman, en *Latomus*, n.º 30 (1971), pp. 363-369; Richard S. Williams, «*Rei Publicae Causa*: Gabinius's Defense of His Restoration of Auletes», en *Classical Journal*, vol. 81, n.º 1 (1985), pp. 25-38.

Para la estancia de CR en Egipto y el crucero por el Nilo: Apiano, Diodoro, Dión, Estrabón, Plinio, Suetonio y Tácito. Me he basado en gran parte en un notable trabajo de Victoria Ann Foertmeyer, *Tourism in Graeco-Roman Egypt*, tesis doctoral, Princeton University, 1989. Asimismo: Abdullatif A. Aly, «Cleopatra and Caesar at Alexandria and Rome», en *Roma e l'Egitto nell'Antichità Classica*, Atti del I Congresso Internazionale Italo-Egiziano (1989), pp. 47-61; Lionel Casson, 1974, pp. 256-291; Casson, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1971; T. W. Hillard, «The Nile Cruise of Cleopatra and Caesar», en *Classical Quarterly*, vol. 52, n.º 2 (2002), pp. 549-554; Louis E. Lord, «The Date of Julius Caesar's Departure from Alexandria», en *Journal of Roman Studies*, n.º 28 (1930), pp. 19-40; J. Grafton Milne, «Greek and Roman Tourists in Egypt», en *Journal of Egyptian Archeology*, vol. 3, n.º 2/3 (1916), pp. 76-80; Neal, 1975, pp. 19-33; Thompson, «Hellenistic Royal Barges», conferencia inédita, Atenas, 2009. Sobre la finalidad del viaje: Willy Clarysse, «The Ptolemies Visiting the Egyptian Chora», en *Politics, Administration and Society in the Hellenistic and Roman World*, ed. Leon Mooren, Bertinoro Colloquium, Peeters, Lovaina, 2000, pp. 33-40. Sobre vientos, clima, flora y fauna, véase el vívido libro de Sophia Poole, *The Englishwoman in Egypt*, The American University in Cairo Press, Cairo, 2003. Sobre la narración de la visita de Lucio Mumio en el siglo II: George Milligan, ed., *Selections from the Greek Papyri*, Cambridge University Press, Cambridge, 1910, pp. 29-31.

El título es una variación sobre Lucano, v. 360.

## Nota capítulo 4

### NUNCA LA EDAD DE ORO FUE LA EDAD PRESENTE

Cicerón, Plinio y Plutarco son guías indispensables para entender Roma y a sus habitantes. Por lo que se refiere a los viajes, me he servido de la erudición de Lionel Casson y, sobre todo, de su libro *Travel in the Ancient World*; véase asimismo el volumen profusamente ilustrado de Michel Reddé y Jean-Claude Golvin, *Voyages sur la Méditerranée romaine*, Actes Sud, París, 2005. Sobre C en Roma, véase el demoledor ensayo de Erich Gruen, «Cleopatra in Rome: Facts and Fantasies», en *Myth, History and Culture in Republican Rome*, ed. David Braund y Christopher Gill, University of Exeter Press, Exeter, 2003; Edmond Van't Dack, «La Date de C. Ord. Ptol. 80-83 = BGU VI 1212 et le séjour de Cléopâtre VII à Rome», en *Ancient Society*, n.º 1 (1970), pp. 53-67. Eusebio testimonia la inevitable comitiva en 183, 30, lo mismo que Horacio, quien se lamenta de la infranqueable barrera de asistentes que rodea a una aristócrata en *Sátiras*, 1, 2, vv. 95-100.

Sobre la administración de Egipto y la maquinaria ptolemaica: Bagnall y Derow, 1981, pp. 253-255; Bingen, 2007, pp. 156-255; Bowman, 1986; R. A. Hazzard, *Imagination of a Monarchy: Studies in Ptolemaic Propaganda*, University of Toronto Press, Toronto, 2000; Maehler, 1983; Leon Mooren, «La hiérarchie de cour ptolémaïque», en *Studia Hellenistica*, n.º 23, Lovaina, 1977; Mooren, 2000; Dominic Rathbone, «Ptolemaic to Roman Egypt: The Death of the Dirigiste State?», en *Production and Public Powers in Classical Antiquity*, Cambridge Philological Society, n.º 26 (2000), pp. 4-54; Geoffrey Rickman, *The Corn Supply of Ancient Rome*, Clarendon Press, Oxford, 1980; Michael Rostovtzeff, *A Large Estate in Egypt in the Third Century BC*, University of Wisconsin Studies, Madison, 1922; *Select Papyri: Public Documents*, vol. II, Harvard University Press, Cambridge, 1995; Raphael Taubenschlag, *The Law of Graeco-Roman Egypt in the Light of the Papyri*, Panstwowe Wydawnictwo Naukowe, Varsovia, 1955; D. J. Thompson, «Nile Grain Transport under the Ptolemies», en *Trade in the Ancient Economy*, ed. Peter Garnsey *et al.*, Chatto & Windus, Londres, 1983, pp. 64-75. Ricketts, 1980, pp. 114-136, ofrece un preciso y sabroso resumen de los papiros, ostraca e inscripciones del reinado de C.

Sobre Roma y sus costumbres: Cicerón, Estrabón, Horacio, Juvenal, Marcial y Plinio. Entre las fuentes modernas: Balsdon, *Life and Leisure in Ancient Rome*, Bodley Head, Londres, 1969; Casson, *Everyday Life in Ancient Rome*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1998; el colorido libro de Florence Dupont, *Daily Life in Ancient Rome*, Blackwell, Oxford, 1993; Luc Duret y Jean-Pierre Neraudau, *Urbanisme et metamorphoses de la Rome antique*, Belles Lettres, París, 2001; Otto

Kiefer, *Sexual Life in Ancient Rome*, Dorset Press, Nueva York, 1993; Thomas Wiedemann, *Adults and Children in the Roman Empire*, Routledge, Londres, 1989; T. P. Wiseman, *Catullus and His World: A Reappraisal*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

Sobre CR: Matthias Gelzer, *Caesar: Politician and Statesman*, Blackwell, Oxford, 1968; Adrian Goldsworthy, *Caesar: Life of a Colossus*, Yale University Press, New Haven, 2006 [traducción castellana de Teresa Martín Lorenzo: *César: la biografía definitiva*, Esfera de los Libros, Madrid, 2008]; Christian Meier, *Caesar: A Biography*, MJF Books, Nueva York, 1982; Stefan Weinstock, *Divus Julius*, Oxford University Press, Londres, 1971; Maria Wyke, *Caesar: A Life in Western Culture*, University of Chicago Press, Chicago, 2008; Zwi Yavetz, *Julius Caesar and His Public Image*, Cornell University Press, Ithaca, 1983.

El título del capítulo está sacado del *Poor Richard's Almanack* de Benjamin Franklin (1750).



## Nota capítulo 5

### EL HOMBRE ES POR NATURALEZA UN ANIMAL POLÍTICO

Sobre el clima político de Roma en general, pueden verse Apiano, Dión, Floro, Nicolás de Damasco, Plutarco y Suetonio, aunque el más elocuente, como de costumbre, es Cicerón. Sobre Cicerón, véanse Plutarco y Suetonio; para una semblanza actual, Everitt, 2003, y Elizabeth Rawson, *Cicero: A Portrait*, Bristol Classical Press, Londres, 2001. Sobre la lluvia de honores, Apiano, Cicerón y Dión. Para la geografía de la Roma oscura, la colina del Janículo, etcétera: Homo, 1951; Aly, 1989. Sobre C y la ciencia, Monica Green, *The Transmission of Ancient Theories of Female Physiology and Disease through the Early Middle Ages*, tesis doctoral, Princeton University, 1985, pp. 156-161 y 185-189; Albert Neuberger, *The Technical Arts and Sciences of the Ancients*, Kegan Paul, Londres, 2003; Margaret Ott, *Cleopatra VII: Stateswoman or Strumpet?*, tesis de máster, University of Wisconsin, Eau Claire, 1976; Okasha El Daly, «“The Virtuous Scholar”: Queen Cleopatra in Medieval Muslim Arab Writings», en Walker y Ashton, 2003, pp. 51-56.

Sobre los idus y su tradición: Ovidio, *Fastos*, 3, v. 523; Marcial, *Epigramas*, 4, 64. Para los idus del año 44: Apiano, 2, 111-119; Dión, 44; Floro, 2, 13, 95; ND, 25, 92, fr. 130, 19 y ss.; JC, 66-67; Plutarco, «Bruto», 14-18; MA, 13-14; DJ, 82; VP, 56. Cicerón refiere los datos más antiguos en *Sobre la adivinación*, 2, 9, 23. Véase igualmente Balsdon, «The Ides of March», en *Historia*, vol. 7 (1958), pp. 80-94; Nicholas Horsfall, «The Ides of March: Some New Problems», en *Greece & Rome*, vol. 21, n.º 2 (1974), pp. 191-199.

Para el título del capítulo: Aristóteles, *Política*, 1253a.

## Nota capítulo 6

### A MENUDO HAY QUE GIRAR LAS VELAS PARA LLEGAR A PUERTO

Sobre A, sus mujeres y sus matrimonios, véase el excelente ensayo de Eleanor Goltz Huzar, «Mark Antony: Marriages vs. Careers», en *Classical Journal*, vol. 81, n.º 2 (1985-1986), pp. 97-111; el indispensable Pelling, 1999, así como su *Plutarch and History: Eighteen Studies*, Duckworth, Londres, 2002. Sobre la llegada de C a Tarso: Plutarco, complementado con Ateneo. La imagen se completa con Apiano, que no obstante es parco en los detalles; Estrabón y Jenofonte (*Anábasis*, 1, 2, 23) describen la ciudad. Françoise Perpillou-Thomas compone un vivo retrato de las diversiones egipcias en «Fêtes d'Égypte ptolémaïque d'après la documentation papyrologique grecque», en *Studia Hellenistica*, vol. 31 (1993). La imagen de Herodes plasmada en el presente capítulo y el siguiente proviene principalmente de las obras de Flavio Josefo, tanto las AJ como la GJ. Algunas biografías modernas son: Michael Grant, *Herod the Great*, Weidenfeld, Londres, 1971; el excelente estudio de A. H. M. Jones, *The Herods of Judaea*, Clarendon Press, Oxford, 1967, y Samuel Sandmel, *Herod: Profile of a Tyrant*, Lippincott, Filadelfia, 1967.

El título del capítulo está sacado de una carta de Cicerón a Léntulo Espínter, 20 (1, 9), en diciembre del 54, vertida a partir de la (laxa) traducción de Boissier, 1970, p. 233. «Nunca en el gobierno de los grandes hombres de Estado ha sido motivo de elogio la obstinación permanente en la misma idea», explica Cicerón para justificar su cambio de filas.

## Nota capítulo 7

### OBJETO DE HABLADURÍAS EN EL MUNDO ENTERO

La mejor introducción al barroquismo oriental y su variopinta nómina de gobernantes es Sullivan, 1990. Sobre la política de A en Oriente, véase Albert Zwaenepoel, «La politique orientale d'Antoine», en *Études Classiques*, vol. 18:1 (1950), pp. 3-15; Lucile Craven, *Antony's Oriental Policy Until the Defeat of the Parthian Expedition*, University of Missouri, Columbia, 1920; Neal, 1975; A. N. Sherwin-White, *Roman Foreign Policy in the East*, Duckworth, Londres, 1984. Como en el capítulo anterior, los datos acerca de Herodes proceden de la vívida obra de Flavio Josefo. Sobre Antioquía, véase A. F. Norman, ed., *Antioch as a Centre of Hellenic Culture as Observed by Libanius*, Liverpool University Press, Liverpool, 2000; Libanio y Cicerón. Sobre los títulos y el patrimonio de C, Jean Bingen, «Cléopâtre VII Philopatris», en *Chronique d'Égypte*, vol. 74 (1999), pp. 118-123. Para las Donaciones, K. W. Meiklejohn, «Alexander Helios and Caesarion», en *Journal of Roman Studies*, vol. 24 (1934), pp. 191-195.

Sobre Octaviano: G. W. Bowersock, *Augustus and the Greek World*, Clarendon Press, Oxford, 1965; Everitt, 2006; Kurt A. Raaflaub y Mark Toher, eds., *Between Republic and Empire*, University of California Press, Berkeley, 1990.

## Nota capítulo 9

### AMORES ADÚLTEROS, HIJOS BASTARDOS

Sobre la guerra de propagandas: Dión, Plutarco y Suetonio. Entre los modernos estudios de las pruebas conservadas, véase M. P. Charlesworth, «Some Fragments of the Propaganda of Mark Antony», en *Classical Quarterly*, vol. 27, n.º 3-4 (1933), pp. 172-177; Joseph Geiger, «An Overlooked Item of the War of Propaganda between Octavian and Antony», en *Historia*, vol. 29 (1980), pp. 112-114; y Kenneth Scott, «The Political Propaganda of 44-30 BC», en *Memoirs of the American Academy in Rome*, xi (1933), pp. 7-49. Nadie ha dado una interpretación satisfactoria de la batalla de Accio, pero John Carter y William Murray son quienes más se acercan. Véase la concienzuda e ingeniosa reconstrucción de los hechos según Murray en «Octavian's Campsite Memorial for the Actium War», en William M. Murray y Photios M. Petsas, *Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 79, n.º 4 (1989), p. 1172; y Carter, 1970, así como las notas sobre el combate del mismo en *Cassius Dio: The Roman History*, Penguin, Nueva York, 1987, p. 266. Sobre la batalla, los vientos y el lugar: entrevistas con William Murray, 14 de octubre de 2009 y 3 de marzo de 2010. Véase asimismo W. W. Tarn, «The Battle of Actium», en *Journal of Roman Studies*, vol. 21 (1931), pp. 173-199; Casson, 1991. Sobre ND: Plutarco, *Charlas de sobremesa (Quaestiones convivales)*, 8, 4, 723; Bowersock, 1965, pp. 124-125 y 134-138, y Mark Toher, «The Terminal Date of Nicolaus's Universal History», en *Ancient History Bulletin*, vol. 1, n.º 6 (1987), pp. 135-138. Angelos Chaniotis aborda de forma magistral el tema de las mujeres y la guerra en *War in the Hellenistic World*, Blackwell, Oxford, 2005, pp. 110 y ss.

Para la estancia en Grecia, véanse los trabajos de Christian Habicht, sobre todo «Athens and the Ptolemies», en *Classical Antiquity*, vol. 11, n.º 1 (abril de 1992), pp. 68-90. Séneca, *Suasorias*, 1, 7, se hace eco de las sátiras contra A en Atenas.

El título procede de Lucano, 10, v. 76.

## Nota capítulo 9

### LA MUJER MÁS PERVERSA DE LA HISTORIA

Para los últimos días de C contamos casi exclusivamente con el testimonio de Dión y Plutarco; las contribuciones de Eusebio, Eutropio, Horacio, Suetonio y Veleyo son de tipo secundario. Por lo que respecta al tratamiento de la muerte de C en Plutarco, el análisis de Pelling, 2002, pp. 106 y ss., es especialmente fiable. Véase asimismo J. Gwyn Griffiths, «The Death of Cleopatra VII», en *Journal of Egyptian Archeology*, vol. 47 (diciembre de 1961), pp. 113-118; Yolande Gris , *Le suicide dans la Rome antique*, Bellarmin, Montreal, 1982; Saul Jarcho, «The Correspondence of Morgagni and Lancisi on the Death of Cleopatra», en *Bulletin of the History of Medicine*, vol. 43, n.º 4 (1969), pp. 299-325; W. R. Johnson, «A Queen, A Great Queen? Cleopatra and the Politics of Misrepresentation», en *Arion*, vol. VI, n.º 3 (1967), pp. 387-402; Gabriele Marasco, «Cleopatra e gli esperimenti su cavie umane», en *Historia*, vol. 44 (1995), pp. 317-325; Francesco Sbordone, «La morte di Cleopatra nei medici greci», en *Rivista Indo-Greco-Italica*, vol. 14 (1930), pp. 1-20; la ingeniosa cronología del fin de C según T. C. Skeat, «The Last Days of Cleopatra», en *Journal of Roman Studies*, vol. 13 (1953), pp. 98-100, y Tarn, 1931. Sobre el destino de los hijos de C, véase Meiklejohn, 1934.

Para una descripción pormenorizada del triunfo y las consecuencias de Accio, véase Robert Alan Gurval, *Actium and Augustus: The Politics and Emotions of Civil War*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1998.

Sobre el carácter duradero y cambiante de la imagen de C, así como su introducción en la mitología moderna: Mary Hamer, *Signs of Cleopatra*, Routledge, Londres, 1993; Lucy Hughes-Hallett, *Cleopatra: Histories, Dreams and Distortions*, Harper & Row, Nueva York, 1990; Richardine G. Woodall, *Not Know Me Yet? The Metamorphosis of Cleopatra*, tesis doctoral, York University, 2004; Wyke, 2002, pp. 195-320.

El título del capítulo remite a una cita de Cecil B. Demille aparecida en Michelle Lovric, *Cleopatra's Face*, British Museum Press, Londres, 2001, p. 83.



STACY SCHIFF (Massachusetts, EE. UU. - 26 de octubre de 1961). Escritora y periodista es colaboradora de medios como el *New York Times* y resultó ganadora de un Premio Pulitzer gracias a su excelente biografía de Vera Nabokov, esposa del escritor ruso Vladimir Nabokov.

# Notas

[1] Eurípides, *Helena*, v. 1615. <<



[2] AJ, 15, 101. <<

[3] Salustio, *Carta de Mitrídates*, 4, 69, 21. <<

[4] AJ, 13, 408, cf. 13, 430. <<

[5] Rowlandson, 1998, p. 322. <<

[6] Di3n, 58, 2, 5. <<

[7] Cicerón no sentía la menor estima por los pueblos orientales, al contrario: «Me aburren su ligereza, su adulación y sus espíritus, más pendientes de las circunstancias que de sus obligaciones». <<

[8] James Anthony Froude, *Caesar: A Sketch*, Scribner's, Nueva York, 1879, p. 446.

<<

[9] Pompeyo, 24. <<



[10] Más de ciento treinta años después de C, Flavio Josefo atacó la veracidad y los métodos de sus contemporáneos: «Recientemente algunos autores han escrito historias sin haber estado en los lugares de la acción y sin acercarse a sus actores, sino que, a partir de rumores, han reunido unos pocos datos y, con más desvergüenza que un beodo, los han adornado con el nombre de historia» (*Contra Apión*, 1, 46). Ahí mismo, arremete contra los antiguos griegos por presentar versiones contradictorias de los mismos hechos, yerro que él mismo comete poco después. <<

[11] La observación es de K. R. Bradley, en su introducción a *Suetonio, Lives of the Caesars I*, p. 14. <<

[12] Andrew Wallace-Hadrill, *Suetonius*, Bristol Classical Press, Londres, 2004, p. 19. Véase asimismo Fergus Millar, *A Study of Cassius Dio*, Oxford University Press, Oxford, 1999, p. 28. Sobre la práctica de extraer historias brillantes a partir de «casi nada», T. P. Wiseman, *Clio's Cosmetics: Three Studies in Greco-Roman Literature*, Bristol Phoenix Press, Bristol, 1979, pp. 23-53. Véase también Flavio Josefo, *Contra Apión*, 1, 24-25. Un lúcido Quintiliano apunta, en el siglo I d. C.: «[La historia] es la más cercana a los poetas, y en cierta manera es un poema sin la forma vinculante del verso». <<

[13] GJ, 1, 556. <<

[14] Daniel Ogden define la Edad Helenística como «el mundo griego sin los griegos», en *The Hellenistic World: New Perspectives*, Duckworth, Londres, 2002, p. x. <<

[15] Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, 1, 22, 4-1, 23, 3. <<

[1] Menandro, *The Doorkeeper*, en *Menander: The Plays and Fragments*, Oxford University Press, Nueva York, 2001, p. 264. <<

[2] Apiano, 2, 84. Sobre el fin de Pompeyo: Apiano, 2, 83-86; Dión, 62, 3-4; GC, 3, 103; Plutarco, «Pompeyo», 77. <<



[3] La comparación es de Floro, 2, 13, 5. <<

[4] Sobre la llegada de CR a Egipto: Apiano, 2, 89; Dión, 42, 6-8; GA, 1; JC, 48; Plutarco, «Pompeyo», 80, 5-6. <<

[5] GC, 3, 10. <<

[6] JC, 49; la mejor discusión acerca de la vuelta de C se encuentra en John Whitehorne, «Cleopatra's Caret», en *Atti del XXII Congresso Internazionale di Papirologia II* (1998), pp. 1287-1293. Sobre la geografía de la ruta costera, Alan H. Gardiner, «The Ancient Military Road between Egypt and Palestine», en *Journal of Egyptian Archeology*, vol. 6, n.º 2 (abril de 1920), pp. 99-116. Aquiles Tacio (3, 9) describe el trayecto entre Pelusio y Alejandría por el Nilo; véase asimismo Polibio (5, 80, 3). Entrevistas con Lionel Casson (18 de abril de 2009), John Swanson (10 de septiembre de 2008) y Dorothy Thompson (22 de abril de 2008). Roger Bagnall (declaración a la autora, 8 de junio de 2010) señala que C también pudo cruzar el delta por debajo de la línea costera, donde habría podido aprovechar la existencia de una carretera. <<

[7] Diodoro, 1, 30, 7. De forma similar en MA, 3. <<

[8] Dión, 42, 34, 6. <<

[9] Dión, 42, 34, 5. <<

[10] MA, 27; Di3n, 42, 34, 5. <<



[11] Dión, 42, 56, 1. <<

[12] Di3n, 42, 34, 5. <<

[13] Suetonio, citando a Curión, DJ, 52, 3. <<

[14] Dión, 42, 3, 3. <<

[15] C no es ni mucho menos la única que ha desarrollado una historia sexual con efectos retroactivos. Como dice Margaret Atwood a propósito de Jezabel, «resulta desconcertante el bagaje sexual que se atribuye a su figura, pues según el relato original ninguno de sus actos tiene la más remota connotación sexual, excepto el de maquillarse» («Spotty-Handed Villainesses: Problems of Female Bad Behavior in the Creation of Literature», en: <http://gos.sbc.edu/a/atwood.html>). <<

[16] Dión, 37, 55, 2. <<

[17] Hablando por boca de César, escribe Lucano (9, vv. 1069-1071): «Hubiera podido yo devolver al rey su favor y, a cambio de tal presente, habría enviado, Cleopatra, tu cabeza a tu hermano». <<

[18] GA, 70. <<



[19] Véase una inteligente reconstrucción de la tumba de Alejandro Magno y su localización en Andrew Chugg, «The Tomb of Alexander the Great in Alexandria», en *American Journal of Ancient History*, vol. 1, n.º 2 (2002), pp. 75-108. <<

[20] Sobre las estatuas, véase Robert Wyman Hartle, «The Search for Alexander's Portrait», en W. Lindsay Adams y Eugene N. Borza, eds., Philip II, *Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, University Press of America, Washington, DC, 1982, p. 164. <<

[21] Sobre la problemática genealogía ptolemaica, véase Bennett, 1997. Estrabón también trata la cuestión con elocuencia. En cuanto a la rebatible afirmación de que C podía descender de una familia de sacerdotes egipcios, véase Werner Huss, «Die Herkunft der Kleopatra Philopater», en *Aegyptus*, n.º 70 (1990), pp. 191-203. Sobre el precario poder de los Ptolomeos, Brian C. McGing, «Revolt Egyptian Style: Internal Opposition to Ptolemaic Rule», en *Archiv für Papyrusforschung*, n.º 43.2 (1997), pp. 273-314; Leon Mooren, «The Ptolemaic Court System», en *Chronique d'Égypte*, n.º LX (1985), pp. 214-222. Anna Swiderek retrata los continuos atentados familiares con tintes casi humorísticos en «Le rôle politique d'Alexandrie au temps des Ptolémées», en *Prace Historyczne*, n.º 63 (1980), pp. 105-115. <<

[22] François Chamoux, *Hellenistic Civilization*, Blackwell, Oxford, 2003, p. 135. <<

[23] También es posible que el nombre se debiera a su devoción por Dioniso (Bianchi, 1988, p. 156). <<

[24] Hopkins, 1980, p. 337. <<

[25] Para los negocios de las mujeres, véase Pomeroy, 1990, pp. 125-173. La estimación de un tercio es de Bowman, 1986, p. 98, y se debe en parte a herencias y dotes. <<

[26] Heródoto, 2, 35. Sobre las paradojas de Egipto, Diodoro, 1, 27, 1-2; Estrabón, 1, 2, 22 y 17, 2, 5; la imagen del país como mundo al revés se remonta a Sófocles. En general, para la imagen de Egipto en Grecia: Phiroze Vasunia, *The Gift of the Nile: Hellenizing Egypt from Aeschylus to Alexander*, University of California Press, Berkeley, 2001. <<



[27] Filón de Alejandría, *Embajada a Gayo*, 43, 338, traducción inglesa de C. D. Yonge, *The Works of Philo*, Hendrickson Publishers, Peabody, Massachusetts, 1993 [traducción castellana de Sofía Torallas Tovar: *Obras completas*, ed. José Pablo Martín, Trotta, Madrid, 2010, vol. V]. <<

[28] Según la reconstrucción de Bennett, 1997, pp. 39-66, Cleopatra VI Trifena era prima y no hermana de Auletes. <<

[29] Según algunas interpretaciones, la opositora, Cleopatra Selene, era en realidad madre de Auletes. Sea como fuere, el caso es que las mujeres de la saga no vacilaban a la hora de hacer pública su opinión, aunque para ello tuvieran que cruzar el mar. <<

[30] Ateneo, citado en Tarn y Griffith, 1959, p. 307. <<

[31] La observación es de Thompson, 1988, p. 78. <<

[32] La observación es de E. M. Forster, 2004, p. 34. <<

[33] Citado en Criore, 2001, p. 69. <<

[34] HN, 2, 4, 13. <<



[35] Heráclito, *Alegorías de Homero*, 1, 5. <<

[36] Cicerón, «Bruto», 15, 59. En palabras de Elizabeth Rawson: «El fin de la retórica tendía a ser la persuasión más que la verdad, de aquí que los extravagantes ejemplos escogidos por el orador en ciernes para demostrar su habilidad estimularan a menudo la ingenuidad más que la reflexión seria acerca de problemas importantes» (*Cicero: A Portrait*, Bristol Classical Press, Londres, 2001, p. 9). <<

[37] Sobre el asesinato de Pompeyo como tema de composición: Quintiliano, 7, 2, 6 y 3, 8, 55-58. <<

[38] El entrecomillado remite a Quintiliano, 2, 13, 16. Sobre el vocerío enloquecido, *Ibíd.*, 2, 10, 8. <<

[39] George Bernard Shaw, «Notes to Caesar and Cleopatra», en *Three Plays for Puritans*, Penguin, Nueva York, 2000, p. 249. <<

[40] Boccaccio, *Famous Women*, Harvard University Press, Cambridge, 2001, p. 363 [traducción castellana de Violeta Díaz-Corrales: *Mujeres preclaras*, Cátedra, Madrid, 2010, p. 319]. Boccaccio atribuye a C lo mejor de ambos mundos: dado que «seducía a todos los que quería con el arte del brillo de sus ojos y su facilidad de palabra, atrajo, en efecto, con poco esfuerzo al libidinoso emperador [CR] a su contubernio». <<

[41] Sobre los jeroglíficos: John Baines, «Literacy and Ancient Egyptian Society», *Man*, vol. 18, n.º 3 (1983), pp. 572-599. <<

[42] Las estimaciones sobre población se mueven entre los tres (Thompson, 1988), los seis (Walter Schiedel, *Death on the Nile*, Brill, Leiden, 2001) y los diez millones (Grant, 2004); los editores del volumen de Diodoro en la colección Loeb y Fraser (1972, vol. II, pp. 171-172) hablan de siete millones. En el siglo I d. C., Josefo estima que la población de Egipto, excluyendo Alejandría, era de 7,5 millones. Diodoro da para Alejandría una población de 500 000 habitantes, cosa plausible; Fraser prefiere un millón. Véase Roger S. Bagnall y Bruce W. Frier, *The Demography of Roman Egypt*, Cambridge University Press, Nueva York, 1994. <<



[43] Mostafa El-Abbadi, *The Life and Fate of the Ancient Library of Alexandria*, Unesco, París, 1990, p. 45 [traducción castellana de José Luis García-Villalba Sotos: *La antigua Biblioteca de Alejandría: vida y destino*, Amigos de la Biblioteca de Alejandría, Madrid, 1994]. <<

[44] Heródoto, 4, 183. <<

[45] MA, XXVII. <<

[46] Sobre la *koiné* de C y CR: entrevista con Dorothy Thompson, 22 de abril de 2008; Geoffrey C. Horrocks, *Greek: A History of the Language and Its Speakers*, Longman, Nueva York, 1997, pp. 33-108. <<

[47] Cicerón, citando a su abuelo, en *Sobre el orador*, 2, 66. <<

[48] Andrew Dalby, *Empire of Pleasures: Luxury and Indulgence in the Roman World*, Routledge, Londres, 2000, p. 123. <<

[49] Juvenal, *Sátiras*, 6, v. 200. <<

[50] Quintiliano, 1, 8, 6. En concreto, se refiere a Horacio. <<



[51] Citado en Lionel Casson, *Libraries in the Ancient World*, Yale University Press, New Haven, 2001, p. 78 [traducción castellana de María José Aubet Semmler: *Las bibliotecas del mundo antiguo*, Bellaterra, Barcelona, 2003]. <<

[52] Citado en M. I. Finley, *Aspects of Antiquity*, Chatto, Londres, 1968, p. 142 [traducción castellana de Antonio Pérez-Ramos: *Aspectos de la Antigüedad*, Ariel, Barcelona, 1975, p. 172]. <<

[53] Pompeyo, 55, 1-2. <<

[54] Salustio, *La conjuración de Catilina*, 25. Y Cicerón, elogiando a una buena matrona romana: «Jamás hubo asunto del cual creyera saber suficiente». Clemente de Alejandría da un listado de intelectuales femeninas en *Los Stromata* (4, 19), poniendo especial énfasis en destacar a las pasteleras. <<

[55] Sobre la biblioteca y el museo: Roger S. Bagnall, «Alexandria: Library of Dreams», en *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 146, n.º 4 (diciembre de 2002), pp. 348-362; El-Abbaddi, 1990; Andrew Erskine, «Culture and Power in Ptolemaic Egypt: The Museum and Library of Alexandria», en *Greece & Rome*, vol. 42, n.º 1 (abril de 1995), pp. 38-48; Fraser, I, 1972, p. 452; Roy MacLeod, *The Library of Alexandria*, Tauris, Londres, 2000. Frederic C. Kenyon es autor de una excelente guía sobre los rollos en sí: *Books and Readers in Ancient Greece and Rome*, Clarendon Press, Oxford, 1932. Según Kenyon, un volumen del *Banquete* de Platón podía medir siete metros de largo. <<

[56] Citado en Marrou, 1956, p. 145. <<

[57] DJ, 47. <<

[58] Manetón, *Historia de Egipto*, traducción castellana de César Vidal: Alianza, Madrid, 2003, frag. 21b (versión armenia de Eusebio). <<



[59] Lucano, 10, vv. 60-61. <<

[60] MA, 27, 3. <<

[61] Di6n, 42, 34, 4. El escritor bizantino del siglo VI Juan Malalas tambi6n ensalza su belleza. <<

[62] Boccaccio, citado en Walker y Higgs, 2001, p. 147. <<

[1] Quintiliano, 5, 2, 27. <<

[2] Plutarco, JC, 49. <<

[3] *Chronicle of John Malalas*, University of Chicago Press, Chicago, 1940, libros VIII-XVIII. <<

[4] Todas las citas en Di3n, 42, 34, 2-42, 35, 2. <<



[5] Plutarco, JC, 49. <<

[6] Floro, 2, 13, 55-56. <<

[7] A. B. Bosworth sugiere la idea de su agotamiento en «Alexander the Great and the Decline of Macedon», en *The Journal of Hellenic Studies*, n.º 106 (1986), pp. 1-12.

<<

[8] Di3n, 42, 35, 4. <<

[9] Cicerón, «Bruto», 80, 279. <<

[10] GC, 3, 109. <<

[11] Di3n, 42, 36, 3. <<

[12] Plutarco, JC, 49. <<



[13] GC, 3, 104. <<

[14] GC, 3, 109. <<

[15] Según un cronista (Estrabón, 17, 1, 11) las dos hermanas habían escapado juntas a Siria durante la anterior insurrección. <<

[16] Graindor, 1931, p. 79: «Elle n'eut pas été femme —et une femme de la race des Lâgides— si elle n'avait été à la fois jalouse et humiliée de la séduction qu'exerçait Cléopâtre sur César». <<

[17] Eurípides, *Orestes*, v. 805. <<

[18] Sobre la épica batalla de Mitrídates contra Roma, véase Philip Marzak, *Mithridates the Great: Rome's Indomitable Enemy*, Pen & Sword Library, Barnsley, 2008, y Adrienne Mayor, *The Poison King: The Life and Legend of Mithridates*, Princeton University Press, Princeton, 2010. <<

[19] Salustio, *Carta de Mitrídates*, 12, 17. <<

[20] Polibio, 5, 34. <<



[21] Ronald Syme, *The Roman Revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 2002, p. 260. [Traducción castellana de Antonio Blanco: *La revolución romana*, Crítica, Barcelona, 2010.] <<

[22] Acerca de Roma y los reyes vasallos, véase el espléndido ensayo de Richard D. Sullivan, *Near Eastern Royalty and Rome*, University of Toronto Press, Toronto, 1990. También David Braund, *Rome and the Friendly King*, St. Martin's, Nueva York, 1984; Anssi Lampela, *Rome and the Ptolemies of Egypt: The Development of Their Political Relations, 273-80 BC*, Societas Scientiarum Fennica, Helsinki, 1998; Mayor, 2010, que aborda la lucha paralela de Mitrídates; Willy Peremans y Edmond Van't Dack, «Sur les rapports de Rome avec les Lagides», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* (1972), pp. 660-667; Shatzman, 1971. Sobre el territorio de protección oficial, Hölbl, 2001, pp. 224-25. <<

[23] Di3n Cris3stomo, *Discursos*, 32, 69. <<

[24] GC, 3, 110. <<

[25] Clemente de Alejandría, «Exhortación a los griegos», 2, 33p. Sobre el incidente con el gato, Diodoro, I, 83. Por supuesto los gatos eran a la sazón una rareza en la parte norte del Mediterráneo, y adorarlos, una invitación al escarnio. Véanse, entre otros, Juvenal, 15, 1; Filón, «Sobre el decálogo», 16, 78-80 y «La vida contemplativa», 8; Flavio Josefo, *Contra Apión*, 2, 81. <<

[26] Cicerón a Léntulo, 13 (1, 2), 15 de enero del 56. <<

[27] *Ibíd.*, 12 (1, 1), 13 de enero del 56. <<

[28] MA, 3. <<



[29] Sobre la sucesión: Justino, Epítome de las «Historias filípicas» de Pompeyo Trogo, 16, 2 y ss.; Jean Bingen, «La politique dynastique de Cléopâtre VII», en *Comptes Rendus: Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, n.º 1 (1999), pp. 49-66; Lucia Criscuolo, «La successione a Tolemeo Aulete ed i pretesi matrimoni di Cléopâtre VII con i fratelli», en *Egitto e storia antica dall'ellenismo all'età araba*, CLUEB, Bolonia, 1989, pp. 325-339. A partir del examen de varios papiros con datación doble, Ricketts, «A Chronological Problem in the Reign of Cleopatra VIII», en *Bulletin of the American Society of Papyrologists*, vol. 16, n.º 3 (1979), pp. 213-217, postula la teoría de que C intentó eliminar a Ptolomeo XIII instalando a su hermano menor como consorte en la primavera del año 50. No cabe duda de que para entonces las relaciones con su hermano ya eran delicadas. Véase asimismo Ricketts, «A Dual Queenship in the Reign of Berenice IV», en *Bulletin of the American Society of Papyrologists*, n.º 27 (1990), pp. 49-60; T. C. Skeat (quien rechaza la corregencia de Auletes y Cleopatra), «Notes on Ptolemaic Chronology», en *Journal of Egyptian Archeology*, n.º 46 (dic. 1960), pp. 91-94; y (sobre el oscuro reinado de Berenice) John Whitehorne, «The Supposed Co-Regency of Cleopatra Tryphaeana and Berenice IV», en *Aktendes 21. Internationalen Papyrologenkongresses*, B. G. Teubner, Stuttgart, 1997, II, pp. 1009-1013. <<

[30] GA, 3, 110. <<

[31] Existe otra explicación posible para que Auletes eligiera a los hermanos. Heinen, 2009, pp. 35-36, baraja como hipótesis que el padre de C supo advertir la fuerte personalidad y las peligrosas ambiciones de su segunda hija y que accedió a la protección de Roma precisamente con el fin de neutralizarlas. <<

[32] Sobre Menfis, véase sobre todo El-Abbadi, 1990, p. 58, y Thompson, 1988. <<

[33] John D. Ray, «The Emergence of Writing in Egypt», en *World Archaeology*, vol. 17, n.º 3 (1986), p. 311. <<

[34] Séneca es el primero que menciona la quema de libros, que cifra en 40 000 volúmenes, número que en relaciones posteriores aumenta hasta alcanzar los 700 000 en el siglo IV d. C. Tanto Dión como Plutarco daban la biblioteca por desaparecida. La cuestión es controvertida y los eruditos llevan siglos ocupándose de ella; véase Fraser, 1972, I, pp. 334-335 y 476. Edward Alexander Parsons, *The Alexandrian Library: Glory of the Hellenistic World*, Elsevier, Nueva York, 1967. Will, 2003, p. 533, considera que la destrucción fue menor de lo que dice la leyenda. Para un compendio de las fuentes: <http://www.bede.org.uk/library.htm>. Según las estimaciones, 500 000 rollos requerirían 39,4 kilómetros de anaqueles o un edificio de dos pisos de 30,5 por 30,5 metros de planta. <<

[35] GA, 15. <<

[36] John Carter, *Introduction a Civil War*, Oxford University Press, Nueva York, 2008, p. xxix. Véase asimismo John H. Collins, «On the Date and Interpretation of the Bellum Civile», en *American Journal of Philology*, vol. 80, n.º 2 (1959), pp. 113-132. <<



[37] GA, 3. <<

[38] Di3n, 39, 58, 1-2. <<

[39] *Ibídem*, 42, 2. <<

[40] GA, 24. Heinen, 2009, pp. 106-113, interpreta la liberación de Ptolomeo por parte de CR como un acto de desesperación. Ignorante de que los refuerzos estaban en camino, CR no sabía aún que las tornas estaban a punto de volverse e intentaba ganar tiempo de forma desesperada. Sobre la constitución del ejército egipcio: Polibio, 5, 35, 13 y 5, 36, 3; G. T. Griffith, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1935; Marcel Launey, *Recherches sur les armées hellénistiques*, 2 vols., Boccard, París, 1949; Raphael Marrinan, *The Ptolemaic Army: Its Organisation, Development and Settlement*, tesis doctoral, University College, Londres, 1998. Marrinan sitúa un cuartel de tropas de élite en el perímetro del palacio o en sus proximidades. <<

[41] GA, 24. <<

[42] GA, 32. <<

[43] Gaston Boisser, *Cicero and His Friends*, Cooper Square Publishers, Nueva York, 1970, p. 185 [traducción castellana de Antonio Salazar: *Cicerón y sus amigos*, El Ateneo, Buenos Aires, 1944]. <<

[44] Volkmann, 1958, p. 75. <<



[45] GC, 3, 107. <<

[46] Así lo señala El-Abbadi, 1990, p. 151, quien se muestra plenamente convencido de que la biblioteca fue una víctima más de la guerra. <<

[47] GA, 33. <<

[48] Dión, 44, 46, 2. Véase también Cicerón a Ático, 226 (11, 15), 14 de mayo del 47, y 230 (11, 18), 19 de junio del 47. En el siglo IV a. C. Eusebio volvió sobre el tema, acusando a CR de restaurar a C en el trono «a cambio de favores sexuales» (Eusebio, 183, 2). <<

[49] JC, 48. <<

[50] Di3n, 42, 44. <<

[51] Pelling, 1999, p. 140. <<

[52] Como señala Braund, 1984, p. 79: «El astuto rey no reparaba en gastos cuando los romanos acudían a visitarlo». <<



[53] Di3n, 42, 44, 3. <<

[54] *Ibíd.*, 55, 15, 5-6. <<

[55] Diodoro, 17, 52, 4. El propio Cicerón lo admite en *Acerca de la ley agraria*, 2, 16, 44. <<

[56] Aquiles Tacio, 5, 1, 6. El autor era oriundo de la ciudad. <<

[57] Dión Crisóstomo, *Discursos*, 32, 20, citado en Gareth L. Steen, ed., *Alexandria: The Site and the History*, New York University Press, Nueva York, 1993, p. 58. <<

[58] Ateneo, 5, 196d. <<

[59] *Ibíd.*, 5, 453. <<

[60] El comentario es de Thompson en «Athenaeus's Egyptian Background», en David Braund y John Wikins, eds., *Athenaeus and His World*, University of Chicago Press, Chicago, 2000, pp. 83-84. Véase Ateneo, 6, 229d. <<



[61] Ateneo, 4, 129b. <<

[62] Sobre el vestuario de C: entrevista con Larissa Bonfante, 2 de febrero de 2009; entrevista con Norma Goldmann, 19 de octubre de 2009; Casson, 2001, pp. 24-25; Rowlandson, 1998, pp. 313-314; Stanwich, 2002, pp. 36-37; Dorothy Burr Thompson, *Ptolemaic Oinochoai and Portraits in Faience*, Clarendon Press, Oxford, 1973, pp. 29-30; Susan Walker y Morris Bierbrier, *Ancient Faces: Mummy Portraits from Roman Egypt*, British Museum Press, Londres, 1997, pp. 177-180; Walker y Higgs, 2001, p. 65. <<

[63] DJ, 52. De forma parecida en Frontino, *Strategematon*, 1, 1, 5. Plutarco presenta a CR bebiendo durante toda la noche para prevenirse contra cualquier posible intento de asesinato, JC, 48. <<

[64] Sobre el desfile dionisiaco: los mejores análisis de Ateneo, 5 197-203, se hallan en Rice, *The Grand Procession of Ptolemy Philadelphus*, Oxford University Press, Nueva York, 1983, y en Thompson, «Philadelphus's Procession: Dynastic Power in a Mediterranean Context», en Mooren, 2000, pp. 365-388. Thompson recalca que procesiones como ésta tenían por objeto unir al pueblo y promover un sentimiento de identidad cívica. Arriano, 28, señala las raíces dionisiacas del triunfo. <<

[65] Apiano, prólogo, 10 (traducción modificada). <<

[66] Ptolomeo VIII había intentado, sin éxito, cortejar a una (rica) romana, Cornelia, madre de los Gracos; así aparece en Plutarco, «Tiberio Graco», 1. <<

[67] Lucano, 10, vv. 359-360. <<

[68] Justino, Epítome de las «Historias filípicas» de Pompeyo Trogo. <<



[69] Plutarco, MA, 29. <<

[70] Plutarco, «Demetrio», 3. Por definición, el imperio hacía befa de las relaciones familiares e invitaba a «la desconfianza y al recelo». <<

[71] Di3n, 38, 38, 2. <<

[72] Lucano, 10, vv. 189-190. Egipto ejerció una fascinación no menor entre los griegos, tanto antes como después de C; para ellos era la tierra de los grandes misterios. Véase E. Marion Smith, «The Egypt of the Greek Romances», en *Classical Journal*, vol. 23, n.º 7 (abril de 1928), pp. 531-537. <<

[73] Robert Graves, introducción a Lucano, *Pharsalia: Dramatic Episodes of the Civil Wars*, Penguin, Nueva York, 1956, p. 13. <<

[74] Heinen, 2009, p. 127: «Diríase que el autor [de la Guerra de Alejandría] pretendía engañar a conciencia a sus lectores no sólo al intentar encubrir el viaje por el Nilo, sino al presentar la secuencia cronológica de los hechos de tal forma que el episodio no hubiera podido acontecer jamás». <<

[75] Carta del 112 a. C.; *Select Papyri*, II, 416 (traducido a partir de la versión inglesa de George Milligan). <<

[76] La fecha del crucero sigue siendo objeto de disputa. Lord, 1930, duda incluso de que tuviera lugar. <<



[77] Carta de Gustave Flaubert a su madre, 17 de noviembre de 1849 (traducción de Ricardo Cano Gaviria, *Cartas del viaje a Oriente*, Laertes, Barcelona, 1987). <<

[78] Ateneo, 5, 204e-206d. Véase asimismo Nowicka, 1969. <<

[79] Foertmayer, 1989, p. 235. <<

[80] Cicerón a Ático, 353 (13, 52), 19 de diciembre del 45. <<

[81] Nielsen, 1999, p. 136. <<

[82] Sobre los yerros de los historiadores: Heródoto para el cráneo; Diodoro para el medio ratón; Estrabón para los mellizos, los caparazones de tortuga, las serpientes de hierba y los pasmosos índices de fecundidad (15, 1, 22-23). De forma similar, NH, quien habla de ratones bípedos y de los embarazos abreviados (7, 3 y ss.). Muchas ideas proceden de Aristóteles (*Historia de los animales*, 7, 4); Aulo Gelio recoge el tema en *Noches áticas*, 10, 2. Dión Crisóstomo sitúa en el desierto a unas míticas devoradoras de hombres, medio serpientes, medio sirenas, en sus *Discursos*, 5, 24-27. Amiano Marcelino, en *Historias*, 22, 15, 14 y ss., se maravilla ante unas criaturas con aspecto de delfín que halla en el Nilo, unos hipopótamos «de una sagacidad superior a la de cualquier bestia irracional» y el ibis egipcio, ave que pone huevos con el pico.

<<

[83] Casson, *Everyday Life in Ancient Egypt*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2001, p. 142. <<

[84] Cornelio Nepote, «Eumenes», 3, 4. <<



[85] Apiano, 2, 90. <<

[86] Di3n, 42, 45, 1. <<

[87] Di3n, 42, 47, 2. <<

[1] Eurípides, *Andrómaca*, vv. 85-87. <<

[2] Sobre el silencio de César: Dión, 42, 3,3. En Roma todo el mundo daba por hecho que César perecería a manos de los egipcios, y de hecho algunos lo daban ya por muerto. Cicerón se muestra especialmente preocupado ante las dificultades de CR para abandonar África. <<

[3] Sobre los partos: Soranos, citado en Rowlandson, 1998, pp. 286-289; Joyce Tyldesley, *Daughters of Isis: Women of Ancient Egypt*, Viking, Nueva York, 1994, pp. 70-74 [traducción castellana de Roser Berdagué: *Hijas de Isis*, Mr Ediciones, Madrid, 1998]. <<

[4] Carta del s. III a. C., citada en I. M. Plant, ed., *Women Writers of Ancient Greece and Rome*, University of Oklahoma Press, Norman, 2004, pp. 79-80. Dada la tasa de mortalidad infantil, no era difícil encontrar nodrizas. <<

[5] Véase Keith Hopkins, «Contraception in the Roman Empire», en *Comparative Studies in Society*, vol. 8, n.º 1 (1965), pp. 124-151; Angus McLaren, *A History of Contraception*, Basil Blackwell, Londres, 1990 [traducción castellana de Vivian Samudio: *Historia de los anticonceptivos*, Minerva, Madrid, 1993]; Sarah B. Pomeroy, *Goddesses, Whores, Wives, and Slaves*, Schocken, Nueva York, 1975, pp. 167-169 [traducción castellana de Ricardo Lezcano: *Diosas, ramera, esposas, esclavas: Mujeres en la Antigüedad clásica*, Akal, Tres Cantos, 1990]; John M. Riddle, *Contraception and Abortion from the Ancient World to the Renaissance*, Harvard University Press, Cambridge, 1992. También Juvenal, *Sátiras*, 6, vv. 595-596; HN, 6, 42 y Sorano de Éfeso, 1, 60-65. <<



[6] Para un cuidado resumen de los argumentos contra el nacimiento de Cesarión, véase Balsdon, «Cleopatra: A Study in Politics and Propaganda by Hans Volkmann», en *Classical Review*, vol. 10, n.º 1 (marzo de 1960), pp. 68-71. Véase también la réplica de Heinen de 1969 al repudio de Cesarión por parte de J. Carcopino en 1937, reimpresa ahora en Heinen, 2009, pp. 154-175. Aquí, como en otros lugares, las fuentes antiguas son poco menos que inútiles: Suetonio (DJ, 52) duda de la paternidad pero consigna que CR permitió que el niño llevara su nombre. <<

[7] Diodoro describe la crecida del Nilo en 1, 36, 7. Para la flora y la fauna he recurrido a Poole, 2003. Sobre las condiciones del río: W. M. Flinders Petrie, *Social Life in Ancient Egypt*, Houghton Mifflin, Boston, 1923, pp. 129-168; Amelia B. Edwards, *A Thousand Miles Up the Nile*, Century, Londres, 1982, pp. 319 y ss. <<

[8] Sobre los regalos, véase Préaux, 1939, p. 394. Neal, 1975, sugiere que la coincidencia fue tan perfecta que pudo ser la propia C quien eligiera la fecha para anunciar el nacimiento. Ese año acuñó monedas de oro, hecho que sólo se dio dos veces durante su reinado. <<

[9] Sobre la asociación con Isis: Pelling, 1999, pp. 251-252; Ashton, 2008, p. 138. Véase asimismo Claire Préaux, *Le monde hellénistique*, Presses Universitaires de France, París, 1978, vol. II, pp. 650-655 [traducción castellana de Juan Faci Lacasta: *El mundo helenístico*, Labor, Barcelona, 1984]; Sarolta A. Takacs, *Isis and Serapis in the Roman World*, E. J. Brill, Leiden, 1995; R. E. Witt, *Isis in the Graeco-Roman World*, Cornell University Press, Ithaca, 1971. Sobre el destino de Isis en la ribera norte del Mediterráneo, véase sobre todo Sharon Kelly Heyob, *The Cult of Isis among Women in the Graeco-Roman World*, E. J. Brill, Leiden, 1975. <<

[10] Así en Valerio 1, 3, 41. <<

[11] Diodoro, 1, 27. Sobre Isis y las mujeres: Préaux, 1959, p. 127-175. Muchos autores han señalado la relación entre Isis y la Virgen María; Foertmayer, 1989, p. 279, refiere que todavía en el siglo XVI, un cardenal francés rompió una estatua en pedazos y descubrió que se trataba de una representación de Isis y no de la Virgen. <<

[12] Sobre el atuendo ceremonial: declaraciones de O. E. Kaper a la autora, 16 de marzo de 2010. <<

[13] Sobre el Estado y la clase sacerdotal: Thompson, 1988; Guy Weill Goudchaux, «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», en Walker y Higgs, 2001, pp. 128-141. Igualmente E. A. E. Reymond y J. W. B. Barns, «Alexandria and Memphis: Some Historical Observations», *Orientalia*, 46 (1977), pp. 1-33. Sobre la posibilidad de asilo, véase Kent J. Rigsby, *Asyilia: Territorial Inviolability in the Hellenistic World*, University of California Press, Berkeley, 1996. Sobre la jerarquía del templo: Gilles Gorré, «Les relations du clergé égyptien et des Lagides», en *Royaumes et cités hellénistiques des années 323-55 av. JC*, ed. Olivier Picard et al., SEDES, París, 2003, pp. 44-55. <<



[14] Sobre el privilegio de la sinagoga: Rigsby, 1996, pp. 571-572. <<

[15] Sobre la medición de las crecidas: HN, 10, 51, 60, donde trata del Nilo, y 5, 10, 58, sobre los niveles. Sobre el comportamiento del Nilo: Lewis, 1983, pp. 105-115 y Aquiles Tacio, 4, 11-15. A parte de éstos, Estrabón es el mejor guía del río. <<

[16] Véase Jacques Vandier, *La famine dans l'Égypte ancienne*, Arno Press, Nueva York, 1979, pp. 35 y ss.; así como Dorothy Thompson, «Nile Grain Transport under the Ptolemies», en Peter Garnsey *et al.*, eds., *Trade in the Ancient Economy*, Chatto & Windus, Londres, 1983, pp. 64-75. Heinen, en su artículo «Hunger, Misery, Power», reimpresso en 2009, pp. 258-287, señala que la clase dirigente también ganó puntos gracias a su benevolencia y que la gravedad de las crisis fue a menudo exagerada. Hacer hincapié en la miseria del pueblo equivalía a ensalzar la munificencia oficial.

<<

[17] Plutarco, «Sobre si el anciano debe intervenir en política», 790a. Siglos antes, Antígono Gónatas, rey macedonio particularmente lúcido, había informado a su hijo de que la realeza no era más que un «glorioso estado de esclavitud». Dión, 52, 10, 2, se expresa en términos parecidos: el destino del soberano consiste en «siempre velar y estar alerta, intervenir y sufrir en los asuntos más desagradables». <<

[18] Sobre la correspondencia: AJ, 12, 148; 12, 166 y 14, 306. <<

[19] Adulador, 71d. El preceptor que despertó de un golpe al somnoliento Ptolomeo V Epífanés recibió en agradecimiento un vaso de veneno. <<

[20] Sobre la burocracia, véase Peter van Minnen, «Further Thoughts on the Cleopatra Papyrus», en *Archiv für Papyrusforschung*, vol. 47 (2001), pp. 74-80, y Peter van Minnen, «An Official Act of Cleopatra», en *Ancient Society*, 30 (2000), pp. 29-34. <<

[21] Thompson, 1983, p. 71; también Christopher Haas, *Alexandria in Late Antiquity: Topography and Social Conflict*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2006, pp. 40-44. Sobre el funcionamiento de la economía en general: Rostovtzeff, 1998; Préaux, 1939; Tarn y Griffin, 1959; Thompson, 1988, y Dominic Rathbone, «Ptolemaic to Roman Egypt: The Death of the Dirigiste State?», en *Cambridge Philological Society*, vol. 26 (2000), pp. 44-54. <<



[22] Citado en M. M. Austin, *The Hellenistic World from Alexander to the Roman Conquest: A Selection of Source Materials in Translation*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981, p. 561. <<

[23] William Tarn, *Hellenistic Civilization*, Edward Arnold, Londres, 1959, p. 195. <<

[24] *Select Papyri*, 1995, vol. II, p. 204. <<

[25] En el iluminador artículo de Dorothy Crawford, «The Good Official of Ptolematic Egypt», en *Das Ptolemäische Ägypten: Akten des interationalen Symposions 1976*, Von Zabern, Mainz, 1978, p. 202. <<

[26] John Bauschatz, *Policing the Chora: Law Enforcement in Ptolemaic Egypt*, tesis doctoral, Duke University, 2005, p. 68. <<

[27] Bingen, «Les tensions structurelles de la société ptolémaïque», en *Atti del XVII Congresso Internazionale di Papirologia*, Nápoles, 1984, vol. III, p. 921-937; Rathbone, 2000. <<

[28] Bagnall y Derow, 2004; Bevan, 1968; Maehler, 1983; Rostovtzeff, 1998. Sobre la benevolencia: William Linn Westermann, «The Ptolemies and the Welfare of Their Subjects», en *American Historical Review*, vol. 43, n.º 2 (1938), pp. 270-287. <<

[29] Para el caso de la hija negligente: *Select Papyri*, vol. II, p. 233. La muchacha se había fugado con un novio sin oficio ni beneficio y —siempre a decir del padre— se había desentendido de sus necesidades básicas, pese a la existencia de un contrato que la obligaba a ello. <<



[30] *Select Papyri*, vol. II, p. 266. Traducción a partir de M. Rostovzeff, «A Large Estate in Egypt in the Third Century BC: A Study in Economic History», en *University of Wisconsin Studies*, 6 (1922), p. 120. <<

[31] Rostovzeff, 1998, vol. II, p. 1094. <<

[32] Citado en Bagnall y Derow, 1981, p. 195. <<

[33] Cicerón, *La República*, 5, 1, 2 (traducción de Juan María Núñez González, *La república y Las leyes*, Akal, Madrid, 1989). <<

[34] Sobre Auletes y la fortuna familiar: T. Robert S. Broughton, «Cleopatra and “The Treasure of the Ptolemies”», en *American Journal of Philology*, vol. 63, n.º 3 (1942), pp. 328-332. También en esto las opiniones están divididas: Maehler, 1983, sostiene que eran tiempos de «imperturbable prosperidad». Bowman, Casson, Ricketts y Tarn concuerdan con él. Rostovzeff, 1998, no duda de la fortuna personal de C, pero se muestra menos optimista con respecto a la economía de su reinado (vol. III, p. 1548). Thompson, Broughton y Will ven una economía en declive, cuando no arruinada. Ateneo (5, 206d) acusa al padre de C de haber dispersado la fortuna de Egipto. En el año 63, Cicerón (*Acercas de la ley agraria*, 2, 16, 44) todavía consideraba a Egipto un reino floreciente. <<

[35] Sobre la devaluación y las monedas de C, véase Guy Weill Goudchaux, «Was Cleopatra Beautiful? The Conflicting Answers of Numismatics», en Walker y Higgs, 2001, pp. 210-214. Chauveau, 2002, p. 86, define sucintamente la devaluación como «lo equivalente en tiempos antiguos a acuñar moneda». <<

[36] Entrevista con Roger Bagnall, 21 de noviembre de 2008. <<

[37] Sobre los certámenes de bebida habla Ateneo, 10, 415, quien menciona asimismo (12, 522) que un filósofo ganaba doce talentos anuales, lo cual no es poco. El dato sobre la fianza procede Casson, 2001, p. 35, para quien quince talentos equivalen a varios millones de dólares actuales. Para los monumentos, véase Peter Green, *Alexander of Macedon*, University of California Press, Berkeley, 1991, p. 414. Marrinan, 1998, p. 16, afirma que era posible contratar un ejército de diez mil hombres durante un año por mil talentos. Diodoro refiere que para un humilde artesano de Roma, un talento equivalía al sueldo de diecisiete años, y Flavio Josefo (GJ, 1, 483) que un príncipe con una renta personal de cien talentos era un hombre al que había que tener en cuenta. En el momento más dulce de las relaciones egipcio-romanas, a cierto dignatario romano de visita en el país le fueron ofrecidos obsequios por valor de ochenta talentos, cifra deslumbrante que sin embargo se negó a aceptar (Plutarco, «Lúculo», 2). En términos más prosaicos, con un talento podía comprarse trigo suficiente para alimentar a un hombre durante setenta y cinco años. Véase también Tarn y Griffith, 1959, pp. 112-116. <<



[38] Véase: [http://en.wikipedia.org/wiki/Richest\\_man\\_in\\_history](http://en.wikipedia.org/wiki/Richest_man_in_history). <<

[39] Los datos sobre el viaje a Roma se basan en la más solvente de las fuentes sobre la materia: Casson, con quien la autora se entrevistó el 26 de enero de 2009 y el 18 de junio de 2009. Véase asimismo Casson, 1971; Casson, *The Ancient Mariners*, Princeton University Press, Princeton, 1991; Casson, 1994. El mismo autor describe los arduos preparativos del viaje en «The Feeding of the Trireme Crews and an Entry in IG II2 1631», en *Transactions of the American Philological Association*, vol. 125 (1995), pp. 261-269, y en «The Isis and Her Voyage», en *Transactions of the American Philological Association*, vol. 81 (1950), pp. 43-56. También en una entrevista con la autora, 9 de diciembre de 2008. Compárese con Filón, *Contra Flaco*, 5, 25 y ss.; *Embajada a Gayo*, 250-253; GJ, 1, 280; Horacio, *Sátiras*, 1, 5; los viajes de Germánico en los *Anales* (2, 50) de Tácito, y los comentarios de Casson sobre Cicerón y Plinio en 1994, pp. 149-153. C pudo atracar en Ostia, opción que Bagnall y Thompson consideran como la más probable; Casson prefiere Pozzuoli por no existir en Ostia a la sazón instalaciones portuarias de ninguna clase (Casson, 1991, p. 199). No es imposible que C embarcase o desembarcase en Brundisio, como Cicerón antes que ella (rumbo al este) y Horacio después (al oeste). Desde ahí podría haber continuado por tierra a través de las montañas siguiendo la vía Apia, distancia que puede cubrirse en unos siete días (Casson, 1994, pp. 194-196). <<

[40] También Aquiles Tacio (3, 2-6) da una lúcida descripción de un naufragio (ficticio), cuyo destino último es Pelusio. <<

[41] Eusebio, 183, 3. <<

[42] Dión, 43, 23, 2-3. Véase también Estrabón, 16, 4, 16. <<

[43] Carta de Aristeas, 249, citada por T. A. Sinclair, *A History of Greek Political Thought*, Routledge, Londres, 1959, p. 292. <<

[44] Cicerón, consternado, a Ático, 115 (5, 1), 20 de febrero de 50. De forma parecida, Foertmayer, 1989, p. 224; Plutarco, «Craso», 21, 6; Préaux, 1939, p. 561. <<

[45] Sobre el aire corrompido y la falta de higiene de Roma, y sobre el idílico Janículo: Léon Homo, *Rome impériale et l'urbanisme dans l'antiquité*, Albin Miochel, París, 1951 [traducción castellana de José Almoína: *La Roma imperial y el urbanismo en la Antigüedad*, Uteha, México, 1956]; Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma*, 3, 45; Horacio, *Odas*, 2, 29, vv. 9-12; Marcial, *Epigramas*, 4, 64. Exceptuando a éstos, Cicerón sigue siendo el mejor guía para conocer Roma. El dato de la mano y el buey procede de Suetonio, «Vespasiano», 5, 4. <<



[46] JC, 59. <<

[47] O. Neugebauer, *The Exact Sciences in Antiquity*, Princeton University Press, Princeton, 1952, p. 71. Para el calendario egipcio (de doce meses de treinta días, a los que se añadían cinco días, o seis al final de cada período de cuatro años), véase Estrabón, 17, 1, 29. <<

[48] Séneca, *Apocolocintosis*, 2, 2. <<

[49] DJ, 42. <<

[50] Sobre el triunfo romano: Apiano, Dión, Floro, Suetonio y el soberbio ensayo de Mary Beard, *The Roman Triumph*, Harvard University Press, Cambridge, 2007 [traducción castellana de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar Barrena: *El triunfo romano: una historia de Roma a través de la celebración de sus victorias*, Crítica, Barcelona, 2008]. <<

[51] JC, 55, 2. <<

[52] Di3n, 43, 19, 3-4. <<

[53] Sobre los derechos políticos y jurídicos de las mujeres, véase Mary Beard y Michael Crawford, *Rome in the Late Republic*, Duckworth, Londres, 2005, p. 41. <<



[54] Cicerón a Quinto, 12, 2 (2, 9), junio del 56. <<

[55] Juvenal, *Sátiras*, 9, vv. 100 y ss. <<

[56] Di3n, 43, 43, 4. <<

[57] Di6n, 43, 28, 1. Gruen, 1984, p. 259, rebate la fecha de la instalaci6n de la estatua y la retrasa unos quince a6os, de modo que no habrfa conmemorado a C, sino su derrota. <<

[58] Cicerón, *En defensa de Lucio Murena*, 13, citado en Otto Kiefer, *Sexual Life in Ancient Rome*, Dorset Press, Nueva York, 1993, p. 166. Ateneo ilustra el caso contrario: «Mencionas continuamente la flauta simple como cosa frecuente en nuestro país [Alejandría]» (4, 176e). <<

[59] Plutarco, citando a Antístenes, en «Pericles», 1, 5 (traducción modificada). <<

[60] Ateneo, 5, 206d. <<

[61] Juvenal, *Sátiras*, 3, v. 236, de donde procede también el ejemplo de las macetas (vv. 270 y ss.). <<



[62] Lucano, 8, 544. <<

[63] Casson, 1998, p. 104. <<

[64] HN, 36, 16, 75. <<

[65] Quintiliano reconoce que las palabras tienen un sonido más áspero en latín, por carecer éste de las letras más dulces de la lengua griega, en virtud de las cuales «el discurso parece iluminarse y sonreír» (12, 10). <<

[66] Séneca, *Epístolas*, 87, 40. <<

[67] Dalby, 2000, p. 123. Dalby señala que sólo el acento griego ya emanaba cierto aroma distinguido, p. 122. De forma similar en Dión, 57, 15, 3, y Valerio, 9, 1. Diríase que era imposible describir el exceso sin recurrir al griego. Nuevamente es Dalby quien observa que «el manual clásico sobre el comportamiento sexual estaba escrito en griego» (p. 123). <<

[68] Acerca del auge del lujo: Tito Livio, 39, 6; HN, 36; Plutarco, «Cayo Mario», 34; Ateneo, 12; Horacio, *Odas*, 2, 15; Dalby, 2000; Wiseman, 1985, p. 102 y ss. <<

[69] Catulo, poemas 12 y 25; HN, 19, 2. <<



[70] La imagen es de san Jerónimo, citado por Jasper Griffin, «Virgil Lives!», en *New York Review of Books* (26 de junio de 2008), p. 24. <<

[71] Sobre las mujeres en Roma: Richard A. Bauman, *Women and Politics in Ancient Rome*, Routledge, Londres, 1992; Diana E. E. Kleiner y Susan B. Matheson, eds., *I Claudia: Women in Ancient Rome*, Yale University Art Gallery, New Haven, 1996; Barbara S. Lesko, «Women's Monumental Mark on Ancient Egypt», en *Biblical Archeologist*, vol. 54, n.º 1 (1991), 4-15 Rawson, 1985; el magnífico libro de Marilyn B. Skinner, *Sexuality in Greek and Roman Culture*, Blackwell, Malden, 2005; Maria Wyke, *The Roman Mistress*, Oxford University Press, Oxford, 2002. Entrevista con Larissa Bonfante, 2 de febrero de 2009. <<

[\*] La cita es de Samuel Butler, *The Humour of Homer, and Other Essays*, A. C. Fifield, Londres, 1913, p. 60. La observación sobre la ausencia de maridos engañados procede de Edith Hamilton, *The Roman Way*, Norton, Nueva York, 1993, p. 35. <<

[73] Juvenal, *Sátiras*, 6, vv. 289 y ss. <<

[74] Juvenal, *Sátiras*, 6, vv. 460-461. <<

[75] Séneca, *Epístolas*, 87, 16. <<

[76] B. L. Ullman, «Cleopatra's Pearls», en *Classical Journal*, vol. 52, n.º 5 (1957), p. 196. Véase asimismo Prudence J. Jones, «The Cleopatra Cocktail» (1999), en: <http://www.apaclassics.org/AnnualMeeting/99mtg/abstracts/jonesp.html>, quien asegura que las perlas se disuelven. Keats cita las perlas disueltas en «Modern Love».

<<

[77] Sobre las perlas de marras: Suetonio, «Calígula», 37; Horacio, *Sátiras*, 2, 3, v. 239; Pausanias, 8, 18, 6; HN, 9, 58. Las dos perlas de C —«las dos más grandes de todos los tiempos»— proceden de Plinio, 9, 119-121. También Lucano (10, 139-140) asegura que C llevaba una fortuna en perlas colgada al cuello, además de otras ensartadas en el pelo. Véase asimismo Macrobio, *Saturnales*, 3, 17, 14, texto mucho más tardío, según el cual la anécdota de la perla surge de una apuesta entre C y MA que tiene lugar durante un extravagante banquete. Ninguno de los dos sale ahí muy bien parado: «Presa de este vicio, [MA] quería hacer del Imperio romano un reino egipcio». Planco tiene la deferencia de ejercer de árbitro. Durante siglos el nombre de C se consideró sinónimo de extravagancia. En el siglo v d. C., Sidonio (carta 8, 12, 8) equipara la más espléndida de las cenas a «un festín de Cleopatra». <<



[78] Hesíodo, *Trabajos y días*, vv. 680-681 (traducción modificada). <<

[79] DJ, 52, 2. <<

[80] Aly, 1989, p. 51. <<

[81] Dión, 51, 12, 3. <<

[82] Entrevista con Roger Bagnall, 11 de noviembre de 2008. <<

[83] Cicerón a Ático, 16 (1, 16), principios de julio del 61. Sobre la ampliación de la cuota de partidarios de C: declaración de Andrew Meadows a la autora, 5 de marzo de 2010. <<

[84] Sobre C y su preocupación por la reorganización de Oriente: Gruen, 2003, p. 271.

<<

[1] Eurípides, *El cíclope*, v. 185. <<



[2] Cicerón a M. Curio, 200 (12, 28), c. agosto del 46. <<

[3] Cicerón a Rufo, 203 (4, 4), c. octubre del 46. <<

[4] Cicerón a Torcuato, 245 (6, 2), abril del 45. <<

[5] Sobre el peinado de C: Peter Higgs, «Searching for Cleopatra's Image: Classical Portraits in Stone», en Walker y Higgs, 2001, p. 203. Sobre la egiptomanía de la época: Carla Alfano, «Egyptian Influences in Italy», *Ibidem*, pp. 276-291. Véase también Kleiner, 2005, pp. 277-278. <<

[6] Aulo Gelio, citando a Varrón, en *Noches Áticas*, 13, 11, 2-5, pasaje extraído de Balsdon, 1969, p. 46. <<

[7] Sobre las conversaciones de sobremesa, véase Plutarco, *Charlas de sobremesa* (*Quaestiones convivales*), 2, 3 (635)-5, 9 (684). <<

[8] Di3n, 43, 28, 1. <<

[9] *Ibíd.*, 46, 26, 2. <<



[10] Cicerón a Gneo Plancio, 240 (4, 14), c. finales del 46. <<

[11] Cicerón a Ático, 393, 2 (15, 15), c. junio del 44. <<

[12] Cicerón, *Acerca de la ley agraria*, 2, 42, 17. <<

[13] Cicerón a Ático, 25 (2, 5), c. abril del 59. <<

[14] Cicerón a Ático, 393 (15, 15), c. 13 de junio del 44. <<

[15] *Ibíd.*, 38 (2, 17), c. junio del 59. <<

[16] Plutarco, «Demóstenes y Cicerón», 2, 1. <<

[17] Di3n, 38, 12, 7. <<



[18] MA, 56. <<

[19] Según sus propias palabras en una carta Ático (117 [6, 3]) de verano del año 50: «Nunca he tolerado la altivez de los más poderosos». <<

[20] Atribuida a Salustio, *Carta a César*, 13, 5. <<

[21] Apiano, 2, 150 (traducción modificada). <<

[22] Di3n, 44, 3, 1-2. <<

[23] Apiano, 2, 117. <<

[24] *Ibíd.*, 3, 35. <<

[25] Di3n, 44, 20, 3. <<



[26] ND, 25. <<

[27] La comparación con Helena de Troya aparece en Cicerón, *Filípicas*, 2, 12, 55. C tampoco figura en el catálogo de las faltas de CR incluido por Floro en su libro segundo. <<

[28] Dión, 44, 7, 3-4. <<

[29] Fuente anónima citada por Suetonio, DJ, 52. <<

[30] *Ibíd.*, 79. <<

[31] Collins, 1959, p. 132. <<

[32] DJ, 56. <<

[33] ND, 19. <<



[34] Apiano, 2, 144-146. <<

[35] Di3n, 45, 23, 4-5. <<

[36] Sobre el carácter «voluble y frívolo» (Dión, 51, 17, 1) que los romanos atribuían a los alejandrinos, véase: Reinhold, 1988, pp. 227-228; Dión Crisóstomo, *Discursos*, 32; Polibio, *Historias*, 15, 33; Filón (hijo de Alejandría), *Flaco*, 5, 32-35. Filón opinaba que el talante sedicioso de sus compatriotas no tenía parangón, «pues acostumbra a provocar de la mínima chispa grandes levantamientos» (*Flaco*, 4, 17). El emperador Adriano acusaba a los alejandrinos de ser «un pueblo de rebeldes, ineptos y difamadores» preocupado únicamente por el lucro. Para Florence Nightingale, que desembarcó sin mucha fortuna en Egipto en 1849, los alejandrinos eran «el pueblo más alborotador y escandaloso del mundo» (19 de noviembre de 1849, citada en Gérard Vallée, ed., *Florence Nightingale on Mysticism and Eastern Religions*, Wilfrid Laurier University Press, Waterloo, 2003, p. 144). Sobre las relaciones entre Roma y Alejandría, véase también M. P. Charlesworth, «The Fear of the Orient in the Roman Empire», en *Cambridge Historical Journal*, vol. 2, n.º 1 (1926), pp. 9-16; así como Jasper Griffin, *Latin Poets and Roman Life*, Duckworth, Londres, 1985. <<

[37] Di3n, 44, 15, 2. <<

[38] Cicerón a Ático, 393 (15, 15), c. 13 de junio del 44. <<

[39] Apiano, 2, 133 (traducción modificada). <<

[40] Hircio a Cicerón, citado en Cicerón a Ático, 386 (15, 6), c. junio del 44. <<

[41] Di3n, 45, 8, 4. <<



[42] JC, 59. <<

[43] VP, 2, 75. <<

[44] Plutarco, «Lúculo», 2, 5. Herodes también llega a Alejandría escoltado por las autoridades (GJ, 1, 279). <<

[\*] Por ejemplo en Arriano, 6, 28, 3. <<

[46] Citado en Siani-Davies, 2001, p. 105 (En defensa de Rabirio Póstumo, 13, 35). Respecto a Alejandría, prosigue Cicerón: «En sus habitantes se inspiran para sus tramas quienes escriben farsas». <<

[47] Cicerón a Planco, 407 (10, 20), 29 de mayo del 43. <<

[48] Plutarco, «Demetrio», 3, 3. <<

[49] Entrevista con Norma Goldman, 19 de octubre de 2009; Judith Lynn Sebesta y Larissa Bonfante, *The World of Roman Costume*, University of Wisconsin Press, Madison, 2001; Dorothy Burr Thompson, 1973, p. 30; Elizabeth J. Walters, *Attic Grave Reliefs that Represent Women in the Dress of Isis*, American School of Classical Studies at Athens, Princeton, 1988; Apuleyo, *El asno de oro*, 11, 3-4. <<



[50] Citado en Michael D. Calabria, ed., *Florence Nightingale in Egypt and Greece*, SUNY Press, Albany, 1997, p. 31. <<

[51] Goudchaux, «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», 2001, pp. 138-139; Bingen, 2007, p. 73; Kleiner, 2005, pp. 85-88; Jan Quagebeur, especialmente «Cléopâtre VII et le temple de Dendara», en *Göttinger Miszellen*, vol. 120 (1991), pp. 49-73. Casi mil novecientos años más tarde, Florence Nightingale visitó Dendara. Nightingale, que nunca profesó gran simpatía hacia los Ptolomeos, permaneció impertérrita ante sus «cientos y cientos de metros cuadrados de bajorrelieves» y sus varios kilómetros de esculturas. El complejo le pareció más bien vulgar y la contrarió el hecho de que «el nombre más antiguo que aquí figura es el de aquella despreciable C» (Vallée, 2003, p. 397). Nightingale, en efecto, lo tenía difícil para eludir a la reina: C aparece no menos de setenta y tres veces en el templo y las paredes de la capilla. <<

[52] Sobre el Cesareo: Filón, *Embajada a Gayo*, 43, 338, traducción inglesa de C. D. Yonge, *The Works of Philo*, Hendrickson Publishers, Peabody, Massachusetts, 1993, p. 150-151 [traducción castellana de Sofía Torallas Tovar: *Obras completas*, ed. José Pablo Martín, Trotta, Madrid, 2010, vol. V]. Véase también: Ferdinando Castagnoli, «Influenze alessandrine nell'urbanistica della Roma augustea», en *Rivista di filologia e di istruzione classica*, vol. 109 (1981), pp. 414-423; Amiano Marcelino, 22, 16, 12. <<

[53] Véase el interesante estudio de Gabriele Marasco, «Cléopâtre et les sciences de son temps», en *Sciences exactes et sciences appliquées à Alexandrie*, ed. Gilbert Argoud et al. (1998), pp. 39-53; Fraser, 1972, I, pp. 87, 311-322, 363 y 490. <<

[54] Séneca, *Epístolas*, 88, 37. Véase asimismo Ateneo, 4, 139. Sobre Dídimos: Quintiliano, 1, 8, 20-21; Amiano Marcelino, 22, 16, 16, H. A. Russell, «Old Brass-Guts», en *Classical Journal*, vol. 43, n.º 7 (1948), pp. 431-432. <<

[55] Rawson, 1985, p. 81. <<

[56] Galeno, citado en Ott, 1976, apéndice C, 33. <<

[57] MA, 71. <<



[58] Citado en Ott, 1976, apéndice C, 35, aunque es posible que el pasaje aluda a otra reina C. Sobre C y su interés por la ciencia, véase también Plant, 2004, pp. 2-5 y 135-147. <<

[59] Citado en Monica Green, 1985, p. 186. Sobre las incursiones alquímicas de Cleopatra, véase F. Sherwood Taylor, «A Survey of Greek Alchemy», en *Journal of Hellenic Studies*, vol. 50, n.º 1 (1930), pp. 109-139. La palabra alquimia —de origen árabe— es posterior a C. No ayuda mucho el hecho de que varios alquimistas rubricaran sus obras con el pseudónimo de «Cleopatra». Véase Plant, 2004, p. 145.

<<

[60] Plutarco, MA, 25, 6. <<

[61] 12 de Abril del 41, citada en Marie-Thérèse Lenger, *Corpus des ordonnances des Ptolémées*, Palais des Académies, Bruselas, 1964, pp. 210-215. <<

[62] Plutarco, «Cicerón», 46. <<

[63] Plutarco, «Catón el Joven», 35, 4. <<

[64] Apiano, 5, 8 (traducción modificada). <<

[65] *Ibíd.*, 2, 88. Su carácter violento era proverbial. Agrega Apiano (4, 59) que los arqueros partos a caballo se unieron a Casio por voluntad propia, atraídos por su reputación. <<



[66] Plutarco, «Bruto», 28. <<

[67] Apiano, 5, 8. <<

[68] Sobre Quinto Delio: Séneca el Rétor, Suasorias, 1, 8; AJ, 14, 394 y 15, 25; GJ, 1, 290; Séneca, Sobre la clemencia, 1, 10, 1. <<

[69] No está claro si es Plutarco o el propio Delio quien aduce el símil homérico, véase MA, 25. <<

[70] MA, 25. <<

[71] Apiano, 3, 12. <<

[72] Di3n, 45, 4, 4. <<

[73] Apiano, 3, 13-14. <<



[74] *Ibíd.*, 3, 17. <<

[75] Floro, 2, 15, 2. <<

[76] Apiano, 3, 19. <<

[77] Apiano, 3, 21; Di3n, 45, 11, 3-4; 46, 40, 4 y 46, 41, 1. <<

[78] Quinto Fufio Caleno, citado en Di3n, 46, 8, 3-4. <<

[79] Cicerón a Ático, 419 (16, 9), 4 de noviembre del 44. <<

[80] Cicerón a Ático, 369 (14, 15), 1 de mayo del 44. <<

[81] Cicerón a Dolabela, 371A (14, 17A), 3 de mayo del 44. <<



[82] Cicerón a Ático, 373 (14, 18), 9 de mayo del 44. <<

[83] Henry Adams, *The Education of Henry Adams*, Library of America, Nueva York, 1990, p. 13 [traducción castellana de Javier Alcoriza y Antonio Lastra: *La educación de Henry Adams*, Alba, Madrid, 2001]. Adams se refería a la política de Massachusetts. <<

[84] Suetonio, *Gramáticos y rétores*, 5 (29). <<

[85] VP a propósito de Curión el Joven, 2, 48, 4, traducido a partir de la nota del editor en: Cicerón a Ático, 14 (1, 14), 13 de febrero del 61. <<

[86] Apiano, 3, 28. <<

[87] Dión, 46, 41. <<

[88] *Ibíd.*, 46, 41, 29. <<

[89] Apiano, 3, 39. Séneca también describe el carácter de Octaviano en *Sobre la clemencia*, 1, 11, 1. <<



[90] Cicerón a Ático, 425, 1 (16, 14), c. noviembre del 44 (traducción modificada). <<

[91] Cicerón a Planco, 393 (10, 19), c. mayo del 43. <<

[92] Cicerón, *Filípicas*, 6, 3, 7. <<

[93] Los entrecomillados proceden, respectivamente, de Cicerón, *Filípicas*, 2, 12, 30; Cicerón a Cornificio, 373 (12, 25), c. 20 de marzo del 43, y Cicerón a Casio, 344 (12, 2), c. finales de septiembre del 44. <<

[94] Cicerón, *En defensa de Celio*, 12, 29. <<

[96] Cicerón a Quinto, 21, 5 (3, 1), septiembre del 54 [traducción castellana de Tomás Hernández Cabrera: *Correspondencia con su hermano Quinto*, Madrid, Alianza, 2003]. <<

[97] Cicerón, *Filípicas*, 6, 2, 4. ¿Por qué iba a hacer A tal cosa? Porque, responde Cicerón, «disfruta tanto con los delitos privados como con los parricidios públicos».

<<

[98] Apiano, 4, 2. <<



[99] Floro, 2, 16, 6. <<

[100] Di3n, 47, 6, 1. <<

[101] Apiano, 4, 5. <<

[102] Dión, 47, 3, 1. A los muertos se les cortaba la cabeza para obtener el pago de recompensas previamente acordadas; en cuanto al resto del cuerpo, se dejaba que se pudriera en la calle. Cuando la cabeza no era separada del cuerpo, era señal de que se había matado a la persona equivocada, así en Apiano, 4, 15. Sobre la esposa ingenios, Apiano, 4, 40. <<

[103] Plutarco, «Cicerón», 47, 3. <<

[104] Sobre la muerte de Cicerón: Apiano, 4, 19-20; Plutarco, «Cicerón», 47; Dión, 47, 8; Eusebio, *Crónica*, 184-3; Tito Livio, *Fragmentos*, 120. <<

[105] Sobre la muerte de Bruto: Floro, 2, 17, 14-15; VP, 2, 70; Apiano, 4, 135; Plutarco, «Bruto», 52-53. <<

[106] Dión, 44, 2, 1. <<



[107] Apiano, 5, 58. <<

[1] Aristóteles, *Política*, 1269b. <<

[2] Apiano, 4, 129. <<

[3] MA, 25. <<

[4] Pelling, 1999, p. 186. <<

[5] MA, 25, 4-26, 1. C no se sentía amedrentada ni impresionada por A, pero la tardanza también podría tener otra explicación de carácter menos estratégico: el sumo sacerdote de Egipto había muerto el 14 de julio; es posible que C se hubiera visto retenida por sus responsabilidades religiosas. <<

[6] Para reconstruir el viaje por el Mediterráneo, se ha contado con la ayuda de Lionel Casson, entrevistado el 26 de enero de 2009. De acuerdo con él, «la única conclusión posible es que Cleopatra decorase una de las barcas que las gentes del lugar utilizaban para navegar por el río», carta a la autora fechada a 22 de marzo de 2009.

<<

[7] MA, 26. <<



[8] Adulador, 51e (traducción modificada). France LeCorsu arguye, de forma no muy convincente, que C se hizo pasar en Tarso por Isis en vez de por Afrodita: «Cléopâtre-Isis», en *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie*, n.º 82 (1978), pp. 22-33. <<

[9] MA, 26, 4. <<

[10] *Ibíd.* <<

[11] Thompson, 1973, p. 29; declaraciones de O. E. Kaper a la autora, 6 de marzo de 2010. <<

[12] Ateneo, 4, 147f. <<

[13] *Ibíd.*, 4, 148b. <<

[14] MA, 26, 4. <<

[15] *Ibíd.*, 24. <<



[16] *Ibíd.*, 27. <<

[17] Apiano, 5, 8. <<

[18] MA, 27. <<

[19] *Ibíd.* <<

[20] *Ibíd.*, 10. <<

[21] Di3n, 48, 4, 1. <<

[22] El apóstol Pablo, en *Hechos de los Apóstoles*, 21, 39. <<

[23] Sobre los abusos cometidos en Tarso: Casio de Parma a Cicerón, 419 (12, 13), 13 de junio del 43; Apiano, 4, 64 y 5, 7. Dión (47, 26, 2) sostiene que los tarsos eran tan devotos de CR que llegaron a cambiar el nombre de la ciudad por el de Juliopolis. Véase asimismo Dión Crisóstomo, *Discursos*, 33. <<



[24] JC, 49, 3. <<

[25] Apiano, 5, 8. <<

[26] Syme, 2002, p. 214. Sobre las reservas de Syme, *Ibíd.*, pp. 274-275. Se trata de una conjetura, aunque con la misma certeza ha habido quien ha sostenido lo contrario a propósito tanto de A como de CR. Véase la C de Anatole France, en *On Life and Letters*, Bodley Head, Londres, 1924: «Cierto es que César amó a Cleopatra» (p. 114), y compárese con Froude, 1879: «Ni resulta creíble que, en situación de tan gran peligro y dificultad como en la que se hallaba [CR], engrosara sus cuitas complicándose en intrigas» (p. 456). Froude pone igualmente en duda la visita de C a CR en Roma. Gruen niega que la estancia obedeciese a motivos románticos. <<

[27] Plutarco, «Alejandro», 47, a propósito del útil matrimonio de Alejandro con una princesa bactria. <<

[28] AJ, 14, 324. <<

[29] AJ, 15, 93. <<

[30] Véase, por ejemplo, Floro, 2, 21, 11. <<

[31] MA, 6, 5. <<



[32] HN, 36, 21; Tito Livio, *Historia de Roma*, 1, 44. Plinio incluye una buena descripción de la construcción del templo. Las dificultades para colocar el dintel principal fueron tales que el arquitecto a punto estuvo de suicidarse. <<

[33] GJ, 1, 360. De forma parecida en AJ, 15, 89. Y continúa Josefo: habiéndose quedado sin parientes tras asesinarlos uno a uno, C «se dedicó entonces a matar a los extranjeros». <<

[34] Véase P. J. Bicknell, «Caesar, Antony, Cleopatra, and Cyprus», en *Latomus*, vol. 36 (1977), pp. 325-342, donde se argumenta de forma pormenorizada que Arsínoe habría sido rehabilitada y designada gobernante segunda, para complementar a su hermana, tras el triunfo del año 46. Green, 1990, p. 669, también suscribe la teoría, y, de hecho, Estrabón (14, 6, 6) sostiene que A entrega Chipre a ambas hermanas. <<

[35] Apiano, 5, 9. <<

[36] GA, 65 (traducción modificada). <<

[37] Apiano, 5, 10. <<

[38] MA, 28. <<

[39] Apiano, 5, 2. <<



[40] MA, 28. <<

[41] *Ibíd.* <<

[42] Sobre el caos reinante en la cocina: Ateneo, 10, 420e. <<

[43] Plutarco, MA, 28. <<

[44] Cicerón a Quinto, 1, 36 (1, 1), c. 60-59 [traducción castellana de Tomás Hernández Cabrera: *Correspondencia con su hermano Quinto*, Madrid, Alianza, 2003]. <<

[45] Sobre las habilidades de C como amazona: Pomeroy, 1990, pp. 20-23; entrevista con Branko Van Oppen, 27 de febrero de 2010. Arsínoe III ayudó a aprestar el ejército ptolemaico, supuestamente a lomos de un caballo (Polibio, 5, 79-80). <<

[46] MA, 29. Existe otra explicación para la mascarada. Herodes tenía fama de pasearse por las noches entre la gente del pueblo al efecto de tantear el clima político. Por lo visto no sería el único. <<

[47] Di3n Cris3stomo, *Discursos*, 32, 1. <<



[48] MA, 29. <<

[49] Apiano, 5, 11. <<

[50] Plutarco, «Demetrio y Antonio», 90, 4. <<

[51] MA, 29. <<

[52] Adulador, 61b. Shakespeare presenta la misma fórmula con distinto envoltorio: «Otras empalagan al saciar los apetitos, mas ella renueva el hambre cuando más la satisface». <<

[53] Apiano, 5, 21. <<

[54] Di3n, 48, 27, 1. <<

[55] MA, 10. <<



[56] Apiano, 5, 55. <<

[57] *Ibíd.*, 5, 19. <<

[58] *Ibíd.*, 5, 59. <<

[59] Di3n, 48, 28, 3. <<

[60] Balsdon, 1962, p. 49. <<

[61] Apiano, 5, 59. De forma parecida Di3n, 48, 28, 3-4. <<

[62] Di3n, 48, 27, 2. <<

[63] Apiano, 5, 73. <<



[64] Los entrecomillados anteriores proceden, con alguna modificación, de MA, 31. Tácito (*Anales*, 1, 10) sugiere que el matrimonio de A con Octavia fue una trampa desde el primer momento. <<

[65] Boccaccio, *Concerning Famous Women*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1963, p. 265 [traducción castellana de Violeta Díaz-Corralejó: *Mujeres preclaras*, Cátedra, Madrid, 2010]. <<

[66] Apiano, 5, 74. <<

[67] Sobre el rescate de Octaviano por parte de Antonio: Apiano, 5, 67-68. <<

[68] *Ibíd.*, 3, 43. <<

[69] DA, 71. <<

[70] MA, 33. De forma parecida en «Sobre la fortuna de los romanos», 319-320, donde Plutarco convierte en amigo de A a un soldado con dotes para la adivinación que «le hablaba con frecuencia con toda franqueza». Tras ponderar la superioridad de A en edad, experiencia, fama y ejército, el augur aficionado le aconseja que se aleje de Octaviano. Según Neal, 1975, p. 102, lo que en realidad le está aconsejando es que no rompa abiertamente con Octaviano. C prefería que A se ocupase de los asuntos de Oriente y evitase así la confrontación. <<

[71] Ateneo, 4, 148c. <<



[72] Di3n, 48, 54, 7. <<

[73] MA, 36. El libro de Plutarco es una obra moral con la que pretende demostrar que «las naturalezas sublimes, sacan a la luz tanto grandes defectos como grandes virtudes» («Demetrio», 1). <<

[74] Sobre las monedas: Walker y Higgs, 2001, p. 237; Jonathan Williams, «Imperial Style and the Coins of Cleopatra and Mark Antony», en Walker y Ashton, 2003, p. 88; Agnes Baldwin Brett, «A New Cleopatra Tetradrachm of Ascalon», en *American Journal of Archaeology*, vol. 41, n.º 3 (1937), p. 461. Tal como señala Theodore V. Buttrey («*Thea Neotera: On Coins of Antony and Cleopatra*», en *American Numismatic Society Notes*, vol. 6 [1954], pp. 95-109), las parejas ptolemaicas nunca aparecen representadas en caras opuestas de la misma moneda. <<

[1] Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, 2, 45 (traducción modificada), citado por David Markson, *The Last Novel*, Shoemaker and Hoard, Berkeley, 2007, p. 107. Observa Markson que Tucídides les hace un gran favor a las mujeres al no mencionar a ninguna. <<

[2] Estrabón, 16, 2, 46. <<

[3] Sobre el poder de Herodes: GJ, 1, 238-240 y 1, 429-430; para la milagrosa huida: GJ, 1, 282-284; 1, 331-334; 1, 340-341, entre otros; sobre sus formidables talentos: AJ, 15, 5; para la confirmación del Senado: GJ, 1, 282-285; AJ, 14, 386-387. <<

[4] MA, 36. <<

[5] Everitt, 2006, p. 148. <<



[6] Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*, 5, 2, vv. 111-113. <<

[7] MA, 36. <<

[8] *Ibíd.*, 43. <<

[9] *Ibíd.*, 37. <<

[10] *Ibíd.*, 43. <<

[11] Entrevista con Casson, 11 de junio de 2009. Estrabón (14, 5, 3) relaciona la entrega de los territorios exclusivamente con los cedros. <<

[12] Plutarco, MA, 36. <<

[13] Según nuestra forma de contar, sería el año decimoquinto, pues los antiguos no conocían el cero. <<



[14] Bingen, 1999, p. 120. <<

[15] Véase Plutarco, «Demetrio y Antonio», 1, donde niega un posible matrimonio entre A y C, «aunque esta mujer superase en poder y prestigio a todos los reyes de su tiempo», a excepción tan sólo —como señala Plutarco con acierto— del rey de los partos. <<

[16] Sobre A y su compromiso con las mujeres: Apiano, 5, 76. Di6n (48, 24, 2-3) asegura que A queda totalmente prendado de C. <<

[17] Sobre Jericó: Estrabón, 16, 1, 15; Justino, 36, 3, 1-7; Floro, 1, 40, 29-30; GJ, 1, 138-139 y 4, 451-475; HN, 12, 111-124; Diodoro, 2, 48. Sobre el incienso, el bálsamo, el betún y sus aplicaciones, véase A. Lucas, *Ancient Egyptian Materials and Industries*, Edward Arnold, Londres, 1962. <<

[18] AJ, 14, 484; de forma parecida en GJ, 1, 355. <<

[19] AJ, 15, 107. Josefo atribuye a C la muerte de Malco, así como la de un rey sirio, en GJ, 1, 440. <<

[20] *Ibíd.*, 15, 99-100. <<

[21] *Ibíd.*, 15, 98. <<



[22] *Ibíd.*, 15, 97. <<

[23] *Ibíd.*, 15, 101. <<

[24] *Ibíd.*, 15, 101. <<

[25] GJ, 1, 498. Al acusar a ND de haber manipulado la historia, refiere Josefo sus «falsas acusaciones de impudicia» contra Mariamne, inventadas para justificar su injustificable asesinato (AJ, 16, 185). <<

[26] Carta de Aristeas, 99. Véase asimismo GJ, 5, 231; Filón, *Sobre la migración de Abraham*, 102-105, para el atuendo del alto sacerdote. <<

[27] AJ, 15, 26-27. <<

[28] *Ibíd.*, 15, 29. <<

[29] *Ibíd.*, 15, 45-46. <<



[30] Eurípides, *Helena*, v. 325. <<

[31] GJ, 1, 437. <<

[32] Véase Nielsen, 1999, para los palacios de Herodes. También AJ, 15, 54-55. <<

[33] AJ, 15, 63. <<

[34] *Ibíd.*, 15, 76-77. <<

[35] *Ibíd.*, 15, 91. <<

[36] Eurípides, *Fenicias*, v. 200. <<

[37] GJ, 7, 300-301. <<



[38] *Ibíd.*, 1, 534. <<

[39] *Ibíd.*, 1, 440. <<

[40] Según Cicerón, las cartas tardaban cuarenta y siete días en viajar desde Capadocia hasta Roma. <<

[41] Declaraciones de Andrew Meadows a la autora, 24 de mayo de 2010. <<

[42] Eurípides, *Bacantes*, vv. 282-283. <<

[43] MA, 51. El insidioso rumor aparece tanto en Plutarco como en Di3n, 49, 31, 1.

<<

[44] Plutarco, «Craso», 22, 4. Sobre el penoso estado de los hombres de Antonio, véase Floro, 2, 20. <<

[45] MA, 37; Tito Livio, *Períocas*, 130. <<



[46] MA, 43. <<

[47] *Ibíd.*, 50. <<

[48] *Ibíd.*, 44. <<

[49] Floro, 2, 20. Véase asimismo VP, 2, 82 y Dión, 49, 32. <<

[50] MA, 57. <<

[51] *Ibíd.*, 53. <<

[52] Adulador, 61b. <<

[53] MA, 53. Sobre el efecto de C sobre los compañeros de A, Dión, 50, 5, 3. <<



[54] Di3n, 48, 27, 2. <<

[55] Adulador, 61b. <<

[56] MA, 54. <<

[57] Dión, 49, 34, 1. Sobre los «brebajes», MA, 37. <<

[58] Di3n, 49, 39, 2. <<

[59] Sobre Artavasdes: Dión, 49, 40, 1-3; VP, 2, 82, 4; MA, 50, 6; Plutarco, «Craso», 33; Tito Livio, *Períocas*, 131. Sobre el triunfo que no era tal, véase Beard, 2007, pp. 266-269. <<

[60] Ashton, 2008, pp. 138-139; Baudoin Van de Walle, «La Cléopâtre de Mariemont», en *Chronique d'Égypte*, vol. 24 (1949), pp. 28-29; entrevista con Branko Van Oppen, 28 de febrero de 2010. <<

[61] VP, 2, 82, 4. <<



[62] Buttrey, 1954, pp. 95-109. <<

[63] Marcudy, 1932, p. 205. Bevan, 1968, p. 377, describe aún mejor la edad de oro de C: por segunda vez en una década, «se encontraba a escasos pasos de convertirse en emperatriz del mundo». <<

[64] Sobre los judíos bajo el reinado de Cleopatra, véase W. W. Tarn, «Alexander Helios and the Golden Age», en *Journal of Roman Studies*, vol. 22, II (1932), p. 142. Sobre los judíos en general en tiempos de Cleopatra, véase Victor Tcherikover, *Hellenistic Civilization and the Jews*, Hendrickson, Peabody, 1999. <<

[65] Dión, 49, 41, 6. <<

[66] MA, 54, 3. <<

[67] Huzar, 1985-1986, p. 108. <<

[1] Hesíodo, *Trabajos y días*, v. 760. Véase también Virgilio, *Eneida*, 4, vv. 240-265 y Aquiles Tacio, 6, 10: «Calumnia tiene más filo que una espada, más ímpetu que el fuego y más capacidad de persuasión que las Sirenas; Rumor es más escurridizo que el agua, más veloz que el viento, más rápido que las alas de los pájaros». <<

[2] Teócrito, *Idilios*, 17. <<



[3] Filón de Alejandría, *Embajada a Gayo*, 151, traducción tomada de Forster, 2004, p. 133. <<

[4] Diodoro, 33, 28b, 3. <<

[5] AJ, 17, 99-100. Sobre ND habla también Plutarco, *Charlas de sobremesa (Quaestiones convivales)*, 8, 4, 723. <<

[6] VP, 2, 83. <<

[7] MA, 28. <<

[8] Véase, P. M. Fraser, «Mark Antony in Alexandria. A Note», en *Journal of Roman Studies*, vol. 47, n.º 1-2 (1957), pp. 71-73. <<

[9] Dión, 50, 5, 1. <<

[10] Sobre el joven Canidio, véase Plutarco, «Bruto», 3. <<



[11] Sobre las exenciones de impuestos, véase Peter Van Minnen, «An Official Act of Cleopatra», en *Ancient Society*, n.º 30 (2000), pp. 29-34; Van Minnen, «Further Thoughts on the Cleopatra Papyrus», en *Archiv für Papyrusforschung*, n.º 47 (2001), pp. 74-80; Van Minnen, «A Royal Ordinance of Cleopatra and Related Documents», en Walker y Ashton, 2003, pp. 23-42. <<

[12] *Ibídem*, p. 79. <<

[13] Di3n, 50, 5, 1-2. <<

[14] Apiano, 5, 144. Sobre Sexto Pompeyo en general, Apiano, 5, 133-145. <<

[15] Di3n, 46, 10, 3. <<

[16] MA, 32. <<

[17] Di3n, 50, 18, 3. <<

[18] DA, 69. Lo mismo se diría, mucho tiempo después, de Sejano, quien «manteniendo relaciones ilícitas con las mujeres de casi todos los hombres ilustres, averiguaba lo que sus esposos decían y hacían» (Dión, 58, 3). <<



[19] Cicerón, *Filípicas*, 5, 18, 50. <<

[20] Di3n, 51, 8, 2. <<

[21] DA, 69 (a partir de la desenfadada traducción inglesa de Andrew Meadows, en Walker y Higgs, 2001, p. 29). <<

[22] Acerca de Éfeso: Keith Hopkins, *A World Full of Gods*, Plume, Nueva York, 2001, pp. 200-205; Estrabón, 14, 1, 24; HN, 5, 31, 15. Craven, 1920, p. 22, señala que Éfeso era la sede del procónsul romano en Asia; ahí se alojaban los archivos públicos y el tesoro. Es lógico que A la utilizara como sede de gobierno. <<

[23] Di3n, 50, 2, 6. <<

[24] MA, 56. <<

[25] Plutarco, «Paulo Emilio», 12, 9. <<

[26] MA, 56. <<



[27] *Ibíd.*, 24. <<

[28] *Ibíd.*, 56. <<

[29] Sobre el poder de la mitología, véase H. Jeanmarie, «La politique religieuse d'Antoine et de Cléopâtre», en *Revue Archéologique*, vol. 19 (1924), pp. 241-261. <<

[30] Cornelio Nepote, 25, «Ático», 3, 2. <<

[31] Sobre la estatuaria ptolemaica: Pausanias, 1, 8, 9; Habicht, 1992, p. 85; HN, 34, 37. <<

[32] MA, 57. <<

[33] Acerca de la biblioteca de Pérgamo, véase Casson, 2001, pp. 48-50. Casson sugiere que se trata de una hábil estratagema para quitarse de encima una carga económica. La biblioteca de Pérgamo estaba en manos de Roma desde hacía un siglo.

<<

[34] MA, 58. <<



[35] Plutarco, «Bruto», 5; «Catón el Joven», 24. <<

[36] MA, 58. <<

[37] Plutarco, «Marco Catón», 17, 7. <<

[38] MA, 58. <<

[39] Dión, 50, 25, 2; Horacio, *Epodos*, 9. <<

[40] Neal, 1975, p. 110, aborda el asunto del divorcio con especial lucidez. <<

[41] Plutarco, «Pompeyo», 53. <<

[42] Para esta cita y la siguiente, MA, 59. Para el mal de amores de Geminio, véase Plutarco, «Pompeyo», 2. <<



[43] VP, 2, 83. Para las deserciones, véase asimismo Dión, 50, 3, 2-3; para la blandura de corazón de Delio, véase Apiano, 5, 50; 5, 55 y 5, 144. <<

[44] O bien Dión maneja una cronología errónea o bien lo es la que ha manejado el resto del mundo: parece dar a entender (en 50, 20, 7) que Octaviano perseguía el testamento desde hacía un año, antes de las Donaciones, cosa que alteraría por completo el carácter de la ceremonia. <<

[45] MA, 58. <<

[46] Petronio, *Satiricón*, 1 (traducción modificada). <<

[47] Sobre la «relación casi uniforme entre Oriente y sexo», su «promesa (y amenaza) erótica, su sensualidad incansable, su deseo ilimitado y sus profundas energías generadoras», véase Edward W. Said, *Orientalism*, Vintage, Nueva York, 1994, p. 188 [traducción castellana de María Luisa Fuentes: *Orientalismo*, Debate, Barcelona, 2002] y *Adulador*, 56e. En el siglo XIX, para Flaubert, las cortesanas de antaño eran como «la víbora del Nilo, pronta al abrazo y al estrangulamiento». <<

[48] Floro, 2, 21, 11. <<

[49] Dión, 50, 26, 5. <<

[50] VP, 2, 82. <<



[51] MA, 53. <<

[52] Las tres citas anteriores corresponden, respectivamente, a Floro, 2, 21, 11; Dión, 48, 23, 2, y MA, 60. Plutarco alude a Ónfale en «Demetrio y Antonio», 3, 3. <<

[53] Floro, 2, 21, 11. <<

[54] Dión, 50, 5, 4. <<

[55] Estrabón (13, 1, 30; 14, 1, 14) acusa a A de saquear en beneficio de C las mejores obras de arte que pudo encontrar, tanto en los templos de Samos como en muchos otros lugares; véase asimismo HN, 34, 8, 19, 58. <<

[56] Eutropio, 7, 7. <<

[57] Ateneo, 13, 560b, quien agrega que las mujeres egipcias eran conocidas por ser «mucho más amorosas que otras mujeres». <<

[58] Plauto, *La comedia de la ollita*, vv. 167-169 [traducción castellana de José Román Bravo: *Comedias*, vol. I, Cátedra, Madrid, 1989]. <<



[59] Lucano, 10, 67. <<

[60] Sobre la declaración de guerra: Tito Livio, 1, 32, 5-14. Para el procedimiento tradicional: Meyer Reinhold, «The Declaration of War Against Cleopatra», en *Classical Journal*, vol. 77, n.º 2 (1981-1982), pp. 97-103; también R. M. Ogilvie, *A Commentary on Livy, Books 1-5*, Clarendon Press, Oxford, 1978, pp. 127-128, así como Thomas Wiedemann, «The Fetiales: A Reconsideration», en *Classical Quarterly*, vol. 36, n.º 2 (1986), pp. 478-490, quien conjetura que el rito es una invención de Octaviano. <<

[61] Di3n, 50, 6, 1. <<

[62] *Ibíd.*, 50, 21, 3. <<

[63] *Ibíd.*, 50, 21, 1. <<

[64] *Ibíd.*, 50, 26, 3. <<

[65] *Ibíd.*, 50, 6, 2-3. <<

[66] Floro, 1, 45, 19. <<



[67] Di3n, 50, 11, 1. <<

[68] *Ibíd.*, 50, 8, 1-5 y 50, 15, 3. <<

[69] Macrobio, *Saturnales*, 2, 4, 29. <<

[70] Cornelio Nepote, «Ático», 20, 4. <<

[71] En general, las categorías eran más flexibles en Egipto, donde Alejandro Magno podía convertirse en faraón, las mujeres podían llegar a reinar y las divinidades tendían a confundirse. Roma prefería hacer separaciones más claras. No por azar, el latín «es mucho menos acogedor que el griego en lo que se refiere a palabras compuestas y neologismos», Rawson, 2001, p. 232. <<

[72] Tarn (y Charlesworth), 1965, pp. 96-97. <<

[73] Di3n, 50, 24, 3. <<

[74] Ibídem, 50, 27, 4. Podría estar citando a Cicerón, que lo denuesta diciendo que es «un inmoral, un desvergonzado, un afeminado, uno que nunca, ni siquiera en situaciones de peligro, está sobrio», *Filípicas*, 3, 5, 12. <<



[75] ND, fr. 129. Sobre el costoso mobiliario, DA, 70. <<

[76] Di3n, 50, 28, 6. <<

[77] Di3n, 50, 24, 5. <<

[78] *Ibíd.*, 50, 28, 3-4. <<

[79] Propertio, *Elegías*, 3, 11, vv. 47-49 [traducción castellana de Alfonso Cuatrecasas: *Elegías*, Lumen, Barcelona, 1990]. Sobre C como enemigo indigno, *Elegías*, 4, 6, vv. 64-66. Nourse, 2002, p. 128, señala que los griegos tenían a las mujeres por «peligrosamente emotivas y destructivamente mezquinas en cuanto se les permitía acceder al poder». El comisario que se encara con Lisístrata en la obra de Aristófanes lo hace por razones distintas: «¡Pero los hombres no debemos dejarnos derrotar nunca por las mujeres!» [traducción castellana de Francisco Rodríguez Adrados: *Las avispas. La paz. Las aves. Lisístrata*, Cátedra, Madrid, 1994], exclama, allanando así el camino para Lucano y Propertio. <<

[80] MA, 62. <<

[81] Di3n, 50, 12, 8. <<

[82] Plutarco, «Filopemen», 9, 3, 7. <<



[83] Para las ropillas de los medios, Plutarco, «Paulo Emilio», 18 y 30-32; la capa militar ptolemaica se describe en Ateneo, 5, 196f. Según Salustio, el ejército armenio era famoso por su espléndida armadura. Sobre las armas ornamentadas, Mayo, 2010, pp. 11-12 y 206; Walker y Higgs, 2001, p. 264. Plutarco describe por encima el campamento en su vida de Bruto, y Josefo evoca con viveza el orden que en él reinaba, en GJ, 3, 77-102. Existe cierto debate acerca de las velas de color púrpura del *Antonia*, a pesar de lo dicho en HN, 19, 5, y la convicción de Casson al respecto, en entrevista del 26 de enero de 2009. William Murray cree que puede tratarse de un adorno literario, en entrevista del 3 de marzo de 2010. Sea como fuere, debía de ser una nave magníficamente tallada. <<

[84] GJ, 1, 389-390. <<

[85] Citado por Antonia Fraser, *The Warrior Queens*, Knopf, Nueva York, 1989, p. 190. <<

[86] Suetonio, «Nerón», 3; Apiano, 4, 38. <<

[87] Sobre la presencia de Enobarbo y A en Partia: MA, 58. <<

[88] Plutarco, «Cayo Mario», 7. Es poco probable que A durmiera sobre un jergón con C en el campamento. <<

[89] GJ, 1, 390. <<

[90] MA, 58. <<



[91] Plutarco, «Agesilao y Pompeyo», 84. <<

[92] HN, 21, 12. <<

[93] VP, 2, 84; Di3n, 50, 13, 8. <<

[94] Plutarco, «Pompeyo», 76; Apiano, 2, 71. Sobre el lamentable desenlace, JC, 45.

<<

[95] Di3n, 50, 19, 5. <<

[96] *Ibíd.*, 50, 3, 2-3. <<

[97] MA, 64. <<

[98] *Ibíd.*, 40. <<



[99] Di3n, 50, 30, 3-4. <<

[100] *Ibíd.*, 50, 33, 3-4. <<

[101] MA, 67. Es muy probable que Plutarco invente o anticipe el distanciamiento entre ambos. Igualmente es posible que sea una añadidura posterior, lo mismo que la traición de C. Véase también VP, 2, 85. <<

[102] Floro, 2, 21. <<

[103] Dión, 51, 5, 4. <<

[104] Murray, 1989, p. 142, arguye de forma convincente que antes y después de Accio Octaviano capturó unas trescientas cincuenta naves, entre ellas varias tan grandes como el buque insignia de C. <<

[1] Eurípides, *Hécuba*, vv. 371-372 (traducción modificada). <<

[2] Eurípides, *Heracles*, v. 560. <<



[3] Dión, 51, 5, 5. <<

[4] MA, 69. Puede leerse un intrigante análisis de los planes de A y C tras los hechos de Accio en Claude Nicolet, «Où Antoine et Cléopâtre voulaient-ils aller?», en *Semitica*, vol. 39 (1990), pp. 63-66. <<

[5] Ateneo, 5, 203e-204d. <<

[6] Estrabón (16, 4, 21-26) extiende su territorio desde el sur del Jordán hasta el extremo del golfo de Eilat. <<

[7] AJ, 15, 190. De forma parecida, aunque menos exagerada, GJ, 1, 388-394. Contempladas en retrospectiva, las lisonjas de Herodes para con Octaviano adquieren un carácter más noble: «Y cuando los romanos hubieron vencido en la guerra a todos los reyes, sólo a los nuestros, merced a su lealtad, los mantuvieron como aliados y amigos», explica Flavio Josefo, *Contra Apión*, 2, 134. <<

[8] Sobre Sertorio: Plutarco, «Pompeyo», 17-19; «Catón el Joven», 59; Dión, 51, 8, 6.

<<

[9] Dión, 51, 5, 6. <<

[10] *Ibíd.*, 51, 6, 4. <<



[11] Estrabón, 17, 1, 9. <<

[12] MA, 69. <<

[13] Di3n, 51, 7, 2-3. <<

[14] Adulador, 69a. <<

[15] Apiano, 4, 112. <<

[16] MA, 71. <<

[17] Di3n, 51, 6, 1. <<

[18] Walker y Higgs, 2001, p. 175. <<



[19] Dión, 51, 6, 6. <<

[20] *Ibíd.*, 51, 8, 2-3. <<

[21] *Ibíd.*, 51, 3, 4. <<

[22] MA, 73. <<

[23] Dión, 51, 8, 7. Plutarco (MA, 25, 4) no se lo piensa dos veces al añadir, sin fundamento, a Cneo Pompeyo al elenco de conquistas de C. <<

[24] MA, 73. <<

[25] *Ibídem* (traducción modificada). <<

[26] *Ibíd.*, 71. <<



[27] *Ibíd.*, 74. <<

[28] Di3n, 51, 5, 2. <<

[29] GJ, 1, 394-396. Véase también AJ, 15, 199-202. <<

[30] Marcudy, 1932, p. 221. <<

[31] MA, 74. <<

[32] Di3n, 51, 9, 5. <<

[33] *Ibíd.*, 51, 9, 6. <<

[34] MA, 74. <<



[35] *Ibíd.*, 75. <<

[36] *Ibíd.*, 76. <<

[37] Pablo Orosio, *Historias*, 6, 19, 17. <<

[38] Di3n, 51, 10, 5-6; Tito Livio, 133, 30; MA, 76. <<

[39] MA, 76. <<

[40] *Ibíd.*, 77. <<

[41] Por lo visto A no se engañaba acerca de él: Proculeyo demostró una generosidad notable para con sus hermanos (Horacio, *Odas*, 2, 2). Tácito (*Anales*, 4, 40) también da testimonio de su carácter; Juvenal (*Sátiras*, 7, v. 94) lo menciona como patrón de las artes. <<

[42] MA, 78. <<



[43] Di3n, 52, 43, 8. <<

[44] MA, 78. <<

[45] Di3n, 51, 11, 3. <<

[46] MA, 79. <<

[47] Dión, 51, 11, 5. <<

[48] Goudchaux estima que medían entre 2,5 y 3,5 metros de grosor: véase «Cleopatra's Subtle Religious Strategy», en Walker y Higgs, 2001, p. 136. <<

[49] Para más información acerca de los lamentos rituales, véase Branko Fredde Van Oppen de Ruiten, *The Religious Identification of Ptolemaic Queens with Aphrodite, Demeter, Hathor and Isis*, tesis doctoral, The City University of New York, 2007, pp. 274-370. <<

[50] MA, 82. <<



[51] Pablo Orosio, *Historias*, 6, 19, 19. <<

[52] Dión, 51, 16, 3-4. <<

[53] MA, 83. <<

[54] Dión, 51, 12, 1. <<

[55] ND, 5. <<

[56] Cicerón a Ático, 206 (10, 14), 8 de mayo del 49. <<

[57] Dión, 51, 12, 3-7. <<

[58] MA, 83. <<



[59] Di3n la representa arroj3ndose a las rodillas de Octaviano, lo mismo que Floro al referirse a la llegada de CR en el 48 (2, 13, 56) y, de nuevo, al hablar de Octaviano (2, 21, 9). <<

[60] MA, 83. <<

[61] Di3n, 51, 12, 4. <<

[62] MA, 83. <<

[63] Di3n, 51, 13, 2. <<

[64] MA, 83. <<

[65] *Ibíd.*, 84. Es posible que Cornelio Dolabela sea el hijo de P. Cornelio Dolabela, casi aliado de C en el 44-43 (*Prosopographia Imperii Romani*, 2.<sup>a</sup> ed.). <<

[66] MA, 85. <<



[67] Dión, 51, 13, 5. Para una descripción del lecho y los emblemas reales: declaraciones de O. E. Kaper a la autora, 18 de marzo de 2010. Para el cayado y el mayal: entrevista con Roger Bagnall, 3 de mayo de 2010. <<

[68] MA, 85. <<

[69] Plutarco, «Paulo Emilio», 26, 12. Al igual que se decía de la madre de Alejandro Magno —quien también se suicidó—, por la muerte de la madre podía colegirse la grandeza del hijo. <<

[70] Sobre los psilos: Lucano, 9, v. 920-938; HN, 7, 2, 13-15. También Plutarco, «Catón el Joven», 56, 3-4, y Dión, 51, 14, 4. Más información sobre el áspid en Nicandro, *Poems and Poetical Fragments*, Cambridge University Press, Londres, 1953. <<

[71] Estrabón, 17, 1, 10. <<

[72] MA, 86. <<

[73] Horacio, *Odas*, 1, 37. <<

[74] VP, 2, 87. <<



[75] DA, 50. <<

[76] Augusto, 4. <<

[77] MA, 86. <<

[78] Dión, 51, 14, 6. <<

[79] Horacio, *Odas*, 1, 37. <<

[80] MA, 86. <<

[81] Lindsay, 1998, p. 337. <<

[82] HN, 5, 51. <<



[83] Suetonio, «Calígula», 35; Dión, 59, 25. Puede leerse una hipótesis algo intrincada y especulativa de esta muerte en Jean-Claude Faur, «Caligula et la Maurétanie: La fin de Ptoloméé», en *Klio*, vol. 55 (1973), pp. 249-271. <<

[84] Sobre el doble linaje de Calígula: Dión, 59, 20, 1-2; Suetonio, «Calígula», 23, 1.

<<

[85] Sobre la muerte de las personas vinculadas a A: Pablo Orosio, *Historias*, 6, 19, 20. <<

[86] Hölbl, 2001, p. 249. <<

[87] DA, 18; Di3n, 51, 16, 5. <<

[88] Dedicatoria de Galo del 15 de abril del 29, citada en Robert K. Sherk, *Rome and the Greek East to the Death of Augustus*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, p. 94. <<

[89] Di3n, 51, 21, 7-8. Sobre los ni3os: Eusebio, 187-194. <<

[90] Gurval, 1998, p. 29. <<



[91] Di3n, 51, 17, 8. Para el obelisco: HN, 36, 14, 70-71. <<

[92] Sobre la egiptomanía: Carla Alfaro, «Egyptian Influences in Italy», en Walker y Higgs, 2001, pp. 286-288. Ya Cicerón (*Las leyes*, 2, 2) se había mofado de los paisajes pretendidamente egipcios de moda en Roma. A diferencia de Octaviano, futuros emperadores romanos abrazarían la cultura egipcia; véase René Preys, «Les empereurs romains vus de l'Égypte», en *Les Empereurs du Nil*, Éditions Peeters, Lovaina, 2000, pp. 30-33. <<

[93] Véase Reinhold, 1988, p. 72, y Kleiner y Matheson, 1996, pp. 36-39. <<

[94] Sobre la condición de Livia: Dión, 57, 12. Las siguientes son buenas caracterizaciones hechas en época actual: Anthony A. Barrett, *Livia: First Lady of Imperial Rome*, Yale University Press, New Haven, 2002; Ruth Bertha Hoffsten, *Roman Women of Rank of the Early Empire in Public Life as Portrayed by Dio, Paternculus, Suetonius, and Tacitus*, tesis doctoral, University of Pennsylvania, 1939. Para el personal de Livia, véase Balsdon, 1962, pp. 93 y 276. Kleiner, 2005, pp. 251-257, asegura que Livia tomó a C como ejemplo durante su ascenso. <<

[95] DA, 71. A decir de Dión, Octaviano no se quedó ninguno de los efectos de C, a excepción de «un solo cáliz de ágata». <<

[96] Dión, 52, 30, 1-2. C fue superada incluso en lo que respecta al consumo de perlas.

<<

[97] Tácito, *Anales*, 1, 5. <<

[98] Di3n, 55, 15, 1-2. <<



[99] VP, 2, 89. <<

[100] Di3n, 57, 18, 2. <<

[101] J. H. C. Williams, «Spoiling the Egyptians: Octavian and Cleopatra», en Walker y Higgs, 2001, p. 197. <<

[102] Bruto a Cicerón, 25 (1, 16). <<

[103] Menandro, citado en Lefkowitz y Fant, 1992, p. 31. <<

[104] Obra pornográfica de autoría incierta: Hughes-Hallett, 1991, p. 68. <<

[105] Propertio, *Elegías*, 3, 11, 30 [traducción castellana de Alfonso Cuatrecasas: *Elegías*, Lumen, Barcelona, 1990]. Skinner, 2005, p. 167, señala que el de la prostituta, censurada por su avaricia y célebre por su ingenio, era ya un tipo de mujer conocido en la escritura histórica y biográfica. <<

[106] Aurelio Víctor, *De Viris Illustribus*, 86, 2. Pushkin parte de aquí para sus entusiastas «Noches egipcias». <<



[107] Anna Jameson, *Memoirs of Celebrated Female Sovereigns*, Harper, Nueva York, 1836, p. 55. <<

[108] Carta de Nightingale de enero de 1850, citada en Vallée, 2003, p. 244. El crimen de C fue inmortalizarse a sí misma —y a Cesarión— en los bajorrelieves de Hermontis. En *The Way We Live Now*, la irrefrenable Matilde Carbury de Trollope se permite resumir la vida de C con un simple: «¡Valiente mujerzuela ésa!». Lady Carbury está intentando publicitar su nuevo libro, *Reinas criminales*. <<

[109] Cecil B. DeMille, en Lovric, 2001, p. 83. <<

[110] Plutarco, «Pompeyo», 70, 7. Como bien sabía el padre de Alejandro Magno, que contrajo múltiples nupcias, salía más barato un matrimonio que una guerra. <<

[111] MA, 66. Flavio Josefo la censura con vehemencia y da una prolija enumeración de sus crímenes en *Contra Apión*, 2, 57-59: C, «que cometió toda clase de injusticias y de crímenes contra sus parientes, contra sus maridos, que además la amaban, o contra los romanos en general y los emperadores, benefactores suyos; que incluso llegó a matar en el templo a su hermana Arsínoe que no le había causado ningún daño; que asesinó traidoramente a su hermano y despojó a los dioses patrios y las tumbas de sus antepasados; que a pesar de haber recibido el reino del primer César, tuvo la osadía de rebelarse contra su hijo y sucesor, y seduciendo a Antonio con su pasión amorosa, lo convirtió en enemigo de su patria y traidor a sus amigos, despojando a unos de su rango real y empujando a otros hasta el crimen». <<

[112] Véase Jack Lindsay, *Mark Antony: His World and His Contemporaries*, Routledge, Londres, 1936, p. 231. <<

[113] *Chronicle of John, Bishop of Nikiu*, 67, 5-10, citada en Lindsay, 1998, p. 333, donde se nombra a C como uno de los más grandes entre los Ptolomeos, aunque también se le atribuyen logros que no le corresponden. <<

[114] René Weiss, *Decoding a Hidden Life: Shakespeare Unbound*, Holt, Nueva York, 2007, pp. 355-358. Weiss señala que Shakespeare escribió la obra cuando tenía cuarenta y tres años. La misma edad que A en el momento de alzarse el telón. <<



[115] De hecho, *Antonio y Cleopatra* fue tachada de indecente durante buena parte del siglo XIX. Pese a contar con el que muchos consideran el mejor papel femenino de todo Shakespeare, es cosa sabida que la obra no ha sido objeto de grandes producciones ni anda sobrada de admiradores. En 1938, Somerset Maugham explicaba así su impopularidad: «El público considera que renunciar a un imperio por una mujer es reprehensible. A decir verdad, de no basarse en una leyenda que goza de aceptación general, habría unanimidad en que algo así resulta inverosímil» (*The Summing Up*, Doubleday, Garden City, 1938, pp. 138-139 [traducción castellana: *Recapitulación*, Plaza & Janés, Barcelona, 1968]). La arrebatadora y desesperada pasión de A y C no conmueve a los británicos, que no son «una raza amorosa», antes bien, por regla general, según Maugham, fruncen el ceño ante todo lo que se refiere al sexo. No eran de los que se arrojan a la perdición por una mujer. Eso explica, o no, por qué era la obra favorita de Emily Dickinson; véase Judith Farr, «Emily Dickinson's "Engulfing" Play: Antony and Cleopatra», en *Tulsa Studies in Women's Literature*, vol. 9, n.º 2 (1990), pp. 231-250. Samuel Johnson y William Hazlitt también emitieron juicios variados acerca de la obra; Johnson la encontraba ampulosa y mal construida. A George Bernard Shaw le hacía venir dispepsia. Coleridge es el único que cuenta *Antonio y Cleopatra* entre las mejores obras de Shakespeare. <<

[116] Citado en Hebert W. Benario, «The “Carmen de Bello Actiaco” and Early Imperial Epic», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 30.3 (1983), p. 1661. Para más información acerca del fragmento, véase Bastien Pestel, «Le De bello Actiaco, ou l'épopée de Cléopâtre», tesis de máster, Université de Laval, 2005. <<

[117] Eurípides, *Las fenicias*, vv. 388-390. <<

[118] Ateneo, 4, 229c. Generación y media después de la muerte de C, Filón reflexionaba sobre lo efímero de las riquezas y el poder. Su país ofrecía un ejemplo palmario: «Egipto una vez tuvo la soberanía sobre muchos pueblos, pero ahora no es sino esclavo [...]. ¿Dónde quedó la estirpe de los Ptolomeos y dónde la fama de cada uno de los diádocos, que resplandecían hasta los límites de la tierra y el mar?», *Sobre José*, 135-136. <<

[\*] Ni siquiera los escritores de ficción se ponen de acuerdo acerca de César y Cleopatra: la quiere (Händel), no la quiere (Shaw), la quiere (Thornton Wilder). (*Esta nota y las siguientes son de la autora*). <<

[\*] Así viene siendo desde tiempo inmemorial: «La investigación ha sido laboriosa porque los testigos no han dado las mismas versiones de los mismos hechos, sino según las simpatías por uno o por otros o según la memoria de cada uno», deploraba Tucídides casi cuatrocientos años antes de Cleopatra.<sup>[15]</sup> <<

[\*] Ptolomeo XIII presenció el asesinato desde la playa, pero, por su implicación en él, Dante lo destinó al noveno círculo del infierno, en compañía de Caín y Judas. <<

[\*] No fueron los únicos. Se cuenta que Alejandro Magno consultó a un famoso oráculo acerca de sus padres, sobre quienes albergaba dudas, cosa lógica si se considera que, según se decía, su madre se había apareado con una serpiente. Muy hábilmente, dejó a su séquito fuera del templo y sobornó al oráculo, que lo declaró al punto hijo de Zeus. <<



[\*] Dada su congestionada genealogía, Ptolomeo VIII fue tres veces bisabuelo de Cleopatra y dos veces tatarabuelo suyo. <<

[\*] En la familia de Alejandro el Grande figuran dos Cleopatras, la última esposa de su padre y una hermana dos años menor que Alejandro. Ambas murieron a manos de otros miembros de la familia. <<

[\*] Ni siquiera se sabe a ciencia cierta si fue su madre, claro que, de haber sido Cleopatra hija ilegítima, es poco probable que el dato hubiera pasado por alto a sus detractores. <<

[\*] Teódoto escapó pero le siguieron el rastro. Para cuando se convirtió en tema de debate escolar, había sido crucificado. <<

[\*] Estados Unidos presenta un caso paralelo en el uso del francés. En la América colonial, la lengua del disipado Viejo Mundo era agente de contagio; allá donde se introducía el francés, seguían invariablemente la depravación y la frivolidad. En el siglo XIX el francés era el vehículo indispensable de la alta cultura, dotado de una mayor expresividad y mayor riqueza de vocabulario, superior, al parecer, a cualquier otra lengua en virtud de sus numerosos matices y gran maleabilidad. Los casos extremos de admiración lindaban con el resentimiento, al que terminaban sucumbiendo. Un siglo más tarde, el francés se consideraba anticuado, prolijo, irrelevante y afectado. <<

[\*] El equivalente helenístico del dicho «en la cocina y con la pata quebrada» era romano: «Amó a su esposo en su corazón. Le dio dos hijos [...]. Llevó la casa e hizo labores de lana».<sup>[52]</sup> <<

[\*] Ninguno de estos testimonios es de primera mano. Sólo en una versión —una desaliñada relación del siglo VI <sup>[3]</sup> se osa aseverar que pudo ser César quien sedujera a Cleopatra. <<

[\*] Nada sabemos acerca de las motivaciones de Arsínoe, lo cual no ha frenado las especulaciones del más acreditado intérprete moderno de la guerra de Alejandría: si al ver cómo su hermana mayor atraía a César a su lado no hubiera sentido celos, afirma cierto historiador, «no habría merecido el nombre de mujer».<sup>[16]</sup> <<



[\*\*] Partia ocupaba el noreste del Irán moderno. El reino pónico partía de la costa sur del mar Negro y se extendía hacia el interior de la actual Turquía. <<

[\*] Para los romanos el culto egipcio a los animales era una práctica indescriptiblemente primitiva y perversa. Un cristiano del siglo II no comparte su parecer y opina que, comparadas con los dioses griegos, las deidades egipcias conservan cierta dignidad: «Acaso sean animales irracionales —concede Clemente de Alejandría—, mas no son adúlteros, ni lascivos, ni buscan placeres contra natura».<sup>[25]</sup>

<<

[\*] Los romanos de épocas posteriores matizan: siglos más tarde, Dión diría de los alejandrinos que nadie los superaba «en blasonar por cualquier cosa, ni los deja atrás en gusto por charlar sobre todo lo que se les ocurra, pero ante la guerra y sus peligros son de lo más inútil».<sup>[38]</sup> <<

[\*] Al mismo tiempo resulta interesante que el general que prosigue la narración de César se astillero hacia la gran biblioteca. Tampoco menciona el uso que dio a tejados y vigas ni las barricadas de madera de las que tome tantas molestias en destacar —en su primera página y curiosamente fuera de contexto— que la ciudad era resistente al fuego. Dicha afirmación contradice otras fuentes antiguas, donde se nos asegura que el fuego se propagó de los barcos del habla César. Se trata de una apología gratuita por una ofensa inexistente.<sup>[46]</sup> <<

[\*] El regalo fue bienvenido, pero el momento no era el más adecuado. Julia debía haberse casado pocos días más tarde con Quinto Servilio Cepión, que lo tomó como una afrenta. En sustitución de Julia, Pompeyo ofreció a su propia hija, comprometida a su vez con otro hombre. Las más de las veces, las mujeres romanas eran intercambiadas como si fueran ganado, cosa que — pese a sus creativas maquinaciones familiares— rara vez ocurrió entre los Ptolomeos. <<

[\*] Cierta historiador moderno llega incluso a sugerir que lo callaron a conciencia.<sup>[74]</sup>

<<

[\*] Es casi seguro que la esfinge, que llevaba casi un millar de años enterrada entre la arena, permaneció invisible para César y Cleopatra. <<

[\*] La mayoría de las pintadas decían: «Lo he visto y me he maravillado».<sup>[83]</sup> <<



[\*] Al igual que tantos otros hechos de su vida —el crucero del Nilo, la estancia en Roma, su buena fe en Accio—, la paternidad de este hijo y el momento de su nacimiento han sido objeto de disputa. Su entrada en escena parecía demasiado oportuna para ser cierta. Los escépticos aducen, además, la supuesta infertilidad de César, quien pese a su vigorosa vida sexual no había engendrado ningún hijo en treinta y seis años. Ya Suetonio toca la cuestión de la paternidad, sólo que, aparte de faltarle pruebas materiales, guarda silencio ahí donde lo esperable sería un arrebato de indignación. Podemos interpretar su silencio como un asentimiento: como si tan amarga hubiese sido la noticia del nacimiento y tan grande la certeza de que Cleopatra había engañado a César que lo mejor fuera correr un tupido velo. César, por supuesto, creyó que el hijo era suyo, lo mismo que Antonio y Augusto. <<

[\*] Dando crédito a falsos rumores, cierto historiador contemporáneo de Cleopatra atribuyó a Isis el que los egipcios tuvieran una jerarquía social invertida. Según Diodoro, había sido en reconocimiento del sabio gobierno de la diosa que los egipcios habían dispuesto que «la reina obtuviera mayor potestad y honor que el rey y que, entre los particulares, mandara la mujer al hombre, aceptando los novios, en el contrato de matrimonio, obedecer en todo a la novia».<sup>[11]</sup> <<

[\*] Se ha demostrado que la única excepción a esto era la policía. Pese a estar formada por griegos en los niveles superiores y por egipcios en los inferiores, constituía una fuerza igualitaria, de una eficiencia y una resolución insólitas, llegando en ocasiones incluso a amonestar a otros empleados públicos. Aparte de tomarse la ley en serio, la policía funcionaba de forma más o menos autónoma para que los Ptolomeos no tuvieran que perder tiempo ocupándose de «robos de burros y agresiones a ancianas».

[26] <<

[\*] En una lista actual, Cleopatra figura como la vigésimo segunda persona más rica de la historia, muy por detrás de John D. Rockefeller y el zar Nicolás II, pero por delante de Napoleón y J. P. Morgan. Se le atribuye una fortuna neta de 95 800 millones de dólares, o lo que es lo mismo, más del triple que la reina Isabel II. Por supuesto, resulta imposible equiparar con exactitud cantidades correspondientes a épocas distintas.<sup>[38]</sup> <<

[\*] A los reyes se les aconsejaba que permanecieran en su país, ya que los pobres acusaban su ausencia mientras que los ricos, obligados a acompañarlos, se veían obligados a exiliarse.<sup>[43]</sup> <<

[\*] «Más fácilmente habrá acuerdo entre los filósofos que entre los relojes», según la observación de Séneca.<sup>[48]</sup> <<

[\*] Sobre el futuro rey Juba asegura Plutarco que «su captura resultó de lo más afortunada para él»,<sup>[51]</sup> pues por obra del destino había sido arrancado de su «bárbaro» país para aterrizar en Roma, donde recibiría una educación. Destacó como historiador y trató multitud de temas, desde la Antigüedad romana y la mitología al comportamiento de los elefantes. <<

[\*] Otros autores van aún más allá. Para algunos, de la destreza de un hombre con la flauta se seguía su mediocridad como persona: «De lo contrario, no sería tan buen flautista», señala convencido Plutarco.<sup>[59]</sup> La máxima no dice mucho a favor del padre de Cleopatra, de quien, pese a las abundantes pruebas en sentido contrario, se diría que «no era hombre, sino flautista y charlatán».<sup>[60]</sup> <<



[\*] La literatura representa el *ethos* primordial de las mujeres. En la *Ilíada*, las mujeres son las criaturas más perfectas de la creación, aunque por regla general también son «propiciadoras de burlas, regañinas, fiascos, discordias y embustes». En la dramaturgia griega, las mujeres protagonizan los papeles principales; la literatura romana, en cambio, no sólo no abunda en heroínas sino que suele presentar dos únicos tipos de mujer: la tirana rica y la pobre derrochadora. La literatura romana es, además, llamativamente parca en maridos engañados, recurso clásico en la comedia, desde Aristófanes a Molière.<sup>[72]</sup> <<

[\*] Como sentenció Blaise Pascal en el siglo XVII: «Si Cleopatra hubiera tenido una nariz más corta, toda la faz de la tierra sería distinta». <<

[\*] Muchos se han maravillado con la anécdota, pero sólo una persona ha sacrificado perlas de Tiffany para verificarla en un laboratorio. Así, pues, ¿es verdad que las perlas se disuelven en vinagre? Sí, aunque muy lentamente, asegura B. L. Ullman, que en 1956 llevó a cabo el experimento: «Herví la perla durante 33 minutos y el vinagre se evaporó mientras yo leía una novela de detectives. Todavía puedo oler el vinagre. La perla parecía estar intacta, aunque algo descolorida».<sup>[76]</sup> El autor obtuvo mejores resultados con un vinagre más fuerte, y mejores aún al utilizar una perla machacada, que se disolvió tras hervir por espacio de tres horas y veinte minutos. A la pregunta de *por qué* iba a querer Cleopatra (o cualquiera) hacer una cosa semejante —¿habría causado el mismo efecto si se hubiera tragado la perla entera?—, Ullman nos recuerda que las perlas se componen sobre todo de carbonato de calcio, que era para los antiguos lo que el bicarbonato de sodio para nosotros: un antiácido eficaz, aunque costoso. <<

[\*] Cicerón no se avergonzaba por ello, tanto menos cuanto que la desgracia lo había abocado a una productividad febril, y desafiaba a aquellas «almas felices» que afeaban su luto al leer la mitad de las páginas que él, con toda su desgracia, había escrito. <<

[\*] Comportamientos contradictorios como ése tenían numerosos precedentes.<sup>[45]</sup> El propio Alejandro Magno organizó un festival para celebrar su conquista de la India, lo que no pudo por menos de sorprender a los pocos entre sus exhaustos y hambrientos hombres que sobrevivieron a la misión sin ni siquiera haberla culminado. <<

[\*] Cosas como ésa ocurrían por fuerza en las mejores familias, nos asegura Plutarco, por ser el trono «tan difícil de compartir».<sup>[48]</sup> Las reglas para deshacerse de un miembro de la realeza eran, afirma, tan rígidas como las de la geometría. <<

[\*] Florence Nightingale se cuenta entre aquellos a quienes les maravillaban los paralelismos entre Osiris y Cristo. En cierta ocasión, pasó una entera mañana de domingo sentada en un templo de Isis del Alto Egipto profusamente decorado por el padre de Cleopatra. Pocos lugares le parecían más sagrados: «Soy incapaz de describir lo que sentí en File —escribió a su familia en 1850—. Los mitos de Osiris semejan tanto los de nuestro Salvador que tuve la impresión de haber llegado a un lugar donde Él hubiera habitado; cual si me hallara en Jerusalén; y al distinguir una sombra en el patio del templo bajo el claro de luna, pensé: “Tal vez alcance a verlo, pues está ahí”». <sup>[50]</sup> <<

[\*] Se la acusaría de excluir del reparto a los judíos de la ciudad, cosa poco plausible, siendo éstos por norma partidarios leales de las mujeres de la dinastía ptolemaica. Los judíos ejercían de guardianes del río, policías, mandos militares y funcionarios de alto rango. Habían luchado al lado de Auletes, habían formado parte del grupo leal a Cleopatra en el desierto en el año 48 y se habían batido en la guerra de Alejandría, al término de la cual César les había concedido el derecho de ciudadanía. <<



[\*] Para complicar un poco más las cosas, con el tiempo se les sumarían otros magnicidas y aspirantes al título atraídos por la posibilidad de unirse a esa suerte de ejército de resistencia. Para complicarlas más aún, se daba el caso de que Lépido y Casio eran cuñados, y que ambos, a su vez, mantenían lazos con Bruto por razón de matrimonio. <<

[\*] En rigor, para merecer el apelativo de elocuente, el orador debe ser capaz de argumentar con igual maestría a favor y en contra de un mismo caso. «Por eso, si por casualidad me encontráis a un hombre cuyos ojos desdeñan la belleza del mundo — declara Cicerón en el mismo discurso—, que no se siente cautivado ni por el olor, ni por el tacto, ni por el sabor, que cierra sus oídos a toda clase de armonías, este hombre será tenido quizá por mí y por unos pocos como un favorito de los dioses; la mayoría lo tendrán por una víctima de su cólera». Cicerón, por lo visto, vivía en una de las mansiones más exclusivas del más exclusivo barrio de Roma, por la cual había pagado una suma astronómica. Y aunque tenía a gran honra que su casa fuera «como la de un filósofo que censura la locura de otras villas»,<sup>[96]</sup> no podía dejar de admitir lo mucho que le gustaban ciertos añadidos. <<

[\*] Una mujer dio con una solución particularmente ingeniosa: llevó a escondidas a su marido hasta la costa en un saco de cáñamo o cuero como el utilizado por Cleopatra para entrar en palacio. <<

[\*] Se perdió por el camino. <<

[\*] Hay que tener el corazón bien duro para sostener que Antonio se resistió a la irresistible reina egipcia, pero ha habido quien lo ha hecho. El gran Ronald Syme convierte a Cleopatra en una muesca más en el cabezal de la cama de Antonio, relegándola a una lista de reinas vasallas más o menos intercambiables. Según Syme, Antonio no se encaprichó de la reina: «Se entregó a ella de buen grado, pero no sucumbió»,<sup>[24]</sup> y añade que, tras el invierno Alejandrino del año 41, Antonio ya no sentía hacia ella más que indiferencia. <<

[\*] Algunos autores, en cambio, han visto en su grandilocuencia una reivindicación de su herencia griega. Genuino o no, el regreso a las raíces no podía sino ser bien recibido en un mundo que constantemente estaba midiéndose con el pasado. Quizá haya que ver en su decisión un gesto inclusivo, pues de Macedonia procedían no sólo los Ptolomeos, sino también sus rivales, los Seléucidas. Y la dinastía Seléucida, otrora poderosa, había controlado buena parte del territorio ahora en manos de Cleopatra. <<

[\*] También Herodes es un soberano sin rostro. Que no conozcamos su aspecto se debe tal vez al mandamiento bíblico que proscribía la talla de imágenes. <<

[\*] Se trataba de una acusación habitual. Tiempo después, Alejandro, uno de los hijos de Herodes, justificó un complot contra su tía diciendo que «por la noche, había entrado en su habitación y se había acostado con él contra la voluntad del propio Alejandro».<sup>[25]</sup> <<



[\*] Se produjo otra intriga, en la que se vio envuelto Costobar, gobernador de una región vecina, al sur de Judea. Costobar debía su posición a Herodes, al que despreciaba. Tampoco profesaba afecto ninguno a los judíos; tanto es así que prefirió reinstaurar el politeísmo entre los suyos. Sabía a quién debía dirigirse en busca de ayuda, por eso escribió a Cleopatra, el mejor medio de acceder a Antonio. Le recordaba a la reina que sus antepasados habían sido por largo tiempo dueños de las tierras que ahora él gobernaba. ¿Por qué no se las reclamaba a Antonio? Por su parte, él le prometía lealtad. La iniciativa de Costobar no obedecía tanto a su estima por Cleopatra como a su desprecio hacia Herodes. El ofrecimiento no sirvió de nada, pues Antonio rechazó la reclamación de la egipcia. Herodes barajó la posibilidad de vengarse de Costobar, pero una vez más no se atrevió por miedo a Cleopatra. A fin de prevenir futuros conflictos, Herodes prefirió casar a Costobar con su hermana, recién viuda, lo que en cierto modo equivalía a condenarlo a muerte. La hermana de Herodes terminaría traicionando a su segundo marido igual que había hecho con el primero. <<

[\*\*] Su hermana no cejaría hasta vengarse también de los hijos de Herodes y Mariamne, a quienes Herodes terminaría asesinando. Fueron enterrados junto a Aristóbulo. <<

[\*] La suerte de Canidio tiene su punto irónico. En sus años jóvenes había sido el encargado de transportar a Roma el tesoro del tío depuesto de Cleopatra, el rey de Chipre. En su momento hubo dudas de que Canidio fuera la persona indicada para desempeñar de forma honesta tan lucrativa tarea.<sup>[10]</sup> <<

[\*] Sexto Pompeyo complicaba la coyuntura por múltiples razones. Mantenía buenas relaciones con varios monarcas tenidos por enemigos mortales de Roma, y Cleopatra se mostraba bien dispuesta hacia él en atención a la relación entre los padres de ambos. (Sexto, de hecho, intentó algunos acercamientos a la reina, cosa que Antonio desaconsejó. También era lo bastante inteligente para saber que no le convenía aliarse con una reina extranjera y un compatriota endiosado que —pese a tener el favor del pueblo en Roma— se comportaba como un pirata. Esta vez, el instinto no traicionó a Antonio: a sus espaldas, Sexto había ofrecido sus servicios también a los partos). Según Apiano, Antonio se negó a firmar la orden de ejecución de Sexto. Lo avergonzaba hacerlo personalmente, pues sabía que su muerte disgustaría a Cleopatra y no quería que la reina lo considerase responsable de ella. Apiano sugiere también que la sentencia era deseable; mejor eliminar a Sexto, hábil comandante naval, que arriesgarse a permitir que una eventual alianza con Cleopatra perturbase «el respeto favorable existente entre Antonio y Octaviano».<sup>[14]</sup> <<

[\*] Antonio da nombres, cinco en total. En otro lugar señala que Octaviano se había divorciado de su anterior esposa alegando «perversión moral»; por lo visto no había asimilado que él tuviera una amante. <<

[\*] Nadie vio el testamento aparte de Octaviano, quien pudo habérselo inventado. También cabe la posibilidad de que Planco lo hubiera falsificado, ya que en casos de fuerza mayor tenía potestad para firmar en nombre de Antonio y estampar su sello. Parece obvio que el documento incluía la confirmación de las donaciones otorgadas por Antonio a los hijos de Cleopatra, así como el reconocimiento de la paternidad de Cesarión. Hasta donde sabemos, Antonio nunca se retractó en este punto. Octaviano tampoco negó las afirmaciones acerca de Cesarión, que a esas alturas lo mejor era ignorar. En cualquier caso, cuesta imaginar qué motivos habrían podido mover a Antonio a plasmar por escrito las provisiones que Octaviano leyó en voz alta. <<

[\*] Se trataba de un signo de debilidad proverbial. Ya Plauto, el comediógrafo más popular de Roma, había sentenciado: «De esos buenos partidos, de sus ínfulas, sus ricas dotes, sus gritos, sus órdenes, sus carros de marfil, sus mantos y su púrpura, no quiero saber nada: sólo sirven para, a fuerza de gastos, convertir en esclavos a sus maridos».<sup>[57]</sup> <<

[\*] Privado de sus poderes, Antonio perdía formalmente el derecho a solicitar asistencia de los Estados vasallos y a distribuir territorios romanos. Con cierto retorcimiento lógico, podría decirse que Cleopatra instigó a un ciudadano privado hostil a Roma y que tenía en su posesión unas tierras que no le pertenecían. Admitir esto, no obstante, supondría acusar también a Antonio, cosa que nunca ocurrió. <<



[\*] Nicolás de Damasco se apresuró a afirmar que siendo apenas adolescente, todavía en la edad en que los jóvenes «se dan al libertinaje»,<sup>[75]</sup> Octaviano se había abstenido del placer sexual por espacio de un año entero. Además, y haciendo caso omiso de todas las pruebas que señalan lo contrario, era un lugar común destacar su estilo de vida sencillo y austero. En realidad Octaviano adoraba los muebles caros y los bronceos de Corinto tanto como cualquiera, y más aún los juegos de apuestas. <<

[\*] Como diría más tarde el poeta Propertio: «¿De qué nos sirve ahora haber abatido la tiranía de Tarquinio [...] si hemos tenido que soportar a esa mujer?». <sup>[79]</sup> <<

[\*] Roma toleraba la ostentación tan sólo en el campo de las armas. Como explica Plutarco: «En otros objetos, el lujo sugiere extravagancia y afeminamiento en quienes usan de ellos, como si el ánimo recibiera una punzada o un cosquilleo que lo inhabilitara para los altos propósitos; en los útiles de la guerra, sin embargo, fortalece y exalta el espíritu».<sup>[82]</sup> <<

[\*] Cleopatra tampoco era la primera en Oriente a la que se le ocurría asociarse con un general romano. Sertorio había unido fuerzas con Mitrídates, el rey del Ponto que en el año 69 había denunciado con tanta elocuencia el auge de Roma. Mitrídates ya había concebido la clase de imperio amalgamado que Cleopatra y Antonio representaban. Invirtió varias décadas en su realización, pero finalmente fue vencido por Pompeyo, quien derrotó también a Sertorio tras cuatro años de feroz campaña. <<

[\*] Por entonces, en circunstancias normales, habrían empezado los preparativos para desposarlo con su madre. <<

[\*] Calígula descendía de Marco Antonio (que habría sido su bisabuelo paterno) y Octaviano (su bisabuelo materno). Según le conviniera, se hacía pasar por descendiente de uno u otro. Durante su reinado se hacía difícil saber a qué atenerse: un día se consideraba inaceptable celebrar sacrificios en honor del derrocamiento de Antonio, mientras que al siguiente lo era mostrarse reticente a ofrecer sacrificios a la victoria de Augusto.<sup>[84]</sup> <<

[\*] Como siempre, se sospechó de una mujer competente. Se murmuró que Livia lo había asesinado. Curiosamente, se dijo que para hacerlo se había servido de higos venenosos.<sup>[97]</sup> <<

[\*] La costumbre de cambiar el nombre de los meses terminó con Tiberio, quien — instado a apropiarse de noviembre— bromeó diciendo que, si llegaba a haber trece césares, la costumbre empezaría a ser problemática.<sup>[100]</sup> <<



[\*] Es posible que la reina conociera la fábula de Esopo en la que el león le dice al hombre: «Muchas son las estatuas de hombres matando leones, pero, si los leones supieran esculpir, acaso las estatuas fueran distintas». <<

[\*] Por lo menos Dante la sitúa en su infierno siete círculos por encima de su hermano. A fin de cuentas, el pecado de Cleopatra (lujuria) iba contra sí misma. El de su hermano menor (traición) iba contra los demás. <<

[\*] Para la versión castellana de éstos y otros pasajes de autores antiguos se ha recurrido a las traducciones (y la numeración) de la colección Biblioteca Clásica Gredos. Cuando la procedencia es otra, se indica de forma específica en el lugar oportuno. Únicamente en aquellos pocos casos en que no existe versión castellana, o no ha podido accederse a ella, se ha traducido a partir de la versión inglesa citada por la autora. De las obras que la autora relaciona a continuación, hay versión castellana, pero no en Gredos, de las siguientes: Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, ed. José Vara, Akal, Madrid, 2002; Augusto, *Res gestae divi Augusti*, ed. Juan Manuel Cortés, Ediciones Clásicas, Madrid, 1994; Quintiliano, *Sobre la formación del orador*, ed. Alfonso Ortega Carmona, Publicaciones Universidad Pontificia, Salamanca, 1997. (N. del t.) <<